

Tus Secretos

Virginia Camacho

VIRGINIA CAMACHO

Tus Secretos

Tu silencio N°1

Autor-Editor

Sinopsis

Desde siempre, y sabiendo que es atractivo a las mujeres, ha jugado con ellas a placer, pero el destino le enseñará que hay cosas que no se pueden evitar, que contra el amor no se puede luchar, pero sobre todo, no se debe callar.

Autor: Camacho, Virginia

©2014, Autor-Editor

ISBN: aa98d4a6-2891-468d-bdf2-9321083b8146

Generado con: QualityEbook v0.75

...Introducción...

REALMENTE, y siendo sinceros, Ana nunca había estado en una boda, y tampoco había sido, jamás, dama de honor. La verdad es que en su vida había una lista de “cosas nunca hechas” muy larga, y hasta ahora, como si se tratase de un videojuego, había ido conquistando territorios y desbloqueando habilidades.

Y hablando de videojuegos, nunca había jugado uno, tampoco, pero ahora sí.

Era la boda de su mejor amiga, Ángela; su segunda boda y con el mismo hombre... Una historia muy larga, y ella había sido elegida como la dama de honor.

Estaba nerviosa, nunca se había sentido tan observada.

Desde la mañana, habían estado preparándose para este momento. Eloísa, la madrina y mejor amiga de la novia, había llevado a la casa un equipo de estilistas que las había maquillado y peinado y sacado el mejor partido a sus pieles y rostros. Con ella, especialmente, habían tenido mucho trabajo, pues Ana nunca se había depilado las cejas, ni hecho una pedicura profesional, ni alisado su cabello. La habían maquillado con los tonos más naturales posibles, pero ella se sentía otra.

Miró en derredor a todas esas personas allí reunidas; todas, quizá con excepción de la misma novia, tan acostumbradas a las fiestas, a los vestidos caros, al mejor champán. En ocasiones se preguntaba qué hacía ella allí.

—Por qué tan sola? —preguntó alguien tras ella, y se giró. Sonrió al ver que era Fabián, uno de los amigos del novio.

—No estoy sola, estoy con todos aquí, no? —contestó ella con una media sonrisa, y él alzó una de sus cejas no muy de acuerdo.

Fabián era guapo, quizá uno de los hombres más hermosos que ella hubiese visto antes, con sus ojos verde lima y cabello castaño rojizo, tan diferente de todos los hombres que ella había conocido, tanto en su físico como en su forma de ser; en Fabián había más colores que en cualquier otra persona, pues además, tenía unos labios muy rosados y pequitas bronceadas sobre el puente de la nariz. Todo acompañado de una personalidad muy alegre y espontánea. Para ella, era lo más parecido al hombre perfecto.

—Y tú por qué no estás bailando? —le preguntó a su vez.

—A eso vengo. Me concedes esta pieza, por favor? —Ana rió nerviosa.

—Apenas hace unos días aprendí a bailar, Eloísa me enseñó. Puede que termine pisándote y tú odiándome.

—Me arriesgaré —ella volvió a reír y se dejó llevar al centro de la pequeña pista de baile del salón de fiestas donde ya se hallaban otras parejas dando unos pasos.

Fabián la conducía suavemente, y Ana notó que era muy buen bailarín; ella, en cambio, lucía algo tensa. Llevaba en su mente los compases y casi no le prestaba atención a lo que él decía.

—Hey, no hagas eso —dijo él.

—Eso qué?

—No sé, eso que haces; estás un poco tensa y no disfrutas del baile —él la acercó un poco más a su cuerpo —Haz esto: escucha la música, llénate de ella, respira profundo... y deja que tu cuerpo se mueva al compás.

Ana respiró profundo y cerró los ojos haciéndole caso, o intentándolo. Luego de unos segundos se fue tranquilizando. No creía que Fabián la fuera a odiar por no ser experta bailando; hasta ahora, él había visto muchas cosas en ella que habrían hecho huir a cualquiera. Sabía que ella era una muchacha venida de un pequeño pueblo, que hasta ahora estaba terminando su bachillerato, que antes ni siquiera sabía usar los computadores, ni nada electrónico.

Fabián sabe muchas cosas de mí —se dijo a sí misma—. Incluso fue él quien me dio el primer beso.

Lo miró a los ojos sonriendo, recordando el momento, y encontró que Fabián la miraba a ella también.

—Lo ves? —le dijo—. No es tan difícil —Ana se echó a reír, feliz sin saber por qué. Se permitió entonces sentirse bella, atractiva, y hasta un poquito audaz.

Sus ojos entonces tropezaron con una mirada huraña. Un hombre la miraba desde un rincón, con su copa a medio tomar en la mano, y un aura oscura y fría. Era Carlos Eduardo Soler, el hermano mayor del novio y que al parecer, y sin explicación alguna, la odiaba. Miró a Fabián ignorándolo, pero era difícil; sentía en la nuca un calor un poco molesto, algo que le decía que aunque ella ahora le daba la espalda, él la seguía mirando.

La pieza de baile se acabó y Fabián y ella caminaron hacia donde se hallaba Eloísa, que llenaba su plato con los aperitivos de la fiesta. Al verlos les sonrió a ambos.

—Ana, has mejorado muchísimo —le dijo en cuanto estuvieron a su lado—. Se nota que lo que necesitabas era una buena motivación —Fabián sonrió, sabiendo que hablaba de él.

—Bueno, motivación es lo que va a tener ahora, si ella quiere —los tres se echaron a reír. Ana se giró suave y disimuladamente para ver si la seguían mirando, pero él ya no estaba por allí.

—Y si me invitas a bailar a mí? —pidió Eloísa, dejando sobre la mesa su plato.

—Será un placer —contestó Fabián haciendo una correcta venia.

—Qué caballero! —exclamó Eloísa, y ambos fueron a la pista.

Ana miró en derredor. Los novios conversaban ensimismados; Judith, la madre del novio, sostenía en sus brazos a Carolina, la bebé hija de los novios. Esa había sido básicamente su tarea desde que iniciara la fiesta, casi ni había dejado que otro la tuviera. Había otras personas presentes que ella no conocía bien, pero que Ángela o Juan José sí, y por eso habían sido invitados. Eran muy pocos, y por eso la fiesta se había desarrollado en un salón un tanto pequeño. Sintiendo un poco de calor, se encaminó a las terrazas a tomar un poco de aire. Se detuvo cuando se dio cuenta de que la terraza que ella había elegido ya estaba ocupada. Eran dos hombres hablando, uno de ellos, precisamente, Carlos Soler. Iba a dar la media vuelta, pero entonces algo llamó su atención.

—Bueno, no podrás negarme que Eloísa es guapa —dijo la otra voz, y Ana lo reconoció como Mateo, el padrino de la boda y mejor amigo del novio—. Y Ana es realmente una belleza latina —siguió.

Ana sonrió sintiéndose halagada. Mateo ahora le caía mucho mejor, pero entonces escuchó a Carlos dejar salir el aire en una sonrisa socarrona.

—Belleza latina, no me digas —y luego de dar un trago a su copa, añadió—: No es más que una *india*.

Ana se quedó sin habla por espacio de un minuto. Otro “nunca” que se sumaba: Nunca se había sentido tan insultada en la vida. Estaba claro que Carlos usaba el término “india” en el sentido más despectivo posible. Más que la palabra, había sido el tono en que lo dijera.

Cerró sus ojos con fuerza y se alejó de la terraza sin escuchar ya nada más. Le pareció escuchar de nuevo la voz de Mateo, pero ya no entendió lo que dijo, y salió de allí sintiéndose tan furiosa que estaba segura de que si no se contenía, terminaría gritándole al hermano del novio.

Se fue hasta los lavabos y se miró al espejo. Tenía los pómulos sonrosados de la misma ira, y no se lavó la cara con agua fría sólo porque estropearía el maquillaje que con tanto cariño Eloísa había pagado para ella.

Por qué la odiaba? Qué le había hecho ella?

Toda esa sensación de belleza y feminidad que había sentido antes mientras bailaba con Fabián se desvaneció inexorablemente; con una sola palabra, ese hombre había conseguido rebajarla al nivel de donde ella pretendía levantarse.

Esa noche ella se había sentido guapa, y atractiva, diferente a lo que siempre había sido, o que los demás opinaban que era, pero ahora sentía que aquello era imposible, que hiciera lo que hiciera nunca dejaría de ser la Ana que no tenía siquiera unos padres que presentar, un pasado del que hablar con soltura. Además, era demasiado morena, y su cabello ondulado largo, que ahora estaba liso, le parecía demasiado... corriente; sus ojos no tenían nada especial, las cejas estaban raras así depiladas y formando una línea quebrada. Los labios no eran lo suficientemente carnosos y era muy bajita, y muy delgada, y casi sin senos, y...

Una india, se repitió.

Odiaba a esas personas que pretendían que no ser rubio y de ojos claros era un pecado, o que por obligación una mujer, para ser considerada hermosa, debía cumplir ciertos cánones que habían sido impuestos por el cine y la televisión. Ella era diferente, y no por eso fea. No tenía nada de malo tener rasgos indígenas, se podía ser india y hermosa, de hecho, había muchas indígenas modelos alrededor del mundo, y eran francamente preciosas.

Se cruzó de brazos dándole la espalda al espejo preguntándose qué tenía contra ella Carlos Soler. ¿Por qué ese afán de hacerla sentir fuera de lugar, como si en vez de sentada en los muebles de la sala, debiera estar en la cocina fregando? Desde que se conocían, y de eso hacía poco más de un año, apenas si habían cruzado palabras, y siempre había sido así. Había terminado por sentirse nerviosa siempre que estaba cerca de él, siempre con miedo a descalificar, a hacer algo indebido. Él, tan perfecto, que utilizaba correctamente todos los cubiertos de la mesa, que comía con tal delicadeza que parecía estar dando clases al respecto, siempre bien vestido, limpio, correcto... era imposible que viera en ella algo positivo, y eso siempre la había arrojado un poco.

Si seguía por ese camino, terminaría temiéndole, y ella no temía a ningún hombre, por mucho

daño que este le hiciera. Ella era una superviviente, y nadie tenía derecho a intimidarla de ningún modo.

Apretó sus dientes y tragó saliva. No iba a temer a Carlos Eduardo Soler. Antes lo odiaría. Si él estaba buscando en ella una enemiga, pues la había encontrado. Se lavó las manos con agua fría sintiéndose más despejada y tranquila luego de haber tomado la decisión, y salió de nuevo al salón, a sonreír como si nada, a despedirse de los novios y recibir en sus brazos a Carolina, pues ella se haría cargo de la niña mientras sus padres estuvieran en su viaje de luna de miel.

...1...

CARLOS SOLER hijo bajó del automóvil mientras Edwin, su chofer, le sostenía la puerta. Miró la fachada de la casa de su hermano Juan José sosteniendo firmemente un portafolio lleno de papeles que era preciso que su cuñada y socia revisara. En deferencia a su estado de embarazo, había sido él quien se desplazara a su casa, y ya que los papeles eran importantes, había venido personalmente.

Una mujer, a la que reconoció como el ama de llaves, le abrió la puerta y lo invitó a seguir. Ángela bajaba las escaleras apoyando su mano en su vientre, un poco crecido por su quinto mes de embarazo. Sonrió al pensar que este sería su segundo sobrino, y ya se sabía que era un niño.

—Bienvenido, cuñado —le saludó ella con una sonrisa. Él correspondió al saludo tomando su mano y besándosela cuando la tuvo delante —siempre tan galante —rió ella.

—Nunca se es lo suficientemente galante con la madre de tus sobrinos—. Eso la hizo reír de nuevo.

—Ven, vamos a la oficina —ella lo condujo hasta un pequeño despacho que tanto ella como Juan José ocupaban cuando necesitaban llevar el negocio desde casa. Era pequeño, pero cómodo. La casa no era grande, pero era lo justo para ellos, que luego de dos años casados, agrandaban su familia.

—Lamento que tengas que venir hasta aquí —se excusó Ángela, invitándolo a sentarse frente al escritorio mientras ella ocupaba el sillón—, ya sé que eres un hombre muy ocupado.

—No te preocupes, estoy seguro de que tú harías lo mismo por mí —Ángela le dedicó una sonrisa que se le antojó demasiado hermosa. No había duda de que el embarazo le sentaba de maravilla a su cuñada.

—Espero poder hacerlo algún día, aunque no te imagino embarazado —él apenas sonrió por la broma. Sacó del portafolio los papeles que necesitaban ser firmados y se los pasó explicándole algunos detalles. Ángela los leyó por encima, luego frunció los labios y firmó.

—No vas a leer la letra menuda?

—No conozco hombre más correcto que tú. Si hubiese algo que debiera ser cambiado, ya lo habrías hecho —Carlos elevó una esquina de su boca en una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Confías demasiado.

—Bueno, si me estás estafando, ya me enteraré —eso lo hizo reír—. Hay algo que quisiera hablar contigo, y es un favor que necesito pedirte —siguió ella, ya más seria.

—Claro, lo que necesites.

—Es acerca de Ana —Carlos la miró fijamente, dándose cuenta de que había palidecido un poco.

—¿Ana? Tu... amiga?

—Exacto. Está en la universidad. Empezó hace más de un año, y le está yendo muy bien. Es muy dedicada, sabes?

—Ah —susurró él, sintiéndose un poco aliviado, y adivinando hacia dónde quería Ángela encaminar la conversación. Tu secreto está a salvo, se dijo.

—Ana odiará esto que estoy haciendo —siguió Ángela, recostándose en su sillón y acariciando distraídamente su vientre —pero necesito que la ayudes.

—Que la ayude? De qué modo?

—Con un empleo dentro de Texticol —Carlos hizo una mueca. Texticol era la fábrica de telas que era su empresa más importante desde que la heredara hacía ya más de ocho años. La había recibido en la quiebra, y él solo, con muy duro trabajo, había logrado levantarla de nuevo. Ahora era una de las empresas en alza más importante del país, elevando su superávit cada año y con cada negociación. Contratar al personal estaba en sus manos, y cada nuevo empleado era minuciosamente seleccionado. Nunca había estado de acuerdo con aquello de contratar gente sólo porque eran amigos. Pero no podía contradecir al deseo de su socia más importante.

Si en el pasado Ángela no hubiese aportado su dinero en el momento en que lo hizo, él difícilmente habría logrado sacar Texticol adelante. Tenía que estar agradecido, pues además, Ángela había resultado ser una socia muy fácil de llevar, y que no había exigido ningún cambio significativo en la empresa condicionando su participación, sino que todo se lo había dejado en sus manos. Pero ahora estaba en una encrucijada. No sólo Ana no estaba calificada para ostentar ningún cargo en su empresa, sino que también... tenerla por allí...

—Ya sé que tienes tus principios muy estrictos en la contratación —dijo Ángela interrumpiendo sus pensamientos—. Pero puedo jurarte que Ana es la persona más dedicada y juiciosa que he conocido en mi vida. Incluso más que tú —eso llamó su atención, y miró los ojos grises de Ángela apoyando el dedo índice sobre sus labios.

—No tengo vacantes, Ángela.

—No te estoy pidiendo un cargo ejecutivo —insistió ella—. No es para que la pongas de directora de algo. Por favor, soy consciente de que no podría; sólo tiene unos tres semestres en su carrera, pero algo que te puedo asegurar es que la pongas en el sitio en que la pongas, ella te va a responder positivamente. Podría empezar como... no sé, secretaria, archivadora, lo que tengas! Es sólo que me ayudes a introducirla en el mundo de los negocios.

—Creí que estaba trabajando ya.

—En una cafetería. Lleva la caja. Le viene perfecto porque tiene un horario que se ajusta a sus clases universitarias, pero estoy preocupada porque eso no la ayudará a crecer ni beneficiará su carrera. Puedes? Di que sí.

Carlos no dijo nada. Si bien Texticol podía permitirse un cargo nuevo, tenía al personal estricto y necesario para todo lo que tuviera que hacerse en la empresa. Contratarla significaba tener que remover toda la plantilla sólo para ubicar a una amiga de una socia.

—No quería llegar a esto —siguió Ángela, poniéndose en pie con un poco de dificultad, lo que hizo que Carlos se pusiera en pie también— pero, recuerdas cuando me hice socia?

—Sí, lo recuerdo.

—Me dijiste que yo podía incidir en la contratación de nuevo personal. La única condición que me pusiste fue que te consultara antes—. Carlos la miró entrecerrando sus ojos.

—Me estas chantajeando?

—Un poquito. De veras me importa Ana. Quiero que crezca profesionalmente, y si puedo hacerlo, lo intentaré—. Él respiró profundo, sacudió su cabeza y la miró desde su estatura.

—Está bien. Que vaya a las oficinas. Ya se me ocurrirá un sitio donde ponerla.

—Muchas gracias! —exclamó ella, se acercó a él y besó su mejilla—. Te quedas a cenar?

—Bueno...

—Quédate. En unos minutos llegará Juan José, y Carolina no está ahora, pero estará feliz de verte. No pensarás que venías aquí de entrada por salida, verdad? —él sonrió. Siempre era lo mismo cuando visitaba a su hermano, de una u otra manera, lo sonsacaban hasta que se quedaba más tiempo del planeado.

Ángela salió de la oficina, y él recogió los documentos recién firmados y fue tras ella hacia la sala, donde se encontró con la persona de la que hasta hacía unos segundos habían estado hablando.

—Ana! —exclamó Ángela al ver a su amiga. Ésta la abrazó.

—Vine en cuanto pude. Estás bien?

—Claro que estoy bien!

—Pero me dejaste ese mensaje y me quedé preocupada.

—Lo siento, no quería que te preocuparas. Sólo quería que vinieras para darte la noticia — Ángela se giró para mirarlo, y entonces los oscuros ojos de Ana se encontraron con los suyos— Te presento a tu nuevo jefe.

—Qué? —preguntó Ana mostrándose confundida.

—Carlos, explícale —pidió Ángela.

—Tienes un empleo en Texticól —contestó él como un autómata, metiéndose la mano que tenía libre en el bolsillo—. Puedes ir mañana mismo si lo deseas para que firmes el contrato.

—Pero yo ya tengo empleo! —exclamó Ana mirando a Ángela con su ceño fruncido.

—Pero el de ahora será mejor —rebatía Ángela, llevándola hasta el sofá para sentarse juntas. Carlos permaneció en su sitio en silencio. No podía irse a casa ya, había aceptado cenar con Ángela, y rechazarla ahora sería una auténtica descortesía.

—Disculpen —dijo él, señalando la puerta—, voy a...

—No puedes irte —le interrumpió Ángela con voz alarmada—, aceptaste cenar con nosotros...

—Sólo voy a dejar el portafolio en el auto.

—Ah... —Se encaminó a la puerta sospechando que había caído en una trampa. Todo olía a encerrona. Ángela se estaba aprovechando de su estado para manipular a las personas... pero por qué? Ella no sabía nada de nada. O eso pensaba.

Cuando Carlos salió de la casa, Ángela apretó los labios conteniendo una sonrisa. Ana, que no era tonta, la pellizcó en el brazo.

—Ay! Que estoy embarazada!

—Eso te dolió a ti, no al niño. Y no puedes ir por la vida haciendo eso!

—Haciendo qué? —preguntó ella con voz dolida y sobándose el brazo.

—Ya sé lo que pretendes. Nunca te gustó que trabajara en la caja de una cafetería y ahora estás

usando tu influencia para que tu cuñado me contrate. Sabes que no me gusta! Trabajar a su lado va a ser una pesadilla!

—No seas tonta. Carlos es un encanto.

—Encanto, mi trasero. Ángela, me odia! Voy a pasar de la caja de una cafetería a la cocina de una fábrica! Qué avance!

—Claro que no. Le pedí que te ubicara en un puesto afin a lo que estudias. Y tú estudias negocios, así que no te preocupes.

—Ángela... es que el sólo saber que trabajaré con él... me produce urticaria!

—Exageras. No sé por qué te cae mal. Para mí es un hombre muy dulce y muy correcto.

—Es sólo porque es tu cuñado, no puedes decir lo contrario.

—Ana...

—Preferiría quedarme calva que trabajar con él —eso hizo reír a Ángela, pero cuando la vio seria, tuvo que calmarse.

—Ve y hazte una entrevista con él —le pidió—. Si ves que es demasiado insufrible, pues está bien, me rindo. Pero si no, Ana, vas a aceptar. O si no... cómo me vas a pagar todo lo que me debes, ah? —Ana la miró con rencor por sacar ese tema ahora.

Ellas habían vivido juntas el año antes de la boda entre Ángela y Juan José. Cuando la boda se produjo, la pareja decidió irse a una nueva casa con su hija, y Ana había planeado irse a otra con sus tres hermanos menores a una más económica cuyo alquiler pudiera pagar, pero entonces Ángela había insistido para que siguiera ocupándola. Ana se oponía, le parecía terriblemente aprovechado de su parte seguir ocupando una casa sin pagar un alquiler, y ni qué decir de los servicios como agua, gas o teléfono; por el estrato en el que estaba ubicada, era más alto de lo que su modesto salario se podía permitir, así que entre las dos llegaron a un acuerdo: La casa era de Ángela, así que ella podía decidir a quién cedérsela, y ella se la cedía a Ana y a sus hermanos, además se ocuparía del pago de los servicios públicos. A cambio, Ana debía prometerle el continuar la carrera hasta el final, y ser contratada en un alto rango en alguna empresa para así, algún día, poder pagarle todos los años de alquiler y servicios que ahora no pagaba.

Era un contrato loco, demasiado demente e irreal, pero Ángela se había puesto terriblemente testaruda al respecto. Utilizó todos sus argumentos, tales como la enorme deuda que tenía con ella por haberle dado un techo y alimento cuando no tuvo a donde ir, y el haber arriesgado su vida con tal de salvar a Carolina de un secuestro del que había sido víctima. Ángela no entendía que lo primero había sido en pago de otras deudas que ella ya tenía con ella, y que lo segundo lo habría hecho otra vez, no importándole si esta vez no salía bien.

Habían pasado dos años desde que se separaran, y en ese tiempo, Ana había terminado su bachillerato e iniciado la carrera de negocios en una importante universidad. La cuenta no hacía sino crecer, pues no le había sido fácil estar a la altura de sus compañeros de universidad y había tenido que contratar profesores privados para entender lo básico de ciertas asignaturas, y ahora Silvia, su hermana, también quería estudiar, y ella todavía no ganaba lo suficiente.

Pero entrar a trabajar en Texticol sería un calvario, pues tendría como jefe a su enemigo natural: Carlos Eduardo Soler. Lo odiaba con todas las fibras de su cuerpo.

Afortunadamente, en estos últimos años, no había tenido que encontrárselo muy a menudo, pero cada ocasión había sido memorable: en una navidad, él había asistido a la fiesta en casa de su hermano con una despampanante rubia, extranjera, preciosa, y había estado dedicado a ella,

ensalzando sus muchas virtudes, pues la susodicha era profesional, tocaba el piano, había viajado por todo el mundo, su vestido era un Gucci, su loción era de Cartier, o al revés, no recordaba; hablaba varios idiomas, etc., etc. Nadie sabía, pero ella tenía más que claro que lo hacía sólo para humillarla más a ella. En esa ocasión se había quedado a solas por un momento con la mujer, y cuando intentó ponerle conversación, ella dijo, en inglés, que no hablaba bien el español, y con eso la despachó. Desde entonces había sido mucho más atenta en sus clases de inglés en la universidad, haciendo cursos en vacaciones junto con sus hermanos para mejorar su nivel. Ahora, si bien no era fluida en el idioma, se podía defender en una conversación.

En otra ocasión, un cumpleaños de Juan José que él había organizado, los había llevado a todos a un fino restaurante, donde el plato principal había sido caracoles. ¡Caracoles! Ella apenas sabía utilizar el cuchillo y el tenedor, ¿cómo se las iba a arreglar para utilizar las malditas pinzas de los benditos caracoles? Había hecho el oso, obviamente, y él había mantenido una risita humillante. Recordaba haber contratado por un mes a una mujer experta en etiqueta y glamour para aprender ese tipo de trucos, y luego enseñárselos a sus hermanos. Había ahorrado lo de dos meses de paga, pero había aprendido. Ahora manejaba las pinzas para caracoles como una experta, y descorchaba botellas de vino, diferenciaba una cuchara sopera de la del consomé, se sentaba recta, y se ponía correctamente la servilleta en una mesa...

Él siempre parecía estar allí para burlarse o criticarla. Si tomaba un vino sin degustarlo apropiadamente, hacía, casualmente, un comentario acerca de la fineza de la botella; si reía un poco alto, era seguro que le lanzaría una mirada huraña, y nunca parecía estar de buen humor. No entendía cómo Ángela podía decir que era dulce, no tenía nada de dulce, si tenía que asignarle un sabor, era agrio; sus comentarios, sus miradas, hasta las sonrisitas que se le escapaban, todo en él era agrio.

—Ya sé que piensas que me estás haciendo un favor, Angie —siguió Ana, luego de su silencio—, pero no creo que pueda resistir mucho tiempo bajo la tutela de ese hombre. Espero que me ubique en un cargo bien alejado del suyo, que no tengamos ni que vernos las caras.

—No te aflijas, Texticol es bastante grande, seguro que ocurre así.

En el momento entró Carlos preguntando por su sobrina. Ángela miró su reloj.

—Ya debe estar por llegar. Eloísa se la llevó un rato al parque, que se lo había prometido. Juan José tampoco tarda en llegar—. Se puso en pie y dio unos pasos alejándose—. Voy a ver cómo va la cena —dijo, y desapareció dejándolos solos.

Ana le dirigió a la espalda de Ángela una mirada asesina, sabiendo que lo hacía a propósito. Cruzó sus piernas a la altura del tobillo (ya que sabía que subir una rodilla encima de la otra era de poca clase, según su maestra, y además producía venitas rojas en las piernas), y permaneció en silencio.

—Imagino que tienes curiosidad acerca del cargo que tendrás en Texticol... —empezó a decir Carlos, con voz un poco tiesa, y sentándose en el sofá frente al que estaba Ana.

—La verdad, no —lo atajó ella, sin mirarlo—. Ya me imagino qué me tocará hacer.

—De verdad? Vaya, tal vez puedas ayudarme, porque yo aún no tengo claro... —Ella lo miró intentando no hacer una mueca.

—Tal vez consideres que alguien como yo debería estar en las cocinas, y que mi capacidad se limita fregar o recordar un pedido. Cómo prefieres el café? Tal vez deba ir aprendiendo —él la miró pestañeando un poco y en silencio.

—No sabía que el trabajar en ese oficio fuera tan ofensivo para ti —dijo al cabo de unos segundos en el que ella tampoco dijo nada—. Parece que tienes bastantes prejuicios —Eso la hizo reír, y no se molestó en disimular su risa.

—Lo dices tú? —preguntó casi entre dientes—. Esto es épico!

Él la miró confundido, iba a decir algo más, pero entonces la puerta se abrió y entró Juan José con Carolina dormida en brazos; tras él, Eloísa.

—Carlos! —exclamó Juan José al ver a su hermano—. No te esperaba por aquí hoy.

—Vine a traerle unos documentos a tu mujer.

—Qué haces tú aquí? —le preguntó Eloísa a Ana.

—Sufrir —contestó ella, y Carlos alcanzó a escuchar. Juan José le seguía preguntando cosas, pero él apenas escuchaba, estaba concentrado en acariciar el cabello rubio de su sobrina.

Minutos después de haber acostado a la niña, se sentaron a la mesa. Juan José, como siempre, inició una charla amena y despreocupada. Carlos participaba como siempre, con comentarios divertidos que, pese a todo, Ana encontraba ofensivos, y rara vez participaba. Sin embargo, y a pesar de la apatía de ambos a dirigirse la palabra el uno al otro, fue una velada agradable, como siempre.

—Carlos podría acercar a Ana a su casa —sugirió Ángela, recostándose en el hombro de su esposo mientras empezaban las despedidas.

—No es necesario —dijo Ana, mirando a Ángela con dureza—. Eloísa me llevará.

—Claro, por supuesto —contestó Eloísa un poco sorprendida. Miró a Carlos a ver qué cara ponía, pero éste parecía muy neutral. Se acercó a su cuñada y le dio un beso en la mejilla, a su hermano simplemente le dio un toque en el hombro y salió de la sala. Eloísa se giró entonces a Ana—. Una cosa —le dijo—, se vale odiar a una persona, pero no se vale ser maleducado.

—Lo hice con toda intención; y Ángela, por favor para. Deja de intentar reconciliarnos, o lo que sea que intentas.

—Yo no intento nada.

—Reconciliarlos? —se hizo escuchar Juan José—. Acaso han sido amigos alguna vez?

—Él me detesta, y Ángela cree que tal vez podamos ser amiguitos. Pues no podemos. En su mundo yo debo ser Cruella de Vil, y él el dueño de los pobres perritos—. Eloísa se echó a reír.

—Estoy segura de que exageras, pero eso es lindo en ti. Vamos, que se nos hace tarde—. Ana se despidió de Ángela y Juan José con un beso, y fue tras Eloísa. Cuando quedaron solos, Juan José miró a su esposa con las cejas alzadas de manera interrogante.

—De verdad, qué intentas, mujer? —preguntó—. No olvides que tratas con mi hermano—. Ángela hizo rodar sus ojos en sus cuencas alejándose de él.

—No exageres, no es un niño.

—Aun así. De qué te acusa Ana?

—Es... Es sólo que no me gusta nada la mujer con la que está saliendo actualmente.

—Mi hermano está saliendo con alguien?

—No me extraña nada que no lo supieras. Es un asunto siniestro, y lo odio, y la odio a ella también. No tengo ningún motivo concreto para ello, es sólo intuición, sexto sentido. Además —dijo, cruzando sus brazos sobre su pequeño vientre—, con cuántas mujeres ha salido Carlos en su vida?

—No las he contado —contestó Juan José mientras la conducía por las escaleras—. Ciertamente, no han sido pocas.

—Pero a cuántas ha presentado como su novia?

—A ninguna, pero no veo por qué tengas que forzar a Ana y a Carlos a verse más seguido, nunca he visto ningún comportamiento extraño, aparte de la antipatía que se tienen el uno al otro, y siempre ha sido así—. Juan José vio a su mujer hacer una mueca y luego respirar profundo.

—Se odian, es verdad. Tuve que chantajear a Carlos para que le diera un empleo a Ana en Texticol; y a Ana, para que lo aceptara. Sin embargo, creo que lo que hay entre los dos es sólo un enorme malentendido que podría solucionarse... con un poco de conocimiento... mutuo?

—Conocimiento mutuo. Esa es la frase más rebuscada que he oído —dijo él sacudiendo su cabeza.

—Sabía que no lo entenderías —contestó ella, algo dolida—. No importa. Ya eché la piedra al río, a ver qué ondas se producen.

—Qué libro has estado leyendo? —inquirió él mirándola con ojos entrecerrados—. “conocimiento mutuo”, “echar piedras al río”... estoy intrigado —ella sonrió volviéndose a él frente a la puerta de la habitación de ambos y rodeándole el cuello con los brazos.

—Llévame a la cama y tal vez lo averigües —él sonrió abrazándola tiernamente.

Edwin Cortés miró a su jefe a través del espejo retrovisor y lo que vio lo dejó un poco preocupado. Él estaba recostado en los asientos traseros y se masajeaba el puente de la nariz. Llevaba años trabajando con él, y las veces que lo había visto así era porque de verdad había crisis, y si venía de una confortable cena en casa de su hermano y sus amigos, algo muy grave debía haber pasado.

—Está bien, señor? —le preguntó. Carlos lo miró entonces.

—Ah, sí, Edwin. Estoy bien.

—Todo bien con la señora Ángela?

—Todo perfecto.

—Bien. Alcancé a preocuparme—. Carlos miró por la ventanilla hacia la calle, aunque lo que veía ahora eran los jardines delanteros de las casas vecinas de su hermano.

—Perdona que te haya tenido ocupado hasta esta hora —se disculpó Carlos, de repente.

—No hay problema. En la cocina del señor Juan José también se come bien —Carlos sonrió. Seguro que había tenido una larga charla con Martha, el ama de llaves de Juan José, y el resto de personal que tenían en su casa, aunque no eran sino un par más para mantener el jardín y la casa limpias. Estaba contento porque a su hermano le estaba yendo muy bien en todos los aspectos de su vida; su matrimonio iba bien, su hija estaba sana y era preciosa, sus negocios prosperaban y había oído que la única dificultad era que la casa se les hacía chica y no querían cambiarse a otra.

Eso lo hacía sentirse feliz, y en cierta manera, nostálgico.

Sus pensamientos se deslizaron hacia una furia morena que no perdía oportunidad en insultarlo e intentar cabrearlo. Ahora tendría que trabajar con ella, y no sabía qué podía derivarse de esta situación. Auguraba que nada bueno, y en lo más profundo de su ser, rechazaba la idea, lo aterraba. Pero había aceptado la petición de Ángela no sólo como cuñada, sino como socia, y

nada podía hacer al respecto.

La sometería al período de prueba como a cualquier otro, tiempo que tendría que bastarle a Ángela para convencerse de que no había sido buena idea intentar integrarla en su empresa. Él, por otro lado, tendría que ingeniárselas para darle un cargo que nada tuviera que ver con el suyo, uno donde no tuvieran que verse ni por casualidad. Lamentablemente, no había muchos donde alguien como ella pudiera encajar, pero algo se le ocurriría.

Ana entró en su casa aún un poco molesta. Ángela se pasaba a veces. Aunque sabía que lo hacía todo con buena intención, no podía dejar de molestarse. Dios quisiera y todo esto no terminara en una reyerta, aunque su grado de odio hacia ese hombre en ocasiones alcanzara cotas bastante peligrosas.

Encontró a sus hermanos en la sala de televisión, aprovechando que ella no estaba para ver películas y acostarse tarde.

—A dormir, jovencitos —les dijo apenas verlos, y aunque protestaron un poco, Paula y Sebastián, los dos menores, se fueron a la cama. Silvia la miró de arriba abajo un poco analítica—. Tú también deberías dormirte. Mañana tienes clase.

—Qué pasó? —le preguntó la adolescente.

—Qué pasó con qué?

—Estás de mal humor.

—No—. Silvia soltó una risita incrédula, se puso en pie y apagó el televisor. Luego la miró con los brazos cruzados como esperando a que dijera algo—. En la casa de Ángela estaba nadie más y nadie menos que Carlos soler.

—Ah, ya me lo imaginaba.

—Y eso no es nada —siguió Ana casi sin escucharla—. No sé cómo hizo, pero lo convenció para que me diera un empleo en su empresa. Te lo puedes imaginar? Yo trabajando con ese hombre! Terminaré convirtiéndome en una asesina en menos de lo que canta un gallo.

—O en una bestia sedienta de sangre —se burló Silvia, y Ana no dudó en dirigirle una mirada de reproche—. No entiendo por qué lo odias tanto. Tú nunca has odiado a nadie... que yo sepa — Ana miró a otro lado. Su hermana no sabía nada de ella, y eso que era la persona que más tiempo había vivido a su lado. De hecho ella sí era capaz de odiar, y en su corta vida, de apenas veintitrés años, ya había odiado profundamente a otras dos personas.

Se sentó en el mueble en el que antes habían estado sentados sus hermanos sintiéndose un poco desinflada, tanto que olvidó lo de sentarse recta.

—A veces quisiera... —empezó a decir, pero se quedó callada.

—Quisieras qué? Cambiarlo todo? —Ana hizo una mueca.

—No lo sé. Las cosas han cambiado demasiado en los últimos años. No tengo un punto en el pasado al que quisiera volver. Y ahora que todo debería ser feliz, yo... siento que simplemente no puedo.

—Porque le has tomado un odio irracional a ese pobre señor que nada te ha hecho.

—“Ese pobre señor” —parafraseó Ana sonriendo—. Lo haces parecer como a un pobre ancianito, y a mí como una bruja malvada.

—Aunque de ancianito no tiene nada —sonrió Silvia con picardía—, la verdad es que está buenísimo, con esos ojazos que se manda. Siempre he querido verlo en una piscina, pero nada que se deja! —Ana la miró entrecerrando sus ojos, pero Silvia no se avergonzó—. Nunca me has dicho por qué lo odias tanto. Qué te hizo? De veras fue tan grave?

No dijo nada, simplemente hizo una mueca y meneó la cabeza, aunque no pudo evitar recordar cuando, en aquella fiesta de bodas, la había llamado “india”. Desde entonces no había hecho sino intentar superarse a sí misma cada día. Tanto, que a veces se preguntaba si sus propósitos seguían siendo solamente suyos, o si en todos estaba metido el dedo acusador de ese sujeto.

—No, deja así —suspiró Ana poniéndose en pie, sintiéndose emocionalmente cansada. Odiar a una persona requería demasiada energía—. Deberías irte a dormir. Mañana madrugas.

—Sí, ya lo dijiste. Duerme tú también—. Se despidió Silvia, dándole un beso en la mejilla antes de irse al igual que sus hermanos. Ana se quedó deambulando por la casa, cerrando puertas y ventanas, y apagando luces como solía hacer. Desde que recordaba, era siempre la primera en levantarse y la última en acostarse. Aunque ahora sus hermanos ya no dependían enteramente de ella para vestir y comer, la tarea de educarlos y velar por su seguridad seguía siendo suya.

Se encaminó hacia su habitación pensando en que tendría que dejar su actual empleo y reorganizar para el siguiente semestre los horarios de clase para no tener que ausentarse demasiado en su nuevo trabajo. Aunque podía utilizar eso a su favor para no quedar contratada, no podía hacerle eso a Ángela cuando se había tomado tanto trabajo en convencer a ese hombre para que la admitiera en su empresa.

Todavía tenía que pasar la entrevista. Esperaba que no fuera Carlos Soler quien la realizara.

...2...

ANA llegó al complejo de edificios que eran la fábrica de telas y las oficinas de Texticol. Tuvo que merodear un buen rato en el taxi ubicando la entrada principal, y luego, para poder llegar hasta donde los ejecutivos tenían sus despachos. La carrera de obstáculos no terminaba aquí, ya que, como no tenía cita programada con el jefe, ninguna de las secretarias o recepcionistas le prestaba mucha atención. Y eso que había ido bien vestida.

Luego de una hora de decir aquí y allí que el señor Soler la estaba esperando muy seguramente a pesar de que no tenía cita, se rindió y tomó su teléfono para llamar a Ángela y utilizar sus influencias.

—Dile que estoy aquí, que autorice mi entrada! —le pidió en cuanto le hubo explicado la situación. Ángela sólo sonreía.

—Está bien, ya lo llamaré. Pero no puedo creer que apenas hayas ido hoy. Hace más de una semana que hablé con él y contigo.

—No tenía ganas, bueno? No tengo por qué ir feliz a la horca.

—Siempre exagerada. Ya lo voy a llamar. Aunque debería, más bien, darte su número para que lo llames tú directamente.

—Ángela, por favor, llámalo, no me hagas suplicarte —Ángela se echó a reír.

—Está bien, está bien. Extraño esos tiempos en que eras tímida y me pedías las cosas diciéndome “señorita”—. Ana sonrió.

—No era tímida, sólo respetuosa; y tú has hecho todo a tu alcance para que esos tiempos no vuelvan, así que no me acuses.

—Vale... —contestó Ángela antes de colgar.

Ana se quedó de pie en el lobby del edificio, viendo a la gente entrar y salir de los ascensores. Cuando pasaron los minutos y nadie vino por ella, se acercó por enésima vez a la recepcionista.

—Señorita, de verdad que es importante. Tengo cita con el Señor Soler...

—Me dice su nombre por favor?

—Pero se lo he dicho diez mil... —Ana se interrumpió, tomó aire y contó hasta tres—. Está bien, Ana Velásquez. Tengo cita con el jefazo, el señor Soler.

—Claro, siga. Tome el elevador, quinto piso —Ana se la quedó mirando un poco anonadada. Había hecho lo mismo cada vez que se había acercado, pero hasta ahora le daban al fin indicaciones de hacia dónde ir y autorización para internarse más en el edificio. Al parecer, el señor había recibido la llamada de Ángela y dado órdenes no para buscarla, sino simplemente

para que la dejaran seguir en el caso de que ella insistiera, lo cual confirmaba su arrogancia.

—Muchas gracias —le dijo a la recepcionista con voz sibilante, y sólo el cariño que le tenía a Ángela la convenció de tomar el ascensor hasta el piso quinto.

Cuando estuvo allí, volvió a presentarse, esta vez ante unas muy ocupadas secretarias.

—El señor Soler se encuentra muy ocupado en este momento —le dijo una de ellas—. Tiene cita con él?

—La verdad no, pero él me espera, de todos modos.

—Entonces tendrá que esperarlo un poco; aunque si lo desea, puedo agendarle una cita para otro día.

—No, no creo que tenga el valor para volver.

—Qué dice?

—Que lo esperaré lo que haga falta.

—Está segura?

—Segurísima—. La secretaria la miró por un segundo, pero como también ella parecía estar llena de trabajo, se dio la vuelta ignorándola. Ana vio a personas ir y venir. Nadie le brindó asiento, y nadie se acercó para preguntarle qué buscaba. Se sentó en uno de los muebles de la sala que era a la vez la oficina de dos secretarias que tenían sus escritorios allí mismo y tomó una revista para hacer tiempo. Sin embargo, los minutos pasaron y nada cambió. Miró su reloj. Iban a ser las once de la mañana. Tenía clase hasta bien entrada la tarde, pero tampoco podía estar perdiendo el tiempo.

Cuando pasó una hora, y ella estuvo a punto de darse por vencida, al fin Carlos Soler salió de su oficina. Había otro par de hombres con él. Hablaban otro idioma, y no era el inglés. Vio a Carlos sonreírles y hablarles con naturalidad, y luego, despedirlos con gentileza. Cuando quedó solo, Ana se puso en pie para acercarse, entonces escuchó la conversación con su secretaria.

—Cancela la reservación para almorzar. Ellos ya tenían otra invitación.

—Oh, vaya. Qué lástima. Eso significa malas noticias?

—Espero que no. Quieren volver mañana para un recorrido... —se quedó en silencio, pues al fin la vio. Fue un poco curiosa su manera de reaccionar, pues pareció atragantado con sus palabras—. Ana— la saludó.

—Señor Soler —correspondió ella.

—No te esperaba hoy...

—Y cuándo me esperabas?

—Los cinco días pasados? —Ana meneó su cabeza negando, y se acomodó mejor el bolso en su hombro.

—Te he esperado por más de una hora.

—Ah, pero ya es hora de almorzar... —contestó él mirando su reloj.

—Cumplí con mi deber de venir, de todos modos —iba a dar la media vuelta, pero entonces él le habló a su secretaria.

—No canceles la reservación —le dijo—, iré con esta señorita.

—No! —protestó Ana.

—No? Podemos hacer la entrevista allí, no?

—No quiero almorzar contigo!

—Bueno... no tengo otro momento en el día. Si hubieses llamado para pedir una cita como la

gente normal...

—La gente normal no te quiere cerca, por qué iba a pedir una cita?

—Aunque le parezca increíble, señorita Velásquez, sé tratar a una dama. No tiene nada que temer de mí. Mabel, avisa a Edwin que voy de salida.

—Sí, señor —contestó Mabel mirando a uno y a otro con curiosidad. Nunca había visto que alguien le hablara así a su jefe.

—Vienes? —le preguntó Carlos a Ana, que se mordía los labios indecisa—. O puedo llamar a Ángela, y decirle que al fin y al cabo tú...

—Iré! Tampoco tienes que chantajearme para que acepte.

—No pensaba hacerlo —contestó él, y en sus ojos vio el brillo de una sonrisa—. Yo nunca chantajeo.

—Sí, claro.

Lo vio internarse de nuevo en su oficina, aunque no cerró la puerta, y luego salir de nuevo poniéndose un abrigo bastante fino. La miró significativamente, y ella lo siguió hasta el elevador. Ya dentro, el silencio era tenso e incómodo. Ella esperaba a que él hablara, pero al parecer, no tenía ganas. Sacó su teléfono móvil y le envió un mensaje de texto a Ángela: “Me estás haciendo pasar un infierno”.

Segundos después recibió uno de vuelta: “Algún día me lo agradecerás, y yo me haré la digna”. Eso la hizo reír, y Carlos se giró a mirarla, sin embargo, no dijo nada.

El elevador se abrió y ambos salieron del conglomerado. Edwin los esperaba con la puerta trasera del auto abierta y Carlos le dio la vuelta para entrar por la otra y cederle ésta a Ana. Ya dentro, Ana se permitió mirar el lujo interior. Era un auto espacioso, y sencillo, nada llamativo. Cuando el chofer puso el auto en marcha, Ana no pudo resistir una sonrisa irónica. Era obvio que alguien como Carlos tendría chofer, no había visto nada más esnob.

—Qué —preguntó él sacando de un portafolio unos papeles.

—Nada.

—Nada —repitió él—, te subes a mi carro por primera vez, sueltas una risita y dices que nada.

—Bueno, es sólo que debí imaginarme que alguien como tú tendría chofer y no se tomaría las molestias de conducir, como la gente normal. También te molesta abrir las puertas y este señor lo hace por tí? —el conductor les echó una breve mirada por el retrovisor. Carlos respiró profundo.

—No me molesta conducir, de hecho, lo hago de vez en cuando para relajarme, pero en horarios de trabajo intento evitarlo. Me quita mucho tiempo —cuando ella miró el techo del auto sin creérselo, Carlos continuó—: De la casa a la oficina me toma más o menos una hora de camino, luego tengo que pensar en el almuerzo, y el regreso a casa por la noche, serían más de dos horas de mi tiempo perdidas conduciendo. En cambio, le pago a Edwin un honesto salario y yo ocupo esas horas siendo productivo —dijo, señalando los papeles que tenía en la mano, que aún no había mirado.

—Ah, claro... —como ella aún seguía incrédula, Carlos la miró en silencio por un momento y siguió:

—No quiero alardear ante una mujer que se muestra abiertamente reacia a aceptar cualquier cosa que yo le diga, pero una hora de mi tiempo vale casi lo que una semana de trabajo de Edwin, así que tener chofer no es un lujo, sino una buena inversión. Si estudias negocios, sabrás que cada

centavo ahorrado y ganado cuenta.

—Quién te dijo que estudio negocios?

—Ah... Ángela.

—Ya—. Ana no dijo nada más, y entonces lo vio sacar unos lentes sin montura y ponerse a estudiar los papeles. No se imaginó nunca que usara gafas.

El resto del camino lo hicieron en silencio. Él parecía bastante concentrado, y ella simplemente miraba por la ventanilla. Cuando llegaron al Saint Isidro, un restaurante francés a las afueras de la ciudad, Ana fue diligentemente conducida a una mesa para dos, y vio que trataban a Carlos con mucha deferencia, se encargaron de su abrigo y su maletín, y les trajeron vino.

—Para ser alguien que dice que cada centavo cuenta, debiste entrevistarme en el camino, y no aquí. No creo que alguien como yo merezca este almuerzo —él frunció el ceño mirándola. Ana notó que realmente tenía las cejas pobladas, y la mirada de ahora incluso parecía un poco ominosa.

—No agregaré nada acerca de ese “alguien como yo”, pero me insultas si crees que soy capaz de hacer algo como entrevistar a un posible empleado en un auto andando.

—Claro.

—Algún día entenderé qué de mí te molesta tanto. Podría ahora mismo salvarte la vida, pero me temo que tú me seguirás odiando —ella lo miró con sus oscuros ojos entrecerrados sin poderse creer que él hubiese olvidado que en una ocasión la llamó “india”. Si bien no lo hizo delante de ella, eso demostraba lo que pensaba. Tenía la firme creencia de que por la boca salía lo que en el corazón había.

El maître llegó y, mientras servía el vino, describía de qué casa y qué cosecha eran. Ana no entendió ni pío, ni por qué lo hacía, pero igual sonrió y bebió un sorbo con mucho cuidado. Sentía la mirada de Carlos, pero ella se concentró en estudiar el lugar. Olía bien, se veía bien, incluso no había ruidos molestos de cuchillos o tenedores rozando la porcelana de los platos, la música era suave, y seguro que la tela de los manteles era más fina que la de la ropa que ahora llevaba puesta.

El maître llegó con las cartas, y Ana se dio cuenta de que la suya no tenía los precios. Miró a Carlos, pero primero muerta que preguntarle el porqué. Todo estaba en otro idioma... o eso parecía. Por Dios, había cambiado, había aprendido mucho en los últimos dos años, pero las palabras Bife Stróganoff, o Boeuf bourguignon definitivamente no las había leído jamás, ni oído pronunciar, o sí?

Maldición, lo que ella menos quería estaba sucediendo, quedar como una tonta frente a este hombre.

Cuando el maître volvió y le preguntó qué había elegido, tuvo que admitirle que no había decidido nada.

—Puedo sugerirle como plato fuerte nuestras Paupiettes —dijo el maître con voz suave—, de entrada estaría bien una crème de champignons, y como postre, un Saint Honoré—. Ana se quedó mirando al hombre con la boca abierta, asintiendo como si supiera de qué se trataba todo, pero la verdad es que no tenía ni idea de nada.

—Es una excelente elección, te gusta la ternera —dijo Carlos, y Ana no se detuvo a pensar cómo él sabía eso—, pero me temo que para ti, con el plato fuerte y el postre estará bien, ya que eres de poco comer. Las Paupiettes y el Saint Honoré estarán bien para la dama —le dijo al maître—, para mí, por favor... —Ana lo miró mientras pronunciaba en perfecto francés los nombres de

los platos, y no pudo más que apretar la mandíbula. Relájate, se dijo, si haces una escena, la que quedará mal serás tú.

Cuando el hombre se fue, y quedó de nuevo a solas con él, esquivó todo lo que pudo su mirada, sentía las mejillas coloreadas, aunque no sabía si debía o no sentir vergüenza por no conocer los platos de un restaurante francés. Sospechaba que no.

—Te va a gustar.

—No es eso lo que me preocupa.

—No? Entonces?

—Ni siquiera sé cuánto valen esos platos. Seguro que no los puedo pagar.

—Me insultas. Obviamente yo pagaré —ella elevó su mirada hacia él. Sí, que pague, se dijo. Ojalá el plato que pedí sea el más caro del mundo—. Tienes allí tu currículum? —preguntó Carlos, interrumpiendo sus pensamientos—. Podría echarle un vistazo mientras llega la comida, ya que tardará un poco —ella abrió su bolso y extrajo una carpeta y se la pasó. Carlos la hojeó con lentitud, deteniéndose a leer los datos que ella ponía. Mientras, ella miraba en derredor, aunque con mucho disimulo—. ¿Podría pedirte las notas de tus asignaturas en la universidad? —volvió a preguntar él luego de unos minutos.

—Mis notas? Por qué?

—No te has graduado. La única manera que tengo de saber si de verdad sabes lo que dices que sabes, es viendo tus calificaciones—. Ella hizo una mueca, pero antes de que él dijera nada, ella contestó:

—No han sido las mejores —el tono de voz de ella no era retador, todo lo contrario, y eso picó su curiosidad. Se mantuvo en silencio esperando a que ella siguiera—. Mi bachillerato fue un poco... accidentado. No tuve las mejores bases, así que en la universidad me ha costado un poco de trabajo estar al nivel de los demás. He necesitado ayuda.

—Ah... —ella elevó a él su mirada, pero Carlos seguía estudiando el currículum. Roja de vergüenza por haber tenido que admitir algo así, apretó la sentadera de su silla entre sus manos deseando que se la tragara la tierra. Bueno, a lo mejor eso le hacía tener una buena razón para no contratarla, y así se libraría de tener que trabajar con él, pero por otro lado, Ángela la estaba ayudando a conseguir lo que era justo su sueño: encontrar un buen empleo y mantener por sí misma a sus hermanos. Si ni con ayuda e influencias podía conseguirlo, sospechaba que de su cuenta eso jamás sucedería—. Conoces Texticol? Al menos un poco? —Ana asintió.

—He ayudado a Ángela en uno que otro contrato. Sé que se trata de una de las fábricas de tela más importante del país, que importan productos como la seda y el algodón, y exportan tejidos de primera calidad. Sé que hasta hace muy poco estuvo en crisis económica, pero que ha salido adelante, expandiendo no sólo su portafolio de productos, sino su mercado y empleados —Ana hizo una mueca mirando lejos, tratando de recordar más datos—. Sé que eres el presidente, que Ángela es una de las socias mayoritarias, pero que hay otros socios minoritarios que hacen parte de la mesa directiva; que además de eso tiene pequeñas tiendas de moda, lo cual es una nueva alternativa de expansión... —Se detuvo cuando vio que él miraba con gesto molesto la carpeta. Debía estar molesto, pues eso era lo que demostraba su expresión, pero no atinaba a saber por qué. Se suponía que era bueno que ella supiera cosas de la empresa, ya que pretendía un puesto allí. Había visto películas donde se le felicitaba al optante por haberse documentado acerca de la empresa a la que aspiraba entrar. Definitivamente no entendía a este hombre, la odiaba, y ella

todavía no sabía por qué.

En el momento, el maître llegó con los platos y los sirvió, interrumpiendo el tenso momento. Ana se sentía agitada, entre molesta y triste. Algo había salido mal y no sabía qué. Miró el plato delante y se preguntó qué podría decirle a Ángela. Ni siquiera con influencias había podido encontrar un buen empleo.

Tomó los tenedores y empezó a comer. Afortunadamente, todo estaba delicioso, así que su humor mejoró un poco; ya debería estar acostumbrada a ser odiada por este hombre, así que eso no debía impedir que disfrutara de ese rico plato.

Llegaron al postre sin pronunciar una sola palabra. Para Ana, aquello había sido lo más rico que había comido jamás. Lo que le daba pesar era haber comido sola; sus hermanos no habían podido disfrutar de esos deliciosos platos. Pero bueno, algún día podría traerlos a todos aquí y degustar las Paupiettes y el Stróganoff, fuera lo que fuera.

—Parece que te gustó.

—Sí, estaba muy bueno todo.

—Me alegra—. No parecía. Él seguía con su expresión huraña.

—Bueno, siento todo este gasto por nada. Yo me encargaré de explicarle a Ángela...

—De qué estás hablando?

—Vamos, Carlos. Ambos sabemos que nunca pensaste en contratarme —él la miró con el ceño fruncido. Las cejas estaban casi juntas sobre el puente de su nariz y en sus ojos ella detectó un fuego nunca antes visto.

—Es decir, tú viniste a esta entrevista aun sabiéndolo.

—Tenía que cumplir con la promesa que le hice a mi amiga, lo mismo que tú.

—Contratar personal es algo muy serio para mí, no algo que me tome a la ligera...

—Lo entiendo, no te preocupes, no te estoy juzgando...

—...Y yo en ningún momento dije que no te contrataría. Sólo no sabía en qué área ubicarte. Cuando doy mi palabra la cumplo, señorita Velásquez, y yo le prometí a Ángela darte un empleo y así será—. Ana se lo quedó mirando en silencio.

—Entonces... —Él sacudió su cabeza y llamó al maitre, que muy solícito trajo la cuenta.

Cuando estuvieron fuera, Edwin nuevamente les abrió la puerta, y Ana vio que de nuevo Carlos rodeaba el auto para entrar por la otra. Ella no tuvo que deslizarse hasta el otro asiento para que él entrara. Confundida, miró por la ventana. Este hombre era raro. No sabía raro en qué sentido, pero era incómodo estar con él. Se sentía a toda hora puesta a prueba, y eso era agotador.

—Tal vez no tenga para ti un puesto muy... elevado. De hecho, es bastante elemental, espero que con eso no te molestes.

—No lo haré. Entiendo la situación.

—Se necesita un archivador, pero no es un oficio que demande mucho tiempo, lo que es perfecto para ti, porque a la vez podrás desempeñar diversas tareas que te ayudarán a poner en práctica tus conocimientos. Texticol tiene el personal justo, quiero que entiendas que tú eres un nuevo cargo, un nuevo código en nuestra plantilla. Puedes dignificarlo volviéndote indispensable para el personal o no. Ya lo veremos.

Ana respiró profundo.

—Bien. Cuándo empiezo?

—Te espero el lunes a primera hora en...

—Tengo clases. Me temo que mientras no arregle mi horario no podré...

—El lunes a la primera hora que tengas libre, entonces. También tenemos que discutir tu horario, tu salario, y demás detalles.

—Bien.

—Ven preparada para quedarte lo que queda del día inmediatamente.

—De acuerdo—. Los dos se quedaron en silencio, mirando cada uno por su ventanilla. Hasta que Ana se dio cuenta de que no iban hacia Texticol, sino hacia su Universidad.

—Por qué me llevas?

—Tienes clase, no?

—Cómo lo supiste?

—Sólo lo imaginé

—Y a qué horas se lo dijiste a tu chofer?

—Se llama Edwin, Ana —ella sonrió por la respuesta, pero Carlos no la vio, sólo mantuvo su expresión huraña.

Cuando llegaron, esta bajó antes de que Edwin pudiera abrirle la puerta, no quería que ningún conocido la viera descendiendo de un auto tan caro, y además con chofer; eso podría dar una imagen muy errada acerca de con quién estaba, qué estaba haciendo, y por ende, qué era ella. Tenía compañeras que se dedicaban a pasarla con hombres mayores y ricos a cambio de mucho dinero, y con eso pagaban sus carreras, o se daban gusto comprando cosas caras. Una de ellas, al ver su ropa y sus costumbres económicas, incluso llegó a hablarle acerca del tema, para introducirla en ese mundo. Ana se había echado a reír al escucharla decir que eran hombres gentiles que sólo estaban aburridos de sus esposas. Ella ya había tenido su cuota de ese tipo de hombres en su vida, y no quería tener nada que ver con ellos desde entonces. Ni por asomo, le sobaría la panza a un viejo de esos por dinero. Se dio la vuelta justo para ver el auto marcharse. Miró en derredor de nuevo y no vio a nadie conocido y se permitió respirar profundo. Hasta ahora, estaba siendo un día asqueroso.

Cuando Edwin cerró la puerta, Carlos se permitió relajarse y recostó su cabeza en el espaldar de la silla. Incluso soltó un suspiro, muy ajeno en él.

Edwin lo vio hacer el mismo gesto que unas noches atrás: masajearse el puente de su nariz, pero ahora sus dedos masajearon también los ojos por encima de los párpados. Recordó que la noche de aquella cena en casa del señor Juan José esa misma mujer había estado allí. Quiso soltar un silbido, pero se contuvo, en cambio, sólo sonrió.

...3...

-Y bien, cómo te fue?

—Un infierno de principio a fin —le contestó Ana a su amiga por teléfono. Al otro lado de la línea se escuchó la risa cantarina de Ángela—. De veras que te quiero demasiado; de otro modo, no habría podido aguantarlo —agregó Ana mientras se tiraba al sofá de la sala de su casa y alzaba sus pies descalzos sobre el mueble. Había regresado hacía unos minutos de la última clase del día, y había llamado a Ángela para contarle los pormenores.

—Ya, siento como que me aprovecho de tu cariño, y no es así.

—Sí, sí... Por otro lado —siguió Ana—, el restaurante al que fuimos fue simplemente maravilloso.

—Almorzaron juntos?

—Tocó. Era la única hora que él tenía libre.

—Oh, vaya. Qué bueno. Y cuándo empiezas?

—El lunes.

—Quieres que vayamos de compras para que te compres ropa ejecutiva y eso? —Ana se echó a reír.

—Definitivamente no. Yo no me veré como esas mujeres oficinistas. Déjame mi ropa, que con ella estoy muy bien.

—Algún día dejarás tu estilo hippie-chic.

—Y por qué lo iba a dejar? No estoy incomodando a nadie, no?

—Tonta que soy yo, igual, todo lo que te pones se te ve genial. Odio tu bronceado —Ana se echó a reír de nuevo. Ángela, al contrario que ella, era de piel pálida. Que ella pudiera lucir un tono tostado en una ciudad tan fría como Bogotá era un don, aun cuando nunca había ido a la playa o visto de cerca una cámara de bronceado; sabía de mujeres que pagaban fortunas por obtener un tono de piel como el suyo. Eloísa una vez le había dicho que ella era algo así como una Adriana Lima con ojos oscuros y sin maquillaje. Había tenido que googlearlo, y no había sabido si sentirse halagada o no.

El lunes llegó como todos los lunes de las historias de la gente que no quiere ir a trabajar: duro. En un segundo era domingo, y al otro, lunes. Era una cruel realidad.

Caminó desde la universidad luego de una larga jornada de clases y reuniones de trabajo hasta la parada de buses, preguntándose cuál la dejaría más cerca de Texticol. Aún tenía que aprenderse las nuevas rutas que tendría que tomar, pues no podía darse el lujo de andar en taxi. Se miró a sí misma, y decidió que el jean que llevaba estaba bien, junto con su blusa de estampados oscuros y la chaqueta también de jean con aplicaciones color miel del mismo tono de sus botas. El bolso era de tiras largas, y lo llevaba terciado sobre la cadera. Era de lo mejor que tenía en su armario, y sabía que desentonaría profundamente con el estilo de una oficina, pero no tenía otra opción... Y si la tuviera, igual no cambiaría, pensó con una sonrisa maliciosa.

Esta vez no tuvo problema para llegar hasta la oficina del jefe, tuvo que esperar un poco, pero fue atendida pronto. Luego se dio cuenta de que no sería Carlos quien la atendiera. Susana, una anciana de cabello corto y blanco, de rostro un poco severo, pero que olía delicioso, la llevó hasta la que debía ser su oficina y le explicó los términos de su contrato. Al parecer, el señor Soler le había explicado acerca de su peculiar contratación, y había dejado en sus manos todo el trámite. Era de esperarse; primero, él no debía tener tiempo para ese tipo de cosas, ya había sido muy gentil en entrevistarla personalmente; y luego, intuía que tenía “sobredosis de Ana” luego de haber tenido que almorzar a solas con ella, al igual que ella tenía “sobredosis de Carlos”. Mejor no verse tan a menudo, las distancias eran perfectas.

—Tienes que saber que es la primera vez que contratamos a alguien que no cumplirá con el horario estipulado por la ley, y aunque sabemos que eso se debe a tus estudios, comprenderás que además de ser un riesgo en caso de auditoría, en cierta forma es una pérdida para la empresa pagar unas horas que no se están aprovechando. Por lo tanto, te solicitaremos de vez en cuando tu disponibilidad para horas extra y reuniones extracurriculares.

—Pondré todo de mi parte para compensar —contestó Ana. Susana, si bien no estaba siendo grosera, imponía un poco, y aunque nada de lo que decía era falso, no podía dejar de preguntarse qué tanta pérdida podía significarle a una empresa que manejaba billones unos pocos pesos.

—Bien, veo que tienes una actitud receptiva, eso es positivo. De igual manera, tendrás una semana para leer tu contrato antes de firmarlo. Si tienes alguna duda, o estás en desacuerdo con algo, por favor, pide cita con Mabel para hablarlo directamente conmigo.

—Gracias... Podría preguntarle cuál es su cargo en esta empresa?

—Soy la asistente de presidencia —contestó la mujer mirándola directamente a los ojos.

—Ah... es decir que Mabel es la secretaria de la asistente del presidente? Estoy confundida — Susana sacudió levemente su cabeza.

—Mabel y yo trabajamos bajo las órdenes directas del señor Soler, pero mientras ella se ocupa de su agenda y los asuntos sociales tales como reuniones y otros, yo soy su apoyo en los asuntos financieros y contables.

—Ya. Qué organizado —Susana sonrió al verla un poco desconcertada, le pareció que era directa, y por lo tanto, confiable.

—En otro tiempo hubo más de tres secretarias que hacían este mismo trabajo, era un derroche, luego sólo quedé yo, y era demasiado trabajo. Ahora al fin las cosas se han equilibrado—. Ana sonrió.

—Cuánto tiempo lleva trabajando en Texticol? Si me permite preguntar...

—Claro. Llevo veinticinco años trabajando con los Soler —Ana alzó ambas cejas al escuchar la cifra.

—Ya debió jubilarse, no?

—Está igual que el señor. Pero no, no opino igual. Me jubilaré cuando sea incapaz de sumar dos más dos—. Ana se echó a reír. La mujer le caía bien. Miró en sus manos el contrato y se puso en pie.

—Ya sé que no importa si lo digo, ya que archivar documentos no es la gran cosa, pero haré bien mi trabajo.

—No se equivoque, cada papel que pase por sus manos será importante y confidencial. Yo opino que al contrario, su trabajo será muy importante.

—Mmm... visto de esa manera, hasta me sube la moral. Cuál será mi lugar de trabajo?

—Mabel te indicará —Susana se puso en pie y caminó hasta la puerta. Habló unas cortas palabras con ella, y con la misma celeridad volvió a entrar a su oficina.

—Se ve muy llena de energía —le comentó a Mabel, una mujer de menos de treinta, de cabello castaño claro y largo, no muy delgada y aun así guapa, que caminaba delante de ella por uno de los pasillos indicándole el camino.

—Ah, lo está —contestó Mabel con voz sonriente—, todo el tiempo, y eso que no toma café. Por cierto, bienvenida a Texticol.

—Gracias.

—Viene bien tener a alguien de edad similar en el mismo piso.

—Trabajaré en este piso?

—Sí, claro. Aquí es donde están los archivadores.

—Ah... yo que creí que estaría en el rincón más oscuro del edificio —dijo en voz baja, y Mabel la miró extrañada. Eso la habría aliviado, significaba no tener contacto con el jefe a ningún momento del día, pero sospechaba que estando en el mismo piso se encontrarían más veces de las que desearía.

Cuando llegó al cuarto de archivos, encontró allí a un hombre de algunos cincuenta, calvo, bajito y bastante huesudo. Estaba escribiendo algo sobre papel cuando vio a Mabel entrar, enseguida su rostro se iluminó con una sonrisa y se puso en pie para recibirla.

—Esta será tu nueva ayudante, Ana Velásquez —dijo Mabel por todo saludo.

—Cómo? Ayudante? No necesito ayudante.

—Discute eso con el jefe —se giró a mirar a Ana, y suavizó un poco su expresión—. Él es Ramiro Buendía, será algo así como tu superior aquí. El tiempo que no estés acá, podrás emplearlo ayudando a las demás secretarias en lo que puedan necesitar. Tu cargo, según entiendo, es muy variado, o multifacético. Te deseo mucha suerte.

—Gracias.

—No recuerdo haberle dicho al señor Soler que necesitara ayuda —siguió quejándose Ramiro Buendía, y Ana lo miró con sus cejas alzadas, recordando que Carlos mismo había dicho que su cargo era nuevo. Hizo una mueca pensando en que si no era necesaria ahora, tendría que trabajar duro para volverse indispensable, y su primer obstáculo estaba aquí.

—Tal vez ahora no me necesites, pero verás cómo en poco tiempo no podrás vivir sin mí —Mabel se echó a reír.

—Ten cuidado, a pesar de que está casado y tiene cuatro hijos, le gustan menores y bonitas.

—Un acosador sexual?

—Claro que no! —se defendió Ramírez—. Sólo porque le he dicho una que otra vez que es

guapa.

—Mi marido me lo dice todos los días, no necesito oírlo de ti—. Y con eso, Mabel se dio media vuelta y salió del cuarto de archivos, dejando a Ramiro con una mirada de impotencia. Ana sonrió y se dedicó a estudiar el lugar.

A pesar de la fama, este cuarto en particular era bastante iluminado, si bien poco ventilado. Miró en derredor preguntándose por dónde empezar.

—No esperes que te dé órdenes. Ni siquiera necesito un ayudante —rezongó Ramiro mirándola de reojo.

—No te preocupes, después de todo, nadie dijo que tuvieras que supervisarme—. Y dicho esto, se dedicó a mirar las nomenclaturas de las cientos de cajas y archivadores para irse familiarizando.

-La señorita Ana Velásquez ya está debidamente instalada. En una semana, a lo sumo, decidirá si firmar o no el contrato —le dijo Susana Guerrero a Carlos, que miraba distraídamente un papel en sus manos con la cara apoyada en un puño. Parecía poco interesado en nada esa tarde.

—Mmm —contestó. Susana se sentó en la silla frente al enorme escritorio del presidente, escritorio que llevaba allí desde la época de Ricardo Soler, el tan querido y recordado abuelo, y que sin embargo, se mantenía como nuevo.

—Se la ve enérgica, y nada tonta —siguió Susana—. Creo que aunque sus obligaciones son un poco ambiguas, se desempeñará bien.

—Mmm —volvió a murmurar Carlos.

—Lo que es una pena, es que no pueda cumplir las horas reglamentarias. Tendremos que hacer algo al respecto—. Carlos alzó su mirada a la anciana que había trabajado antes para su abuelo, luego para su padre, y ahora para él. Respiró profundo y se recostó en su fino sillón de piel.

—Parece que te formaste una buena opinión de ella —Susana lo miró por encima de sus lentes de montura negra. La anciana no quiso decirle que apenas la vio, se sintió, en cierta forma, identificada con la joven. Al igual que Carlos, había estudiado su currículum, y visto que a su corta edad, no sólo trabajaba y estudiaba, sino que estaba a cargo de tres menores de edad, que eran sus hermanos. Mujeres así abundaban en el mundo, jóvenes que habían sido abandonadas a su suerte, pero muy pocas aún conservaban su espíritu, y Ana Velásquez tenía, y uno muy fuerte.

Miró a su joven jefe con una sonrisa mal disimulada. Sólo había conocido a otra persona igual de testaruda, y lo tenía delante.

—Jamás podría explicártelo.

—Ya, intuición femenina —Susana alzó ambas cejas, lo que arrugó aún más su frente.

—Vaya! Te diste cuenta de que soy una mujer!

—No seas tonta, Susy —Susana se echó a reír ante el apelativo cariñoso.

Los días empezaron a pasar, y pronto Ana se olvidó de que trabajaba en el mismo piso, y hasta en la misma empresa que Carlos Soler. En las dos semanas que llevaba allí, si se lo había encontrado una vez, era mucho. Parecía que él también se guardaba de tropezársela por los pasillos.

Además, él debía ser algo así como un maniático del trabajo. Según parecía, era el primero en

llegar y el último en irse. Las secretarias que no estaban enamoradas de él, lo idolatraban, estuvieran casadas o no. Ya había visto a más de una desabrocharse un botón de la blusa antes de entrar a su despacho, o abusar de la loción. Ella sólo alzaba una ceja incrédula, e incluso dejaba escapar algún resoplido poco femenino cuando las veía acicalarse cuando sabían que se iban a ver con él.

Había firmado el contrato antes de la semana prevista, y se había acostumbrado a su nuevo ritmo de vida, aunque había requerido bastante sacrificio. Ya no venía a sus hermanos tan a menudo y eso la preocupaba. Afortunadamente, eran chicos independientes y responsables, pero le angustiaba saber que estaban creciendo sin nadie alrededor que les ajustara las tuercas de vez en cuando. Ella llegaba tarde en la noche, y cansada, y había ocasiones en que no los veía en todo el día. Sin embargo, eran sacrificios que tenía que hacer, dado que era ella la responsable de ellos, desde que sus padres fallaran.

Ahora, estaba a punto de recibir su primera paga en Texticol. Sus gastos habían aumentado un poco desde que entrara a trabajar aquí, y su presupuesto era muy ajustado. Esperaba que no hubiese contratiempos en casa y con los chicos. Llegaría muy justa al final del mes.

Era jueves, con un poco de sol, y luego de la hora del almuerzo, llegó a Texticol como todos los días. Cruzaba los pasillos con los brazos llenos de papeles que debían ser archivados cuando tropezó con una mujer que claramente no trabajaba allí. Era una morena preciosa de ojos rasgados como una tigresa, y maquillados para acentuar el efecto. Cuando el bulto de papeles que llevaba encima tambaleó, ella ni se molestó en ayudarla. Afortunadamente, éstos no cayeron al suelo.

—Estoy buscando la oficina de Carlos —dijo, y Ana le señaló con la cabeza el camino a tomar.

—La última oficina de este pasillo.

—Ana! —la llamó Mabel corriendo a ella con otros papeles en la mano—. Se te olvidó esto.

—Ana? —preguntó la mujer, mirándola atenta.

—Eh... sí. Ese es mi nombre—. Tanto Mabel como ella, se quedaron sorprendidas cuando, sin disimular siquiera, la mujer la miró de arriba abajo, y luego caminó a lo largo del pasillo con paso largo y decidido.

—Y esa qué? —preguntó Ana, mirándola mientras se alejaba.

—No lo sé —y bajando la voz—: pero ayer tuve que mandar unas rosas y unos pendientes carísimos como regalo a una tal Isabella—. Ana la miró confundida, preguntándose qué tenía eso que ver con lo que acababa de suceder—. No la captas? El señor terminó con su última novia. Es su protocolo de despedida! Tal vez es ella y viene a reclamar!

—Rosas y joyas? Deberían terminar amándolo.

—Oh, algunas terminan odiándolo, esperaban mucho más de su abultada cartera, ya sabes.

—Para mí es suficientemente asombroso saber que todavía están dispuestas a venir aquí a presentar batalla.

—Es que estás ciega? —preguntó Mabel, quitándole parte del bulto de papeles para ayudarla a llevarlos, y se internó con ella en el cuarto de Archivos, donde infaltablemente estaba Ramiro Buendía. A pesar de eso, Mabel no paró de cuchichear—. Tienes que considerarlo, es guapísimo, apenas tiene treinta y uno, es rico; es un excelente partido para cualquier mujer!

—Mmm, sí, claro —contestó Ana, pensando en Fabián. Ese sí que era un auténtico partidazo. De ningún modo la sonrisa luminosa de Fabián Magliani, y sus ojos verdes y alegres podían

compararse con la mirada áspera de Carlos Soler—. Cariño, estoy por pensar que no has visto amanecer—. Mabel se echó a reír.

—Esta mujer ya debió morder el polvo. Estoy casi segura de que fue a ella a quien mandaron las rosas y las joyas. Te lo digo yo, que las ordené. No fueron cualquier cosa.

—Es decir, que ese hombre manda a su secretaria a elegir los regalos que hace. Qué detalle.

—Mantiene muy ocupado.

—Por no decir que le importa un rábano. Y tú, no deberías anunciarla o impedir su entrada? Eres la secretaria, no? Y si el jefe no quería recibir esa visita?

—Y meterme en medio? Estás loca? Si me reclama, diré que estaba ayudándote, o haciendo cualquier otra cosa en otro lado.

—Eres una cobarde.

—Lo admito. Pero no me juzgues, la viste? Todas son por el mismo corte: preciosas, pero insufribles. Por eso no le duran.

—Tal vez a él sólo le importa que sean preciosas. Nunca me ha parecido que sea un hombre que vea más allá de la apariencia—. Cuando todo se quedó en silencio, se dio cuenta de que tanto Mabel como Ramiro la miraban como si hubiese blasfemado contra Dios—. Qué? —preguntó.

—No lo conoces.

—Más de lo que crees —contradijo ella.

—Tal vez creas que le conoces porque trataste con él antes de trabajar aquí, pero nosotros llevamos con él años, trabajando hombro con hombro cuando hubo crisis y cuando no. Le conocemos.

—En el aspecto laboral, solamente. Como persona es otra cosa. Créeme.

—No puedes ser bueno en una cosa y malo en otra —dijo Ramiro, metiéndose en la conversación—. Es contradictorio.

Ana simplemente sacudió su cabeza, y recibió los papeles de manos de Mabel. Rato después, encontró a la misma mujer de pie frente al ascensor. Al verla, la llamó haciéndole un gesto con la mano. Ana miró tras de sí a ver si se refería a otra persona, pero no, la llamaba a ella.

—Me necesita?

—Es sólo que... me recuerdas a alguien, no sé—. Ana la miró un poco confundida, y picada su curiosidad, se acercó.

—De verdad?

—Es sólo como que te he visto antes, pero no es posible, es primera vez que vengo a las oficinas de Carlos, y no parece que fueras alguien que va a las mismas fiestas y reuniones que yo.

—Definitivamente, no lo soy—. Contestó Ana en tono seco, un poco molesta, pero la mujer se puso un dedo sobre los labios.

—Puedo invitarte a tomar algo?

—Estoy en horas de trabajo.

—Oh, escápate sólo un momento, no puedes? —Aquello era raro, pensó Ana. Por qué ese afán de hablar con ella?

—Me queda una hora, más o menos, antes de salir. Si de verdad quiere hablarme de algo, podría esperarme.

—Mmm, no me gusta esperar, pero está bien. Lo haré porque de veras quiero conocerte. Tal vez eres familiar de alguien que conozco—. El ascensor se abrió en el momento, y ella esperó que

salieran los que lo ocupaban para entrar, le dirigió una sonrisa y le dijo—: te espero en un café que vi aquí cerca. Es el único decente de la zona, creo. Te parece bien?

Ana sólo se alzó de hombros. Por qué quería hablar con ella una ex de Carlos? No se creía ese cuento de que se le parecía a alguien. Se quedó allí de pie, y entonces se dio cuenta de que a unos pocos pasos estaba el mismo Carlos Eduardo Soler, mirándola en silencio, con la expresión de siempre y ambas manos en sus bolsillos.

—Qué quería de ti? —preguntó. Ana alzó una ceja.

—Ni idea. Dice que le recuerdo a alguien.

—Mentira. Aléjate de ella —eso la hizo abrir bien sus ojos, sorprendida de que se atreviera a restringir sus amistades o las personas con las que hablaba.

—Disculpa, eres mi papá? No, verdad?

—Sólo es...

—No seas tan atrevido, Carlos. Yo me veo con quien me da la gana—. Ella le dio la espalda, pero Carlos volvió a llamarla.

—No soy tu padre, pero igual creo que merezco un poco de respeto. Soy tu jefe, no?

—Dame una sola razón corporativa por la que deba alejarme de ella —pidió ella girándose de nuevo a él. Carlos cerró su boca, sin nada que decir—. Entonces si es por motivos personales, no tienes nada que añadir. No te creas que porque eres el cuñado de mi amiga, eres también mi amiguito—. Le dirigió una mirada de hastío y se encaminó hacia el cuarto de archivos. Carlos se quedó allí otro rato, mirando el ascensor por el que había desaparecido Isabella, y la puerta tras la cual estaba Ana. Dio media vuelta y tomó su teléfono para marcar un número.

—Edwin? —habló.

...4...

ANA entró al cuarto de Archivo más molesta que nunca. Pero qué se creía ese hombre? Nunca nadie en la vida le había prohibido nada. Ni cuando vivía con sus padres, en aquella pobre casa en Trinidad. Se puso a organizar papeles, bajo la atenta mirada de Ramiro, y así se le pasó la hora. Tomó su bolso y salió, mirando por los lados a ver si Carlos tenía el descaro de volver a prohibirle salir con alguien.

Ese día no tenía clase, pero igual quería aprovechar el tiempo para estudiar, ya que era muy limitado su horario para ello, en cambio, tendría que verse con esta desconocida e invertir allí un buen trozo de su precioso horario.

—Viniste! Qué bien —dijo Isabella muy amablemente—. En el edificio no me presenté. Mi nombre es Isabella Manjarrez. Mucho gusto—. Ana tomó su mano.

—Ana Velásquez. El gusto es mío.

—Siéntate, siéntate—. Llamó al camarero y pidió para sí un margarita, Ana declinó—. Pide lo que sea, se verá muy mal si yo tomo algo y tú no.

—Está bien. Un café.

El camarero se fue, y Ana miró en derredor, preguntándose qué diablos quería esta mujer. Nunca le había pasado algo así.

—Entre más te miro, más me parece que te conozco.

—Pero cuando entraste por ese ascensor, me miraste y no pareció que yo te recordara a alguien —La mujer se echó a reír, y Ana se tomó su tiempo para analizarla. Tenía una boca ancha de labios gruesos, el cabello largo y oscuro, liso. Sus ojos exóticos eran llamativos. Era hermosa y ella lo sabía, se comportaba y miraba como tal. Tenía una blusa de encaje color verde menta, que le quedaba perfecta en su talle delgado, y unos pantalones estampados de flores y muy ajustados de Studio F, que sabía que eran carísimos. Bolso de Nicole Lee y un abrigo plegado en el asiento de al lado.

—Claro que sí —contestó ella—, sólo que tenías ese montón de papeles por delante y no te pude detallar bien. Hace cuánto trabajas para Carlos?

—Sólo unas semanas.

—Ah, entonces no lo conoces mucho.

—Más bien, sí. Su hermano está casado con mi amiga, así que lo conozco de mucho antes.

—Ah... vaya. Conoces a Juan José.

—Sí—. Isabella sonrió, pero de alguna manera, esa sonrisa no le pareció agradable.

—Supongo que al igual que todas las mujeres del mundo, los idolatras.

—No, realmente. De hecho, nunca me ha caído bien Carlos.

—No te gusta?

—No —contestó Ana de inmediato—. Demasiado esnob para mi gusto —Isabella se echó a reír.

—Esnob? Carlos?

—Eres su novia, no? Debes saberlo —la sonrisa de Isabella se borró.

—No soy su novia, ni lo fui. Dudo que él haya subido a alguna mujer a esa categoría alguna vez. Soy hermosa, de buena familia, con buenas conexiones, pero no fui lo suficientemente buena para él—. Ana estaba sorprendida, pero Isabella continuó—: Pero bueno, no hablemos de él. Dime, a qué te dedicas?

—Pues, como ya ves, tengo un empleo en Texticol.

—Eres una de sus ejecutivas?

—Para nada. Sólo la chica del archivo.

—Ah, vaya. Y tus padres, quiénes son? —Ana la miró en silencio unos instantes.

—Ambos están muertos.

—Oh, lo siento. No quería...

—No te preocupes. No tenías forma de saberlo.

—Entonces vives sola?

—Con mis hermanos.

—Ah, entonces tienes quien cuide de ti, qué bien —Ana se echó a reír, aunque ya la estaba cansando el interrogatorio.

—Soy yo quien cuida de ellos; todos son menores de edad.

—Ah, caramba. Entonces eres una de esas muchachas responsables que velan por su familia. Como en las telenovelas! —Ana frunció el ceño.

—No lo creo—. Isabella se echó a reír y agitó su mano desechando lo que pensó era pura modestia.

—Tendría que haberlo imaginado. Eres bonita, aunque si te maquillaras lo serías más, y me encanta tu cabello, tan ondulado. Usas algo para mantenerlo en forma?

—Sólo el champú.

—Claro. Eres de las sencillas —volvió a reír, esta vez mirándola detalladamente. Ana cada vez se sentía más incómoda—. Podríamos ser amigas, a pesar de todo.

—No se ofenda, pero yo lo dudo.

—Por qué? Somos jóvenes, y podríamos encontrar cosas en común —Ana achicó un poco sus ojos pensando en que era la primera vez que alguien le pedía que fueran amigas. Creía que eso sólo sucedía entre niños menores de ocho años.

Por su parte, pensaba que las amistades debían nacer y crecer de forma espontánea, de otro modo, sería todo muy falso y poco natural. Pero esta mujer de aquí, aparecida de la nada, le estaba pidiendo ser su amiga, y aunque dudaba mucho que pudiesen encontrar cosas en común, sospechaba que sería muy grosero de su parte rechazarla.

Tal vez sólo era una mujer con mente de niña, y quizá hasta un poco solitaria.

—Me das tu número telefónico? —pidió Isabella—. Para llamarte otro día y volver a salir.

—Si me prometes que no te pondrás a hablar acerca de lo maravilloso que es Carlos... —

Isabella rió a carcajadas.

—Eres estupenda.

-Entonces sólo estuvieron allí y charlaron? —le preguntó Carlos a Edwin. Este tenía las orejas rojas mientras conducía y le describía lo que habían estado haciendo Isabella, la mujer con la que hasta hace poco había salido su jefe, y Ana, la mujer que lo hacía comportarse de manera extraña cuando la tenía cerca, como ahora: las había mandado seguir y vigilar.

—Sí, sólo hablaron. De hecho, me pareció que reían y todo. Creo que hasta intercambiaron números —Carlos hizo una mueca, para nada relajado.

—Gracias, Edwin. Perdóname por haberte puesto a hacer algo tan... bajo, creo.

—No se preocupe señor—. Edwin guardó silencio mientras se concentraba en seguir la carretera que tenía delante, sin embargo, tenía muchas cosas en la mente. Se arriesgó a preguntar —: Cree que esté sucediendo algo extraño? Entre las dos, digo—. Carlos meneó la cabeza en silencio. Cuando Edwin ya pensó que no contestaría, Carlos habló.

—He aprendido más de mujeres en el último mes que en toda mi vida, Edwin. Son peligrosas, terriblemente peligrosas.

—Bueno, dicen que cuando una mujer es buena, es más buena que cualquier hombre... y también cuando son malas... Es mejor esconderse—. Carlos sonrió.

—Yo no puedo esconderme. A lo hecho, pecho, supongo.

Edwin lo miró por el retrovisor tratando de adivinar qué significado había tras esas palabras, pero no volvió a preguntar nada.

Ana levantó la vista de los libros que tenía delante cuando vio a Silvia entrar a la biblioteca. Traía una sonrisa luminosa.

—Qué pasó? Llegó papá Noel?

—Casi. Fabián está aquí... —antes de terminar de decirlo, el nombrado se apareció por la puerta, y la habitación sólo pareció un poco menos aburrida y silenciosa de lo que era antes. Ana en seguida sonrió poniendo un separador en el libro que había estado leyendo y cerrándolo.

—Qué haces tú aquí? —Fabián traía una sonrisa de oreja a oreja y se acercó a ella. Cuando la tuvo delante, la abrazó fuerte alzándola. Ana sólo reía—. Estás loco, me vas a romper los huesos!

—Es domingo! Qué haces encerrada aquí? Leyendo? La loca eres tú!

—Te recuerdo que estudio y trabajo —le contestó Ana echándole malos ojos y volviéndose a acomodar la ropa mientras Fabián la dejaba de nuevo en el suelo—. Los domingos son el único día que puedo dedicarme a estudiar.

—Y mientras tanto, la vida se pasa, los niños crecen, yo me hago viejo...

—No seas tonto —rió Ana, encantada.

—Salgamos, te prometo que luego te ayudaré en lo que sea que haces —Ana miró por el rabillo del ojo a Silvia que le alzaba ambos pulgares aprobando.

—Fabián, me encantaría, pero...

—Dudas de mis dotes de profesor? —él se acercó a los libros y libretas y los ojeó—.

Estadística. Soy bueno en eso. Vamos? —Ana respiró profundo.

—No quisiera dejar a los chicos solos. Aunque no parezca, estando aquí, puedo estar pendiente de ellos, y verlos.

—Me estás retando? —dijo Fabián alzando dramáticamente una de sus cejas—. Crees que me desanimaré sólo porque tengo que llevar a los niños? Muchachos! —gritó, y como duendes que aparecen de debajo de los hongos y troncos ante el llamado de la princesa (o el príncipe, quién sabe), aparecieron Paula y Sebastián con miradas expectantes tras Silvia, que se apoyaba en el dintel de la puerta—. Tienen veinte minutos para ponerse decentes. Vamos a cine.

—Síiiii —gritó Sebastián mientras iniciaba una loca carrera hacia su habitación. Ana se echó a reír.

—Nada te desanima?

—Muy pocas cosas, en realidad—. Esa sonrisa era demasiado genial, pensó Ana ruborizándose un poco, y nerviosa, empezó a acomodar los libros sobre la mesa—. Fabián se acercó a ella poco a poco.

—Pero si te sientes acorralada... —ella alzó sus ojos a él, que estaba muy cerca— te diré que no lo siento —ella se echó a reír, y vio cómo él se la quedaba mirando. Sería tan lindo enamorarse de él. Era atractivo, divertido, estaba segura de que si ella sólo le siguiera la corriente un poco, terminaría a su lado.

Sebastián eligió ese momento para entrar enseñando dos prendas de ropa. Estaba acostumbrado a elegir la ropa por sí mismo, pero al parecer, hoy quería llamar la atención.

—La de tu izquierda —le dijo Ana ante su silenciosa pregunta, y Sebastián volvió a desaparecer corriendo.

—Cuánta energía —comentó Fabián sonriendo.

—Tú debiste ser peor —la mueca de Fabián le hizo preguntar—: acaso no?

—A los once, era una bola de grasa; tenía de todo, menos energía.

—Una bola de grasa tú? Eras gordito?

—Bastante.

—No te creo.

—Mejor. No te enseñaré fotografías —Ella se echó a reír.

—Iré a arreglarme un poco.

—Pero si ya estás bien..

—Sírvete lo que quieras. Prometo que no tardo—. Él hizo puchereros, pero aun así, Ana se fue dejándolo solo.

Una hora más tarde, entraban a un famoso centro comercial donde, en el último nivel, estaban las salas de cine. Había bastante gente, y Ana caminaba al lado de Fabián, pendiente de los chicos, que iban delante de ellos.

—Aún no hemos decidido qué película ver —comentó ella, mirando sin querer una tienda que exhibía bolsos y zapatos.

—Habrà que ver lo que hay en cartelera, y lo que le llame la atención a los chicos.

—Mira! Es Carlos! —gritó Paula, y a Ana se le fue toda la emoción al ver que, efectivamente, Carlos se acercaba a ellos con una bolsa de una tienda de ropa para hombres muy reconocida. Al verlos, él se detuvo. Miró uno a uno, y a Fabián por más segundos que a los demás.

—Qué casualidad! —exclamó Fabián, adelantándose para estrechar la mano de Carlos, que permaneció mudo. Ana cruzó dedos mentalmente para que a Fabián no se le ocurriera invitarlo a unirse—. Qué haces por aquí solo?

—Hola, Fabián —saludó él con voz queda, y mirando a Ana, movió un poco la cabeza a modo de saludo. Ella hizo como que no lo vio. Aún no olvidaba que había intentado prohibirle verse con alguien—. Ah... —siguió Carlos un poco dubitativo— necesitaba unas cosas —dijo, mostrando la bolsa que tenía en la mano—.

—Vamos a entrar a cine —dijo Silvia, acercándose a Carlos con una sonrisa—. Fabián nos invitó. Tú qué vas a hacer? —Ana le abrió los ojos a Silvia para que se quedara callada.

—Tengo cosas que hacer —Carlos miró a Sebastián, y entonces hizo algo que sorprendió a todos: posó una mano en la cabeza del chico alborotándole el pelo, y en vez de molestarse, Sebastián sonrió mostrando toda su dentadura—. Cómo vas? —le preguntó Carlos.

—Mucho mejor! Ocupé el segundo lugar!

—Eso es genial. Sigue esforzándote.

—Claro que sí—. Carlos elevó su mirada aguamarina, encontrándose con los ojos sorprendidos de Ana, que miraba del niño a él preguntándose desde cuándo eran tan familiares.

—Bueno, entonces... que la pasen bien en el cine—. Sonrió Carlos. Cuando se despedían, Silvia se acercó a él y lo besó en la mejilla. Paula no quiso quedarse atrás y la imitó, aunque para hacerlo, tuvo que empujarse en sus pies y Carlos tuvo que inclinarse un poco. Estaba sonrojado, vio Ana. Ella sólo volvió a mover su cabeza, y tomó el brazo de Fabián, sintiendo como si se la fuera a llevar una ola si no se agarraba de algo.

Cuando lo dejaron atrás, Silvia volvió la cabeza para mirarlo, y lo encontró en el mismo sitio, mirando al grupo alejarse. Reprimió una sonrisa.

La tarde se fue volando, y cuando salieron de la sala de cine, ya era de noche. Fabián los llevó a comer pollo frito, y los cinco se sentaron alrededor de una mesa a comer de la misma fuente de comida. Ana ya había olvidado que se habían encontrado con Carlos. El momento ahora era casi perfecto.

Cuando vivía en Trinidad, nunca había imaginado que el día en que se enamorara y deseara casarse llegaría; todo en lo que había pensado en esa época era en tener el pan de hoy y trabajar para el de mañana. Ya no tenía ese tipo de preocupaciones, sus hermanos estaban todos en buenos colegios, sacando buenas notas algunos más fácilmente que otros, y ella estaba en la universidad, una cosa que antes ni siquiera se atrevió a soñar. Miró a Fabián a su lado reír y bromear con los chicos y algo se agitó en su alma.

Si ella elegía a un hombre para casarse, obligatoriamente tenía que ser alguien que también amara a sus hermanos, pues ella no los dejaría por casarse, jamás. Siempre había pensado que ella y Silvia, y Paula, y Sebastián, eran algo así como un solo paquete, un ente indisoluble. Si la aceptaban a ella, tendrían que aceptarlos a todos.

Al parecer, con Fabián no había ese problema.

Él no le había dicho nada, ni siquiera de salir, y ahora que lo había hecho, no había tenido problema con llevarse también a los chicos. ¿Sería Fabián el hombre por el que ella ni siquiera se había atrevido a soñar?

—Estás muy callada —le dijo él en voz baja, para que los chicos no escucharan.

—Sólo estoy... pensando.

—Estás preocupada por tu tarea de estadística? Ya te dije que te ayudaré —ella sonrió, tomando la excusa que él le ofrecía. En lo último en lo que había pensado esa tarde, era en su tarea de estadística.

Fabián los dejó en su casa, y los chicos lo abrazaron y besaron antes de subir a sus habitaciones. Él miró su reloj cuando quedó a solas con ella en el vestíbulo.

—Muchas gracias por lo de hoy, Fabián. Como dicen mis hermanos, eres genial —él sonrió, enseñando su blanca dentadura, y Ana lo miró tratando de absorber lo condenadamente guapo que era.

—De veras lo piensas?

—Sí, de veras lo pienso —él se acercó un paso más, y Ana empezó a sentirse nerviosa, sentía los latidos de su corazón en el hueco de su garganta. La besaría? La besaría?

—Puedo besarte? —Oh Dios sí!!, gritó su alma, pero su boca permaneció cerrada. Él se acercó otro paso—. Ya sabes, como compensación por la tarde tan fantástica que pasaste—. Ana sonrió, sin poder evitarlo, y Fabián inclinó su cabeza a ella, sus labios estaban a sólo unos centímetros. Él olía bien, a sándalo y a hombre. Ahora que lo tenía tan cerca, incluso podía ver los poros de su barba recién cortada, y sus orejas pegadas al cráneo, y...

Se acercó a él y tocó sus labios con los suyos. Cuando él no hizo nada, ella volvió a intentarlo, esta vez más firmemente. Después de todo, había sido con Fabián que se diera su primer beso.

Él ni siquiera la tocó. No elevó sus manos a ella para rodearla, ni profundizó el beso, y estuvo bien. Si hubiera hecho algo más, ella se habría sentido abrumada, y habría tenido que salir corriendo. Cuando sus rostros se separaron, Fabián sonrió lamiendo sus labios, como si saboreara el sabor que ella había dejado en ellos.

Ana se sonrojó.

—Ah... ya... —carraspeó, e intentó que su voz no saliera como un balbuceo—. Gracias... —él asintió, dio la media vuelta y salió de la casa. Ana lo siguió hasta la puerta, y lo vio internarse en el auto y salir del jardín de entrada. Cerró la puerta y se recostó tras ella.

—Te besaste con Fabián!!! —gritó Eloísa, y Ana cerró sus ojos ante el chillido estridente.

—Mujer, cálmate! —exclamó Ángela, abanicándola con la mano. Ana las miró a ambas y se mordió los labios. Había tenido que contárselos, no era muy buena interpretando ese tipo de situaciones, y ahora no sabía en qué términos estaba con Fabián. Salían? Eran novios? Amigos especiales? Qué eran ahora después del beso?

—Te ha escrito? O llamado? O algo?

—Nada. Pero eso fue anoche...

—No importa! Ya debió llamarte!

—Fabián es, ante todo, un estratega —dijo Ángela con voz calmada. Miró a Ana un poco más seria de lo que se esperaba; era como si, en vez de feliz, su amiga estuviera desilusionada— No te va a llamar o escribir inmediatamente después porque te conoce, y sabe que eso te abrumaría. Él sabe que contigo tiene que ir como el caracol.

—Tan lento?! —Exclamó Eloísa, sacudiendo su cabeza y su largo cabello castaño.

—Le tomó dos años sacarle un beso de verdad.

—Qué? —preguntó Ana, incrédula—. Me estás diciendo que desde hace dos años él ha ido...

tejiendo una red alrededor de mí?

—Algo así.

—No lo creo. Nadie es tan paciente.

—Fabián sí.

—Él no está enamorado —Ángela la miró alzando sus cejas.

—Cómo estás tan segura?

—No lo sé, es... por favor, tiene tantas mujeres hermosas detrás... no creo que esté enamorado de mí.

—Y entonces por qué te invita a salir con todos tus hermanos, y luego te besa? Un hombre que sólo quiere sexo no hace ese tipo de cosas.

—Y si las hace, es muy ruin, y Fabián no lo es —completó Eloísa—. Ooooh! Un beso de Fabián, un beso de Fabián!!! Moriría por uno!!! —Ana sonrió, sintiéndose de verdad privilegiada, o especial. Eloísa, tan extrovertida y mundana, anhelaba algo que ella, la simple y sencilla Ana, ya había tenido.

Miró a Sebastián a través de los cristales de la sala de Ángela que daba al jardín. Ayudaba a Carolina a subirse a los juegos infantiles que hacía poco Juan José había instalado. La niña se resbalaba por el tobogán y Sebastián la esperaba abajo. Paula y Silvia estaban las dos arriba, ayudando a la bebé a que no sintiera nervios, y cuidando de ella.

Era una princesa rodeada de amantes sirvientes que cuidaban fervientemente de ella. Carolina había nacido entre sus hermanos, y por eso la adoraban. Siempre que tenían un momento libre, como hoy, festivo, donde no había ni trabajo, ni universidad, ni escuela, se reunían.

—Dónde está Juan José?

—Con Mateo. Tenían una cita desde hacía más de un mes para reunirse y jugar al tenis.

—Esos sí que son amigos de toda la vida. Uno normalmente dice: son viejos amigos, pero ese par...

—No excluyas a Fabián —dijo Ángela—. Los tres son como la uña, la carne y el mugre. No sé cuál de los tres es el mugre —todas rieron.

—Y Carlos? —preguntó Ana, y al instante se arrepintió.

—Carlos... —contestó Ángela, pensativa, y suspiró—. Carlos, por lo que me ha contado Juan José, siempre ha estado solo. No tuvo un grupo de amigos así como Juanjo; su padre murió cuando era muy joven, y su madre es horrible. Supongo que tiene amigos, pero yo no los conozco.

—Seguro que no tiene —contestó Ana con voz amarga.

—Nadie puede vivir sin amigos —apuntó Eloísa—. Yo habría enloquecido en Trinidad si no hubiese tenido a Ángela.

—Y yo —contestó Ángela, nostálgica—. De no haberlas tenido a las dos, chicas, habría muerto.

—Me duele saber que no exageras —contestó Eloísa, y se acercó más a Ángela para abrazarla y mimarla. Ana sonrió mirando a Sebastián cargar y consentir a Carolina pensando aún en lo que Ángela había dicho. Realmente ese hombre no tenía amigos?

...5...

-PODEMOS vernos? —preguntó Isabella por teléfono. Ana miró su reloj. Faltaban quince minutos para la hora del almuerzo.

Estaba de vacaciones, así que ahora podía cumplir el horario completo de Texticol. Ahora ya no sentía que le estaba robando a Carlos cada vez que tenía que salir antes de la hora, o llegaba después por haber tenido que hacer algo en la universidad.

—Claro —le contestó.

Ya se habían reunido varias veces, y contrario a lo que parecía, Isabella no era tan insufrible, en ocasiones era hasta encantadora.

Claro, tenían costumbres muy diferentes. Para Isabella una tarde divertida constaba de gastar mucho dinero en tiendas, y en cosas realmente innecesarias, pero tenía sentido del humor, y no la miraba por encima del hombro como podía haber esperado. Sólo algunas veces la sorprendía mirándola como si la estuviera estudiando, y cuando le preguntaba, ella sólo decía que aún no sabía a quién se le parecía. Ana ya se había acostumbrado. Casi.

Cuando salió del edificio, vio el fino automóvil blanco de Isabella, abrió la portezuela y entró.

—Dónde quieres comer? —preguntó Isabella con una sonrisa.

—En un sitio que pueda pagar.

—Mira que eres tonta. Elige un lugar fino, ya que soy yo la que va a pagar.

—De verdad, Isabella...

—Entonces elijo yo —no hubo ocasión de discutir. Casi siempre era así, pero Ana prefería pensar que era amabilidad, y no capricho, o incapacidad para entrar en un lugar corriente.

Cuando entraron, un mesero las acomodó casi inmediatamente en una mesa, a pesar de que había gente fuera esperando, y le trajeron en seguida las cartas.

—Elige lo que quieras, ya sabes —Ana sonrió recordando la vez que almorzó con Carlos, y la dificultad que había tenido para elegir un plato. Cuando vio en la carta la palabra Stróganoff, se tranquilizó. Aun no lo había probado, pero tenía confianza en que sería rico.

Mientras comían, Isabella no dejaba de mirarla.

—Tengo algo en la cara? —preguntó Ana.

—Sólo que manejas muy bien los tenedores, es impresionante.

—Esperabas que comiera con las manos, o hablara con la boca llena?

—Claro que no. Es sólo que ni yo tengo tan buenos modales. Seguro que eres pobre? —Ana se echó a reír.

—Es sólo que... hubo alguien que me impulsó a mejorar.

—Ah, de verdad? Puedo saber quién?

—No vale la pena.

—Ah, fue un novio? Hablando de novios. Tienes uno? —Ana pensó en Fabián, que desde el domingo que habían salido (y se habían besado) sólo le había hablado para contarle que tenía un viaje al exterior por su trabajo. Había ido con Juan José, ya que eran socios.

—No, no tengo.

—Cuando te hagan esa pregunta, contesta: No tengo, *por ahora*—. Ana se echó a reír.

—No tengo, por ahora.

—Eso está mejor. Así estoy yo. Luego de que terminé con Carlos... ha sido difícil—. Ana frunció el ceño.

—Aún lo quieres? —Isabella hizo una mueca indescifrable.

—A veces lo odio.

—Caray, qué te hizo?

—Lo peor que un hombre le puede hacer a una mujer. Imperdonable —Ana abrió bien sus ojos, un poco sorprendida.

—Te pegó?

—Ojalá hubiese sido pegarme —sacudió su cabeza—. Lo que hizo no fue en el calor de la emoción, o la pasión, fue frío y calculador.

—Vaya.

—Sólo te digo que los Soler son lo peor que haya sobre la tierra, y me disculpas si no estás de acuerdo, pero al mundo le habría sido mejor que esos dos no nacieran—. Ana palideció un poco. Que alguien hablara de Carlos no le importaba, pero que dijeran cosas de Juan José era diferente, era el amante esposo de su mejor amiga.

—Por qué dices algo así?

—No sé cómo será Juan José Soler ahora, pero dudo mucho que haya cambiado; lastimó muchísimo a una amiga que se enamoró de él. Le destrozó la vida. Jugó con ella de la manera más vil. Y Carlos es un maldito ladrón.

Ahora Ana estaba seriamente intrigada.

—Esa es una grave acusación.

—Lo sé. Y estoy segura de que si vas y le dices todo lo que te acabo de decir, le importará un maldito rábano. Tiene las espaldas muy bien cubiertas... Mi padre me contó lo que sucedió realmente con Jakob —Isabella cerró sus ojos y sacudió su cabeza—. Lo perdimos todo por su culpa, Ana. Tiene una manera de envolver a las personas que es impresionante, mi padre confió en su palabra, fue ingenuo, y él le quitó todo—. El camarero llegó con una botella de vino para rellenar sus copas. Como una autómatas, Ana se llevó la suya a los labios.

—No sé por qué me dices todo esto —dijo Ana al cabo de un rato en silencio—. No soy una chismosa, sabes? Y no voy a ir a contarle nada a mi amiga acerca de su marido, y no acusaré ante nadie a mi jefe como ladrón, ya que no tendría pruebas, y no soy nadie para hacerlo. Así que me surge una pregunta: Qué ganas contándome todo esto?

—Desahogarme, claro. Yo tampoco puedo hacer nada al respecto, a pesar de que estoy plenamente segura de que fue Carlos quien le quitó todo a mi familia.

—Y de dónde viene tu seguridad?

—Conoces las tiendas de moda Jakob?

—Claro que sí, todo el mundo las conoce.

—No es esa la última adquisición de Texticol?

—Bueno... sí, creo—. Contestó Ana, frunciendo el ceño y recordando unos papeles que tuvo que archivar con el membrete de esa tienda.

—Era propiedad de mi familia, pero de repente todo empezó a ir mal. Mi padre lo manejaba, y de un día para otro, todo terminó en manos de Carlos Eduardo Soler. No estudié nada que tuviera que ver con finanzas, así que no entiendo mucho qué pudo haber sucedido, pero fui testigo de la desesperación de mi padre. El abuelo y él discutieron muchísimo, algo acerca de malos manejos; el nombre de Carlos surgió varias veces en la discusión... Él les quitó todo, estoy segura. En un afán de recuperar algo, mi padre me presentó ante él; al parecer, hicieron un convenio para que él y yo nos casáramos. Así, como su esposa, yo podría tener cierto derecho, y mi familia, a las tiendas. Empezamos a salir, pero ni bien pasaron un par de meses, él rompió toda relación, inexplicablemente. Hace unas semanas... de hecho, fue el día antes de yo ir a las oficinas y conocerte, él, muy campante, me envió unas flores y unos pendientes dando por terminada la relación. Una simple nota le bastó para acabar con todo.

—Eso... eso es ruin...

—Tú trabajas allí —dijo Isabella, alzándose de hombros y bebiendo de su margarita—. En cualquier momento puedes comprobar que todo lo que te digo es verdad. ¿Cómo crees que una familia y una empresa como la suya, que estaba en la ruina, en los mismísimos escombros, de un momento a otro volvió a surgir tan brillantemente como antes en menos de dos años? Con negocios turbios como este.

—Bueno, tiene muy buenos socios.

—Como mi padre, que terminaron robados por él—. Ana sacudió su cabeza. Estaba dispuesta a creer que era un engreído prepotente, pero de ahí a ladrón era mucha distancia—. En fin —suspiró Isabella—. No te creas que su hermosa cara y su serenidad son la fachada de un buen hombre, por el contrario, esconde demasiada oscuridad... En la cama... —Isabella cerró sus ojos, y Ana, al contrario, abrió más los suyos, casi se le iban a salir.

Nunca sospechó que Isabella le fuera a contar sus intimidades. Ni siquiera Ángela lo hacía, y si lo había hecho, había sido muerta de vergüenza, las dos. Eloísa de vez en cuando era descarada y hablaba del tema, pero llevaban años conociéndose.

—Qué... qué te hizo? —preguntó aprehensiva. Por las mejillas de Isabella corrieron lágrimas.

—Nada, nada. Perdóname. Sólo créeme cuando te digo que estoy aliviada de no tener que casarme con él, aunque estoy muy indignada, porque quiero recuperar lo que es mío y de mi familia. Pero no tengo quién me ayude! —Ana se mordió el interior de la mejilla.

—Me gustaría ayudarte, pero no puedo.

—Oh, tal vez sí...

—Ni aunque pudiera, Isabella.

—Pero, por qué? Él me quitó todo, yo solo quiero recuperarlo!

—Porque estaría traicionando la confianza de muchas personas.

—Creo que ni siquiera me crees lo que te conté —la acusó Isabella, y Ana guardó silencio. Isabella soltó una risita irónica, secándose las lágrimas—. No lo puedo creer. Tú no me crees! Pero bueno, no importa. La verdad siempre sale a flote, tarde o temprano. Algún día podré

desenmascararlo. Y lo haré de la manera legal, no te preocupes, así que no te volveré a insinuar nada... sólo que si hubieses decidido ayudarme, todo habría sido más rápido—. Miró su reloj y pidió la cuenta. En unos minutos, estuvieron de vuelta a las oficinas de Texticol—. Sólo para salvar mi imagen delante de ti, por favor hurga un poco y sabrás que todo lo que te conté es verdad. No tienes que contarme o mostrarme nada de lo que encuentres, sólo para que sepas la verdad. La verdad y nada más que la verdad. Valoro tu amistad.

Isabella salió rauda en su auto, y Ana la vio alejarse. Se metió las manos en los bolsillos de su abrigo preguntándose por qué le había contado todo aquello. Si ella de casualidad descubriera que aquello era cierto, tendría que contárselo a Ángela, entonces ella rompería la sociedad, y Carlos se hundiría. Miró ceñuda hacia el edificio, y como si lo hubiese invocado, allí estaba él, mirándola como solía hacerlo, con el ceño fruncido. Caminó hacia la puerta, intentando ignorarlo, pero entonces él le tomó el brazo.

—Qué quieres? —él abrió su boca para decir algo, pero de ella no salió nada. Ana alzó ambas cejas, y con un movimiento brusco se alejó de él.

El edificio aún estaba solo, pues los demás empleados todavía no habían vuelto de su hora de almuerzo, y caminó directo al cuarto de archivo. Empezó a buscar; Jakob, Jakob, Jakob.

Era una tienda de modas, donde famosas modelos y presentadoras de televisión participaban como la imagen oficial. Una tienda de modas necesita surtirse de buenas telas, y eso era Texticol, la mejor fábrica de telas del país.

Encontró una caja y sacó varias carpetas y empezó a husmear.

—Buscas algo en concreto? —le preguntó Ramiro al verla. Al parecer, o no había salido a comer, o había comido aquí.

—Susana me pidió algo referente a las tiendas Jakob —mintió Ana, y le sorprendió la naturalidad con que lo hizo.

—Ah, ahí está todo, creo—. Ramiro salió del cuarto, dejándola sola, y Ana tuvo más libertad para leer. Encontró unos documentos con la firma de un tal Luis Manuel Manjarrez. Lo leyó. Luis Manuel, con un número de identificación de dígitos bastante cortos, le cedía a Carlos el manejo de sus empresas, que databan de un valor bastante alto, a cambio de una deuda contraída por parte de Jakob S.A. con Texticol. El tamaño de la deuda era insignificante, comparado con el valor neto de la empresa.

Qué había sucedido? Por qué un hombre de negocios regalaba su empresa? O todo era por la promesa de matrimonio? Pero esta se había disuelto, no? Él había mandado unas flores y unas joyas dando por terminado todo.

Sintió la bilis subir a su boca. Era un ladrón el hermano de Juan José? Podía este papel servir de prueba de algo? Estaba segura de que ahora, aunque el señor Luis Manuel lo quisiera, no podría tener su empresa de vuelta.

—Ana... —llamó alguien desde la puerta del cuarto de archivo. Ana se giró rápidamente y se encontró con el hombre que más despreciaba en la tierra: Carlos.

Estaba algo descompuesto, en mangas de camisa, con círculos oscuros debajo de sus ojos y el cabello no muy arreglado, como solía estar. Parecía que hubiese estado meciéndoselo sin parar en los últimos minutos. Ella sólo se lo quedó mirando, con el contrato entre Jakob y Texticol aún en las manos. Vio a Carlos masajearse el rostro con ambas manos, y sólo alcanzó a desear que lo que fuera que estuviera disgustándolo se volviera más grave aún. Y doloroso.

—Ya... ya no puedo más. Me estoy volviendo loco —él la miró a los ojos; por primera vez, él no tenía el ceño fruncido, su mirada estaba desnuda. Desnuda? Se preguntó a sí misma, y retrocedió un par de pasos—. Estoy enloqueciendo, y es tu culpa! Ya no puedo dormir, no puedo siquiera... —se acercó lentamente a ella. Ana lo miraba extrañada, de arriba abajo.

—De qué hablas? Qué te he hecho yo?

—Eso me gustaría preguntarte! —él se acercó más—. Qué me has hecho? —y se acercó aún más—. Estoy tan enamorado de ti.

Ella quedó con la boca abierta. Todo lo extraño que podía pasarle ese día, y durante el resto de su vida, estaba sucediendo justo ahora. Sólo pudo echarse a reír.

—De qué estás...

—Tan enamorado, tan locamente enamorado, tan embelesado...

—Por favor, no... —él se acercó más, atrapándola en los estantes de archivo, poniendo una mano a cada lado de su rostro, y Ana no tuvo más alternativa que mirarlo a los ojos.

—No hago más que pensar en ti, y es una locura, porque no debería, no quiero estar enamorado de ti! Odio este sentimiento que me hace débil, que me distrae! He luchado por todos estos años, diciéndome a mí mismo que de ninguna manera puedo amarte, que no eres la indicada, ni adecuada, ni siquiera eres lo que alguna vez soñé, si es que soñé con esto. Así que intenté olvidarte, sacarte de mi mente, menospreciarte. Pero no funciona, Ana, porque lo único que hago es enamorarme más y más de ti y voy a enloquecer!

Ana parpadeó, enmudecida. Los ojos de él estaban brillantes, y ella pudo mirar las motas más oscuras alrededor de su iris azul.

—Me rindo —susurró él—. Ya no puedo más. He perdido. Te amo. Eso es todo lo que soy—. Él sacudió su cabeza, lo que envió a Ana el suave halo de su perfume. La miró fijamente a los ojos, como esperando que ella dijera algo, pero el silencio se prolongó. Sin embargo, él no interrumpió, era como el acusado sentado en el estrado esperando por el veredicto del jurado.

—Y qué esperas que yo te diga? —dijo ella al fin—. Crees siquiera que he de sentirme halagada por tu declaración? —él parpadeó un poco y bajó una de las manos que tenía al lado del rostro de ella.

—No, yo...

—Te odio —replicó ella—. Eres la persona que más he odiado en toda mi vida, y créeme que tengo bastante experiencia en eso de odiar a la gente. Te odio porque te crees el rey de la montaña, y no eres más que un maldito que abusa de su poder cuando puede, que engaña y convence para ganar dinero.

—De qué...?

—Yo siempre he visto a través de la máscara que llevas puesta todo el tiempo, no eres más que un engreído, un ladrón y un oportunista. No me satisface para nada que me digas que te crees enamorado de mí; al contrario, me repugna, porque ni si fueras el último hombre sobre la tierra, ni si el destino de la raza humana dependiera de ti y de mí, te voltearía a mirar —Él ahora la miraba inexpresivo, su pecho subía y bajaba, pero Ana lo ignoró, sacando al fin todo su veneno—. Que no soy adecuada? Que no soy lo que soñaste? Bájate de esa nube, nunca he querido ser la adecuada para ti, ni ser lo que nadie sueña; yo soy yo, Ana, simplemente yo. Y si crees que por ser lo que soy me voy a derretir ante ti por tus palabras estás muy equivocado!

—No, Ana, yo jamás...

—Odias ese sentimiento? Pues yo te odio a ti!! —Gritó ella—. Eres tan falso, tan estirado, tan prepotente que te declaras a una mujer con las peores palabras del mundo y aun así esperas que ella caiga rendida a tus pies! Qué de mi comportamiento te hizo siquiera pensar que yo te aceptaría? Acaso no he dejado claro todos estos años lo mucho que te desprecio? —él bajó la otra mano, y retrocedió un poco.

—Por qué?

—Cómo que por qué? Por las mismas razones que me acabas de dar. Nunca perdiste oportunidad para hacerme saber que soy indigna, que vengo de abajo, que soy una “india”! —él abrió su boca, a punto de decir algo, pero tan sorprendido que no atinó a formar ninguna palabra—. Ah, lo recuerdas? Me entiendes ahora? —Carlos cerró sus ojos, profundamente arrepentido, pero Ana no le dio tregua—. Entonces hazme un favor. Déjame en paz! No me hables, no me mires, no te dignes a dirigirme un pensamiento! Haz como que no existo porque yo estoy muy feliz pretendiendo que tú no existes. Y si insistes en seguir amargándome la vida, me veré obligada a renunciar a tu empresa, y...

—No! No lo hagas!

—Entonces no me presiones! Ya es imposible que consigas que te odie más de lo que ya hago, así que por favor, no me hagas estallar! Todos estos años no he hecho más que ser educada, y porque quiero mucho a Ángela es que he mantenido todo al margen, para que ella no se vea afectada, ni Juan José, pero te juro que si vuelves a molestarme con la más mínima cosa, explotaré.

—Ana, déjame explicarte lo que pasó esa vez.

—No me interesa! Y lárgate de aquí, que esta no es tu oficina siquiera! —Carlos tragó saliva y retrocedió enseñándole sus palmas, en señal de rendición. Cuando tomó el pomo de la puerta para salir, se giró de nuevo a mirarla. Ella estaba aún derecha en su lugar, con la respiración agitada y los ojos brillantes de lágrimas de indignación. Temblaba levemente, y él bajó su cabeza. Él había provocado esto.

—Tal vez... tal vez debí dejar las cosas así... nunca debí decirlo.

—Fue tu idea. Nadie te obligó —él sonrió triste.

—No volveré a hacerlo. Perdóname.

Sin esperar respuesta, abrió la puerta y salió. No había nadie alrededor, las personas apenas llegaban de su hora de almuerzo. Ramiro lo vio salir del cuarto de archivo y lo saludó, pero Carlos ni se enteró.

Dentro del cuarto, Ana estaba temblando, lo hacía violentamente, se miraba las manos y no podía controlarlas. Le temblaba todo, cada miembro de su cuerpo, y pronto se dio cuenta que tampoco estaba controlando sus lacrimales. Estaba llorando.

Por qué le había hecho esto? Qué era esta manera de burlarse de ella? Por qué?

Se secó las lágrimas y cayó en cuenta de que aún sostenía un papel en las manos. Rió con ironía. Si es que era verdad lo que Carlos le había dicho, que la amaba y todo eso, no había podido elegir peor momento para decirlo.

—Maldito estúpido engreído —masculló, mientras metía de vuelta el contrato a su carpeta con violencia—. Por mí, puedes esperar a que a las ranas les salgan plumas, o que los cerdos vuelen, o que...

—Qué te pasa, mujer? —preguntó Ramiro, mirándola extrañado.

—Ah, hola, Ramiro.

—Qué te pasa —volvió a preguntar él.

—Nada, nada. No me pasa nada—. Volvió a acomodar todo en su lugar y salió directa a los baños, a lavarse la cara, a aparentar estar relajada.

-Y eso es todo, el señor Luis Manuel agradece la pequeña planta que le envió, aunque dice que habría agradecido más una visita —decía Mabel, mirando sus apuntes, cuando al fin se dio cuenta de que Carlos no le estaba prestando atención. Miró a Susana interrogante, que estaba sentada en la silla frente al escritorio del jefe, y ésta le sonrió sacudiendo su cabeza levemente, pidiéndole que no prestara atención. Mabel salió.

—Me voy a casar, estoy embarazada —tanteó Susana. Carlos siguió mirando al vacío, como si nada—. Es un chico de veinte, tiene tatuajes. Estuvo en la cárcel—. Nada.

Susana se puso en pie, e invadió el campo visual de Carlos, éste al fin se dio cuenta de que ella estaba allí.

—Ah, Susana. Sucede algo?

—A mí, no. Pero a ti...

—Lo... lo siento. Estoy...

—Mal. Grave. Vete a casa.

—Claro que no.

—No es una sugerencia, Carlos.

—No sé en qué mundo la secretaria manda a casa al jefe.

—En este mundo. Vete a casa. Ahora mismo no sabes ni tu nombre. No te voy a preguntar por qué, así que tranquilo.

Carlos rodó su sillón para ponerse en pie, y caminó lentamente por su oficina. El cabello aún más desordenado, la corbata desanudada, la camisa arrugada.

—No puedo irme, de hacerlo, es como si fuera débil, o hubiese perdido ante algo. Sólo necesito lo de siempre, trabajo y más trabajo.

—No estoy muy segura.

—Yo sí —lo vio sentarse en los muebles de la pequeña sala que estaba al otro extremo de la enorme oficina—. No hay mal que dure cien años, verdad? —dijo. Cuando él cerró fuertemente sus ojos, Susana de verdad se preocupó.

—Qué pasa, Carlos?

—Prometiste que no preguntarías.

—Estoy preocupada.

—No lo hagas, mujer.

—No es de trabajo, de eso estoy segura. Eso sólo te llenaría de adrenalina. Es... familiar? Los niños de Juan José están bien?

—Carolina está bien, y Alex aún no nace. Todo está bien.

—Entonces es personal? Tuyo? —Carlos la miró fijamente. Respiró profundo y volvió a ponerse en pie, tomando del escritorio los papeles que Mabel le había traído. Trabajo, trabajo, trabajo. La cura de todos sus males. Necesitaba una buena dosis ahora.

Cuando se hizo de noche, y bajó a la salida, la vio. De refilón, como se suele decir. Sólo un vistazo rápido entre la gente que salía, y le dolió el corazón.

“Te odio”, había dicho ella. “Eres la persona que más he odiado en mi vida”.

Se internó en el auto conducido por Edwin y dejó a un lado su maletín, más bien triste porque la jornada había terminado, y ahora no tenía otra cosa que hacer más que pensar en lo sucedido a mediodía. Había trabajado más duro esa tarde que en las últimas tres semanas. Había estresado a Mabel, a Ramiro, y a la misma Susana, pero había surtido efecto; casi no había pensado en eso, y estaba tan cansado que esperaba poder llegar a casa y dormirse inmediatamente.

Se tiró en los asientos de atrás, subiendo el pie al cojín, lo que escandalizó a Edwin, que frenó el auto y miró hacia atrás, encontrándolo atravesado a lo largo de todo el asiento.

—Señor, está bien? Lo llevo a un hospital? —eso lo hizo reír.

—No, Edwin. Estoy bien. Sólo estoy... cansado.

—Seguro? Nunca lo había visto así.

—Seguro, Edwin. Seguro—. El chofer lo miró por otros instantes, y cuando él sólo cerró sus ojos, sin signos visibles de dolor, volvió a fijar su mirada en la carretera.

“Ni si fueras el último hombre sobre la tierra, ni si el destino de la raza humana dependiera de ti y de mí, te voltearía a mirar”.

Carlos hizo una mueca cuando se dio cuenta de que a pesar de lo cansado que estaba, cada palabra de ella venía a su mente para torturarlo.

Ana sabía ser cruel. Sabía rebajar a un hombre a su mínima expresión. Sin duda, tal como había dicho, tenía experiencia odiando.

Por qué lo había hecho? Por qué no sólo se había quedado callado, tal como había venido haciendo los últimos casi tres años?

Había sido inevitable, se respondió a sí mismo. Sus sentimientos lo habían desbordado, pero antes que tocarla, antes que llegar a ella aunque sea por una esquinita, ese caudal de sentimientos sólo la había puesto aún más lejos de él.

“Nunca perdiste oportunidad para hacerme saber que soy indigna, que vengo de abajo, que soy una “india””.

Abrió sus ojos. Ahora lo recordaba, la conversación con Mateo en la fiesta de bodas de su hermano. Se echó a reír. Ella escuchó esa parte, pero no lo demás. Cuando dijo que Ana no era más que una india, se había sentido tan arrepentido inmediatamente, que no había dudado en pedir perdón, a Mateo, que estaba presente y lo había mirado sorprendido; al viento, a la luna, a las paredes...

—Lo siento... —había dicho—. Realmente no pienso eso. Al contrario, Ana es...

—Ya lo sé —le había contestado Mateo, palmeándole la espalda—. Algún día tendrás que enfrentarlo, y te va a matar si no lo haces pronto.

Ahora, recordándolo, cerró sus ojos con fuerza, arrepentido, mil veces arrepentido por haber usado esa palabra. Si se hubiese imaginado todo lo que ocasionaría, habría preferido cortarse la lengua.

Con razón lo odiaba. Llevaba dos años odiándolo, alimentando su rencor contra él, llenándose de motivos. Tenía miedo tan sólo de evaluar sus acciones en ese tiempo. Él, intentando matar sus sentimientos, sólo había conseguido alimentar los de ella, tan adversos.

—Ana... —susurró—. Por favor, perdóname.

Pero estaba seguro de que, ni si se lo pedía de rodillas, ella lo perdonaría jamás.

...6...

-ESTÁS distraída —dijo Fabián, y Ana casi suelta el tenedor que sostenía, sorprendida. Él había llegado esa mañana de su viaje al exterior, y habían salido solos; los chicos no habían puesto reparo en quedarse en casa.

Sonrió disculpándose.

—Lo siento... tengo muchas cosas en la cabeza ahora mismo.

—Entonces no estoy haciendo bien mi trabajo —sonrió él, estirando la mano hacia ella. Ana miró su mano, hermosa como todo él, sobre la suya. Se sentía extraña, vacía, como si no estuviera realmente aquí. Miró los verdes ojos de Fabián, y sólo pudo recordar los azul aguamarina de Carlos. Sacudió su cabeza.

—Es sólo que ayer me pasó algo extraño en el trabajo.

—Cuéntame.

—No, no vale la pena.

—Yo creo que sí, si te tiene así aun hoy —ella siguió mirándolo a los ojos, él no vacilaba en sostenerle la mirada.

—Qué sientes por mí, Fabián? —eso lo tomó por sorpresa, y se echó a reír.

—Vaya! Eso sí que fue directo —dijo él, limpiándose la comisura de los labios con su servilleta.

—Lo... lo siento. Sólo... se me salió, no lo pensé—. Él seguía riendo, pero le tomó de nuevo la mano, y esta vez la apretó.

—Me gustas. No es eso obvio?

—Desde cuándo te gusto?

—No lo sé. Creo que desde siempre —ella frunció el ceño, recordando algo ahora.

“He luchado por todos estos años, diciéndome a mí mismo que de ninguna manera puedo amarte”...

Carlos no había dicho “me gustas”. Él había dicho “Estoy enamorado, te amo”. Y llevaba años haciéndolo, según su propia declaración.

Mierda, por qué estaba pensando eso preciso ahora? Ahora, que estaba cenando con el hombre más guapo y maravilloso sobre la tierra? Tanto, que las mujeres alrededor la estaban odiando a muerte por no estar en su lugar, y que algunas incluso le habían guiñado un ojo, no importándoles si ella también las veía.

Miró a Fabián de nuevo.

—Tú también me gustas—. Él sonrió.

—Bueno, eso es genial.

—Pero no estoy enamorada. Y tú tampoco lo estás de mí—. Él frunció el ceño, bajando la mirada.

—Hablas de ese amor... de ese mismo amor que hay entre Juan José y Ángela? Ese que es raro, sobrenatural, loco y autodestructivo? —ella no pudo evitar sonreír.

—Es extraño que lo pongas en esas palabras, pero sí. Hablo de ese amor.

—Por qué lo quieres?

—Porque sería maravilloso!

—Y si no llega nunca? Mucha gente se ha casado solamente queriéndose un poco, y les ha bastado para ser feliz.

—Yo no quiero algo que me baste. Yo quiero algo que me sobrepase —él la miró sorprendido de su vehemencia.

—Estás enamorada así de alguien?

—Si lo estuviera, no estaría aquí contigo.

—Tal vez no eres correspondida.

—No estoy enamorada de nadie, créeme.

—Está bien, está bien. Pero... crees que ese amor llega de repente, sin previo aviso? O que se puede ir construyendo poco a poco? —Ella lo miró, analizando seriamente la pregunta.

—Realmente, no lo sé.

—Lo averiguamos? —ella lo miró confundida—. Si tú y yo nos enamoramos locamente, lo diremos de inmediato, y nos casaremos, y seremos horriblemente felices —Ana volvió a reír.

—Y si no?

—Habremos hecho el intento —Ana se alzó de hombros, dando su consentimiento al trato.

—Hay reglas?

—Mmmm... yo no saldré con más mujeres, eso sí te lo prometo.

—Gracias. Igual yo.

—Y si te enamoras de otra persona que no sea yo, dímelo también —ella lo miró ceñuda.

—Creí que estarías total y completamente seguro de que me enamoraría de ti, y sólo de ti, tarde o temprano.

—Parezco un hombre tan seguro de mí mismo?

—No lo eres?

—Te sorprenderías, Ana, de las cosas que un hombre esconde por su propio bien.

—Oh, vaya. Has picado mi curiosidad —él rió, y ella simplemente pudo apreciar lo guapo que esa sonrisa lo hacía ver.

Juan José entró a Texticol. Saludó a Mabel con una sonrisa y habló con ella unos segundos, y luego de coquetear descaradamente con Susana, escuchó lo que ésta tenía que decirle. Entró a la oficina de su hermano, y lo encontró hablando con alguien por teléfono mientras sostenía unos papeles y miraba algo en su portátil. Miró a Susana con una pregunta.

—Y así lleva varios días —decía Susana—. Está insoportable.

—Pero no te ha dicho qué le pasa?

—Nada. Ya sabe cómo es: cerrado y atrancado por dentro—. Juan José hizo una mueca y se acercó a su hermano, quien le sonrió mientras le hacía una seña para que lo esperara, así que se sentó en uno de los sillones frente a su escritorio y se dedicó a analizarlo. No se veía descuidado, ni sucio, ni nada, pero había algo diferente en él, su mirada no se quedaba quieta sobre nada y hacía todo con celeridad.

Cuando cortó la llamada, miró al fin a su hermano.

—Hey, qué milagro que vienes por aquí, a qué debo el honor?

—En unos días es navidad.

—Ajá. Y has decidido adelantarme mi regalo?

—Vengo a hacerte responsable de la fiesta —Carlos lo miró alzando su cejas.

—Por qué? Siempre la hacemos en tu casa.

—No quiero que Ángela se ponga en ese corre-corre ahora. Está en su séptimo mes de embarazo.

—Es muy precipitado, Juan José.

—Sólo es una cena, encárgaselo a madre.

—Se lo hubieras dicho a ella, entonces.

—Saldrá mucho mejor si eres tú quien se lo pide—. Carlos se recostó al sillón y respiró profundo, recordando lo mal que se llevaban Judith y Juan José desde siempre.

—Bien. Algo más? Esto podías decírmelo por teléfono.

—Qué te pasa? —Carlos frunció el ceño, confundido.

—Qué me pasa?

—Estás raro.

—Estoy bien, como siempre —dijo, poniéndose en pie con unos papeles en la mano, y dejándolo sobre un carrito que seguramente alguien recogería luego.

—Y esquivas mi mirada.

—No esquivo nada!

—Todas las secretarias me pusieron quejas de ti en cuanto entré. El edificio entero está bajo estrés por tu culpa. Te estás matando a trabajo, pero estás haciendo lo mismo con tus empleados. Qué te pasa? —Carlos lo miró de nuevo, y tragando saliva, se cruzó de brazos.

—Ellos no me han dicho nada de eso.

—Es que cuando entras en modo psicótico, nadie te puede decir nada.

—Susana te llamó —dijo Carlos, en tono acusatorio.

—Sí, por eso vine. Sabes que puedes confiar en mí, verdad? Somos hermanos —Ahora Carlos recordó cuando, hacía ya unos años, él le dijo esas mismas palabras. Juan José estaba atravesando un momento muy difícil en su vida, pero no le contaba nada. Él quería ayudarlo, ser parte de su vida, de sus tristezas, y Juan José no lo había dejado.

Miró a su hermano menor sentado aún frente al escritorio, y consideró seriamente si contarle o no. Aquello era terrible, y se lo estaba comiendo vivo. Tenía que explotar de algún modo.

—Salgamos —dijo Juan José de pronto, poniéndose en pie y tomando el abrigo de Carlos.

—Qué? Ahora?

—Ahora. Salgamos. Dale un respiro a esta pobre gente.

—Tengo mucho que hacer, Juan José.

—El mundo no dejará de girar si lo ignoras por un rato. Ven—. Carlos no tuvo más remedio que hacerle caso, y salió de las oficinas con él.

—Ay, al fin!!! —exclamó Mabel. Ana, que iba pasando por allí, vio a Juan José casi empujar a Carlos al interior del ascensor.

—Pasó algo? —le preguntó.

—Que se lo llevan! Ojalá toda la tarde!

—A quién?

—Pues a quién más? A Carlos Eduardo Soler! Estoy al borde de una crisis nerviosa, ha estado horrible desde el miércoles, qué le hizo el mundo, ah? —Ana guardó silencio, el miércoles él se había confesado y ella lo había rechazado.

—Tal vez está loco.

—Sí, yo creo. Nos tiene haciendo una cosa, la otra; yendo a un lado, luego al otro. Cerró como diez contratos en menos de dos días, llamó a China, a Estambul; se citó con viejos y nuevos socios, renovó otros diez contratos; hizo un control de seguridad y otro de calidad, lo quiero matar!!!

—Modera esa lengua, mujer —la reprendió Susana, cuando pasó y la escuchó. Al verla, Ana se puso derecha, y recogió el carrito con documentos que había venido a buscar.

—Pero tú también lo crees! —se quejó Mabel—. Nunca lo había visto así.

—Tú no. Yo lo conozco desde niño.

—Y te amo por haber llamado a su hermano. Fue la mejor idea del mundo.

—Como no tiene una esposa que lo controle, le toca a él.

—Dios me libre de que se case! —volvió a exclamar Mabel—. Entonces tendré que aguantarlo no sólo a él sino a su estirada y mandona esposa!

—Tal vez tengamos suerte —dijo Susana, internándose en su oficina.

—No creo que se case por estos tiempos —susurró Ana, mientras se alejaba, pero Mabel la escuchó.

—Por qué lo dices? —Ana se detuvo, y Mabel continuó—: terminó con esa ojos-de-gato, pero no tarda en conseguirse otra, igual de bonita, igual de inaguantable. Se le acerca la edad en que los hombres quieren casarse. Ya sabes, leí un libro que dice que los hombres ricos y guapos necesitan una esposa, y mi jefe es uno.

—Pues compadezco a la pobre.

Mabel no dijo más, sólo se echó a reír. Cuando Ana se giró a mirarla, la encontró con la cabeza apoyada sobre su escritorio, como si se fuera a quedar dormida, suspirando y cantando por lo bajo.

Carlos entró tras Juan José a un restaurante bar. No lo conocía, nunca había venido aquí, y como no era hora de almuerzo, y era demasiado temprano para beber, estaba prácticamente vacío.

Se sentaron a la barra y Juan José pidió un par de whiskeys.

—No me voy a emborrachar. Qué pretendes con eso?

—Aflojarte la lengua.

—Nunca me has visto ebrio, no sabes si la aflojaré.

—Ajá. Entonces admites que tienes algo que contarme, pero que no quieres. Así me toque

hacerte beber directo del barril, Carlos, te voy a hacer desembuchar —él se echó a reír.

—Es así como funcionan las cosas con tus amigos? El uno emborracha al otro, y luego todos felices?

—Más o menos, pero que me hagas ese tipo de preguntas es deprimente. En serio no hay nadie que te haga reconocer que lo que necesitas es un trago y relajarte? —el bar tender les sirvió el whiskey, y Juan José se lo puso en la mano a su hermano—. Vamos, pa' dentro!

—Qué vocabulario más barriobajero.

—Ahora! —ordenó Juan José dando un golpe sobre la barra, y Carlos hizo caso. Arrugó un poco la cara ante el sabor de la bebida, y ambos dejaron los vasos vacíos sobre la madera—. Ahora sí. Clasifiquemos esto —dijo Juan José pasándose la lengua por los dientes—, los hombres se estresan por cuatro motivos: se quedaron sin dinero, descubrieron que se van a morir dentro de poco, Pepito se les murió, o una mujer los abandonó. Cuál de todas es?

—Pepito? Quién es Pepito?

—Mierda, no debí decir su nombre —Juan José sacudió su cabeza y le pidió al bar tender otra ronda—. Lo pondré en otras palabras: estás en la ruina y no me quieres contar?

—No! —contestó Carlos, tajante.

—Estás enfermo terminal?

—Claro que no!

—Tienes problemas para convocar una erección?

—De qué mierda hablas? —Juan José alzó ambas cejas esperando su respuesta. Se le pusieron las orejas rojas, pero igual contestó—: No.

—Seguro?

—Seguro!

—Entonces, es problema de faldas! —concluyó Juan José. Carlos quiso protestar, pero entonces el bar tender puso el vaso de whiskey en frente y él se lo bebió como si fuese agua. Juan José se echó a reír—. Mi hermanito está enamorado! Ay, diablos, no sé si sentirme asustado, o relajado. Es una mujer, verdad?

—Te voy a matar —Juan José volvió a reír, y bebió de su vaso otra vez aunque fue un trago muy pequeño, a comparación del de Carlos. Miró al bar tender y le hizo señas: que el vaso de su hermano nunca estuviese vacío. Iba a ser una tarde y una noche largas.

Ana llegó a la casa de Ángela, y ya había oscurecido. Encontró a Carolina jugando en la sala, y cuando la vio, corrió a ella para abrazarla. Ana la alzó mimándola y hablándole con voz pequeña.

—Ay, pero qué preciosa, qué grande, y qué pesada estas, mi niña! —Ángela entró a la sala, y Ana arrugó su cara—. Esa barriga es más grande que la que hiciste con Carolina.

—Y se mueve más —se quejó Ángela. Ana sonrió y se acercó a ella para abrazarla, aun con Carolina en brazos. La niña empezó a remolinear en sus brazos para bajarse, y Ana la dejó en el suelo, y luego empezó su costumbre: traerle todos sus juguetes para enseñárselos.

—Qué te trae por aquí? —preguntó Ángela—. Nunca vienes entre semana, ya que estás muy ocupada.

—Y no es diferente hoy, sólo que... quería preguntarte algo muy importante.

—Dale —Ana recibió un juguete de manos de Carolina, que en su media lengua le explicaba

que se llamaba Cuqui—. Ay, qué hermoso es Cuqui —le dijo. Miró a Ángela y respiró profundo—. Tú eres socia en Texticol —Ángela asintió, a pesar de lo obvio—. Conoces los movimientos de la empresa. Sabes cuándo se expande y todo eso.

—Sí, es mi obligación.

—Puedes contarme, por favor, qué pasa con las tiendas Jakob? —Ángela frunció el ceño, y esperó que Carolina le presentara esta vez al Señor Ojitos, como había nombrado a su oso favorito.

—Es un asunto interno, Ana.

—Está bien, está bien, lo sé —Ángela empezó a preocuparse cuando Ana cerró sus ojos—. Digamos que conocí a Isabella Manjarrez —cuando Ana vio que Ángela hacía una mueca, se puso más nerviosa—. Qué pasa? Cuéntame.

—Es la nieta del dueño de las tiendas Jakob.

—Sí, lo sé.

—Dime qué te contó esa mujer —Ana respiró profundo.

—Me dijo que las tiendas iban bien, que todo marchaba bien, y que de repente todo se empezó a hundir, contrajeron una deuda con Texticol que no pudieron pagar, y como represalia, Carlos tomó las tiendas Jakob bajo su custodia, o algo así. Al parecer, hubo un convenio, en donde Carlos se casaría con Isabella, pero pasó el tiempo, y Carlos no sólo se quedó con las tiendas, sino que además rompió la relación con ella. Isabella lo acusa de robarle su herencia, de embaucar a su anciano abuelo, que al parecer estaba muy senil al firmar ese contrato, porque es de locos! —Ángela la miró en silencio por unos minutos, sólo mirando a su hija dejarle uno tras otro los juguetes al lado de Ana en el sofá.

—Te contaré la verdad.

—Por favor.

—Aunque sabes que esto es confidencial.

—Te prometo que no se lo revelaré a nadie.

—No es eso lo que me preocupa, es que soy yo quien está violando un acuerdo—. Ángela se puso ambas manos sobre el estómago, y lo acarició distraída—. Luis Manuel Manjarrez, el representante legal de Jakob S.A. venía haciendo contratos con Texticol desde hacía muchos años. Es decir, Jakob compraba nuestras telas, y nosotros le respondíamos con calidad y buen servicio. Carlos es una persona muy transparente en eso. Esos contratos nos reportaron muchas ganancias, y gracias a eso, Texticol pudo llegar a muchas otras tiendas de moda—. Ana la escuchaba en silencio, y cuando Carolina ya no tuvo más juguetes que mostrar, se sentó al lado de Ana y siguió hablando sola—. Pero Luis Manuel enfermó. Está muy grave, así que su hijo tomó el control. Sólo que... el hijo no es tan responsable como el viejo. A pesar de que Jakob siempre nos compraba las telas, este señor compró en otro lado, algo de menor calidad, y tuvieron muchísimas pérdidas. Se endeudaron hasta las cejas, y estuvieron a punto de perderlo todo. Carlos se negó a hacer negocios con ese hombre, porque desconfía de él, y fue así como Luis Manuel, a pesar de su enfermedad, tuvo que volver a hacerse cargo. Carlos, confiando en la palabra de su antiguo cliente, les abrió un crédito para que pudieran usar nuestras telas hasta que se recuperaran, pero aun a pesar de eso, no se recuperaron en ventas, y perdieron todo. Los acreedores más grandes y terribles son los bancos, despedazarían su empresa, por eso Luis Manuel prefirió que fuera Carlos quien lo embargara—. Ana la miraba sorprendida.

—Es un embargo, entonces?

—Exacto. Texticol tiene la prenda sobre Jakob.

—Pero eso es...

—De locos, lo sé, pero hasta ese punto confió Luis Manuel Manjarrez en Carlos. Tiene fama entre sus socios y amigos de ser correcto —Ana recordó entonces las palabras que le dijo a Carlos: ladrón, oportunista... Se mordió el labio, deseando que lo que Ángela le estuviera contando fuera todo lo contrario, para darse a sí misma la razón.

—Estás segura de que eso fue lo que pasó?

—Como socia, tuve que estar allí, Ana.

—Entonces es verdad lo del matrimonio?

—El hijo —explicó Ángela—. Antonio Manjarrez, no estuvo de acuerdo con el convenio de su padre, pero no tuvo más que aceptar, así que puso una nueva cláusula, para asegurarse de que todo algún día volvería a sus manos: que Carlos contrajera matrimonio con Isabella, su hija.

—Carlos aceptó?

—No exactamente. Como de verdad estaban confiando en su palabra y buena voluntad de que algún día devolvería Jakob, tuvo que aceptar, aunque con unas modificaciones: conocería a Isabella, pero no garantizaba el matrimonio. Hace unos días me llamó, diciéndome que tal vez tuviéramos problemas. No sé qué pasó entre los dos, pero las cosas terminaron, y terminaron mal; Isabella hizo una rabieta, se estaba quedando sin novio y sin herencia—. Ángela la miró fijamente a los ojos—. Lo que me intriga es saber por qué ella y tú se hicieron amigas—. Ana sacudió su cabeza.

—Ella vino a hablar con él, y de casualidad me vio. Me dijo que me le parecía a alguien, y me pidió que nos hiciéramos amigas.

—Para contarte una sarta de mentiras, y hacerte odiar aún más a Carlos. Curioso, verdad?

—No. No sé. No entiendo nada —dijo Ana rascándose suavemente detrás de la oreja y mirando a otro lado.

—Yo creo tener una idea, pero esto tendrás que preguntárselo a Carlos.

—Ja, eso jamás.

—Por qué, Ana? Nunca has querido contarme por qué lo odias tanto—. Ana respiró profundo, preguntándose si acaso había llegado la hora de contarle a su amiga lo sucedido en su boda. Pero entonces, sobre el regazo de Ana cayó la cabecita de Carolina, que se había quedado dormida mientras ellas dos hablaban. Riendo, Ana la alzó para llevarla hasta su camita.

—Es un relojito —dijo Ángela, cuando ya volvían a la sala—. Siempre se duerme a esta hora, aunque no toma la siesta.

Justo en ese momento, se abrió la puerta principal y vieron a Juan José entrando con Carlos casi a cuestas.

—Cariño, necesito ayuda aquí —se quejó Juan José, Ángela caminó con prisa a ellos.

—Qué le pasó? Está bien?

—Sólo un poquito ebrio.

—Qué? Carlos ebrio?

—Échame la culpa a mí.

—Pero es muy temprano para que esté así!

—Empezamos temprano —se explicó Juan José. Miró la panza de su esposa, que no podría

ayudarlo, y entonces miró a Ana, que torció los ojos entendiendo el mensaje y se puso bajo el brazo de Carlos para ayudar a llevarlo arriba—. A la habitación de huéspedes —dijo Juan José, y empezó la caminata por las escaleras. Carlos no estaba dormido del todo, decía incoherencias, y avanzaba, pero a veces perdía el rumbo y había que arrastrarlo. Con dificultad, lo dejaron sobre la cama de la habitación de huéspedes—. Ya vengo —dijo Juan José, dejando a Ana a solas con él.

Ana lo miró largamente. Carlos tenía los ojos cerrados, y el rostro relajado; no estaba ceñudo para nada. Por una vez, se dijo.

Él abrió sus azules ojos, y la miró. Pestañeó y se sentó en la cama, pareciendo muy lúcido.

—No creas que estoy ebrio por ti —le dijo con lengua pastosa y clavando en ella sus ojos—, no me gusta el veneno—, y luego la miró de arriba abajo—. Aunque si tú fueras una botella de veneno, igual te bebería hasta el fondo —y sonriendo, volvió a tirarse a la cama, esta vez de lado, y cerrando sus ojos para quedar otra vez dormido.

—Hay que aligerarlo de ropa —dijo Ángela entrando.

—No me digas eso a mí.

—Vamos, Ana, estoy embarazada! —haciendo rechinar sus dientes, Ana metió sus manos en el regazo de Carlos buscando el cinturón.

—Quieta, quieta —susurró Carlos, apartando sus manos—. Eso es automático.

—De qué habla? —preguntó Ana, y Ángela sólo sonrió.

—Sólo no toquetees mucho —ella se puso en pie y salió de la habitación. Encontró a Juan José afuera, que traía una jarra con agua y un vaso de cristal.

—Por qué está así? Mejor —se corrigió—, por qué dejaste que se pusiera así?

—Lo necesitaba, amor. Estaba volviendo locos a todos en la fábrica.

—Qué? Por qué? —Juan José suspiró.

—Me lo contó en confianza.

—Vamos, Juanjo, estoy preocupada por él. Está bien, verdad? Todo marcha bien? —incapaz de resistirse por mucho tiempo a la mirada suplicante de su mujer, Juan José habló, aunque sin muchas señas.

—Es... un asunto de amores. Pero no preguntes más, que se lo prometí.

—Carlos? No me digas que es esa estúpida hija de los Manjarrez.

—No, ni te acercas. Pero ya te dije, no te lo diré ni si me prohíbes tocarme en los siguientes tres meses.

—Tonto, igual no podrás tocarme en los siguientes tres meses!

—Me queda un mes —bromeó él, sonriendo y buscando su boca para besarla. Ángela sonrió, pero satisfecha por haberle sacado aunque fuera un poco de información, lo besó.

...7...

ANA le quitó la camisa a Carlos, que olía fuertemente a alcohol, y pudo ver su torso desnudo. No sabía por qué, pero lo esperaba velludo, y no era así. Tenía el pecho lampiño, ancho y musculoso, su piel más clara que la de ella, y las tetillas oscuras. Tomó la camisa, y la tiró de cualquier manera sobre una silla, y luego se encaminó a los zapatos, para quitárselos sin suavidad alguna. De repente, fue como si estuviera ayudando a su padre a desnudarse para quedar dormido luego de una buena borrachera. Toda su piel se erizó ante el recuerdo.

—Tontos, estúpidos hombres —murmuró—, que creen que todo se soluciona con trago. Ya he tenido bastante.

Juan José entró seguido de Ángela, y dejó sobre la mesa de lámpara una jarra de agua y llenó el vaso que tenía en la mano. A continuación, llamó a Carlos, despertándolo.

—Hey —le decía—, toma un poco de agua.

—No quiero.

—Sólo un poco —le pidió Juan José. Carlos se sentó, y bebió el agua. Cuando Juan José vio que Ana lo miraba interrogante, explicó—: La resaca mañana va a ser terrible, pero si se hidrata ahora, no será tan malo.

—Igual, será malo —sentenció Ángela, y ayudó a Ana con el otro zapato, mientras Carlos volvía a apoyar su cabeza en la almohada—. Nunca lo había visto así.

—Ni yo —dijo Juan José—. Debe estar pasándolo muy mal. Pobre —Ana hizo rodar sus ojos en sus cuencas por tanto dramatismo.

—Sólo está ebrio, por favor. Nunca habían visto a un hombre ebrio? Es de lo más normal —y salió de la habitación, casi tirando la puerta. Ángela miró extrañada a su esposo, y fue tras su amiga.

—Hey, por qué te pones así? —le preguntó, alcanzándola en las escaleras.

—De alguna manera, tú y Juan José quieren hacerme responsable de esto.

—Qué? Cuándo? Qué pudimos decir para que pensaras de esa manera?

Nada, pensó Ana, y entonces se dio cuenta de que ella sola se había delatado. Ellos no habían dicho nada, y realmente era extraño que Carlos se empezara a portar raro, y luego apareciera ebrio, cuando era conocido por ser un hombre mesurado en todos los aspectos de la vida.

No en todos, se dijo a sí misma. Al parecer, si es que era cierto eso de que se había enamorado de ella, ese sentimiento lo había traspasado, y se había salido de su control; ahora mismo, no era más que un mortal más con un mal de amores. Se masajeó los ojos, decidiéndose a

contarle a su mejor amiga.

—Carlos se me confesó el miércoles.

—Qué?? —exclamó Ángela, y Ana puso un dedo sobre sus labios.

—Shhht! No quiero que nadie lo sepa!

—Pero... se te confesó? Cómo así? Carlos? Ese Carlos?

—Ese Carlos... y realmente, es tan raro que él se enamore de mí? O que cualquier hombre se enamore de mí? —Ángela apoyó sus manos en su cintura dejando salir el aire.

—En serio, parece que la embarazada aquí fueras tú; todo te afecta! Y no, no me extraña que Carlos, o un hombre como él se enamore de ti, de hecho, yo venía sospechándolo desde hacía muchísimo tiempo!

—Qué?

—Lo que me toma por sorpresa es que al fin se decidiera y te lo dijera! Ay, Dios! —se quejó Ángela, poniéndose una mano en la panza. Asustada, creyendo que se trataba del niño, Ana se acercó a ella, preocupada.

—Estás bien?

—Ana, lo rechazaste, verdad? Oh, Dios, lo rechazaste!

—Y qué esperabas? De veras pensaste que él me gustaba o algo así?

—No sé realmente qué esperaba. Qué le dijiste? —Ana hizo una mueca y se cruzó de brazos.

—Le dije que no, y ya.

—No te creo—. Ana se alzó de hombros. Consternada, Ángela caminó de vuelta a la sala y se sentó, ahora Ana en verdad se preocupó y fue tras ella—. Sabes desde cuándo ese hombre está enamorado de ti?

—Ángela, de verdad, no me interesa.

—Desde antes de lo del secuestro de Carolina! —siguió Ángela, como si no la hubiesen interrumpido—. Estuvo tan mal cuando tú estuviste hospitalizada! Llamó al médico de la familia, trajo a los niños, sobornó a la administración para que los dejaran verte, y estuvo allí, al pie de tu camilla, cuidando de ti... se portó como un príncipe.

—Eso fue hace mucho tiempo. Él siempre fue un cerdo, no un príncipe, conmigo.

—A ver, dime una sola vez en que él fuera descortés contigo.

—Siempre! Siempre ha sido tan...

—Dime una vez! —Ana buscó en su memoria un momento en el que él fuera abiertamente grosero con ella, en que dijera una palabra descortés, o la hiciera sentir mal adrede. Nada, no encontró nada, excepto miradas y tonos de voz que sólo ella captaba, y lo del día de la boda.

Se sentó frente a ella, en la misma posición en la que estaban antes de que Carolina cayera dormida, y respiró profundo.

—El día de tu boda, lo oí decirle a Mateo que yo no soy más que una india—. Ángela la miró fijamente por varios segundos, en silencio, y éste se prolongó por un rato más. Ana miró a otro lado, sintiendo los ojos húmedos, y molesta consigo misma. A cuento de qué venían las lágrimas ahora? —y fue tan... irritante, tan molesto... Los encontré charlando en una terraza, y no se dieron cuenta de que estaba allí. Mateo hizo un comentario acerca de lo guapas que estábamos Eloísa y yo, y él dijo: “no es más que una india”—. Ana miró a Ángela, y ya tenía los ojos anegados en lágrimas—. No debería importarme lo que él opine de mí, pero aun así, me sentí tan... Y siempre, Angie, siempre haciéndome sentir como si yo no mereciera estar en la misma sala que él, como

que no soy nadie, como que debería devolverme a la cocina, de donde salí... —Ana se puso en pie y dio unos pasos mirando hacia el ventanal que daba al jardín, ahora solo y oscuro—. Y luego, de la nada, viene y me dice que me ama? Que ha estado enamorado de mí por mucho tiempo? Luego de que me dijo India? No le creo, Angie, yo simplemente, no le creo.

Ángela parpadeó varias veces, tratando de poner todo en perspectiva.

—Entiendo —dijo Ángela. Ana se secó las lágrimas que habían rodado por sus mejillas.

—Simplemente, lo odio. Lo odio, lo odio.

—Pues eso es duro —susurró Ángela—, porque él realmente te ama—. Ana se giró a mirarla, deseando preguntarle por qué estaba tan segura, cuando todo lo que él había dicho y hecho apuntaba a que al contrario, él la odiaba también, y sólo deseaba no haber tenido que conocerla, o alejarla de sí.

En el momento, entró Juan José a la sala, y al verlas tan calladas, se quedó de pie en medio de las dos.

—Niñas —dijo—, él sólo está ebrio, de acuerdo? Se bebió casi media botella de whiskey él solo. Mañana estará bien—. Ángela le sonrió y le tendió una mano, necesitando de pronto su contacto.

—Lo sabemos, amor. Pero eres malo por dejarlo beber tanto —Juan José resopló, y se sentó a su lado.

—Beber tanto...? Es un debilucho, poco acostumbrado al alcohol, así que no resistió gran cosa. Con la segunda copa, ya estaba revelando sus más íntimos secretos.

Incómoda por lo que eso podía significar, Ana miró su reloj.

—Se hace tarde —dijo—, y mis hermanos están solos.

—Yo te llevo.

—No, no. Llamaré un taxi, no te preocupes. Cuida de tu hermano y de Ángela.

—De acuerdo. Ah, por cierto —dijo mientras Ana marcaba los números en el teléfono para pedir el taxi—. Estás invitada a nuestra fiesta de navidad.

—Claro —contestó Ana sonriendo, y habló con la operadora, dando la dirección para que le enviaran el servicio. Cuando se volvió a sentar, Juan José la estaba mirando de una manera extraña—. Qué —inquirió.

—Bueno, es que la fiesta es en mi casa.

—Claro, como siempre.

—No me refiero a esta casa, sino a la casa de madre y Carlos—. La sonrisa de Ana se borró—. Trae a los niños, hay muchos regalos para ellos.

—Pero... por qué? Siempre es aquí.

—Quisimos cambiar —respondió Ángela, sonriendo—. Y ya Judith venía lanzando indirectas. Seguro que su decoración será mucho mejor, y su cena, insuperable.

—No quiero ir...

—Pues no vayas —dijo Juan José, indiferente—. Pero no seas mala con tus hermanos, y envíalos. Ya sabes, queda poco.

—Eres horrible, no sé cómo Ángela te aguanta —Juan José rió, y rodeó a su esposa por los hombros, y le besó la mejilla. Ana miró a otro lado, y así se pasaron los minutos hasta que llegó el taxi.

Cuando llegó a casa, y hubo cenado con sus hermanos, su teléfono móvil timbró, era Fabián.

—Hey, estás bien? —preguntó él.

—Bien, por qué? —Contestó ella mientras organizaba los platos sobre el fregadero, limpiando la cocina.

—Bueno, no sé... esperaba que me llamaras, o algo.

—Ah... lo siento, han sido unos días un poco raros.

—Sigues preocupada?

—Preocupada? Por qué?

—Por lo que me contaste el otro día, esa cosa extraña que te pasó en tu trabajo.

—Ah... —Ana se mordió los labios. Sentía que todo a su alrededor se estaba saliendo de control, todo por culpa de un idiota de ojos azul aguamarina—. No, eso no tiene nada que ver —dijo—. Todo está bien. Y tú? Cómo estás?

—Bueno, acaba de llamarme Juan José para decirme que la fiesta de Navidad es en casa de Judith y Carlos.

—Ah... sí, eso me dijeron.

—No te gusta la idea?

—Realmente, Judith es cosa seria, y no sé qué cara vaya a poner si me ve allí —Escuchó a Fabián sonreír.

—Yo estoy contento, eso me recuerda a cuando éramos niños. Siempre celebré con ellos.

—De verdad? En tu casa no celebraban?

—Claro que sí, pero esas fiestas eran aburridas. El abuelo no ponía reparo en llevarme a casa de los Soler para que celebrara con ellos.

—Qué considerados.

—Nada de eso. Estaban felices de deshacerse de mí —Ana frunció el ceño.

—Por qué?

—Una historia larga. Entonces, tú también vas? —Ana hizo una mueca. Él acababa de decirle que le hacía ilusión ir, y había pensado en inventarse su fiesta de navidad particular e invitarlo a él, pero ya no era una opción. Siempre podía hacerlo ella sola, de todos modos, pero tal como había dicho Juan José, sus hermanos esperaban esa fiesta con ansias, así que sería muy egoísta de su parte privarlos de ella.

—Sí, yo y mis hermanos.

—Bueno, ese día iré por ustedes. Tal vez podamos decirle a todos que estamos saliendo, y eso.

—Estamos saliendo? —preguntó Ana en tono bromista.

—No seas mala conmigo —rió él.

Siguieron hablando de otras cosas, y así se le fueron pasando los minutos. Ana podía hablar de cualquier cosa con él, y eso era genial. Realmente genial.

Carlos Eduardo Soler Ardila nunca, nunca se había emborrachado en sus treinta y un años de vida. Nunca. Y nunca lo volvería a hacer.

Se sentó en la cama y miró en derredor, identificando, al menos, que esa no era su habitación.

Dónde estaba? Dónde? Miró a su lado en la cama, esperando al menos no hallar a una desconocida desnuda al lado. Nada.

Bien, por lo menos, no era un ebrio despreocupado. Qué era esto, un hotel?

Se puso en pie lentamente, y se dio cuenta de que sólo tenía los pantalones puestos; todo lo demás, camisa, corbata, zapatos calcetines, reloj y cinturón, estaban unos en una silla cerca a la cama y otros en la mesa de la lámpara, así que alguien lo había desnudado, pues no creía que él hubiese sido capaz.

Caminó hasta su ropa y empezó a ponerse la camisa, pero no alcanzó a abrochar el primer botón cuando le vino el primer acceso de náuseas. Entró al baño privado de la habitación y se arrodilló frente a la taza para dejar salir lo que fuera que quisiera salir.

Todo estaba en silencio, pero a pesar del ruido que hizo, no vino nadie en su auxilio. Iba a morir?

Tiró de la cadena y se lavó la cara en el lavamanos, cuando volvió a la habitación y descubrió la jarra de agua, fue realmente feliz. Bebió un vaso, luego otro, y mientras, se prometió a sí mismo, al sol y a la luna, a su madrecita querida y su hermosa sobrina que jamás, jamás, jamás, jamás volvería a beber... no de esa manera.

Descubrió unas pantuflas debajo de la cama y se las puso, abrió la puerta y reconoció en el pasillo una pequeña mesa que contenía un portarretrato familiar: Juan José, Ángela y Carolina sonrientes. La foto la había tomado él.

Suspiró aliviado al darse cuenta de que estaba en casa de su hermano. Era obvio, él lo había metido en esto, él tenía que hacerse responsable. Tomó su reloj y miró la hora: tres de la mañana. Bien, estaba despierto, no podía simplemente llamar un taxi e irse, no estaba en condiciones, le dolía la cabeza como si toda una tribu africana estuviera tocando sus tambores dentro y tenía más sed. Bajó al primer piso, lentamente, y se internó en la cocina para beber más agua. Qué le había pasado? Cómo había llegado a este estado?

Entonces recordó: Juan José lo había sacado casi a rastras de su oficina y lo llevó a un restaurante bar, donde desde la buena tarde se habían puesto a beber... No, los dos no, sólo él. Ahora recordaba que el único que vaciaba los vasos de whiskey era él. Juan José si acaso se terminó uno.

Caminó hasta la sala y se tiró suavemente en el sofá, con una enorme jarra de agua en la mano y un vaso en la otra. Esperaba que se le pasara poco a poco el terrible dolor de cabeza y la sensación de desnudez y desamparo que lo había embargado de repente. Era primera vez que se embriagaba, porque era primera vez también que le rompían el corazón. Y de qué manera. Él había estrujado su alma hasta sacar de dentro su corazón y se lo había ofrecido a ella, a Ana, para que ella sólo lo tomara y lo rompiera en miles de pedacitos en sus manos.

—Confeti de corazón —susurró, apoyando su cabeza en uno de los cojines del sofá.

Pero entonces la imagen de Ana vino a él, como un bálsamo venenoso.

—Eso es un oxímoron —se dijo a sí mismo. Pero era perfecto; pensar en ella reconfortaba y dolía al tiempo. Sus manos aún querían tocarla, a toda ella, su cabello, la piel suave de sus mejillas, su nariz coqueta y desafiante. Y todavía moría por un beso de ella.

Cuándo, cuándo, cuándo podría él por fin besarla?

—Deja de soñar con eso —se reprendió. Pero ah, era inevitable, sobre todo ahora que su alma estaba expuesta, desnuda. Tragó saliva y cerró sus ojos imaginando solamente el instante en que

podía tenerla cerca y besarla. Cuando habían estado a solas en ese cuarto de archivos, él había estado cerca, pero había sabido que no era apropiado besarla, ya que apenas estaba exponiendo sus sentimientos. En el fondo de su alma, sabía que sería rechazado, nunca esperó una respuesta positiva, o alentadora, pero había necesitado sacarse ese monstruo de dentro. Sólo que el monstruo, cuando estuvo fuera, se volvió contra él.

Le había tomado casi tres años aceptar que era irremediable, que se había enamorado. Pero no se arrepentía, a pesar de los malos resultados; se sentía libre después de haberlo dicho, ya no sentía como si una pesada carga doblara su espalda. Había aceptado el haberse enamorado de una mujer demasiado distinta a él, con una mentalidad diferente que probablemente eran la causa de que todo hubiese salido mal, y que sin embargo, añoraba. Todo lo que le faltaba a él, le sobraba a ella; su humanidad, su fuerza para mantenerse firme en un mundo que sólo le había ofrecido tristeza, y su voluntad para hacerse cargo de tres hermanos menores, estudiar una carrera a pesar de las limitaciones que ella misma había reconocido y su lucha por encajar en la nueva vida que se había autoimpuesto, sólo porque era lo mejor para sus hermanos.

Después de la nefasta conversación que tuviera con ella, no tenía idea de cuánto tiempo le tomaría olvidarla, pero esta tarea empezaba aquí y ahora. Tenía que olvidarla, porque era imposible una relación entre los dos, que tan feliz lo hubiera hecho. Cuando tenía esperanza, había soñado con la posibilidad de ponerle el mundo a sus pies, y hacerla feliz también. Pero bueno, él había sido entrenado para darse cuenta de cuándo algo era sólo un sueño, y cuándo una lucha con posibilidades por el premio.

Ana despertó lentamente. Tenía una sonrisa en el rostro, en el alma. Una sonrisa de esas que no eres capaz de contener aunque estés dormida, y se sentía plétórica, llena de algo que jamás soñó tener. Pero entonces algo se filtró en su mente. La luz no entraba por el lado acostumbrado de la habitación, ¿o era ella que se había movido de lugar en la cama por la noche?

Abrió más sus ojos y entonces se asustó. Esa no era su habitación. Era demasiado grande, demasiado amplia, las cortinas eran diferentes, dobles, y una de ellas estaba un poco movida y por eso entraba la luz.

Ahora, esa no era su lámpara de noche, ni las sábanas con las que solía dormir, ni...

Oh, diablos. Tampoco estaba sola en la cama.

Qué demonios..?

Un brazo fuerte la rodeaba, y casi la enterraba en la cama. Era un brazo masculino, estaba sobre su cintura, y la mano, cerrada y posesiva sobre uno de sus pechos. Su corazón empezó a agitarse. Qué le había sucedido? Recordaba haber estado en casa de Juan José y haber visto a Carlos ebrio, entonces Fabián la había llamado. Le había pedido que viniera por ella la noche pasada y habían dormido juntos?

—Ay, Dios, no... —giró su cabeza lentamente, para mirar a Fabián a su lado, y entonces, todo su mundo se vino abajo.

No era Fabián el que yacía desnudo y dormido a su lado. Era Carlos.

Con el pecho agitado, Ana reunió todas las fuerzas para no gritar, y fue recompensada, porque él abrió sus ojos, sus azules ojos, que en la mañana eran mucho más claros, y le sonrió.

—Buenos días —le susurró, y en una inspiración, movió su brazo para acercarla más a él.

—Qué... qué... qué... —él se incorporó levemente, sólo para enterrar su cara en el hueco de su cuello, inhalar y exhalar con pereza, mientras el resto de su cuerpo despertaba. Ella puso sus manos sobre la piel desnuda de sus hombros, pero no pudo cumplir su propósito, que era alejarlo. Él estaba tan cálido, y su aroma era tan embriagador, la piel tan lisa y suave... Qué le estaba pasando? —Esto es un sueño —murmuró, tratando de calmarse, pero entonces lo escuchó sonreír.

—Un sueño magnífico —dijo él, y se elevó sobre ella para mirarla al rostro. Ana lo detalló, con la barba un poco áspera, el cabello un poco más largo de lo que solía llevar, y una sonrisa que torcía su boca en un dejo de satisfacción—. Un sueño que estoy feliz de vivir.

—Entonces qué... —qué estoy haciendo aquí? Quiso preguntar. Por qué estoy en tu cama y desnuda? Ah, él tenía la cara del gato que se comió toda la nata él solo, pero ella por qué estaba allí? No pudo siquiera completar la primera pregunta, porque él se estaba acomodando sobre ella y bajó su cabeza para besarla. Había estado aturdida la mayor parte del tiempo, así que no se había dado cuenta de que también ella estaba desnuda.

Carlos la besó, y Ana intentó resistirse, pero al parecer, él estaba acostumbrado a esto, y lo tomó como un juego, o un reto, y empezó a merodear sus labios con los suyos hasta que al fin consiguió que los abriera, y se coló dentro.

Madre de Dios, qué manera de besar!

La estaba ocupando toda, deleitándola con su lengua, paseándose por el interior de su boca, disfrutando cada rincón, excitándola lenta y ardientemente, y luego lo sintió en su entrepierna, tan cálido, tan firme, y un gemido que no supo si era de miedo o de placer se escapó de su garganta y no llegó a salir porque él se lo tragó, así, literalmente. Carlos al fin soltó su boca para besarle el cuello, y bajó sus labios por su pecho y empezó a lamer uno de sus enhiestos pezones, y sin poder evitarlo, porque su cuerpo entero bullía de sorpresa, placer, suspenso y deseo, arqueó su espalda y dejó salir un grito bajo y ronco, que casi lastimó su garganta.

Y al segundo, ella estaba sola, en su cama de siempre, y la luz se filtraba por el lado correcto de la habitación.

Ah, pero su cuerpo estaba ardiendo, reclamando el final de lo que fuera que el Carlos de su sueño había empezado.

La verdadera Ana no estaba desnuda, sino en su modesta pijama de camisilla y pantalón, pero por dentro estaba caliente, y notó, húmeda.

Su mano actuó sola, y se posó sobre su entrepierna, y apretó. Otra vez un gemido se salió de su boca, y lágrimas, porque no comprendía qué le estaba pasando. ¿Había tenido una fantasía tan fuerte con el hombre que más odiaba en el mundo que había repercutido en su realidad? Se estaba tocando pensando en él!

—No, no, no!! —exclamó, y bajó de la cama precipitada, y se metió a la ducha, sin molestarse en poner la llave del agua caliente. Cuando el agua helada azotó su cuerpo, ésta casi se evaporó al instante. Volvió a tocarse, y otra vez un gemido.

Maldito Carlos, lo odiaba, y ahora se odiaba también a sí misma por haber permitido que se colara en sus sueños de esa manera. Estaba enferma? Qué seguía? Pero pensar en él era pensar en su cuerpo cálido y desnudo sobre el de ella, en su boca, y oh, Señor, en sus besos, y todo lo que producía en ella.

Su cuerpo se tensionó, sintiendo que algo quería escapar de ella, su alma, tal vez, para luego

liberarse al fin.

Si no estaba mal, eso era un orgasmo, uno bajo una ducha fría, ella sola.

Frenética, terminó de abrir la llave de agua con toda su potencia, furiosa y avergonzada consigo misma. No podía ser, no podía ser. No podía creer que tuviera una imaginación tan sucia y tan... vívida. Los recuerdos vinieron a ella, el peso de su cuerpo, el aroma de su piel, la suavidad de ésta bajo la yema de sus dedos, lo cariñoso que había sido, las palabras tan hermosas: “Un sueño que estoy feliz de vivir”.

Sin darse cuenta, estaba llorando, pero ni ella misma sabía por qué. Estaba mal lo que había hecho? O era un síntoma de locura? De masoquismo? Qué pasaba con su cuerpo que iba por un lado, y su mente, que iba por el otro?

O era esto producto de haber visto su torso desnudo anoche?

No, no lo creía, ni que fuera la primera vez que viera el torso desnudo de un hombre. Ella simplemente estaba loca.

Se duchó tan rápido como pudo, pues el agua helada la estaba azotando y dejando amoratada, y salió y se vistió. Corrió a la cocina y se puso a preparar el desayuno a sus hermanos, pero se hicieron las siete, y estos no bajaron. Corrió a la habitación de Silvia, para reclamarle el ser tan perezosa, para sólo escucharle decir:

—Estamos de vacaciones... y es sábado!

Ni siquiera atinó a disculparse, sólo cerró la puerta y se abrazó a sí misma. Se estaba volviendo loca, Carlos la estaba volviendo loca, y lo peor es que en contados minutos tendría que verlo en las oficinas de Texticol.

...8...

-BUENOS días, señor —dijo Mabel con una sonrisita sabedora, y Carlos sólo movió la cabeza contestando a su saludo. Estaba seguro de que en cuanto entrara, las secretarias afuera se pondrían a cuchichear, pero no le importaba.

Entró a su oficina, y se sacó los lentes de sol que llevaba puestos, tenía los ojos enrojecidos, y se sentía un poco aletargado, a pesar de las dos tazas de café negro y amargo que se había bebido.

Esa mañana había amanecido en el sofá de la sala y con el delicioso aroma de café preparado por Ángela. Juan José lo había mirado con la misma sonrisita sobrada, y lo había puyado un poco por haber caído ebrio con unas pocas copas. Claro, qué esperaba, lo máximo que había bebido alguna vez era un par de copas de vino, pero nunca se había sentado con el propósito de perder el conocimiento así a lo bestia.

—Buenos días, señor.

—Hola, Susy —murmuró sin levantar la vista. Susana se lo quedó mirando por unos segundos.

—Está bien?

—Ya sabes que no. Ha pasado algo por aquí?

—No, todo en orden. Por qué vino? Nuestra jornada los sábados acaba al medio día. Son las diez de la mañana. Habría sido mejor que se quedara en casa si se sentía mal, no?

—No. Preferí venir, ya perdí la tarde de ayer.

—El mundo sigue girando, ninguna catástrofe en su ausencia —Carlos le echó malos ojos por su comentario—. Sin embargo, ya que está aquí, quería recordarle que ya se venció el número de semanas en el que la señorita Ana Velásquez cumplía su período de prueba—. Carlos arrugó su cara como si le hubiesen golpeado por detrás.

—No podemos dejarlo para después?

—Claro. La citaré para el lunes...

—No, no. Hoy está bien. Pero bueno, antes de reunirla, cuál fue su desempeño?

—A mi modo de ver, excelente —contestó Susana, situándose en la silla de siempre frente al escritorio—. Ha aprovechado la ubicación de su actual puesto para aprender de todo un poco; así, la he encontrado en ocasiones ayudando al personal de contabilidad, o resolviendo dudas del personal de venta, o colaborando con recursos humanos cuando hubo necesidad. Es multifacética, aprende rápido, y no le ve problema a desarrollar tareas que no son de su obligación.

—En otras palabras, la empleada del mes —contestó Carlos, en tono sarcástico, y Susana se lo quedó mirando un poco severa.

—Creo que podríamos aprovechar su capacidad de desempeñar cualquier tipo de tarea para promocionarla...

—No, eso no es posible, al menos no hasta que se gradúe, y faltan varios años para eso.

—Comprendo—. Cuando Susana se quedó en silencio, Carlos alzó la mirada hacia ella.

—Algo más? —la anciana sólo sonrió.

—Sólo que tienes una resaca de Dios Padre.

—Lárgate.

—Sí, señor—. Pero Carlos pudo ver la sonrisita que su asistente llevaba pintada en el rostro.

Ana entró a la oficina de Susana un poco aprehensiva. No sabía para qué la llamaban, pero estaba segura de que para nada bueno. La despedirían? Había decidido Carlos que no quería tenerla cerca? O la enviarían a otro lado del edificio? A manejar la maquinaria de la fábrica, por ejemplo?

Se atusó la blusa que llevaba puesta y entró. La oficina de Susana era bastante femenina, por sus colores suaves. Nunca había entrado a la del jefe, sólo la había visto por fuera, y ésta y la de Susana eran muy diferentes.

—Pasa algo? —preguntó entrando. Susana estaba analizando algo en la pantalla de su ordenador, así que le señaló la silla en frente sin muchas ceremonias.

—No te preocupes, no vas a ser despedida ni degradada —Ana la miró un poco sorprendida.

—No pensaba eso.

—Yo creo que sí—. Hizo una mueca—. Tu período de pruebas ha finalizado, y con éxito. Sólo lamentamos que no podamos disponer de tu tiempo completo. Así que tendrás que ser la chica del archivo hasta que esa situación cambie—. Ana hizo una mueca; lo comprendía, pero no dejaba de molestarle. Ella quería ascender, se había esforzado para que su trabajo fuera impecable, pero Susana tenía razón, no podía ser la secretaria de nadie porque no estaría disponible al cien por ciento—. Y bien, eso es todo. Por lo general, no reunimos a las personas para darles este informe, pero ya que tu contrato es un asunto especial... —parecía quedar implícito que era Carlos quien debía darle este informe, pero le había legado la responsabilidad a ella—. Parece que no hubieses dormido —comentó Susana ladeando un poco su cabeza, como si así pudiese observarla mejor.

—Sí dormí, sólo tuve... pesadillas.

—Qué mal. Afortunadamente, en unas pocas horas ya estarás de vuelta en tu casa —Ana sonrió volviendo a asentir.

—Susana, dónde está el contrato de Classic Jeans? —preguntó la voz de Carlos, y luego apareció él en el interior de la oficina. Al verlo, Ana se puso en pie, incapaz de articular palabras. Susana se puso en pie también, presta para buscar lo que su jefe le pedía, y al parecer, no estaba allí, pues salió, dejándolos solos.

—Ah... buenos días —dijo él, con voz seca. Ana simplemente asintió. Tenía el cabello como siempre, no más largo; la barba perfectamente cortada, no crecida; y sus ojos no eran azul luminoso, sino apagados, seguro por la borrachera de ayer.

—Mmm —murmuró Carlos, mirando a través de la puerta de Susana hacia el pasillo. La resonancia de su voz provocó un escalofrío en Ana. Demasiado parecido a su sueño. Era la misma voz, el mismo aroma. Era él—. Dile a Susana que espero esos papeles en mi oficina —dijo, y salió.

Agitada, confundida, molesta consigo misma, Ana se sentó de nuevo en la silla en la que había estado. Cómo podía un simple sueño cambiar la perspectiva desde la cual siempre había visto a Carlos? Tenía que dominar sus sentidos de ahora en adelante! Ella gobernaba su cuerpo, no al revés!

Salió también de la oficina de Susana, caminando como sonámbula hasta el cuarto de archivo. Esto no podía seguir así.

Sebastián llegó a casa casi al tiempo que Ana. Traía su mochila con el equipamiento de fútbol colgada al hombro, las mejillas coloreadas, y los ojos llenos de entusiasmo. Silvia bromeó con él por su excesiva afición por ese deporte, pues se había levantado mucho más temprano de lo que tocaba con tal de irse al entrenamiento.

—Está como Ana, llamándonos para ir al colegio siendo que es vacaciones —se burló Paula.

—Y además, sábado —completó Silvia, riendo.

—Dejen de reírse —los reprendió Ana—. Como si nunca les hubiera pasado—. Vio el pelo revuelto de Sebastián, mientras Silvia le servía una bebida fría, y recordó cuando Carlos lo saludó en aquel centro comercial. No quiso preguntar nada delante de sus hermanas, pero ciertamente, tenía que saber por qué se trataban con tanta familiaridad.

Cuando el niño se metió en su habitación para darse una ducha, lo siguió.

—Sebas —lo llamó. Él ya se había quitado la camiseta, y la miró esperando—. A qué se refería Carlos cuando te preguntó “cómo vas” el día que salimos a cine con Fabián? —Sebastián arrugó su frente, recordando.

—Ah... Nada, no era nada.

—Le dijiste que habías quedado en segundo lugar —insistió Ana—. A qué te referías tú? Desde cuándo son tan amigos? —Sebastián hizo una mueca.

—No es nada.

—Me estás mintiendo.

—Claro que no.

—Sebastián, te conozco desde el mismo día que naciste; sé cuándo me estás mintiendo. Desembucha—. El niño la miró fijamente, sabiendo que una vez descubierto, con su hermana era mejor llevar la fiesta en paz.

—Prometí guardar el secreto.

—Pero yo soy tu hermana mayor, y la responsable de ti ante Dios y las autoridades, y si no me dices ya, Sebastián..

—Ya, ya, ya! Te contaré, pero no te enojas, por favor—. Ana se mordió el interior de las mejillas.

—Lo intentaré.

—No, te vas a enojar.

—Si inicias una conversación diciendo “No te enojas”, es seguro que se trata de algo que hará que el otro se enoje.

—Entonces no debí pedirte que no te enojaras.

—Sólo empieza!

—Está bien! —Sebastián se sentó en el borde de su cama y empezó a sacarse los zapatos y los calcetines.

—Recuerdas que luego de tu accidente, lo del secuestro de Caro y eso, yo empecé a sacar malas notas en matemáticas?

—Sí, tuve que pagarte un tutor.

—Sí, bueno... el tutor era pésimo.

—Qué? —preguntó Ana, escandalizada.

—Era pésimo —aseguró Sebastián—. No le entendía nada, y él me trataba como si fuera yo un idiota que no sabe nada de nada—. Ana lo miró sin decir nada por unos momentos. Siempre había temido que eso pasara, y aunque sus hermanos no le ponían quejas, a veces sospechaba que eran aislados o marginados entre sus compañeros por sus orígenes.

—Eso nunca me lo dijiste.

—Claro que no te lo dije, estabas pagando para que me fuera mejor, y yo no estaba funcionando...

—No era culpa tuya, tuviste una primaria difícil...

—Sí, sí, sí —dijo el niño, quitándole importancia—. Así que un día, luego del entrenamiento de fútbol, no fui a la clase, como se esperaba; me... me escapé.

—Sebastián Velásquez Gómez, tú qué...

—Sabía que te enfadarías —murmuró el niño mirando al techo exasperado, luego casi gritó—: No quería ir! No estaba entendiendo nada, y peor, ya hasta le estaba tomando fastidio a todo! Lo llamé imitando tu voz y le dije que ese día no iría porque estaba enfermo. Me puse a deambular por ahí... y Carlos me encontró en la calle.

Ana se sentó lentamente frente a su hermano, mirando a través de él, imaginándose la escena.

—Iba pasando en su carro —siguió contando el niño—, y me vio, y me reconoció. Bajó el vidrio y me saludó. Me preguntó qué hacía por ahí, y le dije una mentira, que estaba perdido. Él me subió al carro, y como me di cuenta de que me iba a devolver a la casa, no aguanté más y le conté. Al principio me dio vergüenza, porque pensé que si él es un hombre importante y eso, no iba a entender que alguien no supiera matemáticas, pero entonces me dijo que podía contarle cualquier cosa, y que quedaría entre nosotros, como un secreto, si yo quería. Entonces pensé que tal vez él me entendería, porque es un hombre como yo. Sólo le conté que no entendía nada las matemáticas, no que el profesor fuera idiota, pero él lo entendió. Y me llevó a su casa y me explicó él mismo las clases.

—Que hizo qué? —Sebastián la miró a los ojos.

—Me llevó hasta su casa —repitió—, y me explicó lo de las multiplicaciones con fraccionarios.

—Carlos Soler es un hombre muy ocupado, las tardes de los sábados seguramente trabaja y trabaja más, al igual que los domingos, y que los festivos, y que en navidad y año nuevo. Cómo iba él a... dar clases de matemáticas a un niño?

—Pues lo hizo —contestó Sebastián, alzándose de hombros—. Y no sólo ese sábado, sino muchos sábados después.

—Y por qué nunca me lo dijiste?

—Porque era un secreto, obviamente!

—Pero ese profesor nunca me dijo que faltabas a las clases!

—Porque Carlos puso a una de las muchachas del servicio de su casa para que se hiciera pasar por ti y cancelara las clases.

—Y por cuánto tiempo estuviste yendo? —Sebastián guardó silencio.

—Hasta que me gradué de primaria.

—Sebastián! Estuve consignándole a la cuenta de ese profesor por años!

—No, no. Recuerdas que un día “el profesor” te llamó para decirte que había cambiado el número de su cuenta y yo-no-sé-qué-más? No era el profesor, era Carlos, yo estaba ahí. Él sabe mucho de esas cosas, me dijo que me había abierto una cuenta para niños en un banco, pero que para ti aparecería como una empresa de un colegio, no sé... todo con tal de que no te enteraras de lo que estábamos haciendo, y ahí está todo el dinero. Él me dijo que así podía ahorrar para mi universidad, o lo que sea.

—Y los informes... yo constantemente le preguntaba por tu progreso!

—Era él. Se hizo pasar por mi profesor. De veras, no te pareció extraño que nunca pudiera reunirse personalmente contigo?

—Siempre me pareció enfermizo y debilucho —susurró Ana, y Sebastián soltó una risita.

—Y luego ya no fue necesario recibir más clases —siguió el niño—. A él sí le entendía. Me explicaba tan bien, que a la primera entendía todo. Me daba exámenes que luego eran casi iguales a los que me ponían en la escuela. Era genial, porque pasé de ser el niño más bruto al más inteligente!

—Tú no eres bruto —exclamó Ana, sentándose a su lado, y abrazándolo—. Eres listo, eres muy listo.

—Lo sé, lo sé, él me decía lo mismo—. Ana cerró fuertemente sus ojos y besó los cabellos oscuros de su hermano.

—Entonces ese día fue muy indiscreto, pues te preguntó cómo ibas delante de mí.

—Tal vez ya no le importa si te enteras —sugirió Sebastián alzándose de hombros, y Ana sintió una punzada no supo dónde. Se separó de su hermano, y lo dejó terminar de desvestirse para meterse en la ducha. Siempre creyó que ella sola estaba luchando por sus hermanos para sacarlos adelante, y ahora resultaba que había tenido un aliado secreto.

—No me vuelvas a hacer esto, Sebastián —sentenció—, o tendremos problemas.

—Me habrías dejado ir a su casa para que me enseñara si te lo cuento? —preguntó él desde el cuarto de baño.

No, se contestó ella misma. Habría buscado cualquier excusa, algo como que Carlos era alguien muy ocupado, algo como que era deber suyo y sólo suyo ocuparse de sus hermanos. No lo habría permitido.

Y ahora caía en cuenta de que, si bien Carlos nunca fue amable con ella, ella no había sido mejor con él. De golpe vinieron a ella todas las escenas en las que alguna vez estuvieron en la misma sala, y ella fue descortés, e hiriente, y remilgada. Ella lo acusaba a él de esnob y estirado, por ser ella de clase baja y él rico, pero la verdad es que el prejuicio había estado también de su lado.

Tal vez él la había llamado “india” esperando con esa palabra ubicarla en lo más bajo de lo bajo de los estratos, porque eso era lo que la cultura dictaba con toda su prepotencia; pero también había ayudado a su hermano, que por ende era también un indio, a salir adelante en una asignatura. Y a cambio de nada.

Sólo imaginárselo diseñando un examen para que su hermano practicara, le provocaba un dolor en alguna parte que no atinaba a identificar. Por qué la había llamado india entonces, si estaba visto que no tenía problema en socializar con un niño como Sebastián y ayudarlo? O era puro altruismo?

Se puso en pie sin encontrar una respuesta, y salió de la habitación.

—Por qué me ama? —se preguntó. De alguna manera, ahora le creía; su declaración llegaba ahora a ella como una ola tardía con mucho más sentido, pues esos sentimientos venían acompañados de pequeñas acciones que no podían significar otra cosa. Pero el interrogante seguía allí: qué podía ver un hombre como él en ella? Tan testaruda, orgullosa, tan odiosa? —Él también está loco —concluyó.

-Solo, como siempre —le dijo Isabella Manjarrez a Carlos, sentándose en la silla desocupada que tenía al frente, mientras almorzaba en un fino restaurante.

—Hola, Isabella —la saludó él.

—Dime. Conservas el mismo número de empleados?

—Qué pregunta tan curiosa. Sí, por qué?

—Pensé que habría una estampida.

—Algo en lo que estés trabajando? —inquirió Carlos, recordando ahora que en varias ocasiones había visto a Ana junto con esta mujer—. O sólo quieres que alguien en particular salga en estampida de mi empresa?

—Mmm, siempre has sido muy perspicaz.

—Tú nunca te preocupaste por ser discreta. Y dime, me vas a contar por qué de un momento a otro te interesaste por Ana Velásquez?

—Sólo me causó curiosidad. Me parece que es alguien que conozco de antes, o que escuché su nombre, tal vez...

—Hay un sinnúmero de mujeres llamadas Ana en el mundo —adujo él, y ella sonrió enseñando sus dientes, con ojos casi mortíferos.

—Pero es ella la que estoy buscando, verdad?

—Déjala en paz. No tiene nada que ver contigo—. Carlos miró su plato. Había tenido que comer hoy aquí, solo. Su madre lo había llamado para decirle que de repente se iba para Miami el fin de semana. No le extrañaba; desde que se podía permitir de nuevo ese tipo de caprichos, era como si se estuviera vengando de los años en que no pudo hacerlo. No había querido ir a casa de su hermano y comer con ellos, ya había invadido demasiado su privacidad anoche, y esta mañana.

Tal vez lo que necesitaba era una esposa, pensó. Estaba cansado de estar solo.

La mujer que tenía delante se había propuesto para ese lugar, pero las cosas habían salido abominablemente mal.

—Recuperaré todo lo que es mío —sentenció Isabella—. Y cuando digo todo, tal vez también me refiera a ti.

—Lo que tú necesitas, por ahora, es resignarte. Si Jakob volviera a manos de tu padre en este momento, perderás inexorablemente toda tu herencia.

—La herencia ya casi que está perdiendo interés para mí. Ahora sólo quiero mi venganza.

—Isabella, no eres la primera mujer en el mundo a la que le pasa lo que nos pasó a nosotros.

—Pues muy estúpidas las otras mujeres si dejaron todo tal cual.

—Ya te pedí perdón...

—No soy capaz de perdonar.

—Sabes que tarde o temprano volverás a tenerlo todo, podrás seguir tu vida normal, tal como antes.

—Ya nada volverá a ser normal para mí, por tu culpa.

—Entonces sigue dándote de cabeza contra la vida. Aquí no tienes nada que hacer —ella sonrió, pero pareció más bien una mueca.

—Sabes que una sola gota de veneno puede echar a perder todo un estanque de agua? Y que si la gota es constante... pronto toda el agua estará corrupta?

—Vaya, no sabía que eras capaz de construir metáforas de ese tipo. De qué hablas exactamente?

—Espero ver pronto los frutos de mi trabajo —dijo, poniéndose en pie—. Te dejaré sin orgullo, Carlos, porque tú me dejaste sin orgullo a mí.

Se fue, dejándolo solo de nuevo, y cerró sus ojos dejando los cubiertos. Él se había echado ese muerto encima, como decían por ahí. Tratando de ayudar a un anciano que le suplicó, ahora estaba perdiendo su paz. Nunca había tenido enemigos; uno que otro lo menospreciaba, o lo envidiaba, o era cauteloso, pero ninguno vino a amenazarlo jamás.

Isabella no tenía poder para destruirlo, ni económico, ni político; pero estaba tocando su lado más sensible al meterse con Ana, y él había sido tan tonto como para revelar su talón de Aquiles a la que más tarde se convertiría en su enemiga.

Tal vez fue por eso, precisamente, que se convirtió en su enemiga.

Ana vio a Paula arrastrar unos libros por la mesa, frente a ella, que sentada en la sala que habían convertido en biblioteca, se concentraba en una lectura. Se quedó mirándola por espacio de un minuto, y cuando Paula, la adolescente de sólo catorce años sintió su mirada, preguntó:

—Qué? —Ana sólo agitó su cabeza, e intentó concentrarse de nuevo en su libro. Pero al minuto volvió a mirar a su hermana, que abrió y cerraba la mano.

—Te duele? —le preguntó, y Paula negó.

—Sólo que me va mejor si antes de escribir me ejercito un poco—. Ana asintió, comprendiendo.

Paula había sufrido un accidente en la clase de deportes hacía más o menos un año, y se había fracturado la muñeca. Lo curioso de todo es que unos días antes lo había soñado, había visto exactamente la manera como había caído, al correr de espaldas, y se había apoyado en la mano derecha. Los huesos habían cedido ante el peso y su hermana había tenido que ser transferida al hospital más cercano.

Les había contado a sus hermanos lo curioso del caso, y cómo en otras ocasiones, también soñaba con cosas que luego se realizaban exactamente igual.

—Tienes un poder sobrenatural —había dicho Silvia, sonriente—. Puedes ver el futuro en tus sueños.

Ella había negado, era una absoluta tontería, pero era verdad, y todo desde que Miguel Ortiz, el hombre que había secuestrado a Carolina, la hija de Ángela y Juan José, le rompiera la crisma

por tratar de impedirlo. Esa vez, había sacado a la niña por la mañana a disfrutar del día soleado, y un hombre obsesionado con su amiga le había roto el cráneo con la culata de un arma, la había dejado abandonada en el suelo y robado a la niña. Había pasado varios días en coma, y los médicos le habían dicho que no habría consecuencias, o secuelas. Se esperaba que de vez en cuando le doliera la cabeza, pero ni eso. Sólo tenía sueños que parecían más bien premoniciones. A veces eran tonterías, como que se iba a cortar un dedo mientras usaba un cuchillo, o un bombillo no iba a encender al presionar el interruptor; y otras veces eran de mayor trascendencia, como la vez del accidente de Paula.

Nunca había logrado evitar nada de lo que sucedía en sus sueños, era como un deja vú que ocurriría hiciera lo que hiciera.

Volvió a mirar su libro; una idea fue bajando hasta su mente como una pluma mecida por el viento: ella anoche había soñado que hacía el amor con Carlos, y según el comportamiento de él en el sueño, no era la primera vez, sobre todo, teniendo en cuenta, que ambos estaban desnudos en una cama.

Se puso en pie de repente y cerró de un golpe el libro. No, no, no y no. Eso no iba a pasar. Jamás de los jamases, nunca de los nunca. Never, jamais, nie, nunca!

—Qué pasó? —preguntó Paula, extrañada, cuando Ana salió de la biblioteca como una exhalación.

...9...

-**QUÉ** cara tan larga —dijo Mateo, sentándose al lado de Fabián en un restaurante bar. El sitio era más bien cómodo para sentarse y conversar, no para sacar la pareja a bailar, y alrededor se escuchaban los diferentes murmullos de las conversaciones de los demás comensales.

—La de siempre —contestó Fabián, saludando a su amigo.

—No, hoy la tienes de verdad larga. Todo anda bien? —Fabián hizo una mueca. Antes, solía estar también Juan José con ellos, y mucho más antes, Miguel Ortiz.

Con el paso del tiempo, habían comprendido que lo de Miguel era inevitable, y para siempre, pues estaba en la cárcel; y poco a poco, también se habían ido acostumbrado a las ausencias de Juan José, que aunque seguía siendo el mismo de siempre, ahora era un hombre de familia, con una esposa que adoraba, una hija a la que idolatraba, y otro bebé por nacer. Salían de vez en cuando con él, pero ya no era como antes. Ahora sólo estaban Fabián y Mateo, y de alguna manera, ambos habían cambiado; sus costumbres de salir y arrasar con media ciudad, y la mitad de la población femenina había casi desaparecido. Ahora estaban enfrascados en sus trabajos, sus proyectos, o sus familias. Habían madurado.

—Tengo algo que contarte.

—Eso parece serio.

—Tal vez lo sea —sonrió Fabián.

—Dispara—. En el momento, llegó una camarera con la carta de bebidas, pero Mateo pidió de inmediato una cerveza negra.

—Tal vez... —siguió Fabián, como si no les hubiesen interrumpido— tal vez estoy saliendo con Ana, o estoy en una relación con ella —Mateo se echó a reír a la vez que preguntaba:

—Qué?

—Lo que te digo...

—No, no, no... —interrumpió Mateo, ya más serio—. Estás diciendo la cosa más incoherente del mundo: “tal vez” estás saliendo con alguien? Se sale o no se sale, estás en una relación o no estás en una relación... Espera... y con Ana? Ana, la Ana de Ángela y Eloísa?

—Sí, esa Ana.

—Te quieres morir, verdad?

—Por qué dices eso?

—Porque Ana es la niña de los ojos de ese par! Donde le toques un pelo, esas dos van a caer directo a tu yugular como fieras! No son amigas, son una mafia! —Fabián volvió a reír.

—No seas exagerado.

—A ver, explícame, cómo es eso? Y por qué “tal vez”, y por qué Ana? Te enamoraste y no me habías contado? —Fabián hizo una mueca antes de contestar.

—Ella me gusta, sí... no sé si decir que estoy enamorado, o no. No lo sé, pero le propuse que saliéramos para averiguarlo, y ella aceptó.

—Ajá... —dijo Mateo mirando a su amigo sin decir nada más por un rato. Fabián se miraba las manos, como esperando a que él agregara algo, diera su opinión, pero Mateo entonces recordó algo que sucedió tiempo atrás con Carlos—. Mierda —dijo entonces. Había estado pendiente de las actitudes de Carlos todo ese tiempo, pero no vio avance en la relación Ana-Carlos, por el contrario, parecía que iba hacia atrás. Pero todavía, de vez en cuando, intuía que los sentimientos del hermano de su amigo no había cambiado.

—Qué —preguntó Fabián.

—No, nada... Ella te ha hablado de sentimientos?

—Al parecer, son los mismos que los míos.

—Así que están en nada.

—No, de verdad estoy poniendo de mi parte para averiguar qué siento por ella.

—No, Fabián, así no funcionan las cosas —Fabián frunció el ceño mirando a su amigo de toda la vida, Mateo parecía muy pensativo—. El amor es... algo que llega y te aplasta, simplemente. Mira a Juan José.

—Mmm, creí que lo estabas diciendo por experiencia propia, y me asusté —Mateo sonrió mirando a otro lado.

La camarera llegó al instante con la cerveza de Mateo y la puso delante, y en la servilleta que dejó, su número telefónico. Mateo miró a la mujer y le sonrió guardando el número en el bolsillo de su camisa, y volvió a mirar a Fabián, que ni había prestado atención a la situación, tan acostumbrado como estaba a ese tipo de cosas.

—Pero —siguió Fabián, a la vez que se pasaba la mano por la nuca—, no puede ser el amor algo más tranquilo? Algo que se pueda ir construyendo poco a poco...

—No lo creo... O más bien, no me gustaría. Para elegir una mujer con la que he de estar toda la vida, se ponga gorda o no, se enferme o siga sana, tenga cambios de humor, o malas mañas de vez en cuando... tendré que estar muy enamorado para aguantarla, créeme —Fabián volvió a reír.

—A veces olvido que eres un cínico.

—Es mi forma de ver la vida; demasiado realista para el gusto de algunos.

—Sí, sí... Entonces no apruebas mi relación con Ana?

—No se trata de si la apruebo o no.

—Qué bien, porque no te estaba pidiendo tu aprobación, de todos modos —Mateo le echó malos ojos, pero igual, siguió:

—Se trata de que funcione, no importa cómo haya empezado, y avance al otro nivel. Tal vez sí pueda darte un consejo —dijo Mateo mirando a su amigo muy serio—: Si te quedas estancado más de una semana en el mismo punto... es decir, que tus sentimientos no evolucionan, y ves que los de ella tampoco... abandona—. Fabián frunció el ceño y miró su vaso de cerveza.

—Eso es bastante práctico, pero podría equivocarme, no?

—Lo ideal sería que salieras con ella ya estando enamorado, no para averiguarlo. Es que quieres enamorarte? —siguió Mateo—. No estás muy joven para eso?

—A lo mejor no quiero estar solo.

—Elegir a una persona para escapar de la soledad... —Mateo meneó su cabeza haciendo una mueca— No lo veo muy inteligente.

—Gracias.

—Pero sólo es mi cínico punto de vista—. Ambos sonrieron, y Fabián guardó las palabras de su amigo, intuyendo que eran bastante sensatas.

-Feliz Navidad! —exclamó Judith cuando Juan José llegó con Carolina en brazos y una muy embarazada Ángela a su lado. Ésta última estaba ya en su séptimo mes, y se le notaba.

—Feliz Navidad —correspondieron ambos, pero Judith se centró en su nieta, a la que tomó en brazos y se dedicó a mimar; siempre que estaba Carolina cerca, era como si el resto del mundo dejase de existir para ella, y los padres ya estaban acostumbrados. Carlos se acercó a ellos sonriendo, besó la mejilla de su cuñada, y palmeó la espalda de su hermano.

—Bienvenidos —les dijo.

—Qué hermoso todo! —se admiró Ángela al ver la decoración navideña.

—El crédito es todo de madre. Por favor no le preguntes de dónde trajo nada, se enfrascará en una historia interminable.

—Pues el árbol está precioso —insistió Ángela, y era verdad. Un pino se situaba en uno de los rincones de la sala divinamente adornado. Era tan alto que casi rozaba el techo, y eso que este era tan alto como lo era el segundo nivel de la casa.

Cuando Ángela vio en la sala a Arthur Adams, sonrió. Éste se puso en pie al momento y se encaminó a ella para saludarla.

—Qué hace él aquí? —preguntó Juan José, mirando el saludo de su esposa al rubio con cara de pocos amigos.

—Madre casi enloquece cuando le dije que seríamos once invitados.

—Oh, el problema del número impar —dijo Juan José, haciendo rodar sus ojos en sus cuencas.

—Ah, y cuando le dije que había niños...

—No me digas, casi muere —sonrió Juan José.

—Así que tuve que ceder y permitir que invitara a Arthur —siguió Carlos, sacudiendo su cabeza, y pasándole a Juan José la primera copa de vino de la noche—. Dijo que él era cercano, no sólo de la empresa, y que tenía la suficiente cultura como para tolerar niños en la misma mesa que él. De cualquier manera, está solo en el país, no pudo viajar para la temporada, ya que estamos hasta arriba de trabajo. Quedamos en que todo absolutamente era mi responsabilidad, lo de los invitados y lo de Arthur y ya está.

—Qué paciencia la que tienes, hombre—. Carlos sonrió negando.

—Madre es fácil de manejar.

—Para ti.

—Juan José! —exclamó Arthur, acercándose y saludándolos—. Veo que has hecho bien tu trabajo —dijo, mirando significativamente a Ángela mientras ésta se sentaba en un sillón e intentaba controlar a Carolina, que se había dedicado a correr por el lugar y a mostrar sus

dientecitos coqueteando.

—Sí, lo hice —Carlos miró a su hermano sonriendo, sabiendo que entre los dos nunca se habían llevado demasiado bien, sobre todo porque Arthur, otro de los socios de Texticol, no perdía oportunidad para flirtear descaradamente con Ángela.

La campana de llamada sonó, y entró Mateo con una botella de un excelente vino en sus manos, que Carlos recibió agradecido. Este año su padre estaba en algún lugar de Asia, su hermana menor seguía en el extranjero, así que, como siempre, estaba solo en Navidad y se unió a los Soler, también como siempre.

—Y Fabián? —preguntó Carlos, extrañado al no verlos juntos, como era costumbre.

—Viene con Ana y sus hermanos —informó Mateo.

—Ah...

—Le he preguntado a Carlos quién es Ana —dijo Judith—, pero por más que intento, no la recuerdo!

—Es mi amiga —respondió Ángela—. Mi muy querida amiga —implícita, había una advertencia. Judith la miró pestañeando un poco, preguntándose el porqué de su tono.

La campana volvió a sonar. Esta vez era Eloísa.

—Viniste! —exclamó Ángela extendiendo hacia ella sus brazos reclamando un abrazo, pues ésta había dicho que tal vez lo pasaba en Trinidad con sus padres.

—Pues verás, a última hora convencí a mis padres para que tomaran su segunda luna de miel en un crucero y se olvidaran de mí y funcionó —Ángela se echó a reír y recibió el abrazo de su amiga, cuando la tuvo cerca, Eloísa susurró en su oído—: La verdad es que Judith me llamó advirtiéndome que por ningún motivo podía cancelar...

—Te creo!

Cuando volvieron a llamar a la puerta, Carlos se puso visiblemente nervioso. Sólo faltaban Ana y su familia. Había estado inquieto por lo que podía suceder; como en el trabajo apenas si se veían, no había problema, no era necesario fingir ante nadie, pero aquí estaba la familia en pleno y era otra cosa. Esperaba que por lo menos pudiesen tratarse con cordialidad.

Efectivamente, instantes después entraron Silvia, Paula y Sebastián, seguidos de Fabián, que tenía puesta su mano en la cintura de una muy hermosa Ana.

—Estás preciosa! —exclamó Eloísa, y preciosa era poco. Llevaba puesto un vestido color marfil de una tela vaporosa y con pequeños bordados del mismo tono, era largo, con un buen escote que en ella, al no tener demasiado busto, se veía decente; el cabello recogido a medio lado le caía en suaves ondas sobre el pecho y su suave maquillaje realzaba su belleza. Carlos intentó no mirarla demasiado, y agradeció que Fabián lo distrajera con su saludo.

—Bien, ya estamos todos! —exclamó Judith. Hoy estaba particularmente feliz, tal vez se debía a que por fin de nuevo se organizaba una fiesta en su casa. Caminó decidida a las cocinas; había contratado un personal de catering ya que eran doce los comensales, había dispuesto la mesa de doce puestos con toda su vajilla y cubertería de plata, y estaba usando sus viejas joyas... se sentía en la gloria.

—Parece que fue acertado celebrar aquí —comentó Juan José, sentándose en el mueble más cercano a Ángela. Carlos sonrió viendo a su madre desaparecer de la sala y encaminarse a la cocina.

—Sí, realmente, hace tiempo que no se celebraba nada en esta casa

—Por qué? —preguntó Paula mirándolo fijamente.

—Bueno...

—No seas indiscreta, Paula —la reprendió Ana.

—No, no me molesta contestar —contestó Carlos, mirándola apenas. Se giró a Paula y habló —: Desde que mi padre murió, hace casi diez años, estuvimos en una mala situación económica.

—No tenían dinero? —preguntó Sebastián, interesado, y abriendo sus enormes ojos dorados.

—No, no teníamos dinero.

—Pero ahora eres rico —dijo Silvia, alzando una ceja, y Carlos encontró ese gesto tan parecido al de Ana que sonrió.

—Trabajé muy duro.

—Demasiado —murmuró Juan José—, no he visto a nadie trabajar tanto como mi hermano.

—Y nos hizo trabajar duro a nosotros también —intervino Arthur, no queriendo quedarse atrás —. Tampoco creas que todo el mérito es suyo.

—Claro —concedió Carlos—. Tuve un excelente equipo de trabajo, y Arthur está entre ellos.

Sebastián miraba a Carlos en silencio, y Ana notó que en sus ojos ahora había aún más admiración que antes. Carlos se estaba convirtiendo en su héroe. Miró debajo del árbol el regalo que su hermano pequeño le había preparado. Judith había exigido que todos los presentes fueran enviados a su casa con días de antelación para organizarlos bajo el árbol, y había muchos de ellos.

—Qué tal si bailamos? —propuso Mateo, subiendo el volumen a la música y ofreciendo su mano a Silvia, que, encantada, la recibió.

Alrededor, empezaron las conversaciones y se organizaron varias parejas de baile. En una mesa había aperitivos, y Ana tuvo cuidado de decirle a sus hermanos que no comieran tanto como para arruinar su apetito antes de la cena; ellos, fiándose de su conocimiento adquirido en clases de etiqueta, le hicieron caso.

Eloísa bailó con Juan José, y luego con Arthur. Conversaban, reían y contaban historias. Ana se asombró cuando vio a Carlos bailar con Silvia, que reía abiertamente por algo que él le decía, y ella también salió a bailar con Fabián. Como siempre, bailar con él era muy fácil.

—Bailamos? —le pidió Sebastián a Eloísa, y ésta, incapaz de negarse ante semejante caballero, salió a la mitad de la pista que habían formado en la sala de los Soler tomada de la mano del niño.

Intentaba ignorarla. Hablando con la verdad, Carlos estaba decidido a ignorarla, pero constantemente sus ojos se iban tras ella, pues estaba tan hermosa... y un ramalazo de celos lo azotaba cada vez que la veía sonreír con Fabián. Ya sabía que sólo eran amigos, que siempre lo habían sido, pero no podía evitarlo. Eran los mismos celos que lo habían atacado en la boda de su hermano, cuando la vio sonriéndole tan feliz, como si hubiese descubierto el elixir de la eterna juventud allí mismo.

—Señor —dijo una de las muchachas del servicio, no una de las contratadas por esa noche por Judith, sino una de la casa. Ella le traía un teléfono.

—Leti, ahora no...

—Insiste, señor—. Resignado, Carlos tomó el teléfono. Tenía muchos clientes que se preciaban de llamarlo a las horas más inoportunas. Disculpándose con Juan José, que era con

quien conversaba, tomó la llamada y se fue a otra sala donde había menos ruido para hablar.

—Está preciosa la noche verdad? —dijo Fabián, asomándose al jardín de Judith, uno del que estaba muy orgullosa. Ana miró en derredor e inhaló profundamente el aroma mientras se arropaba con su chal.

—Sí, se está muy bien.

—Y tú, estás bien? —Ana sonrió.

—Sólo sentí calor allí dentro. A pesar de que sólo somos nosotros, somos un grupo grande.

—Y pronto lo será más. De aquí a unos años, sospecho que Juan José tendrá media docena de hijos —Ana se echó a reír.

—Eres un exagerado—. Fabián se acercó más.

—Estás feliz? —ella lo miró fijamente, comprendiendo en cierta manera, lo que esa pregunta encerraba.

—Sí, lo estoy. Y tú?

—Sí, sí... Yo... —ella guardó silencio mientras esperaba que él eligiera las palabras, se le veía confundido, y eso no era natural en él. Fabián siempre parecía muy seguro de sí mismo, siempre sonriente, siempre feliz.

—Tú qué?

—Tengo que hacer un experimento.

—Sí? Qué clase de experimento?

—Quisiera saber si con un beso puedo ver lo que va a ser de nosotros dos —Ana sonrió.

—Tú lo que quieres es besarme.

—También —admitió él—, pero piénsalo. Tal vez así podamos saber si lo que hay entre nosotros tiene futuro, o si... deberíamos desistir antes de que empecemos a lastimarnos—. Ana pestañeó ante la seriedad de su tono. Ciertamente, ella no quería hacerle daño, lo apreciaba demasiado para eso. Y tal vez él tenía razón; además, quería sacarse de la cabeza el beso de Carlos... un beso que había sido recibido en sueños, no en la realidad. Qué patético de su parte.

Fabián se acercó más a ella, y puso su mano en su cintura.

—Ten en cuenta que voy a poner todo mi empeño en este beso—. Sonrió.

—Eso es una amenaza?

—Es una promesa —y al decirlo, la pegó a su cuerpo y la besó.

Carlos, que tenía el teléfono aún en la mano, se quedó petrificado al verlos. Fabián estaba besando a Ana, en la boca, así que no eran simples amigos. Al menos ya no.

Algo doloroso estalló dentro, y lo dejó momentáneamente sin aire. Había estado usando una de las salas cuyo ventanal daba al jardín donde estaban los dos para hablar tranquilamente por teléfono con su cliente, que simplemente lo llamaba para desearle una feliz navidad. Sospechaba que esta sería la peor navidad de su vida.

Incapaz de mirar por más tiempo, dio la media vuelta, dispuesto a irse.

Recordó entonces que hacía un tiempo, por no haberse quedado unos segundos más, Ana sólo lo había escuchado llamarla “india”, y nunca se enteró de lo arrepentido que él había estado de eso; así que volvió a girarse, lentamente, esperando, casi deseando, que Ana sacara la mano y lo abofeteara. Pero no fue así. Ella sonreía y apoyaba su mano en la mejilla de él, y volvía a besarle por su cuenta. Entonces sí tuvo que irse.

Caminó por la casa casi sonámbulo hasta que llegó a la sala donde estaban los demás.

—Dónde andabas? —le preguntó Juan José. Carlos lo miró sin verlo.

—Eh?

—Te estábamos esperando, ya es la hora de la cena —por el rabillo del ojo vio a Ana y a Fabián entrar juntos desde el jardín. Sintió que volvía a quedarse sin aire. Piensa, piensa! Se reprendió a sí mismo, inhaló profundamente y logró ignorarla mientras sonreía a su hermano y explicaba que había tenido una inoportuna y extensa llamada de un cliente.

—Preciso hoy? —se quejó Juan José.

—Sí, es un asco —y al decirlo, miró sin querer a Fabián, pero luego no apartó la mirada.

—Mírala, se durmió —dijo Ana mirando a Carolina con su cabecita apoyada en el regazo de Ángela.

—Sí, tiene esa mala costumbre —sonrió Ángela—, pero su hora de dormir ya pasó, así que es comprensible—. Ana se acercó a ella y la alzó con cuidado de no despertarla.

—Qué hacemos con esta cosita?

—Yo... dispuse una habitación para ella —dijo Judith—. Sabía que esto pasaría. Dámela, yo la llevo.

—Deja que Ana la lleve, madre —pidió Juan José—. Si no, se despertará.

—Leti, indícale dónde está la habitación —ordenó Carlos con una voz apagada, y Ana fue detrás. Mientras, todos iban camino a la enorme sala comedor donde los esperaba la también enorme mesa.

Ana subió al segundo piso de la mansión, y siguió a Leti, que iba delante de ella. Dejó a Carolina acostada en una cuna que parecía un poco anticuada, pero fina.

—Aquí dormían el señor Carlos y el señor Juan José cuando eran bebés —informó la mujer. Ana no tuvo nada que comentar ante eso, pero entonces, al salir, vio entreabierta la puerta de una de las habitaciones, y fue hasta ella como atraída por un imán. Al estar dentro, vio la habitación de su sueño-pesadilla. Los mismos colores, las mismas cortinas, la misma lámpara de noche...

—Esta es la habitación del señor —informó Leti, extrañada por la actitud de Ana.

Ella no dejaba de mirar, con el pecho subiendo y bajando por el ritmo acelerado de su respiración. Qué estaba ocurriendo? Era su sueño igual que el del accidente de Paula? Una especie de visualización en primera persona del futuro? Terminaría ella aquí, feliz y desnuda? Por qué? Cómo? Cuándo!? En este momento lo odiaba, él seguía siendo el Carlos que ella detestaba en el pasado, no había cambiado ni un ápice, y su voluntad seguía siendo la misma! Que se le hubiese declarado no había cambiado ese hecho, a pesar de que había descubierto que había ayudado a su hermano, o que Ángela le había dicho que el lío con las tiendas Jakob era debido a su forma tan generosa de ser, y tantas otras cosas que mostraban que él realmente no era un monstruo, sólo alguien normal, con virtudes y defectos, y que casualmente había dicho que la amaba...

No quería ser seducida por él, no quería encontrar en él los encantos que la llevaran hasta aquí, hasta su habitación. Dónde estaba acaso su orgullo? Y él todavía no se había disculpado por haberla llamado “india”!

Y tampoco quería darle la oportunidad, si tenía que ser sincera.

Cuando al fin se dio cuenta de que su comportamiento estaba siendo cuanto menos extraño,

salió de allí, pálida, negando una y mil veces que eso tuviera algún significado.

En el comedor, su lugar estaba entre Arthur y Mateo, al frente de Silvia. En un extremo de la mesa estaba Carlos, y en el otro, Judith, la mesa y los invitados, estaban distribuidos de tal manera que indicaba que Judith se había dedicado para que todo quedara lo más formal posible. Empezó a sentir nervios. Miró fugazmente a Carlos, y éste también la miró a ella; Ana se preguntaba si todo esto había sido hecho a propósito, para probarla, o tal vez para avergonzarla. Tuvo que recordar que él había dicho que la amaba; un hombre que ama no pone este tipo de pruebas, pero bueno, qué sabía ella de Carlos y su manera de amar? Sus ojos estuvieron conectados por un momento, y fue él quien primero esquivó la mirada.

Era inevitable, pero ahora que él le había hablado de los sentimientos que decía sentir, todas sus actitudes, por regla, habían cambiado de significado, y eso era difícil, pues constantemente tenía que recordarse que todo lo que él hacía no era con el fin de mortificarla, como estaba acostumbrada a creer. En el pasado, ella habría interpretado esa mirada como la de un buscapleitos, y cuando la observó a su llegada, ella habría pensado que desaprobaba el vestido que había elegido para esta noche. Ahora imaginaba que, tal vez, si se la había quedado mirando un segundo más, era porque realmente la había encontrado guapa, y el sólo pensar eso era... inquietante. No quería parecerle guapa, de hecho, ni le importaba...

La verdad, es que ya no estaba segura de nada, y eso en cierta forma la molestaba; era más cómodo cuando creía que se odiaban el uno al otro. Ese guión ella se lo sabía de memoria, y se había vuelto fácil de interpretar. Ahora todo era totalmente distinto, y muy seguido, se encontraba haciéndose preguntas acerca de qué pasaría si tan sólo ella...

No, no, y no. Ella no cedería, ni si tenía otro sueño loco y bochornoso como aquél, ni si él volvía a declararse con la misma vehemencia, aunque con mejores palabras. Ni si él le bajaba la luna y las estrellas, que seguramente era capaz de ello, ni si...

—Qué extraño que esta navidad no hayas traído a ninguna rubia que te haga compañía, Carlos —bromeó Eloísa, llevándose a la boca un bocado de la deliciosa ternera que estaba servida en las fuentes en el centro de la mesa. Ana, sin querer, se giró a mirarlo. Él alzó una de las esquinas de su boca en lo que pretendió ser una sonrisa, pero no llegó a sus ojos. Tampoco comía con mucho entusiasmo, notó. Era extraño, al principio de la velada, él parecía el de siempre.

—No. Estoy soltero —contestó Carlos.

—Tengo un hijo muy difícil —se quejó Judith—. Pero bueno, qué mujer podría ser lo suficientemente buena para él? Ni yo he podido encontrarle una candidata aceptable!

—Madre, deja que sea Carlos quien elija —pidió Juan José.

—Si le dejo la tarea a él, se casará cuando tenga cuarenta!

—Tal vez te sorprenda —sonrió Fabián, mirando a su anfitrión—. Tal vez ya eligió, y no ha dicho nada.

—Por qué no diría nada? Qué tontería!

—Madre, la ternera está deliciosa —dijo Ángela, cambiando de tema. Había adoptado la forma de su esposo y su cuñado para llamar a Judith.

—Cierto que sí? Carlos insistió en que el plato fuerte fuera ternera. Parece que acertó—. Y entonces Ana recordó; el día de la entrevista, él había dado a entender que sabía no sólo cuál era su carne favorita, sino la cantidad que usualmente comía. Ese día, con el plato fuerte y el postre

había quedado más que satisfecha, tal como él había predicho.

Cuánto tiempo llevaba observándola? Qué más cosas sabía acerca de ella?

Lo miró otra vez; Carlos no levantaba la vista de su plato, y por primera vez en su vida, Ana se puso en su lugar. Si ella estuviera tan enamorada de alguien como él había dicho estarlo, cómo le sentaría que esa misma persona le dijera que la odiaba? Y no sólo eso, sino que ni siendo la última persona en el mundo, le voltearía a mirar?

De repente perdió su apetito.

—Estás bien? —le preguntó Mateo, que estaba a su lado.

—Sí, perfecto.

—Oh, cariño, no estás acostumbrada a este tipo de platos? —preguntó Judith, pretendiendo ser solícita. Todos la miraron fijamente, unos sorprendidos, otros, censurándola.

—La ternera está deliciosa —contestó Ana, sonriéndole—, pero lamentablemente, no se compara a las Paupiettes que comí una vez en el Saint Isidro—. Carlos levantó su mirada hacia ella, y la sostuvo allí por un rato. Ella había elevado su copa mientras hablaba, y ahora bebía un sorbo sonriendo, pues había dejado callada a Judith; el Saint Isidro era uno de los mejores restaurantes franceses de la ciudad, y la mayoría allí lo sabía.

Pero no era eso lo que le llamaba la atención; de alguna manera, que ella mencionara esa ocasión en que habían comido juntos era... No sabía qué era, pero le gustó la sensación. Era como si le estuviese enviando un mensaje sólo a él, concluyó.

Por qué le hacía esto? Exactamente después de verla besarse con Fabián, uno de los amigos de su hermano, por qué estaba siendo linda? Ana era mala.

...10...

EL momento de intercambiar los regalos llegó, e indiscutiblemente, Carolina arrasó; todos absolutamente le habían traído algo. Juan José hizo una broma acerca de buscar un remolque para llevarse a casa todo. Carlos descubrió que Sebastián le había hecho un presente: un par de guantes de cuero de muy buena calidad.

—Vaya! Qué bien! —exclamó poniéndoselos al instante.

—Pensé que te gustarían —comentó el niño sonriente y orgulloso.

—No tenías que hacerlo, pero gracias, me gustan.

—Y a mí qué? —preguntó Juan José frunciendo el ceño—. No era yo tu tío favorito?

—Sólo me alcanzó para un par —se disculpó Sebastián.

—Y tú nunca has sido su tío favorito —comentó Eloísa, provocándolo.

—Ya no te dejaré casarte con mi hija —bromeó Juan José mirando al niño, luego escondió su rostro en el cuello de Ángela fingiendo que lloraba, y ella, fingía que lo consolaba.

La velada pasó entre risas y bromas. Carlos se alegró de estar aquí y ahora, aunque por momentos se sentía un poco intruso, pues la gran mayoría de los allí reunidos lo estaban sólo por ser amigos de Juan José o Ángela; era agradable estar allí, a pesar del enorme hueco que pulsaba en su corazón y de lo vacío que a veces se sentía.

Se ajustó los guantes de cuero preguntándose si después de todo, no habría sido un enorme error confesarse. Ahora que ella y Fabián anunciasen que estaban juntos, él quedaría como el tonto que no sabía mirar cuándo había posibilidades. Se sentiría desnudo y expuesto. Pero las horas pasaron, se acabaron el vino y los aperitivos, Sebastián y Paula estaban cabeceando, y ni Fabián ni Ana anunciaron nada. La espera lo estaba matando, pero no sería él quien diera pie al anuncio.

—Bien, creo que es hora de irnos —dijo Ana. Carlos enseguida se giró a mirarla.

—A esta hora? —preguntó Eloísa, mirando su reloj que más parecía una pulsera.

—Bueno, a alguna hora tiene que ser, y entre más pronto, mejor.

—En esta casa hay muchas habitaciones desocupadas —dijo Carlos, como si tal cosa—. Seguro que tú y tus hermanos pueden quedarse a pasar lo que queda de la noche. No es así, madre? —Judith lo estaba mirando como se mira a un niño que come con la boca abierta en la mesa, pero no podía desautorizarlo ya.

—Ah... sí, sí... Eh... hay habitaciones de sobra!

—No lo creo prudente...

—Imprudente será que te vayas a esta hora —dijo Ángela, mirándola fijamente—. Llevas

niños, Ana, y Carlos fue cortés al invitarte.

—Yo me iré a casa de Mateo —dijo Fabián, poniéndose en pie—, al fin que también hay espacio de sobra allí, y está cerca.

—Entonces, no se molestarán si me uno —comentó Arthur poniéndose en pie también. Poco a poco, los invitados fueron despidiéndose y saliendo.

—Dormiremos aquí? —preguntó un somnoliento Sebastián.

—Nos invitaron —susurró Paula.

Carlos sonrió viéndolos subir las escaleras, mientras Judith les indicaba. Pronto Ángela también se fue, y en la sala sólo quedaron Juan José y Carlos.

—Tú no tienes ganas de dormir —comentó Juan José, mirándolo de reojo. Él se encogió de hombros.

—No, no tengo sueño. Y no voy a beber, ni si me lo pides de rodillas —Juan José se echó a reír.

—Ni se me ocurriría, eres muy mal bebedor.

—Sí, ya.

—Gracias por la fiesta.

—Ni lo menciones. Al fin terminó —Ahora, Juan José se rió a carcajadas. Siguieron hablando, como habían aprendido a hacer. Ciertamente, eran más hermanos ahora de lo que nunca fueron en su niñez, o adolescencia.

—No se preocupe por nosotros, señora Judith —decía Ana sonriendo incómoda—. Dormiremos bien en la misma habitación.

—Estás segura? Son cuatro! —Ana sonrió, preguntándose qué diría si le dijera que en el pasado siempre fue así. Que eran tan pobres que llegaron a dormir tres en la misma cama. La habitación que le ofrecían ahora tenía dos camas, lo bastante amplias como para que dos durmieran en cada una.

—Estamos bien, muchas gracias, y perdone las molestias —Judith se alzó de hombros, sin insistir, y le indicó que en el armario había toallas y sábanas. Luego de cumplir con su tarea de anfitriona, salió.

—Mira aquí! —dijo Paula, abriendo uno de los cajones—. Álbumes de fotos!

—Fotos de Carlos y Juanjo? —preguntó Silvia, tomando el álbum de manos de Paula.

—Ay, qué lindos eran! —Sebastián se sentó en su cama mirándolas, considerando si tenía suficiente curiosidad como para salir de la cama. Decidió que tenía más sueño que curiosidad, pues se tiró sobre la almohada y se cobijó sin molestarse en quitarse la ropa. Ana caminó a él y le quitó los zapatos y el cinturón, como solía hacer cuando estaba niño, y sonrió con ternura.

—Todos los niños son lindos —comentó.

—Ah, pero estos dos... yo me los comería. Qué ricura!

—Por qué tiene la señora Judith los álbumes aquí?

—Seguro no tiene dónde más guardarlos —supuso Paula.

—No tenía dónde más? Has visto el tamaño de la casa? Es enorme! Habríamos podido dormir cada uno en una habitación diferente y aun así sobrarían!

—Sí, pero no habría sido nada cortés de nuestra parte —contestó Ana—. Al día siguiente, habrían tenido que cambiar las sábanas de todas esas habitaciones.

—No veo el problema, igual, habrían sido los empleados, no ella, la que las cambiara.

—Dejen de hablar de esa manera —las reprendió Ana—. Recuerden que yo fui una “empleada” hace tiempo. No es nada bonito que se expresen así de uno—. Paula y Silvia se miraron la una a la otra en silencio, y siguieron mirando las fotos. Como Ana no les vio intención de acostarse de una vez, lo hizo ella al lado de Sebastián, dándoles la espalda a sus hermanas y a la luz que tenían encendida.

Sí, ella había sido una empleada de servicio hacía unos años. Había trabajado para los Riveros, los padres de Ángela. Sabía lo que era tener que limpiar una casa luego de una fiesta o una cena como la que acababan de dar Carlos y Judith, sabía lo que significaba tener huéspedes. Sus manos se habían acostumbrado desde hacía mucho tiempo a lavar y fregar vajillas donde una sola pieza valía lo que su semana de trabajo. Desde niña.

Cerró sus ojos cuando a su mente vinieron recuerdos poco gratos, se recordaba a sí misma inclinada sobre un suelo de baño limpiando, recogiendo la suciedad de otro, y teniendo que asumir que era lo más normal del mundo, porque tus jefes también eran humanos, y obviamente también iban al baño. Era invisible para los señores, en la mejor de las ocasiones. La señora Eugenia, la madre de Ángela, era más o menos fácil de complacer, sólo tenía un poco de manía por el orden y la limpieza, Ángela era como otra sirvienta más de sus padres, pero sin la libertad de poder irse cuando finalizara el día, así que ella no daba trabajo. El señor Orlando Riveros, en cambio, era harina de otro costal.

Cerró sus ojos con fuerza. Ni aunque se lavara a sí misma con blanqueador borraría el estigma que había quedado en ella. Soñar con Fabián era de cuento de hadas, ella se sentía que jamás llegaría a ser princesa.

Sintió deseos de llorar.

Había besado a Fabián, y no había sentido nada. Nada de nada, y él se había dado cuenta. Había puesto todo su corazón en ese beso, para al final, tener que desistir.

Él había sonreído cuando el beso que se habían dado acabó, pero era una sonrisa triste, como si él también hubiese esperado más de sí mismo.

—Tal vez... —había dicho ella, poniendo sus dedos sobre su hermoso rostro, y sonriendo a modo de disculpa— tal vez sólo necesitamos un segundo intento —dijo, y lo volvió a besar, pero no hubo fuegos artificiales dentro de su ser, ni las terminaciones nerviosas de su cuerpo se crisparon, ni a su mente vino ningún sonido de violines, u olas, o alas, ni nada de nada.

—Pero me gustas —había insistido, mirándolo a los ojos.

—Y tú me gustas a mí —dijo Fabián—. Pero tal vez sólo estamos destinados a ser amigos.

—Eres un tonto. Fuiste mi primer beso! Tal vez sí...

—De verdad? —exclamó él alzando sus cejas, interrumpiéndola y sonriendo—. Ana... —en su mirada estaba implícito el comentario de “o sea, que también eres virgen”, y ella supo entonces que por más que insistieran en besarse, ella no encontraría la fuerza suficiente para desnudarse ante él y tener sexo... sólo imaginárselo hacía que rechazara toda idea de intimidad... Lamentablemente, no era Fabián.

En cambio, qué fácil había sido ceder ante el abrazo de ese demonio de ojos aguamarina en su sueño, se dijo a sí misma, acostada al lado de su hermano pequeño, y escuchando las exclamaciones de sus hermanas que decían “Oh, mira qué pequeñito!”, y “Uff, qué ojazos”. Había sido prácticamente natural, el aroma de él simplemente la había hipnotizado, su voz, su

respiración...

No empieces, se reprendió. Había descubierto que sólo recordarlo, le hacía desear inmediatamente una ducha. Estaba enferma.

A la mañana siguiente, Ana bajó en puntas de pie, precediendo a sus hermanos, para salir por la puerta principal. Los demás estaban durmiendo, y seguro que era descortés irse sin anunciar, ni agradecer la hospitalidad, pero le urgía escapar de esa casa.

En la sala se encontraron con Carlos dormido en un sofá, aún con la ropa que había llevado en la fiesta de anoche, aunque sin corbata. Él abrió sus ojos, y los miró. La visión de los cuatro, tan parecidos, le hizo parpadear. Se sentó poco a poco y los miró de nuevo fijamente. Eran reales y estaban allí.

—Ya se van? —preguntó, aunque era obvio. Ana lo vio pasarse una mano por el desordenado cabello mientras miraba uno a uno a sus hermanos.

—Eh... sí...

—Mandaré a preparar el desayuno.

—No, no, no, no, no! —exclamó Ana tan rápido, que Carlos se detuvo en su ademán de levantarse—. Si nos vamos es porque no queremos molestar!

—No molestan —insistió él.

—Carlos, ya fue suficientemente malo que nos quedáramos anoche aquí.

—Malo? Por qué?

—Cómo que por qué? —preguntó Ana, perdiendo la paciencia—. Por qué todos se empeñan en ser amables?

—Porque es nuestra naturaleza? O prefieres oír: “me dan lástima tú y tu hermanos, pobrecillos, a lo mejor no tienen desayuno en casa, mejor les ofrezco el mío”?—. Eso era tan impropio de él, que Ana lo miró boquiabierta.

—Estás ebrio?

—No, sólo molesto. Estoy cansado de que rechaces toda muestra de amabilidad, sea mía, o de cualquiera. Sólo estoy siendo educado, y si tú fueras un poco más considerada, aceptarías mi ofrecimiento —Carlos miró a los niños, que los miraban fascinados—. Ustedes tres, a la cocina. Leti les tiene el desayuno, y si no se los tiene, pues que se los prepare.

—Sí, señor —dijeron los tres en coro, y salieron. Ana se fue poniendo roja.

—Tú a mí no me tratas así delante de mis hermanos!

—Siéntate ahí.

—Y no me das órdenes!

—Soy tu jefe.

—Hoy es festivo! No trabajo para ti un veinticinco de diciembre a las ocho de la mañana.

—Me debes varias horas, así que he decidido que hoy trabajas para mí. Siéntate ahí! —exclamó él. Ana hizo caso en el instante.

Cuando la tuvo sentada en el mueble que tenía delante, Carlos cerró sus ojos. Lo había hecho todo en un impulso. Y ahora qué? Respiró profundo.

—Ya... ya sé que me odias, pero como dijiste que no hay nada que pueda hacer que consiga

que me odies más, entonces ya no importa —la miró a los ojos. Los suyos estaban tan claros, que Ana tuvo un flashback de su sueño demasiado nítido. Algo se removió dentro—. Aunque bueno, se me hizo extraño que Fabián no insistiera en llevarte—. Ana frunció el ceño, y entonces sonrió al comprender.

—Nos viste —Carlos hizo una mueca.

—No importa, cierto? De todos modos, soy el último hombre al que voltearías a mirar —Ana se mordió el interior del labio al notar que él recordaba cada palabra suya—. Ah, no, espera —se corrigió él—, ni si fuera el último hombre sobre la tierra—. Sonrió, pero Ana vio que no había alegría en su sonrisa. Él se puso en pie y caminó para subir las escaleras, pero de pronto se detuvo, y sin mirarla, habló—. De todos modos, me alegro... Fabián es un buen tipo...

—No estoy con él —dijo Ana de repente. Carlos se giró a mirarla. Ella respiró profundo, preguntándose por qué había soltado eso, pero ya que lo había dicho, no quedaba más que aclarar—. No estoy con él de modo romántico, quiero decir.

—Por qué? —preguntó Carlos, sintiendo cómo el hueco en su corazón empezaba a cerrarse poco a poco, curándose. Ana no contestó, simplemente negó con la cabeza—. Él nunca te dijo “india”, no? —la mirada de Ana se endureció.

—Ese no es tu problema.

—Ah, noticias frescas —dijo Carlos sonriendo por su propio sarcasmo—. Sólo para que lo sepas, cuando dije eso, luego tardé una hora disculpándome —él dio otros pasos, alejándose más—. Le pedí perdón al mismísimo Dios. Aunque, sabes, no pienso que ser una india sea malo. Eres una india preciosa, después de todo.

Cuando se fue, Ana permaneció sentada en el mismo lugar por otros minutos. De alguna manera, él había conseguido borrar todo el rencor que ella había guardado durante años acerca de ese hecho en particular. Una india preciosa. No pudo evitarlo y sonrió. Le gustaba ser una india preciosa.

A la salida de Texticol, estaba Isabella. Parecía estarla esperando. Ana se detuvo cuando identificó el automóvil, pero como ella ya la había visto, no pudo esconderse.

—Vine para que comamos juntas —sonrió Isabella, y Ana la miró tratando de comprender por qué esta mujer estaba tan interesada en su amistad. Es que no trabajaba, ni estudiaba, ni tenía nada más que hacer?

Se acercó poco a poco a ella, mirando en derredor, casi deseando que alguien la llamara y la librara de tener que comer con ella, pero nadie vino en su auxilio. Ni siquiera Carlos. La verdad, es que desde el día de Navidad, no habían vuelto a hablar... un respiro.

—Hola, Isabella.

—Vaya, sí que estás feliz de verme. Pero no importa, ya se te subirá el humor cuando veas a donde te voy a llevar—. Ana hizo una mueca, pero igual subió al auto y salió con ella—. Cómo te va en el trabajo? —preguntó Isabella.

—Muy bien. Ya pasé el período de prueba, mi contrato es permanente.

—Oh, vaya! —en la actitud de Isabella hubo algo que le llamó la atención, y Ana la miró entrecerrando sus ojos.

—No parece que te alegraras.

—Claro que sí. Me alegro. Sólo que me pregunto qué tan bueno será trabajar para alguien como Carlos. Siempre ha sido un poco cuadrulado —Ana Sonrió. Cuadrulado. Eso describía muy bien a Carlos.

—Sí, lo es—. Isabella no se perdió la sonrisa, y se quedó en silencio hasta que llegaron al restaurante. Cuando ordenaron, Isabella volvió a mirarla, se mordió los labios, arruinando un poco el labial que se había aplicado y dijo:

—Estoy en un dilema. Quisiera preguntarte si averiguaste algo, y si lo hiciste... —Ana alzó ambas cejas, y trató de mantener la postura recta en su silla, pero no pudo evitar poner ambos codos en la mesa y mirarla fijamente.

—Sí, averigüé.

—Y?

—Encontré algunos documentos, y los leí, no entendí a fondo lo que sucedía, y tuve que preguntar.

—Qué hiciste? Eso era confidencial!

—Lo sé, pero la persona a la que le pregunté es de confianza.

—A quién le preguntaste?

—A una amiga. Me explicó por qué la empresa tiene la prenda sobre las tiendas de Jakob. Según lo que me explicó, creo que te conviene que Carlos siga al mando de tus tiendas, si te las devolviera a ti, a tu abuelo, o a tu padre, los bancos los despedazarían.

—No me interesa que me las devuelva, soy consciente de eso.

—Entonces por qué dijiste esa vez que Carlos es un ladrón?

—Vaya, lo estás defendiendo?

—Claro que no.

—Te conté esto a ti porque pensé que tú me entenderías, que lo odiabas al igual que yo.

—No lo odio —y al decirlo, Ana se sorprendió de sí misma. Claro que lo odiaba, a muerte! Llevaba años odiándolo! Pero tuvo que detenerse y analizar.

No, no lo odiaba, al menos, ya no. Por qué? ¿Porque había descubierto que a pesar de ser un hombre que calculaba el valor de su hora de trabajo y la comparaba con la de un empleado, sacaba tiempo un sábado por la tarde para ayudar a un niño en sus clases de matemáticas? ¿O porque era tan bien considerado entre otros hombres de negocios que le confiaban sus empresas para ser salvadas de los bancos? ¿O porque había visto que era capaz de un sentimiento tan fuerte y profundo como el amor? Cualquiera que fuera capaz de amar a otra persona que no era ni parecida a sí misma, ni en estrato ni en educación, y que tal vez en el futuro fuera rechazado o marginado por sus iguales por ello, era digno de admiración. Y algo que ya no dudaba, era que Carlos estaba enamorado de ella. Tal vez estaba siendo demasiado creída al pensar que Carlos lucharía por ella hasta ese punto, tal vez sólo estaba poniendo demasiada fe en un sentimiento del que apenas era consciente, pero en el fondo de su ser, había seguridad. Era amada por él.

Cerró por un momento sus ojos, sintiéndose al fin liberada. Odiar a una persona desgastaba, así que en su lista ya podía borrar a uno. En cambio, Carlos se estaba volviendo alguien digno de su admiración, no por amarla, sino por todos esos comportamientos que había ido descubriendo y que cambiaban por completo el concepto que tenía de él. Carlos no era prepotente, no, era sencillo; Carlos no se imponía, él pedía; Carlos, a pesar de haberse educado en una mansión,

rodeado de lujos, sentía respeto por el trabajo, el esfuerzo, y le daba el valor que merecía.

—No —repitió—, no lo odio. En un tiempo lo odié, pero era porque desconocía muchas cosas de él. En cierta forma, tengo que agradecerte a ti el haberme quitado este peso de encima.

—Qué?

—Deberías hacer lo mismo —sonrió Ana, aunque sin mucha convicción—. Confía un poco en él. A su tiempo, te devolverá las tiendas Jakob.

—Las malditas tiendas no me importan!!! —gritó Isabella, y alrededor todos se giraron a mirarla, Ana pestañeó, un poco sorprendida. Se suponía que aquí la ignorante y pueblerina era ella, pero era la señorita la que estaba haciendo un espectáculo—. Lo odio a él, quiero... quiero...

—Por qué? A mí me parece que lo que pasa es que sí, lo odias, pero al mismo tiempo, lo quieres para ti. Es eso?

—Claro que no!

—Porque si es eso, vamos! Ve y lucha por él, está soltero, tienes opción!

—No mientras siga enamorado de ti!! —le volvió a gritar. Ana la miró fijamente.

—Cómo lo sabes?

—Por qué crees que lo odio? —de los ojos de Isabella salieron lágrimas. Ana le ofreció un pañuelo de papel que traía en su bolso, pero Isabella lo rechazó. Se puso en pie y salió del restaurante. Ana salió detrás, pero no alcanzó a llegar hasta ella, que simplemente subió a su automóvil y salió de allí. Cuando volvió por su bolso, el mesero se acercó para decirle que los alimentos ya estaban siendo preparados. Al parecer, era su obligación pagarlos los consumiera o no. Ana no tenía dinero para eso, y aunque lo tuviera, no era justo privar a sus hermanos de su bienestar por pagar una cuenta en un restaurante de lujo. Qué podía hacer?

Esto era culpa de Carlos, en cierta forma, no?

Tomó su teléfono, y llamó a Ángela. Cuando Ana le pidió el número privado de Carlos, ésta se sorprendió, pero no dijo nada e igualmente se lo dio.

Carlos miraba al anciano que respiraba a través de un tanque de oxígeno. Llevaba los últimos minutos en aquella habitación de hospital visitando a Luis Manuel Manjarrez, el dueño de las tiendas Jakob, pero el hombre no despertaba. Luego de unos minutos vio que sus párpados al fin se movían.

—Eh, eres tú —sonrió el hombre. Llevaba ya mucho tiempo allí; un cáncer lo aquejaba. Iba a morir pronto. Carlos le sonrió y se acercó más.

—Aún es Navidad.

—Ah, sí? Vaya, no me enteré —Carlos frunció el ceño y miró en derredor. Sólo estaba la pequeña planta que él le había enviado varias semanas atrás. No había nada que confirmara la visita de nadie más.

—No han venido a visitarlo su hijo o su nieta?

—Lo harán luego, supongo—. Carlos hizo una mueca, indignado—. No me digas que has venido a decirme... que me devuelves Jakob. O peor, que se lo devuelves al idiota de mi hijo.

—No. Nada de eso.

—Entonces?

—Es sólo... Vine a decirle que a pesar de que lo intenté, y lo volví a considerar tal como lo pidió, no puedo casarme con su nieta —el anciano cerró sus ojos otra vez, y Carlos lo vio tragar

saliva y respirar pausado. Su cáncer lo había consumido totalmente, y ahora, notaba, despedía un olor muy poco grato. Pero no hizo ademán de cubrirse la nariz; este que estaba aquí, era un ser humano de alta calidad.

—Ya veo... entonces no me dejas otra opción.

—Qué.

—Cómprame Jakob—. Carlos sonrió.

—No puedo. No tengo el dinero.

—No vale gran cosa. Puedes negociar con los bancos. Ellos te darán un buen precio, y el resto, dáselo a ese hijo mío para que lo malgaste. Me duele por mi nieta, que quedará desamparada, pero si no te pudiste enamorar de ella, no puedo hacer nada más. Ya hice bastante con conseguirle un buen hombre y ponérselo en los brazos.

—Está seguro? Jakob es el trabajo de toda su vida.

—Estoy seguro. Mejor que quede en las manos de alguien que aprecio, y no que desaparezca... Voy a morir, y no me llevo nada a la tumba, pero hay cientos de personas que aún dependen de mí, y de mi decisión.

—Los empleados —comprendió Carlos. Lo entendía perfectamente. Algunos creían que ser el jefe era gozar de todos los privilegios, pero por el contrario, era llevar la más terrible responsabilidad: cientos de familias, y su bienestar, que dependían de sus decisiones. Eso era algo que su padre, Carlos Soler sénior, no había entendido, y tampoco Antonio Manjarrez, el padre de Isabella. He aquí dos víctimas, sonrió Carlos mirando al hombre.

—Está bien. Haré los trámites para comprar Jakob.

—Te lo agradezco. Por favor, búscame tres psiquiatras.

—Señor? —se alarmó Carlos, pensando en que de repente el viejo había perdido la chaveta. Luis Manuel sonrió.

—Los necesitarás cuando mi hijo intente impugnar mi testamento y las decisiones que estoy tomando ahora. Dirá que estaba senil, enfermo y quién sabe qué más, así que necesitaremos el testimonio de alguien calificado para que diga lo contrario.

—Lo entiendo. Pero, tres?

—Es un número decente. De diferentes universidades, si te es posible.

—Está bien.

—Y dime, a quién tengo que felicitar? —Carlos otra vez lo miró confundido. El anciano cerró de nuevo sus ojos, pero igual siguió hablando con una leve sonrisa en el rostro— Debes estar enamorado ya, un corazón no puede estar vacío mucho tiempo. Quién es? —Carlos sonrió triste.

—No importa, de todos modos, no me corresponde.

—Ah, no pierdas la fe. Los milagros existen.

—No para mí. Todo me ha tocado conseguirlo por mí mismo.

—Entonces lucha—. Carlos quiso decir algo más, pero entonces notó que el anciano se había quedado dormido. Salió de la habitación sonriendo triste. Esperaba que esta no fuera la última vez que lo viera con vida.

Su teléfono sonó en el momento. Era un número desconocido, pero igual tomó la llamada.

—Diga?

—Carlos? —saludó la voz de Ana al otro lado de la línea, y Carlos se detuvo como paralizado por un rayo. Miró su teléfono sin hacer ni decir nada por varios segundos, pasados los

cuales se lo volvió a pegar al oído.

—Ana?

—Sí, soy yo. Te invito a almorzar. Si ya lo hiciste, lo siento, almorzarás dos veces. Aceptas?

Los milagros existen, dijo una voz retumbando en su cabeza, o tal vez lo que retumbaba era su corazón dentro de su pecho por su afán de salir a través de su garganta.

...11...

LLEGÓ al restaurante en menos de nada, y la encontró con los codos apoyados en la mesa, el rostro entre las manos y mirándolo con picardía. Carlos sentía que la sangre no le llegaba a la cabeza. Miró en derredor; era un buen restaurante. Qué rayos estaba pasando aquí?

—Es esto una broma?

—No, claro que no. Siéntate.

—Y por qué sonríes?

—Señor Soler —dijo ella imitando su voz—, aunque no lo parezca, soy capaz de sonreír.

—No a mí —eso la hizo reír.

—Tú pagarás la cuenta.

—Ah —dijo él, sentándose al fin, pero sin dejar de mirarla. La encontraba particularmente hermosa ese día, su risa juguetona y la manera como lo miraba no era ni parecido a como ella solía ser cerca de él. Sabía que reía y que jugaba porque la había visto hacerlo con sus hermanos y amigos, pero él nunca había sido destinatario de este tipo de atenciones.

Ana llamó al mesero, éste se acercó y ella le informó que ya podía traer los platos. Carlos frunció el ceño, entonces ella se explicó:

—Tu ex novia me trajo aquí. Tal vez dije algo que la disgustó, porque salió corriendo. Yo no puedo permitirme pagar esta cuenta, y tampoco puedo quedarme lavando los trastos en compensación ya que tengo que ir a trabajar. Así que decidí que era tu culpa y te hice venir. Fin.

Carlos no había dejado de mirarla ni un momento mientras hablaba. Tan enamorado, tan enamorado. Parpadeó y bajó la mirada. Sospechaba que sus pupilas se habían convertido en dos corazoncitos.

—E... está bien. No es como si hubiese sido tu primera opción, y esto parece más un cobro de responsabilidades, pero está bien—. Ella volvió a sonreír, y era una sonrisa auténtica. El corazón de Carlos se saltó un latido.

—Eres demasiado sumiso.

—No lo soy.

—Sí, yo creo que lo eres. Y ya deja de mirarme así.

—Así cómo.

—No sé. Me pones nerviosa—. Carlos sonrió. Tan feliz, tan feliz... Que alguien le trajera papel y lápiz, tenía un soneto que componer!!!

Cálmate, se dijo. Controla tus impulsos. Además, que ella estuviera de este humor no

significaba nada.

Aclaró su garganta, y volvió a llamar al mesero. Le pidió dos copas del mejor vino que tuviera, y ya que era él quien iba a pagar la cuenta, Ana lo dejó.

—Entonces viniste con Isabella.

—Tuvimos una conversación de chicas. Concluimos que te odia, pero no me dice por qué. Quieres contarme tú? —él se puso visiblemente incómodo.

—Tal vez... tal vez no sea el momento de revelar algo así.

—Vaya, ahora me has dejado intrigada. Tiene que ser algo del tamaño de un elefante.

—Algo así.

—Le fuiste infiel?

—No —contestó él frunciendo el ceño.

—Le pegaste?

—Claro que no!

—Te fuiste sin pagar la cuenta! —Carlos sonrió, sacudiendo su cabeza.

—Ella tiene motivos, créeme eso.

—No, no... si tú admites haber metido la pata, es que es... Dime, qué fue? —Carlos estaba rojo. Ana se dio cuenta de que nunca lo había visto tan sonrojado. Llegó el vino, y él casi vació la copa. Lo vio tomar aire.

—No es algo que un caballero ande diciendo, de todos modos.

—Ah, fue en la cama —eso le produjo tos. Ana estaba disfrutando—. Anda, dime. Recuerda que nada puede hacer que te odie más.

—Sí, eso es un alivio.

—Y entonces? —apuró Ana. Carlos hizo una mueca. Estar aquí y conversar así era casi un sueño. De alguna manera, él siempre había sabido que las cosas entre los dos podían ser así—. Estaban en la cama y...

—Y dije tu nombre. Eso hice—. Ana se quedó pasmada. Su boca se cerró de golpe, y cuando se dio cuenta de que no estaba respirando, parpadeó y buscó el oxígeno. Gracias a Dios por el instinto de supervivencia.

—Eso sí que es una auténtica canallada. Yo te habría matado allí mismo.

—No, la verdad, es que presiento que eso ella me lo perdonó. Lo que no pudo perdonarme es que además al día siguiente yo... terminara la relación.

—Qué? En serio? —Ana frunció el ceño poniendo su cerebro a pensar a toda máquina, recordando cada cosa que ella le dijera en su anterior conversación—. Eso la deja muy mal puesta a ella —dijo al final.

—En qué sentido —preguntó él.

—Bueno, ¿cómo va a perdonarte semejante cosa?, y cuando tú haces lo que se supone que debes hacer, terminar, ella explota? Debió explotar antes! En esa cama, por ejemplo! Ah, claro —dijo de repente Ana, cambiando su tono de voz. Carlos la miró intrigado, pero ella no dijo nada. Aquello era demasiado personal de Isabella, pues intuía que su actual resentimiento en realidad era contra sí misma, primero por no haber podido retener a Carlos, ni aun cuando de eso dependía el futuro de su familia; y segundo, por haberse visto obligada a perdonar la peor ofensa que le podían hacer... para al final quedar con las manos vacías, de todos modos.

Ella, de veras, tenía razones para odiarlo.

Lo sentía por Isabella, profundamente, pero ahora todo tenía sentido, pues sólo se había interesado en saber más de ella cuando escuchó su nombre, pues ya lo había escuchado antes, y de qué manera! Y luego, las cosas que había hecho y le había contado eran en parte para conocerla, tal como había dicho, y en parte para conseguir que ella odiara a Carlos. Sólo que había provocado el efecto contrario.

Miró al hombre que tenía delante, y encontró qué él la miraba a ella. La luz le daba perfectamente, creando una especie de halo a su alrededor, con su cabello oscuro y ojos de color tan fascinante.

Realmente él era guapo. Para dibujarlo. Tenía la misma nariz y estatura de Juan José, pero eran diferentes en todo lo demás. Mientras Juan José era más despreocupado y risueño, Carlos se tomaba todo en serio, y pocas veces hacía una broma.

Tal vez con ella podía bromear si lo pinchaba un poco, pensó.

El mesero trajo los platos, y Carlos miró el suyo alzando sus cejas.

—Pedí esto?

—Lo pidió tu ex. Si no te gusta, bueno, ya sabes qué hacer—. Carlos la miró entrecerrando sus ojos. Isabella era más del tipo light, vegetariano, pocas calorías. Miró el plato de Ana con añoranza, había carne allí. Suspiró resignándose, y tomó los cubiertos.

—Por qué esperaste a que yo llegara para comer? Si lo que te urgía era que pagara la cuenta, no era necesario esperarme.

—Mmmm, haces muchas preguntas. No creas que esto significa algo especial, sólo creí cortés que comieras parte de lo que estabas pagando, y no me gusta comer sola. Eso es todo.

—Ya. Yo detesto comer con la gente que odio, sabes? —ella lo miró con ojos entrecerrados, pero no podía simplemente molestarse, todo lo contrario.

—Te odio, pero no odio tu dinero. En este momento tu billetera me cae muy bien—. Carlos la miró meneando su cabeza.

—Y eso es todo? —dijo—. Que estemos conversando no significa nada?

—Podemos comer en silencio, si te molesta—. Carlos hizo un ruido de exasperación.

Ana lo miraba, y no entendía por qué sonreía por dentro. Tal vez era que descubrir que ya no lo odiaba la ponía de mejor humor, o el ver que con sólo una llamada él se había venido desde algún punto en la ciudad hasta aquí en volandas sólo para verse con ella. Saber que tenía cierto poder sobre el hombre que hasta hacía poco le había parecido incommovible, era... raro.

—Entonces no estabas en un restaurante comiendo? —preguntó ella al cabo de un rato. Carlos negó mirando su plato.

—Estaba en el hospital.

—Estás enfermo?

—No, yo no —contestó él, mirándola y tratando de saber si aquello era preocupación—. Luis Manuel Manjarrez.

—Ah, el de Jakob.

—Has oído de él, por lo que veo.

—Le pregunté a Ángela —Carlos la miró otra vez, atento—. Bueno, Isabella te acusaba de ser un ladrón. Decía que le habías quitado todo, su herencia, y no sé qué más... —se quedó en silencio evaluando si contarle que ella había revisado papeles para verificar las cosas por sí misma. Alzó su mirada a él, y los azules ojos de Carlos estaban clavados en ella.

No, mejor no contarle. No sabía qué tan celoso era él de ese tipo de cosas, y podía contar como una traición. Nunca había visto a Carlos enfadado, y no estaba segura de querer descubrirlo tampoco.

—Si quieres... puedo contarte qué sucedió en verdad.

—De verdad? Acaso no son cosas confidenciales y eso?

—Sabes que me interesa lo que pienses de mí—. Ana lo miró en silencio, dándole así una respuesta, y en los próximos minutos se concentró en acabar su plato, que entre otras cosas, estaba muy bueno.

Cuando ambos terminaron, Carlos pagó la cuenta, tal como se esperaba de él, y salió con ella del restaurante.

—Y tu chofer? —preguntó cuando estuvieron frente al auto, y él le abrió la puerta para que ella entrara.

—Edwin —corrigió él—. Cuando me llamaste, le pedí que me dejara solo—. Carlos cerró la puerta y le dio la vuelta al auto para ponerse frente al volante.

—O sea que hoy es uno de esos días en que te apetece conducir? —preguntó ella cuando él se hubo subido.

—Sólo quería estar a solas contigo—. Ella lo miró de reojo.

—Para qué—. Él guardó silencio, recordando que había prometido que no le volvería a hablar de sus sentimientos, pero caray, qué difícil era eso cuando éstos salían a borbotones por sus poros. Aún se preguntaba cómo era posible que no llegaran a ella y la inundaran.

Ana suspiró audiblemente, teniendo muchas preguntas que hacer, pero sin atreverse. Qué extraño era estar con él sin estarse peleando, o buscando frases hirientes para lanzárselas. Lo miró mientras maniobraba para salir de la zona de parking del restaurante, y admitió lo que Silvia venía diciendo toda la vida: que era guapo.

Fabían también lo era, quizá mucho más, las facciones de su rostro eran mucho más armoniosas, simétricas, y la expresión de calidez en sus ojos definitivamente era atrapante. Pero eso no había ayudado mucho a desarrollar o madurar sus sentimientos. Carlos, en cambio, la afectaba de una manera especial.

Recordó la primera vez que lo vio. Había sido en un hospital, cuando Juan José se accidentó y casi pierde una pierna. Había venido con Ángela desde Trinidad sólo para enterarse de cómo estaba, y se habían encontrado con que su hermano mayor se había encargado de todo, y estaba cuidando de él. Carlos había sido gentil en ese momento, a pesar de que ni Ángela, ni Eloísa, ni ella, eran conocidas.

Luego todo había cambiado. Él se comportaba siempre odioso, la miraba desaprobador, como si le fastidiara su sola existencia. Se preguntaba ahora el porqué de todo eso, siendo que, usando sus propias palabras, llevaba enamorado de ella muchos años.

Iban en silencio, cada uno pensando en mil cosas; por parte de Carlos, *deseando* mil cosas. Deseaba poder contarle todo, todo lo que había hecho, las razones por las que las había hecho... quería revelarle cada detalle, pero ella al parecer no estaba interesada en escuchar. Bueno, no debía esperar demasiado. Hacía unas semanas, ella daba la espalda si lo veía, o salía del lugar para no estar en la misma habitación que él. Hoy ella lo había llamado, para sacarla de un apuro, pero había acudido a él, y eso era un avance como de mil pasos. No quería retroceder ni uno solo.

Vamos despacio, se dijo. Tal vez en otro par de semanas, ella deje de odiarte otro poco.

Cuando se había emborrachado aquella vez, se había propuesto olvidarla; ahora se reía de ese propósito, no solo no la había olvidado, sino que estaba más enamorado que nunca, y ahora, con el pequeño avance que ella había mostrado, casi estaba saltando en un pie.

Hizo una mueca. Nunca se imaginó a sí mismo mendigando atención, pero eso estaba haciendo. Por lo general, era él quien ignoraba los sentimientos de los demás. Cuando sus compañeras empezaban a ponerse exigentes, él simplemente daba por terminada la relación. Siempre había huido de este tipo de cosas, y ahora no solo él estaba envuelto en un sentimiento muy fuerte, sino que quería envolverla a ella también.

Cuán patético debía verse.

Pero no se sentía patético ahora, se sentía feliz teniéndola simplemente al lado. Él era paciente, y tal vez lo único que debía hacer era sembrar... sembrar en el corazón de Ana.

—Cómo están tus hermanos? —preguntó—. No los he visto desde navidad.

—Bien. Felices con tus regalos —Carlos sonrió—. Sebastián en particular, parece idolatrarte. Pienso que un iPad era demasiado, pero ya no puedo separarlo de él—. Carlos la miró entonces, y Ana descubrió que estaba orgulloso de sí mismo.

—Tu hermano es muy inteligente, sabrá apreciar el aparato.

—Cómo sabes que es inteligente? Podría ser terriblemente tonto.

—No lo es. Y si lo fuera, tú no lo dirías de esa manera —Ana se echó a reír.

—Tienes razón. Algún día me contarás por qué lo ayudaste con las tareas de matemáticas? — Carlos la miró sorprendido. Detuvo el auto por un semáforo en rojo.

—Cómo lo supiste?

—La manera como lo saludaste esa vez en el centro comercial fue muy sospechosa, le pregunté, y él me lo contó todo.

—Vaya. Era un secreto.

—Por qué? Te has empeñado en dejarme creer que eres la peor persona del mundo. Por qué? —Carlos guardó silencio por un momento, mordiéndose los labios. Puso de nuevo el auto en marcha, pues el semáforo había cambiado a verde.

—No ha sido así —contestó al fin, en voz baja.

—Pues no hiciste nada por sugerir lo contrario —dijo Ana sintiendo que perdía la paciencia — siempre que me mirabas, era como si desaprobabas todo en mí, mi ropa, mi manera de reírme, de hablar. Si bailaba, te enojabas; si reía, peor. No hacías sino restregarme que no sabía nada de vinos, ni de comportarme en la mesa, y la otra vez de los caracoles... eso fue bajo, sabes? Cómo se te ocurrió poner como plato fuerte caracoles, cuando sabías que yo a duras penas sabía usar los tenedores? Como te digo, siempre fuiste de lo peor.

Carlos no dijo nada por un rato, escuchando sus acusaciones y sintiéndolas como pequeños agujonazos.

—No era así —contestó al fin ante su reclamo—. Nunca desaprobé tu manera de vestir, reír o hablar, todo lo contrario, lo adoraba. Me molestaba cuando bailabas o reías... pero con Fabián; estaba terriblemente celoso. Cuando te veía dudosa acerca de qué vino pedir... yo salía con mis diatribas sólo para darte una idea acerca de qué escoger; la gente es cruel, y si te veían probar un vino sin antes degustarlo como se debía, te marginarían, así que, casualmente, yo soltaba la manera como debía hacerse... Lo de los caracoles... —él se echó a reír— es que no te diste cuenta de que todos hicimos el oso? Juan José hizo volar uno hasta la cara del maître, que lo atrapó como

si fuera una pelota de béisbol, y Eloísa no paraba de reír. Pero todo fue porque Juan José me dijo que era un antojo de Ángela. Ya estaba embarazada. Lo siento.

Ana no dijo nada. Esto era increíble. Visto desde el punto de vista de él, todo era tan... Ahora ella había quedado como la tonta, había dado por supuesto que todas las actitudes de él eran para mortificarla a ella, convirtiéndose a sí misma en el centro de su universo, y eso era más egoísta que cualquier cosa que él le hubiera hecho. Lo miró de nuevo preguntándose cómo se habían visto las cosas desde su punto de vista.

Ni de fundas, se dijo. Él no es la santa paloma.

—La vez del beso —dijo Ana, creyendo haber encontrado algo que él no podría justificar jamás—. Fabián, Juan José y Mateo me dieron un beso en agradecimiento por lo de Carolina. Tú simplemente te negaste—. Carlos se echó a reír.

—Besarte, estás loca? —eso provocó que ella otra vez lo mirara con cuchillos en sus ojos—. Ana, el día que te bese... no va a ser un piquito sobre los labios, como un beso de niños —aquello parecía más una promesa que la exposición de una posibilidad—. Besarte de una manera tan descuidada, tan infantil, y delante de los demás... No, no quise. Y sigo sin querer que sea así—. La miró sonriendo—. Pero si quieres mi beso de agradecimiento por lo de mi sobrina ahora, yo no tengo problema en dártelo.

Ana frunció el ceño y giró la cabeza para mirar por la ventanilla. Él no sabía, pero ella ya tenía pleno conocimiento de cómo eran sus besos, y obviamente, se había imaginado cómo era que él desatara su cinturón de seguridad y se acercara a ella para besarla. El aroma de su perfume, su mirada llena de ese sentimiento que ya casi le era normal notar en él, la suavidad, insistencia y pericia de sus labios sobre los suyos...

Carlos tenía razón. Un besito de niños no sería suficiente. Pero por qué? Por qué de un momento a otro? No quería sus besos, de ninguna manera! Que él se declarara enamorado de ningún modo cambiaba lo que ella sentía por él.

Pero justo hoy lo había llamado para almorzar juntos. Era para que él pagara, pero el resultado había sido el mismo. Él podía tomar esto como un acercamiento de su parte.

Tonta! Se regañó a sí misma. Has traicionando todos tus principios!

Lo miró de nuevo, y esta vez sintió algo muy diferente en su ser. Era raro, pero no incómodo. Era cálido, y en cierta forma... sofocante.

—Estás loco —dijo al fin—. Yo no soy la mujer para ti. Deja de amarme—. Él sonrió.

—Sabes cuántas veces me he dicho esas palabras a mí mismo? Que vengan de ti no hará diferencia alguna.

—Tendrá que hacerlo. No quiero que me ames—. El respiró profundo.

—Yo tampoco quería amarte, Ana —ella se giró a mirarlo, él miraba concentrado la carretera—. Pero entre más me opuse, peor se volvió—. Carlos hizo una mueca, algo que denotaba un dejo de tristeza—. En cambio, cuando al fin lo acepté, me sentí libre. Ya sé que no te hace feliz, lo dijiste esa vez, pero a mí sí me hace feliz amarte.

—Por ahora —rebatía ella—. Pero tarde o temprano despertarás de tu sueño.

—Sí, tal vez sólo sea un sueño —dijo él con voz suave—, pero un sueño que estaré feliz de vivir.

Ana inspiró fuertemente, reconociendo las palabras de su sueño. Él las había dicho: “Un sueño que estoy feliz de vivir”. Sintió que se ahogaba, y el camino hasta Texticol se le empezó a hacer

interminable. Olvidó que él había prometido no volver a hablar del asunto, no volver a declararse. Olvidó que ella debía contestar algo como: no me interesa, o trágate tus sentimientos. Simplemente fue incapaz de pensar con claridad. Sentía miedo, pánico. Ella apenas se estaba haciendo a la idea de que ya no lo odiaba, por qué en todo el mundo tenía que decir él este tipo de cosas? Por qué tenían que provocar esta reacción en ella?

Los ojos se le humedecieron, pero no eran lágrimas motivadas por ningún sentimiento puro, o elevado. Era miedo. Carlos la asustaba.

Cuando al fin llegaron al parqueadero de Texticol, Ana quiso salir disparada, fuera de su alcance, pero tal vez intuyendo lo que estaba pasando en ella, Carlos la alcanzó y le tomó el brazo. Era la primera vez que se tocaban, notó Ana, y en la mirada de él había una súplica.

—Por favor... perdóname. No debí hablar de nuevo de esto, yo...

—Déjame —pidió ella.

—Ana... —él se acercó más, y Ana clavó la mirada en sus labios. Él los apretó, sintiendo impotencia, queriendo poder meter en el corazón de Ana su mano y arrasar con todos esos sentimientos que no iban en su favor.

—Déjame, Carlos. Por favor—. Él la soltó.

Carlos cerró sus ojos, y el deseo de Ana fue calmarlo, poner su mano en su mejilla y quitar lo que fuera que le estaba haciendo daño, pero ese otro impulso terminó por asustarla aún más, y salió de allí prácticamente corriendo.

Carlos se quedó quieto en su lugar. Se pasó una mano por el cabello, mirándola alejarse, reprendiéndose a sí mismo por haber perdido el control. Se había prometido ir despacio, pero lo había echado todo a perder. Ahora, tal vez, sólo había avivado en ella su odio hacia él. Sabía lo incómodo que era cuando alguien que no te interesaba te hablaba de sus sentimientos, y él había hecho exactamente eso.

—Luces terrible, mujer! —Exclamó Eloísa al verla.

Era la fiesta de año nuevo, esta vez, un poco menos formal que la de navidad. En esta ocasión se celebraba en casa de Ángela, y tal vez Carlos no llegara a tiempo de un viaje que había tenido que hacer por negocios, así que no tendría que verlo... o eso esperaba. Judith ya estaba por allí, y como siempre, sólo estaba pendiente de su nieta. Ana a veces veía eso un poco enfermizo.

—Muchas gracias por esas hermosas palabras —rezongó Ana echándole malos ojos a Eloísa. Sus hermanos ya habían entrado, y se estaban apropiando de la fiesta.

Ángela se acercó a ella y también la abrazó. Su panza parecía cada vez más grande, y elevada.

—Estás preciosa —le dijo Ana. Le recordaba mucho a la época en que esperaba a Carolina y ellas vivían juntas y sólo se tenían la una a la otra. Ahora todo era tan diferente.

—Tú también lo estás. Aunque te veo un poco... estás bien?

—Qué bien me conoces.

—Quieres que hablemos? —En el momento, Fabián se les acercó y saludó a Ana. En sus brazos traía a Carolina, que se abrazaba a él con piernas y brazos, como una garrapata, y pronto las dejó para unirse a los que estaban en la sala hablando y riendo. A la distancia, Ana vio a Eloísa sentada en el mismo mueble que Mateo, pero el uno ignoraba al otro olímpicamente.

—Y esos dos qué?

—Lo de siempre —contestó Ángela—. Van a terminar como tú y Carlos—. Ana palideció.

—Qué sabes?

—Yo? Nada. Ven —Ángela la llevó de la mano hasta el segundo piso. Ya arriba, abrió una puerta y ambas entraron. La habitación estaba decorada en azul, una de las paredes tenía pintadas unas letras; decía “Alex”. Ana sonrió.

—Qué te parece?

—Precioso.

—Contratamos un decorador. Juan José está vuelto loco, aunque aún le falta por nacer, ya incluso compró una pelota de fútbol. Está incontrolable —Ana se echó a reír—. Habla con él todo el tiempo —siguió Ángela, con voz soñadora—, le suelta frases en inglés, le canta por las noches cuando se pone inquieto, y Alex se tranquiliza...

—Está feliz —concluyó Ana—. Supongo que es algo que no puede evitar—. Ángela estaba un poco sonrojada.

—No, no puede.

—No sabes cuánto me alegra que seas feliz también.

—Y tú? —preguntó Ángela—. Eres feliz? —Ana la miró con ojos entrecerrados.

—Parece que supieras algo en especial —Ángela se echó a reír.

—Ojalá fuera eso que pienso—. Ana meneó la cabeza dando unos pasos a la vez que admiraba la decoración de la habitación de Alex.

—Hace unos días, hablamos —dijo, y no tuvo necesidad de aclarar con quién—. Es todo tan raro... Es como si me hubiesen cambiado de golpe toda la información que tenía de él. Antes era el ogro, el malo, el odioso, el prepotente... y de repente no, él es bueno, gentil, preocupado, amable y... tan sencillo.

—Pero eso es bueno.

—No lo es! Yo estaba muy cómoda odiándolo—. Ángela se echó a reír.

—Te han sacado de tu zona de confort y eso te asusta.

—Me asusto de mí misma. De lo que soy capaz de hacer... de sentir—. Suspiró mirando por la ventana—. El otro día... recuerdas que te pedí su número?

—Sí.

—Almorzamos juntos... No pensé en nada, simplemente lo llamé, y comimos. No sé qué me está pasando, Ángela. Tengo esta sensación —intentó explicar ella—, como si él quisiera volcar todo sobre mí. Decírmelo todo, contármelo todo. Parece que quisiera tomar mi conciencia y fundirla con la suya. Es una locura, pero es como si... Me hace preguntarme, a ese extremo me ama?

—Ya has aceptado que te ama? Vaya.

—No me cabe la menor duda. Cuando está cerca, es como si flotara hacia mí.

—Qué bonito es tener esa seguridad.

—Es bonito cuando le correspondes, pero al contrario, siento que ahora soy yo la que tiene el poder de hacerle mucho daño, y tampoco quiero eso—. Ángela sonrió.

—Con cada día que pasa sin que tú le correspondas, ya él sufre, Ana. Acuérdate de mí—. Ana la miró fijamente—. Así pasaba yo cada día que creía que Juan José nunca me correspondería. Luchaba por ser la mejor esposa, la mejor mujer, así que el daño y el sufrimiento son inevitables; pero no se puede obligar al otro a que te corresponda, es algo que debe venir solo. Si él es paciente, y sé que lo es, te esperará.

—Esperar a qué?

—A que tú aclares todas tus dudas.

—Dices cosas como si estuvieras segura de que yo algún día...

—Besaste a Fabián, no es así? —interrumpió Ángela.

—Qué tiene que ver eso?

—Lo besaste y no sentiste nada, de no ser así, estarías ahora con él. Te has preguntado qué sucedería si besaras a Carlos?

—Ni lo menciones.

—Tanto te asusta sólo imaginarlo? —Ana guardó silencio. Si ella supiera... —Qué es lo que más te molesta? El tener que admitir luego ante todos que pasaste del odio al amor?

—Del odio al amor? Qué frase más barata! Y no pasaré del odio al amor, no des cosas por sentado.

—Está bien! —Exclamó Ángela molesta por la testarudez de su amiga, y Ana la miró extrañada, Ángela nunca se molestaba—. Nunca lo aceptarás. Nunca le perdonarás su existencia. Es más cómodo para ti así, así que dejemos todo tal como está.

Un auto entró por el jardín, y Ana se asomó por la ventana para ver de quién se trataba. Era Carlos. Había llegado a tiempo para asistir a la fiesta, después de todo

—Tengo una fiesta que atender —dijo Ángela, y salió. Ana siguió mirando hacia afuera y entonces Carlos, como atraído por un imán, alzó la cabeza y la vio. Ella no se escondió, sólo permaneció inmóvil frente a la ventana, hasta que la atención de Carlos fue atraída por alguien más, y dejó de mirarla.

La verdad, es que todo se reducía a un miedo: el de ser arrastrada, el de no tener control sobre sus propios sentimientos, deseos o impulsos. Odiarlo había sido su decisión, y se había sentido segura, en dominio mientras lo hacía; pero ahora ya no lo odiaba y no sabía sobre qué estaba parada. Por otro lado, a su mente llegaban constantemente los recuerdos de aquel sueño, tanto, que a veces terminaba preguntándose qué tan malo podía ser dejarse llevar.

Y cuando llegaba a ese punto, entraba en pánico.

Bajó a la sala, donde estaban los demás. Carlos conversaba animado con su hermano, y ella buscó el lado de Eloísa para charlar.

Sin embargo, y por más que intentaba evitarlo, sus ojos se iban tras él.

Su humor empeoró cuando se dio cuenta de que, de alguna manera, ella siempre había sido muy consciente de él, siempre sabía dónde estaba, sus oídos siempre habían estado alertas a su voz. Antes para esperar el momento en que él la desaprobara, ahora, no sabía por qué.

...12...

LA fiesta se pasó rápida y divertida como todas las que organizaban juntos. Entre todos, habían armado la cena, y traído las bebidas. Ana, Eloísa, y Juan José habían trabajado codo con codo en la cocina, mientras Ángela se dedicaba a cuidar de Carolina y ser mimada. Contaron los segundos hasta que fue el nuevo año, y se abrazaron y se dieron besos.

Carlos la miró sonriendo, como si le estuviese recordando su conversación. Él no le daría un beso sencillo sobre los labios, y menos en público.

Bah, tampoco se lo estaba pidiendo, pensó Ana.

—Feliz año nuevo —le dijo, en un momento en que se quedó sola en la cocina. Ella lo miró a los ojos. Tenía una copa en la mano, y se preguntó si acaso estaba un poco achispado.

—Feliz año nuevo —le contestó un poco cautelosa.

—Se me permite decirte lo hermosa que estás hoy? —ella esquivó su mirada, y se concentró en poner el último aperitivo en la bandeja para llevarla a la sala.

—Si no te lo permitiera, qué harías? —él sonrió.

Ella iba a levantar la bandeja, pero él se lo impidió poniendo su mano encima de ella y empujándola de vuelta a la encimera.

—Qué estás haciendo? —se alarmó ella, pero cuando lo vio con los ojos fuertemente cerrados, se quedó quieta y en silencio.

—Qué me haces tú a mí, Ana? —preguntó él, pero parecía que realmente no estuviera esperando ninguna respuesta.

—Prometiste que no hablarías de nuevo de esto —le recordó ella—, y has roto esa promesa dos veces.

—Todo lo que tiene que ver contigo, rompe mis códigos... qué me hiciste? —ella arrugó su entrecejo, en cierta forma, comprendiéndolo. Lo vio abrir sus ojos aguamarina y dejar la copa sobre la encimera en la que estaba la bandeja mientras la miraba sin parpadear. Estaba tan cerca que Ana pudo sentir su respiración, así que entonces, sin más ni más, como si fuese un acto reflejo, se acercó a él y lo besó.

Sabía a vino, y a miel.

Al principio, él no respondió a su beso, tan sorprendido estaba. Pero entonces sintió sus labios de nuevo buscar los suyos y se rindió, derretido por su toque de mariposa.

Atrapó sus labios suavemente, el inferior primero, y lo succionó con delicadeza, como si cualquier movimiento brusco la fuera a espantar; luego el superior, pero en su interior se estaba

agitando un mar de sensaciones, cada vez más embravecido, y como ella no se alejara, su beso se fue volviendo más exigente. Atrapó su boca, buscó su lengua, y cuando Ana le respondió buscando la suya, quiso bailar la conga, la polka, y la cumbia todo al mismo tiempo.

Alzó sus manos a ella, y con delicadeza, retiró sus cabellos echándolos hacia atrás. Ah, cuánto tiempo había deseado hacer esto! Tanto, que había perdido la cuenta ya de las veces que lo había soñado.

Normalmente, los besos también mueren, pero este no, se iba haciendo más fuerte, más vivo, más exigente. Ana estaba enloqueciendo, sabía dónde pondría él sus manos a continuación, sabía qué sabor tendría el fondo de su boca, qué textura tenía la piel de su espalda, aunque ahora tenía mucha ropa puesta. Sabía algunos de esos detalles que normalmente sólo una amante sabe. Y en comparación al beso de su sueño, este era tan... inocente, y hermoso, y delicado.

Por qué lo estaba besando? Se preguntaba, pero igual, no dejaba de hacerlo.

Carlos bajó sus labios y besó la curva de su mandíbula con tanta delicadeza y exquisitez, que toda su piel pareció despertar, y los lugares más recónditos reaccionaron. Estaba sucediendo lo mismo que en su sueño, y ella sabía a qué conducía esto. Sexo.

Dejó salir un gemido quedo que les puso a ambos la piel de gallina.

Se alejó de él, con la respiración agitada, sexualmente consciente de él, atraída, seducida, y con terribles deseos de entregarse a lo que fuera que iba a suceder. Con él, Carlos y solamente Carlos. Nadie más.

—Qué me haces tú a mí —rebatió Ana, devolviéndole las palabras que antes él le dijo. Los ojos se le humedecieron—. Hasta ayer te odiaba!—. Carlos no dijo nada, sólo la miraba con la respiración agitada, estudiando su rostro, deseando limpiar sus lágrimas, borrar sus miedos. Con un evidente esfuerzo, dio un paso atrás, cuando lo que se notaba era que quería seguir besándola, y todo lo demás.

No dijo nada, como si lo único que tuviera para decirle fuera algo que ella no quería escuchar. Ana puso de nuevo ambas manos sobre la bandeja de aperitivos, pero no fue capaz de moverse. Sólo saber que había sido ella quien iniciara el beso, parecía hundirla en lo más profundo, pero lo que más la aterraba, era comprobar que tal como lo dijera Ángela, con Carlos, el beso había sido totalmente diferente.

—Ana! —la llamó Eloísa entrando a la cocina, y al verlos, quietos y silenciosos, carraspeó—. Pensé que necesitabas ayuda.

—No, estoy bien.

—De todos modos —dijo Eloísa, acercándose y tomando la bandeja—. No te preocupes, arregla tus cosas.

—Qué? —preguntó ella, aturdida.

—Yo repartiré esto —dijo, y salió dejándolos solos de nuevo.

Ana elevó su mirada de nuevo a Carlos. Este la observaba sin mover un solo músculo, como si temiera que sólo pestañear le hiciera salir corriendo asustada, como había sucedido la última vez. Eso le hizo reír. Él estaba acostumbrado un poco ya a sus reacciones odiosas y hasta inmaduras.

—Qué sigue ahora? —él se alzó de hombros.

—Lo que tú decidas, Ana.

—Estás seguro? —él hizo una mueca, tenso.

—Siempre has tenido mi corazón en tus manos.

—Siempre?

—Desde que te vi la primera vez —Ana sacudió su cabeza.

—Eso es absurdo, recuerdas la primera vez?

—Claro que sí. Fue en el hospital, el accidente de Juan José... Limpiabas las lágrimas de Ángela, y la tranquilizabas con tu voz. En cierta manera, esa voz también me tranquilizaba a mí. Y eras bonita, a una manera tan sencilla y primitiva...

—Me estás diciendo india otra vez —él sonrió. Se acercó de nuevo, y elevó su mano lentamente hasta ella, tomando entre sus dedos sus cabellos castaño oscuro, y alejándolos del rostro. Observó su piel trigueña y sus ojos marrones. Con los mismos dedos, tocó la punta de su nariz respingona, tan pequeña y bonita.

—Pero te estoy diciendo que te amo —susurró—. Te amo aun cuando sabía que me odiabas...

Ana cerró sus ojos.

—Yo... no sé qué hacer contigo —Carlos sonrió. Él en cambio, tenía unas cuantas ideas ahora mismo. Aprovechando su descuido, se acercó de nuevo a ella y besó la punta de su nariz. Otra de sus pequeñas e infantiles fantasías satisfecha.

—No te preocupes. Por ahora, es suficiente para mí... —carraspeó y se alejó de nuevo—. Y creo que será mejor que salgamos, se estarán haciendo preguntas—. Ana asintió, y fue la primera en alejarse y encaminarse a la puerta. Cuando estuvo allí, se detuvo para mirarlo.

Era todo tan raro y tan diferente. Dos enemigos naturales besándose en una cocina. El hombre que creyó que la despreciaba, adorándola, desando besarla, tocarla. El hombre que ella más había despreciado, haciéndole sentir cosas que nunca antes sintió. Tuvo deseos de salir corriendo de nuevo, pero entonces se obligó a sí misma a encarar las cosas, a asumirlas. Ella siempre asumía los retos. Cuando su madre los dejó con un padre borracho, que se gastaba todo lo que ganaba en licor, y se dio cuenta de que en sus hombros habían recaído todas las responsabilidades de la casa, lo asumió con tristeza, pero también con valentía. Cuando no fue capaz de aceptar los avances de Orlando Riveros sobre ella, renunció a trabajar en su casa aun sabiendo que podía morir de hambre no sólo ella, sino también sus hermanos; lo hizo con miedo, pero también con determinación. Ahora este hombre, tan diferente, de otra cuna y otra educación le estaba diciendo que la amaba, y era tan cristalino, que ella podía ver hasta el fondo mismo que todo era verdad. Si ella lo aceptaba, esto conduciría a un destino largo y juntos... pero a la vez, alrededor se alzarían guerras de poder y egoísmo.

Sin embargo, en esta ocasión tenía que detenerse a pensar, porque era su corazón el que estaba en juego, y el corazón de él.

Sin decir nada, se giró y salió de la cocina. Ella no lo sabía, pero Carlos había comprendido en esa mirada desnuda que le había dirigido que tenía miedo.

También él, pensó. Pero más miedo le daba una vida sin ella.

-Pasó algo? —le preguntó Ángela cuando la mayoría de los invitados se hubo ido. Ana y sus hermanos, como siempre, se habían quedado, a pesar de que todos le habían ofrecido llevarla. Ahora estaban a solas, Juan José estaba en el piso de abajo, revisando las cerraduras de puertas y ventanas, mientras Ana se instalaba en la habitación que siempre ocupaba cuando se quedaba a

pasar la noche aquí, y que Carlos había usado aquella vez.

—Algo como qué?

—Ana, no te hagas la loca —insistió Ángela—. Tú y Carlos se quedaron solos en la cocina por un buen rato. Hablaron? —Ana dejó salir el aire.

—Sí, hablamos.

—Y? —Ana se sacó la blusa que había usado en la fiesta, quedándose en ropa interior delante de su amiga. Ángela la vio, y casi envidió su cuerpo tan delgado. Ella, por el contrario, estaba como una casa.

—Y... —contestó Ana, casi a regañadientes. Buscó una pijama que siempre dejaba aquí para estas ocasiones, y se la puso—. Y nada.

—Nada? —Ana cerró sus ojos.

—Ángela... ni yo misma sé... lo que hay, no sabría ponerlo en palabras... Pero bueno, algo que sí es claro es que lo besé...

—Espera, espera —la detuvo Ángela elevando sus manos—. Tú lo besaste a él? —Ana volvió a girarse mientras se sacaba el sostén, siempre había dormido sin ellos.

—Sí, yo.

—Oh, Dios! Dios querido! —Ana se sentó en el borde de su cama, con la espalda doblada, olvidando toda compostura.

—No te entusiasmes demasiado. Puede que todo esto quede en nada.

—No importa! Una vez has dado el paso, todo cambia. Espero que para bien! —al verla tan emocionada, Ana sonrió—. Y qué tal?

—Qué tal qué?

—El beso, por supuesto!

—Ah, bueno... —Ana se sonrojó un poco, y miró a otro lado mientras recordaba. Tampoco podía describir el beso. Sólo podía decir que quería probar de nuevo, y no iba a hacer semejante cosa.

—Con esa cara, ya lo adiviné todo —rió Ángela.

—De veras?

—Ohhh, sí —Ángela se sentó a su lado y la abrazó—. Seremos conuñadas.

—Tú sí que vas rápido.

—No me importa. Serás mi hermana legalmente —Ana se echó a reír.

—Ya somos hermanas. Te quiero como tal.

—Y yo a ti, tonta —Ana notó que a su amiga se le habían humedecido los ojos. Definitivamente el embarazo la ponía más emotiva que de costumbre, pero antes de que le pudiera decir nada, Ángela se puso en pie y caminó a la puerta—. Sabía que este día llegaría. Lo sabía muy dentro de mí.

—Me gustaría saber cómo lo hiciste.

—Intuición... La manera como él te miraba y era consciente de ti no era normal.

—Por el contrario, yo pensé que era lo más normal, ya que pensaba que me odiaba.

—Fuiste muy tonta respecto a eso.

—Él no me dio muchas opciones.

—Sí, también es verdad—. Ángela sonrió y agitó su mano—. Descansa, tienes mucho en qué pensar.

—Tú lo has dicho—. Ángela terminó de salir de la habitación y cerró la puerta. Al quedarse sola, Ana se tiró en la cama respirando profundo, y contrario a lo que había pensado, se quedó dormida pronto.

Los días se pasaron, y Ana poco a poco se fue acostumbrando a la nueva situación. Había logrado introducir en su conciencia que Carlos no la odiaba, ni la desaprobaba; que si él la miraba no era buscando defectos para luego burlarse de ellos, sino que tal vez él encontraba placer en sólo observarla.

Eso, absolutamente, era halagador.

Él había mantenido su promesa de no volverle a hablar de sus sentimientos, se estaba acogiendo a la cláusula donde decía que sería ella quien determinara el nuevo rumbo de las cosas, y Ana aún no tenía claro qué hacer. Tal vez estaba siendo tonta, e imaginaba que cualquier mujer en el mundo habría dado lo que fuera por estar en su lugar, pero para ella no era fácil, y no sólo porque hasta hacía poco ella y Carlos habían sido casi enemigos.

Ella no estaba sola en el mundo, introducir a alguien en su vida, era introducirlo también en la vida de sus hermanos. Tenía que pensar por todos... Y además, no quería tener esta sensación, como que si estaba con él, era simplemente porque había cedido, o se había dejado arrastrar; porque había tenido un sueño que le aseguraba que luchara cuanto luchara, ella terminaría por tener una relación íntima con él.

Quería, si iba a estar con un hombre, hacerlo completamente enamorada. Ella tenía que ir hasta él sin ningún tipo de dudas, o miedos. Esa había sido la razón por la que no había continuado con Fabián, y a él lo conocía mejor, y habían sido amigos.

Una noche, finalizando el mes de enero, salió del cuarto de archivos un poco más tarde de lo acostumbrado, pues al día siguiente tendría que empezar con las diligencias del nuevo semestre en su universidad, y era su manera de compensarle el tiempo a la fábrica sin sentirse demasiado culpable. Iba por el pasillo cuando vio luz en la oficina de Carlos, y escuchó voces, como si estuvieran discutiendo.

Picada su curiosidad, se acercó un poco, y entonces distinguió la voz de Isabella.

—De ninguna manera nos vas a hacer esto, Carlos! No te vas a quedar con Jakob! —escuchó que decía ella. Carlos, al parecer, no decía nada. Se acercó un poco más, muy a su pesar, pues no quería ser descubierta y quedar como la curiosa—. Estás tan acostumbrado al poder, que con sucias estrategias has logrado quedarte con algo que querías desde hace mucho tiempo, las tiendas! Eres repugnante! Un vil ladrón!

Por qué Carlos no decía nada? Se preguntó Ana. Si hubiese sido ella, hacía rato que le habría dicho un par de cosas. Había creído que Carlos era alguien que no se dejaba de nadie, pero al parecer, era más paciente de lo que se había imaginado. Se asomó un poco por la puerta abierta, y vio a Isabella inclinada sobre el enorme escritorio de Carlos mientras soltaba insultos uno tras otro. Carlos la miraba como si en verdad ella no estuviese allí, como si sólo estuviese viendo la televisión.

—No sólo me humillaste y humillaste a mi familia, sino que también me vas a quitar mi herencia? Nunca imaginé que fueras tan ruin!—. Algo se movió en el interior de Ana cuando vio

que Carlos cerraba sus ojos, y se acercó un poco más—. Por eso te juro que no voy a descansar hasta verte en la misma situación que nosotros. Ojalá puedas saber lo que se siente perderlo todo! —Carlos sabía lo que se sentía perderlo todo, pensó Ana. Él había tenido que levantar Texticol del mismo polvo. Y entonces entendió por qué él no se defendía; el padre de Isabella había sido un idiota al hacer una mala inversión tras otra y poner en peligro su empresa, tal como lo había hecho el padre de Carlos. Él no decía nada porque se trataba del papá de otra persona, Isabella, para quien, seguramente, le era un ídolo. Decirle la verdad equivalía a hablarle mal de su padre, deshonrarlo, dejarlo en vergüenza, y eso le hacía ser considerado. Él, de alguna manera, asociaba lo que había hecho el padre de Isabella con lo que había hecho el suyo, y presentía que ella se sentiría defraudada, tal como, seguramente, se había sentido él. Tal vez por eso era que había aceptado ayudar a salvar Jakob.

Ana no era tan buena, nunca lo había sido, así que traspasó la puerta y carraspeó, llamando la atención de ambos. Al verla, Isabella se puso roja.

—Tú? Qué haces aquí?

—Aquí trabajo, lo olvidabas? Te escuché hablar y quise saber qué pasaba.

—Qué haces escuchando las conversaciones ajenas?

—Conversación? Esto parecía más bien un monólogo.

—Ana... —empezó a decir Carlos, pero ella levantó una mano y él quedó en silencio.

—Yo pensé que tú estabas al corriente de lo que en verdad había sucedido con las tiendas Jakob —dijo Ana, alzando una ceja.

—No, Ana. Eso no importa ahora —volvió a hablar Carlos, poniéndose en pie. Isabella se cruzó de brazos y la miró sonriendo.

—Lo que suceda con mis tiendas no es tu problema —le dijo.

—Oh, pero lo fue cuando buscaste mi amistad y me contaste ese montón de cosas. No lo es ahora, qué curioso—. Carlos miró a una y a otra sin poder creérselo. Estaba presenciando una pelea entre mujeres (o estaba a punto, no lo sabía)—. Incluso me pediste que mirara material confidencial para que te creyera.

—Qué? —preguntó Carlos, sorprendido.

—Ah, sí, Carlos —confirmó Ana—. No estaba segura de contártelo, ya que eso es abuso de confianza y no sé qué más; pero es verdad, Isabella me contó que habías enredado a su padre y te habías adueñado ilícitamente de Jakob; incluso me instó a que mirara papeles, que algo debía encontrar. Yo lo hice, tengo que admitirlo.

—Por qué?

—Porque en esa época te odiaba —contestó Ana, llanamente y sin quitarle la mirada a Isabella—, estaba dispuesta a creer cualquier infamia que dijeran de ti. Busqué y encontré que de verdad eras dueño de Jakob y que el precio que habías pagado era irrisoriamente bajo, y otras cosas que realmente no entendí porque ya sabes, apenas estoy estudiando. Pero algo con lo que Isabella no contaba, es que soy amiga de los socios de Texticol—. Ana vio a Isabella fruncir el ceño, como si eso no se lo hubiese esperado—. Pregunté aquí y allí —siguió Ana— y me di cuenta de que había una razón por la que Carlos tenía en sus manos tus tiendas de ropa. Quieres saber?

—Hay una razón por la que es mejor que Isabella crea que soy un ladrón, Ana.

—Sí, pero eso te está amargando la existencia, amarguémosela un poquito a ella también.

—No, Ana...

—Tu padre es un tarado —Carlos dejó salir el aire entre dientes.

—Disculpa? —preguntó Isabella con voz estridente. Ana vio cómo alzaba tanto las cejas que estas casi se perdían en el nacimiento de su cabello. Casi quiso reír.

—Es un tarado! —repitió ella—. No te lo dijeron para que no pensaras mal de tu papaíto, pero es el peor negociante del mundo. Tu abuelo le dejó una empresa en alza, con prestigio, y en menos de un año, lo acabó todo.

—Eso no es cierto! Este hombre ayudó a que las ventas bajaran, hizo algo, y luego apareció como el salvador...

—La verdad es que Jakob le debía a Texticol una fuerte cantidad de dinero por mercancía que jamás fue pagada. Pero no era al único al que le debían, también a los bancos. Sabes lo que hacen los bancos con una empresa cuando la embargan? La rematan, la despedazan, y los pobres empleados quedan en la calle. Fue tu abuelo quien buscó a Carlos, y puso todo a su nombre para evitar que el desastre ocurriera. No fue iniciativa de Carlos.

—Eso no es cierto! Y mi abuelo jamás haría eso! Él ya se había retirado del mundo de los negocios!

—Estás segura?

—Es mi herencia! Por qué se la daría a otro voluntariamente? A menos que él lo haya coaccionado, y eso fue lo que seguramente hizo!

—Está bien, te voy a hacer la misma sugerencia que tú me hiciste a mí: busca, investiga. Mira por qué Jakob cayó en la ruina, y entenderás—. Miró a Carlos, pero éste le daba la espalda, mirando a través del ventanal. Sintió un poco de inseguridad ahora, pero simplemente no le parecía justo que Carlos siguiera pagando todos los platos rotos—. Lo curioso es que tú hubieses estado dispuesta a casarte con un hombre al que considerabas un ladrón —siguió, mirando de nuevo a Isabella—. Cuando te diste cuenta de que no tenía intención de casarse contigo, fue cuando lo consideraste lo peor, no es cierto? Mientras tuviste la posibilidad de convertirte en la señora Soler le perdonaste lo más bajo que se le puede hacer a una mujer, según tú.

—Ese no es tu problema.

—Tú lo volviste mi problema cuando me buscaste para que fuéramos amiguitas. Yo estaba al margen de todo, lo recuerdas? Así que siento mucho bajarte de esa nubecita rosa en la que has estado, pero tu padre lo perdió todo, y tu abuelo, en un acto desesperado por recuperar lo poco o nada que quedaba, buscó la ayuda de Carlos.

Isabella se giró a Carlos, esperando que dijera algo. Cuando él no dijo nada, se volvió de nuevo a Ana.

—No me puedo creer ahora que lo estés defendiendo, luego de todas esas cosas que dijiste de él—. Ana vio a Carlos mover ligeramente la cabeza, como si lo que Isabella había dicho le llamara particularmente la atención. Ana entrecerró sus ojos molesta; era increíble la manera como manipulaba las cosas para poner a unos en contra de otros—. Ustedes dos están confabulados —siguió Isabella—. No te creo nada de lo que has dicho.

—Está bien, como quieras. Pero ya sabes, siempre puedes ir a la fuente, e investigar—. Ella miró de nuevo a Carlos, pero él estaba como una estatua. Sin agregar nada más, Isabella tomó su bolso y salió de la oficina.

Hubo un silencio que apenas fue interrumpido por los pasos de Isabella mientras se alejaba

por el pasillo. Ana miró a Carlos largo rato, esperando a que dijera algo. Tal vez había metido la pata, pero simplemente no soportó a Isabella acusando a diestra y siniestra, y aún tenía que explicar lo que había hecho.

Tal vez le llamaran la atención. Como jefe, él incluso podía hacerle un memorando por haberse metido en donde no la habían llamado, por haber admitido revisar papeles confidenciales, y otras cosas más que podían sumarse hasta causar su despido.

Entonces sí se sintió nerviosa. No quería perder su empleo, ya no. La verdad es que estaba muy satisfecha trabajando en Texticol, y el principal pero que antes había puesto para negarse a trabajar aquí había dejado de existir: su odio por el jefe.

Tomó aire y esperó silenciosamente la sentencia de Carlos. Fuera lo que fuera que él hubiese decidido, ella tendría que acatar.

...13...

-HAY una poderosa razón por la que no le habíamos dicho a Isabella la verdad —susurró Carlos, aun sin girarse a mirarla. Ana se preguntó si estaba tan enojado que no podía hablar más alto. Nunca lo había visto enfadado, no sabía cómo eran sus reacciones.

Bah, se dijo. Si está enojado, terminémoslo de enojar.

—Estás en una misión de salvar a los Manjarrez aun a costa de ti mismo?

—No se trata de eso.

—Ah! —exclamó—. Todavía piensas que su padre no merece que su hija sepa lo estúpido que fue? Los padres son estúpidos muchas veces, y a los hijos no nos toca más que asumirlo—. Carlos se giró a mirarla al fin, con su ceño fruncido en una clara muestra de que estaba confundido.

—De qué estás hablando?

—No fue tu padre también otro estúpido? No destruyó todo un imperio, y luego te tocó a ti levantarlo? No querías proteger a Isabella de sentir lo que tú sentiste? —él la miró apretando levemente la mandíbula, incapaz de articular palabras—. Lo siento, cariño —le dijo ella, sonriendo sin humor—, hay cosas de las que no podemos protegernos toda la vida.

—Eres tú otra víctima de padres estúpidos? —puyó él, aunque en su oído aún resonaba el “cariño”.

—Oh, no tienes la menor idea.

—Entonces es eso? Como tú tuviste la fuerza y la valentía para encararlo, crees que el resto del mundo debe tenerla también? —Ella hizo una mueca, y el corazón de Carlos dolió un poco.

—Sólo pienso que tratando de protegerla, te estás haciendo daño a ti mismo —dijo en voz baja—. Sientes culpa por el daño que le hiciste, pero no fue tu responsabilidad, fue de su padre. Tú eres otra víctima. Pero, qué importa? Si quieres mi carta de renuncia, mañana la tendrás en tu escritorio—. Ana se dio la media vuelta y salió de la oficina, pero él logró alcanzarla en el pasillo y le tomó el brazo—. Qué pasa? —preguntó ella, con voz cansada.

—Por qué vas a renunciar?

—No es eso lo que quieres que haga? Rompí unos cuantos códigos hoy, no?

—Romper códigos es tu especialidad, Ana. Y no te he pedido que renuncies.

—Ah, no? Por qué?

—No es obvio? Qué voy a hacer sin ti por ahí cerca? —eso le hizo reír.

—Entonces no estás molesto conmigo? —El corazón de Carlos se apretó un poco más. Era como si ella hubiese estado preocupada por eso. Apretó sus labios pensando en que en un

principio sí le había molestado un poco que alguien viniera y se metiera en un asunto como este; era trabajo, y era algo intocable para él. Pero luego, al escucharla defenderlo, se sintió tan sorprendido y halagado, que no pudo más que imaginar que el odio que Ana había sentido hacia él alguna vez había desaparecido al fin. Al fin!

El que ella hubiese husmeado alrededor de asuntos confidenciales en realidad estaba mal, pero se trataba de Ana buscando razones que lo eximían de las acusaciones de ladrón, ruin y rastrero. Imaginársela queriendo saber si eso era verdad aun cuando ya había decidido odiarlo para siempre, le hizo entender que Ana en realidad era más buena de lo que ella misma admitía. Odiaba odiar a la gente, y si lo hacía, era porque éstos no le dejaban más opciones.

Estaba feliz de haber sido borrado de su lista de gente odiada.

—Oh, tal vez me molesté un poco al principio —contestó él con una media sonrisa—, pero ser mala y heroica, y metomentodo, es parte de esa personalidad tuya de la que estoy locamente enamorado—. Ana rió un poco más fuerte.

—Estás loco.

—Esas no son noticias —sin poder evitarlo, Carlos retiró un mechón de cabello con su otra mano—. Sólo no hagas más lo que hiciste hoy —dijo más serio.

—Hice tantas cosas hoy que no sé a qué te refieres exactamente—él sonrió, y ella lo miró a los ojos, tan claros, tan raros. No había conocido a otra persona con ojos así. En la casa de los Soler había visto fotografías del padre de Juan José y Carlos, y era verdad lo que decían, Carlos era idéntico a su padre físicamente, pero al parecer, era muy distinto en la personalidad.

—Qué voy a hacer contigo, Ana? —murmuró él aún sonriendo.

—Si lo dices por lo de Isabella, diles que fui yo —él arrugó un poco su frente, desubicado. No se había referido a eso, pero igual, le siguió la corriente

—A los Manjarrez? Eso no les va a importar.

—Diles quién soy yo.

—Y quién eres tú?

—La mujer por la que dejaste a Isabella—. Él sonrió de medio lado y se acercó un poco más a ella.

—Estás muy segura con respecto a eso.

—Entonces no es verdad? —la sonrisa de Carlos se borró.

—Diablos, sí.

—No tienes que encararlo todo solo, Carlos. Reparte responsabilidades. Yo estoy dispuesta a asumir la mía—. Él apretó un poco más su brazo, aunque sin llegar a hacerle daño. Ella estaba enviando señales confusas, en un momento era totalmente indiferente, lo ignoraba cuando pasaba por su lado, hacía como que no lo veía, y al otro, estaba defendiéndolo como un soldado con su lanza en ristre.

Quería besarla. Aquí y ahora, quería besarla. Sólo la había besado una vez, pero en esos días en que ella fue indiferente la extrañó demasiado. Antes de todo, ella nunca lo había ignorado, siempre tenía una palabra, o una mirada aunque fuera odiosa, para él, pero no, Ana pasaba de él y el corazón había estado doliéndole por eso, doliendo de miedo, pues, ¿y si ella había decidido que no quería tenerlo cerca y se marchaba? ¿Y si ese beso no había significado nada para ella?

Pero al fin su suplicio había terminado; Ana había entrado a su oficina y se había puesto de su lado en un asunto que era bastante complicado. Nadie había hecho algo así por él nunca. Nadie lo

había aconsejado ni defendido así.

La soltó respirando profundo, y dio un par de pasos atrás.

—Sales un poco tarde —le dijo mirando su reloj y cambiando de tema. Ana dejó salir el aire; por un momento casi había esperado que él la besara. Lo cual era preocupante; qué habría hecho ella entonces?

—Mañana estaré ausente gran parte del día, así que quise compensar un poco hoy.

—Nunca podrás compensar, eso lo tenemos asumido. Si no controlas tu horario, el trabajo te tragará—. Ana sonrió un poco sarcástica.

—Lo dices tú, que eres el primero en llegar, y el último en irte —él la miró de reojo.

—Cómo sabes eso? Pensé que no te enterabas de mis movimientos—. Ana hizo una mueca, dándose cuenta de su paso en falso—. De todos modos —siguió Carlos—, yo no tengo hermanos que me esperen en casa, así que si me quedo unos minutos más, no importa. En tu caso, no es así—. Ana se giró a mirarlo. Tal vez él tenía razón, debía cuidar su horario. El trabajo no podía convertirse en su vida, aunque dependiera de él en muchos aspectos. Por otro lado, era un poco triste que nadie lo esperara a él en casa.

Él volvió a mirar su reloj.

—Me permites que te acerque a tu casa? A esta hora no es bueno que vayas sola por ahí—. Ella se alzó de hombros, y lo vio ir rápido a su oficina, y al momento, regresar con su abrigo y su portafolio. Era como si temiera que al volver ella ya no estuviera por allí. Eso le hizo sonreír.

—Haces que Edwin te espere hasta esta hora? —le preguntó mientras avanzaban.

—Me vas a censurar por eso?

—Tal vez —contestó ella con una media sonrisa. Discutir con él se estaba volviendo un hábito agradable.

Caminaron juntos por el pasillo, y Carlos hizo gala de su buena educación: llamó el ascensor, le dio el paso para que entrara ella primero, y pulsó el botón del lobby. Hicieron el camino en silencio, pero Ana no dejaba de pensar en lo diferentes que eran las cosas ahora. Había tantos aspectos de él que ella desconocía y que ahora le eran tan obvios, que se asombró de lo ciega que había estado antes.

Carlos tenía casi los mismos ademanes que Juan José; galantes y caballerosos todo el tiempo. Era la educación que habían recibido.

El ascensor se abrió y ambos salieron, caminando hacia la salida. Carlos saludó al hombre de seguridad mientras atravesaban la puerta.

—Y Judith?

—Está bien, gracias —ella se echó a reír.

—No te preguntaba por su salud... imagino que está bien... Quiero decir, ella no te espera en casa? —Carlos suspiró. En la acera, ambos vieron a Edwin salir del auto y abrirle la puerta a Carlos.

—Tal vez está acostumbrada a este ritmo de vida —respondió él—. Cuando yo llego, ella ha cenado ya—. Se encogió de hombros—. Siempre ha sido así.

—Estás haciendo todo esto para producirme lástima y para que te invite a cenar en mi casa? —él la miró sorprendido, y Ana se dio cuenta de que no había sido así.

—No, pero si me estás invitando digo que sí; encantado—. Ana resopló, evitando reír.

—Eres terrible.

—Yo? Por qué?

—No te das cuenta de nada—. Él permaneció en silencio, y, sorprendido, la vio saludar a Edwin—. Creo que te vas a tener que ir a casa ya —escuchó que le decía—. El jefe se viene conmigo.

—Oh, bueno... —Edwin miró a Carlos como pidiendo su aprobación, pero este miraba a Ana sin prestarle atención a nada más—. Las llaves ya están puestas —dijo Edwin a Carlos—. Nos vemos mañana, supongo.

Carlos apenas fue consciente de que Edwin le hablaba y se iba. Con el corazón palpitante, entró al auto y dejó el portafolio y el abrigo en el asiento de atrás. Ana ya estaba muy instalada en el asiento del copiloto y se abrochaba el cinturón de seguridad. No entendía por qué ella estaba haciendo esto, o qué significado tenía. En el pasado, ella se habría negado a entrar en el ascensor con él; habría preferido las escaleras. Y ahora, no sólo entraba a su oficina y lo defendía ante su ex novia, sino que conversaba con él, se subía en su auto, y lo invitaba a su casa a cenar.

—Tienes que encenderlo —dijo Ana, y él se giró a mirarla, confundido—. El auto, tienes que encenderlo y ponerlo en marcha. Así nunca llegaremos.

—Ah, perdón —Ana soltó una risita, pero él no dijo nada. Simplemente hizo caso y salieron de la zona.

Ana miraba por la ventanilla. Ya no le sorprendían tanto estos impulsos, sólo le divertían las reacciones de él, siempre era como si no se esperase nada, y luego aceptaba todo, encantado como un niño. Giró su mirada a él, que estaba concentrado en la tarea de conducir. En muchos aspectos, él era como un niño. Ahora quería saber más cosas de él, de su vida, de su infancia. De qué manera lo habían educado como para llegar al punto de soportar insultos con tal de no dejar mal parado a un padre ante su hija? Y a ciencia cierta, cómo había sido la relación entre él y su hermano Juan José?

Hizo una mueca. Si ella llegaba a preguntar, estaba segura de que él le contaría todo lo que quisiera saber, pero no había duda de que luego ella tendría que hacer lo mismo, y su infancia y su adolescencia no eran muy bonitas de mostrar. Se recostó en el asiento y cerró sus ojos.

—Estás muy cansada —comentó él.

—En parte —él no dijo nada, pero se la quedó mirando, como esperando a que ella continuara—. Tal vez sólo quiero llevarte a mi casa para que te asustes y salgas corriendo—. Él sonrió.

—Acepto el reto.

—No te estoy retando; estoy señalando una realidad. Mi vida, mis costumbres, mi manera de ver la vida, y por ende, la de mis hermanos, es muy diferente de la tuya.

—Eso siempre lo he sabido.

—Pero no lo has experimentado de primera mano.

—De acuerdo. Si no salgo corriendo, qué me darás? —Ana hizo rodar sus ojos, un poco exasperada. Lo miró de nuevo, y se dio cuenta de que él aún sonreía.

Si él, aun sabiéndolo todo acerca de ella, su pasado, sus secretos, y todo lo que había que saber de ella seguía amándola como lo hacía ahora, se merecería el cielo...

—Está bien, te daré lo que me pidas.

—Yay! —exclamó él, y Ana sonrió. Se guardó decirle que ella decidiría cuándo él había superado la prueba.

Silvia abrió la puerta, y casi se le cae la mandíbula al piso cuando vio a Carlos.

—Nos dejas pasar? —pidió Ana, con voz irritada. Silvia pareció reaccionar y los dejó entrar.

—Carlos? —preguntó Paula cuando lo vio, también con la boca abierta. Él le sonrió.

—Hola. Tu hermana me invitó a cenar aquí hoy —saludó él. Ana lo miró un poco sorprendida. No esperaba que se comportara de esta manera; con tanta soltura y confianza. Pero claro, él siempre había tratado bien a sus hermanos en las reuniones familiares. Era con ella que las cosas siempre habían sido distintas.

—Qué? Por qué? —preguntó Silvia aún desde la puerta.

—Silvia, no seas tan maleducada —la reprendió Ana. Ante la pregunta, Carlos se encogió de hombros.

—Hace unos días le di una poción para que dejara de odiarme, creo que surtió efecto.

—Eso lo explicaría todo —comentó Paula sacudiendo su cabeza—. Has leído Harry Potter? —le preguntó. Ana hizo salir un gesto. Haber leído Harry Potter era algo así como el pase de abordaje a su círculo de amigos. Carlos entrecerró sus ojos.

—No, pero vi las películas.

—Yo te presto los libros. No puedes ser mi amigo y un muggle al tiempo—. Sebastián bajaba por las escaleras atraído por todo el ruido en el vestíbulo; se quedó a mitad de camino cuando vio a Carlos. Al contrario que sus hermanas, él no pareció sorprendido. Corrió a él como si fuera a abrazarlo, pero en último minuto, se lo pensó mejor y sólo le tendió la mano.

—Gracias por el iPad, otra vez —le dijo. Carlos puso la mano sobre su cabello, alborotándolo.

—De nada. Espero que le estés dando buen uso.

—Ana apaga el internet después de las diez. Dice que un aparato de esos con acceso a la red es peligroso.

—No había pensado en eso —admitió Carlos—. Debes tener mucho cuidado con lo que ves y lees.

—Ella cree que voy a ver pornografía.

—Sebastián! Sólo tienes once!

—Y qué? Mis amigos ya ven pornografía.

—Espero que tú no! —Sebastián miró a Carlos, como esperando a que él dijera algo, pero Carlos sólo apretaba sus labios, tal vez un poco incómodo por haberse visto envuelto en una conversación tan familiar y privada. Ana lo vio inclinarse y decirle algo al oído de Sebastián. El niño simplemente asintió muy serio. Luego le preguntaría qué.

—Pero sigue y ponte cómodo —pidió Silvia, haciendo de anfitriona y salvando el día. Paula, solícita, le quitó el abrigo, y Silvia lo condujo por la sala, aunque él ya la conocía, pues había venido varias veces aquí cuando su hermano y Ángela aún no se habían casado y ella vivía con Ana y sus hermanos.

—Te va a encantar la cena —dijo Paula, con voz muy adulta mientras Carlos tomaba asiento—. Hoy cocinó Silvia.

—Silvia? —preguntó Carlos—. Sabes cocinar?

—Claro que sí —contestó ella camino de la cocina—. Acaso cuántos años crees que tengo?

—No lo sé. A qué edad deben aprender a cocinar las señoritas? —inquirió él mirando a Ana, que se deshacía del bolso y del abrigo sin mirarlo.

—Según algunas sociedades, no deberían ni asomarse a la cocina. Mis hermanas aprendieron porque no hay de otra. Y lo hacen bien.

—También tú cocinas? —preguntó Carlos mirando a Paula, más sorprendido aún.

—Aprendí en cuanto alcancé la estufa.

—Oh.

—Paula, podrías ayudarme? —llamó Silvia desde la cocina. Paula se puso en pie y salió. Ana permanecía en pie, observando a Carlos sentado en su sofá, con Sebastián al lado y mirándolo como si fuera un objeto nuevo.

—Y? —le preguntó—. Ya tienes ganas de salir corriendo? —Carlos sonrió.

—Estás loca?

—Mi casa es algo así como un circo. Siempre ha sido así.

—Mi casa, por el contrario, siempre ha sido algo así como un cementerio. Déjame disfrutar esto.

—Un cementerio? —preguntó Sebastián horrorizado—. Tu casa es enorme! Y tiene de todo! Me tardé muchísimo en verla toda cuando estuvimos allá. No es un cementerio!

—Me refiero a que es muy silenciosa.

—Ah...

—Sebastián, no seas impertinente. Y cómo es eso de que te recorriste toda la casa? No creo que a Judith le guste saber eso.

—Yo habría hecho lo mismo —contestó Carlos.

—Tú vas a malcriar a Sebastián —se quejó Ana haciendo ademán de salir de la sala.

—Para dónde vas?

—A cambiarme de ropa —y sin agregar más, desapareció por las escaleras. Sebastián quedó solo entonces con Carlos, y lo miraba esperando.

—Vas a decirme algo que sólo los hombres deberíamos escuchar? —preguntó el niño, casi ansioso de ser regañado por Carlos. Él se echó a reír.

—No te voy a decir nada nuevo, seguramente. En el colegio todo el tiempo están hablando y advirtiendo acerca de eso. Aunque ahora debe ser peor, pues está en todas partes, y es muy fácil verlo.

—Mis compañeros dicen que eso te enseña a ser un hombre—. Carlos hizo una mueca.

—Sí, ellos dirán eso, y mil cosas más, para hacerte sentir inferior por no querer ver. Pero la única manera de aprender a ser un hombre es creciendo, viviendo, y a veces, sufriendo un poco. Ver cómo dos personas se desnudan y copulan no te hace hombre; sobre todo, si les han pagado para que lo hagan, y haya otras veinte personas atrás, con cámaras y luces, observando todo.

—Qué asqueroso —exclamó Sebastián.

—Además, y sin temor a equivocarme, estoy seguro de que esos compañeritos tuyos que lo ven, no respetan a las niñas del salón.

—Pues, la verdad es que no... Aunque ellas tampoco son muy amables.

—Eso es porque ellos han llenado su mente de eso, y terminan comportándose así; como un aficionado de fútbol... de qué otra cosa va a hablar, sino de fútbol? Así pasa con esto. Además, una mujer es capaz de saber cuándo un hombre la mira de manera desagradable. Ellas tienen eso que se llama sexto sentido.

—Dímelo a mí, tengo tres hermanas mayores!

—Pobre de ti —se rió Carlos, compadeciéndolo—. Sin embargo, tengo que decirte que el sexo es bonito, es sólo que es mejor si es en privado, responsable, y tomando todas las precauciones posibles. Y si lo haces con la persona que quieres...

—De verdad?

—Oh, créeme. Pero me temo que voy a ser un odioso adulto, como todos, y te diré que ya llegará para ti el momento de experimentarlo.

—No tengo tantas ansias, pensar en besar a una de las niñas del salón... puaj! —Carlos se echó a reír. Sebastián aún estaba en la edad en que el contacto físico con el sexo opuesto le parecía no sólo innecesario, sino asqueroso. Pero estaba creciendo, y pronto cambiaría de opinión, y sospechaba que Ana, por más que se esforzara, no podría contenerlo todo. Sebastián estaba necesitando urgente una figura masculina en su vida. Puso una mano sobre su cabeza, y le habló en voz baja.

—Te lo digo yo, llegará el momento en que sentirás que los calzones se te caen.

—Eso sientes tú por Ana? —Carlos hizo una mueca al verse al descubierto.

—Todo el tiempo —admitió.

—Y aun así... te gusta? —Carlos sonrió.

—Me gusta mucho.

—Entonces tú nunca viste porno?

—Sebastián, qué clase de pregunta es esa? —preguntó Ana, entrando de nuevo con una sudadera y en sandalias ultra cómodas. Carlos estaba sonrojado, advirtió Ana. Tal vez lo había salvado de tener que responder.

—Estábamos teniendo una charla de hombres! —se quejó Sebastián.

—Qué bueno. Pero no hagas preguntas tan privadas.

—Sebas, nos ayudas, por favor? —pidió Silvia desde la cocina.

—A hacer qué?

—A lo que sea. Ven—. Sin muchas ganas, Sebastián se levantó. Ana y Carlos se quedaron solos.

—Que no se note mucho que mis hermanas están haciendo de Celestinas—. Carlos se echó a reír.

—Sólo quieren lo mejor para ti.

—Oh, sí. Qué humilde de tu parte decir eso—. Él sonrió—. Gracias por lo que haces por mi hermano.

—Cuando quieras.

—Está en una edad complicada...

—Y se pondrá peor.

—No me asustes—. Carlos se puso en pie, para sentarse al lado de ella. Ana lo miraba de hito en hito—. Qué haces?

—Ponerme más cerca de ti.

—Eso lo puedo ver—. Para su tranquilidad, él se cruzó de brazos, sólo mirándola. Ana sacudió su cabeza—. No eres ni la mitad de lo que imaginé.

—Y qué imaginaste?

—Has oído la palabra esnob? —él hizo una mueca.

—Tal vez lo soy un poco, ya sabes, mi madre lo es, y me inculcó todo eso.

—A veces hablas como si fueras hijo único, sabes? Qué hay de Juan José? —Él la miró en silencio, queriendo contarle todo acerca de su infancia y su familia. Quería contarle que en casa, de niños, era como si Juan José no existiera, y por eso él había escapado, y encontrado amigos fuera. Y que él, por el contrario, había quedado solo y encerrado en casa con una madre que lo sobreprotegía y un padre que le sobreexigía. Quería contarle todo. Pero no era el momento. Ella apenas se estaba sintiendo cómoda a su lado.

No respondió, sólo hizo una mueca evasiva y pensó que tal vez a ella no se le hiciera muy fácil comprender cómo era el estilo de vida de una familia donde el prestigio, el buen nombre y la buena reputación eran lo que dictaban las acciones y el comportamiento. Por el contrario, para una persona como Ana, tan franca y transparente, sutilezas como esas debían parecerle bastante rastreras, siendo que la lucha de ella era otra: la supervivencia.

La unión de ellos dos era la unión de dos mundos totalmente diferentes, e intuía que ella también guardaba unos cuantos secretos. Había estado al pendiente de ella cada día, escuchado cada cosa que alguien dijera, acumulando cada dato, y sabía que ni por asomo la vida podía haberle sido fácil. Tal vez ella, como él pero a otra escala, tuvo que tomar decisiones difíciles para no hundirse. Tal vez ella, como él, escondía secretos.

Respiró profundo y miró en derredor, como grabando en su mente cada detalle de este momento y este lugar, hasta el aire, los aromas, los colores... Ana sintió un pinchazo en algún lugar de su pecho; su intención estaba tan clara, que era como si lo hubiese dicho en voz alta.

—Aún no veo nada por aquí que me haga querer salir corriendo. O la que asusta eres tú? — ella se echó a reír.

—Sí, tal vez soy yo.

—Bueno, afortunadamente, ya estoy acostumbrado—. Ella sonrió de medio lado mirándolo.

—No sabes nada de mí.

—Ni tú de mí. Pero eso se puede arreglar, no? —Ana empezó a sentirse nerviosa. Qué pensaría de ella cuando lo supiera todo absolutamente? Él sólo había visto a la Ana que había llegado de Trinidad, luchando por superarse, y en cierta forma, consiguiéndolo. Pero no sabía nada de ella antes de que viniera aquí. Él no sabía lo que tenía que hacer una mujer para salvarse a sí misma, y a sus tres hermanos menores, del monstruo de la pobreza.

Los ojos se le humedecieron, y parpadeó para que no se notara tanto. Con Fabián, había sido distinto; en cierta manera, había comprendido que si él no lo aceptaba todo, ella habría sabido seguir adelante, y lo perdonaría por huir, si lo hacía. Pero con Carlos... era diferente, y no sabía por qué.

—La cena está lista. Pasen a la mesa —anunció Silvia, sacándola de sus pensamientos, y Ana se puso en pie como impulsada por un resorte, feliz por la interrupción.

...14...

-ESTO está delicioso —alabó Carlos mirando a Silvia. Ella le sonrió supremamente encantada.

—Exageras —dijo, con modestia—. Estarás acostumbrado a los mejores restaurantes del mundo.

—Tal vez, pero eso no quita que aprecie un buen plato de comida casera.

—Oh, eso sí —siguió Silvia—. Y “amor” es el ingrediente secreto. Me lo enseñó Ana—. Carlos sonrió mirando a su anfitriona, pero esta estaba muy seria ahora. Lo estaba desde que se había sentado a la mesa.

—Cocinar es genial cuando puedes elegir qué preparar —comentó Paula, como si tal cosa, pero sin saber que eso revelaba mucho de sí misma, y de su situación anterior.

—Claro. Ir al supermercado, y saber que puedes comprar muchas cosas... Ana aprendió a hacer muchos platos. Cuando vivíamos con Ángela, ella compró un libro de recetas. Además que Ángela sí estaba acostumbrada a esas comidas raras.

—Pero Ángela no cocina como Ana —comentó Paula—. Aprendió ya grande.

—Pues a Juan José parece no importar —apuntó Carlos.

—Juan José comería lo mismo todos los días sólo porque es Ángela la que lo prepara —eso los hizo reír. Ana seguía seria.

—Pues sabe más de lo que necesita. Madre no sabe encender una estufa, pero reconoce a una buena cocinera a una legua de distancia.

—Es verdad —dijo Paula—. La señora Judith sí que es una dama de alta sociedad. A veces parece que no quisiera a Ángela porque viene de un pueblo, pero entonces le mira la panza y se derrite.

—Y ni qué decir con Carolina. La sobreprotege!

—Es que madre siempre quiso una niña —explicó Carlos—. Cuando estaba esperando a Juan José pensaba que sería mujer, pero nació varón.

—Oh, pobre.

—Quién, madre?

—No, Juan José —se echaron a reír. Carlos se sorprendió de sí mismo por estar hablando tan normalmente de su familia con un grupo de adolescentes. Nunca había estado rodeado de esa manera, excepto en las reuniones familiares, y ellos siempre guardaban las distancias, tal vez por influencia de Ana.

La cena acabó, y Carlos vio cómo todos levantaban su plato y lo llevaban a la cocina. Nadie

vino a retirar la mesa, y fue cuando cayó en cuenta de que Ana no tenía servicio de ayuda en la casa. Ella retiró su plato, y él la miró un poco incómodo, preguntándose si no era descortés dejar que ella hiciera eso.

—Gracias por todo —le dijo—. Parece que estoy en deuda contigo y tus hermanos—. Ella sonrió, al fin.

—Mis hermanos no son exigentes. Lléalos a McDonald's y te amarán.

—Tal vez yo quiera llevarlos a otro sitio mejor—. Ana lo miró fijamente. Tomó aire, y aprovechando que estaban solos, dijo algo que le venía preocupando desde hacía rato.

—Si tu cariño por ellos es sincero, no me preocupará nada. No quiero que luego se pregunten qué hicieron mal para alejarte, si te vas. Eres como de la familia, gracias a que eres hermano de Juan José, y luego las cosas podrían tornarse incómodas si...

—Por qué asumes tan pronto que me iré corriendo? —Ana lo miró fijamente a los ojos, sin responder. Carlos se puso en pie y la miró desde su altura—. Dame una oportunidad —le pidió.

—Créeme, eso estoy haciendo.

—Dámela de corazón. No asumas la derrota antes de haberlo intentado—. Ella sonrió, pero no había alegría en su mirada.

—Sólo soy realista. Ser realista me salvó la vida en el pasado, tal vez me la salve otra vez ahora—. Carlos frunció el ceño mirándola fijamente, y preguntándose qué clase de vida podía haber llevado alguien tan joven como para decir algo así.

Ana se alejó con los platos en las manos, y por un momento, se encontró solo en el comedor. En cierta forma, ella tenía razón. No sabía nada de ella, pero intuía que no pasaría mucho tiempo antes de enterarse.

Luego de la cena, los niños habían estado con ellos un buen rato en la sala, pero uno a uno, habían ido saliendo hasta quedar solos. Su intención había sido tan obvia que Ana casi sintió ganas de tirarles de las orejas. Presintiendo que no era muy oportuno hacer otro avance, Carlos se puso en pie con ademán de irse.

—Te vas? —preguntó ella.

—Bueno... No quiero abusar de tu hospitalidad.

—Y yo que creía que sólo querías este rato a solas conmigo —él cerró sus ojos.

—Ana, sabes que sí, pero...

—Tengo vino —interrumpió ella—. Tal vez no sea muy fino, pero es pasable —él sonrió, resignado, o tal vez encantado. Ella tomó el descorchador, dispuesta a demostrar lo mucho que había aprendido, pero entonces Carlos se lo quitó de las manos y lo hizo por ella. Había olvidado que había tareas que un caballero no debía dejar que una dama hiciese en su presencia. Sonrió.

Carlos sirvió las copas de vino, y le echó una mirada a la etiqueta de la botella.

—Es de los buenos.

—Ah, bien. Está aquí desde la época en que Ángela vivía en esta casa.

—Tienes suerte, porque es de los que se pueden añejar en la botella —Ana sonrió.

—Judith debió esmerarse mucho en tu educación —él hizo una mueca.

—No tuve tiempo libre para ver pornografía —ella se echó a reír en voz tan alta, que se sorprendió de sí misma—. Es verdad —siguió él—. Equitación, tenis, campamentos de verano, cinco idiomas... a qué edad un adolescente iba a vivir?

—No tuviste noviecitas?

—No. Las niñas preferían a Juan José.

—De verdad? Pero si tú eres más guapo —él la miró sorprendido, y Ana se puso una mano en la boca. Por unos segundos ninguno de los dos dijo nada, hasta que él al fin carraspeó.

—Eso es muy relativo —dijo, sin dejar de mirarla—. Ángela te retaría a duelo por eso.

—Está bien —admitió ella, y dio el primer trago a su copa—. Pero no me creo que las chicas no se interesaran en ti.

—Bueno, yo era un espécimen muy aburrido. Para qué quiere una niña un novio en la adolescencia? Para ir a cine, salir de compras, tomarse fotografías y presumir. Yo no servía para la mayoría de esas cosas; siempre estaba ocupado. Tenía una exigencia por parte de mi padre: ser el número uno en todo. Y por parte de mi madre: convertirme en inalcanzable para cualquiera que no estuviera a mi altura.

—Te lo decían así, abiertamente? —Carlos respiró profundo.

—Digamos que si Juan José sacaba una mala nota, madre lo regañaba hasta hacerle arder las orejas; si yo sacaba una nota dos décimas por debajo de la excelencia, llamaban a tres tutores para arreglar mi problema.

—Eso es horrible... para ambos—. Carlos elevó su copa y la miró a través del cristal.

—Sí, compadéceme. Yo era un auténtico pobre niño rico —ella volvió a reír. Carlos quiso acercarla y apretarla contra su cuerpo; el vino lo había relajado un poco, y lo que quería era sentirla. Pero si hacía un movimiento ahora, lo echaría a perder. Pero ay, Dios, cómo costaba.

—Gracias por la velada —le dijo.

—De nada.

—La cena ha estado deliciosa. La compañía, insuperable...

—He descubierto que hablar contigo es fácil. Esas tontas niñas ricas se lo perdieron —él sonrió, y ella vio toda su blanca y pareja dentadura.

—Mi yo adolescente te da las gracias por esas palabras—. Ella bajó la mirada.

—A veces... no quisieras viajar al pasado, y decirle a ese niño asustado que fuiste que al final todo resultará bien? Que no desespere, que tenga fe—. Él la miró con tanta ternura, que Ana sintió algo muy fuerte agitarse en su pecho.

—Hey, Ana adolescente —dijo él dando un paso más cerca—, no te desanimes; todo va a salir bien. Aunque, ten cuidado con un tipo guapo y rico que te va a acosar por un buen tiempo —ella volvió a reír.

—Guapo y rico?

—Tú dijiste que soy más guapo que Juan José.

—Nunca debí decir eso —ahora estaban mucho más cerca. Él guardó silencio por unos instantes, instantes en que no dejó de mirarla.

—Te dije que las cosas irían a tu ritmo —susurró él—, pero en momentos como estos me queda tan difícil no aprovecharme de la cercanía y... —no terminó la frase porque Ana lo besó, dejó la copa a un lado y rodeó su amplio pecho con sus brazos. Dejó que él introdujera su lengua en su boca y la enlazó con la suya propia. Carlos gimió, y ella se sintió tan poderosa y tan femenina que los ojos se le humedecieron. Metió ambas manos debajo de su saco y las paseó por sus costados, sintiendo su calor, los latidos de su corazón, el aroma ahora encendido de su cuerpo.

—Ana, Ana... —susurró él con los ojos cerrados entre beso y beso. Él apenas la tocaba, tenía

ambas manos en su espalda y la apretaba contra sí—. Te quiero tanto, mujer... —ella sonrió.

—Por qué? —él la miró interrogante—. Por qué me quieres? Yo no he sido nada linda contigo. Todo lo contrario.

—No se necesitan razones para amar. Pero ya que las pides, Dios, Ana... fue verte y enamorarme. Eras algo que estaba buscando para mí, un rayo de luz, una brisa refrescante... —Ahora, sus manos se habían vuelto un poco más atrevidas; estaban posadas en su cintura, y poco a poco ganaban terreno hacia abajo—, algo que sacudía mi mundo y me hacía consciente al fin de que estoy vivo... —ella apoyó su cabeza en su pecho, escuchando todo lo que él tenía para decirle. Cerró sus ojos y respiró profundo.

Carlos le gustaba. Había descubierto que hablar con él era fácil; reír, discutir, sumamente agradable. Y estar entre sus brazos se sentía correcto y natural, beber una copa de vino y besarse, desear que sus manos tomaran confianza y bajaran mucho más... se había vuelto todo tan sencillo y agradable, que se sorprendía de no estar asustada.

Había pasos que él no daba por estarla esperando a ella, y eso le daba confianza. Él, en cierta manera, respetaba la promesa de permitir que fuera ella quien dictara el ritmo de su relación.

Tenían una relación, se dio cuenta. Sonrió.

Se separó un poco de él y lo miró a los ojos.

—Qué diría tu madre si nos viera así?

—Espero, para ese momento, tener a Landazábal cerca, por si algo.

—Landazábal?

—El médico de la familia.

—Ah... tanto crees que le afecte?

—Oh, hará un berrinche de pagar y ver. Pero... quieres que se lo diga? —ella se detuvo a pensar. Él casi le estaba preguntando si lo que tenían valía tanto como para decirlo ante otro en voz alta, sobre todo, ante Judith. Decírselo a ella lo hacía oficial, no? Y con eso venía otra pregunta: tenían una relación, o no la tenían? Él la miraba esperando, como dispuesto a asumir lo que ella tuviera que decir respecto a eso, pero en el fondo, con la esperanza de que ella se decantara por el sí.

Ana suspiró. Estaba cansada de luchar contra esto, este sentimiento, esta sensación de cobijo y bienestar que le daba el estar abrazada a Carlos, se sentía mil veces mejor que los pocos besos que se había dado con Fabián, un hombre al que quería mucho y que había sido un gran amigo. Con Carlos las cosas iban mucho más allá. Sabía que podía confiar en él, contarle sus cosas... sabía que desnudarse ante él sería maravilloso, no incómodo, y aunque temía un poco el momento en que tuviera que develarle sus secretos, sabía que él la escucharía, y la comprendería. No la juzgaría.

Quería esto, se dio cuenta, quería no sólo ser cuidada por él, sino también cuidar de él, así que hizo lo que su corazón venía gritando desde hacía unas horas: dar el salto de fe.

Se empujó sobre sus pies, elevó sus manos hasta su cuello, lo atrajo y besó de nuevo sus labios en respuesta a su silenciosa pregunta. Sí, tenían una relación. Sí, que los demás lo supieran. Ya era hora de asumirlo, ante sí misma y los demás.

Ay, Dios. La que les esperaba.

Carlos dejó la casa de Ana y entró a su automóvil como sonámbulo. Había besado a Ana, varias veces, y, si no estaba mal, ahora podía llamarla, salir con ella, y volver a besarla de vez en cuando.

Esto iba mucho más allá de lo que había soñado, así que estaba un poco incrédulo aún.

Su teléfono sonó. Era un mensaje de Ana. “Tienes que encender el auto para poder irte”, decía. Miró por la ventanilla, y la encontró asomada a una de las ventanas, viéndolo mientras se marchaba. Él sonrió y tecleó en su teléfono: “Tus besos tienen un efecto atontador sobre mí”.

“Esa palabra no existe”, respondió ella, y Carlos, con una sonrisa de oreja a oreja, encendió el motor del auto y salió al fin del jardín de la casa de Ana. Estaba feliz.

-Ahora sí, cuéntamelo todo —dijo Silvia en cuanto Ana hubo entrado a su habitación. Un poco sorprendida, pues venía con la cabeza en las nubes, Ana puso una mano en su pecho y ahogó a tiempo una exclamación. Al parecer, su hermana la había estado esperando todo ese rato para cotillear.

—Silvia! No hagas eso!

—Sí, sí, sí —rezongó Silvia—. Dime, tenemos novio?

—“Tenemos”? —preguntó Ana haciendo énfasis y alzando una ceja.

—Tenemos? —repitió Silvia, insistente. Ana hizo una mueca, pero no pudo disimular la sonrisa.

—Digamos que... puede que sí—. Silvia miró al techo exasperada.

—Espero, por lo menos, que le hayas dado un beso al pobre.

—Silvia!

—Le diste un beso, aunque sea?

—Es mi vida privada, no? No te metas!

—Está bien, somos novios, le dimos un beso... pasó algo más?

—Silvia!

—Vas a desgastar mi nombre y no has contestado ninguna de mis preguntas! —protestó la adolescente, y vio a Ana sacudir su cabeza mientras buscaba entre su ropa su pijama.

Ana sabía que en algún momento debía decirlo, ponerlo en voz alta, pero aquello era tan nuevo para ella, tan reciente, que apenas estaba interiorizando la información. Sentía que contarle era casi profanarlo. Pero su hermana no le quitaba el ojo de encima, y esperaba ansiosa.

—Digamos que he aceptado que me quiere.

—Hurra!!

—Cállate, vas a despertar a tus hermanos!

—Y qué más? Cuenta, cuenta!

—Bueno, que él... ha empezado a gustarme. No sé a dónde nos llevará esto, pero...

—Nos vamos a casar!!! —exclamó Silvia tirándose de espaldas a la cama y con los brazos extendidos. Ana abrió bien sus ojos. Ella casada con Carlos?

—Tú tienes demasiada imaginación. Ni siquiera sabemos si esto funcionará. Y ahora te pediré por favor que no se lo cuentes a nadie.

—Por qué no?

—Porque es asunto mío y de Carlos.

—“Mío y de Carlos”, eso suena taaaan romántico!

—Te estás volviendo loca! —Silvia se echó a reír en voz alta, y de repente se puso en pie y empezó a bailar y a tararear el Danubio Azul. Ana le lanzó una almohada, pero la adolescente ni se inmutó. Salió de la habitación riendo.

Ana se sentó en su cama aún meneando la cabeza. Alrededor todos parecían intuir lo que sucedería entre Carlos y ella, menos ella misma.

Se desnudó para ponerse la pijama pensando en que al día siguiente se vería con él en el trabajo, y al ser la primera vez que se encontraba en una situación de estas, no sabía qué esperar, ni de sí misma ni de él.

Llegó temprano a las oficinas, pero no lo vio. Como no había nadie, se tomó la libertad de acercarse a su despacho y entró, tal vez le sonriera y ella podría mirar entonces esa mirada luminosa que tenía temprano por la mañana.

Estaba vacía.

Un poco desinflada, se encaminó al cuarto de archivo, pensando en que tal vez hoy él iba a llegar a la hora en que se suponía todos debían llegar, a las ocho, y apenas eran las siete y media. Cuando abrió la puerta, lo encontró dentro del cuarto de archivo mirando en derredor, aún llevaba puesto su abrigo y llevaba en su mano el maletín. Al verla, su actitud cambió. Primero, parecía estudiar seriamente el lugar, y luego, nervioso.

—Buenos días —saludó ella sonriendo. Vio que él escondía la otra mano en su espalda.

—Buenos días —le contestó. Ella se acercó mirándolo analítica.

—Qué haces aquí?

—Ah... Quería... —Ana se acercó aún más. Rápidamente miró tras su espalda, y lo que vio la conmovió sobremanera. Carlos escondía una rosa.

—Es para mí? —resignado, él la sacó.

—Era para ti —contestó él—. De todos modos, creo que fue una mala idea; no tienes un escritorio donde ponerla, y mucho menos un florero...

—Pero es mía, dámela —él alargó su mano, y Ana casi la arrebató—. Si le compras una flor a una mujer, lo que sigue es dársela —sentenció.

—Sólo vi a una vendedora que las ofrecía en un semáforo. Ni siquiera me detuve a pensar, sólo la compré.

—Entonces, le compras flores a todas las vendedoras de los semáforos? —preguntó ella sonriendo y apoyando la flor en su pecho. Él la miró, deseando estar en lugar de la rosa.

—Sólo cuando me hacen pensar en ti.

—Tal vez a los floricultores les guste eso —él sonrió, y Ana se acercó a él sintiendo que debía agradecerle debidamente el gesto.

—Es una flor barata —dijo él, disculpándose.

—Es mi flor. No hables así de ella.

—Está bien, está bien —se inclinó a ella e hizo lo que desde la noche anterior, cuando se separaran, quería hacer: besarla. Ana elevó hasta su cuello sus brazos y lo rodeó, aún con la rosa

en su mano, y le devolvió el beso. Ah, besarlo se sentía tan genial, y había tomado tanta confianza en esa materia que ya no le sorprendió cuando él la tomó de la cintura y la alzó. Carlos la apoyó contra la pared, y siguió besándola. Ahora estaba a su misma altura, y tuvo que rodearlo con sus rodillas para no resbalar, Ana se apretó contra su cuerpo, y se asombró de la ansiedad que ella misma estaba mostrando. Lo besaba profundo, lo abrazaba fuerte, sentía su aroma tan característico, la suavidad de su cabello en sus dedos, la firmeza de su cuerpo contra el suyo...

Ana abrió sus ojos. Él se estaba apretando contra ella, y pudo sentirlo. A pesar de que su cuerpo estaba reaccionando de la manera correcta, pues lo deseaba, quería tocar su piel; no dejó de sentir cierta alarma. Pero claro, él era un hombre, un hombre saludable sexualmente. Luego de besos y abrazos como estos, era lo más normal... y aun así...

Poco a poco fue aflojando el beso, y él se dio cuenta. Ella apoyó de nuevo sus pies en el suelo, y él la miró con ojos casi nublados de deseo, pero cuando esa niebla se fue disipando, lo vio morderse los labios.

—Lo... lo siento.

—No, no te disculpes. Yo inicié todo —y quería continuar, se dio cuenta; quería seguir besándolo, y estaba segura de que si volvía a hacer ademán de besarlo, él volvería a sus labios feliz, pero otra vez tendría que detenerlo, y no era justo con él. Se miraron a los ojos, y fue increíble cómo sus miradas dialogaron aun sin pronunciar palabras.

Es demasiado pronto, decía el uno.

Es inevitable.

Es fuerte, me asusta.

Pero, de dejarse llevar, sería el paraíso.

Los ojos de ambos estuvieron allí, conectados, diciéndose mil cosas que en voz alta habrían roto la magia, pero la magia se rompió; Ramiro entró al cuarto de archivos, y aunque no estaban besándose, ella estaba contra la pared, atrapada por él, demasiado juntos, mirándose largamente, y con la ropa un poco fuera de lugar.

—Oh... lo siento, no pensé... —dijo el hombre, y Ana y Carlos se separaron al instante. Ramiro salió del cuarto, y Carlos se masajeó los ojos con sus dedos.

—Esto es malo —se sorprendió cuando sintió la risa de Ana. La miró entonces— No te molesta?

—Anoche decidimos que no lo esconderíamos. No me hace feliz que Ramiro nos viera, pero tampoco me molesta sobremanera—. Él dejó caer sus hombros, aliviado. La miró sonriente y orgulloso—. Alto ahí —advirtió ella.

—Qué.

—Te veo con la intención de besarme de nuevo.

—Oh, sí.

—No, ya no se puede.

—Qué mala eres —ella se echó a reír—. Te veo al medio día? —preguntó él.

—Si no tienes otro compromiso...

—No, no lo tengo. Nos vemos entonces —esta vez el beso que le dio fue más bien fugaz, y rápidamente se fue del cuarto de archivo hacia su propia oficina. Qué buena manera de empezar el día, pensó Ana sonriente. Ahora, tenía muchas ganas de trabajar, y si Ramiro la miraba diferente, pues que se fuera al diablo, hoy nada podía dañar su humor.

...15...

RAMIRO BUENDÍA llevaba más de veinte años trabajando para los Soler. Al igual que Susana, en un tiempo su jefe supremo fue Ricardo Soler, el abuelo, luego Carlos padre, y ahora Carlos hijo. Todas las tres administraciones habían sido diferentes, recordaba ahora. Con Ricardo todo fue trabajo duro, casi como máquinas, pero habían cosechado el fruto de su esfuerzo; Texticol se había convertido en una de las fábricas de telas más prestigiosas del país. Con Carlos Soler padre fue diferente. Todos habían notado el cambio, y los ejecutivos casi tuvieron que echarse al hombro la responsabilidad de dirigir la empresa; el señor Carlos pocas veces llegaba temprano a trabajar, y casi siempre se iba mucho antes; había sido descubierto en viajes de placer que eran pagados por la empresa bajo el nombre de viajes de negocios. Había sido abiertamente infiel a su esposa, la señora Judith, y había sacado grandes cantidades de dinero de la empresa para satisfacer los caprichos de sus amantes de turno. Con ese comportamiento, inevitablemente, Texticol había caído en la quiebra.

Luego llegó el nieto, Carlos Eduardo Soler, y las cosas volvieron a cambiar. Cuando llegó del extranjero, luego de sus estudios y especializaciones, había recibido casi nada, lo que habían dejado los bancos. Tenía sólo veinticuatro años, siendo que sus empleados, y gran parte de sus ejecutivos, lo doblaban en edad y experiencia. Todos lo habían mirado de arriba abajo, preguntándose qué nueva catástrofe les esperaba. El cuarenta por ciento del personal había abandonado el barco antes de que se terminara de hundir.

Pero el chico los había sorprendido: siempre había sido el primero en llegar y el último en irse. Rebajó su propio sueldo, las primas extras y otros beneficios que como jefe tenía. Otra vez todo fue trabajo duro de lunes a sábado, casi inhumano. Otro alto porcentaje se había ido cuando en otras empresas les ofrecían más beneficios por menos horas de trabajo, pero unos pocos leales se quedaron. No sólo fue lealtad a la familia Soler y a su heredero, sino ver con qué esfuerzo ese muchacho intentaba salvar lo poco que su padre le había dejado.

Había conquistado una socia importante: la esposa de su hermano menor, y de nuevo todo había quedado en familia. Las cosas por fin se habían mejorado, pero el trabajo que quedaba ahora no era de dinero, sino de imagen y prestigio, pero la serenidad y aplomo de Carlos, y que tanto recordaba al abuelo Ricardo, aunque físicamente sólo se podía pensar en Carlos padre, fue lo que terminó de convencerlos. No podía ser que alguien que trabajaba tan duro por algo fuera luego a dejarlo caer, así que decidieron confiar. Fueron años duros, pero ahora por fin veían los frutos; los beneficios habían sido mejorados a aquellos que desde la época de crisis habían

aguantado las duras jornadas de trabajo. Ser antiguo tenía privilegios, y Ramiro los tenía, al igual que Mabel, al igual que Susana, que eran parte del círculo más cercano al jefe.

Por eso no creía, no quería creer, que estaba siendo llamado a la oficina del jefe para ser despedido sólo por haberlo descubierto en una situación comprometedoras con una de las empleadas de su empresa. No recordaba que en el manual estuviese prohibido tener relaciones con compañeros de trabajo. ¿O sí lo estaba, y el jefe, al estar infringiendo sus propias reglas, quería lavarse las manos despidiéndolo?

No podía. Carlos Eduardo Soler Ardila no podía hacerle eso.

Las novias del jefe siempre habían sido ajenas a su empresa, todas hermosas como modelos, algunas incluso extranjeras, que ni hablaban el español. Qué podía ser Ana? No negaba que era guapa, tenía garbo, y trabajaba duro, pero era tan... corriente, comparada con esas otras mujeres tan despampanantes.

Y pobre, por favor.

Entró a la oficina de Carlos apretándose los dedos de una mano con la otra, y avanzó poco a poco nervioso. El suplicio que había vivido desde esa mañana cuando los vio, iba a terminar ahora.

—Me mandó llamar, señor? —dijo. Carlos elevó su límpida mirada a él, y se puso en pie.

—Ramiro —saludó él—. Sigue, sigue. Tengo que pedirte disculpas —eso lo dejó sin habla.

—Señor?

—Te puse en una situación incómoda esta mañana. Por favor perdona mi descuido.

—Usted... me está pidiendo perdón a mí? Al contrario! Perdón por...

—No, no, no... yo estaba invadiendo tu lugar de trabajo, y tengo que asumirlo. Mi comportamiento estuvo mal. Sólo espero que comprendas que... bueno, bajo ciertas circunstancias, un hombre pierde un poco el norte —dijo, con una media sonrisa—. Espero de corazón que me entiendas, y te prometo que no volverá a suceder.

Ramiro tenía deseos de echarse a llorar de puro alivio. Nunca se imaginó que alguien como él lo llamara para pedirle disculpas. Casi esperó la arrogancia de todos los niños ricos, y que le dijera que, después de todo, era su empresa y él allí hacía lo que le daba la gana, y con quien le daba la gana.

—No, no se preocupe, señor.

—Entonces te agradezco.

—Ah... no le preocupa que... lo sepan otras personas? —vio a su jefe fruncir levemente el ceño.

—Tengo entendido que eres una persona discreta, pero si se te llegara a salir, tampoco es algo grave.

—Es decir que... Ana y usted...

—Pero —le interrumpió Carlos— te agradecería que tuvieras mucho cuidado cuando pronuncies el nombre de una dama para hablar de ella —dijo, y su mirada se volvió un poco severa. Ay, mamá, se dijo Ramiro. Ana era mucho más que un capricho pasajero si él estaba dispuesto a volar cabezas sólo porque alguien pusiera en entredicho su reputación.

—No, no, ni se me ocurriría...

—Por supuesto —dijo Carlos volviendo a ser afable. Ramiro asintió observándolo atentamente. Esto era serio, esto era importante. Ana no era simplemente la chica del archivo;

ahora recordaba que ellos se conocían mucho antes de que ella llegara a trabajar aquí, que ella lo trataba con cierta familiaridad... Todo era muy raro, pero mejor no meter las narices en este asunto, ya había visto que si bien él estaba dispuesto a disculparse por haber sido pillado en falta, no lo estaba cuando se trataba de negociar la integridad de la chica. Además, cayó en cuenta, él había asumido toda la responsabilidad, como caballero. No había pronunciado el nombre de ella, ni se disculpó por haberse dejado seducir o algo peor. En lo que a Carlos concernía, era él, y sólo él, quien había cometido la falta.

Ramiro asintió mirando fijamente a su jefe, respirando profundo de alivio, y tomando nota mental de que era mejor no meterse con Ana y que el asunto muriera aquí. Cuando se jubilara, y se encontrara por allí con sus ex compañeros de trabajo, tal vez pudiera alardear de que él había descubierto a su jefe besándose con una de las empleadas en el cuarto de archivo. Por ahora, mejor que quedara en secreto.

—Que tenga un buen día entonces, señor.

—Ah, lo mismo para ti. Dale mis saludos a Arsenia, tu mujer. Llevo mucho tiempo sin verla a ella o a tus hijos.

—Oh, le diré que se acuerda de ella, y de su nombre. Vive enamorada de usted —Carlos sonrió con toda su dentadura, y Ramiro dio la media vuelta y salió de la oficina. En el cuarto de archivo se encontró con Ana, pero ella apenas si lo miró. Ella estaba tranquila, pero claro, teniendo un aliado tan poderoso, quién no lo estaría?

—Eres un mirón —dijo ella, y él se detuvo en su camino hacia su escritorio, sorprendido.

—Qué?

—Esta mañana. Qué mirón. Estuviste varios segundos allí, mirándonos. No sabía que eras un voyeur.

—Mejor no hablemos de esto. El jefe ya me advirtió...

—Carlos no sabe que eres un mirón—. Ana lo miró sonriendo. Estaba radiante—. Pero relájate, no se lo diré al jefe. Yo no soy una soplona.

—Qué alivio—. Ella soltó una risita, y fue lo último que hablaron del tema.

A mediodía, Ana subió al auto de Carlos para ir a almorzar. Edwin no estaba por allí, lo que le indicó que Carlos le había dado el rato libre para estar a solas con ella.

Cuando llegaron al Saint Isidro, ella lo miró con una mirada brillante y sonriente.

—Te gustó tanto que quise traerte de nuevo.

—Pero pensé que necesitabas hacer reservación con mucha anterioridad.

—Bueno, resulta que soy un cliente antiguo y recurrente... y alguien canceló a último minuto — Ana sonrió ampliamente, feliz, sin detenerse demasiado a analizar por qué.

Él bajó y dio la vuelta al auto para abrirla la puerta a ella. Queriendo estar a la altura de su caballero, Ana puso la espalda recta y tomó su mano para caminar a su lado. Se sentía todo tan genial...

Como siempre, el maître los condujo hasta una mesa para dos. Ana se sentó y miró de nuevo todo en derredor. Ahora se veía y se sentía mejor que la primera vez que estuvo aquí. Miró a Carlos. Incluso él se veía mucho más guapo.

Lo escuchó pedir dos vinos, y mirarla preguntándole si estaba de acuerdo con su elección. Ella asintió, sabiendo que él tenía más experiencia en esto, y dejándolo elegir.

—Es increíble lo mucho que han cambiado las cosas desde la primera vez que estuvimos aquí.

—Increíble para ti. Yo recé por esto mucho tiempo —Ana entrecerró sus ojos incrédula—. De verdad! —insistió él—. Cada noche, cada día...

—En estos dos últimos años tuviste mil novias, todas guapísimas, despampanantes, muy diferentes a mí —él hizo una mueca y sacudió su cabeza.

—No sentía nada por ninguna.

—Nada? Eso te hace ver como un cínico, y no lo eres —él la miró a los ojos.

—No puedo negar que eran atractivas, encantadoras... pero cuando comparo eso con lo que siento por ti, todo se reduce a nada. No volvería con ninguna de ellas —encantada por sus palabras, Ana se inclinó levemente a él sonriendo.

—Eso me alivia —ahora fue turno de él sonreír—. Qué pediremos hoy? —se concentraron en el menú y Ana se sintió aliviada al ver que recordaba los nombres de algunos platos y su contenido por la explicación que le había dado el maître en su visita anterior. Además, con todo lo que había aprendido de vinos, ahora estaba segura de con qué acompañar cada comida. Carlos la observó orgulloso cuando ella hizo su pedido. Si bien su francés no era perfecto, lo hacía con mayor soltura que antes. Cuando el maître se fue con los pedidos de ambos, él elevó su copa proponiendo un brindis.

—Por los malos comienzos —dijo, y ella se echó a reír.

—Por los buenos finales—. Chocaron suavemente sus copas sin dejar de mirarse, con tantas cosas que decir, preguntar, pero, de momento, disfrutando este silencio.

—Hay tantas cosas que quiero preguntarte —dijo él al fin—. Por ejemplo, cómo te hiciste amiga de Eloísa y Ángela? Cómo fue que llegaron a Bogotá..?

—Es decir, mi historia.

—Bueno, me intriga.

—No es tan genial.

—Eso dicen todos lo que tienen historias geniales —la sonrisa de Ana se entristeció un poco. Al verla cambiar de semblante, Carlos cambió de tema rápidamente—. Hablé con Ramiro.

—Ah, sí?

—Le dije que lo despediría si abría la boca.

—Típico de ti —susurró ella mirándolo con ojos entrecerrados.

—Además, obviamente le dije que era tu culpa, que me sedujiste en el cuarto de archivo. Que si no llega él, quizá me habrían violado —ella se echó a reír. Ella violándolo a él. Ay, mamá, qué imagen esa—. Te sonrojaste?

—Claro que no!

—Estás roja! Vaya! Te sonrojas, después de todo!

—Y tú eres malvado. Los caballeros no hablan de esos temas delante de las damas.

—Mea culpa —mientras llegaban los platos, hablaron y hablaron. Ana estaba gratamente sorprendida por descubrir que Carlos sabía hacer bromas y reír, y no era tan acartonado y cuadrulado como se lo había imaginado en un principio. Fueron de tema en tema, hablando del trabajo, la universidad, los niños, hasta que los platos llegaron y mientras comían, siguieron hablando.

Ana agradeció secretamente que él hubiese cambiado de tema cuando quiso saber de su pasado. Aún no se sentía preparada para abrirle su corazón de esa manera. Tal como había dicho

Ángela, él era paciente, y sólo por eso Ana sintió gratitud, respeto, y algo más, algo que hacía doler su pecho con un dolor placentero. Un dolor lindo.

—Ha estado todo genial —dijo ella cuando salían—. Muchas gracias por traerme aquí —él le miró los labios, como indicándole la manera correcta de agradecer. Ella sonrió. Se acercó a él mientras caminaban, rodeó su cintura con su brazo y alzó la cabeza para que él la besara. Carlos no perdió el tiempo; la abrazó y besó a su vez, y ésta vez, él subió su mano por su costado hasta dejarla muy cerca de su pecho. Se miraron a los ojos con la respiración agitada. Pasados unos segundos, ambos se separaron y se encaminaron en silencio al parqueadero donde Carlos había dejado el auto.

Pronto, se dijo Ana. Primero desnuda tu alma, si te aceptan tal cual, podrás desnudar también tu cuerpo.

Anhelaba lo segundo, le aterraba lo primero.

Pero ella había prometido darle lo que le pidiera si no salía corriendo.

Qué horrible era tener secretos.

-Es cierto que eres novia de Carlos?? —preguntó Eloísa en un grito en cuanto detuvo su pequeño automóvil, abrió la portezuela y la vio asomada a su puerta. Ana se detuvo en su camino de ayudar a Ángela a bajar y la miró sorprendida. Cuando esa noche vio a las dos aparecer en el auto de Eloísa en su jardín, se imaginó que algo sospechaban, pero no pensó que ya lo sabrían todo. Mataría a su hermana.

—Quién te dijo eso?

—Qué importa quién me lo dijo? Son novios o no?

—Y te parece que ese es un tema que debemos discutir en el jardín?

—Lo son o no lo son! —insistió Eloísa. Ana miró al cielo pidiendo paciencia, y entonces escuchó la risa de Ángela.

—Lo siento, teníamos que comprobarlo nosotras mismas y en persona, por eso estamos aquí... a estas horas.

—Pero eso apenas fue anoche, cómo es que ya ustedes lo saben? No creo que Carlos les haya contado!

—Claro que no, de veras te imaginas a Carlos cotilleando con nosotras acerca de esto? “Hummm, Ángela, Eloísa, sí sabían? Ana y yo nos hicimos novios” —dijo Ángela tratando de imitar la voz de Carlos, y aquello sonó tan fuera de lugar que Ana arrugó su frente. Definitivamente mataría a su hermana.

—Entonces fue Silvia.

—Pero cómo es posible que seamos las últimas en enterarnos de que te gustaba Carlos? —inquirió Eloísa mientras las tres entraban a la casa. Ana no pudo evitar tomar el brazo de Ángela; ya estaba próxima a dar a luz, y caminaba con cierta dificultad.

—Tú, definitivamente, eres un dolor de cabeza. Nos cuentas tú a nosotras quién te gusta? Y dónde está Carolina?

—Eso es personal —esquivó Eloísa ante la observación de Ana.

—Caro está con Juan José, él la cuida —contestó Ángela, pero Ana estaba concentrada

discutiendo con Eloísa.

—Ahhh, es personal cuando se trata de ti, cuando el asunto es conmigo, vienen en manada a sacarme información.

—No te enojas con nosotras —pidió Ángela con voz suave al tiempo que se sentaba con cierta dificultad en el sofá de la que antes había sido su casa. En su rostro había una sonrisa radiante, a la vez que una mirada de “te lo dije”.

—Entonces? Cuenta, cuenta! Cómo fue? —Ana hizo una mueca. Más que un dolor de cabeza, Eloísa era un grano en el culo.

—Te sacaré detalle a detalle toda la información cuando al fin encuentres alguien.

—Sí, sí, sí, lo que quieras, ahora es tu turno de contar. Ángela nos contaba todo, o casi todo, y este es el otro hermano Soler. Ellos no suelen hacer las cosas bien desde el principio, así que: cómo fue?

—No te metas con Juan José —reclamó Ángela, pero su voz no salió severa. Estaba demasiado feliz por Ana.

Cuando ambas mujeres se la quedaron mirando esperando, Ana suspiró.

—Pues... Fue todo muy... raro, al menos por mi parte. Yo creía que él me odiaba y... —a medida que les contaba, Ana fue notando que había sido tonta mucho tiempo. Visto en retrospectiva, casi era obvio que Carlos sentía algo especial por ella, y ella se sentía ahora la mala de la historia. Le debía mucho a Carlos por haberle tenido tanta paciencia, pensó.

—Ah... qué bonito.

—Suenan campanas de boda! —exclamó Ángela aplaudiendo emocionada.

—Tú también?

—Cuando un Soler se enamora, es de verdad y para toda la vida. Son fieles fisiológicamente.

—Qué?

—Yo sé lo que te digo.

—Interesante dato. Lástima que sólo sean dos los hermanos Soler. Qué tal besa?

—Qué? —volvió a preguntar Ana, más y más sorprendida ante cada intervención de sus amigas.

—Otro dato de los hermanos Soler —apuntó Ángela— es que en materia de dormitorio, su desempeño es más que satisfactorio.

—Oh... quiero un Soler!

—Quién te entiende. Primero querías los besos de Fabián, ahora quieres un Soler...

—Lo interesante es que nunca bromeas con Mateo —observó Ángela.

—Él no tiene nada interesante —se defendió Eloísa casi blanqueando sus ojos.

—Nunca digas nunca —le advirtió Ana, sonriente. Ya no le molestaba que estuviesen hablando de su vida privada; la conversación estaba tan revuelta, que el foco de atención cambiaba constantemente de objetivo.

—No niego que es guapo, el maldito. Lo es. Pero somos incompatibles.

—Ya lo comprobaste?

—Buscamos cosas muy diferentes.

—Ya lo comprobaste? —volvió a preguntar Ángela. Eloísa simplemente hizo una mueca evasiva.

—Y bien, en qué términos quedaron?

—Creo que él va en serio —contestó Ana arrugando su cara en un gesto.

—Por supuesto que va en serio!

—Te ha llamado hoy? —Ella miró su teléfono en su mano. Habían almorzado juntos ese medio día y no habían parado de hablar y reír. Era pasmosa la manera como los temas simplemente no se acababan. A pesar de ser él un gran señor, y jefe de una gran empresa, y ella sólo Ana, simple y llanamente Ana, tenían mucho en común. Les causaba gracia las mismas cosas, era fácil charlar de nada, y al momento, conversar con seriedad.

Él era todo un continente que ella quería descubrir, conquistar, y luego colonizar... Se sentía bastante posesiva con respecto a él, y eso era nuevo para ella; aparte de sus hermanos, nunca había sentido que otra persona le pertenecía, y además, ahora ella quería pertenecerle a él.

—Bueno, él es un hombre ocupado, sabes? —contestó Ana—. Pero a pesar de eso, sí, hemos hablado.

—Ah, es tan bonito cuando las relaciones inician!

—Sólo cuando inician? —preguntó Ángela.

—Claro. Luego todo son discusiones, celos, rutinas y reclamos.

—Qué manera de romper la emoción —se quejó Ana.

—En mi caso no fue así —dijo Ángela.

—Vas a decir que la pasión no ha mermado? Y que aun con Carolina en medio las cosas no son diferentes?

—Estando a punto de dar a luz, es obvio que nuestros encuentros han disminuido —contestó Ángela sonrojada, pero dispuesta a defenderse—, y nuestro ritmo de vida es totalmente distinto al de nuestro primer matrimonio gracias a la niña, pero eso no es negativo. Sigo enamorada de mi esposo, y él sigue siendo el Juan José encantador con el que me casé.

—La segunda vez, querrás decir —Ángela deseó pararse y pegarle. Ana tuvo que elevar sus manos e invocar la paz.

—Lo importante es que no todas las relaciones se acaban luego del primer mes —concluyó Ana en voz alta—, tú sólo has tenido mala suerte, Eli.

—Pues no lo sé. Cuando tienes sexo con tu pareja, todo se acaba, se pierde la magia, el romanticismo y la gracia; pero si no tienes sexo, es peor, ni te alcanzas a imaginar las discusiones que se pueden formar a partir del tema.

—Tal vez es hora de que te enamores —Eloísa hizo una mueca meneando su cabeza.

—De nuevo —completó Ángela.

—No quiero volver a pasar por eso.

—¿Y algún día yo sabré qué fue eso tan terrible que te pasó que hizo que dejaras de creer en el amor? —inquirió Ana. Eloísa se había quedado seria, y Ángela la miraba casi con compasión. Exasperada, Ana sacudió su cabeza—. No niego que también estoy asustada —dijo luego—, pero creo en Carlos, le creo cuando me dice que me quiere. De alguna manera, sé que no miente, lo puedo sentir. Tal vez sólo me estoy dejando llevar, pero no quiero negarme esta oportunidad y luego arrepentirme... además... que siento que ya soy incapaz de seguir negándome.

—Le quieres? —preguntó Ángela, tan feliz de oírla hablar así, que casi quería saltar hasta ella y abrazarla fuertemente.

—Ah, no lo sé... nunca he estado enamorada, pero él me hace sentir diferente. Supongo que tendré que descubrirlo por mí misma.

—Cuando lo hagas, díselo. Lo harás muy feliz—. Ana miró a su amiga sonriendo. Eloísa las miraba a ambas en silencio, con el pecho agitado.

—Qué suerte tienes, Ana. Te deseo lo mejor, de veras que sí. Yo a veces hablo mucha mierda, pero estar enamorada es bonito. Te lo juro.

—Gracias.

—Ups, muchachas —murmuró Ángela.

—Qué —preguntaron las dos al tiempo.

—Alex ya quiere nacer.

Alrededor todo fue una algarabía. Ana estaba serena, ya había pasado por esto, pero Eloísa no había aprendido de la primera experiencia, e igual empezó a hablar casi gritando haciendo mil sugerencias, llamando a mil personas, y caminando de un lado a otro.

—No está un poco adelantado? —preguntó Ana, extrañada.

—Sí, pero igual, quiere nacer, no entiende de horarios y fechas. Dame mi teléfono. Quiero hablar con Juan José.

Ana le entregó el aparato, y tomó el suyo para llamar a Carlos. Todo alrededor se puso en movimiento. Silvia y Paula bajaron para hacer su parte ayudando a Ángela, y Eloísa telefoneó a su madre, luego a Fabián, y por último a Mateo.

—Estarán de inmediato en el hospital —dijo, y se dispuso a preparar su auto para salir disparadas a la clínica donde estaba previsto que nacería el niño.

...16...

ANA llegó al hospital con Ángela del brazo y de inmediato la recibieron en una silla de ruedas. Carlos había llamado para anunciar la llegada de su cuñada y todo estaba dispuesto antes de que ellas llegaran. Minutos después llegaron los hombres: Juan José un poco mal vestido y en pantuflas, y Mateo, que casualmente había estado en casa de Juan José junto con Fabián en el momento de la llamada viendo un partido de fútbol y tomando cervezas. Fabián llegaría en unos minutos, pues había sido él quien llevara a Carolina a casa de Judith para que cuidara de ella mientras sus padres estaban ocupados en la clínica.

—No es un poco pronto? —preguntó Carlos en cuanto la vio, había estado esperándolas ansioso. No estaba vestido formal ni ejecutivo, como solía ser; debajo de una chaqueta de cuero llevaba una camisa por fuera de sus pantalones jeans y unos mocasines que de lejos se veían caros y cómodos.

—Sí, lo es... —contestó ella—, pero los bebés a veces nacen antes de lo previsto—. Él había tomado su mano, pero no le había dado un beso. Ana intuyó que se debía a que había mucha gente alrededor. Sin embargo, todos habían notado que ya no se tiraban las tejas el uno al otro, sino que dialogaban con normalidad.

Juan José había cumplido con su tarea y había traído consigo todo lo necesario tanto para Ángela como para el bebé; también es cierto que entre los dos habían preparado todo lo necesario para el momento del parto y habían reunido todo en un pequeño maletín azul con figuras infantiles. Cuando le preguntaron si deseaba estar con ella en la sala de partos, asintió y entró. Todos se quedaron sorprendidos, no imaginaron que Juan José quisiera estar allí.

Mateo sólo sonrió, él ya sabía que su amigo quería vivir de principio a fin todas las etapas de la vida de su hijo.

Cuando Fabián llegó, no había muchas noticias que contarle; Ángela aún estaba en labor, Juan José la acompañaba y nadie había venido a dar noticias desde entonces. Ana lo miró y le sonrió, éste se acercó y besó su mejilla a modo de saludo; Ana no se perdió la mirada que Carlos le lanzó. Recordó que él le había dicho que siempre que ella hablaba o reía con Fabián, él se sentía celoso.

—Entonces estaba en tu casa cuando empezó? —le preguntó Fabián.

—Sí, estábamos conversando cuando tuvo la primera contracción. Como ya no es su primer parto, no quise arriesgarme a que le dieran más fuertes, y la traje de inmediato.

—Una buena decisión —dijo Carlos—, parece que en cuanto llegó, se puso en labor.

Fabián lo miró un poco extrañado; ciertamente no era común ver a Carlos tan cerca de Ana, y que participaran de la misma conversación.

—No te parece que está tardando mucho? —dijo Eloísa, con voz nerviosa.

—No, recuerda que con Caro tomó mucho más tiempo. En cuanto suceda algo, lo sabremos.

—Dios, esto me está matando!

—Te invito a un café —le dijo Mateo, poniéndose en pie—. Vamos —aquello fue más bien una orden, y Eloísa no se negó, fue tras él dejando a Ana entre Fabián y Carlos.

—Tienes que calmarte —le pidió Mateo a Eloísa—. Hasta parece que el padre fueras tú. Juan José estaba más en sus cinco sentidos...

—Acaso no sabes que en los partos puede suceder cualquier cosa? La madre está entre la vida y la muerte...

—No seas tan sombría, a Ángela no le va a pasar nada —salieron del ascensor y caminaron hacia una cafetería pública ubicada en el primer piso. Sorprendentemente, a pesar de la hora estaba un poco llena de gente y les fue un poco difícil encontrar una mesa disponible—. Creo que para ti un té sería más apropiado —dijo él cuando ella se hubo instalado.

—Por qué estás cuidando de mí?

—Y por qué no?

—No lo sé, no te he visto cuidar de nadie nunca.

—Eso me deja como un malnacido egoísta. Tengo una hermana menor, sé cuidar de las personas. Quédate aquí, ya te traigo tu té —Eloísa lo miró alejarse sintiendo un poco de curiosidad acerca de Sarah, la hermana menor de Mateo, y de la que poco hablaba, al menos con ella. Cómo sería? Qué aspecto tendría? Cayó en cuenta de que no sabía gran cosa de la vida de Mateo.

Si bien no se llevaban demasiado mal, había algo en Mateo que hacía que ella saliera corriendo. Y sin embargo, en momentos como este, ellos siempre terminaban hablando y apoyándose el uno al otro. Suspiró.

Lo mismo había sucedido años atrás, luego del secuestro de Carolina. Habían terminado sentados en el suelo, abrazados, él consolándola, pues ella se había echado a llorar. Luego de eso, nunca más habían tenido otro acercamiento.

Mateo regresó con un té para ella y un café para él. Como siempre, él llevaba la camisa un poco abierta y vio a través de ella su pecho y una fina cadena de oro que al parecer, nunca se quitaba.

Guapo, el maldito. Demasiado guapo.

Ella, que sabía de modelos y gente de farándula, porque le gustaba, había concluido que Mateo era una especie de Jon Kortajarena más sobrio y heterosexual. Perfecto, el maldito.

Y ella tan corriente.

—Qué —preguntó él, cuando ella se lo quedó mirando. Eloísa simplemente sacudió su cabeza y miró a otro lado. Mateo sonrió como si hubiese encontrado algo que le causara gracia. Fue turno de ella de preguntar:

—Qué —Mateo se la quedó mirando.

—Que estamos los dos como un par de perros idiotas persiguiendo nuestras propias colas.

—Tú persigues tu propia cola? —preguntó ella elevando una ceja.

—No suelo ser sutil con respecto a estas cosas, así que te lo voy a decir claramente: Acuéstate conmigo, Eloísa—. A Eloísa le dio un acceso de tos. Tomó una de las servilletas de la mesa y se cubrió la boca antes de mirarlo con ojos desorbitados.

—Qué? —preguntó con la voz entrecortada.

—No te llama la atención la idea? —ella frunció el ceño. Qué se creía él? —No me vengas ahora con que no te lo esperabas. Tú me gustas, y sé que no te soy indiferente, y realmente ya me cansé de este juego infantil de hacer como que el otro no existe, cuando la verdad es que somos muy conscientes el uno del otro—. Mateo la miraba fijamente y muy serio, Eloísa se mordía los labios, sin dejar de mirarlo también—. Como sé que no quieres una relación íntima ahora, ni conmigo ni con nadie —siguió él—, mi propuesta te viene perfecta: tengamos sexo sin compromiso. Si no quieres, nadie se enterará, y yo te prometo que valdrá la pena; lo pasaremos muy bien.

Eloísa parpadeó, sintiendo los ojos húmedos. Afortunadamente, había tenido un acceso de tos, y podía achacarle la humedad a ello. Pero el corazón le estaba doliendo.

Tuvo que reconocer, sin embargo, que ella por lo general no era destinataria de frases amorosas ni románticas. Al parecer, los hombres a su alrededor creían que por su manera de ser tan abierta y franca rechazaría esas cursilerías, pero lo que no sospechaban era que no había nadie más cursi que Eloísa Vega. Por Dios! Veía telenovelas y leía historias románticas todavía! Lo hacía antes para contárselas a Ángela, pero más que todo, era por sí misma, para vivir el amor verdadero a través de ellas. Estuvo pendiente de cada situación en la relación entre Ángela y Juan José, y ahora lo estaba con respecto a Ana y Carlos. Adoraba esas historias donde otros se enamoraban, y sufrían por amor, pero al final todo volvía a su lugar y los protagonistas eran ridículamente felices, a pesar de que sabía que para ella esos finales estaban negados. Era feliz viendo a otros vivir sus historias, aunque cuando se trataba de ella misma, solía presentar su carne de espectadora de la vida.

Que Mateo le hiciera esta propuesta así, sin más ni más, era un poco ofensivo, pero no podía molestarse con él; si ella hubiese dado otra imagen de sí misma, tal vez él ni se lo habría propuesto. Así era el mundo actualmente, transacciones: sexo por placer, placer por dinero, dinero por bienestar, y la lista se hacía interminable.

Justo ahora se hizo esa inoportuna pregunta que hacía mucho tiempo no se hacía: Cuándo tendría ella amor? Un amor de verdad?

Le habían robado esa ilusión cuando apenas tenía diecisiete. Su corazón había quedado incapacitado para soportar nada, y ella misma se había encargado de dar la imagen de que no le importaba ese tipo de relaciones; daba a entender que lo único que quería era vivir la vida. Bien, ahora estaba cosechando los frutos de su esfuerzo: no había hombre que le hiciera propuestas románticas, sólo las de este tipo.

—Me prometes que sea cual sea la respuesta que te dé ahora la respetarás para siempre? —dijo ella, luchando por sonar dueña de sí misma y en control de la situación. Él hizo una mueca, intuyendo que se negaría, pero igual dijo:

—Sí, lo acataré.

—Hablemos dentro de un año.

—Qué? —preguntó él, sumamente sorprendido; nunca imaginó esta clase de respuesta.

—Si en un año todavía quieres acostarte conmigo, lo haremos.

—En un año, estás loca?

—Está bien, entonces no.

—Espera, espera... es tu última palabra?

—Sí, y tú has prometido acatarla.

—En un año pueden pasar mil cosas, yo podría hasta casarme, no crees?

—Tienes planeado casarte?

—Ahora no, pero como te digo, en un año pueden pasar mil cosas!

—Pues es mi última palabra. Un año —se puso en pie, con el vaso de té aún en la mano—.

Entonces, nos vemos en el primer cumpleaños de Alex?

—Eres terrible —ella lo miró aún esperando su respuesta—. Sí, en el primer cumpleaños de Alex.

—Perfecto. Gracias por el té.

Carlos estaba tenso.

No sabía que era tan celoso, la verdad.

Estaba tieso en su asiento, al lado de Ana, viéndola conversar tan animadamente acerca de niños, embarazos y biberones con Fabián; quería era tomarla, subirla a su hombro y salir en volandas de allí, alejarla de Fabián.

Los celos son una cosa horrible que destruye desde adentro hacia afuera. Lo peor es que sabía que Ana quería a Fabián; de alguna manera lo quería si había estado dispuesta a intentar una relación con él. Pero acerca de sus sentimientos por él, Carlos, no sabía nada. Qué sentía Ana por él? Ella no le había dicho siquiera “me gustas”, hasta ahora, sólo tenía entendido que se estaban dando una especie de oportunidad a ver si eran tan incompatibles como ella temía, o por el contrario, eran el uno para el otro tal como él decía. Estaban sobre nada, realmente. ¿Debía él sentirse tranquilo así viniera el príncipe más guapo, rico, romántico, enamorado y caballeroso a intentar seducirla? Qué debía esperar?

Celoso, celoso...

—Quieres tomar algo, Ana? —preguntó Fabián, solícito, y Carlos lo odió; por qué no se le había ocurrido a él que tal vez Ana tendría sed? O hambre, o podía tener frío. La miró ahora. Por estar ocupado en sus celos, la había descuidado. Ana lo dejaría, se iría con Fabián, lo abandonaría...

—Sí, Fabián, algo caliente, gracias.

Lo dicho, ella tenía hambre y frío. Era el peor novio del mundo... Ah, espera, que no eran novios...

—Carlos —lo llamó ella, en cuanto estuvieron solos.

—Mmm? —contestó él.

—Mírame —él hizo caso. Sintió las manos frías de ellas tomarle el rostro, y luego se acercó a él y lo besó—. Todo está bien —susurró ella muy cerca a su rostro.

—No, no lo está. No he cuidado de ti como se debe, no caí en cuenta de que podías necesitar una bebida caliente sino hasta que Fabián lo sugirió.

—Yo estoy perfecta, y acepté la bebida de Fabián sólo para que nos dejara unos minutos a

solas.

—Lo... lo siento.

—No sabía que fueras tan inseguro —él esquivó la mirada.

—Pero no tengo nada de qué estar seguro, verdad? Te vi besarlo una vez, y aún no sé por qué... —Ana suspiró. Él tenía razón, ella nunca le había aclarado ese hecho, y como nunca le había dedicado un te quiero, ni nada que explicara sus sentimientos, Carlos no sabía a qué atenerse con ella.

Lo miró fijamente por un par de segundos. Él no estaba molesto, ni estaba haciendo un show de novio celoso, ni estaba reclamando, simplemente dejaba constancia de un hecho. De pronto, quiso quitarle ese peso de encima, así que empezó a explicarse.

—Fabián y yo creímos que entre los dos podía surgir una relación, pues nos llevábamos bien, y... bueno, en cierta forma, el uno encontraba al otro atractivo —lo miró de reojo. Carlos estaba muy atento a cada una de sus palabras—. No funcionó, Carlos. Lo besé, sí, pero... definitivamente no sentí nada de... nada de lo que siento cuando me besas tú —Carlos parpadeó, y vio cómo poco a poco una luz cálida fue iluminando sus ojos, tan opacos antes.

—Pero le sonreías... y lo besabas...

—Claro, lo intenté con todas mis fuerzas... Él es un buen chico, sabes? Es atento, caballeroso, y hasta tú tienes que admitir que es increíblemente guapo. Habría sido una tonta si no lo intento... pero no funcionó.

—Y entonces?

—Entonces —Ana respiró profundo—, decidimos seguir siendo amigos, sin permitir que ese hecho nublara en algo nuestra amistad. Y ha funcionado hasta ahora; Fabián y yo podemos hablar como lo hacíamos antes, porque nos queremos, pero es un cariño casi de hermanos—. Carlos respiró profundo y cerró sus ojos. Lo vio recostar su cabeza en la pared detrás de los muebles en los que estaban sentados como si de pronto le hubiesen quitado algo que obstaculizara su respiración y Ana tuvo que sonreír. El alivio que Carlos estaba sintiendo era tan visible que le produjo cierta gracia.

—Lo siento. Me porté terrible.

—La verdad, no. Sólo fuiste el Carlos que todos están acostumbrados a ver alrededor de mí.

—Y cuál es ese Carlos?

—Un Carlos huraño y malencarado, como si tuviera encima una nube de lluvia sólo para él. Uno que no me aguantaba, porque me odiaba.

—Ya te dije que eso no es cierto...

—Sí, pero era un papel que sin querer desempeñabas —él se giró a mirarla, con una sonrisa flotando en sus labios. Ana no lo pudo resistir y se acercó a él y lo besó otra vez; estaba un poco besucona hoy.

—No estés celoso de Fabián más de lo que podrías estarlo de Sebastián.

—En serio?

—Absolutamente —Carlos se echó a reír.

—Está bien. Gracias por aclarármelo... no soy un novio celoso, te lo juro.

—Eso tendré que verlo por mí misma, de todos modos.

—Te prometo que te lo demostraré —ella le sonrió con ganas de volverlo a besar, y al momento llegaron Eloísa y Mateo, con tazas de café y té para todos. Luego llegó Fabián con más

café y té, así que hubo más de lo que todos pudieron tomar.

Fabián observó de cerca la actitud de Ana hacia Carlos. Estaban diferentes ahora. Antes, él había sido el de siempre, un poco adusto con él, mirándolo de reojo, como si le desagradara su presencia, pero ya no. Lo que él siempre había sabido era que Ana lo detestaba, pero ahora le hablaba e incluso reía con él. Giró su cabeza y miró a Eloísa y a Mateo, que, como siempre, se ignoraban el uno al otro de una manera demasiado obvia como para que cualquiera se lo tomara en serio. Dentro de la sala de partos estaba su hermano al lado de su mujer ayudándola a traer al mundo una nueva vida.

Sonrió triste. Al parecer, sólo faltaba él por conocer a su media naranja.

Alexander Soler Riveros nació a las cuatro de la madrugada del treinta de Enero, pesó tres mil cuatrocientos gramos y midió cincuenta y dos centímetros; al parecer, Juan José no sabía hacer hijos pequeños.

Cuando lo vieron por primera vez, estaba en brazos de su padre, rodeado en mantas azules, con la cara roja y arrugada y el cabello negro como el de Ángela pegado al cráneo; en cambio, la cara de Juan José era épica, si hubiese escalado el Everest y enterrado una bandera en su cima no habría estado más orgulloso.

—Es... es precioso —murmuró Carlos, mirando a su sobrino cuando Juan José salió con él de la habitación a la sala de espera; las mujeres luego de mirar al bebé, habían ido a ayudar a Ángela a instalarse en la habitación en la que estaría por ese día hasta que volviera a casa. Juan José se echó a reír ante las palabras tan dubitativas de su hermano.

—Conmigo puedes ser sincero, la verdad es que es horrible —Fabián, que también se había levantado para mirar al bebé, soltó la carcajada.

—Que no te oiga Ángela.

—No, claro que no, para ella, es la criatura más hermosa sobre el planeta, pero mira tú eso... parece la cría de un ratón.

—Es tu hijo, tu cría.

—Pero a la vez es tan hermoso —susurró Juan José—. Tú, tu hermana y tu mamá son lo más importante en mi vida —le susurró al bebé, y lo besó delicadamente en la frente. Alex arrugó su carita, como si se fuera a echar a llorar, pero pareció pensárselo mejor y se quedó quieto.

—Debe estar cansado —supuso Carlos—. Eso de nacer no debe ser cosa fácil.

—Déjame ver, egoísta —dijo Mateo, asomándose. Cuando lo vio mejor, soltó—: Se parece a ti.

—Eso ahora no es muy halagüeño —dijo Fabián, mirando a Alex muy analítico—. Hijo —le dijo al bebé—, espero se te arregle esa cara, porque definitivamente... —Varios se echaron a reír, hasta que llegó una diminuta, pero adusta enfermera que les dijo que debían devolver al bebé, y a regañadientes Juan José hizo caso. Carlos tomó nota del nombre de la enfermera, Mateo no la perdió de vista hasta que se hubo internado en una de las habitaciones, y Fabián se echó a reír.

—Qué —les preguntó—, sospechan que se lo va a robar?

—Hay un historial muy complicado en esta familia, mejor cuidar de nuestros bebés—siguieron hablando y bromeando, felicitando a Juan José por el nuevo miembro de su familia, y comentando la hora tan oportuna en la que Alex había decidido nacer.

Ángela estaba cansada pero feliz, dichosa, realizada. La enfermera le trajo de vuelta al bebé para que se despidiera, pues lo llevaría al pabellón de recién nacidos a pasar lo que quedaba de la noche, hasta que necesitara su ración de leche otra vez.

—Cómo te sientes? —le preguntó Ana, aunque era muy obvia la respuesta.

—Una revoltura entre feliz y cansada.

—Qué valiente tú, pasar por esto voluntariamente otra vez —Ángela sonrió mirándola, aunque sus ojos se cerraban.

—No deberían ustedes irse a casa? —tanto Ana como Eloísa miraron su reloj. Ya había amanecido.

—Afortunadamente, tengo clase por la tarde —dijo Eloísa, pero la interrumpió un bostezo. Ana se acercó a Ángela y besó su frente.

—Yo tengo que trabajar hoy, te dejaré al cuidado de tu marido, sin embargo, si necesitas algo...

—Trabajar? Ahora? Pero no has dormido nada!

—Que sea la amiga de la socia no me exime de...

—Pues como socia te prohíbo que vayas a trabajar sin haber dormido!

—Ángela...

—Déjala —dijo Eloísa, acercándose a Ángela y despidiéndose también con un beso—. Estoy segura de que Carlos no le permitirá ir a trabajar así, no te esfuerces peleando por nada.

—Es verdad —sonrió Ángela, cerrando sus ojos. Ana frunció el ceño, para nada de acuerdo con ese dictamen, y salieron de la habitación cuando se dieron cuenta de que Ángela estaba dormitando. En el pasillo se encontraron con cuatro hombres que esperaban a que ellas salieran para poder entrar.

—Está dormida —anunció Ana—, será mejor que vayan a verla a la casa, aquí las enfermeras ponen mucho problema.

—Entonces iré a dormir un rato —dijo Fabián bostezando—. Me llamas cuando estén de nuevo en casa —le pidió a Juan José, que lo miró asintiendo.

—Te llevo a casa —le dijo Mateo a Eloísa.

—Traje mi coche.

—Pero estás medio dormida, puedes ocasionar un accidente si conduces así. Te llevo—. Ella le echó malos ojos, pero como él tenía razón, no se negó. Había sido un poco incómodo tratarlo luego de la conversación que habían tenido, y se alegraba de que él tomara la iniciativa y todo volviera a la normalidad.

Ana quedó entre Carlos y Juan José, pero éste último entró a la habitación de su mujer sin prestarles mucha atención.

—Tengo que irme, o llegaré tarde —dijo ella mirando su reloj. Cuando se empujaba para besarlo, él la esquivó.

—Llegar tarde a dónde?

—A la fábrica, claro.

—A qué?

—Carlos... a trabajar!

—Ni se te ocurra.

—Carlos...

—No te descontaré el día sólo porque no vayas. Tómallo como una licencia por situación doméstica. Mañana llevas la carta si te place, pero no vayas hoy... al menos no en la mañana. Hazme caso—. Ella se quiso poner terca, pero entonces Carlos la besó—. Déjame cuidar de ti —le pidió él, y derretida, Ana se preguntó por qué era que iba a discutir.

Carlos estuvo dentro de la habitación de Ángela por unos minutos despidiéndose, luego salió, tomó a Ana de la mano, y la llevó hasta el parqueadero. Ana iba como flotando, en parte por sueño, y en parte por el bienestar que producía el saber que alguien cuidaba de ella. Por una vez, no era ella la que estaba cuidando de otro.

Cuando llegaron a la casa, Ana se giró a mirarlo, sin además de bajarse.

—Gracias —él sólo sonrió. Salió y dio la vuelta para abrirle la puerta, Ana salió con un poco de pesar al frío exterior—. Entonces —preguntó mirándolo con una sonrisa—, cuándo se me permite ir a trabajar?

—Cuando estés totalmente descansada, y no antes.

—Mmm, vale. Y tú qué harás?

—Esperaré una hora más decente para llamar a Susana y darle la noticia. Ella sabrá qué hacer. Tampoco iré en la mañana.

—Ya —ella lo miró otros instantes, casi con una invitación para que pasara y durmiera en casa y no se fuera a la suya, pero tal como él había dicho, tenía cosas que hacer.

—Te llamaré en la tarde, así que asegúrate de dormir bien —Ella asintió sin decir nada, y él se acercó a ella y la besó—. Duerme bien —le dijo, y dio la media vuelta para internarse en su auto.

Ana entró a la casa preguntándose cuánto era el tiempo prudente que una pareja debía esperar para tener sexo por primera vez.

Y luego se horrorizó de sus propios pensamientos.

...17...

LOS HERMANOS de Ana fueron a casa de Ángela a conocer a Alex un par de días después. Estaban emocionados con su nuevo sobrino, y le habían traído regalos. Carolina, sorprendentemente, no estaba todo lo celosa que se había esperado. Al principio había mirado enojada a su hermanito por robar la atención de Ángela, pero luego de que Juan José le pidiera que por favor lo cuidara por un momento mientras él iba a hacer algo muy importante (una mentira, estuvo tras la puerta todo el tiempo), Carolina había decidido que Alex era otro juguete de su propiedad, y que tal vez no estaba mal que papá y mamá le dedicaran tanto tiempo.

Fabián llegó con la cena, ya que Juan José le había mandado un mensaje de urgencia, pues la casa estaba un poco patas arriba a pesar del personal de ayuda, y cuando vio a Ana y sus hermanos sonrió aliviado, ella se encargaría mejor que él de prepararlo todo.

—Trajiste como para un batallón de la marina —dijo Ana observando las bolsas. Había traído cosas preparadas y otras crudas. Ana distribuyó todo sobre la encimera decidiendo qué hacer y servir primero.

—Es para que tengan reserva —contestó él sonriendo. Ana lo miró de reojo, sonriendo también—. Llamo a alguna de tus hermanas para que te ayude?

—No, yo lo hago, déjalas; están en las nubes con Alexander ahora mismo.

—Y tú con Carlos, no es así? —ella elevó a él su cara inmediatamente, tomada por sorpresa—. No me mires así —siguió él—, te vi muy amistosa con él, así que algo está pasando y no me quieres contar. Recuerda que somos amigos, a pesar de todo —Ana sacó el pollo frito de sus bolsas para contar el número de cortes y servirlos. Estaba caliente.

—Bueno...

—Prometimos que cuando encontráramos a alguien del que nos enamoráramos lo diríamos.

—Aún no sé si me enamoraré de Carlos.

—Pero es importante, no? —ella permaneció en silencio, y Fabián insistió—: No quiero ser presumido, pero cuando tú y yo lo intentamos, yo sabía que tú también estabas dando lo mejor de ti, porque sé que te hubiera gustado que algo entre los dos funcionara; pero fuimos honestos el uno con el otro cuando decidimos dejarlo. Si a estas alturas no lo has dejado con Carlos, y por el contrario, cada vez te acercas más, es que es importante. Tal vez sea tu “amor verdadero”—. Ana sonrió ante el tono que él usó. Estuvo en silencio unos minutos, mientras laboraba en la cocina; Fabián no le insistió, la conocía y sabía que cuando terminara con sus cavilaciones, le diría algo.

Al fin, cuando ya iba a poner sobre los platos los alimentos, Ana suspiró y dijo:

—Carlos es importante —se mordió los labios y miró el suelo—, no sé aún a qué nivel, pero... Mientras que antes no lo soportaba, odiaba todo lo que tuviera que ver con él y estaba cerrada de bandas en eso de darle una oportunidad... de un momento a otro he descubierto que pensar en él me hace sonreír, y hablar con él se siente mucho mejor; es un hombre bueno, más bueno que cualquiera que haya conocido antes —sonrió con un poco de ironía—. Todavía me sorprende que podamos ser tan compatibles a pesar de tantas diferencias, pero la clave está no sólo en que él me tiene paciencia, más de la que merezco, sino también en que quiero saber... quiero saber dónde parará todo esto—. Fabián la miraba fijamente, apenas parpadeaba, y analizaba cada una de sus palabras—. Tengo miedo, no te lo voy a negar —siguió ella—, pero al mismo tiempo, estoy confiada; su amor me da confianza—. Cerró sus ojos y respiró profundo—, se nos vendrá el mundo encima, y esa será una prueba muy difícil de pasar, pero creo que vale la pena averiguar si esto es verdadero o no.

—Estás en esas averiguaciones, entonces? —ella sonrió.

—Sí, y estoy poniendo todo de mi parte.

—Me alegra mucho.

—Me alegra que te alegres—. Él sonrió alzando una ceja.

—Qué te esperabas, que haría una escena de ex novio rechazado?

—Cariño, tú y yo no alcanzamos a ser novios.

—Ah, no? Tendré que corregirlo en mi diario —Ana se echó a reír, y acto seguido empezó a servir los platos, a llevarlos a la mesa y a llamar a todo el personal. A Ángela le llevó su plato en una bandeja a la habitación, todavía no era prudente que se levantara y estuviera dando vueltas por la casa, así que se movía lo mínimo. A pesar de su rostro aún cansado, ella estaba radiante. Con Carolina había sido así, pero había una diferencia: ella ahora tenía todo el apoyo del padre de sus hijos, que la mimaba y cuidaba de ella.

Cuando se sentaron a la mesa, un poco tarde para lo acostumbrado, llegó Carlos. Se sorprendió un poco cuando vio a Ana y su prole en casa de su hermano, y cuando le ofrecieron sentarse a la mesa, lo hizo lamentándose por haber cenado ya.

—Vine a ver a mi nuevo sobrino —dijo Carlos, mientras observaba a Sebastián debatirse entre coger el ala del pollo con las manos o con el tenedor. Carlos resolvió su duda pasándole una servilleta de papel, y mirándolo significativamente. Sebastián la tomó agradecido, y con la servilleta, tomó un extremo del ala y comió tranquilo.

—Tu nuevo sobrino no tiene nada de interesante —dijo Juan José—, duerme todo el día, llora cuando tiene hambre... Ah, descubrimos que tiene los ojos grises, pero dicen que les cambian, así que no sabría decirte.

—Tal vez se queden así —dijo Fabián—. Ángela los tiene grises.

—Quién sabe.

—Entonces no hace nada? —preguntó Carlos, sonriente.

—Sólo duerme, come, y defeca, y lo hace espectacular —los niños se rieron.

—Los recién nacidos son todos así —comentó Ana, y se escuchó como si fuera una matrona con mucha experiencia en el tema. Carlos se la quedó mirando con la luz de siempre en su mirada, con la media sonrisa que se salía involuntaria cuando la veía, con un picor en las manos por el deseo de estar a su lado y tocarla.

Y Fabián no perdió nota de ese hecho.

—Saben? —dijo, dejando sobre el plato los huesos del pollo— en un par de semanas me iré de campamento al parque Tayrona.

—Woah!!! —exclamó Paula—. Una compañera del colegio fue de vacaciones allí y subió al Facebook unas fotos espectaculares!

—Se puede hacer campamento en el parque Tayrona? —preguntó Ana, tomando un sorbo de su bebida.

—Claro que sí. Hay que hacer las reservaciones con anticipación, pero se puede. Tú eliges cuántos días, noches y el estilo de vacaciones que quieres, ya sabes, tienes playa y montaña.

—Qué genial! Sólo he ido a la playa una vez —se quejó Sebastián, y, como era de esperarse, él, Paula y hasta Silvia, la miraron con ojitos de perro suplicante.

—Qué? —preguntó ella.

—Sería genial ir!

—Fabián, sacas ese tema así de repente, delante de mis antojosos hermanos... ¡muchas gracias!

—Yo estaba pensando en llevármelos un fin de semana —la algarabía que se formó en la mesa fue enorme, y Carlos tuvo que mirar a Fabián con una pregunta en el rostro. Él lo miró sonriente, y entonces entendió. Lo hacía todo para darles a él y Ana un espacio a solas.

Ya había entendido que tener privacidad con ella sería muy difícil, pues alrededor siempre estarían sus hermanos. Los quería, y no le estorbaban, pero una pareja necesitaba tiempo a solas, y Fabián se los estaba consiguiendo. Se preguntó por qué alguna vez le cayó mal, si era el mejor tipo del mundo.

—Está bien, está bien! —cedió Ana, mirando a Fabián como una severa maestra de preescolar—. Tú iniciaste todo esto, tú te encargas de todo!

—Hecho.

—Te amamos, Ana!

—A Ana? —reclamó Fabián—. No soy yo el que los invitó?

—Te amamos, Fabián.

—Eso está mejor —Carlos no lo pudo evitar y se echó a reír. Juan José miraba la escena preguntándose a qué horas habían montado ese circo en su casa, y Ana sólo se estaba preguntando en los gastos de trajes de baños, tiendas de campaña, repelentes y bloqueadores solares. A pesar de que Fabián invitaba, sabía que esas cosas corrían por su cuenta.

Carlos no había tenido previsto verla esa noche. A pesar de lo fuerte de su deseo de estar con ella el mayor tiempo posible, eran más bien escasos los momentos que podían tener a solas. En el trabajo su horario era bastante apretado, tanto, que estaba considerando aflojar un poco el ritmo, para poder dedicarle más tiempo.

Cuando se hizo tarde y decidieron volver a casa, se hizo muy natural que los chicos, sin que nadie les dijera nada, se subieran a su auto para que fuera él quien los llevara. Eso le produjo felicidad.

—Se están acostumbrando muy pronto a la buena vida —suspiró Ana, y Carlos sonrió.

—Qué tiene de malo?

—Siempre que no olviden el valor de las cosas, no importa, y tampoco puedo hacer nada para evitarlo.

Cuando llegaron a casa, Carlos fue invitado a seguir, pero tan sólo unos minutos después de haber estado conversando, cada uno fue subiendo a su habitación alegando tener sueño y los dejaron solos.

—Tus hermanos me caen cada vez mejor —dijo él, y Ana no pudo evitar sonreír. Sin embargo, sólo estaban sentados el uno al lado del otro, y apenas sus codos se tocaban.

El silencio se prolongó. Ana se sentía nerviosa, y se preguntaba por qué él no hacía ningún movimiento, por qué no se acercaba a besarla. Hacía dos días no habían tenido tiempo a solas, desde esos escasos minutos en el hospital, pues todo había sido un caos.

—Cuándo inician tus clases? —preguntó él, rompiendo el silencio.

—El lunes de la otra semana.

—Cuarto semestre, verdad?

—Sí, al fin.

—Tienes pensado enfocarte en alguna especialidad? —Ana sonrió un poco irónica.

—Tengo suerte de estar estudiando. Pensar en una especialidad es un poco utópico para mí.

—Por qué? No quieres?

—Claro que quiero, pero tengo que pensar en la universidad de Silvia, que ya va a entrar.

—Mmmm —murmuró Carlos. Ella lo miró, con la esperanza de que cambiara de tema, pero él estaba enfocado —Normalmente los chicos se gradúan de bachillerato a los dieciséis, no?

—Sí, bueno, pero es que Silvia, al igual que yo, no tuvo un bachillerato muy... fácil.

—Ya.

—Paula y Sebastián han contado con suerte.

—Sí —él la miró a los ojos fijamente, y Ana pensó que al fin la iba a besar—. Me gustaría que me hablaras de tus padres —dijo él, y las esperanzas de Ana se fueron volando. Se recostó al mueble y miró al techo.

—En serio?

—Sí —contestó él, al parecer, sin detectar su sarcasmo. Ana respiró profundo y volvió a mirarlo. Él esperaba una respuesta.

El beso para otro día, se dijo, y empezó a hablar.

—Qué te puedo decir? —dijo—. Es todo una historia muy trágica, no sabría por dónde empezar.

—Desde el principio —sugirió él, cruzándose de brazos y poniéndose cómodo. Aquello hizo que sonriera. Él era raro. O tal vez ella tenía una idea equivocada de lo que debían ser las relaciones. En su ignorancia, había pensado que lo único que hacían dos novios cuando estaban a solas era besarse y besarse.

Bueno, se dijo, conversar también estaba bien. Con él era fácil hablar, y había llegado el momento de contarle algo de su pasado. Afortunadamente, todo lo ocurrido en esta parte de su historia era responsabilidad de sus padres, no suya, así que estaba exenta de reproches.

Miró a la distancia, recordando, y tratando de ordenar los eventos en su mente para poder contarlos de manera coherente.

—Bueno... —empezó— Mis padres no estaban casados; vivían en lo que llaman unión libre. Mamá se fue de su casa cuando supo que estaba embarazada de mí, así que ahí empezó todo. Ella era muy joven, y los abuelos ya eran mayores, así que no tenía a nadie y se fue a vivir con papá. Ninguno de los dos terminó el bachillerato, papá trabajaba como conductor; no tenía educación

para hacer algo más elevado, así que viajaba mucho. Sin embargo, y según mis recuerdos de esa época, todo estaba bien —Ana sonrió, con la mirada perdida en sus recuerdos—. Yo llegaba todos los días de la escuela, y encontraba a mamá con Silvia y Paula en casa; luego papá llegaba y veíamos la televisión juntos. Él nos trataba con cariño, era un padre amoroso... Papá empezó a construir nuestra casa, y todo parecía muy normal, la iba mejorando poco a poco, construyendo una habitación tras otra, poniendo ventanas, tejado...

Carlos la observaba. Ana tenía una voz agradable, una voz tranquilizante, la misma voz que le había llamado la atención la primera vez que la viera en ese hospital. Ahora, ella tenía un mejor corte de cabello, mejor ropa, y más seguridad en sí misma, pero sin duda, seguía siendo la misma Ana.

—Pero luego... —siguió ella— papá empezó a beber. No sé por qué, qué lo impulsó, qué pasó que de un momento a otro dejó de ser como era, y no mejoró, sino que al contrario, las cosas empezaron a ir de mal en peor. Mamá quedó embarazada de Sebastián, y su humor también fue a mal. Discutían mucho, se gritaban cosas, ya no había dinero... si bien antes no estábamos demasiado holgados, al menos había para lo básico; ahora pasábamos mucha necesidad.

Ana lo miró a los ojos, los de ella estaban ahora humedecidos. Tenía en el rostro una sonrisa melancólica y triste.

—Hasta que un día —dijo—, mamá nos abandonó—. Guardó silencio por unos segundos, y Carlos se acercó un poco más a ella. Se había imaginado que su madre estaba muerta, no algo como esto. Frunció un poco el ceño, pero no la interrumpió—. Simplemente un día volvimos mis hermanas y yo del colegio, y encontré a Sebastián solo en casa, con el pañal por cambiar, llorando por hambre... y en el armario, la ropa de mamá ya no estaba. Ni una nota, ni nada... Y papá perdió el control; llegaba ebrio todos los días. Como consecuencia —siguió, respirando profundo— perdió el trabajo, me tocó a mí... asumir la responsabilidad de todo... Sólo tenía trece años, pero ya lavaba y planchaba para traer unos pesos a la casa... Y luego me tocaba llegar, y limpiar la suciedad, y preparar comida... —Se sorprendió cuando sintió la mano de Carlos sobre su cabello, acariciándolo en un toque calmante, se había concentrado tanto en su historia, y sumergido tanto en lo recuerdos, que casi había olvidado que él estaba allí.

—Luego, papá murió —siguió—. Lo encontraron a la salida de una de las cantinas de Trinidad. Ahogado en su propio vómito, semidesnudo, en un callejón. Todos tuvieron pesar por nuestra miseria, pero ninguno vino a ayudarnos.

—El gobierno no tuvo nada que decir? —preguntó Carlos, asombrado— Eran cuatro niños abandonados en una casa; nadie hizo nada?

—Sí, intentaron llevarnos al Bienestar Familiar, pero yo no lo permití. Sabía, sin que nadie me lo dijera, que si dejaba que nos llevaran nos separarían, así que cuando me preguntaban, mentía diciendo que una tía nos enviaba dinero, yo ya tenía dieciséis años, trabajaba para los Riveros, los padres de Ángela. Así que en cierta forma, no nos faltaba nada, y nos dejaron en paz.

—Crees que fue lo mejor? —Ana hizo una mueca.

—No tenía más opciones. Si hubiese permitido que me separaran de mis hermanos, habría enloquecido; hoy la culpa me habría consumido. Son mis hermanos!

—Está bien, lo entiendo.

—Tuve que... tuve que trabajar muy duro, Carlos. Tú dijiste una vez que no tenías tiempo libre para vivir la vida... Yo sí sé lo que es no tener tiempo libre para vivir. Novios, yo? Por favor!

Mientras las chicas de mi edad ya se estaban quedando embarazadas, yo estaba en casa con un bulto de ropa que lavar y luego planchar, con tres bocas que alimentar, tareas en las que ayudar, zapatos que remendar... la pobreza es un monstruo, Carlos. No te puedes descuidar con ella—. Él se acercó poco a poco y besó su frente justo en una ceja.

Él no sabía lo que era la pobreza. Cuando estuvo a punto de caer en ella, tuvo herramientas con las que volver a surgir: su estudio, su conocimiento, la gente que había guardado lealtad a su abuelo, y que depositaron esa misma lealtad y confianza en él. Si no hubiese sido así, quién sabe cómo habría sido su vida desde entonces. Sin embargo, Ana no había tenido nada de eso en ese tiempo. Ella era mucho más valiente y fuerte que él por eso, reconoció.

—Con mucho esfuerzo, pero pude sacar a mis hermanos adelante... —siguió Ana— Bueno, tal vez por mi cuenta no habría podido llegar muy lejos, porque justo en el momento más crítico de toda esta historia, cuando ya en la alacena no había nada, cuando ya no tenía forma de ganar dinero porque por alguna razón todos mis antiguos clientes para los que había trabajado alguna vez se negaron a volver a contratarme... Justo cuando estaba entrando en la desesperación, llegó Ángela a nuestra casa; se acababa de separar de Juan José, traía el corazón roto y un poco de dinero consigo. Con eso sobrevivimos juntas un mes, imagínate. Ahora pienso en esa misma cantidad de dinero y me pregunto cómo hicimos para que durara tanto. Con el ritmo de vida que llevamos ahora, en una semana se habría agotado. Y un mes después, ella era heredera de una gran fortuna. Resultó que Orlando Riveros era más rico de lo que cualquiera habría esperado. El más rico de la región, manejando un muy bajo perfil. Ella nos acogió, nos cobijó bajo su protección... No sé qué habría sido de nosotros si ella no nos saca de Trinidad... y entonces llegamos aquí, y Ángela volvió con Juan José, y se casaron, y formaron por fin una familia.

Carlos respiró audiblemente, y ella lo miró. Tenía sus antebrazos apoyados en las rodillas, y las yemas de sus dedos juntas.

—Es extraño que nadie quisiera contratarte como antes. Parece todo producto de una conspiración... —ella lo besó, y con eso, distrajo su atención. Ya basta por hoy, se dijo. Ya le había contado suficiente por un día. Ya no quería escarbar más en el pasado.

Pero Carlos no era un niño al que pudiera conquistar con dulces. Si bien los besos de ella tenían el poder en cualquier momento y en cualquier lugar de distraerlo, tenía la sospecha de que había algo más en todo esto. Faltaba una pieza.

Sin embargo, se dejó besar. Incluso fue más allá: la tomó en sus brazos y la sentó en su regazo, y profundizó el beso. Cuando sintió las lágrimas de ella, se detuvo, y la sostuvo allí, pegada a él, mientras ella lloraba con el rostro hundido en su cuello.

—Lo siento —dijo ella entre mocos y lágrimas.

—No tienes por qué disculparte.

—No tenía planeado echarme a llorar, sólo...

—Ana, a mi lado llora todo lo que quieras. Quiero no sólo tus alegrías, dame también tus tristezas —ante esas palabras, Ana alzó el rostro y lo miró fijamente a los ojos.

—Haces que te quiera —él sonrió.

—De qué manera me quieres?

—Quisiera meterte en un bolsillo y tenerte ahí todo el día.

—Qué manera de querer más extraña —ella se acercó poco a poco y besó suavemente sus labios.

—Y cómo quieres que te quiera? —preguntó, y besó entonces la nariz de él. Sintió la mano de Carlos posada en su cadera meterse suavemente debajo de su blusa hasta sentir su piel. Ana cerró sus ojos, toda ella había reaccionado ante ese ligero toque.

—Así como te quiero yo a ti. Aunque eso podría ser más un castigo que otra cosa —ella se enderezó.

—Querer a alguien es un castigo? —él hizo una mueca.

—Si te va a doler el cuerpo y el corazón cada vez que le tienes cerca, sí; si lo primero que piensas es en: “diablos, cuándo podré estar a solas con él?”, sí. Quererte duele a veces, Ana—. Ella estaba sonriendo, aunque la descripción que él daba se asemejaba mucho a lo que últimamente ella sentía y pensaba acerca de él, no se alarmó. Se estaba acostumbrando poco a poco a esto, se estaba amoldando a él, y no sentía que estuviese mal—. La otra vez me prometiste que si no salía corriendo, me darías lo que te pidiera.

—Ah. Me estás reclamando ya tu premio?

—Me lo gané, no? —Muy sutilmente, la mano de él estaba ascendiendo por debajo de su blusa. Cuando llegó justo debajo del pecho, se detuvo y la miró como pidiendo permiso.

Él no se había ganado aún el premio, pero esto lo deseaba ella tanto como él, así que cerró sus ojos a modo de respuesta, y la mano de Carlos ascendió aún más. La estaba tocando por encima de la tela del sostén, pero aquello se sentía sublime. Su respiración se agitó inmediatamente, y casi soltó un gemido.

—Te imaginas cómo será cuando al fin te haga el amor? —susurró Carlos, y entonces su mano se metió debajo del sostén y la tocó. Con la otra, fue desabrochando poco a poco los botones de su blusa, a la vez que la besaba sin parar.

—Carlos...

—Mmm.

—No podemos... aquí no —pero él no se detuvo. Desabrochó la blusa y pegó los labios a la piel de sus pechos, lamió y succionó suavemente. Ana apretaba los dientes conteniendo un gemido, tenía miedo de ser escuchada, pero Dios, aquello se sentía tan bien...

Se dejó llevar. Estaba escrito que esto sucedería y ella lo iba a disfrutar, por eso no tenía miedo, así que cuando él la tumbó suavemente en el sofá, no se escandalizó, simplemente disfrutó cada beso, cada lametón. El aroma de Carlos estaba encendido ahora, y ella encontraba aquello más embriagador que cualquier perfume. Él siguió bajando su cabeza y metió la lengua en el hueco de su ombligo; algo líquido y como fuego se derramó entonces dentro de ella, y soltó un gemido que la sorprendió a sí misma. No sabía que era capaz de eso. Él se separó de ella por un momento mirándola a los ojos, orgulloso de ella y de sí mismo, ansioso por continuar, pero triste, porque sabía que no era ni el momento, ni el lugar.

El pecho de él se movía al compás de su acelerada respiración. Ana elevó su mano y tocó los costados de su cuerpo, y él cerró los ojos.

—Ana —susurró él en una voz ronca y queda, como una súplica.

—Qué bueno que sea mi nombre el que dices —él la miró un poco sorprendido, pero ella sonreía, sintiéndose poderosa.

—Es el único nombre que digo, en realidad.

—Ah, sí?

—Ana y sólo Ana. Mi Ana—. Ella sonrió otra vez. Estaba casi desnuda de cintura para arriba,

con los pechos al aire, pero nunca se había sentido mejor, ni más hermosa, ni más especial.

—Mi Carlos —susurró, y fue turno de él sentirse poderoso.

...18...

CARLOS tuvo que reunir todas sus fuerzas y detenerse. Ella, su piel trigueña y suave, sus pequeños senos de pezones morenos, y sus labios dispuestos eran un imán para su boca; quería lamerla, besarla y morderla de pies a cabeza, pero ahora no podía. Intuía que si la alzaba en sus brazos y la llevaba a su habitación, ella entonces se pondría a pensar en el ejemplo que le estaba dando a sus hermanos y la magia se apagaría, así que simplemente se obligó a sí mismo a parar y se alejó de ella. Sin mirarla demasiado, le abrochó de nuevo los botones de su blusa, y se puso en pie dando la espalda. Tenía una tremenda erección bajo sus pantalones, y no era cuestión que ella se diera cuenta y se asustara.

—Necesito un trago —dijo, y se encaminó al armario donde sabía que Ana guardaba los restos de una botella de vino. Se sirvió una copa, y cuando se sintió de nuevo en control, se giró a mirarla. Ella estaba sentada muy correctamente en el mueble donde habían estado, con su ropa toda otra vez en su lugar, y mirándolo atentamente.

—Estás bien? —preguntó ella, y él sólo sacudió su cabeza.

—Estaré bien —Ana sonrió. Él estuvo en silencio por largo rato, y Ana sólo lo observó desde su puesto acabarse la copa de vino—. Quiero llevarte este fin de semana a mi casa —le dijo—. Hablaré con madre mañana y le contaré de ti y de mí—. Ana se puso visiblemente nerviosa. Sabía que Judith la rechazaría con todas sus fuerzas, y no quería poner a Carlos ni ponerse a sí misma en esa situación. No podían simplemente pasar de ella? —No te asustes —dijo él desde su sitio— no puede hacerte daño.

—Y a ti? —él se encogió de hombros.

—Qué me puede hacer? —Ana suspiró.

—Tal vez vayamos a averiguarlo —Él sonrió, y volvió a acercarse.

—No dejaré que te haga nada malo.

—Lo sé.

—A Ángela la aceptó, no te das cuenta?

—No compares; Ángela, a pesar de venir de un pueblo, es la hija de un hombre rico, y ella también lo es. Salvó tu empresa con su dinero, y le dio la nieta que ella tanto había deseado. Una sola de esas razones es suficiente para que le esté eternamente agradecida por haber decidido casarse con su hijo.

—La obligaré a que vea tus virtudes —ella se echó a reír.

—No puedes hacer eso! Y qué virtudes podría ver en mí? Por favor!

—Verá que eres una buena mujer, leal, entregada, de carácter firme y con principios. Y verá que me hace extremadamente feliz tenerte a mi lado—. Ana lo miró por un largo segundo, preguntándose si de veras él la veía así. Como él estaba serio y la miraba con gravedad, asumió que sí, que él la consideraba tal como la había descrito. Sonrió cuando se dio cuenta de que en el pasado nunca se había sentido tan insultada como con Carlos, y ahora, nunca tan halagada.

Miró hacia un lado respirando profundo. Carlos la veía así, pero Judith era y sería otra historia.

—Oh, ella preferirá verte al lado de una rubia extranjera —dijo—, hija de un diplomático o cualquier otra cosa de igual importancia.

—Tan materialista la crees? —ella lo miró entrecerrando sus ojos.

—Carlos, cariño... Es tu madre, la conoces mejor que yo —él hizo una mueca, reconociendo que ella tenía razón.

—Ya veremos si a su edad, y con todo lo que ha tenido que vivir, sigue pensando que lo material es más importante que la felicidad. Ataquemos por ahí —eso la hizo reír, y también la puso más nerviosa aún; él estaba confiando en que lo que tenían ahora sería duradero.

Por qué no? Se dijo. Por qué no podía durar? Relaciones más disparatadas se mantenían aún, como la de Juan José y Ángela. Nadie que supiese cómo habían iniciado esos dos habría apostado un solo peso por esa relación, pero aquí estaban, dándoles una bofetada a todos los que creyeron que no se podría.

Se puso en pie y caminó hacia él despacio. Él la miraba recorriendo con sus ojos su cuerpo como una caricia, y cuando la tuvo delante, tragó saliva.

—Está bien —aceptó ella, respirando profundo, y poniendo sus manos sobre su pecho—. Dile, y que sea lo que Dios quiera —él no pudo resistirlo, y se inclinó a ella para besarla. Ana lo aceptó feliz y lo rodeó con sus brazos, besándolo tan profundo como podía, pegándose a su cuerpo y aceptando su dureza; pero otra vez él se detuvo. Esta vez miró el reloj y se encaminó a la puerta, poniendo distancia entre él y ella rápidamente. Ana se abrazó a sí misma sintiéndose vacía de pronto.

—Es tarde, mañana tú y yo trabajamos —ella asintió con un movimiento de su cabeza, mirándolo aún con anhelo, y Carlos se rascó la cabeza soltando un gemido—. Tengo que detenerme, Ana. Si no...

—Lo sé, lo entiendo —él volvió a mirarla, quizá preguntándose qué tanto sabía ella del tema. Pero sacudió su cabeza y se encaminó a la puerta. Ana lo acompañó hasta la salida. El frío de afuera le vino bien para despejarse un poco.

En el beso de despedida, tuvo más cuidado. Ella era adictiva.

Ana lo vio subirse a su auto, ponerlo en marcha e irse. Se recostó a la puerta cerrada apoyando su frente sobre la madera. Lo quería, lo quería!

Las razones que le había dado a Fabián, las razones que gritaba su cuerpo, las razones que su corazón le repetía se habían juntado para llegar a una misma conclusión.

Tal como Ángela había dicho, había pasado del odio al amor.

Sonrió por lo trillado de la frase.

Ahora quería decírselo, pues sabía que lo haría feliz. Pero, por teléfono? No; la primera vez que ella le dijera un “te quiero” a alguien, tenía que ser, por lo menos, en persona.

La reunión se extendió un poco. Carlos miró su reloj con cierto pesar e incomodidad, hoy no podría almorzar con Ana, tendría que comer algo rápido en la oficina y seguir trabajando hasta la noche. Miró uno a uno a los ejecutivos de Texticol, todos ellos gente capaz y con experiencia. Necesitaba urgentemente delegar responsabilidades y poder tener un poco de tiempo libre para sí. Había invertido bastante en la empresa los últimos siete años, así que ya era hora de poder relajarse aunque fuera un poco.

—Bien, entonces eso es todo —dijo al fin, y cada uno levantó de la mesa sus archivos y papeles y salieron de la sala de juntas tan rápido como aguda era su hambre. Debió haberlos invitado a un almuerzo rápido, pero sabía que ellos preferían su tiempo de descanso que eso.

—Susana —la llamó. La anciana se detuvo en su camino a la puerta y lo miró solícita—. Necesito un favor tuyo. Se trata de Ana. Pídele por favor su pasaporte y toda la documentación necesaria para salir del país. Si tiene visa, que no lo creo, también.

—Ah... claro, claro —dijo Susana, sin agregar nada más, pero obviamente curiosa.

—Te pedirá explicaciones, pero no necesitas hacerlo, es sólo un asunto corporativo.

—Está bien. Algo más?

—Sí. Cuando regreses de tu hora de almuerzo, tendremos que arreglar un asunto importante. Como ya sabes, compraré Jakob, y no quiero tener que dirigirla yo —ella lo miró un poco confundida.

—Va a poner a alguien específico a dirigir las tiendas?

—Sí, eso quiero. Ahora mismo, lo que necesito es descargar responsabilidades, no asumir más. Tendremos también que ampliar la plantilla. Creo que habrá que crear un nuevo cargo—. Susana lo miró con ojos grandes de sorpresa.

—Te vas a casar? —Carlos se echó a reír.

—Qué te hace pensar eso?

—No lo sé, estás deseando tiempo libre para ti, vas a invertir una enorme cantidad de dinero para eso... En todos estos años no te tomaste tus vacaciones reglamentarias ni siquiera para disfrutarlas con esas novias que tenías, así que imagino que por fin te has enamorado de verdad y ese alguien te hizo darte cuenta de que eres joven, y tienes que vivir la vida —Carlos miró a su anciana secretaria sonriendo aún. Susana encontró esa sonrisa tan hermosa que se lamentó de ser tan mayor como para ser su abuela.

—Bueno, no le he pedido la mano, pero... tal vez lo haga más adelante —Susana aplaudió feliz.

—Esto es maravilloso! Con gusto seleccionaré el personal calificado para esto. Déjelo en mis manos—. Susana salió y dejó un Carlos tan soñador que de verse a sí mismo habría tenido que negar que estaba poniendo esa cara.

Casarse con Ana? Susana había viajado de una vez más allá de lo que él antes se había atrevido a imaginar, pero bueno, era una abuela y con la imaginación de una. Sin embargo, ya que la idea estaba allí, tuvo que saborearla y rumiarla un poco.

Lo aceptaría ella? Fue la pregunta que quedó flotando al final.

Salió de su oficina un poco a paso lento, y la encontró sentada en los muebles del pasillo. Ella se puso en pie cuando lo vio y le sonrió.

—Qué haces acá? Deberías estar almorzando —dijo él, feliz de verla.

—Tenía dos opciones —contestó ella—, almorzar a tiempo, pero sola; o esperar un poco, aguantar un ratito el hambre, pero comer contigo —él se acercó a ella sonriente, y la besó.

—Pero no tendremos mucho tiempo, incluso estaba pensando en pedir un sándwich o algo...

—No importa, comeré sándwich contigo —él la miró sonriente y enamorado.

—Qué buena novia que tengo —dijo.

—Es sólo para ahorrarme lo del almuerzo.

—Qué novia lista que tengo —ella sonrió, y le tomó la mano para salir. Carlos miró las manos enlazadas y decidió que definitivamente debía estudiar la idea.

Carlos no encontró razón suficiente para llevar a Ana a comer un simple sándwich, así que fue con ella a un restaurante. Ana tenía clase en la universidad un par de horas más tarde, así que no tendría que volver a la fábrica, y él llegaría unos minutos después de lo acostumbrado, pero tal vez era tiempo de empezar a hacer uso de su poder como jefe. Llegar unos minutos pasado de tiempo por hoy seguro no haría que la empresa se cayera a pedazos. Además, estar aquí al lado de ella y comer juntos, bien valían unos minutos extra.

Luego de pedir los platos, Ana empezó a buscar el momento adecuado para decirle acerca del descubrimiento que había hecho anoche cuando se fuera de su casa, que lo quería. Se moría por decírselo. Quería ver su expresión, sus ojos iluminarse, y quería sacarse de adentro esas palabras. Había pensado que tener un “te quiero” por decir era algo hermoso, pero estaba descubriendo que en su caso era como pretender esconder un cactus en su sostén. ¿Cuándo sería mejor, luego del almuerzo? O mejor en otro momento, cuando estuvieran en un sitio más privado?

Oh, sí, quería eso. Seguro que esta vez él no se contendría, no importa el lugar en el que estuvieran, y la desnudaría y le haría el amor. Al fin. Se moría por eso. No importaba no ir a clase.

Y al segundo se sentía como una perversa por desearlo tanto.

—Míralos aquí, qué hermosos se ven —dijo alguien arrimándose a su mesa. Ana alzó la mirada para encontrarse con los ojos gatunos de Isabella Manjarrez—. No me imaginé que fueras tan vendida, Ana. Mira que relacionarte con este tipo...

—Isabella... —empezó a decir Carlos, con un tono de voz que le advertía que no iniciara un show aquí.

—Yo estoy con Carlos porque quiero —dijo Ana, sin alzar la voz—; tú, en cambio, estabas con él porque era parte de un contrato.Cuál de las dos es más vendida?

—Ana... —susurró Carlos entonces, censurándola tal vez por sus palabras. Isabella había puesto una cara épica, se le notaba que no soportaba la verdad que Ana le había lanzado a la cara.

—Ojalá te dure, querida —masculló.

—Oh, tus deseos me tienen sin cuidado, pues no influirán en lo más mínimo—. Isabella dio la media vuelta y se fue. Ana entonces vio que no iba sola, a la salida del restaurante la habían estado esperando dos personas mayores, tal vez sus padres. Hubo algo en la que debía ser la madre de Isabella que le llamó la atención, pero no logró verle la cara, pues habían salido ya.

—Son sus padres? —Carlos se giró a mirar.

—Sí, ese es el padre de Isabella. He tratado con él antes. Ana, no debiste decirle nada.

—Por qué, porque iba a lastimar sus sentimientos?

—Bueno...

—Ella vino aquí con el propósito de lastimar los tuyos, y si podía, también los míos. Por qué no se le puede pagar con la misma moneda?

—Eso haces siempre? Pagar a todos los que te hacen daño con la misma moneda?

—No, no a todos, ojalá hubiese podido—. Carlos la miró intrigado.

—Una vez me dijiste que tenías experiencia odiando a la gente. A parte de mí, a quién más odiabas, Ana? —ella se echó a reír.

—Ese no es un tema adecuado para comer, sabes?

—Nunca me lo dirás? Esa parte de ti que me ocultas, y que cada vez que toco el tema, haces cualquier cosa para distraerme... nunca me la dirás? —Ana miró en derredor, incómoda, molesta porque su momento romántico para decir “te quiero” había sido echado a perder.

—No es justo que me ataques así sólo porque no me dejé de Isabella. Y te advierto que no me dejaré, no permitiré que intente pasar por encima de mí sólo porque ella es una señorita de la alta sociedad y yo no. O porque crea que tú le perteneces por ese contrato, o lo que sea...

—No te estoy atacando, Ana...

—Pues eso es lo que siento...

—Increíble, estamos teniendo nuestra primera discusión —Ella lo miró a los ojos entonces y se mordió los labios.

—No quiero discutir —dijo.

—Está bien, dejemos así —él estiró la mano por encima de la mesa y tomó la suya, la apretó suavemente y sonrió—. Pongamos pausa aquí, pero tienes que comprender que debemos aclarar ciertas cosas...

—Es mi forma de ser... toda la vida he peleado sola mis batallas, estoy acostumbrada a que cuando alguien me ataca, yo contraataco...

—Eso lo entiendo, Ana... no quiero cambiar tu manera de ser. Y no estoy hablando de lo que acabó de suceder con Isabella.

—Entonces? —él respiró profundo. Ella sabía de qué le hablaba él, pero se rehusaba a tocar el tema y hablarlo. Sin embargo, él cada vez estaba más intrigado por esa parte de su vida que le había enseñado a odiar a la gente, y a estar prevenida y atacar como víbora cuando se sentía amenazada.

Sé paciente, se dijo. Has tenido paciencia antes, tenla otra vez. Afortunadamente, los platos de comida llegaron y pudieron cambiar de tema, sin embargo, ella no mostraba mucho apetito como acostumbraba.

No podía hacer nada al respecto, se dijo Carlos; Ana debía comprender en algún momento que ya no estaba sola, y que ya no tenía por qué seguir peleando sola sus batallas. Quería que confiara en él, que descansara un poco sus cargas confiándoselas a él. Esto tomaría más tiempo del que pensó en un principio, pero tendría que esperar. Tarde o temprano, ella vendría a él con todo lo que tenía, y entonces, al fin podrían ser la pareja que él se imaginaba que podían ser.

Ana estaba molesta, furiosa, quería coger a Isabella y halarle los pelos así como esas mujeres de barrios pobres muy pobres y de mal hablar. A ese punto estaba molesta. Todavía tenía instintos demasiado rebeldes, pensó.

Pero cómo era posible que su rato soñado se echara a perder por esa bruja? Cómo podía ella con su veneno dañarle el humor?

Miró a Carlos un tanto avergonzada.

Ahora recordó una anécdota que una vez alguien contó. Era la historia de un gato amaestrado, que sabía llevar un traje y caminar en sus dos patas traseras, y se conducía con mucha elegancia, imitando a los humanos casi, pero en cuanto alguien había desatado unas ratas, el gato había perdido todo su adiestramiento y se había echado a correr y a perseguirlas para cazarlas... Aquello indicaba que en el fondo, todos tenemos un instinto y este no se puede anular por mucha enseñanza y buen comportamiento que aprendamos. Ana seguía siendo la misma de antes que tuvo que luchar por el bienestar de sus hermanos con uñas y dientes. Tal vez nunca se había peleado con otras mujeres, tal vez no había robado ni matado por el sustento, pero todavía tenía en la sangre ese instinto de sacar las uñas cuando alguien a su alrededor estaba siendo amenazado.

Isabella cada vez que podía soltaba su veneno sobre Carlos, porque estaba resentida, pero eso a ella ya la estaba cansando y no quería que su copa llegara a rebosar. No estaba segura de qué pasaría entonces.

Y no quería, si eso pasaba, avergonzar al hombre que tenía delante.

Lo miró largamente mientras masticaba su comida con pocas ganas. Lo quería, confirmó. Lo quería porque él era todo lo que ella no era; él era paciencia, y luz, y bondad, y buen estar. Tenía tanto que aprender de él!

Él le sonrió, y el humor de Ana empezó a mejorar.

—Está bueno? —preguntó él, señalando su plato. Ella miró y sonrió.

—Sí, muy bueno.

—Tienes un buen paladar, sabes?

—Y buen manejo de los cubiertos, no has notado? —preguntó ella sonriendo. Carlos frunció el ceño.

—No, perdona. No noté nada fuera de lo normal a ese respecto.

—Mejor. Eso quiere decir que lo he estado haciendo bien.

—Te preocupa el tema?

—Sí. Luego de la escena de los caracoles, tomé clases de etiqueta y glamour. Me salió casi por un ojo de la cara, pero aprendí mil cosas que ustedes los señoritos de alta sociedad aprenden desde la cuna —Carlos sonrió, sintiéndose entre apenado porque ella había tenido que hacer eso por su culpa, y orgulloso porque sin que nadie le dijera, ella se había propuesto mejorar.

—Entonces tendremos que ir a comer caracoles, para que me muestres eso que has aprendido —Ana sonrió con toda su dentadura.

—Me encantará, siempre quise restregarte en la cara lo mucho que he aprendido —él se echó a reír.

—A mí me encantará verlo. No tienes que restregármelo para que lo vea.

—Lo tendré en cuenta.

El resto de la comida fue tan relajado como al principio. Ana comprendía que si la discusión no había continuado, había sido gracias a Carlos, pero que en algún momento la tregua se acabaría y ella tendría que desembuchar, como decían por ahí.

Bueno, cuando se diera, hablaría. Mientras, dilataría todo lo que pudiera el momento. Se sentía demasiado bien estar así a su lado como para echarlo a perder con verdades desagradables.

-Oh, querido, hoy llegaste temprano! —Exclamó Judith al ver llegar a su hijo. Carlos dejó el abrigo y el maletín en un mueble y se acercó a ella para besarle ambas mejillas, como era regla hacer— Estás bien? —preguntó ella poniendo el dorso de sus dedos en su frente, como si fuera un niño con fiebre—. No te sientes mal, verdad?

—No, madre, estoy perfecto.

—Entonces por qué llegas tan temprano?

—Porque quería hablar contigo de algo importante —Judith lo miró alzando sus delineadas cejas. No aparentaba los cincuenta años que tenía; era delgada y de piel suave aún. El cabello rubio se había aclarado un poco, pero eso no le restaba belleza, al contrario.

—Es algún problema en la empresa? —preguntó, poniéndose una mano en su pecho.

—No, no se trata de la fábrica.

—Entonces todo está bien, no? Oh! Carolina! Está enferma? Alex?

—Madre, los niños están bien. Siéntate.

—Si me mandas a sentarme es que no me va a gustar...

—Si no paras de hablar, no podré decírtelo —Judith lo miró un poco contrariada, pero se sentó haciéndole caso. Lo miró en silencio; la curiosidad la estaba matando.

—Se trata de mí. Estoy en una relación con Ana, madre. Estoy enamorado de ella —Judith no procesó las palabras de inmediato. Giró su cabeza sin dejar de mirarlo fijamente, casi como una muñeca. Frunció levemente el ceño y preguntó:

—Cuál Ana? No conozco a ninguna Ana, qué apellido es?

—Velásquez, y sí la conoces...

—Velásquez, Velásquez... —repitió Judith tratando de ubicar entre sus conocidos la coincidencia—. No. No me suena de nada.

—Es la amiga de Ángela. Tiene tres hermanos menores, estuvo aquí con ellos en la fiesta de navidad.

Judith se quedó tan quieta que parecía una muñeca de cera.

—Madre?

—Esa Ana?

—Sí, madre. Esa Ana. Estoy enamorado de ella y... —Judith se echó a reír, lo que hizo que Carlos se detuviera.

—Es una broma de muy mal gusto, querido. No tengo edad para esto...

—No es una broma. De verdad estoy enamorado; es la mujer de mi vida, madre. La amo.

Judith se puso en pie moviendo su cabeza en una negación interminable, y se puso a dar vueltas por la sala. Carlos se puso en pie también, dispuesto a sujetarla por si se desmayaba o algo; Judith estaba blanca como el papel.

—Pero... por qué? —Carlos sonrió ante la pregunta.

—Porque así son las cosas. El amor no necesita ni da explicaciones...

—Estás en una relación con ella? Son novios, o algo...?

—Sí.

—Sí qué?

—Sí estamos en una relación. La quiero y me gusta estar con ella. Si me dijera que sí, me

casaría ya mismo.

—No! Jamás! —exclamó Judith—. Tú no! Tú eres mi hijo bueno, mi hijo perfecto! Tú no harás lo mismo que Juan José casándote con una mujer que nada tiene que ver contigo ni con nosotros; a ti no te lo permitiré!

—De qué estás hablando? Pensé que habías aceptado a Ángela.

—Porque es Juan José; qué se podía esperar de él? Además, es la madre de mi nieta, lastimosamente; pero tú buscarás una madre perfecta para tus hijos, porque tú eres diferente, tú eres Carlos, MI Carlos!

—No te permitiré que hables así de mi hermano ni de Ángela. Somos iguales en cuanto a derecho y a nivel, y él es feliz con su esposa, lo que la hace a ella ideal para él. Y Ana me hace feliz a mí, así que...

—No, no, NO! —gritó al fin.

—Es inevitable.

—A esta casa no se te ocurra traerla! Primero me muerdo!

—Lo siento, madre!

—Es que no me quieres? No te importa lo que me suceda?

—No te está sucediendo nada, más que un berrinche de niña malcriada.

—Por qué me hablas así?

—Porque todo este tiempo he estado callado. Vi como insultabas y herías a mi hermano y me faltó valentía para encararte y hacerte ver que lo que hacías estaba mal. Ya no será así, y te advierto que si le haces daño a Ana me lo haces a mí, y si eso llegara a pasar me perderás. Así que elige: Ana y yo o ninguno de los dos.

Carlos tenía la mirada decidida del hombre que sabe lo que dice, que está dispuesto a llevar hasta las últimas consecuencias su dictamen. Los ojos de Judith se humedecieron.

—Yo sólo quiero lo mejor para ti —dijo, y las lágrimas corrieron por sus mejillas. El corazón de Carlos se ablandó un poco, y caminó a ella, la rodeó con un brazo y apoyó su cabeza en su hombro.

—Lo sé. Con el tiempo comprenderás que Ana es eso para mí. La aceptarás, ya verás —Judith cerró sus ojos y se echó a llorar en el hombro de su hijo. No era posible que sus dos hijos varones hubiesen salido tan torcidos en ese aspecto. De Juan José no le asombraba, pero había depositado todas sus esperanzas en Carlos.

De ninguna manera, se dijo mientras lloraba sobre la camisa de Carlos. De ninguna manera esa mujerzuela le robaría a su perfecto y amado hijo.

...19...

JUAN JOSÉ observó a su hermano entrar por la puerta principal de su casa, y tuvo que mirar un pequeño reloj que había en una de las cómodas del vestíbulo; eran las nueve de la noche. Ciertamente era muy extraño recibir visitas a esa hora, y más si se trataba de su hermano.

Tenía a un muy satisfecho Alexander, pero que no se quería dormir, en sus brazos y le daba pequeños golpecitos en la espalda.

—Hey, qué sorpresa verte por aquí a esta hora, todo está bien? —Carlos miró a su hermano menor abrazando a su hijo y el corazón se le conmovió al instante. Cuándo iba él a imaginar que alguien tan fiestero, mujeriego, soltero empedernido, y evasor del compromiso como lo era Juan José iba a terminar así, felizmente casado y como todo un padrazo?

Sonrió y no pudo evitar extender la mano hacia el suave cabello negro de Alex. Éste estaba despierto, con los ojitos grises abiertos y apoyaba una pequeña manito extendida en la espalda de su papá.

—Sí, todo está bien —contestó—. Este señor no debería estar durmiendo ya?

—Ah, cuando tengas tus hijos comprenderás que éstos no entienden de horarios. Acaba de comer, así que le saco los gases y lo distraigo mientras Ángela se da una ducha —Carlos sonrió, y se sorprendió bastante cuando Juan José le tendió el niño para que lo sostuviera él. Lo recibió en sus brazos sintiéndose enormemente torpe. Alex era una cosita muy pequeña, y bastante pesado para lo que esperó —Cuidado con la cabeza —aconsejó Juan José, y Carlos hizo caso poniendo su mano tras la cabecita del bebé. Éste ni se inmutó por el cambio de brazos.

—Es bastante tranquilo —comentó Carlos sonriendo, supremamente enternecido por su carga.

—Porque tiene la panza llena de leche. No quieres verlo cuando tiene hambre, o hay que cambiarle el pañal —Juan José observó a su hermano sentirse torpe con el bebé en brazos, pero feliz de poder sostenerlo. Se acomodó su camisa, que seguramente estaba llena de babas en la espalda, y se encaminó a la sala—. Ahora sí, dime qué está sucediendo.

Carlos caminó tras él teniendo mucho cuidado de por dónde pisaba, como si temiera tropezar o resbalar.

—Hablé hoy con mamá y casi le da un soponcio.

—Sólo por hablar? Tuvo que ser algo muy serio.

—Le conté de Ana y de mí —Juan José retiró del sofá un peluche rosado propiedad de Carolina y se sentó mirando a su hermano muy serio.

—Ana y tú. Perdona, he estado tan ocupado con lo de Alex que me perdí de eso. Ana y tú...

—Estamos saliendo. Podríamos decir que somos... pareja.

—“Pareja” suena muy ambiguo —dijo Juan José sacudiendo levemente su cabeza.

—La quiero, Juan José, y ella aceptó salir conmigo. Creo que me quiere, aunque ella no me lo ha dicho. Por eso no puedo decir abiertamente que somos... novios, o algo así—. Juan José elevó sus cejas. No estaba sonriendo, ni felicitándolo, y Carlos se empezó a sentir un poco confuso; había esperado otra reacción.

—Y mamá la desaprobó —dijo al fin.

—Ya sabes cómo es. La posición social ante todo, para ella—. Juan José hizo una mueca.

—Pues no sé qué decirte, hermano. Sólo tengo una pregunta que hacerte: eres feliz? —La sonrisa de Carlos se ensanchó en su rostro, y Juan José sonrió también, al fin—. A pesar de que no te ha dicho aún que te ama?

—Soy paciente. Esperé todo este tiempo por que dejara de odiarme, esperaré a que me ame.

—Bueno, no sé qué decirte, excepto que me alegra mucho verte así.

—No sabes qué decirme? Eres mi hermano!

—Mi experiencia con esas cosas del amor se limita a mi relación con Ángela, y entre ella y yo las cosas fueron muy locas y disparatadas desde el principio... —Juan José apoyó el brazo en el espaldar del sofá pensativo, como si estuviera recordando aquella época—. Era difícil para mí creerle que de verdad me quería, no me sentía digno de algo así. Yo había jugado al amor, creía que era un teatro con un guión muy bien marcado, y me lo sabía de memoria, pero poco a poco me fui convenciendo de que era real, que era para mí de verdad... Tal vez así se siente Ana —concluyó. Carlos lo había estado escuchando atentamente, imitando los golpecitos que antes Juan José le había estado dando a Alex en la espalda, y de repente, éste soltó un eructo.

—Salud —susurró sonriendo, y Juan José también sonrió—. Crees que en principio ella no me creyera? Es decir, que no se creyera digna de... ser amada, y eso? —preguntó luego, un tanto sonrojado; aún no se acostumbraba a hablar abiertamente de sus sentimientos y a exponer su vida privada ante nadie, aunque fuera su hermano.

—No lo sé, sé muy poco de ella. Lo que sé es por Ángela. Recuerdo que trabajó para nosotros cuando renunció a la casa Riveros... Ah —dijo, como recordando—, Ángela una vez me contó que ese viejo cacreco intentó abusar de ella —Carlos endureció el rostro.

—Sí. Se lo escuché decir a Eloísa cuando Ana fue herida y Carolina secuestrada.

—Ella no te ha dicho nada?

—No. Guarda muchos secretos.

—Eso no es sano.

—Bueno, apenas llevamos una semana saliendo... tal vez...

—Pero te estás muriendo por saber.

—Sí, lo admito, pero no quiero presionar más allá de lo que debo. Nuestra relación no es todo lo resistente como para ese tipo de pruebas—. Carlos vio a Juan José hacer una mueca.

—Pero tarde o temprano tendrá que contarte.

—Y para entonces, yo no sabré qué hacer. Y si me cuenta algo realmente grave que le hizo ese malnacido y ya no tengo cómo vengarme porque está muerto?

—Entiendo tu frustración. Cuando me enteré de que estaba bajo tierra, tuve que ir a verlo con mis propios ojos. Era un desgraciado; te lo digo yo que lo conocí en persona. Cada vez que me imagino a Ángela encerrada en su casa, a merced de su puño y su autoridad... —sacudió su cabeza

—, me da de todo, te lo aseguro.

—Ana trabajó para él.

—Sólo ve preparándote. Ese malnacido era un puerco y un egoísta, le gustaba hacer alarde de su fuerza ante los más débiles, pero huía con el rabo entre las patas cuando alguien más poderoso que él lo amenazaba. Lo que quería lo obtenía. Ana sólo era una muchacha indefensa, guapa, y muy preocupada por sus hermanos.

Carlos cerró sus ojos, sintiendo angustia, y en el momento entró Ángela a la sala.

—Amor, no debiste bajar las escaleras —le reprochó Juan José al verla y haciéndole un espacio a su lado.

—Ya tengo ocho días de parida, Juan José, puedo hacer ciertas cosas —contestó ella calmándolo con un beso—, y me aburro terriblemente encerrada en la habitación. Hola, Carlos.

—Hola, Ángela. Estás guapísima.

—Gracias. Todavía tengo muchos kilos que bajar.

—No hagas caso, estás preciosa —ella le sonrió, pero tenía un ojo puesto en su hijo. Cuando él hizo ademán de devolvérselo, fue evidente su esfuerzo de dejárselo más tiempo en sus brazos.

—Carlos acaba de contarme que él y Ana están saliendo.

—Ah, sí... felicitaciones.

—Cómo —inquirió Juan José—, tú ya lo sabías?

—Me lo contó la misma Ana.

—Y por qué no me lo habías dicho?

—Porque luego parí un hijo y olvidé todo.

—Creo que es una buena excusa —sonrió Carlos.

—Me estaba contando que ya se lo contó a madre.

—Ya? —preguntó Ángela mirando asombrada a su cuñado. Luego le torció los ojos a Juan José.

—Qué?

—Ves? Así es como se hacen las cosas.

—Carlos sólo fue un poco más arriesgado. Yo me evité esa escena que debió hacerle —se defendió Juan José.

—Se molestó mucho? —preguntó ella.

—Muchísimo.

—Vaya.

—Ya se le pasará.

—Y si no?

—Tendré que embarazar a Ana, y cruzar los dedos por que sea una niña. Y así tarde o temprano la aceptará —Juan José rió a carcajadas, pero Ángela tenía el ceño fruncido.

—Qué quieres decir, que a mí me acepta sólo por Carolina?

—Vamos, amor —la puyó Juan José—, ya sé que madre es amable contigo, pero de verdad creías que era la suegra ideal?

—Claro que no, pero... En fin, no importa. Estaré pendiente de esta situación... Ustedes dos tienen una madre muy particular, se han fijado?

—Que si nos hemos fijado? —preguntó Juan José con sarcasmo— Cariño, nadie conoce más sus excentricidades que yo. Pero es nuestra madre, y así y con todas sus rarezas, la queremos—.

Carlos sonrió al escuchar hablar así a su hermano. Y en el momento Alex se tiró un pedo y rompió el momento romántico. Los adultos se echaron a reír y empezaron a bromear—. Está descosido, se le salen los gases por todos lados! —se burlaba Juan José, y Ángela le dio un suave manotazo antes de recibir al bebé de brazos de Carlos. Le revisó el pañal y acto seguido salió con él de la sala.

—No quiero alarmarte —le dijo Juan José a Carlos cuando estuvieron de nuevo a solas—, pero ten cuidado; madre es capaz de todo por alcanzar sus objetivos.

—Lo sé.

—De veras lo sabes? —inquirió Juan José elevando una ceja. Carlos sonrió sin humor.

—Cuando éramos adolescentes no estaba tan ciego; yo me daba cuenta de las injusticias, pero estaba demasiado embebido en mis propias dificultades como para decir algo.

—Dificultades tú? Carlos, estoy muy viejo como para hacerte este reproche, pero a ti todo te iba bien—. Ante esas palabras, Carlos arrugó su frente.

—Eso crees?

—Todo lo que tú hacías era perfecto; tus notas eran perfectas, tu posición al tocar el piano, tu saque en el tenis, tu swing en el golf, tus amigos, tus novias, todo tú eras una bola de perfección.

—Mis amigos? Mis novias? Estás hablando de mí realmente? —Juan José lo miró esperando que rebatiera lo que acababa de decir. Carlos se echó a reír, pero no había humor allí, notó Juan José—. Si haces un esfuerzo, notarás que mis amigos no eran más que los instructores a los que papá y madre pagaban para enseñarme, y mis novias... me creerías que todas las niñas a las que alguna vez le puse el ojo terminaron tarde o temprano en tu cama?

—Qué?

—Y mi saque tenía que ser perfecto, pues jugaba contra madre los domingos; y mi swing tenía que superar al de mi maestro, o nos recortarían la mesada a los dos.

—Qué dices? Esa es la razón por la que papá recortó mi mesada en tantas ocasiones?

—Lo siento.

—Está bien —dijo Juan José agitando su mano, como espantando el recuerdo—. Pero los tuviste, así fuera para competir contra ellos en los deportes o te acosaran para que sacaras buenas notas. Estuvieron a tu lado—. Carlos hizo una mueca; en Juan José había aflorado el resentimiento de un niño abandonado. Pero, cómo decirle que a pesar de haber tenido a sus padres allí, ellos no fueron tales para él? Fueron más un par de tutores muy estrictos, a toda hora esperando por su perfección.

—Sí, fui el hijo de mostrar y alardear —reconoció Carlos, pero en él no había orgullo, más bien tristeza—, pero hubo muchas ocasiones en las que yo habría preferido mil veces irme de vacaciones a San Andrés con mis amigos que tener a mis padres delante de mí mientras yo recitaba el abecedario griego.

Juan José permaneció en silencio. Recordaba ese hecho; la madre de Mateo estaba aún viva, y había inventado un viaje de una semana a su cabaña en San Andrés Islas, y había venido a la mansión Soler para hablar con Judith y convencerla de que le permitiera a Juan José ir con ellos. Judith no había puesto problema, y Carlos se quedó con las ganas de que a Paloma, la madre de Mateo, se le saliera por casualidad que él también podía ir.

Ninguno de los dos había tenido una infancia agradable, reconoció. Los dos habían tenido carencias irremplazables.

—Qué padres los que tuvimos, no? —rió al fin Juan José, y Carlos notó su mirada brillante.

—Sí. Fueron únicos en su especie. Madre sigue siéndolo.

—Ten cuidado —le repitió Juan José—. No le creas nada hasta haberlo comprobado por ti mismo. Cuida de Ana.

—No tienes que decírmelo. Espero poder actuar de pararrayos para ella —Juan José se echó a reír, y entonces Carlos se puso en pie—. No, tómate aunque sea una copa de vino antes de irte —le pidió Juan José cuando Carlos hizo ademán de despedirse.

—Te temo a ti y a tus invitaciones —eso lo hizo reír de nuevo.

—No te embriagaré... tú no me dejarás.

—Ten por seguro que no.

Siguieron riendo y hablando, y Carlos aceptó la copa que su hermano le ofrecía hablando de los niños, de Ángela, y de mil cosas más. Felices de poder seguir siendo hermanos no sólo de sangre.

Ana vio muy extraño el comportamiento de las secretarias y todo el personal que laboraba en el mismo piso que Carlos. Se susurraban cosas tapándose los labios y miraban subrepticamente la puerta de la oficina del jefe.

—Pasa algo? —preguntó intrigada. Dudaba mucho que ya se supiera que ella y Carlos estaban en una relación, a menos que Ramiro Buendía hubiese abierto la boca, y en ese caso la estarían mirando curiosas también a ella, y no era así.

—La madre del jefe vino a verlo.

—Qué? La señora Judith?

—La conoces? —preguntó una de ellas. Ana hizo una mueca.

—La he visto un par de veces.

—Dicen que es muy guapa y estirada, lo es?

—Bueno... —Lo era, quiso decir Ana, pero no podía hablar así de la que iba a ser su suegra. En el momento, Carlos Eduardo salió de la oficina, y al verla le hizo una señal para que se acercara. Alrededor las secretarias aumentaron su cuchicheo.

—Puedes entrar, por favor?

—Yo? Para qué?

—Ana —le susurró él—, no me hagas explicártelo delante de todos—. Ana se giró a mirar; la curiosidad se había trasladado a ella, pero poco a poco el grupo de mujeres se había ido dispersando con la salida del jefe. A ninguna le convenía ser llamada a cuentas por descuidar sus labores.

Ana entró a la oficina y encontró a Judith sentada muy recta y con las rodillas juntas en la pequeña sala de estar de la oficina de Carlos. Llevaba puesto un fino conjunto de paño de cuadros gris y negro con cortes rectos que estilizaban su figura aún curvilínea, y lucía una fina gargantilla de oro blanco con un diamante enorme en forma de pera que se metía en el hueco de su cuello; más que venir a ver a su hijo y a ella, parecía dispuesta a recibir a la reina de Inglaterra. Al verla no retiró su mirada, por el contrario, se la sostuvo. Ana no se sintió para nada cómoda.

—Señora Judith —saludó Ana.

—Mi hijo me ha contado lo de... que tienen una relación—. Ella hizo una pausa, como esperando a que ella lo admitiera o lo negara. Cuando Ana no dijo ni hizo nada, siguió—: quiero que sepas que —respiró profundo— no me hace particularmente feliz este hecho...

—Madre... —le reprochó Carlos.

—Pero estoy dispuesta a conocerte —siguió Judith—, estoy dispuesta a... darte una oportunidad.

—Muchas gracias, señora.

—Por eso quiero que vayas a almorzar con nosotros este sábado a mi casa.

—Qué? —preguntó Ana, casi horrorizada.

—Quiero que pasemos una tarde en familia, así podré conocerte, saber un poco más de ti que lo que me cuenta mi hijo... y tal vez... tal vez nos llevemos bien —las palabras le habían salido a la fuerza, notó Ana. Nada de lo que decía era de corazón; estaba aquí obligada por alguna razón y aquello le produjo una profunda desconfianza. Miró a Carlos pidiendo auxilio, pero él estaba sonriente, feliz del paso que supuestamente estaba dando su madre.

—Ah... —titubeó Ana. Respiró profundo, calmando la necesidad de salir corriendo y esconderse en algún oscuro rincón—. Sí, este sábado estará bien.

—Muy bien. Me parece perfecto —dijo Judith poniéndose en pie. Se acercó a su hijo y le besó ambas mejillas. Ana notó que la mirada de la mujer se suavizaba a niveles esponjosos cuando la depositaba en Carlos. Definitivamente estaba en problemas, pues le estaba arrebatando lo más precioso que tenía en la tierra a una mujer que era muy capaz de convertirse en una víbora.

Pero ella, esta vez, no podía contraatacar. Era la madre de Carlos, el hombre que más le importaba, el hombre que quería, y deseaba con todas sus fuerzas hacer las cosas bien. Llevarse mal con Judith no ayudaría mucho, así que tendría que resistir por ahora lo que fuera a suceder.

—Bueno, tengo que volver a mi lugar de trabajo —dijo, mirando su reloj. Judith le sonrió, Carlos le sonrió, ambos de maneras muy diferentes.

—Nos vemos luego —le dijo él.

Sin agregar nada más, se devolvió al cuarto de archivo, muy pensativa, preocupada, y obligándose a resignarse. Pasaría la tarde del sábado con Carlos y su madre y sería minuciosamente inspeccionada; ella, su educación, su linaje, su manera de pensar, todo sería puesto bajo la lupa para luego ser severamente criticada.

Bueno, se dijo, no estaría sola; estaba segura de que Carlos no permitiría que su madre se pusiera muy pesada.

Iba llegando la noche, y el final de la jornada de trabajo, cuando Carlos entró al cuarto de archivo. Ramiro ya no estaba allí, así que estaban a solas.

Él no saltaría sobre ella para aprovechar la soledad y besarla, supo Ana; nunca lo hacía. Había entendido que él primero siempre quería conversar de algo, y luego sí, los besos. Ya lo iba conociendo.

—Perdona si de pronto madre pareció más tiesa de lo que en verdad es —le dijo.

—Muy tiesa y muy maja, tu madre —dijo ella, y Carlos sonrió otra vez.

—No me imaginé que fuera a organizar un almuerzo para conocerte. De veras fue una sorpresa para mí. Cuando me lo dijo, realmente fui feliz. Tal vez tú y ella puedan llevarse muy bien, y hasta ser amigas.

—Ay, Carlos... tienes demasiada fe en eso.

—Tengo que tenerla, son las mujeres más importantes de mi vida —ella sonrió, pero no dijo nada al respecto. En cambio, empezó a recoger sus cosas.

—Tendré que ir de compras. Creo que no tengo nada en mi armario como para un “almuerzo con la suegra”.

—No tienes que hacerlo. Toda tu ropa es genial —ella volvió a sonreír. Él la veía así, pero no había notado la mirada de pies a cabeza que le había echado su “madre”. Ana se acercó a él, apoyándose en su pecho.

—Iré de compras, igualmente. Tal vez le pida a Eloísa que me asesore. Tiene muy buen gusto.

—Pero no cambies tu estilo.

—Qué tiene de especial mi estilo?

—Que grita por todos lados “Ana”—. Ella volvió a reír, exponiendo su cuello, lo cual fue demasiada tentación para Carlos, y justo como ella había previsto, él se inclinó a ella para besarla, sólo que no fue en la boca, sino en la curva de su cuello. Su sonrisa se apagó de inmediato, y los sonidos que llenaron su boca fueron muy diferentes. Se pegó más a él, deseándolo, necesítándolo. Deseaba abrirse como se abría una flor y recibirlo todo en su interior.

Oh, Dios, cuándo, cuándo, cuándo?

Se restregó suavemente contra él, contra el bulto en sus pantalones, y Carlos puso ambas manos en sus nalgas sujetándola allí.

—Eres peligrosa —le susurró.

—Y tú mortal —él rió.

—Estaba pensando que tus hermanos se van ese fin de semana a Santa Marta con Fabián... quería llevarte a un lugar especial.

—Mmm, a dónde?

—Será una sorpresa.

—Dioses, sí—. Él volvió a reír.

—Aceptas muy confiada. Tal vez lo que tengo planeado es descuartizarte y comerme cada pedacito de ti, no te asusta? He pensado que al horno debes estar muy rica.

—Mi novio es un caníbal. No puedo creer que eso me encante —él volvió a reír, pero ella volvió a besarlo, y ahogó su risa en su boca.

—No —dijo él, separándose—. Te lo ruego —susurró, y ella lo miró extrañada—: no empieces lo que no has de terminar. Por favor. Duele.

—Duele? —preguntó ella, confundida. Él rió otra vez. A veces Ana parecía muy experimentada, y otras, como esta, muy inocente.

Se alejó de ella. Si bien algunos estaban de acuerdo en que estos jugueteos eran la mejor parte de una relación, él llevaba meses sin una mujer. Demasiados. Con Isabella no había podido concretar el encuentro, pues justo cuando entraban a la habitación, él había susurrado el nombre de Ana. Obviamente todo se había enfriado, e Isabella había salido como una tromba, y furiosa.

Ana lo miró un poco desconcertada. Ni se imaginaba por lo que estaba pasando. Esperaba no se molestara con él.

—Luego del almuerzo con madre te llevaré al sitio que te dije.

—No has dicho a dónde —contestó ella.

—Es una sorpresa —repitió él.

—Bien, me pongo en tus manos—. Él sonrió de medio lado, observándola mientras ella iba de un lado a otro recogiendo su abrigo y su bolso. Cuando ya estuvo lista, él rodeó sus hombros con su brazo y salieron del cuarto de archivo.

...20...

-BIENVENIDA —dijo Leti, una mujer mayor, uniformada, y que había estado también en la fiesta de navidad en aquella enorme casa. Ana sonrió un poco nerviosa y la siguió.

Sus hermanos habían viajado esa madrugada hacia Santa Marta, al parque Tayrona, con Fabián, así que del trabajo había venido directo aquí. Ya nadie la esperaba en casa, y Carlos le había dicho que luego del almuerzo la llevaría a un sitio especial, así que en su bolso traía lo básico para pasar una noche fuera, incluso un cambio de ropa interior. Para esta noche, estaba dispuesta a todo.

Miró en derredor y caminó tras Leti acercando más a su cuerpo el bolso. La mansión Soler era inmensa; la vez pasada que estuvo aquí era de noche, así que no pudo apreciar el hermoso paisaje del jardín, con una fuente en medio del lobby car y rosales de diferentes colores por doquier. En el momento, había dos automóviles aparcados. No reconoció ninguno de los dos, uno era un deportivo blanco con el techo subido, y el otro, un sobrio Mercedes Benz azul oscuro, pequeño y bonito.

El exterior de la mansión era blanco y azul, con cristalerías altas y de líneas simples. Se notaba que era una casa habitada por gente que no sólo quería tener poder, sino ostentarlo. Por la fiesta de navidad sabía que además de hermosa, también era acogedora; tenía muchos sitios donde pasar el rato. Sin embargo, se dijo, había cosas que el dinero y las casas grandes no podían compensar, como lo era un corazón frío como el de Judith.

Entró a la mansión guiada por Leti, que le iba diciendo que el señor aún no había llegado, pero que la señora Judith la estaba esperando.

Sólo el vestíbulo era del tamaño de su sala de estar, pensó Ana, y Leti la condujo a través de salas y más salas hasta llegar a una finamente decorada. Todo era al estilo isabelino, y de colores pasteles, papel tapiz de flores de suaves tonos en la pared, carpetas tejidas al crochet, y suelo de madera de un tono casi blanco. Era bastante iluminado, pues los ventanales daban directo al jardín de rosas, que al parecer, rodeaba toda la mansión. Demasiado femenino; los muebles, los detalles de decoración, los colores... Y allí en medio había un grupo de mujeres mayores, entre ellas Judith.

—Ah, mírenla, aquí está —dijo ella poniéndose en pie, con una sonrisa que a Ana le produjo escalofríos—. Es la nueva novia de mi hijo. No negarán que tiene gustos exóticos.

—Pero si eres una muchachita apenas, qué edad tienes, niña? —dijo una de las mujeres. Tenía el cabello corto y castaño oscuro, y olía fuertemente a alguna fina loción.

—Buenas tardes —saludó, y luego se presentó—. Mi nombre es Ana Velásquez.

—Ellas son unas amigas que invité para esta ocasión —se explicó Judith—, tengo el placer de presentarlas: Dora, Arelis y Rebeca.

—Mucho gusto —todas asintieron, pero una de ellas, Rebeca, no sonreía; sostenía entre sus manos un bastón de madera, y la miraba austera.

—Pensé que mi hijo te traería —dijo Judith, mirándola de lado—. Viniste por tu cuenta, por lo que veo.

Aquello era en parte verdad. Carlos no había estado en la fábrica esa mañana, sino por fuera ultimando algunos detalles. No sabía qué detalles, pero eran cosas de su trabajo. Él había lamentado el no poder llevarla, pero eso le había dado a ella tiempo para serenarse. Carlos le había enviado a Edwin para que fuera por ella a la fábrica, y en el camino aprovechó para retocarse un poco. Nunca usaba maquillaje, pero ese día se había aplicado lo básico para no verse tan simple. Llevaba una blusa color crema nueva que había comprado la noche anterior con Eloísa debajo de una chaqueta jean como su pantalón y el cabello suelto. Había cambiado sus botas de siempre por unas sandalias de tacón alto, y le daban en general un aspecto un poco más sofisticado. Siempre había optado por la ropa cómoda, y ya que Carlos había insistido en que no cambiara su estilo, lo había conservado al venir aquí.

Además, se dijo, hagas lo que hagas, Judith no te aceptará, y lo estaba comprobando; ella había traído a tres mujeres más para asentar su opinión acerca de que ella no era adecuada para su hijo. Tenía miedo de saber lo que sucedería a continuación.

—Carlos no pudo traerme —contestó Ana—, pero envió a Edwin por mí a la fábrica y me trajo hasta aquí.

—Claro, mi hijo es todo un caballero. Pero sigue y siéntate. El almuerzo lo servirán en cuanto llegue —Ana notó que ella casi nunca llamaba a Carlos por su nombre, siempre era “mi hijo”, y si estaba delante de él era “querido”. Iba comprobando que era verdad lo que había presentido: Carlos era el ojito derecho de esta mujer.

Leti llegó con un servicio de té. Ana se preguntó si era correcto ingerir cualquier cosa minutos antes del almuerzo. Dedujo que si Judith, la reina de la etiqueta, lo aprobaba, entonces no estaba tan mal. Leti salió y Ana se dedicó a poner un poco de azúcar a su taza. Notó que todas las mujeres estudiaban minuciosamente cada uno de sus movimientos.

—Ya se acostaron? —preguntó Arelis de repente, y Ana inspiró tan fuerte, que casi deja caer un poco del té de su taza.

—Disculpe?

—Que si ya se acostaron. Hoy en día eso es muy normal, así que no me hagas esa cara.

—Pero eso... es muy privado.

—Entonces no se han acostado? —preguntó Judith, como si sólo estuvieran hablando del clima—. No estás planeando embarazarte, o algo así, verdad?

—No tengo planeado tener hijos por fuera del matrimonio, señora Judith.

—Ah, de veras? Interesante. Hoy en día todo se resuelve siempre de la misma manera; mira a Ángela y a Juan José. Obviamente él se casó con ella porque tenía una hija suya.

—Ese hijo tuyo dio mucho de qué hablar, déjame decirte —dijo Dora, meneando su cabeza.

—Oh, dio saltos aquí y allí de mujer en mujer hasta que la más viva lo atrapó.

—En realidad no fue así —saltó Ana al instante.

—Por favor —rió Judith—, no tienes que explicarme esas cosas a mí. Se casaron y ya Carolina tenía un año de nacida. Qué otra cosa podía ser?

—Nunca ha hablado con su hijo de eso, verdad?

—Con mi hijo? Ese no es asunto suyo, por qué iba a hablar con él de eso?

—No me refería a Carlos. Me refería a su otro hijo, Juan José.

—Ah... —Ana la miró incrédula. Tan por fuera estaba de su mente Juan José que cuando le decían “tu hijo”, ella sólo pensaba en Carlos? Pobre hombre!

—No, y no me interesa, la verdad. Es su vida.

—Si yo tuviera un hijo que de repente aparece con una hija y diciendo que se va a casar con su madre, lo sentaría y le haría soltar toda la historia —aseguró Ana, imaginándose la escena, sólo que con Sebastián. Si Sebastián hiciera algo así, no sólo le haría soltar toda la historia, pensó. Lo castigaría. Con rejo.

Notó que Judith la estaba mirando con una media sonrisa, y la miró interrogante. Judith habló dirigiéndose a sus amigas, como si ella no estuviera allí.

—Imagino que en las familias pobres todo se hace diferente, pero es que claro, allá será muy normal que los hombres embaracen a las mujeres sin haberse casado. Como comprenderás —dijo, volviéndose a ella de nuevo—, en nuestro círculo no es así —Ana elevó una ceja. Antes que molestarle, lo que quería era reírse. Hasta dónde llegaba el esnobismo de esta mujer? O lo hacía a propósito para provocarla?

En el momento, la puerta se abrió y tras ella apareció Carlos. Al fin.

Vio a Judith ponerse en pie y caminar hacia él con ambas manos elevadas para tomar su rostro y besarle en ambas mejillas. Carlos recibió su saludo, pero de inmediato su semblante cambió al ver a las otras tres mujeres. Él no sabía de esto, seguro.

Sin embargo, no hizo preguntas, se dirigió a las mujeres y sostuvo su mano y besó el dorso de sus dedos con mucha caballerosidad. A ella le dio un ligero beso sobre los labios y se sentó a su lado tomando su mano. Vio a Judith servirse una nueva taza de té y probarla permaneciendo en pie, como si así pudiera estudiarlos mejor. Carlos no le prestó atención.

—Veo que ya tuvieron el placer de conocer a mi novia —dijo sonriente, como si tal cosa. Las mujeres ahora estaban muy serias.

—Oh, habríamos querido tener más tiempo a solas con ella, ya sabes, para conocerla mejor.

—Imagino —dijo Carlos, apretando suavemente su mano.

—Tu novia es muy peculiar, no puedes acusarnos de tener curiosidad —dijo Dora, sonriendo con una dentadura que Ana sospechó había sido mandada a hacer, como su nariz, o los pómulos de Arelis.

De repente sintió algo caliente caer sobre su hombro, y ella reaccionó. Judith debió haber tropezado, y el té que sostenía en sus manos había caído sobre su blusa color crema.

—Ah, lo siento, lo siento! —exclamó ella disculpándose. Ana se puso en pie retirando la tela húmeda y caliente de su piel. Carlos metió en medio su pañuelo para que no le siguiese haciendo daño.

—Estás bien?

—Arde un poco —admitió ella, tremendamente abochornada. Había sido en realidad un accidente?

—Lo siento tanto! —exclamó de nuevo Judith—. Por favor, perdóname! Claudia! —llamó. Al

instante apareció una mujer uniformada, y como si supiera qué tenía que hacer, tomó a Ana del brazo y suavemente la condujo fuera de la sala. Ana la siguió hasta el segundo piso asegurándose de llevar su bolso consigo. Tendría que cambiar de sostén, pero lamentablemente no había traído otra blusa. Entró a una de las habitaciones guiada por Claudia, y si hubiese estado de mejor ánimo, habría notado lo lujosa que era, y que no era una de huéspedes, como la que había ocupado con sus hermanos en nochebuena, sino que tenía muchas señales de ser habitada por alguien.

—Puede usar el baño —dijo la joven—. Yo procuraré buscar una blusa de la señora como para usted.

—No, no importa. Usaré la misma.

—Pero tal vez esa está manchada.

—De todos modos. Prefiero usar mi blusa así manchada, ya la limpiaré con algo. Sólo indícame el baño—. Claudia le señaló con el dedo y Ana entró al baño más grande, espacioso y lujoso que jamás hubiese visto. Tenía una bañera enorme, tanto que parecía una pequeña piscina, y en uno de sus lados había una pequeña fuente que parecía natural. Se sentía en un pequeño jardín. De quién era esta habitación? No era la de Carlos, ella la habría reconocido.

Se quitó la blusa de inmediato y la puso bajo el grifo del agua fría; se cambió el sostén por el que había sacado de su bolso y refrescó con paños húmedos la piel que había sido herida con el té caliente. Afortunadamente, la mancha salió fácilmente de la blusa, pero ahora una gran parte estaba mojada y no sabía qué hacer para secarla. Si lo intentaba a la fuerza, la delicada tela se echaría a perder. Encontró un secador y lo encendió sobre la tela mojada, pero cuando vio que los minutos pasaban y no se secaba, desistió. Se la pondría así, por nada del mundo usaría una prenda de Judith.

Cuando bajó, se sintió un poco perdida. La casa era demasiado grande, hacia dónde estaba la sala de Judith? Miró a un lado y a otro. Esto estaba saliendo peor de lo que había imaginado. Claudia no estaba por allí, y no quería empezar a dar voces para que alguien la guiara de vuelta. Anduvo unos pasos, pero dio con una sala de juegos. Se devolvió, cruzó a la izquierda, pero esta sala daba directo a un invernadero lleno de más rosas. El sitio era extremadamente hermoso, pero ella no tuvo cabeza para admirar el cuadro, sólo desanduvo el camino. Cómo podía ser tan torpe como para perderse dentro de una casa?

Pero era una casa enorme, se excusó a sí misma.

—Estás bien? —dijo la voz de Carlos, y Ana corrió a él y lo abrazó fuertemente. Los ojos se le humedecieron, aunque intentó controlarse.

—Lo siento! —dijo—. Me perdí... venía tan ocupada por lo de la blusa y el té que no me fijé en el camino, y Claudia se fue y...

—Ya, tranquila.

—No soy así de torpe, te lo juro. Y normalmente estas cosas no me pasan...

—Ana, tranquilízate. Tal vez soy yo quien está siendo un pésimo anfitrión —eso la detuvo. Lo miró a los ojos muy seria. Él hizo una mueca—. No me imaginé que madre traería a esas mujeres... lo siento.

—Yo ya sabía que iba a ser horrible, no te preocupes —él sonrió, y lentamente se inclinó a ella y la besó.

—Se van a quedar aquí? —dijo la severa voz de Judith, y Ana casi dio un salto—. Ana, realmente! Llevamos horas esperándote.

—Ah, lo siento, yo...

—Estabas explorando la casa, por lo que veo.

—No... me perdí...

—Ya. El almuerzo está servido. Pasan, por favor? —Carlos tomó firmemente su mano, y le lanzó una mirada dura a su madre cuando pasaron por su lado. Ana quiso esconderse, que la tierra se abriera y se la tragara. Qué difícil era la posición en la que estaba.

Se sentaron en la misma mesa de la cena de navidad, y Carlos la presidía. Al menos Judith había tenido la delicadeza de ponerla a su lado. Tenía a Rebeca al otro lado, pero ésta hasta ahora no había abierto la boca para decir nada.

—Y dime, qué es lo que haces en Texticol? —preguntó Judith.

—Trabaja en la fábrica? —preguntó Arelis.

—Sí, la vi allí el otro día que fui de visita. Realmente me sorprendí...

—Trabajo en el archivo —contestó Ana, un poco molesta por que hablaran de ella como si no estuviera presente.

—En el archivo?

—Soy la chica del archivo —repitió Ana—. Recojo toda la documentación importante, la clasifico y la guardo.

—Pensé que tenías un cargo más...

—Importante? No, no puedo hasta que me gradúe.

—Estás estudiando aún? Qué edad tienes?

—Eso no importa, verdad? —interrumpió Carlos con voz suave, aunque firme—. Madre, los camarones están deliciosos.

—Gracias, querido —contestó ella, como si los hubiese preparado con sus manos. Ana miró su plato. Estaban buenos, claro que sí, pero ella también los sabía preparar. Sin embargo, dedujo que alardear de eso no la dejaría en buena posición aquí, cuando lo importante era quiénes eran tus padres y cuánto dinero poseían.

—Desde cuándo se conocen? —preguntó Dora.

—Ah... desde hace unos cuantos años ya—. Contestó Carlos cuando vio que Ana no lo haría.

—De verdad? Qué curioso.

—No lo es tanto. Ana es amiga de Ángela, la esposa de Juan José.

—Por supuesto —dijo Arelis, y aquello, aunque solo fueron dos palabras, se oyó muy petulante—. Y desde cuándo salen?

—Sólo un par de semanas.

—Y ya la estás presentando como tu novia? No es eso un poco precipitado?

—Mi hijo es así —sonrió Judith—, tan apasionado!

—La verdad es que esta comida era sólo con madre —la interrumpió Carlos—, fue ella quien las invitó a ustedes. En ningún momento iba a ser un almuerzo formal.

—Oh, no me acuses —dijo Judith aún con voz sonriente—, quería que ellas la conocieran también.

—Te molesta que estemos aquí? —preguntó Dora con voz dolida.

—No, claro que no. Es sólo que odio las encerronas, y madre lo sabe.

—Pero Ana! Estás muy callada! —dijo Judith, ignorando el tono de voz de su hijo. Ana sólo se encogió de hombros.

—Creo que ustedes se sienten muy cómodas fingiendo que no estoy aquí, así que he decidido disfrutar de los camarones y luego irme—. La mujer que estaba a su lado, Rebeca, se echó a reír, y Ana se giró a mirarla. Esta mujer era extraña.

—No digas ese tipo de cosas, no es muy educado de tu parte —la acusó Judith. Ana miró a Carlos, pero éste estaba sonriendo. Tal vez estaba aliviado porque ella al fin sacara un poco sus afiladas uñas.

—Pero no tengo manera de saber lo que es educado o no, verdad? Ya que no soy como ustedes.

—Estás admitiendo que no eres de nuestro nivel?

—Nunca he pretendido estar al nivel de ustedes. De hecho, creo que están en un nivel inalcanzable—. Dora y Arelis se miraron entre sí, como si no comprendieran del todo lo que Ana quería decir.

Afortunadamente, los sirvientes entraron y retiraron los platos vacíos y dejaron en su lugar el postre.

—En fin, Judith, me lo vas a prestar o no? —dijo Dora, cuando se encaminaban a la sala que daba al invernadero y refiriéndose quién sabe a qué cosa. Ana había comprobado que por muy bien educadas que parecieran estas mujeres, eran tremendamente groseras cuando se lo proponían.

Quería irse, tenía urgencia por salir de esa casa, que si bien era preciosa, la estaba ahogando. Se apoyó fuertemente en el brazo de Carlos.

—Claro que sí —le contestó Judith a Dora—, incluso lo saqué de su estuche para ti, dame unos segundos —dijo, y dio la media vuelta dejándolos en la sala. Ana se sentó al lado de Carlos. Se aferraba a él como una almeja se aferra a una roca en un acantilado. No quería soltarlo.

—Hacen una bonita pareja —dijo Arelis sonriente, y ni Carlos ni Ana dignificaron ese comentario haciendo otro. Ana las observó, todas tan hermosas y tan bien cuidadas, ninguna de ellas aparentaba la edad que seguramente tenían. Excepto por Rebeca, que parecía mayor y estaba menos maquillada y tinturada que todas, debían estar en la cincuentena.

Ana se concentró entonces en la mujer que sostenía el bastón, y que hasta ahora no había dicho nada, pero, notó Ana, su mirada era la de un halcón. Ella no ocultaba sus canas con tintes, y sí, los estudiaba a ella y a Carlos, pero no del mismo modo incómodo que las otras mujeres.

—Nosotras somos amigas de Judith desde hace muchísimo tiempo —Dijo Dora, mirando el techo como una adolescente soñadora—. Incluso estuvimos en su boda con Carlitos. Claro, yo era un poco menor, así que no fui su dama de honor.

—Tú menor que Judith? Tenemos la misma edad! —saltó Arelis.

—Claro que no, ella me lleva unos cuantos años.

—Siempre es así —le susurró Carlos en el oído—. Ninguna quiere ser la más vieja de todas —. Ana sonrió.

—Tal vez Ángela, Eloísa y yo terminemos así.

—Dios nos libre —Ana se echó a reír, y Carlos la miró fijamente, como deseando besar esa risa.

—No puede ser! —exclamó Judith entrando a la sala de repente y haciendo ruido—. No está!

—No está qué?

—El collar! El collar de diamantes que le iba a prestar a Dora, no está en su sitio! —Todos se habían puesto en pie, y Ana empezó a sentir cómo la bilirrubina se le subía y se le bajaba.

Observó cómo todas empezaban a hacer exclamaciones, como una obra de teatro muy bien ensayada; excepto por Rebeca, que miraba a todos sin inmutarse.

—Lo habrás cambiado de sitio sin que te dieras cuenta —sugirió Carlos.

—Carlos, querido, no soy tonta! —exclamó Judith—, soy muy cuidadosa con mis joyas, todo el tiempo sé dónde están; me las regaló tu abuelo Ricardo a tu nacimiento!

—Vuelve a buscar, madre.

—Ya busqué, ya busqué! Tú —gritó mirando a Ana—. Estuviste en mi habitación, fuiste la última en entrar!

—No se te ocurra acusar a Ana! —amenazó Carlo en voz alta.

—Tuvo que ser ella! O si no, dónde está mi collar? En esta casa nunca jamás se ha perdido siquiera un tenedor de plata, por qué se iba a perder mi collar de diamantes?

Ana lo sabía. Sabía que esto sucedería, y poco a poco fue soltando la mano de Carlos. La suya estaba helada y sudorosa. No podía creer que Judith hubiese montado todo este teatro tan de telenovela barata sólo para hacerla quedar como una ladrona no sólo delante de Carlos, sino también delante de sus amigas. Pero claro, ellas estaban metidas en el cuento.

—No soy una ladrona, señora Judith —susurró, aunque su voz salió un tanto ominosa.

—Si es así, vacía tu bolso ya mismo! — Oh, no, se dijo Ana. Este era su fin. Miró a Carlos con tristeza; él la miraba pidiéndole que lo hiciera para demostrar ante todos su inocencia, pero ella estaba más que segura que allí estaba el bendito collar. Analizó rápidamente la situación y concluyó que la tal Claudia, la muchacha que la había llevado a la habitación, debía haber aprovechado el momento en que ella estuvo en el baño para meter la joya allí... y ahora sabía que lo del té no había sido un accidente; todo estaba demasiado bien montado como para que fallara algún detalle.

Cerró sus ojos. Bien. Quedaría ante Carlos y los demás como una ladrona, no había vuelta atrás.

Caminó lentamente hasta el bolso de cuero que había comprado para navidad y lo vació en el sofá. Por supuesto, allí estaba la misma gargantilla con el diamante que Judith había usado en su visita a Texticol. Todo estaba planeado desde entonces.

—Lo sabía, lo sabía! Eres una vil ladrona! Voy a llamar a la policía!

—Madre! No se te ocurra hacer tal cosa!

—Y esperas que tolere este acto de... vandalismo en mi propia casa? Es aberrante! Nunca me había sentido tan insultada en la vida!

—No mienta —susurró Ana, pero a pesar de que su voz fue suave, todos allí la escucharon. Ana ya no se podía contener, odiaba a esta mujer. Ella no le había hecho nada, pero la estaba tratando del modo más vil que se había podido imaginar—. No creo que esto haya sido lo peor que alguien le pudiera hacer. Intentar arrebatárle sus hijos ha sido para usted peor que cualquier otra cosa, y ese ha sido mi crimen.

—No me vengas con tus historias. Estás tratando de torcerlo todo, cuando está visto que no eres más que una vulgar ladrona. Viste la oportunidad y me robaste!

—Sería muy estúpida yo si justo el día que vienen a presentarme a mi suegra me robara una joya delante de las narices de todos, ¿y por qué, si no me interesara Carlos, me iba a conformar con una gargantilla cuando, si soy un poco más inteligente y me caso con él, lo tendré todo, absolutamente? —Todos la miraron atónitos. Que ella hablara abiertamente de las sospechas que

habían tenido hasta el momento era... raro—. Créame, señora —Siguió Ana, hablando casi entre dientes—, yo habría sido la mejor nuera que usted haya tenido jamás, porque la habría dejado quedarse aquí en esta casa, pero sabe qué le deseo ahora? Que venga otra y apenas ocupe esta casa la encierre en un manicomio que es donde merece estar! Por bruja y por malvada!

—Cómo te atreves?!

—Siga así y se va a quedar sola! Ninguno de sus hijos la soportará, y en la conciencia tendrá que si sus nietos la visitan en el asilo al que la manden será por mero pesar! Ahí le dejo a su hijito querido del alma, cásele usted con él si le queda más fácil para conservarlo!

—Bravo! —aplaudió Rebeca a viva voz. Todos se la quedaron mirando por lo incongruente de su reacción.

Ana salió como una tromba de la sala sin prestar atención a nada más. Carlos la llamó un par de veces, pero no le hizo caso, así fue detrás.

—Ni se te ocurra seguirla! —le gritó Judith, pero Carlos se giró a ella de repente, con las manos empuñadas y el rostro contorsionado de ira. Nunca lo había visto así. Era demasiado parecido a su marido cuando era desagradable con ella.

—Si Ana no vuelve conmigo, te habrás quedado sola para siempre! —gritó—, me aseguraré de infringirte el peor castigo que puedas tener!

—Cómo es que defiendes a esa...

—Y no vuelvas a hablar de ella si no es en términos respetuosos, me escuchaste?

—No la quiero! —gritó Judith—. Jamás la aceptaré!

—Muy bien! —gritó Carlos en su lugar—. Leti! —llamó, y la mujer mayor, que al parecer había estado al otro lado de la sala, apareció—. Por favor, alista las cosas de madre; se va a ir de la casa indefinidamente.

—No!!! —gritó Judith con voz desgarrada—. No lo hagas, no me eches! Por qué la prefieres a ella?! —Judith le tomó una manga de su chaqueta, pero Carlos simplemente se zafó y antes de salir le habló de nuevo a Leti.

—Quiero todas sus cosas empacadas para cuando regrese; que no se le quede ni un maldito alfiler, y querré un informe de todo el personal que laboró hoy en casa. Madre tuvo que haber arreglado con alguien lo de la joya, y no me importa si fuiste tú misma, Leti, te irás de la casa.

—Le aseguro que no fui yo, señor —contestó la mujer con voz vacilante.

—Y si no aparece el culpable se largarán todos de mi casa! Ustedes tres, partida de abuelas —dijo él de nuevo, dirigiéndose a las mujeres—, no las quiero de nuevo aquí, así que largo!

—Yo ya me cansé de este circo —dijo Rebeca, poniéndose en pie apoyándose en su bastón. Lo miró estirándose todo lo que podía, pero en sus ojos había una sonrisa—. Tienes pantalones, como tu abuelo. Había pensado que eres un pusilánime, como tu padre, pero me he llevado una grata sorpresa. Conserva a esa chica, es la adecuada para ti.

—Eso lo sé desde hace mucho tiempo —dijo Carlos, aún con voz dura—. Y ahora las dejo. Tengo una fiera que calmar.

Carlos dio la media vuelta y salió de la sala. Judith lo llamó innumerables veces entre gritos desgarrados y lágrimas, pero no le hizo caso. Dora y Arelis se miraron la una a la otra sin saber qué hacer. Las cosas de Ana seguían desparramadas sobre el sofá, y Rebeca caminaba a paso lento hacia la salida, sonriendo, muy satisfecha por las sorpresas que aún le daba la vida.

...21...

ANA no veía el camino por el que andaba, las lágrimas la enceguecían.

Tan furiosa, tan dolida, tan... triste.

No sabía si Carlos había creído todo ese teatro o no, pero ahora le quedaría muy difícil presentarla como su novia luego de este suceso. Esas mujeres se encargarían de regar el chisme como pólvora, y ella jamás podría hacer parte de esa sociedad tan hipócrita y materialista a la que pertenecía él.

Lo había perdido. Lo había perdido, y ella ni siquiera había empezado a disfrutarlo.

Un momento, se dijo, deteniéndose y mirando en derredor. Había caminado bastante, estaba en medio del camino de salida de la mansión que llevaba a una carretera o una avenida, no sabía. Era más de un kilómetro, así que estaba en medio de la nada.

Su sueño no se había cumplido, reflexionó. El sueño donde ella estaba en la cama con Carlos, desnuda y feliz, no se había cumplido. Había fallado todo? Lo había echado a perder? Pero, cómo habría ella podido evitar esto? Judith estaba decidida, y no le había importado usar trucos tan rastroseros para sacarla del cuadro.

Si lo del collar no hubiese funcionado, habría conseguido hacerle creer a Carlos que le era infiel con otro, o que le estaba robando dinero, o que no era una mujer, sino un transexual... Ese era el tipo de cosas que Judith usaría para alejar a cualquier mujer que no mereciera estar al lado de su precioso hijo según su concepto, y lo peor era que tenía los medios para llevarlo a cabo, pues muy seguramente había manipulado al personal de la casa para seguir sus instrucciones y que todo le saliera a pedir de boca, en especial a la tal Claudia que la había llevado a su habitación para que se limpiara el té que la misma Judith había regado sobre su blusa.

Todo tan fríamente calculado. Tan obvio, tan...

Judith estaba viendo demasiadas telenovelas, concluyó.

Un auto se detuvo a su lado; era el deportivo, y Carlos lo conducía.

—Ana, detente —le pidió. Ella se giró para no mirarlo, con las lágrimas corriendo por sus mejillas, y limpiándose las manos. Lo vio salir y dejar la puerta abierta.

—No voy a volver allí —advirtió ella, obligándose a andar a paso rápido; Carlos iba detrás—. Si ya llamaron a la policía, no te olvides que también tengo amigos poderosos. Estoy segura de que Ángela y Eloísa no permitirán que me lleven presa.

—Tampoco yo permitiré algo así —dijo él alcanzándola y tomándola del brazo. Ella se detuvo al fin, y giró para mirarlo. Sentía miedo, miedo a tener esperanza.

—No soy una ladrona, Carlos! —lloró.

—Cariño, eso no tienes que decírmelo.

—Pero tu madre...

—Madre está loca —eso la sorprendió tanto, que se detuvo en su lloriqueo.

—Sí, lo está —lo secundó—. De atar! Y estoy tan furiosa por lo que me hizo! Y si tienes alguna duda de que tal vez yo soy capaz de algo así, pues te digo que tú también te puedes ir a la misma mierda, me oíste?

—Hey, hey, que estoy muy contento aquí, por qué me quieres mandar tan lejos?

—No lo sé, pero quiero gritarle a alguien y no hay nadie más a mano! —él se echó a reír, y puso sus manos en sus mejillas, barriendo las lágrimas con sus pulgares.

—Está bien, grítame.

—No te pases de listo. Todo esto es tu culpa.

—Ah, sí? Aclárame por qué.

—Porque yo estaba muy feliz odiándote! —exclamó ella—. Mi mundo estaba en orden, todo bajo los nombres adecuados, y de repente llegas tú declarándote, diciéndome que me amas, y te me cueles en mis sueños, y yo empiezo no sólo a desearte, sino a enamorarme!, y todo se vuelve patas arriba, porque me gana una suegra loca que me quiere llevar presa y...

—Espera, espera... qué dijiste?

—De veras crees que tengo cabeza como para repetir algo de lo que dije? Estoy furiosa, estoy molesta! Y si te descuidas te pegaré... —él la calló con un beso. Ana no lo rechazó, sino que lo abrazó fuertemente y recibió su beso abrasivo.

—Dijiste que me deseas y te enamoraste de mí —dijo él sobre sus labios.

—Oh, mierda! —él se retiró un poco ante la palabrota—, no quería decirlo así! Quería que estuviéramos a solas, quería decírtelo bonito, quería...

—Bueno, ahora estamos a solas...

—No. Quería que fuera especial.

—Me amas. Qué puede ser más especial que eso? —ella lo miró a los ojos, y por los suyos volvieron a salir lágrimas.

—Sí, te amo. Me enamoré de ti. Te amo —con una sonrisa enorme, él la rodeó con sus brazos, y enterró su cara en el cuello de ella, aunque tuvo que doblarse bastante para conseguirlo.

—Yo también te amo —susurró contra su piel—. Aunque tal vez sólo estás siendo muy inteligente y quieres casarte conmigo para quedarte con todo. Auch!! —exclamó, pues Ana le había dado un severo puntapié. Se alejó de él a paso rápido, y Carlos la siguió cojeando—. Lo siento! —gritó—. No fue muy listo de mi parte decirte eso preciso ahora... pero lo dijiste tú misma allá dentro.

—Carlos —dijo ella deteniéndose, mirándolo de reojo y con voz mortalmente serena—, si algún día llegamos a casarnos, pondré una condición.

—La que quieras.

—Separación de bienes.

—Cariño, sólo bromeaba...

—Y yo estoy siendo seria. Estoy cansada de que todos crean que estoy contigo por tu dinero, tu posición, o quién sabe qué cosas más que la gente cree que tú tienes y yo no—. Él volvió a acercarse a ella.

—Pero sigues amándome? —ella lo miró ahora directamente, y no pudo evitar sonreír.

—Sí, te amo.

—Y si esto funciona, y comprobamos que es real, duradero y fuerte tal como yo creo, te casarás conmigo? —ella apretó sus labios. Luego de un par de segundos en los que evaluó toda su vida futura, la de sus hermanos, y aun la de Carlos; una vida en la que quizá Judith siguiera poniendo una trampa tras otra hasta el día mismo en que se muriera, elevó sus manos a él y lo miró fijamente a los ojos, con sus dedos tocó su cabello y sus cejas negras y pobladas tan hermosas.

—Si luego de conocer todos mis oscuros rincones tú aún decides que quieres estar conmigo yo...

—Me darás lo que te pida? —Ana volvió a reír.

—Seguro.

—Hecho —se inclinó a ella y la besó. Ana lo abrazó fuertemente, con miedo, pero feliz, feliz de que él ni siquiera le hubiese pedido una explicación acerca del collar, feliz de que le creyera cuando le decía que lo amaba. Al fin se había sacado ese cactus del sostén.

—Ven, sube —pidió él, separándose de ella y señalándole el auto.

—Carlos, no pienso volver a esa casa.

—No tienes por qué hacerlo ahora.

—No, ni ahora ni nunca.

—No te preocupes, madre se irá de casa.

—Qué? La echaste?

—Al fin, decídetes; la odias o te preocupas por ella?— Ana lo miró dubitativa.

—Es tu madre... aunque se haya portado tan mal.

—No te preocupes, no será indefinido, aunque amenacé con eso. Madre tiene que aprender a medirse. Lo que hizo estuvo terriblemente mal, y debe pagarlo de alguna manera.

—Estoy de acuerdo, pero...

—Además, con qué clase de gente se está juntando como para haber ideado algo así? Qué libros lee?

—Tal vez tiene demasiado tiempo libre—. Ana lo había dicho por decirlo, pero eso dejó en silencio a Carlos, quien estaba analizando todo, pues aún estaba un poco en shock por las patrañas de su madre.

—Ya, déjame a mí —dijo al cabo de unos segundos—, por ahora, déjame disfrutar de ti y tu declaración de amor. Tampoco eres muy buena declarándote, sabes? —ella le echó malos ojos, pero él estaba tan feliz y sonriente que ella no pudo permanecer mucho tiempo seria.

—Dejé mi bolso en tu casa —dijo ella. Carlos de inmediato tomó su teléfono y habló con Edwin, que seguía en la casa. Le dio indicaciones para que tuviera el auto y las cosas de Ana listas para cuando regresaran. Ana lo miró interrogante, había imaginado que pasearían o irían a algún lado en el deportivo.

Miró el interior del auto, nunca había estado en un descapotable, y le hubiese gustado estar más tiempo aquí, pero él debía tener otros planes. Llegaron a la mansión de nuevo, y Edwin tenía el auto de siempre en marcha, así que cuando se transfirieron, de una vez salieron de la zona. En el asiento de atrás estaba su bolso, y Ana revisó su contenido. Allí estaba su sostén mojado por el té. Recordó entonces que la blusa que llevaba puesta no estaba del todo limpia, e iba a salir así con Carlos a algún lugar bonito...

—Podríamos parar en mi casa? —preguntó un poco dubitativa— Quisiera cambiarme de ropa —Carlos negó mirando su reloj.

—Estamos sobre el tiempo, cariño —la miró de pies a cabeza—. Así estás bien —típico, pensó ella. Los hombres nunca se daban cuenta de las necesidades de una mujer. Se cruzó de brazos intentando no sentir el aroma del té en su blusa; ahora que estaba en un espacio cerrado, se sentía más fuerte.

Miró la nuca de Edwin, que conducía en silencio. Por qué lo había traído? Había pensado que quería estar con ella a solas; acaso había esperado demasiado?

Y qué pensabas? Le preguntó su conciencia.

Una noche de pasión en un hotel, contestó su lado más perverso.

Largo, dijo su lado puro. Esos pensamientos no son dignos de mí.

Sonrió de medio lado y miró por la ventanilla. Tal vez ella siempre había sido un poco perversa, y la verdad es que anhelaba que el sueño se cumpliera, tenía una clara idea de lo que iba a sentir, y moría por ello. Lo quería ya.

Lo miró de reojo, y se dio cuenta de que él la miraba a ella también.

—Me gustaría saber en qué piensas —dijo él. Ana se sonrojó inmediatamente

—Para qué.

—Si te pones así, tus pensamientos ahora mismo tienen que ser muy interesantes —sonrió él, travieso. Ana desvió su mirada y la fijó en la ventanilla, él no dejaba de sonreír por lo bajo. Sin embargo, no rechazó su mano cuando se la tomó, y poco a poco Ana se fue relajando más y más. Se recostó a su lado en el asiento y apoyó su cabeza en su hombro. Pronto se dio cuenta de que los minutos pasaban y pasaban y ellos no se detenían en ningún lado.

—Para dónde vamos?

—Ya te lo dije, es sorpresa.

—Pero tiene que ser muy lejos, llevamos rato andando... —se quedó en silencio cuando el auto dio una curva y ella vio a la distancia el aeropuerto internacional El Dorado. Se enderezó en su asiento y pegó la cara al cristal de la ventanilla—. No estarás pensando en..

—Sí—. Confirmó él. Ella se giró a mirarlo con ojos de asombro. A dónde iba a llevarla?

—Con razón Susana me pidió los documentos! Me preguntó si tenía Visa!

—Lamentablemente no la tienes, o habríamos elegido otro destino, pero sí tienes pasaporte, así que...

—No los traje conmigo, los necesitaremos...

—Sí los traes; hice que tu hermana, antes de irse con Fabián y los demás, me los entregara.

—Carlos, eres...

—Te molesta?

—Estás loco? Claro que no! —Él sonrió abiertamente—. Cuánto tiempo llevas planeando esto?

—Menos de una semana, realmente.

—No quiero saber lo que eres capaz de hacer con más tiempo—. Él sólo sonreía.

El auto tomó un camino un poco extraño, notó Ana; no se detuvieron en el parqueadero, sino que avanzaron mucho más allá. Sorprendida, vio que Edwin se detenía frente a un pequeño avión, uno que debía ser privado, no comercial. Lo miró muda de asombro.

—Es el jet de la empresa —explicó él. Salió del auto y dio la vuelta para abrir la portezuela

de su lado. Ella tomó la mano que le brindaba observando la tripulación. Edwin sacó del baúl una maleta negra que no era suya. Sólo una. Estaba la ropa de los dos allí?

Miró a la distancia otros aviones despegar, un carrito portaequipajes andaba por su sendero y en general, todo estaba en movimiento, parecía muy normal todo, pero para ella, era la cosa más extraña que había vivido en su vida.

—Pero... pero...

—Antes teníamos uno —siguió diciendo él, hablando del avión—, pero con la crisis hubo que venderlo. Ahora por fin podemos tenerlo de vuelta. No te gusta?

—Estás loco? —él volvió a sonreír.

El piloto los saludó, y luego las azafatas se presentaron diciéndoles que cualquier cosa que necesitaran, ellas estarían allí para suplirlo. Ana asentía muda de asombro. Quizá alguna otra mujer mucho más sofisticada sabría qué hacer, o qué decir, pero ella no.

Carlos le señaló la escalerilla que llevaba al interior y ella entró.

El interior parecía una pequeña, pero lujosa sala de estar. Los sillones estaban tapizados en cuero color miel, dispuestos de manera que los ocupantes se pudiesen mirar entre sí y conversar. A un lado había una pequeña mesa con mantel dispuesta con frutas y galletas. Había lámparas sobre las mesillas, un avión en miniatura, floreros y un televisor.

—Es... precioso —susurró.

—Me alegra que te guste.

—Eres tan rico? —preguntó, y reconoció lo maleducado de la pregunta llevándose la mano a los labios—. Lo siento, no quise... —pero él se estaba riendo.

—Puedo permitírmelo. Pero no es mío solo —cuando ella lo miró interrogante, siguió—: también de Ángela.

—Nunca me lo dijo.

—Ya sabes cómo es. Tampoco me la imagino diciéndote: sabes, Ana? Tengo un avión privado —Ana sonrió al verlo imitar la voz de Ángela, tal como ella había hecho una vez con él. Definitivamente no era el estilo de Ángela alardear de sus posesiones.

—Ya sabes que viajo mucho; hice cuentas y me va mejor con mi propio jet, además, puedo alquilarlo cada vez que sea necesario, y créeme, este avión reporta más dinero que cualquier empleado de Texticol.

Carlos le señaló un sillón y ella se sentó en él, le ayudó abrochando su cinturón de seguridad y le dijo que cualquier cosa que necesitara, o si sentía miedo o pánico no dudara en decírselo.

—No entraré en pánico. He volado antes.

—Oh, hay gente que luego de mil vuelos aún creen que morirán en el despegue o el aterrizaje —Él se sentó en el sillón más próximo y abrochó su propio cinturón. Una de las azafatas se acercó preguntando si necesitaban algo, y ambos negaron.

En el momento el piloto habló por el altavoz del avión diciendo el tiempo aproximado de vuelo y el destino. Trinidad y Tobago.

Ella se giró a mirarlo inmediatamente, Carlos sólo se encogió de hombros.

—Pensé que te gustaría —pero estaba ocultando una sonrisa de satisfacción. Él era feliz concediéndole estos pequeños regalos, y entonces lo amó más.

Los ojos se le humedecieron; ella viajando al extranjero en un avión privado, al lado de un hombre como él, atendida y cuidada como una princesa... esto debía ser un sueño. Tal vez todavía

estaba fregando pisos en casa de los Riveros, o inclinada sobre su lavadero lavando ropa de otros por dinero; tal vez todo esto aquí no era más que la alucinación de una niña pobre que sólo quería que sus hermanos estudiaran para que tuvieran otra forma de vida, para que no tuvieran que pasar por lo que ella, pues en ese entonces ya sabía que “la vida” estaba negada para ella. Pero todo había salido diferente, ella estaba *viviendo*, y viviendo cosas que ni siquiera imaginó alguna vez.

—Estás bien? —preguntó él inclinándose en su asiento hacia ella. Las lágrimas habían rodado por sus mejillas, y ya no había modo de disimular que estaba llorando.

—Sólo estoy... muy feliz —él quiso levantarse de su asiento para ir hasta ella, pero entonces el avión se puso en movimiento.

—Y por qué lloras entonces? —le preguntó.

—Tal vez no estoy acostumbrada a tanta felicidad —él sonrió, y sin dejar de mirarla con intensidad dijo:

—Tendrás que irte acostumbrando, porque a mi lado no te espera otra cosa—. Otra lágrima rodó. Aquello era demasiado hermoso, tanto, que temía que todo fuera falso.

—Oh, Carlos, esto debe ser un sueño.

—No, aún no viene lo mejor —dijo, y ella comprendió a qué se refería él con eso. Entonces toda ella fue una bola de lágrimas, mocos y sonrojos. Contrólate, se decía, pero la felicidad la estaba desbordando y salía líquida por los orificios de su cara.

Pronto el avión despegó y cuando alcanzaron una velocidad estable, Carlos dejó su sillón para sentarse en un sofá donde había más espacio. Ella, sin dudarlo, desabrochó su cinturón y se sentó al lado suyo. Durante las horas de vuelo conversaron acerca de muchas cosas; Ana se asombraba de la facilidad con la que podía sostener una conversación con él acerca de cualquier cosa. En el pasado, había creído que él sólo hablaba de su trabajo, de dinero, de obras de arte, vinos, y otros temas igual de elevados y aburridos, pero no era así en absoluto; con él podía hablar casi de cualquier cosa.

Ahora, le contaba acerca de cómo viajaba cuando Texticol estuvo en crisis; al parecer, el avión privado era un lujo que sólo se había podido dar recientemente.

—No eres tan esnob como creí —dijo ella cuando él le contaba que en ocasiones incluso viajó por tierra. Él se echó a reír.

—Cuando no hay dinero, el esnobismo es un lujo que te trae pérdidas.

—Me gustaría, cuando aprenda un poco más acerca de finanzas y negocios, saber cómo hiciste al fin para rescatar Texticol.

Él la miró a los ojos, sintiéndose un poco orgulloso.

—Fueron mil cosas a la vez —dijo, tratando de quitarse importancia—. Aprendí mucho en el proceso. Si hubiese recibido una empresa en alza, sin ninguna complicación, seguro que no sería la persona que soy ahora. Todo sucede por algo.

—Crees en el destino? —preguntó ella de inmediato, Carlos la miró con una sonrisa en los ojos.

—Crear? Casi he recibido pruebas contundentes de que todo está enlazado: Mi hermano acepta un trabajo muy extraño en un remoto pueblo, y allá conoce a una mujer de la que se enamora... y se casan bajo circunstancias aún más extrañas.

—No en ese orden —corrigió ella, pero él siguió.

—Sufre un accidente, extraño también, y tú, pudiendo quedarte al lado de tus hermanos,

decidiste venir con Ángela a acompañarla. Ella ya tenía a Eloísa que la apoyaba, por qué viniste tú?

Ana giró la cabeza pensativa, recordando aquél suceso.

—Eloísa es una buena chica, pero a veces también pierde un poco el control en situaciones extremas.

—Ya, y como tú eres mucho más centrada y madura, por eso preferiste venir con ella.

—No quise decir eso.

—Pero es así. Sabes que una vez te vi en la calle? Subiste a un autobús. No te vi la cara, sólo la espalda. Reconocí tu cabello y tu ropa.

—De verdad?

—En el momento no recordé exactamente dónde te había visto antes, pero no pude dejar de pensar en otra cosa hasta que lo descubrí. Y luego supe que llevabas en la misma ciudad que yo un año... —Ana recostó su cabeza en su asiento mirándolo. Su nariz era bonita, una nariz fileña, un poco parecida a la de Juan José. Quería tocarla, pero eso lo interrumpiría, y quería oírlo hablar más acerca de su vida pasada—. Cuando sucedió lo de Carolina... fue terrible para mí. Para todos, pero... yo estaba asustado y contrariado al tiempo. Imaginarte tal como te describían, con esa herida en la cabeza, tendida en el suelo del jardín... me daba tanto miedo pensar que podía pasarte algo irreversible, que tuve que preguntarme por qué. Por qué me asustaba tanto? Tú no eras un familiar, ni siquiera una amiga. Pero verte allí tan pálida sobre esa camilla realmente me angustiaba.

—Me visitaste en la habitación?

—Claro que sí. Y tú, ingrata, no despertaste cuando te visitaba yo, sino delante de Fabián — ella lo miró confundida, y él tuvo que sacudir su cabeza.

—No recuerdo eso —dijo ella.

—Ya lo sé. Tampoco lo hiciste a propósito, pero fue cuando salí corriendo; me di cuenta de que algo me estaba sucediendo contigo, que algo me atraía a ti de una manera muy poco normal... y tomé distancia, y empecé a ser ese Carlos que llegaste a odiar.

—Qué lío —rió ella—, nunca imaginé que todo hubiese empezado así—. Ante sus palabras, él respiró profundo, se puso en pie y caminó a la mesa, donde había una hielera con una botella de champaña envuelta en un pañuelo.

—Qué vamos a celebrar?

—Todas las primeras veces que vas a vivir conmigo, que espero sean muchas—. Ana lo miró mordiendo sus labios, tratando de evitar sonreír. Sospechaba que esa noche dormiría con el rostro adolorido de tanto sonreír... y luego cayó en cuenta de que esa noche no dormiría sola, y otra vez se sonrojó.

Carlos estaba feliz viendo todas sus reacciones. Sirvió las copas y se sentó a su lado otra vez entregándole una, la miró a los ojos y dijo:

—Por ti, por este fin de semana, y por los besos que estoy planeando robarte—. Ella rió encantada, y a su vez brindó:

—Por los dos, porque aunque tan diferentes... siento que no quiero a nadie más que a ti— él chocó suavemente su copa contra la de ella, bebió un poco y acto seguido se inclinó a ella para besarla, y Ana recibió todos sus besos feliz.

...22...

LLEGARON y aún les quedaba un poco de sol que disfrutar. Carlos le prestó un teléfono desde el cual pudo llamar a sus hermanos y preguntarles cómo estaban, ellos, emocionados, le describieron todas las actividades realizadas desde el mismo momento en que habían llegado. Ana los escuchaba feliz. Cuando Silvia pasó al teléfono, no hizo más que reírse e insinuarle que lo pasara todo lo bien que pudiera, y que hiciera todo lo que ella haría en su situación.

—Y qué harías tú, señorita? —rezongó Ana en modo mamá protectora— Te recuerdo que aún eres una niña!

Pero no lo era, ya pronto Silvia cumpliría su mayoría de edad, y no era tonta; sabía mucho del mundo.

Mirando el teléfono con ceño, se lo devolvió a Carlos, quien le preguntó acerca de sus hermanos.

El automóvil que Carlos había alquilado los llevó por un sendero desde donde se podía ver la playa, y Ana, al ver el azul del mar hizo tal exclamación que Carlos pidió detener el auto. Bajaron y caminaron hasta la arena de la playa. Como una niña pequeña, Ana se quitó las sandalias y caminó descalza hasta donde la espuma de las olas rozaban la arena; el final del océano.

El sol se ocultaba, ninguna nube obstaculizaba su luz, y pronto el cielo se vistió de tonos dorados y fucsia. Algunas gaviotas alzaron el vuelo buscando tal vez un lugar donde pernoctar, y Ana llenó sus oídos, y su alma, y hasta su corazón de todos los colores, los sonidos, los olores... y luego sintió la mano de Carlos en su cintura, y sus labios en su sien.

—Gracias, Carlos.

—Ah, bueno, pintar este paisaje fue un poco difícil, pero ha sido mi mejor obra de arte —ella se giró en sus brazos riendo.

—Me refiero a todo lo que me das, gracias por... por creerme, aun cuando tu madre quiso hacerme parecer ante ti como lo peor.

—No hablemos de eso...

—Gracias por amarme.

—Eso es muy fácil.

—Y gracias por no pensar en todas nuestras diferencias cuando decidiste luchar por mí —él elevó una mano y retiró un mechón de cabello que la brisa del mar había echado sobre su rostro.

—Sólo pensé que vivir sin la persona a la que mi corazón había decidido amar no sería muy inteligente de mi parte —ella volvió a sonreír. Se acercó más a él y lo rodeó con sus brazos.

—Es que tengo un novio lo más de listo.

—Mmm, eso si no contamos los años que fui tonto mientras traté de huir.

—Ya te lo he perdonado.

—Qué novia tan generosa —y al decirlo se inclinó a ella para besarla, sin importar si el chofer los aguardaba dentro del auto, o si alguien más los veía. Era un momento hermoso para los dos y ninguno quiso pasarlo sin su consabido beso.

—Creo que tenemos un problema —dijo él alejándose un poco y con el ceño fruncido.

—Un problema?

—Silvia me dijo que no tienes ropa como para clima cálido.

—Qué?

Le pedí que te hiciera las maletas a tus espaldas, pero me dijo...

—Esa Silvia...

—Y como no envié ropa exterior, me temo que tampoco tienes...

—Voy a matarla!

—Así que tendremos que ir de compras.

—Te prometo que te pagaré...

—Quieres que tengamos nuestra primera pelea aquí? Yo inventé el viaje, yo pago los gastos colaterales... si se le puede llamar así. Vamos? Debe haber buenas tiendas por aquí—. Ella lo miró terriblemente seria—. Qué —preguntó él.

—Es sólo que... no me gusta la sensación de que me estoy aprovechando de ti —eso lo hizo reír, pero cuando se dio cuenta de que ella no lo tomaba a broma, tuvo que serenarse también.

—Cariño, no me vas a arruinar si te compro un poco de ropa.

—Pero no soy tu esposa, y no siento que se vea bien...

—Entonces lo que te preocupa es el cómo se vea? —ella se mordió los labios mirando a otro lado—. Tienes prejuicios, Ana?

—Claro que no!

—Entonces acepta mis regalos. Te los doy con amor. Si desprecias mis regalos, sentiré que me desprecias a mí —Ana lo miró con sus ojos entrecerrados.

—Me estás manipulando?

—Funciona? —preguntó él con sonrisa traviesa, y ella rió al fin.

—Está bien, vamos... Si yo algún día quiero hacerte regalos, no te opongas, de acuerdo?

—Lo prometo—. Él le tomó la mano de nuevo y caminaron de vuelta al auto.

Se detuvieron en un par de tiendas, y entonces Carlos se dio cuenta de que complacer a Ana con ropa era muy fácil. Todo le gustaba, todo estaba hermoso para ella, aunque cuando miraba las etiquetas con los precios, su sonrisa se borraba y trataba de mirar otra cosa más económica. Él tenía que insistirle en que su cuenta bancaria resistiría el gasto.

Cuando llegaron a una tienda de ropa interior, esperaba que él se aislara y la dejara escoger, pero se sorprendió cuando lo vio participar activamente en la elección de las prendas.

—Mmm, encaje... —murmuró con un dedo sobre sus labios cuando Ana levantó un ejemplar para detallarlo mejor.

—Encaje no. Es caro, y demasiado delicado —él la miró de reojo, y Ana tuvo que rectificar—. Por eso digo que encaje está bien—. Lo tomó y se dirigió a la caja.

—Sólo un conjunto?

—Bueno... sólo voy a pasar aquí una noche, no? —él meneó la cabeza y le tomó las prendas para mirar las tallas, luego se devolvió a los aparadores y escogió unos cuatro conjuntos más de diferentes colores y tejidos.

—Para qué todo eso?

—Para mí, me veo divino con ellos puestos.

—Carlos...

—Silencio. O te obligaré a medírtelos y enseñármelos —eso la dejó callada. No tenía mucha confianza en eso de salir y desfilar para otra persona, para ella su cuerpo estaba un poco desproporcionado: muchas caderas y pocas tetas.

Pero no era así para Carlos, que miraba las prendas en sus manos y la miraba a ella por el rabillo del ojo. Ella tenía las curvas perfectas para enloquecerlo. Cuando caminaba, balanceaba sus caderas de manera tal que él en muchas ocasiones tenía que mirar a otro lado y pensar en la bolsa de valores.

Esta noche se acabaría su suplicio.

—Listo? —preguntó ella, y eso sonó un poco extraño, pues parecía que estuviesen comprando ropa para él y no para ella. Carlos iba a asentir, pero entonces vio tras el mostrador donde se hallaba la caja un conjunto con estampado de leopardo. Mordió una sonrisa al pensar que la fiera que tenía detrás era perfecta para lucirlo, pero estaba seguro de que si hacía ademán de pedirlo, ella se pondría rotundamente. Mejor no provocar a la tigresa.

—Listo —contestó, y salieron de la tienda con bolsas y más bolsas. Lo que Ana pensó sería una breve parada para comprar un par de blusas y un sostén, se había convertido en sus compras de navidad. Llevaba por lo menos cuatro vestidos de telas vaporosas perfectos para el clima, trajes de baño, sandalias de diferentes alturas y materiales y ropa interior como para el resto del año. Miró a Carlos que sonreía solo mientras entraban al auto. Entendió entonces la expresión “sonrisa lobuna” que había leído en algunas novelas. Carlos la tenía ahora.

Llegaron al hotel y ya había oscurecido. Johan, como se llamaba el chofer y que hablaba español, les ayudó con el equipaje y las bolsas de compras. En la entrada un botones los esperaba y se hizo cargo. Carlos no soltaba la mano de Ana, así que caminaron juntos a la recepción para hacer el registro. Ana miró en derredor; nunca había estado en un hotel cinco estrellas, y aquél era lujoso hasta hacer doler los ojos... o el bolsillo. Algunas parejas se desplazaban de un lado a otro con rostros sonrientes y bronceados por el sol.

Pronto ella también se fue contagiando por el ambiente. Llevaba la chaqueta jean plegada en el brazo, pues desde que bajara del avión había sentido el impacto del cambio de clima, y ahora le apetecía vestir como alguna de esas mujeres tan hermosas y confiadas en su propio atractivo.

—Ven —le dijo Carlos, y volvió a tomarla de la mano para llevarla al ascensor. Ella llevaba una sonrisa tonta, y no paraba de mirar a un lado y a otro, observando, aprendiendo, absorbiendo —. Te gusta?

—Todo es precioso aquí.

—Me alegra —dijo él, y le apretó un poco más la mano.

Cuando llegaron al piso donde estaba su habitación, Ana empezó a sentirse nerviosa. La tomaría en sus brazos y la llevaría directo hasta la cama? Empezarían ya?

Él abrió la puerta y un botones los esperaba dentro indicándoles la distribución de la

habitación. Ésta era enorme, parecía más que una habitación de hotel una casa pequeña; sus paredes estaban pintadas en la gama del naranja dándole un toque cálido, combinado con muebles y cortinas blancas que ondeaban al viento; había flores frescas y una pequeña cocina en un extremo, sala de estar y comedor; un mirador daba directo a la playa y allá se fue Ana como llamada por las sirenas. La brisa marina llegaba suave y deliciosa, y el sonido de las olas del mar.

—Tomarán la cena en el restaurante, o pedirán servicio a la habitación? —les preguntó el botones. Carlos la miró dejando que fuera ella quien decidiera.

Deseaba mucho estar a solas con él, pero en esta ocasión en donde la rodeaba tanta belleza y lujos y atenciones, quería también conocer y disfrutar. Además, si él hubiese querido sólo sexo en una habitación, la habría llevado a un hotel en Bogotá y pare de contar, pero no había sido así; él había hecho toda esta inversión y ella quería recibir su regalo como se debía.

—Bajaremos al restaurante —contestó ella. El botones entonces les dio el horario de las comidas y luego de que Carlos le diera su propina los dejó solos al fin. Él caminó hasta el mirador y se recostó al barandal al lado de ella.

—Quieres estrenarte tu primer vestido para la cena? —ella sonrió mirándolo. Había un traje de noche entre la ropa que habían comprado, muy corto y escotado, perfecto para el clima, pero que a todas luces indicaba: cena romántica.

—Sí.

—Entra tú primero al baño, y no te tardes, o no resistiré la tentación y entraré detrás de ti —riendo, ella rebuscó entre las compras que habían hecho y sacó las cosas que necesitaba.

Luego de la ducha revisó todas las partes de su cuerpo, el depilado estaba perfecto, ni un pelito en ninguna zona, cremas hidratantes para después de la ducha, y el cabello limpio y seco. Ni rastro del desastre de Judith y su té, aunque la piel le escocía un poco por la quemadura, pero no era nada grave.

Salió envuelta en la salida de baño y lo encontró sentado en la cama cambiando los canales de televisión. Caminó en puntillas de pie, sabiendo que él se estaba conteniendo para no saltarle encima. Saber eso la llenaba de cierto orgullo y satisfacción.

Él, sin muchos movimientos, simplemente entró al baño para darle la privacidad que necesitaba. Ana suspiró cuando se encontró sola en la habitación, se sentó en la enorme cama con un poco de susto, expectativa, ansiedad, pero a la vez, con la tranquilidad de quien sabe que todo al final saldrá bien. Sus sueños se cumplían siempre, para bien o para mal, y sabía que esta vez era para bien.

Menos de una hora después estaban siendo ubicados en una mesa en el gran restaurant. Era todo al aire libre, con la enorme piscina a la vista, y decenas de otras pequeñas mesas. Ana vio que también había niños allí; había pensado, en cierta manera, que estos lugares eran sólo para parejas.

—Esto es precioso —dijo ella admirando las luces sobre la piscina y la actividad en general.

Carlos la miró un poco serio; estaba en problemas. Cuando ideó el viaje, se imaginaba a Ana tal como ahora, asombrada, mirando todo con avidez mal disimulada, feliz, pero no se había imaginado a sí mismo; había creído que él estaría tranquilo, haciendo de anfitrión, guiándola cuando se sintiera perdida y disfrutando del tiempo a solas con ella. Pero la verdad era otra, ahora deseaba haberla tumbado en la cama en cuanto el botones los dejó solos. Ser caballero debía tener

sus límites, y él estaba al borde de portarse como un cavernícola.

—Habías venido antes? —preguntó ella con mirada radiante.

—No. Pero había oído hablar.

—Hiciste una excelente elección. Me encanta—. Él estiró la mano por encima de la mesa deseando decirle algo que calmara sus propias ansias, pero no había palabras que lo consiguieran. Ana estaba preciosa con su traje blanco de tirantes que escasamente le llegaba a la rodilla y el cabello suelto. Estaba exponiendo bastante piel, pero eso había sido idea suya. Quería besarla, olfatearla, morderla.

Un mesero los interrumpió trayéndoles vino, y en adelante, Carlos intentó concentrarse en la cena y no pensar en lo que venía después. Era una tortura autoimpuesta, pero ya pronto saciaría su hambre.

Y otra vez se decía: no pienses en eso.

Ella miraba constantemente hacia el mar, así que cuando hubieron cenado, se levantó de la mesa, la tomó de la mano y la llevó hasta la playa. Ella se quitó las sandalias y anduvo descalza por la arena, sonriendo constantemente, sin soltarle la mano. Ella estaba feliz, y él lo era sólo de verla así.

—Nunca en toda mi vida me imaginé algo así —susurró ella. Él la miró atentamente, y con disimulo, empezó a dar la vuelta para regresar al hotel.

—La verdad, yo tampoco —ella lo miró de reojo—. Es verdad —aseguró él—. Hasta ahora, mi vida sólo ha sido estudiar y estudiar, luego de eso, trabajar y trabajar—. Ana guardó silencio por unos instantes, pero algo rondaba su cabeza.

—Es decir que nunca viajaste así con tus novias?

—Ana, ellas ni siquiera llegaron a ser “novias”.

—Yo lo soy? —él sonrió.

—Sí. Tú lo eres—. Y deseaba pronto empezar a llamarla “prometida”.

—Bueno, yo sí que menos pensé alguna en vez venir a un sitio de estos. Demasiado lejos de mis posibilidades—. Él guardó silencio. Ana miró el mar negro y las estrellas en el firmamento—. Tal vez si papá y mamá no se hubiesen separado, yo de todos modos no habría tenido las facilidades para viajar y conocer, pero definitivamente mi vida podía haber sido diferente.

—No conozco al completo tus circunstancias —dijo él—, pero sean cuales sean, te han traído todo tu camino hasta aquí, a mi lado. No pudo ser tan malo... o tal vez debas tomarte esto como una recompensa de la vida —ella elevó su rostro a él sonriendo.

—Visto de ese modo, ya hasta deja de doler.

—Aún te duele tu pasado? —la sonrisa de ella se borró, pero Carlos señaló una fogata en la playa, donde unos jóvenes se congregaban para cantar y contar historias. Él aún respetaba el acuerdo de dejar que fuera ella quien dictara el ritmo.

Minutos después estaban de vuelta en el hotel, Ana se puso de nuevo sus sandalias y cuando se encaminaron al ascensor para subir a su habitación empezó a sentirse nerviosa. Rodeó la cintura de Carlos con su brazo, y él le besó el cabello.

No podía derrumbarse ahora, esto era para lo que había venido, para lo que se había preparado desde que él le avisara que luego del almuerzo con Judith irían a algún sitio. Tenía que serenarse.

—Carlos —dijo ella cuando él abrió la puerta de su habitación y juntos la traspasaron. Él la

miró esperando a que hablara—. Hay algo que debo decirte—. Él sólo pestañeó y alzó sus cejas—. Yo no soy virgen.

Carlos estuvo en silencio por largos segundos, y en el transcurso, Ana sintió que los nervios empezaban a dominarla. Se retorció los dedos de una mano con la otra a la vez que miraba el suelo de madera de la habitación.

—Bueno... Yo tampoco —eso le hizo alzar la cara. Él había bajado una de las comisuras de su boca y la miraba meneando la cabeza.

—Qué? No te importa? —preguntó ella.

—Bueno, sí. Ahora sí. Si hubiese sabido que te conocería y me enamoraría de esta manera, te habría esperado, aunque eso me hubiese costado un... ya sabes —Ana estaba aturdida.

—No me refiero a lo tuyo, me refiero a lo mío! No te importa que yo... que yo no lo sea? — Carlos sonrió y se acercó a ella, tomó su rostro entre sus manos y besó su frente.

—En qué siglo crees que estamos, Ana?

—Bueno, ya sé, pero es que por mi historia todo el mundo supone que yo... que yo no...

—Fue importante? —preguntó él cuando ella empezó a titubear. Importante? Se repitió Ana y se echó a reír.

—Más bien es algo que quisiera olvidar.

—Entonces no hay problema, al menos para mí —él se inclinó a ella y besó su oreja muy dulcemente—. Y sé que en algún momento me lo contarás —siguió diciendo, a la vez que tomaba en sus pulgares los tirantes de su vestido y los bajaba por sus hombros—. Pero si te soy sincero, lo que menos quiero ahora es imaginarte en brazos de otro—. Él besó su barbilla, y Ana notó que poco a poco él había ido envolviéndola en sus brazos hasta que estuvo totalmente atrapada—. A menos que sea demasiado significativo para ti e insistas en contármelo —dijo él separándose un poco para mirarla a los ojos. Ella tenía los suyos humedecidos, Carlos iba más allá de toda imaginación. Ella, sabiendo que tendría que decírselo, se había imaginado esta escena muy diferente.

—No importa ahora —dijo, y elevó su boca hasta la de él para besarla.

Carlos la encerró entre sus brazos, y Ana supo que no había mejor lugar en el mundo que ese que ella ocupaba ahora. Él fue dejando besos suaves por la piel de su cuello y su hombro y Ana empezó a sentir aquello mismo que sintió cuando tuvo ese sueño. Algo despertaba dentro de ella, algo hirviendo, líquido y fuerte se estaba derramando en su interior.

—Carlos... —susurró. Tenía que decir su nombre, sentirlo entre sus labios era como comérselo a él. Carlos la alzó hasta su cintura y ella le envolvió las caderas con sus piernas, caminaron sin dejar de besarse hasta llegar a la alcoba. Cuando la depositó sobre el colchón, Ana abrió sus ojos y lo observó atentamente, aunque él estaba muy ocupado quitándole el vestido, y terminando de desnudarla.

—Dios, Ana, eres tan hermosa! —exclamó él al verla sin ninguna prenda encima, y ella sólo lo miró fijamente, sonriendo por dentro, analizando todo lo que juntos habían tenido que pasar para terminar aquí. No se arrepentía más que de haber perdido tanto tiempo. Si ella hubiese sabido que este sería el hombre de su vida, lo habría seducido en la misma sala de aquél hospital. Había algo en él que la atraía irremediablemente, tal vez era su timbre de voz, o su aroma característico, o la expresión de su mirada, y ese algo la conectaba a ella, lo hacía suyo, y la hacía a ella de él.

Lentamente, elevó las manos hasta los botones de su camisa de lino y los fue desabrochando uno a uno. Ya conocía su torso por aquella vez que lo viera ebrio en casa de Ángela y Juan José, pero en ese entonces no sentía por él lo que ahora, y no había podido tocarlo; ahora sí, así que no desperdició el tiempo. Paseó sus manos por sus costados, tocando, acariciando la piel suave y cálida, y él atrapó una de sus manos lanzando un suave gemido.

—Sabes cuánto tiempo he deseado esto? —preguntó él mirándola a los ojos, ella guardó silencio esperando a que él continuara—. Tenerte así, desnuda entre mis brazos, Dios, Ana, ha sido una tortura.

—De verdad?

—Oh, sí. La peor de todas—. Él bajó su morena cabeza hasta su pecho, pero antes de besarla, o lamerla como había hecho en el sofá de su casa aquella vez, él paseó sus dedos tan delicadamente que de inmediato su piel reaccionó, sintió que dolía, sus pezones endurecidos dolían, su piel hormigueaba y su pecho empezó a subir y bajar, pues su respiración se había agitado. Su serenidad empezó a irse al traste, y él lo sabía. Paseó la yema de sus dedos suavemente por toda su piel y se dedicó a observar sus reacciones. Cuando bajó hasta el ombligo se detuvo. Se ubicó entre sus piernas y se enderezó para terminar de sacarse la camisa, volvió a ella de inmediato y la besó sin poder contenerse más. Ana lo rodeó entre sus brazos y aceptó sus besos, tan profundos y hambrientos, y una exclamación se le escapó cuando sintió en su entrepierna la dureza de él. Se había ido familiarizando con esta sensación en estas dos semanas pasadas, incluso había participado muy alegremente antes frotándose contra él cada vez que lo sentía, pero ahora las cosas no acabarían aquí y Ana no sabía si sentirse nerviosa o no.

Metió sus dedos en la cinturilla del pantalón buscando el broche y él se quedó quieto de repente, con la respiración tan agitada como si acabara de trotar hacia la cima de una colina, dejándola hacer. Ana bajó poco a poco los pantalones ayudándose también con sus piernas. Cuando se quedó en ropa interior, él la tomó en brazos y la sentó sobre sus muslos, dejándola a horcajadas sobre él. Se miraron a los ojos largamente, sin decir nada, sólo con el sonido de su respiración. Carlos movía sus manos a lo largo de sus muslos, hasta que se quedaron quietas sobre sus nalgas, abarcándolas con sus manos.

—Ana... —susurró a la vez que la acercaba más y más a él—. Te deseo tanto... —Ana lo rodeó con sus brazos. Se sentía plena, febril, a la vez que vacía y pobre. Su centro estaba húmedo, y él lo frotaba contra su erección a través de la tela de su ropa interior.

Dios, aquello dolía, era excesivo!

—Por favor... —susurró, pero él empezó a dejar un reguero de besos en su pecho, sin dejar de guiar los movimientos en su cadera. Ella empezó a besar también, a lamer el lóbulo de su oreja, meter los dedos en su cabello, a morder sus hombros. Luego se dio cuenta de que ella sola balanceaba sus caderas al ritmo que él había iniciado, mientras él se sacaba lo que restaba de su ropa y quedaba totalmente desnudo. Tuvo miedo de mirar, así que cerró los ojos y se dedicó sólo a sentir.

Carlos la tomó suavemente y la depositó otra vez de espaldas sobre el colchón, ella no abrió sus ojos, como si de repente fuera a encontrarse con algo que no le fuera a gustar.

—Tengo que hacerte una pregunta incómoda —dijo él, con voz pausada, tragando saliva y muy cerca a su oído. Ella abrió los ojos al fin—. Cariño... estás... estás usando algún método para evitar el embarazo? —qué? Quiso preguntar ella; qué idioma era ese? Ella estaba ida, en otro

mundo, deseando más que pensando—. Oh, lo sabía —exclamó él, y tuvo que separarse de ella, dejar la cama, rebuscar en su pantalón y volvió a sus brazos como un cohete. En esos cortos segundos Ana alcanzó a verlo desnudo. Dios querido, del cielo y de la tierra! Él era esplendoroso!

Lo vio llevarse algo a la boca, un sobre plateado con letras, y abrirlo con sus dientes. Cerró sus ojos de nuevo. No quería ver, aunque ya había visto. No quería saber, aunque sabía lo que estaba sucediendo.

—Hey —susurró él, y ella abrió de nuevo sus ojos. Lágrimas salieron de ellos y resbalaron por sus sienes—. Cariño, estás bien? —ella negó.

—Eres hermoso —susurró ella, y eso lo dejó un poco descolocado—. Eres un hombre hermoso, perfecto —él sonrió.

—No, no lo soy —se acercó mucho más a ella, uniendo sus frentes, a la vez que muy hábilmente se acomodaba de nuevo entre sus muslos.

—No puedo creer lo mucho que te amo —dijo ella de nuevo, y Carlos cerró sus ojos.

—Eso son lágrimas de emoción entonces? —preguntó él delicadamente, dejando suaves besos sobre su mejilla y la curva de su mandíbula.

—No quiero a nadie más que a ti —siguió diciendo ella. Era como si de repente un borbotón de palabras se estuviera escapando de su alma—. No quiero que nadie me toque como me tocas tú, ni que nadie me bese, y no quiero besar a nadie más. Sólo tú; Carlos y sólo Carlos—. Él hizo un sonido gutural con su garganta, le tomó nuevamente la cadera con una mano, y se puso en su entrada. Ana elevó sus muslos para recibirlo, como haciéndole un camino, y él se fue deslizándose dentro tan suavemente que Ana lanzó un gemido que duró todo el trayecto hacia su interior.

Ella lo rodeó con sus brazos y sus piernas, encerrándolo como un capullo, y así se sentía también en su interior. Dolía un poco, estaba estrecha y un poco desadaptada, pero conforme fueron pasando los segundos fue deseando más que sólo apretarlo en su interior como un puño. Y él, bendito sea, empezó a moverse. Primero suavemente, tan despacio que ella dudaba que en verdad se estuviera moviendo. Pero esto hablaba tanto de él como nada más podía hacerlo; cuando él estaba quieto y callado, en realidad estaba amándola, deseando estar a su lado, planeando viajes, o sufriendo por amor... o ayudando a su hermano con la tarea de matemáticas.

Ana lo apretó en su interior más fuerte que antes, y él gimió, sin embargo, no aceleró el ritmo. Puso sus manos sobre sus mejillas, quería urgirlo, que hiciera algo pronto, que la llevara a ese lugar en cuyo camino estaban, pero él llevaba más experiencia que ella en esto, y a pesar de sus toqueteos, no se dejó vencer.

Todo hombre tiene un punto débil, se dijo, todo ser humano lleva dentro un botoncito que, al hacerle clic, podemos llevarlo hasta el borde de la locura. Cuál era el de Carlos?

—Soñé contigo —dijo de repente, y él la miró fijamente con sus ojos claros, que ahora parecían negros—. Era de mañana, estábamos en tu cama y desnudos—. Ella puso sus manos en sus caderas, imitando el toque de él antes: con sus manos abarcaba las nalgas prietas de él—. Y tú me besabas, y yo era feliz... En ese entonces te odiaba —reconoció ella—, pero a partir de entonces, tuve que lidiar con el odio y el deseo juntos, porque te veía y sólo pensaba en... —ese era el botón de Carlos. De repente hizo un movimiento tan fuerte que Ana vio estrellas, y no paró allí, sino que se fue intensificando. Poco a poco Ana fue quedando presa de sus propias sensaciones, no fue consciente de si lloró o gritó, sólo sabía que algo se estaba formando dentro,

algo grande y sublime, y pronto sería demasiado para contenerlo. Lo que había sentido aquella mañana que soñara con él era sólo una parte de lo que estaba sintiendo ahora.

Además, ahora lo tenía por todas partes alrededor y dentro de ella, lo sentía en sus manos, en su boca, en su piel, y más allá. Una película de sudor cubrió sus cuerpos, y escuchó la voz de Carlos decirle cosas hermosas al oído, cosas que si le preguntaban luego no atinaría a enlazar, tan sólo sabía que estaba siendo amada de una manera que jamás creyó posible, y eso era más hermoso que cualquier cosa que pudiera tener en el mundo.

Al pensar en eso su cuerpo se tensó. Carlos la besó entonces, ahogando sus gemidos en su boca, empujando duro y fuerte en su interior, en movimientos tan rápidos que parecía un baile fuera de control. Estaba allí, haciendo parte de ella, rozándola con su cuerpo, colmándola, vaciándola, y quedándose allí en lo que supo, fue un orgasmo. Interminable, sublime, brillante, como las lucecitas que estaba viendo ahora.

Tembloroso, él se derrumbó a su lado, boqueando por aire y cuidando de no aplastarla bajo su cuerpo; y tal como había hecho en su sueño, él la rodeó con un brazo y puso una mano posesiva sobre su pecho. Este de aquí era su hombre, el único que podía tocar su cuerpo a su antojo. Este de aquí era quien, definitivamente, le había enseñado a amar.

...23...

ANA se sentía barrida como la arena frente al mar. Luego de la noche, quedaban afuera restos de algas y caracoles, y había una parte que era más limpia que todo lo demás. Lo había visto la primera vez que fue a la playa, con Ángela y sus hermanos, antes de que ella se casara con Juan José.

Carlos había pasado sobre ella como una tormenta, inundándola primero, arrasándola, y al retroceder, limpia, despejada.

Giró su cabeza a él, que todavía luchaba por normalizar su respiración. Estaba parcialmente sobre ella, rodeándola con su brazo, y con esos ojos que le recordaban el agua del mar. Con razón había pensado en playas y tormentas luego de hacer el amor con él.

—Me gusta esa sonrisa —susurró él. Ana elevó perezosamente su mano hacia él, sin dejar de sonreír. Estaban sudorosos y sus cuerpos aún hervían por el calor del sexo. Los aromas de ambos se habían mezclado y para Ana no había mejor perfume que ese.

—Eres asombroso —fue turno de él para sonreír.

—Todo amante siempre quiere escuchar eso —dijo, y se elevó un poco para mirarla desde arriba—. Estás bien? No te hice daño? —ella meneó la cabeza sin dejar de mirarlo. Carlos apoyó su cabeza en su mano, y empezó a observarla, Ana no se cubrió, quería que él la viera, que la amara así—. Cuéntame más de ese sueño —pidió él, y ella se echó a reír.

—Estabas escuchando, eh?

—Es lo más erótico que he escuchado alguna vez.

—Que soñaron contigo?

—Qué sentiste? —insistió Carlos —cómo fue? Tal vez me dé ideas para más adelante.

—Necesitas ideas? —rió ella.

—Me gusta ser variado, ya sabes, y como nos espera una larga vida de sexo y más sexo...

—Oh, Dios! —él la observaba reír con una sonrisa en el rostro, cuando ella volvió a mirarlo, le alzó las cejas para que contestara a su pregunta.

—Ya te lo dije, estábamos en tu cama...

—Cómo sabes que era mi cama?

—Porque en la fiesta de navidad entré a tu habitación y la reconocí.

—Eso fue antes de navidad?

—Sí.

—Oh, vaya. Y qué más pasó? En tu sueño—. Ella miró el techo haciendo memoria.

—Sólo recuerdo que abrí mis ojos, y creí que era la realidad, no que estaba soñando, pero entonces la habitación y la cama en la que estaban eran diferentes; me asusté un poco... creí que estaba con Fabián, sabes? —él entrecerró sus ojos, y Ana sonrió—. Pero me giré y no, eras tú. Tenías el cabello un poco más largo —siguió ella metiendo sus dedos entre los cabellos negros de él—. Y tus ojos estaban muy claros... Tus ojos siempre son más claros en la mañana.

—De verdad? —ella asintió moviendo la cabeza.

—Y luego... luego dijiste algo hermoso, y me besaste... y a pesar de que yo estaba un poco pasmada, pues seguía creyendo que aquello era real, no un sueño, empecé a sentir... Dios, fue hermoso... —Mientras ella hablaba, Carlos había ido moviendo su mano hasta dejarla en su vientre.

—Te besé algo más que la boca? —Ana se sonrojó y asintió. Él se movió y puso su boca sobre su pecho—. Así? —preguntó él. Ana enseguida fue sintiendo los cambios que el placer producía en su cuerpo.

—Más... más fuerte —él lo hizo, pero a la vez, con su mano iba bajando hasta tenerla sobre su centro. Ella ya estaba húmeda.

—Y luego qué hice? —preguntó él de nuevo. Ana puso su mano en su cabeza y lo fue guiando hacia abajo, para decirle así qué era lo que había hecho él en su sueño. Carlos se vio de frente a su ombligo, que estaba un poco hundido y ovalado en vertical. Se acercó a él y metió la lengua, y se asombró cuando Ana soltó un gemido tan largo y sensual, que sintió que nunca había escuchado algo tan sexy. Si así reaccionaba ella con sólo lamer su ombligo, se moría por saber qué haría si él hacía algo mucho más atrevido. Fue bajando poco a poco, y se vio frente a los pliegues de su sexo, tan húmedos e hinchados por el deseo. Pasó sus dedos por ella y un poco de su humedad se quedó en ellos. Alzó la cabeza y se dio cuenta de que ella lo observaba, a la expectativa de qué iba a hacer él. Cuando lo vio introducir el dedo húmedo en su boca, Ana quiso llorar; abrió sus muslos a él rogándole, pidiendo clemencia. Él se movió y ella creyó que de nuevo la iba a penetrar, pero no fue como ella pensaba, la estaba penetrando, sí, pero con su lengua.

Tuvo que agarrarse de los barrotes de la cama, y los apretó tan fuerte, y gimió y gritó y rugió al sentirlo dentro, y al imaginarse lo que él estaba viendo y sintiendo, que su cuerpo se envaró en un sonoro orgasmo. Cuando la ola pasó, se dio cuenta de que él no había terminado, seguía allí, bebiendo directamente de ella, y Ana le tomó la cabeza entre las manos, pidiéndole que se detuviera, pero él no lo hizo.

Dios, qué cosa más sexy, fuerte, hermosa y violenta a la vez. Lo sentía desde la coronilla de su cabeza hasta la punta de sus pies, hormigueaba por su piel, dentro de ella, en su entrada, en lo profundo, en el centro; en todas partes.

Carlos se detuvo al fin. Volvió a ubicarse a su lado en la misma posición que antes.

—Fue así? —ella negó moviendo de un lado a otro su cabeza sobre la almohada; no, ella había despertado antes de que se pusiera así de bueno. Los restos de su orgasmo aún estaban sobre su cuerpo, haciendo cosquillas, tocándola, y cuando esta nueva ola pasó, lo miró. Él tenía el pecho agitado, la mirada brillante. Él también estaba sintiendo algo! Y eso que sólo había usado su boca!

Hizo fuerza con su mano sobre su hombro y lo tiró de espaldas en la cama. Él no dijo nada, y Ana se sentó a horcajadas sobre él.

—Quieres saber algo más? —preguntó ella con voz sibilante, apenas si podía hablar. Pasó sus

manos por el torso masculino, deteniéndose en la curva que sus músculos trabajados hacían en la cadera. Carlos cerró sus ojos.

—Qué —susurró.

—Desperté. Desperté asustada, asombrada y... Dios, estaba tan excitada —Carlos se movió suavemente, buscándola con su cadera, como una suave onda sobre la cama—. Tuve que tocarme Carlos.

—Por Dios, mujer!

—Me toqué pensando en ti—. Él puso sus manos sobre sus caderas y la miró como diciendo “o haces algo tú o lo hago yo”. Ana sonrió negando, ahora mandaba ella. Carlos apoyó de nuevo su cabeza en la almohada con el rostro contraído. El placer dolía, y ella contándole esa historia... lo iba a matar.

Ana bajó su mirada y se movió un poco sobre él para mirarlo. La erección de Carlos pulsaba, y su miembro parecía querer moverse solo. Pero era hermoso, largo y de formas parejas, con el mismo grosor en la punta que en la base... era perfecto, y era suyo.

Lo tomó en su mano, y no hizo caso del gemido ni del balanceo de caderas que él hizo, lo miró y lo estudió. Así era como debía ser uno, se dijo, así era como debía usarse.

No pudiendo más, pues sentía el líquido que salía de su cuerpo bajar por su muslo, se puso sobre él, ubicándolo con cuidado de no lastimarlo con sus uñas, y poco a poco fue introduciéndolo en su cuerpo. Cuando estuvo todo dentro, apretó y movió las caderas. Oh, aquello era sublime. Entraba y salía tan suavemente, que parecía mandado a hacer para ella.

Tal vez así era, se dijo. Él creía en el destino.

Miró el rostro de él, con sus ojos cerrados absorbiendo todas las sensaciones, y tuvo que acelerar el ritmo. Bajaba hasta la base, lo apretaba fuerte en su interior, volvía a subir y lo soltaba; era el ritmo que ella misma había encontrado, algo que estaba feliz de poder hacer, por fin.

Cerró sus ojos y empezó a dejarse llevar por las sensaciones, a acelerar el ritmo cada vez más para llevarlo a él y a sí misma hasta el borde del abismo, y cuando estuvieron allí, dejó que su cuerpo la guiara, que hiciera lo que la naturaleza le indicaba hacer.

Esto debía ser la muerte, o una fiesta, o el cielo. Ella estaba muriendo, y gemía y apretaba sus dientes para tratar de contener eso que quería escapar, pero no fue posible, y su cuerpo se liberó en un nuevo orgasmo.

Cuando su cuerpo se aflojó, fue apenas consciente de que él la movía y la ponía de espaldas en la cama, todavía estaba unida a él, y su erección no había cedido, así que él tomó el ritmo, balanceándose sobre ella hasta que también él llegó a ese sitio de locura en el que ella estaba.

Esta vez sí se derrumbó sobre ella.

—Sabía que sería así —susurró ella, antes de quedarse dormida.

-Nos citaste un domingo a la mañana para hablar de tu hijo? —dijo Arelis usando un tono de voz que denotaba hastío—. Judith, no has considerado que tal vez tienes un problema?

—Complejo de Electra —dijo Dora, susurrando por lo bajo. Judith miró a sus amigas de juventud con sus verdes ojos entrecerrados. Se puso en pie y empezó a dar vueltas por la

habitación.

Las había citado aquí porque lo del collar había salido terriblemente mal, y Carlos había salido a buscar a esa fulana desde ayer por la tarde y no había regresado. Había llamado a Susana para preguntarle si sabía dónde estaba, pero ella no dio razón. Mentía, claro que Susana sabía dónde estaba su hijo, pero a diferencia de cualquier otro empleado de la fábrica o de la casa, a ella no podía intimidarla para que hiciera lo que ella quería; era más antigua que ella misma en la familia Soler, y Carlos la apreciaba demasiado y ella lo sabía.

—Entonces no me van a ayudar? Dora? Arelis?

—Lo siento, querida, pero no me vuelvo a prestar para algo tan... de quinta —dijo Dora—. Además, mi suegra no me quita el ojo de encima.

—Rebeca es cosa seria —rió Arelis—. Todavía no entiendo para qué vino ayer.

—Me escuchó hablar por teléfono contigo —dijo, mirando a Judith—, y cuando iba de salida, se empeñó en acompañarme, ya sabes cómo es. Cuando llegamos, me advirtió que si volvía a meterme con Carlos y “esa muchacha”, iba a tener problemas con ella. Y no es una advertencia que pueda tomarme a broma, así que prefiero no arriesgarme.

—Le tienes miedo a una anciana? —puyó Judith, Dora hizo una mueca.

—Es la madre de mi esposo, y nunca me ha aprobado, realmente, a pesar de que le di un nieto. Y tal vez es miedo —agregó, con un poco de rencor—, pero no más que el que tú le tienes a esa chica—. El rostro de Judith se contrajo por la ira que empezó a hervirle—. Deberías dejarlos en paz, tarde o temprano él se cansará de ella y se buscará a una más de su estilo.

—No quiero que su imagen se manche de esa manera. Que lo vean por ahí con esa... Es que no la has visto? Qué poco estilo, qué poca clase! Esa manera de hablar, de comer, de...

—Te digo la verdad? —la interrumpió Arelis— Cuando me dijiste que era una chica totalmente x, sin familia ni nada, me imaginé a una especie de María la del barrio, o algo así —Dora se echó a reír.

—Bonita, pero malhablada y con malos modales.

—Pero me sorprendí; usó todos los tenedores correctamente.

—Y a pesar de que pusiste varios vinos en la mesa, ella se sirvió el adecuado!

—Y tiene carácter; vaya cosas que te gritó!

—Pero bueno, están de parte de ella ahora o qué! —exclamó Judith, viendo a sus aliadas reírse.

—Vas a tener que resignarte —dijo Dora al fin—, tal vez debas... no sé, conocerla; darle una oportunidad?

—Harías tú eso si fuera tu hijo? —Dora hizo una mueca.

—Dios me libre, pero si ponerme en contra de la chica sólo va a conseguir que él se empecine más y lo pierda, me temo que haría las cosas de manera diferente.

—Y después, si aparece con el corazón roto —agregó Arelis—, tú tendrás el placer de decir: “Te lo dije”—. Ambas volvieron a reír por lo bajo, pero Judith se dejó caer en uno de sus sofás con los ojos humedecidos. Había perdido esta batalla? Tenían razón ellas y lo mejor era esperar a que esa relación acabara por sí sola?

El personal de la casa tenía orden para que a la vuelta de Carlos sus cosas fueran empacadas. Edwin había sido autorizado para llevarla hasta el aeropuerto, y de ahí, sería enviada a Suiza, donde tenían un chalet.

Sería deportada si no tenía cuidado, y no era que la asustara el estar sola allá, pues tenía amistades, sino sus nietos, pues, cuándo los vería? Amaba demasiado a esos niños, eran tan parecidos a ella, y a los Soler, que no podía creer que hubiese sido bendecida con ellos. Pero no había calculado que las cosas salieran tan mal.

Miró a su par de amigas sintiéndose más sola que nunca. Lo estaba perdiendo todo, su casa, sus nietos, a Carlos...

—Vamos, no te pongas así —dijo Arelis sentándose a su lado—. Mira el lado positivo de las cosas: si él tiene razón y es la mujer de su vida, será alguien afortunado! Sabes lo difícil que es encontrar el amor hoy en día?

—Ya nos hubiese gustado a nosotras casarnos con el hombre que amábamos —dijo Dora mirando lejos—. Hasta tú, Judith. En tu juventud estuviste enamorada, y no de Carlos Soler, así que entiende a tu hijo. Tal vez la chica sí lo quiere por lo que es.

—Pero hablarán de él cuando lo vean tan... tan mal acompañado! no es digna de alguien como mi hijo, no es apropiada para él! Y qué tal que esté con él sólo por su dinero?

—Ponle esta última prueba —agregó Arelis—: si las cosas llegan a ponerse serias, que ella firme la cláusula de separación de bienes; en caso de divorcio o viudez, no heredará nada de nada.

—Crees que él acepte? —preguntó Judith, como aferrándose a un clavo ardiendo.

—Es tu última opción.

—Dile, en cuanto vuelva lo arrepentida que estás y lo mucho que te asusta perderlo—. Ante esas palabras, Judith volvió a sollozar.

Qué mala suerte la suya! Sus dos hijos con las mujeres menos adecuadas! Si bien Ángela era una madre excelente para sus nietos, había muchas mujeres en su círculo que podían haberlo hecho bien también, como Valentina, la ex novia de Juan José. Por más que le había insistido para que concretara la boda con ella, ésta no se había realizado. Los hombres eran criaturas extrañas, pero tenía que reconocer que sus hijos tenían un carácter inquebrantable cuando de mujeres se trataba.

Su marido no había sido así, y tal vez por eso siempre había pensado que a sus hijos podía dominarlos, pero qué estrellón se había llevado!

Respiró profundo y miró a Dora y Arelis mirarla con un poco de lástima. Sí, ahora mismo, ella era digna de lástima.

Ana le dio un beso salado a Carlos. Estaban los dos, abrazados en medio de las olas del mar, jugueteando, riendo, besándose, y persiguiéndose el uno al otro hasta la playa y de vuelta al agua. Nunca se había divertido tanto.

Esa mañana habían despertado abrazados, con pereza, pero hambrientos, y antes de que llegara el servicio a la habitación, Carlos le había vuelto a hacer el amor. Camino al restaurante Ana había vuelto a llamar a sus hermanos, pero se encontró con saludos muy cortos; estaban recién levantados, cansados aún, pero a la expectativa de las aventuras del nuevo día. Tuvo la tentación de llamar a Ángela y contarle cómo le estaba yendo y dónde estaba; ella y Eloísa sabían que iba a pasar su primera noche con Carlos, pero ninguna había imaginado que sería fuera del país en una especie de luna de miel.

Estaba segura de que cuando avisara que había vuelto a casa, caerían en su jardín como reporteras de noticias luego de un golpe de estado o peor.

—Esto hay que repetirlo —dijo Carlos sin aire en sus pulmones, tirado en la arena de la playa, mirando al cielo y con Ana a su lado, ambos llenándose de arena, y tostándose bajo el sol. La mañana les había alcanzado para visitar varios sitios de la isla, conocer algunas atracciones turísticas, parques acuáticos, y todo tipo de diversiones. Ahora habían estado jugando en el agua un buen rato, y ya estaban bastante cansados—. Vamos por algo de tomar? —sugirió él, y ella aceptó. Tomó su mano y volvieron a entrar al mar para retirarse la arena del cuerpo, y luego se encaminaron al hotel para refrescarse—. Te bronceas muy bonito —dijo él mirándola de pies a cabeza; Ana llevaba un traje de baño de dos piezas con un estampado azul turquesa y blanco que resaltaba su tono de piel. Ella se miró a sí misma, estaba más morena luego de media mañana en la playa.

—Sí, tal vez es una virtud de mi raza; me bronceo fácil.

—Genial —dijo él acercándose para besarla. Ella lo abrazó sonriente, Carlos tenía una manera de atraerla y seducirla única. Parecía querer besarla siempre, de alguna manera, su cuerpo siempre estaba en contacto con el suyo, a veces de manera inocente, otras no tanto. Nunca hubiese imaginado que fuera un hombre tan apasionado—. Reservé mesa en un buen restaurante —dijo él entre besos—, así que tendremos que volver a la habitación para ducharnos.

—Ahora veo que fue buena idea comprar toda esa ropa.

—Te lo dije.

—Y tú estás muy feliz de decir: “te lo dije”.

—Tener la razón me hace feliz.

—Típico.

—A menos que quieras saltarte el almuerzo y pasar el resto de la tarde en la cama conmigo.

—Mmm, qué idea tan tentadora —murmuró ella, como analizando la idea.

—Tal vez a media tarde esté famélico y sin energía, pero habrá valido la pena—. Ella se echó a reír.

—Es tentador ver cómo aguantas el hambre, pero mejor vamos y comemos. Te prometo que a la vuelta estaremos todo el tiempo que quieras en la cama.

—Oh... dioses, he sido bendecido contigo —ella volvió a reír, reconociendo para sí que aquello era también un regalo para ella—. Caminaron tomados de la mano hacia donde estaban sus cosas, para ir de vuelta al hotel. Les esperaba una tarde muy entretenida.

...24...

ÁNGELA abrió grandes sus ojos cuando vio a Judith en la puerta de su casa. Alma, su ama de llaves, era quien había abierto la puerta, y la invitó a seguir. Estaba un poco descompuesta, y eso ya era algo grave; Judith nunca, nunca, estaba descompuesta. Tenía el maquillaje un poco corrido, como si hubiese estado llorando, y cada cabello no estaba en su lugar, como solía ser.

—Está Juan José? —pero esa pregunta terminó de aterrarla, otro nunca de Judith era preguntar por su “otro hijo”. Por lo general, cuando Judith venía aquí, era para ver a Carolina, y por ella era por quien preguntaba cuando venía.

—Eh... no... —contestó Ángela, con Alex en brazos—. Salió un momento al parque con Carolina... Como es costumbre los domingos.

—Ah... —Judith miró en derredor, como si se hallara perdida en aquél lugar. Ángela nunca había estado a solas con su suegra, y realmente nunca había estado segura de cómo proceder con ella, así que se arriesgó esta vez y la invitó a seguir hasta la sala.

Judith avanzó mirando todo en derredor como si fuera la primera vez que entrara. En una pared vio un retrato un poco antiguo de Ángela, Carolina y Juan José. Se detuvo frente a ella y lo observó largo rato. Ángela, llamada su atención por la actitud de Judith, miró también la foto preguntándose qué podía haber en ella que le atrajera tanto; el cristal estaba limpio, y el marco lo habían comprado en una buena tienda, así que no creía que se debiera a eso. Podía ser que los estuviera mirando a ellos?

Esa fotografía se las había tomado Carlos un día que salieron juntos a comer en un centro comercial, y Juan José había quedado tan encantado que la había mandado reproducir, tenía una copia en el escritorio de su despacho en la constructora, y en el pasillo del piso superior de la casa había otra un poco más pequeña. Era en la época en la que esperaban por la boda y Carolina aún no había cumplido el año, Carlos había capturado la imagen en un preciso instante en que Carolina se había dignado sonreír y Juan José y ella tenían esa mirada feliz y radiante de quienes están satisfechos con todo lo que les rodea. Había sido un momento memorable... pero, por qué la observaba Judith?

La vio sacudir su cabeza y caminar hasta la sala, cuando estuvo allí, Ángela no tuvo necesidad de invitarla a sentarse; estaba muy silenciosa. Se sentó en el mueble frente a ella en silencio también. Recordó entonces que Ana le había dicho que almorzarían con ella en la gran mansión Soler, pero no la había llamado para contarle cómo le había ido. Ella tampoco la llamaba, pues imaginaba que estaría siendo muy inoportuna no importaba la hora a la que lo hiciera. Sabía que

Juan José había hablado con Carlos, y que habían salido del país en el avión privado, pero no tenía los detalles del asunto.

Los segundos se alargaron y Judith no decía nada, y en la mente de Ángela se fueron formando varias teorías que podían explicar su silencio: Ana había sido milagrosamente aceptada por Judith, y ella estaba aquí para contarle acerca de lo feliz que estaba con su nueva nuera... No, demasiado fantasioso.

Ana había sido completamente rechazada, y Judith estaba aquí para sermonearla a ella y a Juan José por permitir que alguien así entrara en su preciosa familia... Eso tenía más sentido, pero entonces no explicaba la actitud que ella traía.

—Todo está bien, Judith? —preguntó Ángela, y Judith reaccionó un poco sorprendida, como si hubiese olvidado que estaba con alguien más en esa sala.

—Ah... sí, sí..., No —corrigió luego—. La verdad es que todo está mal.

Ana había sido rechazada, concluyó Ángela, y endureció el rostro. Si Judith venía aquí a hablar mal de Ana, pues se llevaría un estrellón, ella no permitiría que nadie ensuciara el nombre de la que consideraba su hermana.

—Carlos... —siguió Judith, cerrando sus ojos— Carlos se fue ayer, y no ha regresado a casa...

—Está de viaje, con Ana —Judith alzó la mirada hasta Ángela, mostrándose sorprendida tanto por la noticia como por el tono de su voz. La miró fijamente, Ángela estaba mortalmente seria, y aunque la imagen del bebé en sus brazos era tierna, ella tenía un rostro casi amenazador.

—Quién es Ana?

—Mi hermana, aunque no de sangre, como si lo fuera. El que se mete con ella, se mete conmigo—. Judith la miró un instante seria, y luego dejó salir una risa que pareció más bien un quejido.

—Tantos defensores...

—Ana fue la que me tendió la mano y me dio un techo cuando su hijo fue un patán conmigo. Me salvó del hambre en más de una ocasión, y de la locura cuando me quise morir. Le debo mucho, nunca tendré cómo pagárselo. Lo mínimo que puedo desearle es que sea feliz al lado de la persona que ella ha elegido.

—Es una santa, pues!

—Noooo, no lo es... —rió Ángela, aunque con ironía— Al contrario, Ana sabe defenderse muy bien ella solita, si fuera tan débil, nunca habría podido sacar ella sola a tres hermanos menores; yo nunca me metería en medio de ella y lo que quiere, y eso que es mi hermana —Judith la miraba entre asombrada y aterrada—. Créame cuando le digo que es la mejor mujer que Carlos hubiese podido elegir para amar, yo estoy muy feliz porque por fin esos dos pudieron demostrar sus sentimientos, y estar juntos.

—A pesar de que Ana es...

—Es qué? —preguntó Ángela, con tono ominoso.

—No sé, es tan... tan... pobre! —Ángela se echó a reír.

—No sabe usted que Ana siempre ha sido más rica que usted? Nunca ha vivido en una mansión, pero ella SIEMPRE se ganó con sus propias manos todo lo que tuvo, fuera mucho o poco, y lamentablemente siempre fue poco. Eso hace rico a una persona: no depender de otro para comprarse unos calzones.

—Me estás diciendo mantenida, Ángela? —ella la miró alzando sus cejas, si no estaba mal,

era la primera vez que Judith la llamaba por su nombre.

—Al que le siente el sayo...

—Entonces imagino que Juan José también estará de parte de ella...

—Juan José estará de parte de su hermano, y si Carlos ha decidido que Ana es la mujer de su vida...

—Pero cómo puede él decir algo como eso, o estar seguro? —Ángela la miró entonces ya no con rostro amenazador, sino casi con pesar. Acaso Judith nunca había estado enamorada como para no entender a su hijo?

—Uno simplemente lo sabe, Judith —dijo Ángela. Judith, poco acostumbrada a que la llamara por su nombre, pues siempre le había dicho “madre” tal como ella le había enseñado a sus hijos, la miró con una ceja alzada. Tal vez Ángela era la persona menos indicada para hablar de sus dudas, después de todo, ella se había embarazado para atrapar a su hijo.

Se puso en pie dispuesta a irse, pero entonces entró Juan José con Carolina, quien, al verla, exclamó “mamá Judith!”, y se bajó de sus brazos para ir a abrazar a su abuela. Juan José le lanzó una mirada interrogante a su mujer, pero Ángela meneó la cabeza haciendo una mueca. Judith no estaba aquí por nada bueno, concluyó Juan José.

—Qué hermosa estás! —le dijo Judith a su nieta, mientras la niña le contaba todo lo que había hecho en el parque con su padre. Judith vio por el rabillo del ojo que Juan José le daba un beso a Ángela y cuchicheaban entre sí—. Juan José —lo llamó—, necesito hablar contigo.

—Claro, dime.

—A solas —Ángela elevó sus cejas.

—Madre, cualquier cosa que tengas que decirme, lo puedes hacer delante de Ángela.

—No te preocupes, Juanjo —dijo Ángela acercándose a Carolina y extendiéndole su mano para que la niña la tomara—. Igual, Alex necesita un cambio de pañal.

Ángela salió con los niños, mientras Carolina seguía hablando de columpios, barras y resbaladeros muy emocionada. Judith miró irse a la niña con pesar, y Juan José esperó que entendiera lo que acababa de hacer; si rechazaba a Ángela, ésta le impediría tener contacto con su nieta, y sabía que Ángela era muy capaz de hacerlo, pues no tenía paciencia ni escrúpulos con las madres que maltrataban de una forma u otra a sus hijos, ya había pasado ella misma por eso.

—Entonces? —apuró Juan José—. Habla.

—Por qué me hablas así?

—Quieres que te aplauda lo que acabas de hacer?

—Por qué todo el mundo está en mi contra de repente?

—No ha sido de repente; estás recogiendo lo que en toda tu vida te dedicaste a sembrar.

—No me hables así, Juan José!

—A qué viniste, madre? —preguntó él, masajeándose el puente de su nariz con sus dedos, tal como solía hacer Carlos cuando estaba estresado. Judith vio ese gesto y algo se removió en su interior. Era el gesto del abuelo Ricardo Soler. Se sentó en el mueble con deseos de llorar.

—Carlos se fue con esa... con esa...

—Con Ana. Está con Ana. Acabo de hablar con él y lo está pasando muy bien, está reafirmando su opinión; Ana es la mujer que quiere para él.

—Pero por qué? Por qué no pudo escoger a alguien más de su nivel, o de su estatus? Por qué alguien como ella, al igual que tú? Cómo es posible que mis hijos sean tan estúpidos que se dejen

atar y manipular por mujeres como esa?

—Perdona, estás hablando mal de Ángela?

—Me vas a decir que no es cierto que ella te amarró en este matrimonio con su hija? —Juan José se echó a reír de una manera tan estridente que Judith tuvo que detenerse en sus lloriqueos.

—Ángela tenía razón —dijo él entre risas—. Debí contarte la historia completa desde el principio.

—De qué estás hablando? Qué historia?

—Madre, siéntate, te voy a contar la verdad entre Ángela y yo—. Judith lo miró con sus ojos verdes exactos a los de su hijo preguntándose qué verdad sería esa. Sin embargo, hizo caso y se sentó, con la sensación de que no le iba a gustar lo que le iban a decir.

-Por Dios, Ángela tenía razón! —exclamó Ana entre resuellos, desnuda en la cama y apoyando su espalda en el pecho de Carlos, que también intentaba alcanzar el aire. Llevaban horas haciendo el amor.

—Y qué dice Ángela? —preguntó él.

—Que los Soler tienen un desempeño más que satisfactorio en la cama—. Eso lo hizo reír, y se movió para abrazarla, apoyando su barbilla en el hombro de ella, y besándolo.

—Es bueno saber que la intimidad entre ellos dos también va bien, pero no quiero tener tanta información —Ana se echó a reír—. Pero claro —siguió él—, olvidaba que las mujeres se hacen entre sí ese tipo de confidencias—. Fue ocasión de Ana para reír.

—Somos amigas desde hace mucho, ella, Eloísa y yo.

—Eso veo. Desde Trinidad, no? —dijo él con voz perezosa, pero Ana se había quedado en silencio, y un poco quieta.

—Hemos estado juntas en muchas malas situaciones. Ángela tuvo que pasar por mucho cuando se casó la primera vez con Juan José. Fue muy difícil para ella... Eloísa, a pesar de que siempre da la imagen de estar en otra órbita, también ha tenido que pasar lo suyo... y ellas han sido un apoyo para mí, a pesar de todo.

Carlos se apoyó en su codo para poder mirarla desde arriba.

—A pesar de todo? A qué te refieres? —Ana hizo una mueca.

—Carlos, mientras ellas eran niñas ricas, hijas de grandes señores, yo era la sirvienta. A ellas se les enseña que una es invisible, que no se nos dirige la palabra más que para pedirnos cosas. Ellas no eran así; cuando Eloísa iba a visitar a Ángela a su habitación, Ángela me llamaba, y así me eximía de una hora de trabajo pesado y me permitía divertirme un poco con ellas. Aunque a medida que se fue convirtiendo en mujer su libertad fue menguando, y con ella su autoridad con el personal—. Carlos respiró profundo.

—Lamentablemente, es cierto eso de que se nos enseña a no hacer lazos afectivos con los empleados. Tengo que admitir que para mí casi todo el personal que labora en mi casa es prescindible, excepto por Leti, que está allí desde hace más tiempo que los demás, y se quedó aun en la época de crisis, cuando tuvimos que pagarle con muebles y objetos.

—Se siente muy distinto cuando estás al otro lado... y si eres tan sólo una niña, y estás a merced de tus jefes... —su voz se fue apagando, y Carlos pasó sus manos por la piel de sus

brazos, sintiendo que ella se enfriaba de repente. Le besó la oreja, como si así pudiese espantar algún fantasma de su pasado.

—Orlando Riveros era tan malo como todos dicen? —Ana soltó una risita irónica.

—Era peor.

—Qué te hizo, Ana? —ella se giró a mirarlo.

—Cómo sabes que me hizo algo?

—Era cruel con su propia hija... por qué no podía serlo con sus empleados? —los ojos de Ana se humedecieron.

—Es... es una historia un poco larga.

—Cuéntamela —Ana respiró profundo, tratando de encontrar la serenidad necesaria para contar el peor episodio de su vida.

Salió de la cama y buscó su ropa. Carlos se sentó y la observó mientras se volvía a vestir, era como si se sintiera vulnerable contándole eso desnuda. Su piel se erizó un poco. Estaba seguro de que en cuanto Ana terminara de contarle lo que le iba a contar, iba a desear ir a Trinidad y sacar a Orlando Riveros de su tumba para resucitarlo y volverlo a matar.

—Yo tenía dieciséis años cuando mi padre murió.

—Sí, eso me lo dijiste.

—Pues bien, ya para entonces trabajaba en la casa Riveros, sólo que a tiempo parcial, por mi estudio. Me ocupaba de los mandados, y cosas así. Pero entonces dejé el bachillerato; si no lo hubiera hecho, habríamos muerto de hambre... Así que estuve más tiempo en la casa. Unos años después, Ángela se casó con tu hermano, y se fue de la casa. Recuerdo un día que él llegó a la casa furioso. Escuché decir que se había encontrado a Ángela trabajando en uno de los negocios del centro y Juan José había tenido la osadía de enfrentársele. Su humor empeoró desde entonces, y soy testigo de que con García, su hombre de confianza, empezaron a maquinarse la manera de hacer que se fuera del pueblo. Lo intentaron de varias maneras.

—Entonces fue él quien provocó el accidente de mi hermano. Invertí mucho tiempo y dinero tratando de aclarar ese hecho y tú siempre lo supiste —Ana sólo se alzó de hombros.

—Yo no tenía ninguna prueba, ni Ángela. Y de veras esperabas que alguien como yo lo enfrentara? Y luego cuando lo comprobamos, él ya estaba muerto, así que no tenía caso hacer nada... En fin, eso no es lo importante... Como Ángela ya no estaba en casa... su atención se fijó en otra persona...

—En ti —dijo Carlos entre dientes.

—Estaba enfermo —susurró Ana, recogiendo la sábana entre sus manos, como si no se pudiera estar quieta, y la hizo una bola entre sus piernas—. Empezó a intentar enamorarme... Era realmente asqueroso, pero yo tenía miedo de... perder mi empleo... así que recibía sus regalos, que no eran más que flores o chocolates. Las flores las tiraba, y los chocolates los repartía entre mis hermanos y les hacía creer que se iban a perder y por eso la señora Eugenia me los daba a mí —los ojos se le humedecieron—. Yo no sabía hacer otra cosa más que limpiar, y no creía que en otra casa me aceptaran si salía de allí en malas condiciones, pero cuando él se puso pesado, y me abordaba cuando estaba sola, tuve que renunciar —cerró sus ojos—. Afortunadamente, Ángela y Juan José se llevaban bien para entonces, y ella pudo convencerlo de que me contratara; ganaba mucho menos, pero estaba en paz, y así pasé un tiempo. Ángela me compartía de sus cosas, y yo pude sobrevivir ayudándome con ventas, y eso. Silvia tuvo que dejar el colegio para trabajar

también... —Ahora las lágrimas empezaron a correr—. No quería eso, y discutimos; intenté obligarla para que volviera, pero ella estaba empeñada en ayudarme. Además, se hizo con un noviecito que no me gustaba nada, y tenía mucho miedo de que su vida se fuera al traste por sus malas decisiones... Y fue cuando reapareció Orlando Riveros... Esta vez fue mucho más allá de una insinuación.

—Qué hizo?

—Él... él me dijo que se había fijado en mi hermana, en Silvia, en lo bonita y vivaracha que era... me dijo que tal vez ella sí aceptaría sus “galanteos”. Entré en pánico, Carlos! —exclamó—. Así que cuando volvió a insinuarse yo... yo... tuve miedo de decirle que no.

Ella se echó a llorar, aunque en silencio, y Carlos se movió en la cama hasta acercarse a ella, que estaba sentada en el otro extremo, para abrazarla.

—Tuve que ir voluntariamente a él.

—No, eso no fue voluntariamente.

—Pero me tuve que rendir... y permitirle que me tocara y... me hiciera eso... —él la abrazó más fuerte y besó su cabeza, sintiendo también mucho dolor en su corazón, las lágrimas de ella caían en su alma como pesadas rocas puntiagudas.

Pasaron los minutos y ella se fue calmando. Se secó las lágrimas con la sábana y respiró profundo.

—Perdona que me ponga a llorar...

—Sácalo todo.

—Estás seguro?

—Sí —ella lo miró sonriendo en medio de su tristeza. Cómo lo amaba! Era tan diferente en cuerpo y alma al hombre que le había hecho daño en el pasado! Su sonrisa se fue borrando cuando a su mente llegó el recuerdo. Ella en una habitación de hotel, asustada, con el pecho subiendo y bajando, porque aunque tenía una idea de lo que le esperaba, no estaba segura de nada. Él la había abordado desnudándose, como si quisiera pavonearse de algo, cuando en realidad no había nada atractivo que mirar, era gordo, grande, fofo y pesado; la primera vez que había visto a un hombre desnudo, y había sido sumamente desagradable. Ella le había dado la espalda avergonzada, y eso para él no fue más que una invitación, quien sólo le subió la falda. Ana había tenido sus ojos cerrados, y se había mordido tan fuerte los labios durante todo el proceso que se había hecho sangre.

Había dolido, como si se estuviese partiendo a la mitad, y se había sentido demasiado mal después, con ganas de vomitar, de morirse, de abrir un agujero en la tierra y meterse allí hasta morirse.

Le fue contando con uno que otro detalle lo que había tenido que vivir, cómo luego fue incapaz de volver a prestarse para eso, cómo tuvo que encerrar a sus hermanas en la casa; a Paula la llevaba al colegio y la iba a recoger, con Silvia se peleaba todos los días por el encierro en que la tenía, pues la había obligado a que dejara el trabajo, y en consecuencia, también había dejado al novio, y entonces Ángela volvió al pueblo.

—...Y esa vez García me estaba amenazando con tirarme la casa encima si no hacía lo que él quería... —siguió contando, aunque ya más calmada, recostada en su pecho, mientras él pasaba sus dedos por su cabello con movimientos tranquilizantes— pero Ángela escuchó todo, se dio cuenta de que su padre estaba intentando abusar de mí. Aunque ella no sabe aún qué pasó en realidad

entre su padre y yo, pues nunca he sido capaz de admitírselo, sí sospecha que fue algo más que una amenaza. Esa noche Ángela fue hasta su casa y le gritó a Orlando hasta de lo que se iba a morir; ya no le tenía miedo, su copa se había rebotado. Ya había vivido demasiado como para que su padre la volviera a intimidar. En cambio yo, de estar frente a él de nuevo, sólo sentía miedo, y asco... fui una cobarde.

—Deja de decir eso.

—Pero Ángela estaba llena de odio y de rabia. No se podía creer que se hubiera metido conmigo... y en el calor de la discusión Orlando sufrió un paro cardíaco y murió frente a nuestros ojos.

—Una muerte demasiado buena y digna para alguien como él —Ana frunció el ceño.

—No, no lo creo. Recuerdo la escena como si fuera ayer. Él fue testigo de cómo todos nos sentíamos aliviados con su muerte. García lo dejó morir a propósito. Pudo haber evitado su muerte, sabía cómo ayudarlo, pero simplemente no quiso, y murió allí, frente a nuestros ojos. Acompañado, pero solo.

—Se lo merecía—. Ella respiró profundo y cerró sus ojos, sintiendo cómo al fin esa pesada carga que había llevado todo ese tiempo se desvanecía. Al fin.

—En muchas ocasiones me he sentido mal por lo que hice. En medio de mi pobreza, muchas veces tuve ocasión de prostituirme para ganar dinero; los hombres alrededor que sabían de mi situación siempre me estaban haciendo propuestas. Algunos incluso dejaron en casa regalos tales como mercados, o ropa para mis hermanos. Yo muchas veces los devolví, no quería sentirme en deuda con ellos. Y una vez una mujer de una casa de citas vino hasta mí para explicarme en lo que consistía el trabajo y cuánto ganaría si me unía a ellas... y habría ganado mucho más de lo que ganaba con los Riveros, pero habría perdido el respeto de mis hermanos... Y sin embargo tuve que ceder ante ese hombre. Me sentí tan sucia, Carlos... tan sin valor... indigna... Una prostituta habría tenido más dignidad que yo.

—No digas eso —la defendió Carlos, con voz un poco cortante—. Ellas lo hacen a cambio de dinero, sean cuales sean sus razones o circunstancias, y lo hacen voluntariamente. Tú lo hiciste porque no te dejaron elección; eras tú o una de tus hermanas, y siendo como eres, la respuesta para ti era obvia... Me duele mucho por ti —dijo él, enterrando su rostro en el cabello de ella, como para que no se diera cuenta de que su voz estaba a punto de quebrarse, respiró profundo tratando de desatar el nudo en su garganta y siguió—. Tenías derecho a decidir a quién darle tu primera vez, no tenías por qué pasar por algo tan terrible y encima, que te hicieran creer que había sido tu decisión, cuando la verdad es que te acorralaron—. Ana se giró para mirarlo, le tomó el rostro entre las manos, y cuando vio que él tenía los ojos un poco humedecidos, sonrió con ternura.

—No te sientas mal por mí.

—No puedo evitarlo.

—Ya tú le dijiste a esa Ana adolescente que todo saldría bien al final, y así fue. Ya no vale la pena llorar.

—Y sin embargo, lloras —ella sonrió triste—, cada vez que te preguntaba por esa parte de tu vida, la luz de tu mirada se apagaba, y todo se oscurecía para ti—. Ana respiró profundo y sacudió su cabeza negando.

—Eso era cuando tenía miedo de que nadie me aceptara por lo que había tenido que hacer.

Cuando temía que me rechazaran porque fui capaz de entregar mi cuerpo para sobrevivir.

—Las personas que te rechacen luego de saber eso, no son dignas de ti—. Ana se echó a reír.

—Eres increíble.

—Sólo digo la verdad.

—Me amas todavía? —él la miró ceñudo.

—Por qué no te iba a amar todavía?

—No lo sé... Juan José te decía “Don perfecto”— lo escuchó resoplar, pero siguió—. Alguien tan perfecto tal vez no aprobaría algo así, ni lo soportaría...

—No soy perfecto... y no quiero serlo. Juan José ha tenido que cambiar ese concepto que tenía de mí, créeme. No hay nadie más lleno de defectos que yo.

—Qué humilde de tu parte decir eso —dijo ella girándose a él poco a poco, hasta estar frente a un Carlos completamente desnudo. Rodeó su cuello con sus brazos, y lo miró al rostro detalladamente.

—No es modestia, ni humildad —siguió diciendo él. Ana sonrió de medio lado.

—Claro —dijo, como zanjando el tema, pero él la tomó de la cintura y la apoyó en la cama. Ana rió un tanto escandalizada—. No se te acaban las energías? —preguntó entre risas, pero entonces él la miró serio.

—Ana... mierda, no puede ser.

—Qué? —preguntó ella un tanto asustada.

—Creo que olvidé el preservativo la última vez que... —ella se echó a reír.

—No te preocupes, no me voy a quedar embarazada.

—Por qué estás tan segura? —Ana se alzó de hombros.

—Eloísa me asesoró muy bien respecto a eso en cuanto le conté que tú y yo estábamos saliendo, y como yo sabía que tarde o temprano terminaríamos aquí, seguí su consejo y lo puse en práctica.

—Oh, vaya... menos mal que tus amigas no son tontas.

—No —contestó Ana, riendo. En ese momento era como si nada de lo que le había contado acerca de su pasado hubiese sucedido en realidad. Carlos miró su reloj sobre la mesa de noche.

—Tenemos una hora para que vengan por nosotros y devolvernos a Colombia...

—Una hora, eh? Ya se acabó el fin de semana.

—Sí... no se te ocurre nada que hacer para matar el tiempo?

—Qué se me ocurre, qué se me ocurre —repitió ella mientras pasaba su mano por su torso desnudo y ahora bronceado. Cuando puso su mano en su entrepierna, él lanzó un gemido quedo—. Nos alcanzará el tiempo?

—Que el piloto nos espere —dijo él, y fue lo último que dijo con coherencia.

...25...

JUDITH se puso ambas manos sobre su boca, mirando a su hijo pasmada.

Acababa de escuchar toda la historia entre Juan José y Ángela, desde que la viera por primera vez y apostara llevarla a su cama en menos de una semana, hasta cuando se volvieron a casar. Judith no sabía cómo mirar a su hijo ahora. Debía reprocharle? Eso no se le hacía a ninguna mujer! Debía felicitarlo? Porque se había enamorado de verdad, y había luchado hasta reconquistarla.

Pero y... ahora qué iba a hacer con Ángela? Siempre la había mirado dándole el único valor que para ella tenía, que era el ser la madre de su hermosa nieta. Ella siempre había sido un obstáculo que se había acostumbrado a sortear para poder llegar a Carolina, pero ahora tenía que admirarla, pues había conseguido lo que ella no: doblegar el orgullo de un Soler.

Juan José la miraba con una media sonrisa. Las reacciones de su madre lo estaban tomando un poco desprevenido, pero era divertido verla así, totalmente fuera de base.

—Entonces, como ves —dijo él—, Ángela no se embarazó para atraparme; fui yo quien usó ese argumento para hacer que al fin cediera sin quebrar demasiado su orgullo. Y si me lo vas a preguntar, sí, madre, soy muy feliz a su lado. Cada día es especial, diferente; cada mañana estoy más enamorado que el día anterior. Y todos los días me felicito a mí mismo por haber luchado por ella hasta conseguirla de nuevo. Así es como se siente uno cuando está enamorado y es correspondido, siente que todo está en su lugar, que ya nada le falta. Si la hubiese perdido, no tendrías de mí más que el cascarón del que solía ser tu hijo, porque eso fui yo durante el tiempo en que no estuve a su lado.

Por las mejillas de Judith rodaron unas gruesas lágrimas. Al verla así, Juan José se levantó del sofá en el que estaba y se sentó a su lado sin tocarla, pero muy cerca. No le hizo preguntas, sólo la miró en silencio, y Judith no se molestó en limpiarse las lágrimas, que siguieron saliendo.

—Hey, no llores —susurró él, pero Judith simplemente lo ignoró. Sin saber qué hacer, Juan José extendió una mano hacia ella y la puso sobre su brazo, sin ir más allá, ni moverse. Nunca había abrazado a su madre, nunca se habían hecho demostraciones de afecto. A él ella no le tomaba el rostro entre sus manos y le besaba ambas mejillas, como hacía con Carlos, así que no supo cómo consolarla, o si debía hacerlo.

Muchas veces, de niño, y luego de adolescente, quiso preguntarle: en verdad soy tu hijo? Pero luego veía el parecido físico entre los dos y tenía que tragarse la respuesta.

—Se enamoran de verdad —dijo Judith en un susurro y cerrando sus ojos—. Los Soler se

enamoran de verdad.

—Qué quieres decir con eso?

—Toda mi vida... —dijo ella, sin explicarle—, y nunca lo creí... era verdad.

—Madre? —pero Judith se puso en pie y se secó las lágrimas.

—He llorado tanto! —volvió a decir, y dejó salir una risita histérica.

—Madre? —volvió a llamarla Juan José. Pero Judith respiró profundo varias veces tratando de calmarse, y luego miró a su hijo menor. Lo miró por largo tiempo, detallándolo, como si lo estuviera viendo por primera vez. Juan José no estaba acostumbrado a esto, así que no sabía qué hacer, ni qué decir; ser el centro de atención de Judith era algo que jamás había sucedido. Si había necesitado contarle la historia para que esto al fin sucediera, tendría que reprocharse el no haberlo hecho desde hace mucho tiempo.

—Perdóname por todo, hijo —dijo ella poniendo su mano sobre la mejilla áspera de Juan José. Él cerró sus ojos.

—No, madre...

—Creo que he sido la peor madre del mundo.

—No...

—Pero tan sólo creí que eras igual a él, que me romperías el corazón tal como él hacía con todas... e hice de nuestras vidas un infierno!

—Hablas de papá? —Judith tragó saliva, guardando silencio—. De quién hablas, mamá? Siempre he querido hacerte esta pregunta... soy tu hijo realmente? Soy hijo de papá? De Carlos Soler?

—Sí, por supuesto que lo eres.

—Entonces por qué... —ella negó, y lo dejó pasmado cuando se acercó a él y lo abrazó. No supo cómo reaccionar, si lo estaba haciendo para que no hiciera más preguntas, lo había conseguido, Juan José estaba mudo de asombro. Pasados unos segundos en los que supo que debía hacer algo, la rodeó también con sus brazos, pero al instante, ella se separó de él.

—Debo irme —dijo—, Carlos regresará en cualquier momento.

—Sí, claro.

—Tal vez tenga que suplicarle para que no me eche de mi casa—. Juan José no dijo nada, sentía como si le hubiesen amarrado la garganta, así que la observó recoger su bolso y encaminarse a la puerta; él la siguió en silencio. Cuando estuvo frente al auto, Judith se volvió a él.

—Dile a Ángela que no quise ser grosera con ella.

—No, claro.

—Y ni siquiera volteé a mirar a Alex, pobrecito mi niño.

—Lo superará.

—Vendré otra vez a ver a Caro... a todos.

—Lo sé.

—Si logro convencer a Carlos.

—Háblale con el corazón, y lo conseguirás—. Judith sonrió, y sin hacer ni decir nada más, se introdujo en el auto.

Juan José dio unos pasos atrás dándole espacio para que se alejara. Cuando estuvo solo en el jardín, se pasó una mano por la nuca, y dio la media vuelta para entrar en la casa a paso lento. Qué

había pasado? Qué ocurría en la mente de su madre? Por qué nunca había sido capaz de comprenderla?

Subió hasta la habitación de Alex, donde seguramente estaba Ángela, necesitando tremendamente de su contacto y de su consuelo.

Ana vio luz en las habitaciones del segundo piso de su casa. Tenía puesto un abrigo nuevo que impedía que el frío de la noche se colara dentro, y además de eso, el brazo de Carlos alrededor de ella la calentaba más que cualquier abrigo.

—No entres, nos harán preguntas embarazosas —Carlos se echó a reír.

—Es tu culpa, si no me hubieses distraído cuando te dije que sólo teníamos una hora...

—Ah, ahora es mi culpa! —él murmuró algo abrazándola fuerte, renuente a separarse de ella.

—Cuándo podremos estar otra vez así? —preguntó él con pesar—. No podríamos pedirle a Fabián que se vuelva a llevar a tus hermanos lejos?

—Qué malo eres —dijo ella, pero realmente estaba riendo. Recibió sus besos, pero estos empezaron a profundizarse, y ella tuvo que empujarlo un poco para separarse al fin.

—Nos vemos mañana en la fábrica, señor Soler.

—Me odias —se quejó él, cabizbajo.

—Duerme bien.

—Será imposible—. Ella le dio otro beso, pero no se dejó atrapar de nuevo, así que dio la vuelta y abrió la puerta de su casa. Carlos se estuvo allí otro rato, mirando con pesar la puerta tras la cual había desaparecido Ana. Quería entrar, estar con ella otra vez, ver a sus hermanos y bromear con ellos por un rato, y luego poder dormir a su lado... sólo dormir, aunque lo dudaba tremendamente.

Saber cómo era hacer el amor con ella no hacía sino exacerbar su deseo.

Dio la media vuelta y se internó en el auto conducido por Edwin, quien empezó a hablarle de los pormenores de lo sucedido en la casa durante su ausencia. Ahora tenía que enfrentarse a su madre.

Ana se asomó a la habitación de sus hermanos y los encontró profundamente dormidos. Sebastián ya dormía a pierna suelta en su cama, al igual que Paula, aunque se notaba que ella había tomado un momento para arreglar su uniforme y sus libros para el día de clase mañana. Cuando aún no había abierto la puerta de la habitación de Silvia, supo que ésta se encontraba despierta, pues hablaba por teléfono con alguien.

—Espectacular, lo pasamos divino —decía ella—, traje un montón de fotos, mañana te las enseño. Fabián es de lo mejor! —Cuando vio a Ana, su mirada se iluminó—. Nos vemos mañana —le dijo a su interlocutor—; mi hermana está aquí y quiero hablar con ella —Ana alzó sus cejas interrogante y se cruzó de brazos.

—Quieres hablar conmigo? Y de qué?

—Qué tal Carlos?

—Qué tal más bien un “Hola, Ana, cómo estás, lo pasaste bien?”

—Sé que estás bien —dijo Silvia sacudiendo su mano para quitarle importancia—; estás viva y de una sola pieza, y me imagino que lo pasaste más que bien, mi curiosidad es: qué tal Carlos?

—Qué indiscreta.

—Nunca contestas directamente mis preguntas —se quejó Silvia—. Habla! —Ana sonrió. Se sentó en su cama y suspiró.

—Carlos es... Dios, es... espectacular.

—Aaaah! Me lo imaginaba!

—Estuvimos en Trinidad y Tobago.

—Quéeee? —gritó Silvia, y Ana tuvo que silenciarla para que no despertara todos en casa—. Pero eso es tetra romántico!

—Sí, lo fue... —la sonrisa de Ana era tan íntima y satisfecha que Silvia sólo pudo suspirar.

—Estoy tan feliz por ti, Ana.

—Lo sé.

—Luego de lo que tuviste que pasar con ese cerdo de Orlando, no te merecías más que un príncipe azul—. Ana siguió sonriendo, aunque ya no con la alegría de antes. En el pasado, había sido inevitable que Silvia se enterara de lo sucedido con Orlando Riveros, pues había escuchado todo lo que García había dicho cuando fue esa vez a su casa a presionarla para que hiciera lo que Orlando quería. Silvia no era tonta, había madurado muy pronto, así que había deducido lo que aquello significaba. Se había sentido muy indignada y dolida por su hermana; lo que afortunadamente desconocía, pensó Ana, era que lo había tenido que hacer para salvarla a ella, y tal vez a Paula.

—No recordemos eso —dijo, sacudiendo su cabeza—. Ya quedó en el pasado.

—De veras?

—De veras.

—Y Carlos lo sabe? —Ana hizo una mueca.

—Sí, se lo conté —Silvia la miró seria.

—Se puede llegar entonces a ese grado de intimidad con un hombre? —preguntó al cabo de unos segundos, y Ana vio que la pregunta iba en serio. Su hermana, al parecer, había desconfiado de eso.

—No sólo se puede —dijo Ana—, se debe. No debe haber secretos entre dos personas que dicen amarse.

—Entonces le develaste todos tus secretos? —Ana dejó caer hacia atrás su cabeza y cerró sus ojos.

—Soy un libro abierto ante él.

—Dios querido, eso asusta.

—Sí, pero al tiempo... me siento libre. Cuando le ocultaba todo acerca de mí, me sentía insegura, como dudando de que su amor fuera real sólo porque él no conocía la verdadera persona que soy yo.

—Qué bonito escucharte hablar así. Yo quiero enamorarme!

—Nunca te has enamorado?

—Claro que no! O si no, lo sabrías.

—Bueno, no sé; has tenido un par de novios, no?

—Tontos adolescentes, que sólo buscan una cosa. Quiero un hombre de verdad. Me puedo

quedar a Fabián? —Ana sonrió.

—Me temo que el corazón de Fabián no es para ti.

—Por qué no? Soy guapa, no? Si me empeño...

—Cuando te enamores, lo sabrás, no tendrás que luchar por nada, eso simplemente entrará en tu corazón como un soplo de aire fresco. Lo sabrás por ti misma—. Silvia miró a su hermana mayor admirándola una vez más mientras que en el pasado discutían una y otra vez por todas sus prohibiciones. Nunca pensó en la profundidad y enormidad de su corazón.

—De verdad que te deseo lo mejor, hermanita.

—Y yo a ti... así que búscate a alguien de tu edad.

—Tengo problemas, en mi colegio todos son menores que yo... me siento muy sola a veces.

—Espera a llegar a la universidad. Allí sí que hay variedad.

—Es verdad —dijo Silvia con ojos iluminados.

—Pero ten cuidado.

—No soy tonta.

—No, eso lo sé —rezongó Ana poniéndose en pie—. Y mañana me enojaré contigo por haberle dicho a Carlos que no tengo ropa para clima caliente. Hoy estoy muy cansada.

—El sexo cansa —Ana se giró a mirarla con los ojos enormemente abiertos—, y no me digas que te molestó que le dijera esa mentirijilla —siguió diciendo Silvia, como si nada—. Él debió comprarte ropa, zapatos, tanguas... qué afortunada eres, Ana.

—Me sentí como una aprovechada!

—No seas tonta.

—No vuelvas a hacer algo así.

—No lo dudes.

—Silvia...

—Está bien, si te hace feliz...

—Estás cruzando los dedos...

—Claro que no —Ana sacudió su cabeza dándose por vencida, y cuando salía, escuchó la risita de su hermana.

Entró en su habitación y a medida que se desnudaba, lamentó no tener los brazos de Carlos alrededor de su cuerpo. Ya lo extrañaba.

Carlos entró a la mansión y le llamó la atención la luz que salía de una de las salas de la primera planta. Imaginó que Judith estaba allí esperándolo, a él y a su veredicto, y aunque podía alargar su tortura ignorándola y subiendo de inmediato a su habitación dejando la conversación para el día siguiente, prefirió encaminarse a la sala y hablar con ella de una vez. La encontró de pie, mirando por el ventanal hacia el oscuro jardín; desde allí debía haberlo visto llegar.

—Madre —saludó, aunque con voz muy plana. Ella se giró de inmediato a él, y Carlos no encontró la mirada altiva y retadora que esperaba. Ella estaba intentando controlar sus emociones, y Carlos se preguntó qué estaría pasando por su mente.

—Ya sé que dijiste que a tu vuelta yo me iría —empezó ella—, pero quiero pedirte que reconsideres la idea —él no dijo nada, sólo la miró con el rostro neutral, esperando que

continuara—. Admito mi error, que me porté terriblemente mal. Admito que... tal vez ella no se merecía que la tratara así...

—Tal vez?

—Sigo sin conocerla.

—Eso ya no es culpa nuestra...

—Por favor! —insistió Judith—. Dame una oportunidad! Dame la oportunidad de... conocerla, de...

—Para que vuelvas a juzgarla, y a hacerla quedar como una ladrona delante de mí y tus amigas? Ponte en su lugar, madre; cómo te habrías sentido tú? —Judith miró a otro lado ladeando su cabeza.

—Admito que estuvo mal.

—Pésimo. Tu comportamiento fue deplorable. Y como no pienso darte oportunidad de que vuelva a ocurrir...

—No me echas! —volvió a pedir Judith—. No medí las consecuencias, y no quiero perder a mis nietos, Carlos! —él la miró frunciendo el ceño, los ojos de su madre se habían humedecido. Estaba llorando de verdad?— No quiero dejar de ver a Carolina, y si tú me echas, me estarás castigando de una manera que no podré soportar! Lo siento! —exclamó—, es eso lo que querías escuchar? Lo siento! He sido egoísta, tremendamente egoísta, estuve a punto de arruinarle la vida a Juan José, y ahora a ti porque sólo pensaba en mí y en el qué dirán. Lo siento! —Carlos seguía mirándola ceñudo, aún dudando de la sinceridad en las palabras de su madre.

—No sé si creerte —dijo. Judith cerró sus ojos, y las lágrimas corrieron—, pero eres mi madre, y no puedo negarte la oportunidad que me pides —ahora Judith lo miró con esperanza, atenta—, esta vez yo controlaré la situación; ahora no se trata de que tú aceptes o apruebes a Ana, se trata de que Ana te acepte a ti; y si ella decide que no quiere perder el tiempo contigo, yo acataré su decisión, pero si decide que te perdona y te va a dar una oportunidad, habrás tenido buena suerte—. Judith lo miró casi con terror, como si no se creyera que él estuviese hablando en serio, pero cuando él se mantuvo en su posición, comprendió que sí, que Carlos estaba terriblemente serio. Él dio media vuelta para salir de la sala, pero antes de atravesar la puerta dijo: Y Ana no viene sola, también vendrán sus tres hermanos. Ya que estás predicando humildad, vamos a ponerte a prueba; es lo mínimo que puedes hacer luego de la escena tan bochornosa por la que la hiciste pasar—. Y sin agregar nada más, salió de la sala.

Judith quedó allí, quieta y en silencio por más de una hora; luego del veredicto de Carlos, sentía como si toda la estabilidad de su preciada vida, cómoda y tranquila, se estuviera derrumbando; el mundo tal como lo conocía estaba por desaparecer. Eran demasiadas cosas el mismo día! Aceptar que se había equivocado con Juan José toda su vida para luego tener que escuchar a su hijo precioso tratarla como a... como a cualquier persona sin importancia, no como a su madre!

Y ahora se habían volteado las tornas, Ana era quien debía aceptarla a ella, no al revés, el mundo estaba patas arriba. Sus hermanos! Había olvidado ese detalle! Qué castigo más grande por el que tendría que pasar!

Pero eso era mejor que irse lejos y perderlo todo, tuvo que decidir al final. Ah, si las cosas entre esa mujer y su hijo avanzaban, Ana pronto sería la señora de esta casa y ella quedaría en un segundo plano. Aunque eso siempre lo había sabido, siempre aceptó que la que se convirtiera en

la esposa de su hijo sería de ahí en adelante la señora y ella tendría que darle su lugar, pero siempre había pensado que cuando ese momento llegara lo haría con gusto ante una mujer que obviamente sabría gobernar una mansión tal como ella había aprendido que se hacía.

Estaba en un dilema, podía cumplir ahora su palabra y de verdad darle una oportunidad a Ana, o decidir que no tenía por qué aceptar semejante humillación e irse con dignidad. Pasar un fin de semana con ella no había ablandado la decisión de Carlos, por el contrario, la había reafirmado; él ni siquiera se había acercado a ella para que le diera su beso de saludo, así que si entre ella y Ana no nacía una buena relación, ya sabía lo que le esperaba.

Podría hacerlo? Podría tolerarla, soportarla?

Lo dudaba.

Pero en este preciso momento, no toleraba la idea de irse sin dar primero la última batalla, ni perder a sus nietos.

Judith no sabía qué hacer.

...26...

CUANDO esa mañana Ana recibió el mensaje de Ángela invitándola a cenar en su casa no se engañó. Ángela sabía que ella los lunes tenía clases en la universidad por la tarde, así que luego de la hora del almuerzo ya no regresaba a la fábrica, y por lo general, se desocupaba pronto, tiempo que aprovechaba para estudiar o adelantar trabajos, así que su amiga sabía que estaría libre luego de cierta hora y por eso la llamaba. Si pudiese, se le habría presentado directamente en la casa con sus dos hijos, pero aún tenía prohibido moverse demasiado y exponer al bebé y a sí misma al frío de la noche.

Esa tarde, era evidente, Eloísa y ella la acribillarían a preguntas, algunas muy subidas de tono, acerca de su viaje con Carlos. Sonrió sólo de pensarlo.

Bueno, tendría que ir seleccionando lo que quería contar y lo que no. Había cosas que definitivamente quería guardarse para sí.

—Estás bronceada! —exclamó Mabel al verla, y Ana la miró un poco preocupada; Carlos también estaba bronceado, así que los empleados lo notarían, se harían preguntas, luego atarían cabos y lo sabrían.

—Sí, fui... con mis hermanos a la costa este fin de semana —mintió. Mabel sonrió, pero era una risita sabedora. Ya ella debía haber visto a Carlos, así que los cabos ya debían estar atados, al menos por parte suya. Ana dio media vuelta desapareciendo en su cuarto de archivo.

—Lo creen a uno bobo —susurró Mabel con media sonrisa.

—Quién te cree boba? —preguntó Susana, acercándose y dejando sobre el escritorio unos papeles.

—El jefe... y su nueva novia—. Susana la miró con ambas cejas alzadas, como esperando que se explicara—. No me mires así, Susy. Hace rato que entre esos dos viene sucediendo algo, salen a almorzar juntos, regresan del fin de semana bronceados...

—No es asunto tuyo, cierto?

—No me regañes. No estoy diciendo esto por envidia, o porque lo desaprobe, todo lo contrario; me hace muy feliz que el señor haya elegido entre el pueblo —Susana la miró aún confundida—. Estoy segura de que Ana, de llegar a convertirse en la señora Soler —se explicó Mabel—, no sería tan insufrible como cualquiera de las pasadas novias del señor. Estoy pensando en mi futuro, ya ves—. Susana sonrió negando y le dio las indicaciones necesarias con respecto a los papeles que acababa de dejarle sobre el escritorio.

—Todos ya lo saben —susurró Ana, meneando su cabeza y cerrando los ojos.

—Qué saben? —preguntó Carlos con media sonrisa. Ana caminaba a su lado por los pasillos desiertos de las oficinas de Texticol; ya todos habían salido a su almuerzo, y ellos dos se habían quedado de último para poder salir sin tener que esconderse o hacer piruetas para que no los vieran salir juntos.

—Saben que tú y yo... lo saben!

—No tengo que darle explicaciones a ninguno de mis empleados —dijo él con voz seria, pinchando el botón de llamada del ascensor.

—Fácil para ti decirlo, eres el jefe.

—Mmmm —murmuró él. Entraron al ascensor, y no bien se hubo cerrado la puerta, Carlos la tomó en sus brazos para besarla.

—Qué haces? —preguntó ella un poco alarmada, pero feliz, y recibiendo gustosa sus besos.

—He deseado esto desde que te dejé en la puerta de tu casa anoche —susurró él entre besos. Ana reía encantada.

—Entonces has tenido que soportar mucho.

—Demasiado—. La puerta del ascensor se abrió, y ambos tuvieron que guardar de nuevo la compostura. Carlos, como siempre, se despidió del hombre que cuidaba la puerta, y cuando vio a Edwin que los esperaba al lado del auto, se detuvo. Recordó que en el ascensor había cámaras de seguridad, así que muy posiblemente los habían visto besarse. Se echó a reír.

—Qué? —preguntó Ana.

—Por qué lo escondemos?

—Esconder qué?

—Nuestra relación. Por qué la escondemos? No lo sabrán todos tarde o temprano?

—Es sólo que en algunos momentos le concedo la razón a tu mamá —dijo Ana muy seria, a la vez que entraba al auto cuya puerta Edwin sostenía. Intrigado, Carlos se dio prisa en entrar.

—Qué quiere decir eso? —le preguntó cuando estuvo a su lado.

—Que sólo soy la chica del archivo, Carlos. No te ves muy bien a mi lado.

—Ana, eso son prejuicios.

—No, Carlos, esa es la realidad.

—Se va a convertir eso a largo plazo en un motivo de discusión y la amenaza de nuestra ruptura? —ella lo miró seria.

—No, porque quiero tanto como tú que esto continúe, que sea para siempre; yo sólo señalo un hecho—. Él sólo meneó su cabeza y miró por la ventanilla. Ana respiró profundo—. Me importa lo que la gente diga y piense de ti. No fue acaso por tu buena reputación que Texticol volvió a ser la de antes? Y así mil familias volvieron a tener estabilidad y esperanzas. En aquella época no tenías un centavo en tus bolsillos, sólo tu historial, el valor de tu palabra...

—El valor de mi palabra no disminuirá si me caso con la chica del archivo.

—Lo hará si la chica del archivo no demuestra por sí misma que es digna de casarse contigo—. Él la miró arrugando su frente.

—Es importante para ti demostrarlo?

—Lo es, Carlos. Por qué crees que estudié etiqueta, que aprendí idiomas, que entré a la universidad?

—No fue por mí —sonrió él.

—Fue por mí misma, por mis hermanos. De repente pasé de estar en las cocinas y el fregadero a pasearme en grandes salones, rodeada de gente que se conducía perfectamente en cada situación; así que tuve que elegir: la vida que llevaba antes, o la que se abría ante mí. No quería volver, por nada del mundo, a mi vida anterior, pero para poder entrar a esta nueva vida, tenía que esforzarme sobremanera. Tuve que obligar a mis hermanos no sólo a cambiar su manera de hablar y comportarse, sino a cambiar su mentalidad. Ser pobre, a veces, es un estado del alma, y tuvimos que hacer la transformación desde adentro. Por eso ya no vas a escuchar nunca más a mis hermanos decir que no pueden tener o conseguir tal cosa, porque he intentado borrar de su mente que todo es inalcanzable, que estamos condenados a vivir por debajo de los demás—. Carlos la escuchaba atento, fascinado—. A los ricos se les educa para mandar, emprender y liderar; a los pobres, para obedecer, resignarse y seguir. Es difícil cambiar toda una cultura, pero eso es lo que yo he intentado no sólo con mis hermanos, sino conmigo misma. En mi camino a tu lado me encontraré con gente que intentará ponerme a prueba, y lo conseguirán. Algunos, como intentó tu madre el sábado, querrán ponerme en vergüenza frente a ti y sus amistades...

—Soportamos a mi madre, soportaremos a los demás—. Ella lo miró fijamente con sus ojos oscuros grandes y esperanzados.

—Aun así, déjame terminar de ponerme a mí misma en la situación más ventajosa para dejar salir a la luz que tú y yo estamos saliendo—. Él hizo un ruido como de un gemido.

—Estoy sufriendo, Ana, porque no te tengo. Porque para estar contigo a solas primero hay que distraer a tus hermanos; anhelo el día en que puedas estar a mi lado todos los días, sin temor al reloj...

—Lo sé —lo interrumpió ella—. Y siento hacerte esperar; yo también lo deseo. Pero déjame sembrar primero en la gente entre la que estaré si me caso contigo. Quiero que nuestra vida sea cómoda en todos los sentidos—. Ella tenía la razón, tuvo que aceptar él; su propuesta era brillante, sólo que un poco torturadora. Iba a ser terrible para él si se alargaba mucho el día en que él pudiera presentarla ante todos como su novia, o como su esposa.

Se giró de nuevo a mirarla, ella lo miraba esperando su respuesta. Sí, era importante para ella, y hasta ahora, lo que era importante para Ana, lo era también para él, aunque esto de ahora le costara un poco aceptarlo.

—Está bien —ella sonrió—, pero en cuanto te sientas lista, dímelo, por favor. No alargues demasiado mi tortura... —ella bajó su cabeza con sus manos y lo besó, largo y profundo. Carlos de inmediato se preguntó si de casualidad ese par de horas que tenían para comer podían aprovecharlo también para irse a un hotel y pasarlo juntos.

-En serio vienes de la universidad? —preguntó Eloísa elevando una ceja y mirándola sabedora. Ana venía con una sonrisa tonta, pues luego de almorzar, Carlos la había llevado a un hotel y le había hecho el amor hasta que ella tuvo que salir corriendo a la universidad y él a la fábrica. Traía esa sonrisa tonta, lo sabía, pero no se molestaba en ocultarla. Estaba satisfecha en más de un sentido.

—Sí, vengo de clase, y ahora estaría estudiando, o haciendo mis tareas, pero ustedes no me dejan.

—Sí claro —rezongó Eloísa, dando un paso atrás para que Ana entrara a la casa de Ángela y Juan José—. A la habitación de Alex —dijo, y Ana la siguió. Allí encontraron a Ángela con un Alex desnudo de cintura para abajo, mientras aplicaban talcos a su cola y le ponían un pañal nuevo. Carolina miraba desde abajo el proceso, y arrugaba su carita como si momentos antes hubiese tenido que ver el contenido del pañal usado y tirado.

—Tía Ana! —exclamó la niña al verla, y como era costumbre, Ana la alzó en sus brazos para llenarla de besos.

—Bien, ya pueden matarme a preguntas —le dijo a sus dos amigas cuando volvió a bajar a Carolina. Ángela se echó a reír.

Tuvo que contarles lo del viaje sorpresa, el destino, y ambas abrieron grandes sus bocas y ojos cuando se los dijo. El hotel cinco estrellas, el mar, todo... o casi todo.

—Y bien? —preguntó Eloísa apoyando su barbilla en su mano, a la vez que apoyaba el codo en sus rodillas cruzadas. Estaba sentada en la pequeña cama de Alex y que éste aún no usaba.

—Y bien qué?

—No te hagas. De cero a diez, cómo calificas su desempeño?

—Crees que te lo voy a decir? —Eloísa resopló y Ángela volvió a reír.

—Te lo dije —dijo mientras se ponía en pie y dejaba a un Alex profundamente dormido en su cuna—, no intentes sonsacarle demasiada información.

—Por qué son tan poco gráficas? —se quejó Eloísa mientras las cuatro salían de la habitación de Alex y bajaban a la sala. Ana alzó de nuevo a Carolina, que le pedía atención—. Quiero detalles!

—Eso es morbo.

—Yo tengo una pregunta aún más importante —interrumpió Ángela—. Cómo te fue con Judith. Qué te hizo? —Ana hizo una mueca.

—Cómo sabes que me hizo algo?

—Vino aquí —contestó Ángela a la vez que se sentaba en los muebles de la sala—, y dejó a Juan José en un estado un poco preocupante. Esa mujer tiene demasiado poder sobre sus hijos, y me preocupa lo que pueda hacerte a ti o a Carlos.

—Sí, es de cuidado.

—Le dijo a Juan José algo que le hizo entender que ella cambiaría de ahora en adelante —siguió Ángela—, pero con respecto a ella, soy la peor de las incrédulas: hasta no ver, no creer.

—Buena filosofía —dijo Eloísa—. Es mejor que tengas cuidado con ella—. Ana se echó a reír.

—No tienen que aconsejarme eso, lo sé muy bien —y procedió a contarles, esta vez sí con pelos y señales, lo que le había hecho en su casa. Ángela se llevó una mano a la boca, terriblemente indignada.

—De lo peor! Esa mujer es de lo peor! —quiso gritar—. Cómo se atrevió a hacerte algo así?

—Y todo no es más que una estupidez —susurró Eloísa—. Yo creía que yo era tremenda, loca y hasta un poco mala, pero codeándome con esos niños de ultra alta sociedad, me he dado cuenta de que soy buena, sana y hasta tonta. Judith no quiere que su hijito precioso se junte con alguien de clase baja, pero desconoce lo que una niña rica es capaz de hacer. Son de lo peor, esa gente—. Ángela y Ana la miraron intrigados, y Eloísa sonrió sin humor—. El dinero pervierte a la gente, y esos niños la mayoría crecieron sin padres dispuestos a disciplinarlos, y por el contrario,

concedieron cada capricho y cada antojo. Mis padres no, aunque nunca fueron crueles, sí fueron severos, y me castigaron cada vez que hubo que hacerlo. Puede que entre tú y Ángela me vea demasiado libertina, pero entre esas niñitas ricas soy una santa, virgen y pura. No te creerías las historias que me sé de esa gente.

—Sí, eso yo lo sé —dijo Ángela—. Juan José se crió en ese medio, acuérdate que apostó con sus amiguitos que me conseguiría en una semana, y lo consiguió; de ese calibre son sus juegos.

—Fabián cambió últimamente, y mucho —observó Eloísa—. Tal vez Juan José, su nuevo trabajo y mil cosas más se convirtieron en una buena influencia para él, pero antes, todos estaban cortados con la misma tijera.

—Pero Carlos no es así —dijo Ana, en parte asombrada y alarmada. Entre esa gente se estaban educando sus hermanos!

—No, Carlos no es así —corroboró Eloísa—. Ni tú, porque no puedes negarme que entre la clase ultra baja también hay cada ejemplar; gente mala hay por todos lados. Por eso ustedes dos son lo mejor de dos mundos muy diferentes, y tuvieron la suerte de encontrarse el uno al otro. Para saber si uno de esos niñitos ricos de verdad quiere algo, hay que ponérselo alto, muy alto, casi inalcanzable... La mayoría de ellos ni se esfuerzan en alzar la mano para tomarlo, sino que esperan que tarde o temprano caiga a ellos. Pero Carlos, cómo puedes ver, lo que quiere, lo lucha. Y por eso te consiguió a ti—. Ana sonrió, más enamorada que al medio día.

—Por eso lo amo.

—Y tú me tienes asombrada! —exclamó Ángela, mirando con ojos grandes a Eloísa—. De dónde sacaste tanta sabiduría?

—De qué crees que tengo lleno el cerebro? —se quejó Eloísa.

—No lo sé... Dios! Qué manera de analizar a la gente tienes!

—Creíste que se me habían pegado sus malas mañas?

—Lo siento... sí. Te vi tan... liberal...

—Desde que entré a la universidad, sólo me he acostado con dos tipos.

—Quéeeee —gritaron Ana y Ángela a la vez. Ante el grito, Carolina levantó su cabecita para mirarlas, un poco asustada. Hasta ahora, había estado distraída con un juguete traído del cuarto de Alex. Las tres mujeres se echaron a reír.

Isabella tiraba todo en su cuarto. Rompió pequeñas decoraciones en cristal y porcelana. Por qué no podía esta vez tener lo que quería? Por qué su padre había tenido que ser tan estúpido de poner en peligro su herencia? Ahora quién la querría? Había sido arruinada para siempre! Ni Carlos, ni ningún otro la querría!

Sacó de su armario los abrigos de piel y los tiró al suelo, fue a su armario de zapatos y también los tiró al suelo. Fue a su armario de bolsos, y también los tiró al suelo.

—Deja ya la pataleta —dijo su madre, con voz plana.

—No quiero! —gritó—. Lo odio, lo odio, lo odio!

—A quién odias —Isabela miró a su madre, a la que llamaba mamá desde hacía diez años, mirarla con ojos inexpresivos. Odiaba cuando hacía eso, le indicaba que no estaba de acuerdo con su método, pues no funcionaría, y por lo general, tenía razón.

—Estamos en la ruina, es que no ves? Jakob vendida! Y mi cheque mensual? Cuando voy a ser la señora de algo? Cuándo voy a tener a mi lado a un hombre respetable, rico y guapo? Quiero hijos guapos, que me respeten, que me mimen. No quiero trabajar, no nací para trabajar! —La madre de Isabella suspiró largamente.

—Te entiendo. Trabajar es lo peor.

—Qué voy a hacer, mamá? —lloró Isabella— Lo intenté todo. No pude atrapar a Carlos. Ni siquiera quiso tener sexo conmigo, y eso que lo perdoné por mencionar el nombre de esa estúpida. No fue suficiente para él!

—Mencionar el nombre de quién? —Isabella se limpió las lágrimas. No se lo había contado porque la avergonzaba, pero tal vez ya era hora de sacarlo.

—Carlos está enamorado de una tal Ana —dijo—. Y la vez que casi hacemos el amor, la llamó—. No quiso mirarla, estaba muerta de vergüenza. Se sentó en el suelo y enterró la cabeza entre sus brazos.

—Qué interesante —dijo—. Así que el señor tiene un punto débil—. Isabella levantó la cabeza.

—Estás planeando algo?

—La lucha no está perdida hasta que se hayan librado todas las batallas. Y esta lucha no ha hecho más que empezar. No te preocupes más, cariño, levanta ese ánimo. Vamos a recuperar Jakob, y tal vez consigamos más de lo que inicialmente buscamos.

Carlos llegó en uno de sus autos conducido por él mismo al jardín de la casa de Ana. Quería verla. Pasar el mediodía con ella no había sido suficiente, así que apenas llegó a su casa, se dio una ducha y volvió a salir, esta vez solo.

Sebastián le abrió la puerta, y luego de conversar un rato e informarle que su hermana no estaba, aprovechó la ocasión para pedirle que le explicara una tarea de matemáticas. Carlos, pensando que tal vez eso le servía para hacer tiempo mientras esperaba a Ana, le pidió que fuera por sus libros.

—Nos vemos en la biblioteca entonces —dijo Sebastián, y Carlos empezó a caminar por la casa buscándola.

La encontró fácilmente, y sonriendo, admiró la cantidad de libros que había en ella. No eran muchos, pero se notaba que había sido una biblioteca armada libro a libro según los gustos de cada habitante de la casa.

—Pero, por qué? —escuchó que susurraba una voz—. No me digas que no quieres verme—. Carlos se quedó quieto, pensando que a lo mejor estaba espiando sin querer una conversación entre una de las hermanas de Ana y su novio—. Pero yo te quiero! Te queremos! —eso lo extrañó; por qué el plural? —Y te perdonamos. No nos importa, de verdad... No, no me cuelgues... Mamá... —Carlos encontró a Paula sentada en el suelo, escondida detrás de un mueble, con un aparato telefónico en sus manos, y volviendo a marcar un número. Se agachó frente a ella e impidió que volviera a marcar.

—Qué está pasando, Paula? —la niña tenía el rostro anegado en lágrimas—. Con quién hablabas? —ella no contestó, sólo lloraba.

Sebastián regresó y encontró a Carlos sentado en el suelo frente a su hermana, que lloraba aún. Miró interrogante a su amigo y a veces tutor, pero luego vio el teléfono en manos de su hermana y comprendió.

—Ella lleva buscando a mamá desde que nos vinimos a Bogotá —explicó el niño.

—Ana sabe esto?

—No.

—Por qué no se lo dicen? —Sebastián se alzó de hombros.

—Ana odia a mamá —Y Carlos al fin supo cuál era la tercera persona a la que Ana más había odiado en su vida. Había estado él, Orlando... y su madre—. Quieres saber por qué la odia? —preguntó Sebastián, sentándose también en el suelo. Carlos le sonrió, ya él lo sabía, pero quería oírlo decir en las palabras de este niño.

—No. Por qué?

—Porque nos abandonó, y eso hizo que papá muriera, y nosotros pasáramos hambre... y mil cosas más.

—Pero es nuestra mamá —sollozó Paula—. Es nuestra mamá!

—Cómo hiciste para encontrarla? —preguntó Carlos.

—Buscó en el directorio a cada mujer que se llamara como ella: Lucrecia Martínez —contestó Sebastián en su lugar.

—Vaya, debieron ser miles —Paula se secó la nariz asintiendo.

—Pero un día la vimos en el periódico —contó—. Ahora se llama Lucrecia Manjarrez. Está casada con un tipo rico y tiene otros hijos—. Carlos abrió sus ojos sorprendido, dándose cuenta de que él conocía a esa mujer.

—Empezamos a hacer preguntas entre nuestros amigos —dijo Sebastián—. Sólo Paula y yo. Se lo propusimos a Silvia al principio, pero ella también odia a mamá, dice que no le importa si está viva o muerta.

—Y la encontramos —dijo Paula—. Encontré su número, y la he llamado durante semanas, pero hasta ahora me contesta. Dijo que era que odiaba contestar a números desconocidos.

—Eso te dijo? —preguntó Sebastián—. Entonces te contestó al fin? —Paula asintió.

—Estás segura de que es ella? —preguntó Carlos, y Paula volvió a asentir.

—Sí, es ella. Incluso me preguntó por Sebastián, pero cuando le dije que queríamos verla... dijo que no. No quiere vernos! —Carlos vio a Sebastián tragar saliva, y sintió dolor por estos dos niños que se habían criado sin mamá; aunque Ana los había cuidado bien, en su corazón aún tenían el dolor del rechazo de quien los había traído al mundo.

—No es culpa de ustedes, chicos —dijo Carlos, intentando consolarlos—. Hay gente que... simplemente es así.

—Nuestra propia madre? Es que nos odia?

—Oh, el corazón de la gente es incomprensible, pero no siempre indica que son malos.

—No hay excusa —siguió Paula—. Le dije que la queremos, que no importa nada del pasado, y aun así... No quiere vernos! Sabes qué me dijo? “Me alegra saber que están bien, pero mi vida es perfecta sin ustedes ahora. Dejen de molestarme o llamaré a la policía”. Te lo puedes creer? Mi propia madre amenazándome con llamar a la policía si la vuelvo a llamar?

—Entonces no la vuelvas a llamar —sentenció Sebastián, con rostro duro y quitándole el teléfono a Paula de las manos—. Tal vez Ana tiene razón. Sabes lo que nos decía cuando nos

hacían bullying por pobretones: somos demasiado buenos para ellos, los intimidamos y son tan idiotas que no encuentran otra manera de defenderse—. Carlos lo miró admirado, tanto por la actitud de Sebastián, como por saber que a los hermanos de Ana los habían rechazado por pobretones. Sonrió y revolvió el pelo de Sebastián. Su círculo podía ser muy egoísta, y ahora comprendió de qué le hablaba Ana cuando le pidió que la dejara ponerse a sí misma en mejor posición para poder sacar a la luz su relación. Su mujer era una mujer sabia, comprobó.

—Sí, tal vez intimidan a su madre—. Respiró profundo—. Paula, confías en mí? —la adolescente elevó a él el rostro.

—Eres el novio de mi hermana.

—Pero confías en mí? —Paula miró a Sebastián. Tal vez le estaba pidiendo demasiado a una niña que no había tenido una figura masculina estable en su vida, pensó, pero entonces Paula contestó.

—Sí, confío en ti.

—Bien, me alegra. Entonces por favor te pido que no vuelvas a llamarla, ni a intentar comunicarte con ella. En este momento, ni a ti, ni a tus hermanos les conviene que ella sepa quiénes son ustedes ahora, ni dónde están. Lucrecia los reconocerá tarde o temprano, pero tal vez no de la manera que ella quisiera.

—Tú la conoces?

—Sí, la conozco... No he tratado mucho con ella, pero sé quién es, y dónde está.

—Hablarías con ella? —él sonrió.

—Haré algo mucho mejor. No se preocupen, dejen todo en mis manos.

—Crees que vuelva con nosotros?

—No, eso no se los garantizo, pero tal vez le hagamos entender que dejarlos fue lo peor que pudo hacer.

—No quiero castigarla —dijo Paula con lágrimas en sus ojos—. Yo la quiero, es mi madre, aunque casi ni la recuerde.

—Yo ni la conocí bien —dijo Sebastián, alzándose de hombros. Carlos pensó que más que por ella, Carlos haría algo por este par de niños. Ellos debían entender que el día que Lucrecia se había ido, los había perdido para siempre. Les iba a romper el corazón, pero no había otra alternativa, y sí, Lucrecia se merecía el castigo.

—Cuando todo esto pase —les prometió—, se darán cuenta de que hay cosas en la vida que son inevitables, y que hay regalos que tenemos que son más valiosos que ninguna otra cosa en el mundo. Los padres son un regalo, sí, pero el amor lo es mucho más, y no siempre el amor viene por parte de los padres, lamentablemente.

Carlos se puso en pie, consciente de que Paula y Sebastián estaban confundidos. Les tendió la mano a los niños.

—Se me antoja algo de tomar. Hay chocolate en casa?

—Sí, hay —contestó Sebastián.

—Sabes prepararlo? —preguntó Carlos.

—No sabes tú? —Carlos se miró las manos.

—Con estas manos salvé toda una empresa, pero no sé ni ponerle azúcar a mi café.

—Inservible —rió Sebastián, pero lo guió hasta la cocina, dispuesto a prepararle a su cuñado y tutor, y también a su hermana, una bebida con chocolate.

...27...

ANA los encontró sentados alrededor de la isleta de la cocina, en las sillas altas, conversando y riendo. Vio a Carlos con un lápiz en la mano explicándole algo muy serio a Sebastián, que mordía otro lápiz entre sus dientes.

—No hagas eso, Sebas —lo regañó ella, y todos se giraron a mirarla. Ana miró a Carlos intentando disimular una sonrisa, pero le fue inevitable—. Y qué haces tú aquí?

—Hola, Carlos; cómo estás, qué bien te ves... No es ese un mejor saludo? —reprochó él.

—Hola, Carlos —repitió ella—. Qué bien te ves—. Cuando ella se le acercó para que él la besara, todos sus hermanos susurraron un “Uhhh”, excepto Sebastián, que hizo un ruido de asco.

—Silvia acaba de llegar! —acusó Sebastián.

—Sabes cómo mueren los sapos? —amenazó Silvia entrecerrando sus ojos— Aplastados en la carretera!

—Acabas de llegar?

—Te dije que iba a hacer un trabajo, y lo hice, y sacaremos un diez mañana!

—Más te vale.

—Pronto cumpliré dieciocho y dejaré de rendirte cuentas.

—Sueña. Te ofrecieron algo de tomar? —le preguntó Ana a Carlos, que miraba la escena y el caos reinante con una sonrisa.

—Sí... Sebastián hizo un chocolate.

—Déjame prepararte algo para cenar—. Él no se opuso, la soltó y dejó que caminara al refrigerador para buscar algo que hacer. Sentirse así atendido por ella podía ser un poco abusivo y descarado, pero había comprendido que esa era la manera de ella de demostrar amor, y caramba, a él le encantaba esto.

—Deja de mirar a mi hermana y concéntrate en mi tarea —lo regañó Sebastián. Silvia se echó a reír.

—Ay que ver que eres un negrero —dijo Paula. Ana la miró entonces, encontrando los rastros del llanto en su cara. Miró a Silvia interrogante, pero esta se encogió de hombros subrepticamente.

Ana cocinó para todos, aunque era una comida más bien liviana, como acostumbraban hacer en la noche. Comieron allí en la cocina, algunos incluso de pie, mientras Carlos terminaba de explicarle a Sebastián la manera más fácil de hallar los porcentajes de determinados números.

Cuando terminaron, Carlos vio a Paula recoger los platos y lavarlos inmediatamente.

Sebastián recogía sus útiles satisfecho por la explicación, y Ana lo miraba fijamente. Él sabía qué significaba esa mirada, y sonrió.

—Vine a verte —dijo él—. Pero Sebas necesitaba ayuda—. Ana sonrió.

—Gracias por ayudarlo. Yo no podría con esas cosas.

—Es fácil, sólo miras la teoría, recuerdas, y ya está—. Paula terminó de acomodar los platos secos y salió de la cocina mirando por un segundo a Carlos en una súplica: que no revelara su secreto; pero eso le quedaba difícil. No quería basar su relación sobre secretos y mentiras, y tampoco quería traicionar a Paula. Respiró profundo decidiendo investigar primero todo lo relacionado con Lucrecia Manjarrez antes de hablarle a Ana del asunto. Con revelarlo ahora, sólo conseguiría amargarle la noche y conseguirle una regañina a Paula.

—Cómo te fue hoy? —preguntó él, refiriéndose a la universidad. Ella sonrió contestándole, e internándose con él en una conversación acerca de sus asignaturas. Carlos la felicitaba porque sus calificaciones habían mejorado en vez de disminuir al entrar a trabajar en Texticol.

—Es sólo que me hace bien estar rodeada de todo aquello acerca de lo que estudio. Constantemente estoy escuchando o leyendo cosas acerca de presupuestos, balances, estudios, etc... —Se quedó callada, pues Carlos se había quedado mirando sus labios. Ella se bajó de la silla y se acercó a él, metiéndose entre sus piernas.

—Ana...

—Shhh —lo silenció ella—. Mis hermanos son buenos, se quedarán arriba hasta que te hayas ido—. Ella ladeó su cabeza y besó su cuello. El ritmo de la respiración de Carlos cambió de inmediato.

—No lo digo por eso —susurró él—. Sino porque luego... será difícil dormir—. Ella se echó a reír.

—Pobre.

—Te burlas?

—Un poco—. Él lanzó un gruñido a la vez que la acercaba más para besarla.

Cuando Ana lo despidió en su puerta, descubrió que no sólo era una tortura para él, sino también para ella. Subió a la habitación de Paula deseando que el tiempo que tuviera que pasar hasta que pudiera estar permanentemente con él se fuera rápido.

Paula, como siempre antes de acostarse, organizaba su uniforme y útiles escolares. Al verla, se alarmó un poco, pero como ella no estaba enojada, ni nada por el estilo, dedujo que Carlos había guardado su secreto, al menos por esta noche.

—Hey, Ana. Ya se fue Carlos? —preguntó, aunque era obvio.

—Por qué llorabas, Paula? —preguntó ella en vez de contestar, cruzándose de brazos y recostándose al dintel de la puerta. Paula hizo una mueca.

—Por nada.

—Por nada —repitió Ana, para nada convencida.

—Es sólo que... bueno... —Paula miró a su hermana buscando en su mente una razón por la que fuera justificable que una adolescente como ella llorara. Pero qué, qué? Un novio? Le gustaba un chico de su escuela, pero hasta ahora no había tenido motivos para llorar. No recordaba ahora mismo una película conmovedora, y aun así, ella nunca lloraba por cosas como esa... eso hacía más difícil elaborar una mentira. Se sentó en la cama y la miró; sabía que Ana no se iría de su habitación hasta conseguir una respuesta satisfactoria.

—Yo... —respiró profundo—. Hay una reunión de padres de familia la próxima semana —dijo, tanteando el decir una media verdad. Ana frunció el ceño—. No lloraba por eso, sino... —volvió a respirar profundo—. Ana, a veces me gustaría que nuestra familia fuera... normal, como las demás, con papá y mamá con nosotros—. Ana hizo una mueca, mirando a otro lado. Caminó hasta ella y se sentó a su lado en la cama.

—Sí, a mí también me hubiese gustado eso. Nuestras vidas habrían sido menos complicadas.

—Pero luego pienso —siguió Paula—. Si papá y mamá estuviesen aquí, Ana no se habría hecho amiga de Ángela; y si no se hubiese hecho amiga de Ángela, no estaríamos aquí, en Bogotá, en esta casa bonita... y tú no estarías con Carlos—. Ana sonrió.

—Es verdad.

—No quiere decir que esté cambiando a mis padres por la comodidad de ahora.

—Claro que no, porque la consecuencia de que nuestros padres no estuviesen con nosotros fue la pobreza y la necesidad, no la comodidad... esto fue... un golpe de suerte, supongo—. Ana rodeó a su hermana menor por los hombros y besó sus cabellos—. No hay nada en este mundo que replazque a papá y a mamá —dijo—, y nunca dejaremos de necesitarlos y extrañarlos, pero esta es la vida que nos tocó, y debemos hacer lo mejor con lo que tenemos en las manos.

—Lo sé.

—Esfuézate en tus estudios, sé la mejor, para que luego seas una gran mujer, una gran profesional, y por qué no, una gran mamá—. Paula sonrió con toda su dentadura.

—Apenas tengo quince.

—Eso no importa, debes proyectarte desde ya. Yo te ayudaré en todo lo que pueda.

—Y también Carlos? —Ana hizo rodar sus ojos en sus cuencas.

—Conociéndolo como lo conozco, sé que se empeñará en ayudarlos con sus carreras más allá de lo razonable, así que sí, también Carlos—. Paula sonrió.

—Gracias, hermana—. Los ojos de Ana se humedecieron. Su madre se había perdido momentos como estos. Había sido tan necia que se había ido lejos despreciando el más grande tesoro que podía tener.

Dónde estaría? Qué estaría haciendo ahora? Estaría viva, o muerta? Tendría más hijos?

Besó la frente de su hermana aconsejándole dormirse temprano y salió de su habitación preguntándose si algún día la volvería a ver. Y se preguntó entonces qué actitud tomaría ella.

-Judith Soler —dijo una voz a su lado. Judith se giró a mirar quién le hablaba, y no sonrió.

—Ah... Lucía? —preguntó con voz despectiva. Estaba sentada a la mesa de desayuno de uno de los tantos restaurantes de su club campestre. Como el día estaba soleado, llevaba un sombrero de paja y lentes de sol. Era un día maravilloso.

—Lucrecia, querida, Lucrecia. Cuando te aprenderás mi nombre? —Judith la miró con ojos entornados detrás de sus lentes de sol. Nunca le había caído bien esta “levantada”. La conocía desde hacía varios años, había aparecido de la nada como la mujer de Antonio Manjarrez, un idiota completo, que en su afán de darle una madre a su hija pequeña en ese entonces, se había casado con su sirvienta. Lucrecia había sido la sirvienta en casa de los Manjarrez antes de casarse con él. Qué espanto.

Y entonces se acordó de Juan José, enamorado de una muchacha sencilla como Ángela, y se preguntó si a lo mejor Lucrecia tenía algo que había conseguido enamorar a Antonio. Los hombres se enamoran, se tuvo que recordar, y miró a Lucrecia tratando de abrir su mente. No seas tan esnob, se dijo, Ricardo odiaba eso de ti.

—Conoces a mi hija? —preguntó Lucrecia, y tras ella apareció una joven preciosa. Era alta, de cabellos oscuros y largos, ojos rasgados y claros. Con un cutis suave y sonrisa estudiada.

—No, no tenía el placer.

—Mucho gusto, señora —dijo ella—, Isabella.

—Qué bonito nombre.

—Gracias.

—Sabías que Isabella y Carlos estuvieron a punto de comprometerse? —eso le hizo fruncir el ceño. Carlos y esta niña? Se quitó los lentes entonces enderezándose en su silla. Tenía una regla: poner en duda todo lo que le dijeran, pero sacar el máximo de información.

—De verdad?

—Fue más un asunto de negocios —explicó Lucrecia sacudiendo su cabeza—. Pero sí, estuvieron saliendo por un tiempo, pero tu hijo... rompió la relación. Algo lamentable—. Judith sonrió, y miró de nuevo a Isabella.

—Así son los hombres —dijo, pero no agregó nada más.

—Sin embargo —dijo Isabella—, yo no he podido olvidarlo... estoy enamorada de él.

—Te imaginas cómo serían los hijos de estos dos? Preciosos, no crees?

—Mmm —murmuró Judith.

—Sabes el prestigio de que goza mi suegro, el abuelo de Isabella? Es el ex presidente de Jakob S.A., las tiendas de ropa.

—Sí, lo había oído.

—Isabela es su única heredera —agregó Lucrecia—, y goza del buen nombre de su abuelo. Viene de una familia intachable—. Judith elevó una ceja. Aquello era en parte verdad, Luis Manuel Manjarrez era un hombre sumamente respetable, pero su apellido había sufrido un escándalo tiempo atrás cuando Antonio, su hijo, se casó con su sirvienta.

Y Carlos le preguntaba qué tenía de malo que se casara con la chica del archivo de su empresa.

—Sí, lo sé —dijo Judith, contestando a la pregunta de Lucrecia—. Los Manjarrez son personas de bien, lo han sido por generaciones.

—No crees que podríamos... no sé... convencer a Carlos de que cometió un error al dejar a mi hija? —Judith volvió a sonreír, sin humor.

—Cómo lograríamos eso?

—Tú eres su madre, conoces muy bien a tu hijo.

—Eso no es del todo cierto, por las últimas cosas que he tenido que vivir, he descubierto que no sé nada de mis hijos; a veces, pueden ser completos desconocidos ante ti.

—Querida, eso es terrible! Pero sé, por lo que he escuchado, que eres una madre muy amorosa, dedicada a tu hijo, y que tienes muy buena influencia sobre él.

—No, no la tengo —y no quiso agregar el “querida”, como lo hacía ella. Tuvo el impulso de mirar alrededor, por si alguien notaba que se estaban quedando mucho tiempo en su mesa. “Ya no eres así”, se tuvo que repetir. Lo cierto es que Lucrecia era aceptada en casi todos los círculos,

pero cuando ella daba la espalda, no había mujer que no la denigrara por su pasado.

—No la tienes? —preguntó Isabella, con sus bonitos ojos rasgados llenos de confusión—. Hemos oído decir que tu hijo hace todo lo que tú le dices—. Judith se echó a reír.

—No conoces el temperamento de los Soler. Son huesos duros de roer, querida, ni yo pude dominarlos. Más bien pienso que, si con toda tu belleza, juventud y oportunidades no pudiste atrapar a mi hijo, no eres digna de él.

—Qué? —exclamó Isabella, indignada.

—Los hombres son fáciles, en cierta forma —siguió Judith—. Mira, una chica sencilla lo enamoró.

—Una chica sencilla?

—Ana —respondió Judith—. Que por cierto, tiene cierto aire... —no completó la frase, ya que era un poco extraño sólo pensarlo, lo cierto es que mirando fijamente a esta mujer, de tez morena, cabellos rizados y ojos almendrados, guapa, a pesar de su edad y su pasado como mujer de las cocinas, se parecía un poco a Ana. O tal vez era que ella debía relacionarse más entre la gente del común, pues se le estaban pareciendo todos.

—Qué Ana es esa? Es la misma Ana, Isa?

—Debe ser —masculló Isabella—. Me rechazó por ella.

—Vaya, qué fuerte —comentó Judith, sonriendo. Por una vez, estaba orgullosa de la decisión de su hijo—.

—Si mi preciosa Isabella decidiera luchar, dejaría atrás a esa tal Ana. Mi niña es mejor, y más hermosa que cualquier otra mujerzuela.

—Oh, esta Ana de que te hablo es guapa. No tanto como Isabella, claro, pero sí que tiene la lengua larga y afilada.

—Es una barriobajera —masculló Isabella torciendo sus bonitos ojos.

—Cómo pudo Carlos preferir a alguien así?

—Increíble, cierto? —sonrió Judith, divertida por lo extraño de la situación. Lucrecia se estaba quejando de un hombre que había hecho lo que su marido al elegirla a ella.

—Pero tú no pareces del todo molesta por eso.

—Ah, he terminado resignándome.

—Pero eso es terrible! Vas a dejar que ultraje de esa manera tu buen nombre y el prestigio de los Soler? —Judith endureció el rostro.

—El buen nombre y el prestigio. Qué es eso, querida Lucrecia? Has gozado de eso alguna vez?

—Pero qué dices? No sabes con quién estás hablando?

—Claro que sí, hablo con una mujer que pasó de estar en las cocinas a la cama del señor. Tú no sabes lo que es el buen nombre, pues cuando quisiste atrapar uno, lo embadurnaste de estiércol con tus sucias manos.

—Te exijo respeto!

—No puedes exigirme nada a mí.

—Claro que sí! Mi marido al menos me ha sido fiel toda su vida, y nunca ha tenido que pasarse con fulanas de quinta frente a mis narices —Judith torció sus ojos mirando al cielo.

—Anda, ve y dile eso a tus amigas. Ah, perdona, que no tienes amigas!

—Ahora entiendo cómo ninguno de tus hijos se casará con mujeres de bien. Están siguiendo el

ejemplo de su padre.

—Quién sabe —resopló Judith—, pero tú, definitivamente, nunca verás la mirada iluminada y satisfecha de un hijo que es feliz con la mujer y la vida que eligió. Ellos son felices, y eso me hace feliz a mí. Creo que eso me hace una excelente madre.

—No sabes lo que dices.

—Lo sé mejor que tú. Para ti, la felicidad es una casa grande y joyas aseguradas. Yo, en cambio, he aprendido que la felicidad se compone de cosas tontas y pequeñas, y que no se pueden comprar.

—Te has vuelto una blandengue, no eres para nada la mujer de la que oí hablar. Vámonos, Isabella, hemos perdido nuestro tiempo aquí.

—Es una lástima —dijo Isabella, con voz dura—. Porque tu hijo no será feliz con esa maldita, y de eso me encargaré yo.

Judith las vio alejarse a paso rápido. Tenía el pecho agitado, estaba sorprendida, sorprendida de ellas y de sí misma. Qué le había pasado?

Tuvo que reconocer que había una enorme diferencia entre Ana y esta tal Lucrecia. Ana no había venido con modales y elogios falsos, todo lo contrario; esta mujer, en cambio, era una víbora completa.

Tomó su teléfono y llamó a su hijo.

Carlos estaba lleno de trabajo ese día. Reuniones tras reuniones, y entrevista con el personal para estudiar al que sería el próximo gerente de Jakob S.A.

Vio en su teléfono la llamada de su madre, pero la ignoró. La llamaría más tarde; por lo general, nunca lo llamaba para nada urgente.

Lucrecia e Isabella llegaron a Texticol al medio día. Isabella bajó del auto y entonces vio a Ana salir con Carlos, muy sonriente y muy feliz. La maldita.

—Mírala —le dijo a su madre—, es ella.

Lucrecia la vio, y palideció. Por un momento no pudo respirar.

—Mamá? —la llamó Isabella, preocupada. Lucrecia volvió a entrar al auto, ocultándose de la vista—. Mamá, estás bien?

—Qué es esto? —preguntó Lucrecia—. Isabella, estás segura de que esa es... Ana?

—Esa es. La conoces de algo?

—Claro que... Diablos! —se interrumpió. La conocía, claro que sí. Ella la había dado a luz.

Cerró sus ojos intentando normalizar su respiración. Qué significaba esto? Por qué, en todo el mundo, tenía que ser su hija la que le quitara el hombre que quería como esposo para Isabella?

Y en todo el mundo, qué hacía ella en Bogotá?

Entonces comprendió las llamadas de Paula. Había estado molestándola durante semanas. No había sabido que era ella hasta que decidió contestar a la llamada, y cuando la niña se identificó como su hija, no se preguntó cómo alguien tan pobre como lo eran ellos cuando los dejó, había logrado contactarla. Se había sumergido tanto en su mundo cómodo y accesible que había olvidado el pequeño detalle de que alguien de muy abajo no puede encontrar fácilmente a alguien de muy arriba, y ella estaba ahora muy arriba.

Si Antonio o Isabella se enteraban de que tenía cuatro hijos la repudiarían. Ella se había

presentado en casa de los Manjarrez como una niña virgen y pura. Había hecho malabares para sangrar la primera vez que tuvo relaciones con Antonio, y lo había enredado y enamorado, y el muy estúpido había caído en su red y le había propuesto matrimonio.

Pero no era ni virgen ni pura. Había parido cuatro hijos del idiota de su ex marido.

Se internó de nuevo en el auto, ignorando los llamados de Isabella.

Tenía tan sólo dieciséis años cuando supo que estaba embarazada de Ana. Había sido un desliz, una noche loca, pero había quedado embarazada de Alberto Velásquez, pero en Trinidad, eso era muy normal. Sus ancianos padres no dijeron nada, sólo esperaron que hiciera lo que tenía que hacer: irse a vivir con él. A regañadientes, Lucrecia lo hizo.

Alberto estaba tan feliz y enamorado que consiguió un empleo estable y bien pago, muy raro en alguien sin educación en ese pueblucho, y ella empezó a parir hijos como una coneja. Odiaba cada embarazo, su figura se deformaba, pero a Alberto eso parecía no importarle. Y luego pretendía que se quedara en casa cuidando de los niños, día tras día, año tras año.

Conocer a Orlando fue decisivo. El sexo con él era brutal, duro, y enormemente placentero. Lamentablemente, Alberto la había descubierto, y luego no se creía que Sebastián fuera hijo suyo, pues ella había tenido la mala suerte de embarazarse mientras tenía su aventura. Ni ella sabía si Sebastián era hijo de Alberto o de Orlando Riveros.

Él había empezado a beber día y noche, y ella ya no se lo aguantó, así que se fue a la capital. Dejó atrás esa vida que tanto odiaba, la pobreza, la escasez, el tener que cocinarle a un idiota que a duras penas le concedía sus caprichos, y eso que en ese tiempo sus caprichos eran baratos.

Llegó a Bogotá con una idea en mente, y entró a trabajar en una casa enorme y hermosa, pero Rebeca, la señora de la casa, había descubierto que intentaba seducir a su hijo y la echó.

Luego llegó a casa de los Manjarrez. Luis Manuel, el viejo, debía sufrir disfunción eréctil, ya que ni la miró, pero Antonio era otra cosa. Había enviudado hacía poco, tenía una hija con la que, afortunadamente, empezó a llevarse bien. Isabella era terriblemente malcriada, pero eso era fácil de manejar, le daba todo lo que ella pedía y así se ganó a la niña, y gracias a ella se ganó también al padre. Fingió ser una niña virgen, a pesar de sus pasados treinta años en ese entonces, y él fue tan estúpido que cayó en la trampa.

Bueno, tal vez había mujeres de treinta y vírgenes; y le habían ayudado a reafirmar su historia.

Ahora, estaba a punto de caer de nuevo en la pobreza, y la única que podía salvarla era Isabella... pero tenían un obstáculo. Su propia hija.

Quiso reírse por lo extraño de la situación.

No se iba a dejar de la vida, ni de Dios, si es que eran ellos los que habían venido a cobrarle sus deudas. Lo sentía por Ana, pero dudaba mucho que si se presentaba ante ella como la madre sufrida fuera a conseguir algo; la recordaba muy bien, su hija era de carácter fuerte, como ella, y nada fácil de embaucar. Isabella, por el contrario, era fácilmente manipulable.

Además, dudaba mucho que Carlos fuera tan estúpido como Antonio. Tal vez estaba con ella sólo por pasar el rato. Los hombres como él usualmente se casaban con las mujeres como Isabella. En su caso, ella sólo había dado con el más estúpido de los estúpidos, y eso sucedía sólo una vez en el milenio.

—Vámonos de aquí, tengo que pensar —le dijo a Isabella.

—Pero mamá...

—Vámonos, te digo. Mañana volvemos. Tengo que pensar bien lo que voy a hacer.

—La dejaremos irse con él?

—Por ahora, querida, por ahora. No se lo dejaremos por siempre.

Isabella no entendió, pero le hizo caso. Por lo general, su madre tenía la razón en todo.

...28...

CARLOS entró a su habitación luego de llegar de la casa de Ana y de inmediato empezó a desvestirse. Estaba cansado; había sido un día largo, sin contar con sus actividades del medio día, y además, venía de un fin de semana en el que no había dormido nada. Para el día siguiente tenía más reuniones donde pensaba hacer diferentes nombramientos. Poco a poco Texticol estaba convirtiéndose no ya en una simple fábrica con prestigio, sino que, con la adhesión de Jakob, se le venían ideas a la mente en las que podría convertir su negocio en un importante grupo empresarial. Pero para eso necesitaría tiempo y más trabajo duro, y a veces se preguntaba si valía la pena el esfuerzo.

Judith entró a la habitación sin haberse anunciado, encontrándolo ya sin camisa. Se giró al instante para no mirarlo.

—Madre? —la saludó él, extrañado por su actitud.

—Lo siento, hijo, invadí tu privacidad —Carlos se echó a reír.

—No seas tonta, gírate. Soy tu hijo —Judith lo hizo, pero no le sostenía la mirada.

—Entré porque hay algo importante que quiero contarte. Te estuve llamando durante el día, pero no contestaste mis llamadas...

—Ah, sí... fue un día ocupado —dijo Carlos entrando a la pequeña habitación donde estaban los armarios.

—Sí, me imagino...

—Y qué era eso que querías decirme? —Judith respiró profundo. Carlos había cambiado tanto con ella! Esperaba poder subsanar las cosas. No le hacía feliz aún que él hubiese elegido a Ana como su futura esposa, pero tal como había dicho Dora, si lo acosaba demasiado, él se empeinaría más, y si el amor entre los dos era verdadero, tal vez su hijo fuera afortunado. Si no, ella le serviría de paño de lágrimas. Realmente, no sabía qué esperar.

—Bueno... Hoy conocí a Isabella Manjarrez —Carlos salió de nuevo a la habitación y la miró fijamente—. Nunca me contaste que estuviste a punto de comprometerme con ella—. Carlos permanecía serio y en silencio. Por qué no le decía nada? Se preguntó Judith.

—Se presentó ella?

—No. Me la presentó... su madrastra, una mujer llamada Lucrecia —Judith empezó a preocuparse, pues Carlos casi había hecho una cara de espanto. Luego lo vio recobrar la compostura, respirar profundo y mesarse los cabellos.

—Sí. Bien. Tienes algo que decir?

—Algo que decir?

—Estuviste llamándome; vas a decirme que Isabella es una mujer mucho más adecuada para mí que Ana?

—No, no era eso de lo que te quería hablar. Por qué estás tan prevenido?

—Por qué será?

—Te prometí que le daría una oportunidad a Ana. Lo decía en serio!

—Tú darle una oportunidad a Ana. Creí que era Ana quien debía darte la oportunidad a ti.

—Carlos!

—Si estás pensando hacer alguna patraña para que me separe de Ana y me junte con Isabella...

—Claro que no! Ana, al fin de cuentas, es mucho mejor que esa niña! —Carlos la miró como si de repente a su madre le hubiese salido una oreja en la frente.

—Qué?

—Conoces a Lucrecia, y lo... lo “sin clase” que es! Si te juntaras con esa niña, estaríamos relacionados con esa gente de por vida —Carlos se echó a reír.

—Y yo aquí creyendo que habías cambiado.

—También! Pero... Dios, cambiar de pensamiento no es fácil, no se logra de un día para otro. Digamos que estoy en terapia intensiva, todo por ti y tu... tu novia. Y Lucrecia no me gusta. Hay algo en ella que... no sé, no me termina de convencer; y no es esnobismo, no es porque antes fuera la sirvienta de los Manjarrez y luego se convirtiera en la señora, es... es algo inexplicable... Me repele! —Carlos se acercó a ella con mirada analítica.

—Continúa —le pidió. Judith respiró profundo. Carlos seguía sin camisa, y se había puesto un pijama de franela; había que ver que sus dos hijos habían heredado una buena contextura física. Le traía recuerdos...

—Se me acercaron para hablarme de tu relación con Isabella, que al parecer tú rompiste.

—Y quieres que te cuente qué pasó?

—No. Si no tiene importancia para ti, tampoco la tiene para mí. Lo que me llamó la atención —siguió Judith, ignorando el levantamiento de cejas de su hijo, que volvía a estar admirado— es algo que dijo esa niña. Algo como... algo como que no iba a permitir que tú y Ana fueran felices, o algo así—. Carlos sonrió de manera jocosa.

—Típico de ella.

—Ahora sí... te gustaría contarme qué sucedió en el pasado con ella?

—No dijiste que si no era importante para mí, no lo sería para ti?

—Pero si no tienes cuidado, esto se hará importante... y de manera negativa —Carlos sacudió su cabeza y le dio la espalda camino a los armarios nuevamente—. Juan José confió en mí, sabes? Me contó su historia con Ángela—. Eso le hizo detenerse, se giró nuevamente a su madre ceñudo.

—Juan José te contó?

—Tú lo sabías todo? Lo del primer matrimonio... y todo lo demás.

—Me lo contó cuando volvió de estudiar su especialización, sí.

—A mí me lo contó el domingo. Claro, fui la última en enterarse. Algo tan importante...

—No lo culpes; tú hasta ahora no te habías comportado como si te interesara su felicidad — Judith miró a otro lado, sintiéndose herida. Aunque tal vez tenía razón, nunca su hijo le había hablado así.

—Sí, claro.

—No te preocupes por Lucrecia e Isabella; están molestas porque acabo de adquirir su empresa.

—Qué?

—No están dolidas porque haya roto la relación, sino porque eso representa que tendrán que trabajar para vivir. Su padre lo perdió todo, y yo compré lo poco que quedó.

—Entonces qué tipo de relación fue esa? —Carlos dejó salir el aire, resignándose a contarle a su madre. Lo hizo de la manera más concisa posible.

—Antonio Manjarrez, el padre de Isabella, lo perdió todo luego de una serie de malas decisiones. Entre todas las entidades a las que le quedaron debiendo dinero, estaba Texticol. Luis Manuel, el abuelo, me pidió que lo embargara como una medida para impedir que los bancos procedieran... y de paso me pidió que conociera a su nieta. El asunto era que si ella me gustaba, podríamos casarnos y Jakob volvería a la familia.

—Pero... pero no te gustó...

—Lo hice por Luis Manuel —se explicó Carlos—. El anciano es un hombre respetable. Yo no conocía a Isabella, pero... fue inútil, en ese tiempo ya estaba enamorado de Ana —Judith lo miró fijamente por largo rato.

—Qué mira un hombre en una mujer para enamorarse? —preguntó, pero era como si hablara sola. Carlos sonrió.

—Es inexplicable —contestó, cruzándose de brazos y recostándose a una cómoda—. Crees que tus objeciones no me las hice yo mismo? Me decía: no es adecuada, no es de tu nivel, no debes. Me habían criado para ser el mejor en todo, para mirar por encima del hombro a todo el mundo, pero no importaba qué me dijera y cómo me recriminara, el sentimiento fue creciendo y echando raíces. Cuando me di cuenta de que si no hacía algo me quedaría solo y además amargado... exploté. Nada de lo que había hecho para olvidarla funcionó, por el contrario, cada vez me enamoraba más, hasta que ya se hizo una tortura no estar a su lado.

—Ella... ella hizo algo para seducirte? —preguntó Judith, recordando lo que todos decían de Lucrecia, que se le había metido por los ojos a Antonio. Carlos se echó a reír.

—Madre, Ana ha sido la mujer más difícil de conquistar que he podido conocer. Cuando me le declaré la primera vez, me mandó a comer... ya sabes. Me odiaba.

—A ti? Por qué? —Carlos no dejó de sonreír. Judith estaba espantada, como si no se creyera que alguien hubiese sido capaz de rechazar a su precioso hijo; estaba verdaderamente interesada en su historia.

—Porque una vez me oyó decirle “india” —contestó Carlos. Ahora Judith estaba sorprendida.

—Y dijiste tal cosa?

—Con esta misma boca.

—Ay, Dios! No te eduqué para que hicieras ese tipo de cosas!

—Lo sé. Lo siento.

—Y por qué dijiste algo así. La odiabas?

—No. Intentaba quitarle el valor que ya tenía para mí. Me asustaba estar enamorado de alguien como ella... influiste bastante en mi modo de ver el mundo, madre —Judith esquivó su mirada, ceñuda, como viendo todo desde un cristal mucho más claro... y poco agradable consigo misma—. Tuve que pedirle perdón casi de rodillas por eso —siguió Carlos—. Al final, lo hemos tomado como algo de broma. Ella ya no se molesta si soy yo quien la llama así.

—Ah...

—Son juegos —explicó él sonriendo. Judith apretó sus labios sin decir nada. Carlos se acercó a ella y puso sus manos sobre sus hombros—. Estoy seguro de que si le dieras una oportunidad, ella te gustará. Si se la dieras a Ángela, también te gustará. Tus hijos no somos hombres idiotas, elegimos a mujeres inteligentes y con carácter. Nos llevarán la contraria en muchas ocasiones, y tal vez nos provoquen dolores de cabeza, pero te garantizo que no será una vida aburrida.

—Me educaron de una manera muy diferente, Carlos —susurró ella, ladeando su cabeza—. Me enseñaron que primero está el prestigio y luego todo lo demás. A mí me obligaron a sacrificar el amor por el qué dirán—. Carlos la miró arrugando su frente, sorprendido. Nunca se imaginó a su madre pasando por una situación de esas; ahora estaba intrigado. Sin embargo, no preguntó nada. Siempre había sido obvio que Judith y Carlos no se habían amado el uno al otro, que su padre siempre le había sido infiel a su madre, y que sólo se habían puesto de acuerdo en una cosa: la educación del hijo mayor.

—Y fuiste feliz, madre?

—Sabes que la vida con tu padre era un infierno.

—Y quieres eso para mí? —ella miró a otro lado.

—Tengo mucho que desaprender, hijo.

—Sí, eso veo. No te tardes. Te quiero sonriente en mi boda—. Judith cerró sus ojos, y dejó que su hijo le besara la frente. Luego salió de su habitación, y cuando iba por los pasillos recordó que en una época ella también se jugaba y hacía bromas íntimas. Tenía con quién hacerlas. Pero ah, las conveniencias sociales. A veces no era suficiente con tener todo el dinero del mundo. Hubo veces, en el pasado, en que lo habría cambiado todo por tener lo que ella más amaba.

—Estás seguro de que esto está bien? —le preguntó Ana a Carlos, mientras él le tomaba la mano y la conducía hacia las caballerizas de su club campestre.

—Claro que está bien —respondió él. Delante, iban Silvia, Paula y Sebastián, nerviosos y emocionados al tiempo. No sabían que serían analizados delante de Judith, lo cual era el motivo de la visita al club; para ellos, sólo sería un domingo divertido montando caballos—. Luego de lo ocurrido en mi casa —siguió Carlos— necesitábamos un ambiente neutral, donde madre no pudiese manipular al personal para hacerte daño a ti o a tus hermanos. Aquí no hay joyas que puedan perderse —Ana sonrió meneando su cabeza.

Llegaron hasta las mesas de desayuno, y Judith ya estaba allí sentada mirando al exterior. Llevaba una blusa de flores pequeñas en tonos pasteles, y el cabello recogido en alto. Ana se admiraba de lo joven y guapa que era su suegra. Cuántas cremas debió usar!

—Buenos días! —saludó Paula, tomando a Judith por sorpresa, y besó su mejilla. Sorprendida, Judith tuvo que aceptar también el saludo de Silvia y Sebastián, quienes imitaron a su hermana.

—Ah... Buenos días —les contestó.

—Hermosa como siempre —señaló Silvia—. Ana, luego me dices que usar cremas por la noche es una pérdida de dinero.

—Nunca he dicho eso —se defendió Ana, casi avergonzada. Silvia como siempre, hablando de más—. Buenos días, señora Judith—. Ella le contestó con un asentimiento de cabeza, pero antes que molestarle por el comentario de Silvia, sonrió.

—Estos son tus hermanos, eh?

—Pero ya nos conocía —dijo Sebastián, extrañado—. Fuimos a su casa para la fiesta de navidad, y varias veces nos hemos encontrado en la casa de Ángela.

—Sebastián... —llamó Ana entre dientes.

—Es verdad —apuntó Carlos—. Pero tal vez madre no se sabe bien sus nombres. Chicos...

—Yo soy Silvia —se presentó ella—, en un mes cumplo dieciocho, voy en último grado de bachillerato y estoy sacando buenas notas. Oíste eso, Ana? Buenas notas.

—Sí, escuché...

—Mi nombre es Paula —dijo ella con voz afable. Judith la miró fijamente—. Me falta un año para terminar bachillerato. Tengo quince...

—Eres muy bonita —señaló Judith.

—Ah... gracias... —Paula, sonrojada, miró a su hermana mayor, que miraba a Judith sorprendida, al igual que Carlos, que estaba sentado a su lado en la mesa redonda.

—Y yo soy Sebastián —dijo, y ya. Cuando no agregó nada más, se encogió de hombros—. Qué?

—Los hombres! —se quejó Silvia, y Paula no aguantó la risa.

—Siempre es así —dijo Carlos, sonriendo—. La casa de Ana es una locura.

—Gracias por la buena publicidad.

—Y qué? Me encanta la locura que reina en tu casa; la mía siempre fue demasiado silenciosa. Si no estaba Juan José por allí haciendo travesuras, era casi como un cementerio.

—Podemos montar a caballo? —preguntó Sebastián, que estaba ansioso, y no dejaba de mirar en dirección a las caballerizas.

—Claro.

—Yo también quiero! —se antojó Silvia, y Paula se unió. Carlos se puso en pie y los guió dejando a Ana y a Judith a solas.

El silencio se prolongó por largos minutos. Ana no decía nada, todavía tenía vivo el recuerdo de Judith acusándola de robo, cuando había sido ella quien instigara todo. Respiró profundo cuando recordó que en vez de dañar la relación, aquello sólo había reafirmado que quería estar con Carlos. Era curioso, pero todas las veces que alguien intentó separarlos, lo único que había conseguido era unirlos más, como era el caso de Isabella, y luego Judith.

—Tengo que pedirte disculpas por lo que pasó en mi casa ese día —empezó Judith. Ana se giró a mirarla. Judith miraba a la distancia. Claro, ella se disculpaba, pero ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos—. Somos muy diferentes, tú y yo —siguió Judith—. Demasiado diferentes, por eso tengo curiosidad. Qué hiciste para... cómo conseguiste a mi hijo?

—Señora, no le di ninguna poción de amor, ni le hice brujería, ni...

—Contéstame, por favor. Qué le hiciste? Cómo lo conseguiste?

—Y yo qué sé? —contestó Ana, exasperada—. Cuando me di cuenta, él se estaba declarando! Me hago la misma pregunta: ¿por qué se enamoró? Yo no hacía sino alejarlo, incluso me caía mal!

—Mi hijo? Te caía mal?

—Claro que sí, lo odiaba! Ustedes dos son exactos, tan estirados, correctos y tan... o al menos eso pensaba en ese tiempo. Sentía que él me desaprobaba milímetro a milímetro... por eso no puedo entender... Yo tampoco lo entiendo, señora Judith, créame... pero lo cierto es que ahora no puedo estar sin él, no quiero estar sin él. Me ha conquistado, me ha enamorado, y yo... sigo

pensando que no soy suficiente para él, pero bueno, qué puedo hacer? Si lo dejo, no voy a hacer otra cosa que llorar, y sé que él también estará mal, así que he decidido mandar al diablo a todo aquel que se oponga y luchar por estar a su altura, para merecerlo aunque sea un poco—. Ana se recostó en su silla sintiendo que había hablado demasiado. En una parrafada había desafiado al mundo a la vez que expresado sus miedos.

—Quieres merecerlo? —preguntó Judith, ahora sí, mirándola a los ojos.

—Soy consciente de nuestras diferencias. Me importa Carlos más allá de lo que usted cree. No soy una chica loca que cree en esas historias donde el señorito se casa con la sirvienta y luego fueron felices por siempre. Esas historias nunca muestran qué pasó luego del beso en la boda, pero yo sí sé lo que pasa. No quiero eso para Carlos, ni para mí y mis hermanos.

Judith giró su cabeza, y Ana notó que tenía cerrados los ojos con fuerza.

—Carlos es mi hijo amado —dijo—. Lo daría todo por él, lo dejaría todo por él. Es el fruto de mi amor... una madre no debería decir esto, pero...

—Y Juan José? —preguntó Ana, casi espantada. Si amaba a Carlos de esa manera porque era el fruto de su amor, de qué era fruto el hijo menor? Judith se echó a reír.

—Hablé demasiado, verdad?

—Soy amiga de Ángela, y de su otro hijo. Por qué...

—Estoy más tranquila —dijo Judith, esquivando el tema, y respirando profundo. Ana apretó su mandíbula, pero claro, no podría sacarle un secreto la primera vez que hablaban sin tirarse las tejas la una a la otra—. Quiero que tú también estés tranquila. Lo de esa vez no volverá a ocurrir. Tampoco es que esté bailando sobre un pie por esta relación, pero voy a darle tiempo al tiempo. Él me dará la razón.

—Entonces espera que el tiempo demuestre que soy la equivocada para Carlos? —Judith se giró a mirarla de nuevo. Sus ojos verdes relampagueaban.

—Eso lo sabrás tú. Si eres capaz de hacer feliz a mi hijo, te prometo que seré también una madre para ti, pero si le haces daño, tendrás en mí a tu peor enemiga, eso te lo aseguro—. Ana sonrió.

—Si soy la equivocada para Carlos, me iré antes de que usted se dé cuenta. Pero si no es así, me quedaré así usted se pare de pestañas, señora—. Judith la miró como preguntándose quién podría pararse sobre sus pestañas, pero entonces llegó Carlos pidiéndoles que se les unieran para montar a caballo.

—Todo bien? —le preguntó Carlos a Ana en voz baja. Ana rodeó su cintura a medida que caminaban hacia las monturas.

—No somos las mejores amigas, pero al menos, ya las cartas están sobre la mesa.

—Mmmm... sabes que estoy de tu lado en todo, verdad? —Ana lo besó, sin importarle si algunos miembros del club que estaban por allí los miraban—. Qué pasó con eso de esperar un tiempo para sacarlo a la luz?

—Sigo pensándolo, pero quiero mortificar un poco a tu madre ahora.

—Eres mala—. Y Ana volvió a sonreír, feliz.

...29...

LOS días fueron pasando. Ana y Carlos establecieron un ritmo para su relación; salían bastante a menudo, aunque casi siempre con sus hermanos. Habían comprendido, en cierta forma, que la intimidad entre los dos sería escasa, pero, tal vez por eso, aún más preciosa. Tenían que aprovechar los raros momentos en que los chicos no esperaban a Ana en casa, pero Carlos estaba ansioso; odiaba dormir solo, sobre todo, si había pasado parte del mediodía con ella entre sus brazos. Iban a ser dos meses desde que estaban saliendo, y podía contar con los dedos de una mano sus escapadas.

Además, Ana estaba bastante ocupada; había ingresado a un grupo de investigación en la universidad, así que sus encuentros eran aún más raros. Se veían, claro, en la fábrica, en casa de Ana, y muchas veces, la ayudaba en sus tareas y trabajos, le prestaba libros, estaban en constante comunicación; pero la deseaba, y no podía saciar sus ansias.

Sin embargo, era feliz sólo de verla realizarse. Un día había llegado a su oficina y le mostró una circular en donde se la exaltaba y ofrecía una media beca para el siguiente semestre. Había pasado de necesitar asesorías y clases extra a ser la mejor de la clase.

—Una beca? —exclamó Carlos sorprendido.

—Media beca —corrigió ella—. Pero es la primera vez en mi vida que me gano algo!

—Felicitaciones, mi amor —él caminó a ella y la abrazó y besó. Ana lo rodeó feliz, sonriendo, satisfecha y en parte orgullosa de sí misma. Pero luego notó que el abrazo de Carlos no acababa. Se alejó un poco e intentó mirarlo a los ojos, pero él la esquivó, la soltó y caminó hacia los muebles de la oficina—. Entonces —siguió él, guiándola para que tomara asiento frente a él—, qué beneficios trae esa beca?

—Bueno, sólo tendré que pagar la mitad de mi próxima matrícula, y estoy, por decir así, en la élite. Estoy segura de que cuando me gradúe tendré buenas ofertas de empleo, y...

—Ofertas de empleo? Crees que permitiré eso? Yo te ofreceré una buena oferta...

—Casarme contigo será la mejor oferta que pueda recibir, Carlos, pero me gustaría trabajar por mi cuenta y mantener a mis hermanos —Carlos frunció el ceño.

—De qué estás hablando? —Ana hizo una mueca.

—No creas que si me caso contigo seré una mantenida. Tengo tres hermanos! Tampoco te dejaré a ti esa carga...

—Ana...

—No voy a ceder en eso, Carlos...

—Cuando hablé de hacerte una buena oferta —la interrumpió él—, me refería a una aquí, en Texticol—. Eso la dejó en silencio—. Y te conozco más allá de lo que tú misma te conoces a ti; por supuesto que no te vas a quedar de mantenida en casa, trabajas desde los trece años, y aunque a mí me encantaría que descansaras y te relajaras, estoy más que seguro de que no querrás, preferirás estar metida en algo, haciendo dinero. Ya me lo estoy imaginando —completó él sacudiendo su cabeza. Ana estaba en silencio y miraba el suelo.

—Lo siento —dijo al cabo de unos segundos—. Lo siento.

—No es para tanto—. Sonrió él sentándose a su lado en el sofá.

—Pensé que harías eso, pedirme que me quedara en casa.

—Me encantaría, pero odio pelearme contigo, así que cuando des a luz a nuestro primer hijo, usaré alguna excusa para que te tomes una buena licencia —Ana se echó a reír.

—Eso ya lo veremos —Ana se abrazó a él e inspiró fuertemente el aroma de su loción. Ah, lo extrañaba—. Cómo es eso de que me conoces mejor que a mí misma? Algo así no es posible.

—Pero es verdad. Te conozco, y amo todo lo que veo en ti—. Ana lo besó en la garganta, justo encima del cuello de su camisa, y Carlos se quedó en silencio. Ana enseguida notó cómo su ritmo cardíaco aceleró.

—Te amo, Carlos—. Él no dijo nada, y eso le extrañó; siempre que ella le decía esas palabras, él las correspondía. Buscó su mirada, pero encontró que él tenía los ojos cerrados—. Carlos? —él abrió los ojos y carraspeó. Se puso en pie alejándose y sonriendo.

—Entonces, cómo lo vamos a celebrar? Vamos a algún sitio? O no, pidamos un servicio y lo llevamos a tu casa, así comemos con tus hermanos. Qué te parece?

—Estás bien, Carlos?

—Claro que sí, estoy feliz por ti. Mi novia es un cerebritito, eso me excita y... Quiero decir... —Ana se echó a reír.

—Ya veo—. Caminó hacia él. Tal como ella sospechó, Carlos dio un paso atrás.

—Pero decídate —siguió él—. Puedo hacer que un chef vaya a tu casa, se adueñe de tu cocina y prepare un delicioso plato... —Carlos se vio acorralado, atrapado entre su escritorio y su novia. Se apoyó en él y siguió hablando de las opciones. Ir con sus hermanos a un restaurante, ir con sus hermanos a la casa de Juan José, ir con sus hermanos...

—Por qué siempre con mis hermanos? —preguntó ella, a sólo milímetros de él—. Por qué no tú y yo a solas? —Atrapado, Carlos quedó en silencio.

—Me muero por estar contigo a solas.

—No parece. En todos los planes metes a mis tres hermanos.

—Es sólo porque tú... Oh, Dios, Ana... —susurró él. Ana tenía la mano sobre su entrepierna. La tela del pantalón y de su ropa interior no era suficiente, sentía que estaba piel contra piel. Cuando ella empezó a mover su mano, arriba y abajo a lo largo de su erección, cerró sus ojos y lanzó otra exclamación. Quería hacer algo, pero diablos, estaban en su oficina, afuera estaba lleno de gente, y cualquiera podía entrar y encontrarlos allí.

—Estás sufriendo, Carlos.

—Diablos, sí —masculló él.

—Déjame aliviarte —cuando dijo eso, miles de imágenes, todas de Ana desnuda encima de él, vinieron a su mente como una lluvia. No iba a ser necesario que ella se desnudara, usando sólo su mano y su voz Ana iba a hacer que se corriera allí mismo.

No, no podía. Pero Ana estaba abriendo la bragueta de su pantalón.

—Por favor, no —rogó él, deteniéndola, mirándola con una súplica en los ojos.

—Por qué no? Quiero hacerlo.

—Ya ves que yo muero por ello, pero...

—Vas a quedarte así? Toda la tarde?

—Cariño...

—Ven —ella le tomó la mano y lo guió al baño privado de su oficina, lo empujó hacia el interior y volvió a salir. Carlos la perdió de vista un instante, encontrándose con su reflejo. Se sentía enfebrecido, y un poco en el limbo. No estaba pensando, sentía que por primera vez era sólo un cuerpo, liberado de mente o inteligencia alguna.

Ana le puso el seguro a la puerta principal de la oficina del jefe y se metió en el baño con él. Lo encontró con la expresión de un niño perdido en un centro comercial, y sonrió. Caminó con resolución a él y lo besó con hambre. Sólo tenían unos pocos minutos, así que se dio prisa en terminar de abrir su pantalón, bajarle la ropa interior, arrodillarse frente a él y metérselo en la boca. Carlos casi gritó. Ana tenía los ojos cerrados, con una mano en sus nalgas, y con la otra tocando sus testículos. Sentía su lengua alrededor de él, áspera e inquieta, y Carlos se aferró a la encimera y apretó los dientes para no volver a gritar, pero un gruñido se escapaba, y sentía que si ella no se detenía, se correría en su boca, y luego moriría de vergüenza.

—Ana... —empezó a decir— Ana... —pero ella no daba tregua, sentía que la estaba tocando en su garganta, y su boca lo succionaba fuerte. Dios, cómo había aprendido ella a hacer eso? Era la primera vez que una mujer le hacía esto, nunca había imaginado que fuera tan...

Miró a un lado en la encimera y arrancó varios paños de una caja dispuesta. Usando un poco de fuerza, y con celeridad, pues la última neurona que le quedaba viva estaba a punto de expirar, la separó de su cuerpo, se abrazó a ella y terminó con su mano lo que ella había empezado con su boca. No le tomó ni un minuto, y luego Ana lo acunó en sus brazos, impidiéndole que cayera al suelo.

—Dios, Dios! —exclamó él cuando hubo recobrado un poco la conciencia. La abrazó de nuevo, imaginando que no se veía nada lindo con los pantalones abajo y las nalgas al aire. Pero al parecer eso a ella no le importaba, y respondía a su abrazo con la misma fuerza.

—Mucho mejor? —preguntó ella con una sonrisa.

—Lo preguntas como si en vez de hacerme sexo oral me hubieses dado una cucharada de jarabe —ella rió. Él aún estaba agitado, pero se iba recuperando. Ana lo ayudó a vestirse de nuevo, inspeccionando que no hubiese ningún resto de sus actividades recientes sobre la ropa de ninguno de los dos. Salieron del baño, y antes de que ella le quitara el seguro a la puerta para salir, él la tomó del codo y la acercó para besarla.

—Te amo —le dijo. Ana sonrió.

—Lo sé, Carlos —él la miró a los ojos, como deseando decirle mil cosas más, pero sin saber por dónde empezar.

—La otra semana es el cumpleaños de Silvia —dijo ella, acomodando su corbata, aunque estaba en perfecto estado. Junto con Eloísa, estoy organizándole una fiesta, pero será algo sencillo.

—Allí estaré. Necesitas ayuda?

—No, estaremos bien; como te dije, no será nada del otro mundo, pero lleva haciéndome

insinuaciones desde hace semanas, así que no lo podemos pasar por alto —Carlos sonrió. Ahora estaba tan relajado, que sentía que flotaba.

—Ana...

—Mmm? —él no dijo nada. Todo lo que tenía para expresarle no cabían en dos palabras, simplemente la miró con una sonrisa, tan enamorado, y volvió a besar sus labios.

—Vete, o te haré el amor aquí—. Ella se echó a reír.

—No puedes, te quedaste vacío.

—Oh, Dios, no me lo recuerdes —Ana reía al verlo sonrojado. Dio la media vuelta y salió de la oficina como una exhalación. Carlos quedó allí de pie, solo, con una sonrisa boba, sonrojado aún y más enamorado que dos minutos antes. Nunca imaginó que algo así fuera posible.

Por una vez, todos se reunieron en casa de Ana. Mateo no había podido asistir, pues estaba de viaje, así que estaban Fabián, Eloísa, Ángela y Juan José con sus dos hijos, Carlos y Ana y sus hermanos. Habían traído regalos para Silvia, y ella estaba feliz y sonreía por todo. Carlos sacó varias fotografías, pues había sido nombrado fotógrafo oficial del grupo (en realidad era porque tenía mejor pulso y encuadre que los demás), y estuvo ocupado en ello todo el rato. Cuando Ana le propuso sacarse una selfie, tuvo que preguntar qué era eso. Ana, asombrada de lo ajeno que estaba él de las redes sociales, unió su cabeza a la de él, con el teléfono de Carlos se tomó una foto y luego se la enseñó.

—Eso es una selfie —Carlos miró la imagen de los dos sin decir nada, pero Ana vio que sonreía.

—Nos vemos bien. Hacemos buena pareja—. Ella se echó a reír, besó su mejilla y se dirigió a la cocina para traer más aperitivos. No se había estado quieta ni un instante; siempre haciendo algo. Pero era algo normal en ella, al igual que su obsesión por el orden y la limpieza, o su afán protector sobre sus hermanos.

—Despierta —le pidió Juan José sentándose a su lado.

—Estoy despierto.

—No, sueñas. Ana te tiene en las nubes.

—Pocas veces pienso en otra cosa —Juan José se echó a reír.

—Debo preocuparme por la fábrica? —Carlos sonrió.

—Hablando de trabajo, cómo va la constructora? —le preguntó. Vio a Juan José hacer una mueca.

—Como todo negocio que apenas empieza, requiere de mucho trabajo y mucha atención. Ahora vemos que fue acertado que yo hiciera esa especialización en finanzas en el exterior, y que él esté estudiando gerencia actualmente.

—Está estudiando gerencia?

—Claro. No ha parado de estudiar, a diferencia de mí, que me gradué y luego me casé... y luego me volví a casar —Carlos se echó a reír.

—Pero no te arrepientes.

—Claro que no. Ha sido la mejor decisión de mi vida... y tú... cuándo lo harán oficial? —Carlos resopló.

—Ana no quiere aún —Juan José arrugó su frente, y Carlos se explicó—: tiene en la cabeza la idea de que quiere ser alguien primero. Piensa que no se me va a ver bonito casarme con la chica

del archivo—. Cuando vio que su hermano seguía con el ceño fruncido, Carlos suspiró—. En parte la entiendo, pero... —Juan José reía por lo bajo.

—Dale el tiempo que necesite. No puedes arrastrarla a la boda.

—No, no puedo —contestó él riendo—. Pero créeme que me encantaría—. Los dos hermanos rieron, y se estuvieron allí conversando otro rato. Al otro lado de la sala, Paula y Sebastián estaban muy entretenidos tomándole fotos a Alex y a Carolina, y en el jardín, Silvia hablaba con Fabián.

—No vayas a hacer locuras ahora que eres mayor de edad —le decía Fabián, sonriendo.

—Por qué no?

—Cómo que por qué no? A los dieciocho aún se es un adolescente. Es más, biológicamente, se es adolescente hasta los veinticinco.

—Pero yo ya soy una mujer.

—Sí, tienes el aspecto de una —sonrió Fabián, sacudiendo su cabeza. Silvia sonrió de medio lado, y miró a Fabián guardando silencio por un momento—. Siento lo del regalo —Siguió Fabián—. De verdad, mandé a hacer un anillo precioso para ti, pero el joyero confundió las fechas y no me lo tuvo listo a tiempo.

—Puedo pedirte en vez del anillo otra cosa?

—Claro, lo que quieras.

—Te acostarías conmigo? —Fabián se quedó pasmado y en silencio, mirándola fijamente. Cuando ella no se echó a reír, ni nada por el estilo, comprendió que ella estaba hablando en serio.

—Qué? —preguntó. Ojalá hubiese escuchado mal, se dijo, sintiendo algo extraño en su corazón.

—Eso que escuchaste. Me gustaría tener mi primera vez contigo. Ese sería el mejor regalo de cumpleaños que alguien me pueda dar—. Fabián sonrió, pero no había alegría en su rostro. Respiró profundo como si de repente estuviera muy cansado.

—No.

—No? —preguntó Silvia, como si fuera una palabra en otro idioma.

—No —repitió él.

—Por qué no? Por mi hermana?

—Ciertamente. Ana me mataría.

—Pero ella no se va a enterar. Por favor, Fabián.

—No. Y no quiero hablar más de esto...

—Espera! —lo detuvo Silvia, tomándolo del brazo cuando él dio media vuelta para volver a entrar a la casa—. Al menos explícame por qué. Estás matando mi autoconfianza, sabes?

—Cuando conozcas a alguien y te enamores, y quieras darle tu primera vez, habrás recobrado tu autoconfianza, y me darás las gracias.

—Por favor, Fabián. No me digas que tu condición es que esté enamorada de ti.

—No. Pero tampoco voy a desvirgar a alguien sólo porque me lo pide.

—Te ofendí con mi propuesta? Pero si tú eres así! Te has acostado con muchas! Y lo digo como un elogio; tienes experiencia! Quiero que mi primera vez sea sublime, quiero a alguien experimentado y que me enseñe muchas cosas! —Fabián cerró sus ojos.

—No —repitió.

—Fabián, no tendrás una oferta como esta nunca más!

—Ojalá así sea.

—Por qué? —Fabián la miró a los ojos. Silvia era más alta que Ana, guapa, y con mucho carácter. La miró fijamente a los ojos, pero tal como con la hermana mayor en su momento, no vino nada a él. No vino esa locura de deseo que lo embargaba años antes cuando conocía mujeres guapas, todas ofreciéndoles su cuerpo.

Tampoco era Silvia, se dijo. Aunque eso él ya lo sabía.

Desde hacía un tiempo, esa locura se había muerto. Le seguían gustando las mujeres, pero su cuerpo, su mente y su corazón estaban cansados de lo pasajero de estas relaciones. Miraba a todas las mujeres haciéndose una misma pregunta, y había descartado ya a muchas con la misma respuesta: “no es ella”. Era un asunto extraño, pero ya había comprendido que por más que lo intentara, tal como lo hizo con Ana, el resultado no cambiaría. No sabía qué estaba buscando, o a quién, pero cada vez estaba perdiendo más las esperanzas de encontrarlo. No estaba ofendido con Silvia porque le hiciera tal propuesta, después de todo, tenía, junto con Mateo y Juan José cuando estaba soltero, la fama de ser un don Juan, que se acostaba con cuanta mujer sin discriminar.

—Por muchas razones —contestó al fin a la pregunta de Silvia.

—Dame una.

—Te daré muchas —dijo él—. No; porque eres la hermana de Ana, una mujer cuya amistad valoro mucho y no quiero estropear. No; porque no suelo acostarme con mujeres casi diez años menores que yo. No; porque el sexo sin compromiso no existe, siempre queda un compromiso. Tú aún no lo sabes, pero luego de la primera vez con una persona, sobre todo una persona que ves a menudo, por lo general viene una segunda, y una tercera. No estoy enamorado de ti como para luego casarme contigo, y tú no estás enamorada de mí como para soportar una situación así. Sin embargo, si has decidido entregar tu cuerpo a cambio de experiencia, te doy un consejo: arráncate el corazón y guárdalo en una caja fuerte, porque luego de unos años va a quedar tan estropeado que te sentirás incapaz de amar. La especialidad de los seres humanos es hacerse daño unos a otros.

Silvia bajó la mirada, en parte admirada. Siempre había creído que Fabián era todo hormonas y músculos, pero encontró algo bonito debajo de esa cara hermosa y ese cuerpazo.

—Parece que al final sí te ofendí —Fabián sonrió y le tomó el rostro entre las manos para besarle la frente.

—Eres hermosa, cuando entres a la universidad, te lloverán propuestas como la que tú me acabas de hacer a mí. No te voy a decir que no las aceptes, sólo que tengas cuidado.

—Sí, lo mismo me dice Ana.

—Porque es una mujer muy sabia, y ha pasado por mucho.

—Yo también he pasado por mucho.

—No lo dudo, pero si mides lo que has vivido con lo que te falta por vivir, encontrarás que eres una niña apenas.

—Eso es odioso.

—Sí, lo es. Pero te lo dice alguien que a veces se siente muy anciano —Silvia lo miró a los ojos, que ahora se veían oscuros.

—Estás buscando el amor, Fabián? —él se echó a reír.

—Claro que no.

—Mentiroso.

—No, no lo busco... Shakespeare dijo: “El amor buscado es bueno, pero si se da sin buscarlo, es mejor”.

—Vaya, lees Shakespeare—. Fabián se encogió de hombros. Silvia apretó los labios.

—Podemos hacer como que nunca abrí mi bocota?

—Soy un caballero, Silvia, claro que sí.

—Ay, Dios, ahora me siento terrible.

—No te preocupes. Ya lo olvidé—. Ella se echó a reír, aliviada, y lo tomó del brazo volviendo a la sala, donde estaban sus hermanos y los Soler conversando. Carlos tenía en brazos a Carolina, y Juan José hablaba con Sebastián acerca de quién sabe qué. Fabián se unió fácilmente a la conversación, y Silvia se quedó allí, tratando de ser madura y no huir. No era tan madura como había creído; se acababa de dar cuenta del error que habría cometido si Fabián le hubiese seguido la corriente.

Ojalá encuentre el amor, se dijo. No se había creído ni por un instante eso de que no lo estaba buscando. Shakespeare decía cosas muy bonitas, pero él era sólo un poeta.

—Alex, termina ya! —exclamó Ángela, mirando a su hijo pegado a su seno. Ana se le acercó y miró la escena: Alex no chupaba ya, sólo estaba allí, haciendo como que comía, pero ni se alimentaba, ni la soltaba. Eloísa se echó a reír. Las tres estaban en la cocina.

—Deberías soltarlo tú.

—Se echa a llorar. Cómo puede un bebé de sólo dos meses tener vicios ya?

—Él está feliz allí, porque te iba a querer soltar?

—Pero yo quiero volver a la sala y estar en la fiesta. Alex, podrías terminar ya, por favor?

—No te escucha —sonrió Ana. Ángela soltó un gruñido exasperado, pero no era capaz de sacar el pezón de la boca de su hijo. Miró al techo como si estuviera muy molesta, pero no engañaba a nadie; Eloísa y Ana sabían que amamantar era la tarea favorita de Ángela.

—Todavía tienes esas tetas geniales. Cuál es el truco? —preguntó Eloísa, con su habitual desparpajo. Ángela se encogió de hombros.

—Genética, supongo.

—El más feliz debe ser Juan José —dijo Eloísa, y Ángela sólo sonrió—. Yo sólo espero que las mías crezcan un poco cuando tenga a mis hijos. O tal vez me ponga implantes.

—Tus tetas están bien —dijo Ana—. Yo sí soy plana. Por qué te quejas?

—Nah... Hacía rato no venía a esta cocina.

—Es verdad —dijo Ángela, casi sin notar que su amiga saltaba del tema de las tetas al de las cocinas como si nada; ya estaban acostumbradas.

—Porque hacía tiempo que no venían a mi casa —se quejó Ana—. Siempre soy yo la que está yendo a las suyas.

—Me gustaba esta casa —sonrió Ángela—. Pasamos buenos momentos aquí.

—Sí.

—Pero aun así —agregó— no quiero volver a esa época.

—Claro, fue la época sin Juan José, por qué querrías volver? —Ana miró en derredor, de pronto presintiendo que sus momentos bajo este techo y entre estas paredes se iba acortando. Todavía le faltaba mucho para graduarse, y su vida apenas estaba al inicio de un gran cambio, pero tenía ese presentimiento, y lograba ponerla nerviosa.

Tarde en la noche, todos, excepto Carlos, se fueron a sus casas; y cansados, Silvia, Paula y Sebastián se acostaron a dormir. Ana se quedó un rato más organizando los trastos en la cocina, mientras, Carlos aseguró las puertas y ventanas, apagando todas las luces. Cuando se hubieron desocupado, se miraron el uno al otro, odiando el hecho de tener que dormir tan separados.

—Me gustaría quedarme más tiempo, pero...

—Entiendo —interrumpió ella—. Mañana tienes que madrugar.

—Y si me quedara, de todos modos no dormiría —ella se echó a reír, encantada, enamorada.

—Entonces vete ya—. Él se acercó y besó sus labios.

—Te amo, Ana.

—Y yo te amo a ti.

—Duerme bien, descansa.

—Claro que sí.

—Te veo mañana.

—Vete ya... —Resignado, Carlos le dio un último beso y se dio la vuelta. Ana cerró la puerta tras él y subió a su habitación, sonriendo aún con la sensación de los labios de Carlos sobre los suyos. Se puso su pijama y se acostó a dormir, y el sueño vino a ella casi de inmediato.

Estaba en el jardín de su casa, al pie de la glorieta, y se preguntó qué hacía allí, de pie, en pijama, y a esa hora de la noche. Vio a su hermano, Sebastián, caminar hacia una bola de fuego que se avecinaba a ellos.

—Sebastián! No! —gritó corriendo a él, pero despertó.

Se sentó en la cama, agitada, y cuando vio que su hermano menor la miraba con sus ojos claros asustados, sintió terror.

—Sebastián? —preguntó ella, y al comprobar que era él, lo acercó para abrazarlo—. Dios, fue un sueño—. Pero eso no hizo sino asustarla aún más. Un sueño! Miró en su nochero el reloj; eran las tres de la madrugada ya.

—Por qué estás despierto a esta hora, Sebas?

—Huele muy mal —contestó el niño.

—Qué? —preguntó ella, extrañada. Estaría su hermano sonámbulo?

—Fui a la cocina por agua, pero huele muy mal.

—Tal vez es... —pero cuando su mente estuvo más calmada ella también notó el olor. Huevo podrido—. Oh, Dios! —exclamó. Salió corriendo de la cama, tomó su teléfono y su levantadora y caminó rápido hasta la habitación de Silvia, que era más pesada para despertar—. Llama a Paula —le pidió al niño—. Llámala, Sebas, tenemos que salir de la casa... Y no enciendas las luces!

—Por qué?

—Haz lo que te digo, por favor, y trata de no aspirar ese olor! Silvia! —gritó llamando. Moviéndose a su hermana hasta que la despertó, y mientras ella se sentaba, tomó mantas y zapatos. Cuando Silvia se hubo calzado, salieron al pasillo encontrándose a una Paula molesta.

—Qué pasa...?

—Hay una fuga de gas! —exclamó Ana—. No enciendan luces, ni usen los teléfonos hasta que estemos fuera. Tomen sus abrigos, tápense la nariz y salgan!

—Una fuga? —Exclamó Silvia, ya más despierta.

—El olor —explicó Ana, sintiendo cada vez más miedo y más angustia. Quería llamar a Carlos, pero hasta no estar fuera, no podía—. Vamos, vamos!

Salieron al jardín. Sebastián estaba tosiendo, pues había estado expuesto más tiempo al olor y al gas.

—Qué es eso? —preguntó el niño mirando hacia la glorieta. Caminó hasta ella, y Ana vio lo que le llamó la atención. Había un punto de luz en movimiento.

—Sebastián, no! —gritó, corriendo tras él para traerlo de vuelta, pero de repente, toda la casa explotó.

...30...

EL ruido de la sirena despertó a Ana, y lo primero que exclamó fue el nombre de su hermano pequeño. Los paramédicos no decían nada, y ella empezó a llorar.

Todo tenía sentido ahora, la fuga de gas, la lumbre de un encendedor siendo arrojado a la casa: alguien había intentado matarla a ella y a sus hermanos.

Dónde estaban Silvia y Paula?

Empezó a gritar llamando uno a uno a sus hermanos, pero los paramédicos no decían nada.

—Mis hermanos! —gritaba—. Dónde están mis hermanos! Silvia! Paula! Sebas!

—Señorita, tranquilícese.

—No puedo! —gritó de nuevo—. Si no veo a mis hermanos, no puedo!

Sintió un ardor en el rostro y los brazos, y descubrió que había sufrido una quemadura, además, tenía un collarín puesto que le impedía mover su cabeza, que empezó a latir fuertemente. Ah, ahora todo el cuerpo le dolía. Si se había quemado ella, qué había pasado con su hermanito?

—Sebastián! —lloraba. La imagen se repetía una y otra vez en su mente. Ella tomó el brazo del niño y tiró de él hacia ella justo en el momento en que las llamas salían de la casa en todas direcciones, y hacia ella y su hermano. Había caído hacia atrás, y ella había visto la ropa de su hermano incendiada, pero tal vez se había golpeado fuertemente y había perdido la consciencia. Olía a chamusquina, su ropa olía a quemado, su cabello olía a quemado. El fuego los había alcanzado, y su hermanito cómo estaría?

El camino hasta el hospital se le hizo eterno, y cuando llegaron, no dejó de llamar y preguntar por sus hermanos. Al final, tuvieron que sedarla.

—Dios mío, Dios mío! —exclamó Ángela, llorando en el hombro de Juan José. Fabián estaba sentado en uno de los sofás de la sala de espera, y tenía apoyadas en un brazo y otro a Silvia y a Paula, que lloraban. Eloísa caminaba de un lado a otro incapaz de estarse quieta.

Juan José ya había hecho las llamadas necesarias, los bomberos habían dado la casa por echada a perder, no había quedado nada por salvar, y ya se había confirmado que había sido un atentado. Claramente, y según el testimonio de las niñas que ya habían declarado, aquello había sido un acto contra los cuatro hermanos Velásquez. La fuga había sido intencionada; habían intentado que pareciera un accidente, pero no habían contado con que Sebastián se despertaría a la madrugada por un vaso de agua, y luego, al estar afuera, todos verían el encendedor siendo arrojado al interior de la casa para que ésta explotara.

Fabián miró a Juan José abrazar a su esposa preguntándose quién podría querer hacerle daño a un grupo de hermanos tan indefensos como lo eran estos que estaban aquí. Juan José le devolvió la mirada haciendo un pequeño movimiento con su cabeza. Esto no se quedaría así, moverían cielo y tierra hasta encontrar al culpable.

Ana abrió sus ojos poco a poco, y lo primero que vio fueron unos ojos azul aguamarina muy preocupados. Intentó moverse, pero él se lo impidió.

—Sebastián? —preguntó—. Paula? Silvia?

—Tus hermanas están bien. Están afuera, Fabián cuida de ellas.

—Y Sebastián? —volvió a preguntar. Cuando Carlos no dijo nada, las lágrimas empezaron a correr de nuevo—. Carlos, ¿mi hermanito? Dime que está bien!

—Ana...

—Dime lo que sea, pero dímelo ya!! —gritó. Carlos respiró profundo.

—Él está bien, dentro de lo que cabe.

—Qué? Cómo así?

—Le salvaste la vida, Ana, pero sufrió quemaduras importantes —Ana no se precipitó a sacar conclusiones, se sentó lentamente en su camilla y sólo lo miró suplicando que por favor completara la información—. Tiene quemaduras en su espalda, algunas en segundo grado. Protegiste su cabeza con tus brazos, por eso te quemaste—. Ella se miró. Tenía la piel un poco tirante, y ardía horriblemente, pero no tenía bolsas de agua formándose, ni estaban desfigurados—. Él estará bien —siguió Carlos, tocando su cabello quemado—, pero será un proceso un poco lento y doloroso.

—La explosión..

—Ya estamos investigando —aseguró él, con voz un poco más dura—. Tus hermanas declararon, y dijeron que alguien arrojó una lumbre al interior de la casa, y fue cuando ésta explotó.

—Sí —confirmó ella—. Quién fue, Carlos?

—No lo sé, amor —contestó él, acercándose para abrazarla—. Pero te juro que lo voy a descubrir y haré que pague—. Ana cerró sus ojos, dejándose envolver con sus brazos fuertes y cuidadosos, pero cuando su rostro tocó el hombro de Carlos sintió que le dolía, así que se separó y se tocó suavemente.

—Te quemaste un poco —ella no dijo nada; Carlos había esperado un poco de pánico, alguna reacción—. Estás bien, no fue nada importante, pero tu piel se lastimó un poco.

—No me mientes con lo de Sebastián? —preguntó ella con voz quebrada—. Vi que el fuego nos alcanzó.

—No, cielo, si les hubiese alcanzado, no habrían sobrevivido para contarlo. Afortunadamente, el gas natural es un combustible que se consume rápido. Te alcanzó la onda de calor, pero no el fuego. Eso te dejó a ti y a Sebastián inconscientes.

—Lo soñé —susurró ella.

—Qué?

—La explosión. Soñé con ella justo antes de que sucediera.

—Ay, amor.

—Ví a Sebastián caminar hacia una bola de fuego. Cuando desperté, estaba a mi lado, con sus ojos claros diciéndome que olía mal. Él había sentido el olor.

—Tal vez eso les salvó la vida, tuvieron tiempo de escapar. Tu hermano estará bien, tal vez le queden cicatrices en la espalda, pero estará bien.

—Gracias a Dios —oró Ana—. Gracias a Dios—. Y sin poder evitarlo, otra vez se echó a llorar, aunque esta vez, de puro alivio.

Silvia y Paula entraron a ver a Ana minutos después, lloraron abrazadas, y Carlos vio una transformación en Ana; había pasado de ser la que necesitaba atención y consuelo, a ser la que atendía y consolaba.

—Sebastián estará bien —les aseguraba—. Él es fuerte, y sano, y se recuperará pronto.

—Cuándo podremos verlo? —preguntó Paula, secándose las mejillas. Ana miró a Carlos.

—En cuanto el médico nos autorice —contestó él—. No se preocupen, será pronto.

—Te arde? —le preguntó Silvia a Ana.

—Un poco.

—Quién pudo ser, Ana? Es como si hubiesen querido incendiar la casa con todos nosotros dentro.

—No se preocupen por eso —pidió Carlos, acercándose—. Nosotros nos encargaremos de descubrirlo.

—Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Paula—. No tenemos casa, ni ropa, ni nada... todo se quedó dentro... mira, estamos en pijama...

—Se irán conmigo a mi casa —aseguró Carlos nuevamente, y miró a Ana, como pidiendo su aprobación.

Ana pensó rápidamente. Judith no estaría muy feliz, pero en casa de Ángela no había espacio, y en la de Fabián menos, ya que vivía en un apartamento de soltero. Eloísa sólo tenía una habitación más, y Mateo, que era el único que vivía en una mansión como la de Carlos, estaba de viaje. Además, para incomodar a Mateo y su padre, mejor se iban con Carlos, que se estaba ofreciendo. Ana asintió, aceptando.

En el momento, el doctor Landazábal, el médico de la familia Soler, entró, y sin importar que la habitación estuviera un poco abarrotada de gente, examinó a Ana.

—Yo creo que tú ya te puedes ir.

—Podemos ver a Sebastián? —preguntó ella. El médico miró su reloj.

—No ha despertado, pero sí, pueden entrar—. Las niñas exclamaron animadas, pero el doctor levantó una mano haciéndolas callar—. Escúchenme esto primero —dijo—. Una condición para que luego puedan volver a entrar: vean lo que vean, no se echen a llorar.

—Qué? —preguntó Ana, sintiendo cómo el corazón se le iba al suelo. Tan mal iban a encontrar a su hermano?

—Es mi condición.

—Está muy mal? —preguntó Paula.

—No importa cómo esté, se recuperará. Pero si él las ve llorar y espantadas, se deprimirá. Algo más necesario aún que la medicina en pacientes quemados, es la calma. Él debe permanecer en calma. De acuerdo?

—De acuerdo —aseguraron todas, pero ya estaban llorando.

—Vamos, vamos —las regañó el doctor—. Sebastián las necesita fuertes. Si no se calman, no las dejaré entrar.

—Está bien —dijo Silvia, secándose las lágrimas. Carlos se acercó a Ana para ayudarla a bajar de la camilla, recogió sus cabellos y los acomodó en su espalda. Ella ni siquiera había pedido verse en un espejo; como siempre, se preocupaba más por sus hermanos que por sí misma. Bueno, ya habría tiempo para eso.

Ana caminó por el pasillo y vio a Ángela y a Juan José ponerse de pie al verla.

—Ana! —exclamó Ángela corriendo a abrazarla, pero cuando estuvo a solo un paso se detuvo, dudosa de si le haría daño.

—Estoy bien, sólo me lastimé un poco los brazos, y mi cara estará bien—. Por las mejillas de Ángela empezaron a correr lágrimas.

—Tuve tanto miedo! —exclamó echándose a sus brazos. Juan José sonrió por lo incongruente de la situación, en vez de Ángela consolar a Ana, era al revés.

—Amor, deja a Ana, quiere ver a su hermano.

—Sí, sí —dijo ella soltándola—. Te conseguiremos una nueva casa. Y la ropa, y los libros, y todo lo demás lo recuperaremos.

—Lo sé.

—Y mi marido y Fabián y Carlos atraparán al maldito que nos hizo esto.

—Lo sé, Ángela—. Volvió a abrazarla, pero ya estaba más calmada.

—Ve a ver a tu hermano, y me dices cómo está—. Ana asintió, y siguió caminando a paso lento hasta la habitación de Sebastián. Silvia y Paula ya estaban allí, pero se abrazaban la una a la otra llorando en silencio sin dejarse ver de él.

El niño estaba acostado boca abajo en una camilla totalmente plana. Estaba desnudo de la cintura para arriba, y sus piernas cubiertas por una sábana blanca. La piel se veía blanca y enrojecida por partes. Se veía tirante, húmeda y brillante. Pensaba que la cubrirían con gasas o algo así, pero al parecer, no lo harían.

Ana sintió que las rodillas se le doblaban, sólo verlo ya producía angustia, no quería ni imaginarse lo que estaba sufriendo su pequeño hermano. Quería hacer algo con sus manos y borrar todo ese espanto dibujado con crueldad en su espalda, o devolver el tiempo y evitar... evitar qué? Había hecho todo lo que había podido, y aun así, su hermano había salido herido.

El niño sintió sus pasos, movió la cabeza, y al instante soltó un quejido.

—Ana? —llamó, y ella corrió a él.

—Aquí estoy, mi amor.

—Me arde —susurró él.

—Lo sé —con ojos parpadeantes para ahuyentar las lágrimas, Ana extendió su mano y tocó su cabello negro, antes tan suave, y ahora áspero—, pero te mejorarás, te lo prometo.

—Lo siento —susurró el niño, y Ana vio que una lágrima rodaba por su pequeña nariz hasta caer en la sábana de la camilla en la cual estaba. Ana la limpió con delicadeza, aunque su rostro estaba intacto, sentía que si lo tocaba, le haría mucho daño.

—Por qué lo sientes, mi vida?

—No debí salir a mirar...

—No seas tonto. Por ti estamos vivos. Nos salvaste la vida—. Sebastián abrió sus ojos, que

se veían más claros ahora. Ana siempre se había preguntado a quién le había heredado esos ojos casi amarillos, si nadie en su familia los tenía.

—Sentí el olor... no sabía qué hacer... por eso te llamé.

—Afortunadamente, estás acostumbrado a deambular por la casa a oscuras. Si hubieses encendido alguna luz o un aparato...

—Apenas alcancé a bajar las escaleras —explicó él—, no soporté el olor y volví a subir a llamarte.

—Hiciste bien —susurró ella, conteniendo las lágrimas—. Mi héroe—. Sebastián sonrió, pero al instante hizo una mueca de dolor. Cuánto debía estar sufriendo su hermanito! Apenas tenía once años, quién querría hacerle daño? Y a Paula, por Dios, era una quinceañera! Ellos no le habían hecho daño a nadie en toda su vida, por el contrario. Por qué alguien querría matarlos? No querían dejar de ellos ni la evidencia! Esto era insano!

Pero había alguien por allí que los odiaba a muerte y quería borrar todo rastro de su existencia. Alguien que podía volver a intentarlo.

Se acercó a Sebastián y besó su cabeza.

—Vas a estar bien, Sebas —le prometió—. Haz todo lo que los médicos te digan, intenta no moverte.

—Estoy horrible, verdad?

—No, claro que no —él abrió de nuevo sus ojos y sonrió.

—Mentirosa —Ana tuvo que capitular.

—Te quedará una cicatriz en la espalda, pero no será gran cosa—. El niño volvió a sonreír.

—También huelo horrible. Huelo a Silvia cuando cocina.

—Qué? —exclamó ésta desde el rincón en el que había estado, con voz nasal por el llanto.

Sebastián sonrió de nuevo y volvió a cerrar los ojos. Pero era verdad, la piel quemada de su espalda olía, y era lo que más enardecía el alma de Ana. Quería matar a alguien, al que le había hecho esto a su bebé, a su hermanito menor.

—Ahora tengo que irme, Sebas —le dijo.

—No, no me dejes solo.

—No te quedarás solo. Aquí están Ángela y Juan José, y Fabián. Te prometo que volveré enseguida, ni notarás que me fui. Espérame aquí tranquilo—. Casi a regañadientes, Sebastián asintió, pero lo vio agitarse. El dolor que estaba sufriendo debía ser terrible. Ella nunca había visto a Sebastián llorar, no después de que cumplió los tres años.

Salió de la habitación sin poder resistirlo más, y en cuanto estuvo afuera abrazó a Carlos y lloró y lloró. Éste la abrazó y la retuvo allí todo el tiempo que ella necesitó. En la habitación, Sebastián volvió a sonreír.

—Mi hermana es tonta —dijo en voz baja—. Cree que no sé que está llorando.

Judith vio el auto llegar desde la ventana de su habitación. Se acababa de despertar, y apenas estaba descorriendo las cortinas. Era Carlos, y del auto bajaron Ana y dos de sus hermanos. Silvia y Paula, recordó que se llamaban. Pero, por qué estaban todas en pijama? Se puso una bata levantadora y bajó al vestíbulo, donde las encontró mirando todo en derredor, juntas como pollitos

abandonados, y oliendo a... huevo podrido?

—Qué pasó? Qué significa esto?

—Madre, Ana y sus hermanas se quedarán aquí un tiempo.

—Qué sucedió? Por qué están así? —Ana vio a Judith caminar hacia las niñas y tocarles el rostro limpiando suciedad de sus mejillas.

—La casa de Ana se incendió —contestó Carlos, conciso—. No tienen donde quedarse, así que se quedarán aquí.

—Oh, por Dios! No puede ser! —exclamó Judith, mirándolas con ojos grandes de espanto—. Pero están bien, verdad? Les pasó algo?

—Ana tiene quemaduras—. Dijo Silvia, y Judith se giró a ella de inmediato.

—No es nada.

—Y el niño? Sebastián? —cuando vio que los ojos de Ana se ensombrecían se llevó ambas manos a la boca—. Oh, Dios, qué le pasó?

—Estará bien —dijo Carlos—. Está en el hospital; tiene quemaduras un poco más graves, pero se recuperará.

—Gracias a Dios!

—Se quedarán aquí, madre. Podrías ayudarme a instalarlas?

—Claro que sí, claro que sí. Vengan —tomó a Silvia y a Paula y las guió escaleras arriba. Carlos miró a Ana, y no pudo evitar sonreír.

—A veces adoro las rarezas de madre.

—Esa rara me cae bien ahora —sonrió ella—. Deberías enseñarme dónde me quedaré yo.

Él asintió tomándola de la mano. Caminó así con ella hasta llegar a una de las habitaciones. Abrió la puerta y la hizo pasar. Ana se giró a mirarlo al instante.

—Es tu habitación —él se alzó de hombros.

—Daré lo mismo, Ana. Si escoges la cocina, me iré a dormir allá contigo—. Ana se echó a reír.

—Estoy por pensar que eres un aprovechado.

—Y yo estoy feliz de que al fin sonrías —ella se fue quedando seria poco a poco—. No, no lo dije para que dejaras de sonreír.

—Quién pudo ser, Carlos? —él hizo una mueca.

—Ya lo descubriré. Te juro que lo pagará diez veces más caro. Nadie toca lo que amo y se queda tan campante—. Ana se abrazó a él suspirando. Cerró sus ojos sintiéndose, en medio de toda aquella tempestad, en calma. Carlos le daba calma. Estaban sin casa, sin qué ponerse, su hermano tenía quemaduras y estaba en el hospital; pero de alguna manera, ella estaba tranquila. Todo esto pasaría, no estaba sola, había gente a su alrededor que la amaba y buscarían hasta debajo de las piedras con tal de encontrar al culpable. En el pasado no se había sentido así, todo lo contrario, y por eso, aun en medio de esta tragedia, estaba agradecida.

—Está bien —susurró—, me quedaré aquí contigo.

—Bien. Te traeré algo de ropa a ti y tus hermanas. Necesito sus tallas—. Ana asintió, y Carlos le dio su teléfono para que ella creara una nota con toda la información. Ana aprovechó y encargó también para Sebastián, que estaba tan desnudo como ellas.

Aun sin ducharse siquiera, él volvió a salir, y Ana se quedó sola en la habitación reconociéndola, era la habitación de su sueño. Sonrió.

Sus sueños se realizaban. Siempre se realizaban. Aunque fueran horribles como el de anoche, o hermosos como los de esta habitación.

—No me puedo duchar —dijo Silvia entrando, detrás apareció Paula, con el mismo rostro consternado—. Ni siquiera tengo ropa interior.

—Carlos ya fue por ella.

—Dios! Apenas anoche estábamos todos felices y riendo en la fiesta, cómo pudo pasarnos algo así? —sintiéndolas como pajarillos desamparados, Ana caminó a ellas y las abrazó. Cómo, se preguntó por enésima vez a lo largo de su vida, cómo había podido su madre abandonarlos? Cómo había preferido perderlos? En momentos como estos, el consuelo de una madre habría sido el mejor bálsamo. Sus hermanos habían tenido que conformarse con ella.

—Estaremos bien —aseguró—. Esto también pasará—. Silvia y Paula la abrazaron fuertemente, y aunque esta vez no lloraron, el abrazo fue largo y sentido.

Judith entró a la habitación y las encontró allí, como un ovillo de lana bien apretado, donde nada entraba y nada salía. Eran hermanas, y se amaban entre sí. Y esto era fruto de la crianza de Ana, pues había sido ella quien las levantara.

Sintiendo un peso en el corazón, salió nuevamente respetando su privacidad.

-Entonces, sospechas de alguien? —le preguntó Juan José a Carlos, cruzándose de brazos.

—Sí, pero no puedo denunciarla hasta tener pruebas.

—“Denunciarla”? es una mujer? —Carlos hizo una mueca mirando a su hermano. Fabián lo miraba atento esperando también una respuesta. Estaban en la cafetería del hospital, el mismo en el que habían atendido a Juan José cuando tuvo el accidente en Trinidad. Ana y Ángela estaban en la habitación de Sebastián haciéndole compañía.

Había sido un día largo, había ido a comprar ropa para Ana y sus hermanas, y había tenido que esperar a que abrieran las tiendas. Luego las había esperado a que se ducharan y vistieran para llevarlas al hospital a ver a Sebastián. Habían tenido que esperar, pues le estaban haciendo curaciones, y Ana había tenido que escuchar el llanto de su hermano desde afuera. Había sido terrible. Él había reclamado, por qué no lo sedaban? Pero sedar tan a menudo a un niño de su edad no era recomendable, y los calmantes para el dolor no lo mitigaban lo suficiente. En cuanto las curaciones habían terminado, Ana había entrado como un suspiro aunque sólo fuera para limpiar sus lágrimas y sostener su manito. No podía hacer más.

La policía había venido y había vuelto a hacer preguntas. Habían encontrado las válvulas de gas abiertas a tope, y los bomberos habían tenido bastante dificultad a la hora de cerrarla y salvar así al vecindario, pues el fuego había amenazado con propagarse, a pesar de que había jardines entre casa y casa.

—Sí, es una mujer —susurró Carlos, contestando a la pregunta de su hermano—. La madre de los cuatro.

Eso dejó mudos a Fabián y a Juan José, que lo miraron espantados por largos segundos. Fabián fue el primero en reaccionar.

—No es posible. Esa mujer desapareció de sus vidas hace muchísimo tiempo. Ni siquiera sabrá cómo encontrarlos, pues los dejó en Trinidad...

—Está aquí, en Bogotá. Y todos la conocemos.

—Quién es —preguntó Juan José con voz dura. Carlos sonrió irónico.

—Lucrecia, la madre de Isabella Manjarrez—. Fabián elevó una ceja.

—Las conozco—. En un instante, Carlos vio a su hermano y a Fabián atar cabos. Todos sabían de Lucrecia que antes había sido la sirvienta, y que ahora era la esposa del señor, pero que nunca había logrado borrarse el estigma que llevaba. También encontraron obvios parecidos entre Lucrecia, Ana, Silvia, Paula y Sebastián. El color de la piel, la forma de los ojos... excepto por Sebastián, que si bien tenía rasgos de ella, era diferente a sus hermanas.

—Esto es increíble —rió Fabián.

—Por qué querría ella hacerle daño a sus propios hijos? —preguntó Juan José, que al ser padre, no concebía la idea.

—Piénsalo, Juanjo. Esa mujer tiene ahora una posición. La aparición de los cuatro revelará muchas cosas de sí misma.

—Y no sólo eso —agregó Carlos—. Ella querrá que Isabella se case conmigo para recuperar Jakob—. Fabián frunció el ceño, pues no estaba al corriente de los eventos de las empresas de Carlos, pero Juan José sí.

—Pero no le es mejor para sus ambiciones que su verdadera hija se case contigo?

—Debe conocer a Ana, y su carácter. Sabe que nunca la perdonará. No le conviene que sea Ana.

—Qué mujer más maldita. Tenemos que denunciarla.

—No tengo pruebas, Juan José.

—Y si revelamos que ella es la madre? Así por lo menos los ponemos sobre aviso.

—Eso tendré que consultarlo con Ana. Tal vez ella no quiera que la vinculen con esa mujer.

—Y tendrá toda la razón —masculló Fabián—. Para tener una madre así, mejor ser huérfano—. Juan José puso una mano sobre el hombro de su amigo, pues él sabía de lo que hablaba cuando decía eso.

—Ahora lo importante es la recuperación de Sebastián.

—Te juro que quedé con ganas de matar a alguien cuando lo vi— susurró Juan José—. Dios, de imaginarme a mi hijo en esa situación, yo...

—Se recuperará —dijo Fabián—. Es un niño fuerte y valiente.

—Pero es sólo un niño. Sólo un niño!

Los tres guardaron silencio por largo rato, incapaces de agregar nada más. Carlos apretaba los dientes mirando la actividad en derredor. Ahora tenía que hablar con Ana y contarle que él sabía quién era su madre, y que la tenía localizada desde hacía ya un tiempo, pero que no le había dicho nada y que tal vez eso había provocado toda esta situación. Ella se enojaría, estaba seguro, pero esperaba poder explicarle las razones que tuvo para guardarlo en secreto.

Pero entonces pensaba en Sebastián y no encontraba razones que pudieran justificar su silencio.

...31...

ANA miraba a su hermano dormir. Luego de la terrible curación, había quedado tan cansado que ahora dormía. No era un sueño apacible, y por eso Ana estaba aquí, para tranquilizarlo cada vez que se despertaba.

Eloísa entró con pasos silenciosos y se sentó al lado de Ana en el pequeño sofá que había en la habitación.

—Deberías irte a casa —le dijo, apoyando una mano en su hombro.

—No. Quiero estar aquí.

—Ana, estás cansada, y tú también estuviste en una camilla de estas hasta esta mañana. Mira la hora, no has comido gran cosa en todo el día. Déjame relevarte.

—Pero...

—Ve, duerme, y mañana vuelves descansada para seguir cuidándolo. Te prometo que velaré su sueño—. Ana sintió deseos de llorar nuevamente. Eloísa tenía razón, pero sentía que si dejaba solo a su hermano, algo grave ocurriría y ella no podría ayudarlo—. Es que no confías en mí? —le preguntó Eloísa. En cuanto a sus hermanos se refería, Ana no confiaba en nadie, pero ella tenía razón, no podría estar despierta las veinticuatro horas del día cuidándolo. Si colapsaba, le sería más difícil cuidar a sus hermanos.

—E... está bien. Pero por favor llámame si se despierta, o llora, o...

—Él estará bien, y hay un batallón de médicos que sabrán qué hacer en caso de que algo pase.

—Pero aun así, quiero que me llames.

—Lo haré —cuando Eloísa vio que ella aún vacilaba, elevó su mano derecha—. Te doy mi palabra que si algo importante ocurre te llamaré inmediatamente—. Ana sonrió.

—Gracias.

—No seas tonta. Ve afuera, Carlos te espera—. Ella frunció el ceño.

—Carlos está aquí?

—Claro que sí. Ha estado muy ocupado, en la policía y mil cosas más, pero vino a buscarte.

—Te mandó para que me convencieras de salir? —Eloísa sólo se encogió de hombros—. Está bien—. Se puso en pie y se pasó la mano por el cabello, tan áspero.

—Necesitarás un nuevo corte de pelo. En cuanto Sebas se mejore, nos ocuparemos de eso.

—Estoy tan horrible?

—Tu pelo se salvó a duras penas, pero volverá a crecer—. Ana hizo una mueca, recordando el momento en que la casa estallaba y ella tiraba de su hermano para protegerlo. No había sido

suficiente, pero había bastado para salvarle la vida. Miró de nuevo al niño dormido en la camilla. Las quemaduras más graves estaban debajo de los omóplatos, y tardaría un poco en volver a su vida normal, pero estaba vivo.

Respiró profundo y dio unos pasos hacia la salida. Cuando estuvo en la puerta, se regresó para besar la cabeza de su hermano y entonces sí salió.

Afuera la esperaba Carlos, hablaba por teléfono con alguien; un coronel de la policía, por lo que oyó, y en cuanto la vio, extendió a ella su brazo. Ana no vaciló en tomarlo y pegarse a él. Carlos siguió hablando por teléfono a medida que avanzaban por el pasillo, y según lo que pudo entender de la conversación, se estaban citando para intercambiar nueva información.

Carlos cortó la llamada y entonces la miró sonriendo.

—Te sientes bien? —le preguntó. Ana se encogió de hombros.

—Te vas a ver con un coronel de la policía?

—Sí, pedí su ayuda para que esto no quede impune.

—Ah —susurró Ana, un poco admirada de que tuviera amigos en esas esferas—. Entonces ya tienen un sospechoso? —Carlos no respondió enseguida, sino que se ocupó en abrigoarla para salir del hospital—. Carlos?

—Hablemos de eso en casa—. Ella entendió que no quisiera hablarlo allí, un tema de esos no podía ventilarse en público, y miró en derredor; había enfermeras y médicos caminando de un lado a otro.

Subió al auto, y Edwin los llevó a la mansión Soler. Cuando llegaron, Ana se dio cuenta de que había estado dormitando.

—Lo siento —dijo, pero Carlos sonrió.

—Estás muy cansada—. Él la tomó de la mano y la ayudó a salir. Ana se sentía sonámbula, y como si partes de su cuerpo ya estuvieran dormidas y no quisieran hacer caso de sus demandas. Cuando Carlos se dio cuenta de que subir las escaleras iba a ser un reto para ella, la alzó en brazos. Ana era casi un peso muerto ya, y ni se inmutó al ver que flotaba hacia el segundo piso.

Con delicadeza, él la acostó en su cama. Había pensado en contarle acerca de Lucrecia cuando llegaran, pero comprendió que ella no podría siquiera mantener los ojos abiertos, mucho menos prestarle atención. Con una sonrisa, le quitó los zapatos y luego la ropa. La dejó en ropa interior y la cubrió bien con el edredón. Buscó entre las medicinas que había comprado para ella la crema que el médico había recomendado y se la aplicó suavemente por los antebrazos y el lado de la cara que había sido lastimado. No tendría cicatrices, ni siquiera señales, pero ella no había prestado demasiada atención a sus propias heridas, así que lo hacía él.

Sonrió al verla dormir, su rostro se relajaba y parecía mucho menor de lo que en verdad era. Se acercó a ella y le besó la frente. Luego se puso su pijama y se acostó dejándole a ella suficiente espacio para que durmiera bien. Nunca había hecho esto, dormir, sólo dormir, con una mujer. Ana le estaba dando muchas nuevas experiencias.

Eran las cuatro de la mañana cuando la escuchó sollozar. Un poco desubicado, y entre dormido, se preguntó qué sucedía, y luego recordó que Ana estaba en su cama desde esa noche.

—Ana? —la llamó, pero ella no despertó.

—Por favor —sollozaba ella—, Sebastián...

—Cariño, despierta... —ella abrió sus ojos, y se sentó en la cama. También le tomó unos segundos comprender dónde estaba. Carlos estaba a su lado y la sostenía con sus brazos.

—Sebastián...

—Él está bien, fue una pesadilla, amor...

—Quiero ir a verlo —dijo, saliendo de la cama, y entonces se vio semidesnuda. Tomó el edredón de la cama y se cubrió con él.

—Son las cuatro, Ana...

—Pero necesito verlo, saber que está bien —resignado, Carlos tomó su teléfono y marcó un número, se lo pasó antes de que contestaran.

—Aló, Carlos? —preguntó la voz de Eloísa. Ana se secó las lágrimas.

—Soy yo, Eli... necesito saber cómo está mi hermano.

—Él está bien, está dormido. Casi se despierta con el timbre del teléfono, tuve que salirme...

—Oh, lo siento...

—No has podido dormir, verdad? —Ana vio a Carlos encender la lámpara de su nochero y sintió vergüenza, él tenía que trabajar mañana y ella dándole problemas.

—Yo... tuve una pesadilla con él. Estoy tan preocupada...

—No te angusties, tu hermano estará bien, y Silvia y Paula están contigo, están a salvo.

—Mientras la persona que nos hizo esto siga por allí yo...

—Te entiendo, pero vas a tener que confiar un poco en tus amigos, no te vamos a dejar sola.

—Yo... lo sé.

—Bien, acuéstate de nuevo y duerme todo lo que puedas. Mañana vienes y lo ves.

—Muchas gracias por todo, Eloísa.

—De nada mujer. Tú harías lo mismo por mí—. Ana sonrió y cortó la llamada luego de despedirse. Miró a Carlos de reojo; estaría él molesto?

Él palmeó su lado en la cama para que ella se volviera a meter. Había calefacción en la habitación, y sin embargo, se estaba enfriando fuera de las sábanas. Se sentó frente a él con la cabeza gacha.

—Siento haberte despertado.

—Es normal, estás bajo mucho estrés. Qué te dijo Eloísa?

—Sebastián estaba dormido. Al parecer, no ha habido novedad.

—Claro, él se está recuperando, y todo saldrá bien —Ana elevó su mirada a él, y luego se le salió una risa. Carlos vestía con camisa y pantalón pijama de cuadros.

—Esta es tu forma de dormir?

—Bueno... así me acostumbraron —Ana rió entonces.

—No lo puedo creer. De verdad?

—Qué tiene de malo?

—Que es muy poco sexy. En Tobago no dormías así.

—En Tobago estuve más desnudo que vestido —Ana volvió a reír, y él la abrazó apoyándola en su almohada.

—Me hace tan feliz verte reír —Ana estiró los labios haciendo un puchero.

—Y ahora estamos los dos despiertos por mi culpa. Qué puede hacer una con un hombre como tú a las cuatro de la madrugada y despiertos en una cama?

—No lo sé. Se te ocurre algo? —Ana subió su muslo hasta apoyarlo en la cadera de Carlos, que paseaba sus manos por su espalda.

—Estás demasiado vestido. Para cuando consiga desnudarte, habrá amanecido.

—Qué mala eres —pero ella no dejó de reír y burlarse de su pijama. Él la silenció con un beso, y Ana olvidó todo, sus problemas, y la horrible pijama de su novio al instante.

La despertó la luz de la ventana. Otra vez desubicada, abrió los ojos poco a poco y lo que vio la dejó embobada. Carlos se abrochaba las mancuernas de su camisa muy serio y muy tranquilo. Dios, qué guapo estaba! Llevaba un traje azul turquí, una camisa de líneas azul celeste y blanco y una corbata roja. Se apoyó en el codo mientras lo miraba terminar de vestirse y prepararse para salir. Si así iba a ser todas las mañanas, bendita la madre que lo parió.

Sintiéndose observado, él se giró. Sus ojos azul aguamarina resaltaban por su ropa, y se veían más claros, como siempre por la mañana.

—Buenos días —saludó él con una sonrisa, y Ana sintió que se iba a mear de pura dicha.

—Buenos días —contestó con una sonrisa.

—Dormiste bien? —él se acercó, y ella lo hizo sentarse en la cama para ayudarle a abrochar la otra mancuerna. Él la miraba sin decir nada, pero ella era consciente de que estaba mostrando mucha piel.

—Sí, gracias.

—Bien. Si quieres, puedes seguir durmiendo, siento haberte despertado—. Ella miró el reloj, eran las siete de la mañana.

—Carlos, debiste despertarme antes; tenía que relevar a Eloísa...

—No te preocupes, Silvia y Paula ya están allá.

—Qué?

—Tus hermanas madrugaron, están en el hospital desde las seis.

—Ah, vaya...

—No estás tú sola cuidando a Sebastián, ellas también se preocupan, y como ya son grandecitas, se sienten responsables —Ana asintió aceptando aquella verdad, sin embargo, salió de la cama, cubriéndose con el edredón y buscando su ropa—. A dónde vas?

—Nunca duermo hasta tan tarde.

—De verdad? Hay quienes te dirían que las siete de la mañana es aún la madrugada.

—No es así para mí, toda mi vida me he levantado al alba —Carlos caminó a ella y la rodeó con un brazo.

—Está bien, mi chica madrugadora. Como imagino que si te digo que por favor descansas no lo harás, entonces ni me molestó —ella sonrió negando ante sus palabras.

—Ayer me quedé dormida, y no hablamos de lo del sospechoso—. Él dejó salir el aire.

—Sí. Quieres que lo hablemos ahora? —Ana parpadeó un poco.

—Es alguien que conozco? Ayer estuve pensando... Tal vez es Miguel Ortiz, no? Es la única persona que podría odiarme...

—No, no es Miguel Ortiz... —El teléfono de Carlos sonó, y al ver en la pantalla de quién se trataba, Carlos la miró a modo de disculpa y recibió la llamada—. Tengo que irme, amor —le dijo cuando hubo cortado la llamada—. El coronel me espera.

—Puedo ir más tarde a la fábrica para que hablemos?

—Claro que sí. Llámame primero.

—Está bien—. Él le besó los labios, y Ana estuvo a punto de derretirse sobre él.

—Te amo —le dijo, y ella sonrió.

—También yo—. Él sonrió y dio la media vuelta para salir. Ana se quedó allí, de pie en medio de la habitación y aún envuelta con el edredón. Sonrió pensando en lo hermoso que había sido despertar allí. Esta madrugada él le había hecho el amor con suma delicadeza, y ella ahora quería más. Tendría que esperar hasta la noche. Qué dulce agonía.

Y ahora, se dijo a sí misma, deja de pensar en los calzones de Carlos y concéntrate en tu hermano. Sebastián la necesitaba.

Llegó al hospital y fue recibida por Landazábal, que le dio enseguida el parte médico. Los primeros días de curación eran los más críticos, pues era donde se presentaba el riesgo de infección, pero ya habían pasado veinticuatro horas y hasta el momento a Sebastián no le había dado fiebre ni una vez. Sin embargo, se estaban tomando todas las medidas de precaución.

Sebastián no había sido llevado al pabellón de niños quemados, sino que estaba solo en una habitación. Aquello era costoso, pero no había caso discutirlo con Carlos. Y en el caso de que él cediera, Ángela no lo haría, así que ni se molestaba en insinuar que aquello era mucho gasto.

Silvia y Paula tenían permiso para faltar en el colegio. Tendría que ir más tarde para comprar de nuevo los uniformes y los libros, y dar un poco de información a los profesores acerca del estado del niño. Ya la habían llamado muchos, incluso compañeros de la universidad, preguntándole cómo estaban y qué necesitaban.

Todos estaban siendo solidarios, y ella estaba muy agradecida, pero lo que menos había esperado era el apoyo de Judith. Era testigo de que cuando Juan José se accidentó, ella apenas si había ido a ver a su hijo, pero ahora estaba aquí, y se preocupaba por Sebastián.

—Pobrecito niño —decía—, tan pequeñito. Es un angelito, resiste tan bien el dolor.

—Sí, es muy valiente.

—Carlos me dijo que no fue descuido, que alguien intentó hacerles daño. Tienes enemigos, Ana? —aparte de usted, ninguno, quiso decir ella, pero se mordió la lengua. Además, sentía que Judith ya no era una enemiga.

—No, señora. No, que yo sepa.

—Este mundo es de locos. Tal vez es alguien que cree que como estás bien relacionada, puedes tener dinero. Tal vez te robaron antes de incendiar la casa.

—Tal vez, pero ya no hay evidencia de si se robaron algo o no.

—Qué terrible, qué terrible. Nunca había visto algo así. Y mi hijo tan preocupado por ti y tus hermanos... —Ana sonrió.

—Lo sé. Siento las molestias que estoy causando en su casa —Judith agitó una mano, como espantando sus palabras—. Primero, usted no me aceptaba, y luego voy yo y me meto en su casa con mis hermanos y todos mis problemas—. Judith la miró fijamente, y Ana no la esquivó.

—Tus hermanos no tienen la culpa de nada, Ana. Sería yo muy inhumana si les cierro la puerta de mi casa. Además... ellos me cayeron bien. Son buenos chicos.

—Gracias.

—Y tal vez viviendo estos días contigo, Carlos se desencante de ti, y se dé cuenta de que no eres para él —Ana abrió bien sus ojos mirándola, pero entonces Judith se echó a reír. Estaba bromeando. Su suegra estaba bromeando!

—Usted es mala.

—Ya entendí que perdí. Ustedes son un nudo que entre más intente uno desatarlo, más se

enredará; entre más intenten separarlos, ustedes más se unirán —dejó salir el aire en un suspiro—. Sólo espero tener nietas guapas—. Ana se echó a reír entonces, y los ojos se le humedecieron. Judith estaba un poquito loca. Tal vez demasiado tiempo sola en esa mansión había terminado por zafarle un tornillo, pero no era una loca mala, al menos.

Llamó a Carlos antes de la hora del almuerzo, y él prometió esperarla. De Silvia y Paula se había hecho cargo Fabián, mientras ella hablaba con Carlos. Necesitaba saber en qué iba la investigación.

Entró a Texticol y enseguida todos sus compañeros de trabajo le dieron su apoyo y consuelo por la pérdida de su casa y el daño a su hermano. Ella les agradecía sonriendo.

—No te molestarás si hacemos una pequeña fiesta —dijo Mabel—, algo como una “house shower”, para que recuperes lo más esencial.

—Les agradezco mucho, pero no será necesario, al menos por ahora. Estoy viviendo en casa de... una amiga. Cuando todo esto pase, tal vez sí les pediré la fiesta.

—Está bien. Pero nos avisas.

—Claro, claro. Está el jefe, Mabel?

—Sí, está... pero está reunido ahora.

—Pero lo llamé y... quiero decir, yo espero—. En el momento, Isabella Manjarrez salió de la oficina de Carlos. Había cerrado la puerta con un poco de fuerza, y estuvo por espacio de tres segundos mirando la lámina de madera con mala cara, pero al girarse y ver a Ana sonrió y se limpió la comisura de sus labios como si hubiese tenido la boca muy ocupada segundos antes.

—Adiós, niñas —dijo con voz seductora y sonriendo. Ana entró a la oficina con el ceño fruncido. No vio a Carlos, pero sintió la llave del agua de su baño privado abierta. Con el estómago revuelto, caminó hacia allí esperando no encontrarlo a medio vestir o con los pantalones abajo.

Él estaba perfectamente vestido, tal como esa mañana; se estaba lavando las manos con jabón, y tenía la cara húmeda. Al verla, se sorprendió un poco.

—Ah, Ana...

—Me encontré con Isabella afuera. Qué hacía aquí? —él meneó la cabeza.

—Mortificarme la vida, eso hacía.

—Huele a ella; la oficina, tú hueles a ella.

—Sí, se baña en perfume.

—Carlos...

—Jakob ya está a mi nombre... vino a ver si podía rescatar algo.

—Cuándo te va a dejar en paz?

—Esperemos que pronto—. La calma de él la estaba sacando de quicio. Sintió su pecho agitado. Qué no se daba cuenta él de que todo se veía demasiado sospechoso?

Salió del baño sintiéndose enojada. Quería ir detrás de Isabella y sacarle los ojos con sus uñas. Quería romper algo, a ella, preferiblemente, y...

—Ana, no pasó nada—. Ella se giró a mirarlo.

—Por qué estaba aquí? Por qué... Dios mío! —se tiró en el sofá con deseos de llorar. Nunca había experimentado los celos, y era horrible. Él se sentó a su lado.

—Almorzamos?

—No me vas a explicar?

—Hablemos primero.

—Carlos...

—Ana... —le pidió él, interrumpiéndola—. No estás dudando de mí, verdad? No creerás que seguí su juego—. Ana se fue calmando, y entonces se dio cuenta de que los ojos se le habían humedecido.

—Lo siento —se abrazó a él, y de nuevo sintió el perfume de Isabella—. Pero hueles a ella —dijo, separándose.

—Tendré que cambiarme de ropa.

—Se te tiró encima, acaso? Andaba muy cariñosa? Dime, dime y me iré tras ella para...

—Para qué, para pelear? Eres así?

—Quiero pelear, ella tocó algo que es mío! —Él sonrió.

—Sí, soy tuyo. Y yo lo sé. Eso es lo que importa, no? —ella lo miró un poco contrita. Se puso en pie de nuevo alejándose, era como si no soportara el perfume de Isabella en él.

—Dijiste que teníamos que hablar—. Él asintió y tomó sus cosas saliendo. Mientras iban en el pasillo, él pidió que le prepararan el auto. Algunos los miraron de reojo por estar saliendo juntos; aunque Ana iba distante, no era normal ver al jefe salir con una empleada antes de la hora de la comida.

Una vez dentro del auto, Carlos se quitó el saco y la corbata, y desabrochó el primer botón de su camisa. El olor de Isabella disminuyó considerablemente, y Ana se sintió mejor.

No fueron a ningún restaurante, sino a la mansión Soler. Los sirvientes los esperaban, y lo condujeron a una mesa que habían preparado en el jardín. Ana miró en derredor.

—Pareciera que celebramos algo.

—Sólo necesitaba privacidad—. Una chica a la que Ana aún no le sabía el nombre les trajo la entrada, y empezaron a comer. Ana esperaba que él empezara a hablar, pero no. Tal vez prefería esperar a que terminara el almuerzo. La espera sólo aumentaba su intriga.

—Qué pasó con Claudia?

—Qué Claudia? —preguntó él, extrañado.

—La chica que se prestó para lo del collar, con tu madre.

—Ah... la despedí—. Ella elevó sus cejas.

—La dejaste sin empleo?

—Claro que sí. No esperarías que le permitiera quedarse en mi casa luego de eso.

—Carlos, seguramente tu madre la obligó.

—De igual manera, no la quería aquí—. Ana meneó la cabeza—. Qué, no estás de acuerdo?

—Mi amor —empezó a decir ella—, cuando eres un simple empleado, te toca hacer cualquier cosa que tus jefes te manden.

—No importa si es inmoral?

—Tendría que conocer sus circunstancias para saber si tenía justificado el querer conservar su puesto.

—No puedo trabajar con gente en la que no confío, Ana. Despedí hasta a mi madre... pero bueno, ella es mi madre, y se quedó bajo condiciones.

—Eres bastante radical.

—Eso siempre lo has sabido. Una vez que pierdo la confianza en alguien, nunca la recupero

—. Ana meneó su cabeza mirando lejos.

El almuerzo terminó, y Carlos le tomó la mano. Pasearon varios minutos por el jardín. Por qué estaba él dando tantos rodeos? Se preguntó ella.

—Estuve hablando con el coronel esta mañana —empezó él al fin—, no han conseguido capturar a los que incendiaron la casa, pero tenemos claro que no fueron ellos quienes instigaron todo—. Ella lo miró confundida—. Hay alguien detrás de esto, alguien lo planeó y mandó a que lo hicieran.

—Un autor intelectual.

—Exacto. Si damos con ellos, tenemos al culpable, y a esa persona no se la puede llamar siquiera a interrogatorio sin una mínima prueba. Necesitamos algo más que una sospecha.

—Pero entonces tiene que ser un ciudadano muy importante —rió Ana—. A los pobres se los arrastra a la comisaría y ya—. Cuando él guardó silencio, Ana se empezó a preocupar—. Es alguien... importante?

—Algo así. Es importante en la sociedad, e importante para ti.

—Para mí? Por qué?

—Nunca me dijiste el nombre de tu madre, Ana—. Ella parpadeó confundida. A cuento de qué cambiaba él de tema de esa manera tan brusca?

—Qué?

—Tu madre. Cómo se llama?

—Lucrecia, se llama Lucrecia... si es que sigue viva.

—Sí, sigue viva, Ana—. Él no estaba desvariando, comprendió Ana. Todo tenía un sentido, sólo que no lograba hacer las conexiones—. Y ahora se llama Lucrecia Manjarrez. La investigué cuando tus hermanos me dieron su nombre; Paula logró ubicarla, pero ella los rechazó, dijo que no quería verlos. La encontré llorando una vez en tu casa. Hice averiguaciones y encontré que tu madre se vino a Bogotá hace ya diez años, se casó con Antonio Manjarrez y adoptó a Isabella como su hija... —Ana estaba blanca como el papel. Él se detuvo y sintió sus dedos helados entre los suyos. Guardó silencio por unos instantes, mientras ella lograba asimilar la información.

—Ella... adoptó a Isabella?

—Isabella la llama mamá. Había tratado con ella antes, pero sólo fueron saludos en reuniones sociales.

—Ella no puede ser mi madre... —dijo Ana sacudiendo su cabeza y sonriendo incrédula. Su madre en reuniones sociales? Lo que recordaba de ella era a una mujer ocupada en casa, cuidando de sus hermanos, y peleándose con su papá. Era una mamá normal, hasta que se fue... Pero bueno, ella en esa época era una niña, qué otra cosa podía ver?

—Lo es, Ana. Tú y tus hermanas se parecen físicamente a ella.

—Tienes que estar de broma...

—Sospechamos que... Sospechamos... —él se detuvo cuando la vio agitar su cabeza negando. No, no quería escuchar lo que él iba a decir. La palabra “sospechoso” no debía estar ligado a la palabra “mamá” en ninguna ocasión, menos en esta.

—Tienes que estar de broma... —repitió.

—Perdería Jakob si no me caso con Isabella —siguió él, inexorable—. Perderá todo si tú y tus hermanos revelan que son sus hijos.

—Cállate —susurró ella—. Ella no fue una buena madre, pero jamás...

—Dos de los sirvientes de la casa Manjarrez están desaparecidos. Ellos aducen haberlos despedido el día anterior del incendio. Estamos investigando si es cierto eso.

—No, Carlos...

—Especialmente tú —siguió él— eres un obstáculo para ella—. Antes de que él terminara de hablar, Ana ya estaba llorando.

Se agachó en el sendero por el cual andaban y se puso ambas manos en la cabeza. No podía ser cierto, aquello debía ser una broma de muy pésimo gusto.

—Lo siento, mi amor —dijo él con voz suave—, pero ella es nuestro principal sospechoso.

—No, Carlos...

—Hubiese querido cambiar esta realidad para ti, pero ya que no puedo hacerlo, moveré el cielo y la tierra con tal de que pague todo lo que te ha hecho—. Ana seguía llorando.

Una mamá que pagara. Una mamá no debía pagar por nada, ella debió haber estado a su lado siempre, apoyarla, enseñarle, consentirla aunque fuera un poco.

Toda su soledad cayó sobre ella como una pesada loza. Toda la soledad de una niña que había tenido que averiguar por sí misma por qué sangraba mensual, por qué sus senos no crecían, como las demás; qué hacer con su cabello. Toda la responsabilidad de ver a tres hermanos que la miraban en silencio por no decir: tengo hambre, y que hablaban en voz baja de lo viejos que estaban sus ropas y sus zapatos por no hacerle sentir mal, pues ella ya daba todo lo que podía. Todas las preocupaciones de esas noches de fiebres, de los dientes que se cayeron y ella tuvo que sacar, de las tareas de matemáticas que no pudo explicar, y la vergüenza que sintió cuando tuvo que explicarle a sus hermanas que era normal sangrar.

Había dado su virginidad por la seguridad de sus hermanas, había vendido su alma al diablo por un poco de paz, y ahora que al fin se podía relajar un poco al lado de un hombre bueno que la amaba y cuidaba, esa madre quería matarlos directamente. Qué clase de mamá le había tocado en suerte?

No, ella no podía ser la responsable de que Sebastián estuviera en un hospital con su espalda quemada y sufriendo tanto dolor, de que Silvia y Paula se sintieran tan solas y asustadas, de que ella se sintiese tan impotente por no haber podido cuidar como se debe de ellos...

Carlos no tuvo cuidado de sus finos pantalones y se arrodilló a su lado y la sostuvo mientras ella lloró. Era un llanto amargo, resentido, furioso. No se molestó en secar sus lágrimas, éstas salían como de una fuente; pero le prestó su hombro, lo único que ella podía valorar en este momento, y allí se estuvo con ella hasta que el sol bajó un poco su cabeza y alrededor las rosas absorbieran la terrible pena que estaba siendo expuesta.

...32...

-**T**E sientes mejor? —preguntó Carlos con voz suave. Estaban los dos sentados en el suelo, en la mitad del sendero en medio del jardín de rosas de Judith. Ana estaba recostada a él de cualquier manera. Había llorado por casi media hora y se sentía cansada y vacía. Poco a poco había ido comprendiendo que era altamente probable todo lo que Carlos le había dicho. Quería que fuera una mentira, una sospecha sin fundamento, pero el que ella así lo quisiera no significaba que se convertiría en verdad. Su madre los había odiado desde el mismo momento en que habían salido de su vientre. Recordaba ahora que al quedar embarazada de Sebastián su humor había empeorado, y cuando ella se le había acercado a hacerle cariños a la barriga, ella se molestaba. Si hubiese sido sólo una mamá aburrída de la mala vida que le daba su marido, se habría llevado aunque fuera a Paula y a Sebastián, pues eran los más pequeños, pero no había tenido cuidado de que el menor aún era un bebé que usaba pañales y se alimentaba de un biberón.

Había tenido que ser objetiva, dejar las justificaciones que le había otorgado a lo largo de estos años y tuvo que admitirlo, para Lucrecia, ellos eran y habían sido desde siempre un simple obstáculo.

Enderezó su espalda mirando lejos, sintiendo la mano de Carlos dándole consuelo y apoyo.

—Estamos en peligro —dijo, con voz un poco nasal—. Mis hermanas, Sebastián y yo. Estamos en peligro—. Carlos asintió, triste al ver cómo ella asumía la verdad más cruel que una persona podía escuchar.

—Para eso hablé con el coronel. Necesitaremos a alguien que vigile a tu hermano en el hospital. Edwin podrá hacerse cargo de tus hermanas, y mientras tú estés conmigo o cerca de mí no te pasará nada—. Ana se puso en pie sin recibir la ayuda de Carlos, tenía la mirada un poco perdida, como si aún estuviese en shock.

—Adoptó a Isabella —susurró—. Prefirió a la hija de unos desconocidos...

—Ana...

—Obviamente es porque ella le reporta alguna ganancia. Ella no sabe querer; sólo se quiere a sí misma—. Él guardó silencio, un poco triste al verla así. Ana respiró profundo y se giró a mirarlo—. Qué sigue ahora?

—Encontrar a los incendiarios, hacerlos confesar. Tal vez te llamen de nuevo a declarar, por si viste el rostro de esos hombres—. Ana negó lentamente.

—No, yo no los vi; pero tal vez Sebastián sí.

—En cuanto esté un poco más recuperado, le preguntaremos—. Ella asintió y cerró sus ojos

—. Vamos, Ana. No estás sola en esto.

—Lo sé, lo sé... pero no deja de doler—. Él no agregó nada más, sólo la atrajo a su pecho y ella trató con todas sus fuerzas contener el llanto, que quería volver. Pasaron varios minutos en silencio hasta que ella se sintió más serena. Se separó de él y lo miró de reojo.

—Cámbiate de ropa —él sonrió.

—Como mande.

—Y no dejes que Isabella se te vuelva a tirar encima.

—Sí, señora—. En el rostro de Ana se vio el asomo de una sonrisa, y Carlos se acercó para besarla. La tomó luego de la mano y se devolvió con ella por el mismo sendero hacia la casa.

—Mira quién despertó —sonrió Fabián mirando a Sebastián abrir los ojos. El niño, al verlo, sonrió también.

—Hola.

—Hola. Llevas durmiendo una eternidad.

—No tengo nada más que hacer —Fabián soltó una risita—. Estoy cansado en esta posición —se quejó el niño—. Podré ponerme de lado aunque sea?

—Puede que te lastimes.

—Pero me duele el cuello... —en el momento entró una enfermera con una jeringa en las manos.

—Le podemos poner de lado? —preguntó Fabián. La enfermera se alzó de hombros.

—Si no le duele...

—Ven, te ayudaré —poco a poco, y con sumo cuidado, Sebastián se puso de lado. Se quejó cuando la presión de la piel cambió de sentido. Quedó recostado sobre su brazo y Fabián puso varias almohadas para que estuviera más cómodo. Pasados unos segundos el niño abrió de nuevo sus ojos. Los tenía húmedos—. Te lastimaste...

—No, así estoy bien.

—Hola, hola —saludó Juan José entrando, y detrás de él, Ángela, que casi tropieza con la enfermera.

—Lo siento —susurró ella.

—Qué es esto, te cambiaste de posición? —preguntó Juan José con el ceño fruncido—. No te hace mal?

—Estoy cansado.

—Cansado de estar acostado? Ángela, qué haces? —le preguntó, pues su mujer había desconectado la manguerilla que iba de la bolsa de suero al brazo del niño. Ella estaba pálida—. Amor?

—Quítale la aguja, Juanjo. Quítala!! —gritó. Él no cuestionó su reacción, sólo hizo caso, y Sebastián se quejó un poco de la brusquedad usada al desenterrar la aguja de su piel. Ángela salió de la habitación—. Seguridad! —gritó—. Una enfermera, por favor. Seguridad!

—Ángela, qué está pasando?

—No lo sé... pero esa enfermera no me gusta, Juanjo...

—Le quitaste el suero a Sebas sólo porque la enfermera no te gusta?

—Traía la jeringa desnuda en la mano!

—Y eso qué tiene?

—Una enfermera nunca hace eso! Las jeringas se destapan en el momento en que se van a usar y se tiran inmediatamente, a menos que no quieras que alguien luego las vea...

—Creo que estás exagerando—. Un hombre de seguridad entró y Ángela le explicó sus sospechas. Luego, un médico y una enfermera entraron también. Se llevaron la bolsa de suero para examinarla, y Ángela casi pidió el currículum de la nueva enfermera que reemplazó la aguja y la bolsa de suero para verificar que era una enfermera real. El médico tuvo que asegurarle que ella era parte del personal y sólo así Ángela la dejó en paz. Luego los hicieron salir para examinar a Sebastián, que los miraba aterrado, como pidiendo que no lo dejaran solo.

—Volveremos enseguida —le aseguró Ángela, con ojos brillantes. Ya en el pasillo, un agente de seguridad tomó nota del testimonio de Ángela.

—Le vio la cara a la mujer? —le preguntó. Ángela frunció el ceño.

—Sí, pero no estoy segura...

—Yo sí —dijo Fabián—. Mujer mayor, de algunos cincuenta años; piel morena, cabello castaño, largo y suelto...

—Una enfermera con el pelo suelto?

—Una peluca...

—Ay, Dios. Ay, Dios... —se empezó a angustiar Ángela.

—Alguien habló con ella? —volvió a preguntar el agente. Fabián volvió a asentir y le explicó lo poco que había hablado con ella.

—Yo... no me fijé en que era sospechosa —dijo Fabián en voz baja.

—No te preocupes... —lo tranquilizó Juan José— Ángela sólo tiene ese sexto sentido. Esperemos que sólo haya exagerado y en la bolsa no haya nada.

—La enviaremos a laboratorio. Si encontramos algún agente extraño, pondremos seguridad en la puerta del paciente.

—Tenía entendido que Carlos había contratado a alguien especialmente para eso.

En el momento salió el médico, y en seguida todos lo rodearon haciéndole preguntas. Ángela entró inmediatamente a ver al niño.

—Ya tomamos una muestra de sangre y ésta será llevada de inmediato a laboratorio. El niño parece estar bien —dijo el médico a Fabián y Juan José—. Sin embargo, estaremos pendiente de sus reacciones—. Juan José se masajeó el cuello, como si no se pudiera creer lo que estaba pasando—. Pasó mucho tiempo entre que la mujer inyectó la bolsa y ustedes la quitaron?

—Apenas unos segundos —contestó Fabián.

—Bueno, no creo que haya logrado entrar ninguna sustancia extraña. Se toma casi un minuto que una sola gota entre a la sangre.

—Esperemos que así sea.

Ángela miraba a Sebastián, que tenía la vista fija en la pared al lado de su camilla. No dijo nada, y apenas si la miró cuando la vio.

—No te asustes —le pidió ella—. Nosotros cuidamos de ti—. El niño cerró sus ojos sin decir nada. Ángela se ocupó de volver a poner las sábanas sobre sus piernas. Juan José volvió a entrar a la habitación, pero entonces ella lo miró con ojos grandes y el pecho agitado.

—Está bien? Le pasa algo? —preguntó él en voz baja al verla así. Ella negó con la cabeza, y sólo le señaló algo con el dedo. Juan José miró. Era una marca de nacimiento en el muslo de

Sebastián; una marca idéntica a la que tenía Alex, el hijo recién nacido de ambos.

—Qué pasa? Pasó algo? —preguntó Ana llegando al pasillo en el que estaba la habitación de su hermano junto a Carlos y al ver a Fabián hablar con un agente de seguridad; mientras, éste tomaba nota de lo que él decía. Sin miramientos, el hombre le explicó a Ana lo sucedido, y no bien terminó él de hablar, ella entró a la habitación para ver a su hermano. Carlos le hizo repetir a Fabián la historia, y volvió a tomar su teléfono para hacer varias llamadas. Le habían dicho que en horas de la tarde vendría el hombre de la policía para cuidar de Sebastián, pero lo necesitaba de inmediato.

También llamó a Landazábal, para que se hiciera cargo de las pruebas de laboratorio y así poder tener los resultados cuanto antes.

Al entrar a la habitación del niño, encontró a Ángela sentada en el sofá, abrazada por Juan José, ambos muy silenciosos. Ana tenía el rostro de su hermano entre sus manos, y le preguntaba cómo se sentía.

—Estoy bien, me cambié de posición porque estaba cansado—. Ella sólo asintió y se alejó un poco. No quería abrumarlo, pero la verdad es que quería envolverlo y meterlo en una cajita donde nadie le hiciera daño—. Qué está pasando Ana? —preguntó de nuevo el niño—. Tenemos enemigos? —Ana se echó a reír.

—Qué imaginación tienes.

—Primero dos hombres incendian la casa. Luego una enfermera me quiere envenenar...

—No te hagas películas...

—La verdad es que sí, Sebastián —le dijo Carlos, y luego tuvo que ignorar la mirada que le lanzó Ana—. Ya sabes que estos dos actos no fueron accidentales.

—Pero nosotros nunca le hemos hecho nada a nadie... Tal vez Miguel se voló de la cárcel! Como yo fui el que avisó cuando secuestró a Carolina...

—Sea quien sea, lo encontraremos. Mientras tanto, un hombre vigilará tu puerta día y noche. No te preocupes por nada y concéntrate en tu recuperación—. Sebastián asintió sin decir nada más. Miró en derredor y vio que todos estaban allí, Juan José, Ángela, Fabián, Carlos y Ana. Faltaban dos de sus hermanas, Mateo y Eloísa para hacer una fiesta. Sonrió.

—Es como si toda la liga de la justicia estuviera aquí en la habitación —dijo. Ana frunció el ceño.

—No estará delirando, verdad? —Carlos puso el dorso de sus dedos sobre su frente. Ésta estaba seca y fresca.

—Él estará bien.

—Ángela. Gracias a ti...

—No, no. Sólo fue... instinto. No sé qué se apoderó de mí.

—Pues sea lo que sea, le salvaste la vida a mi hermano—. Ángela sólo asintió. Miró a su esposo y ambos se pusieron en pie; salieron de la habitación preguntándoles si querían algo de tomar. Todos negaron y la pareja salió.

—Tal vez es sólo una coincidencia —dijo Juan José cuando ya estaban en el pasillo.

—Una coincidencia? Es exacta, Juanjo! Idéntica!

—Pero, es posible?

—Nunca conocí a la mamá de Ana, pero no dudo ni por un segundo que si era la mitad de

guapa que ella, mi padre pudo haberla tenido como amante. Ya sabes cómo era.

—Se lo vas a decir? A Ana.

—No lo sé. No lo sé... por otro lado... Sebastián sería mi hermanito también, no? —Juan José sonrió.

—Sí. Es probable. Pero para poder hacer una prueba de ADN, necesitaríamos la aprobación de ella. Y si resulta que estamos equivocados, habríamos iniciado un embrollo por nada—. Ángela respiró profundo.

—Está bien. No me importa. Él tiene la marca de nacimiento de mi hijo, una marca que ni Carolina ni yo tenemos. Y ahora que lo pienso, Sebastián es muy diferente a sus hermanas.

—Sí, es más blanquito, y esos ojos raros...

—Creo que para mí eso es suficiente. Algún día, cuando todo este lío pase, le diré a Ana lo que pienso.

—Buena idea —dijo Juan José rodeando los hombros de su esposa y sonriendo orgulloso.

—Lo irónico será saber que el hijo varón que papá tanto quiso vino por el lado que menos sospeché. Todos estos años y nunca lo supo.

—Mejor así. No habría sido, de todos modos, un buen padre.

—Sí, mejor así.

Ana estuvo con Sebastián el resto de la tarde. Habían traído el resultado de la prueba de laboratorio, encontrando que tenía una dosis de cianuro como para matar a diez elefantes. Ana casi se desmaya, y desde entonces no quitó el ojo de encima de su hermano. Landazábal informó que lamentablemente el niño requería atención médica y sólo hasta dentro de varios días podía ser llevado a casa.

La vigilancia era estricta, a petición de Carlos. Sólo los familiares plenamente identificados podían visitarlo y el personal era revisado antes de entrar y luego de salir. Silvia no hizo preguntas cuando vio que ya no era fácil acceder a su hermano, pero Paula sí, y la respuesta que obtuvieron era que ellas también tendrían una especie de escolta hasta que todo esto pasara. Vieron a Ana demasiado pálida como para hacerle preguntas, y simplemente acataron la orden de tener cuidado y acogerse a las nuevas medidas de seguridad.

Carlos ni siquiera le insistió a Ana para que se fuera a casa a descansar. También él tenía el estómago revuelto luego de saber que si Ángela no hubiese actuado como lo hizo, ahora estarían llorando a Sebastián.

—Vete tú a casa, debes descansar —le pidió Ana. Era verdad, él debía dormir, pero no quería dejarla aquí—. Estaremos bien. Si no vas y duermes, entonces yo me sentiré culpable—. Él sonrió.

—Es tu manera de manipularme?

—Por favor...

—Está bien... pero ahora la cama estará demasiado grande para mí solo —mirando a Sebastián de reojo, ella se acercó y lo besó.

—Ve, duerme. Has tenido un día duro.

—Todos lo hemos tenido. Algún día volverá la paz —ella asintió abrazándose a él, no

queriendo dejarlo ir, pero era consciente de que no era justo retenerlo aquí. Carlos le dio un último beso y salió. Ana se sentó frente a su hermano que ahora dormía. Había estado inquieto toda la tarde y eso no era bueno para su recuperación.

Los días pasaron, y la mayor parte de ellos Ana estuvo en el hospital cuidando de su hermano. El día que Sebastián fue llevado a casa todos se sintieron mucho más aliviados, pues estaría más seguro. Silvia y Paula habían vuelto a asistir al colegio y Ana recibió un indulto de la universidad. Sin embargo, a pesar de su inasistencia, había dedicado esas largas vigiliadas cuidando de su hermano a estudiar los temas que se estaban dando. Sus compañeros de clases le prestaban sus apuntes y en varias ocasiones Carlos hizo de tutor para ella.

Poco a poco Sebastián fue recobrando su vitalidad. Antes evitaba llorar ante el más mínimo movimiento, y ahora podía sentarse. Conversaba y se desplazaba dentro de su habitación lentamente. Carlos había hecho traer un cirujano plástico para que analizara la piel de su espalda, pero éste había anunciado que no sería necesaria una operación. La piel había quedado completamente lisa, pero manchada, y según él mismo decía, no desaparecerían nunca, pero podían atenuarse con cremas especializadas. Más tardó el cirujano en dar los nombres de esas cremas que Carlos en comprarlas, y en cuanto fue posible empezaron a aplicárselas sobre la piel.

La llegada de Sebastián a la mansión Soler había cambiado totalmente el ritmo de vida de todos sus habitantes, sobre todo la de Judith. Era testigo de que Ana era la primera en levantarse y la última en acostarse por cuidar a su hermano y enviar a las mayores al colegio. En más de una ocasión la había encontrado discutiendo con el personal de limpieza porque se empeñaba en hacer ella misma las cosas, especialmente en la cocina, y había visto cómo Carlos había amenazado frente a ella con despedirlas si permitían que Ana estuviera trasteando. Sólo porque sabía que él era muy capaz de cumplir su palabra y dejarlas sin empleo, Ana ahora pedía las cosas y se resignaba a esperar a que estuvieran listas sin mover ella un dedo. La discusión con Carlos gracias a eso había sido un poco graciosa, y Carlos se había salido con la suya. Ese era su hijo.

Una noche Ana vio salir a un uniformado de la mansión, y buscó a Carlos en su despacho privado para preguntarle. Lo encontró sentado en el enorme sillón de cuero bastante pensativo.

Ana se había adaptado un poco a vivir en una casa tan grande. Se había acostumbrado a caminar grandes distancias para ir de un lado a otro, pero a veces seguía aterrándola la suntuosidad. El despacho de Carlos era grande, llena de libros, y eso que no era esta la biblioteca.

—Carlos? —saludó entrando. Él alzó la vista a ella y se puso en pie sonriendo. Extendió la mano a ella y la apoyó en su espalda cuando la tuvo cerca—. Hablabas con un policía? —él asintió. Tenía aspecto cansado, y no era para menos. Luego de las semanas en el hospital, todos estaban al borde del colapso, y aún no podían relajarse, pues no estaban más cerca de capturar a los culpables que al principio.

—Estuvimos buscando soluciones...

—Pero nada? —él hizo una mueca.

—La propuesta que me hace es bastante absurda —ella alzó ambas cejas pidiéndole que siguiera—. Para descartar a Lucrecia como sospechosa, tendremos que tenderle una trampa.

—Una trampa... —repitió ella, mirándolo con más interés que antes.

—Sí. No me gusta. Tendría que exponerte a ti y a tus hermanos. Luego de lo del cianuro ya no

me cabe duda de que estamos tratando con un asesino dedicado, y no quiero...

—En qué consistiría esa trampa? —él respiró profundo.

—En presentarte a ti y tus hermanos, ante ella; dar a conocer al mundo que son madre e hijos.

—Eso haría que reaccione. Para bien o para mal.

—Y no quiero que reaccione. Ya debe saber que sus dos intentos fallaron... si es que es ella.

—Sea quien sea, ya sabe que sus dos primeros intentos fallaron, y estará buscando un tercero.

Ni mis hermanos ni yo estaremos a salvo hasta que se le encierre. Si puedo acelerar el proceso...

—Sabía que dirías eso, pero, pondrías a tus hermanas en riesgo?

—No tienen por qué estar en riesgo, estarán aquí, a salvo de todo.

—Entonces...

—Lo haré yo. La buscaré y la encararé.

—Puede empeorar las cosas, Ana...

—Pero tú, Juan José, Fabián, Ángela, Eloísa y Mateo y hasta el mismo Dios cuidarán de mí, verdad?

—Cualquier cosa podría salir mal.

—Entonces ella quedará al descubierto.

—Tú estás dispuesta a arriesgarte, por yo no estoy dispuesto a arriesgarte a ti. No ves que si te pasa algo muero yo también? —Ana lo abrazó fuertemente, pasados unos segundos, se separó de él y le habló.

—Pero si vuelven a atentar contra mí o mis hermanos será lo mismo. No podré resistir que le hagan daño a ninguno de ellos otra vez.

—Ana...

—Haré caso de todos los consejos de la policía, tendré toda la precaución del mundo, pero déjame probarla. Si es ella, la encerraremos para siempre, si no...

—Si no, te habrás reencontrado con una mujer que odias —ella hizo una mueca.

—Algún día tenía que ser —él cerró sus ojos y respiró profundo.

—Déjame pensarlo. Hablaré con el coronel y analizaré a profundidad el plan a seguir. Si veo que corres el más mínimo riesgo, se cancelará.

—Pero...

—Se cancelará, Ana. No cederé en esto —ella dejó caer sus hombros y asintió—. Ahora, vamos a la cama; llevo semanas sin dormir como se debe.

—Pero yo pensaba...

—Dormir nuevamente al lado de tu hermano? Él ya está bien... y creo que estará rogando por un poco de privacidad.

—Tú lo que quieres es acapararme.

—Por favor, duerme conmigo—. La carita de perrito regañado que él le hizo fue tan cómica y tierna a la vez que ella no pudo contener la risa.

—Eres terrible—. Él sonrió tomándole la mano y conduciéndola a su habitación. Ella también quería esto, al fin de cuentas, pero estaba bien que él se impusiera de vez en cuando.

Lo siguió pensando en lo que le esperaba el día de mañana, y al pensar en que tendría que reencontrarse con su madre perdía el ánimo para todo.

Pero era necesario, se dijo. El momento para reclamarle todo el daño que les había hecho por fin se acercaba.

...33...

ANA estaba sentada en una de las banquetas del centro comercial bastante exhausta. Había sido un día soñado, al menos para sus hermanas: fue un día de compras.

Habían caminado de tienda en tienda comprando cada cosa que necesitaban, y no habían adquirido nada estrambótico ni innecesario, pues estaban gastando el dinero de Carlos, pero ya tenían las manos llenas con tantas cosas y no habían terminado. Faltaban zapatos, pero se temía que eso tendría que dejarlo para otro día; lo que era ella, quería irse a casa y subir las piernas en algún sitio. En esta ocasión, sí se dejaría atender por alguna de las chicas del servicio de la mansión soler en alguna de sus bonitas salas o jardines.

Miró su reloj. Silvia y Paula estaban en una tienda de comidas rápidas, pues les había dado hambre, y habían ido a hacer el pedido también para ella, pero se estaban tardando un poco. No estaban solas, habían ido con dos hombres, entre ellos Edwin, quien la vigilaba desde cierta distancia.

Estiró las piernas en su banqueta y algo a un lado le llamó la atención. Una anciana miraba en derredor y parecía perdida. Tenía el cabello totalmente blanco y los ojos azules, y se veía como un niño que había perdido de vista a sus padres. El centro comercial era enorme, si había perdido a las personas con las que había venido, sería difícil localizarla. Además, no se la veía muy lúcida como para buscar por sí misma información y pedir ayuda. Sin pensarlo dos veces, Ana se puso en pie y caminó a ella. No la tocó, pues sabía que no sería lo más acertado, sólo apoyó sus manos en sus muslos doblándose hasta alcanzar su estatura, pues era más baja que ella, y la miró a los ojos.

—Quiere que la ayude? —preguntó. No dijo: “¿Necesita ayuda?”, pues sabía de ancianos orgullosos que no admitían fallas o errores, y guardó silencio. La anciana esquivó su mirada, pero en voz baja dijo:

—Mi hijo debe estar por aquí.

—Quiere que lo busquemos juntas?

—Él no debe tardar —volvió a decir la anciana, terca.

—Mi nombre es Ana —se presentó ella, sabiendo que le producía desconfianza a la anciana y por eso no aceptaba su ayuda—. Vine de compras con mis hermanas. Es bonito el centro comercial, cierto? —la mujer asintió.

—Y enorme.

—Sí, demasiado. A mí ya me duelen los pies de tanto andar, y mire, traje zapatos sin tacón—.

Miró en derredor suspirando—. No entiendo cómo algunas vienen aquí con tacones altos como si fueran a ir a una fiesta—. La anciana al fin la miró a la cara.

—A mí también me duelen los pies.

—Entonces sentémonos. Yo estoy esperando a mis hermanas, que fueron por comida—. Ana dio un paso y se detuvo, como animándola a que la siguiera. La anciana había estado apoyada en la pared, y Ana, como si tal cosa, le ofreció su brazo para que se apoyara en él.

La anciana titubeó un poco, miró en derredor otra vez, pero finalmente, tomó el brazo de Ana. Cuando llegaron a la misma banquetta en la que había estado antes, encontraron a Silvia y Paula. Cuando la vieron llegar con la anciana, la miraron interrogante, pero Ana les abrió los ojos para que no hicieran preguntas.

—Mire, ellas son mis hermanas: Silvia y Paula.

—Hola —dijeron ellas, la anciana sólo fingió una sonrisa.

—La adoptaste? —sonrió Silvia en voz baja.

—Cállate —le reprochó Ana entre dientes. Le quitó una de las bebidas de la mano y se la ofreció a la mujer mayor—. Luego de caminar tanto, a uno le da sed, verdad? —ella le recibió la bebida y la miró.

—No puedo tomar azúcar.

—No contiene azúcar. Se lo aseguro —luego de asegurarse de que era verdad, ella bebió un poco. Ana y sus hermanas se sentaron alrededor de la anciana y empezaron a comer. Le ofrecieron a su nueva compañera de lo que tenían, y luego de perder la desconfianza o la timidez, les recibió. Le pusieron conversación hasta que averiguaron su nombre: Cecilia Arbeláez, y era la mamá de Octavio Arbeláez. Ella se comportaba como si todo el mundo debiera saber quién era Octavio Arbeláez, pero la verdad es que no tenían ni idea, y sólo se miraron la una a la otra sonriendo. Cuando Ana vio que Ceci, como le habían empezado a llamar, ya se sentía más cómoda entre sus hermanas, se puso en pie diciendo que iba por otra bebida, pero en realidad fue hasta el puesto de información más cercano. Puso allí una especie de denuncia por persona desaparecida, y los vigilantes de inmediato hicieron llamadas.

Resultó que Octavio Arbeláez era un político. Cuando vio a su madre rodeada por las tres mujeres, casi llora de alivio. Iba con su esposa, y al parecer, se peleaban por haber descuidado a la anciana.

Según decía Rubiela, la esposa, la había perdido de vista sólo por un segundo mientras realizaba un pago, y al girarse, ya no estaba.

—Nunca me ha querido —confesó—. Por eso no se deja llevar de mí. Es increíble que te haya aceptado a ti, a veces ni al personal de la casa le recibe alimentos.

—Mamá a veces es como una adolescente caprichosa —sonrió Octavio.

Cecilia se había pegado al brazo de su hijo bastante posesiva, y miraba a su nuera con cara de pocos amigos. Ana se preguntó si su futuro iba a ser así también; se imaginaba a Judith en las mismas condiciones. Le extrañaba que un personaje público estuviera por allí de compras con su esposa, y él mismo confesó que nunca lo hacía, que le dejaba esos menesteres a ella, y justo hoy habían venido con la anciana para que cambiara de aires, y ésta se había extraviado.

Edwin, al ver el movimiento en el sitio en el que estaban Ana y sus hermanas, se acercó para ver qué sucedía, y cuando Octavio lo vio, lo reconoció como el chofer de Carlos, y de inmediato preguntó por él. El mundo a veces parecía tan pequeño como un pañuelo, porque Octavio y

Ricardo Soler, el abuelo de Carlos, habían sido grandes amigos.

—Mi hermana es su novia —dijo Silvia, como sacando pecho. Ana la miró reprendiéndola, pero ella sólo sonrió.

—Ah sí? Vaya! No sabía que Carlos tenía novia! Un placer conocerte, Ana!

—Mucho gusto —dijo ella con una sonrisa un poco forzada. Nunca había tratado con políticos, y se imaginaba que todos eran una especie de lobos en piel de oveja siempre en campaña por nuevos votos.

—Judith debe estar feliz —dijo Rubiela, y Ana la miró más detenidamente; era rubia, estaba un poco pasada de peso y tenía una sonrisa amplia.

—Pues al principio no tanto —admitió Ana.

—Ah, no, y por qué?

—Digamos que no soy lo que ella soñó para su hijo —el par de esposos se miraron brevemente, y luego la miraron un poco confundidos; Ana sólo se encogió de hombros—. Soy de clase trabajadora.

La franqueza con que Ana soltó esas palabras los hizo reír, y soltaron la carcajada.

—Eres exquisita. Ya veo por qué encandilaste a Carlos —dijo Octavio entre risas—, no sólo eres preciosa, sino que tienes chispa. Deberían venir a visitarnos un día de estos. Carlos hace años no va a mi casa.

—Querido, invítalos al evento que tenemos...

—Ah cierto! —el hombre, calvo, alto y delgado, buscó en sus bolsillos su teléfono móvil y consultó algo en él—. Tenemos un evento cultural dentro de pocos días. Estaríamos muy encima de la fecha, pero nos gustaría que tú y Carlos fueran. Te debemos mucho por haber rescatado a mi madre, así que permítenos invitarte.

—Un evento cultural? —preguntó Silvia. Ana volvió a abrirle los ojos.

—Sí, claro. Puedes llevar a tus hermanas... son tus hermanas, verdad?

—Sí, pero yo aún no puedo votar —dijo Paula, y antes que molestarse, Octavio volvió a reír.

—Eso no importa, la cultura es para todos. Carlos debe tener una invitación; siempre le envío, y lo que hace ese cabeza dura es pasársela a alguno de sus ejecutivos, nunca va él. Esta vez podrías convencerlo.

—Tal vez nosotras debemos convencerla a ella —dijo Silvia.

—No te gustan las fiestas? —preguntó Octavio.

—No es eso. Pero si logro convencerlo, iremos.

—Eso es! Me encantará verlos allí—. Pronto empezaron las despedidas, y Cecilia las abrazó preguntándole si iban a ir a su casa. Ana le dio una respuesta vaga, pero que la satisfizo, y así quedaron. Cuando volvieron a quedar solas, todas dejaron salir el aire.

—Ser novia de Carlos tiene muchas ventajas. Un evento cultural!

—Qué será? Música? Baile?

—Con nuestra suerte, será algo tan aburrido como el lanzamiento de un libro —las adolescentes se echaron a reír, y Ana sólo miraba lejos pensativa. Ellos no la habían rechazado cuando dijo que era de clase trabajadora, ni la habían mirado distinto. Tal vez, después de todo, la gente de la clase alta no era tan prejuiciosa.

Judith estaba aburrída. Era un domingo aburrído. Estaba en el club, como siempre, y Arelis había tenido que levantarse de la mesa en la que habían estado charlando para recibir una llamada de un pariente en el extranjero y la había dejado sola. Pasados unos minutos, su puesto lo ocupó una mujer mayor y que ella conocía bien: Rebeca, la suegra de Dora.

—Estás bastante pensativa el día de hoy —Judith se acomodó en su silla como si de pronto le fueran a examinar la postura. Rebeca no era cualquier cosa, siempre se la había conocido por su austeridad, su lengua afilada y sus excentricidades. Pero era demasiado rica e importante como para ser descortés con ella, así que todos tenían que aguantarla.

—Lo normal —contestó Judith, esquivando su mirada.

—Sí, lo normal. Dime, ya aceptaste a esa muchacha? —Judith la miró de reojo.

—Qué muchacha?

—Ana, la novia de tu hijo mayor.

—Ah, ella —dijo, haciendo una mueca.

—No la has aceptado. Qué difícil eres, mujer.

—Por qué tú sí la apruebas? Si te enumero mi lista de razones para no aceptarla, encontrarás que son todas de peso.

—Recuerdas que también tuve dos hijos? Uno de ellos se casó con la mujer adecuada, perfecta socialmente; pero él no estaba enamorado. Tú eres su amiga, así que dime, son felices? —hablaba de Dora, y no, Judith sabía que no eran felices. Dora siempre se quejaba de que su suegra no la aprobaba, y permanentemente andaba con la sospecha de que su marido le era infiel. Guardó silencio por lealtad a su amiga—. En cambio —siguió Rebeca—, mi hijo, el rebelde, se casó con una mujer que ni en mis más locos delirios yo habría aprobado. Y nunca la aprobé —la mujer respiró profundo—. Nunca pude convencerlo de que la dejara, al contrario, entre más insistía yo, más se enamoraba él. Así que hizo lo que era de esperarse, tomó a su mujer y se fue al extranjero, y así perdí a mi hijo, porque murió con su esposa en ese accidente, y no tuve tiempo de decirle que al final no me importaba la mujer con la que estaba, que yo sólo quería que fuera feliz. Si esa muchacha lo hacía feliz, yo tenía que haberla aceptado —Rebeca respiró profundo—. Ahora tengo una nieta que vive fuera del país y que sólo conozco por fotografías, pues ella no quiere saber de mí; me culpa por la muerte de sus padres. Ves?

Judith la miraba sorprendida. Aquello era historia patria; todos sabían que Fernando, el hijo menor de Rebeca, había sido un chico desobediente que se escapara con una compañera de la universidad de un estrato muy diferente al suyo. Habían muerto jóvenes en un accidente de auto, en Inglaterra, y Dora alguna vez le había mostrado las fotografías de la nieta de Rebeca en sitios tan hermosos como la torre Eiffel o la torre de Pisa. La conocían sólo por fotos; al parecer, la chica había jurado odiar la familia de su padre y nunca pisar el mismo país que ellos.

—Eso ya no importa en mi caso —dijo Judith—. Carlos es un hombre hecho y derecho que no se deja manipular por mí. Supongo que eso es bueno.

—Sí, es muy bueno, pero si lo llevas demasiado contra las cuerdas, hará locuras, y no quieres eso.

—No, claro que no... pero al fin de cuentas... he terminado cediendo un poco. La chica hasta está viviendo en mi casa.

—Qué?

—Lo que oyes. Su casa sufrió un incendio y se quedó sin dónde vivir, así que ocupa mi casa,

ella y sus hermanos—. Rebeca se echó a reír.

—Debes estar al borde de una crisis nerviosa —Judith se encogió de hombros.

—Me dan qué hacer. Hay gente en la casa, tengo con quién conversar a la hora del desayuno, puedo compartir el té a diario con alguien, y no esperar a que mis amigas se dignen a visitarme o invitarme. Es... agradable.

—Vaya, parece que al fin maduraste. Creí que habías olvidado que en su momento tú también te enamoraste de la persona equivocada.

—No sé de qué hablas.

—Tu problema no fueron las diferencias sociales, sino las diferencias de edad, no es cierto, Judith?

—Por favor!

—Tus padres no quisieron casarte con Ricardo Soler, y tú te resignaste a aceptar al hijo — Judith tenía las mejillas rojas. Se puso en pie, dispuesta a dejarla sola, pero la mujer siguió— No te preocupes, eso sólo lo sé yo—. Ella se giró a mirarla—. Él me lo contó. Lloraba. Te amaba. Pero eras la esposa de su hijo—. Judith tragó saliva y parpadeó ahuyentando las lágrimas. Al verla así, Rebeca respiró profundo y se apoltronó en su silla—. Fueron unos idiotas; sabiendo lo que sé de la vida, y que cuando se es infeliz ésta es muy larga, demasiado, yo habría olvidado todo y huido con él. Fueron cobardes, y ahora tú eres infeliz. Deja a tu hijo escoger, déjalo que su corazón elija. Si se equivoca, no tendrá a quién echarle la culpa, así como tú.

Judith salió de allí sin decir nada, con un nudo en la garganta, desando gritar. Rebeca, en cambio, tenía una sonrisa tonta en el rostro. La gente se creía que no se daba cuenta de nada, pero al contrario, se daba cuenta de todo; su intuición le decía que era mejor dejar en paz a Carlos y Ana.

-Así que hicieron nuevos amigos, eh? —sonrió Carlos. Estaban todos sentados a la mesa y cenaban. Judith no estaba; había llegado esa tarde del club con un terrible dolor de cabeza y se había recluido en sus habitaciones. Le habían llevado la cena, pero la había devuelto intacta. Carlos no había ido aún a verla, pero Ana le había hecho prometer que en cuanto cenaran iría a comprobar que estaba bien.

—Sí —contestó Silvia—. Una abuelita lo más de linda llamada Ceci. Tal vez vayamos a cine un día de estos.

—No te burles de los ancianos, Silvia —la reprendió Ana, y Sebastián se echó a reír. Ana estaba tan feliz de verlo tan recuperado que casi olvidó la insolencia de Silvia. Le había preguntado mil veces si no prefería que le llevara la cena a la habitación, pero el niño ya estaba cansado de comer solo, y se había empeñado en bajar. Vestía una camisa de lino muy suave y fresca, que no le lastimaba la piel, y estaba allí otra vez, compartiendo la mesa con sus hermanas. Aunque esta mesa no se parecía mucho a la que compartían en su antigua casa, y mucho menos a la de Trinidad. Eran ellos, sus hermanos, quienes la rodeaban, y Ana no encontraba en el mundo nada mejor.

Sintió el apretón de manos de Carlos, y ella le sonrió sabiendo que él adivinaba sus pensamientos. Ah, como si fuera poco, él estaba a su lado, tenía su amor. No había mujer más

afortunada en el mundo.

Sin embargo, había un tema que quería hablar con él y sospechaba que no le iba a gustar mucho.

—Nos invitaron a un evento cultural —dijo Silvia—. No nos dijeron de qué se trataba, pero debe ser algo bueno. Dijeron que quieren que vayamos.

—“Vayamos”? —inquirió Ana.

—Él dijo muy claro que nosotros podíamos ir también. “La cultura es para todos”, dijo. Políticos y sus frases de cajón.

—El abuelo de Carlos fue un político —informó Sebastián—. Fue gobernador, nada menos.

—Sí, pero no tenía frases de cajón —lo defendió Carlos.

—Ahora vas a decir que él sí era un político honesto?

—Política y Honestidad son palabras muy difíciles de combinar —rió Carlos—. No lo conocí como político, sino como abuelo. Era el mejor. Nos amaba mucho, a mí y a Juan José.

—Ah, vaya, los trataba igual? —Carlos la miró con ojos entrecerrados.

—No hacía distinción entre sus nietos.

—Qué bien.

—Podemos ir? —preguntó Silvia, volviendo al tema del evento cultural.

—No lo sé...

—Él dijo que tú tienes invitaciones, pero que siempre se los das a tus empleados —informó Paula.

—Además —agregó Silvia con picardía—, tu novia debe darse a conocer, sabes? Tienes que presentarla, la gente ni siquiera sabe que tienes novia—. Carlos y Ana se miraron el uno al otro. Aquello era más por decisión de ella que de Carlos, pero había llegado el momento de romper aquella promesa. Si querían encontrarse en algún evento con Lucrecia Manjarrez, Ana debía ir del brazo de Carlos, y eso por sí mismo anunciaría quién era ella y qué relación tenía con él. Ana respiró profundo asintiendo, llegando, en silencio, al mismo acuerdo: contarle al mundo quién era ella.

—Está bien, pediré otra invitación, no creo que me la nieguen.

—Yay! —exclamaron Silvia y Paula al tiempo.

—Pero desde ya les advierto que esas reuniones no son tan divertidas como se las imaginan, así que no se hagan ilusiones.

—Seguro reparten huevos de pescado —dijo Sebastián con voz de asco.

—Eso se llama caviar...

—Igual, es un asco.

—Si es tan aburrido, prefiero no ir —dijo Silvia arrugando su boca. Paula suspiró.

—Leer un libro siempre es mejor que ver cómo lo lanzan. Yo espero aquí.

—Qué fáciles son mis cuñadas de persuadir.

—No queremos arruinar tu noche romántica con Ana —dijo Silvia, y Ana quiso pegarle, pero todos en la mesa rieron, y ella se quedó sin argumentos. Miró su plato pensando en preguntarle a Eloísa, la que siempre sacaba de esos apuros a ella y a Ángela, qué ponerse en esa fiesta. Había ido de compras hoy, pero se le avecinaba otra carrera por las tiendas.

-Fuiste a ver a tu madre? —le preguntó Ana cuando él entró a la habitación. Ana ya tenía puesta su pijama y se lavaba la cara frente al espejo del enorme baño de Carlos.

Él se recostó a la encimera mirándola sin decir nada. Ana no tenía más rutina de belleza que el lavarse la cara con un jabón suave y luego aplicarse una crema. No usaba mascarillas nocturnas, ni se ponía objetos extraños en el pelo, ni tardaba mucho en desmaquillarse, pues ni siquiera usaba maquillaje.

—Fuiste, Carlos? —insistió ella. Como saliendo de un sueño, él contestó.

—Sí, fui.

—Está bien? —Carlos frunció el ceño. Cuando había entrado a la habitación, encontrándola oscura, le pareció que su madre estaba más deprimida que enferma. Tenía la voz nasal, como si hubiese estado llorando, y cuando se le acercó lo suficiente, ella lo había abrazado fuertemente, diciéndole lo mucho que lo amaba. Siempre se había sentido mal por eso; pensaba que no era justo que él obtuviera todo el amor de su madre mientras su hermano sólo recibía migajas. Pero bueno, era su madre.

—La verdad es que no lo sé. No tenía temperatura alta, y no me supo decir en verdad qué le dolía. Me preocupa que sea algo que un médico normal no pueda tratar —Ana lo miró fijamente.

—Ella no está loca, Carlos.

—No digo que lo esté. Y espero que no sea así... Pero madre siempre ha tenido un comportamiento extraño... no te lo sé explicar... Digamos que no creo conocerla bien.

—No me hables de eso. Yo sí que desconozco a mi madre... no todas son amor y ternura. Mira también a la de Ángela—. Carlos sonrió.

—Sí, tienes razón... Quién de nosotros fue afortunado por tener una buena madre?

—Eloísa —contestó Ana de inmediato—. La señora Beatriz es un ángel.

—De verdad? Me encantaría conocerla. Paloma, la madre de Mateo, también era una gran mujer. Adoraba a sus hijos... pero murió tan joven...

—Qué injusta es la vida, verdad?

—Sí...

—Si pudiera pedir algo... sería vivir lo suficiente como para enseñarle a mis hijos qué caminos es mejor andar.

—Serías una mamá bastante estricta —sonrió él pegándose a ella, que había terminado de aplicarse su crema facial.

—Por supuesto, pero nunca los asfixiaría... tú estarías allí para impedirlo.

—Ah, ya estás imaginando que yo seré el papá flexible mientras tú la mamá regañona? —ella rió y lo rodeó con sus brazos—. Cuando todo esto pase, quiero casarme contigo, Ana—. Ella miró sus labios, al principio sin decir nada, pero luego de unos segundos dijo:

—Sí.

—Sí?

—Sí. Pero primero debo irme de aquí.

—Qué? —preguntó él, sintiendo cómo la burbuja estallaba.

—No es correcto que viva aquí... Ya Sebastián está bien.

—Pero no están seguros, ni a salvo.

—Te permitiré que cuides de nosotros hasta el mismo día de la boda, pero no en la misma casa. Carlos... por favor.

—Estamos en una sociedad moderna, Ana. Las parejas, a menudo, viven juntas antes de casarse—. Ella cerró sus ojos negando.

—No es eso lo que quiero que mis hermanos aprendan. Yo quiero que ellos valoren el amor, el matrimonio.

—Pero Ana...

—Tuvimos ya un muy mal ejemplo con papá y mamá... Por favor.

—Pero yo estoy tan feliz contigo aquí...

—Y volveré cuando nos casemos, te lo prometo.

—Oh, Dios... —pero a pesar de que Carlos casi suplicó, Ana se mantuvo firme en su postura, y al final, decidieron que se mudarían de casa en cuanto encontraran una lo suficientemente cerca, amplia y segura para ellos. Ana no se iba a poner orgullosa y a elegir una que pudiera pagar con su dinero, la seguridad de sus hermanos estaba por encima de eso, y ya se había salido con la suya permitiendo que él la dejara irse.

Quería entrar a su vida por la puerta grande. No quería que nadie cuchicheara a su alrededor diciendo que ella vivía en su casa sin ser su esposa. Si bien le importaba muy poco lo que dijeran de ella, no era así cuando se trataba de él. Era su manera de cuidarlo, y él tuvo que entenderlo. No estaba feliz, para nada, pero había cedido y ella se lo agradecía inmensamente. Le prometió fijar la fecha de la boda lo más pronto posible.

—Entonces voy a tener que hacerte el amor muchas veces durante los días que te queden aquí —amenazó él, pero Ana estaba lejos de alarmarse; como si la hubiesen retado, ella lo tomó de la mano y lo llevó hasta la enorme cama, donde se entretuvieron por las siguientes horas de maneras muy diversas.

...34...

CARLOS bajó de su auto en la zona de parking de un enorme edificio del estado, y alguien que lo esperaba lo guió hasta la oficina misma de Octavio Arbeláez, el senador.

Cuando estuvo dentro, Octavio le tendió la mano saludándolo con una sonrisa, y lo invitó a sentarse.

—Debo decir que me quedé muy sorprendido con tu llamada, y luego, con tu petición de venir a verme. Creo que no me equivoco si digo que todo este milagro se lo debo a Ana, tu novia—. Carlos sonrió.

—No te equivocas, pero he venido aquí más para pedirte un favor y abusar de tu amistad que para otra cosa.

—Vamos, Carlos, tu abuelo fue como mi hermano, así que pide lo que quieras—. Carlos elevó ambas cejas.

—Tal vez lo que te pido es... un poco inusual, pero de ayudarme, estaré en deuda contigo eternamente. Se trata precisamente de mi novia, Ana—. Octavio lo miró uniendo la yema de sus dedos, pero sin decir nada. Carlos continuó—: Ella no es como nosotros, me refiero al estrato social, de hecho, ella es...

—De clase trabajadora —Carlos lo miró intrigado, preguntándose por qué él lo sabía, si tal vez ya había escuchado algún rumor. Octavio sólo se encogió de hombros—. Ella misma me lo dijo. No le avergüenzan sus orígenes; eso la hace una gran mujer—. Carlos sonrió.

—Y lo es, te lo aseguro. Para mí no es un problema su origen, pero para ella sí; me refiero a que todo el tiempo está cuidando lo que los demás puedan decir de ella y sobre todo de mí. Cuida mi reputación más que yo mismo.

—Eso sólo eleva su estima ante mis ojos.

—Sí... pero en cierta manera... quiero liberarla de eso. Quiero que se dé a conocer, que poco a poco en nuestro círculo la conozcan y, tal vez como tú, empiecen a apreciarla por lo que es.

—Me estás pidiendo ayuda para introducir a tu novia en la sociedad?

—En pocas palabras, sí.

—Mmm —Octavio apretó sus labios mirando a Carlos analíticamente. Luego de unos segundos en silencio dejó salir el aire y lo miró un poco serio—. No estoy dispuesto a hacer algo así por alguien que hoy es tu novia, pero mañana podría ser otra vez una don nadie para ti.

—Me conoces, Octavio, desde que era niño. No soy enamorado, y nunca he alimentado las esperanzas de una mujer en vano. Pienso casarme con Ana en cuanto ella fije la fecha—. Octavio

sonrió.

—Vaya. Enhorabuena.

—Gracias.

—Tal vez deba hablar con mi esposa de esto. Ella y sus amigas serán perfectas para esto.

—Te lo agradezco inmensamente.

—Es posible que en las próximas semanas esté de un lado a otro y de fiesta en fiesta.

—Ah, lo odiará un poco, pero estoy seguro de que por mí, lo hará.

—Qué seguro estás de ella.

—Sí, lo estoy. Fue difícil conseguirla, pero ahora que la tengo, no pienso soltarla fácilmente

—. Octavio meneó su cabeza sonriendo.

—Suenas muy enamorado, eso es bonito. Está bien, déjame hablar con mi mujer, estoy seguro de que ella puede ayudarte mucho—. Carlos se puso en pie, se acercó a él y le tendió la mano.

—Parece que quedo en deuda contigo.

—Las elecciones aún están lejos, pero tal vez para entonces me acuerde de ti y tus promesas

—. Carlos rió y estuvieron hablando relajados otros minutos, básicamente recordando viejos tiempos y hablando de la fábrica y la prosperidad que había tenido últimamente.

-Y ahora éste es nuestro nuevo centro de reuniones? —preguntó Eloísa caminando con su usual paso elástico y entrando a la sala que sin querer se había convertido en la favorita de Ana: la sala encristalada que daba al invernadero.

—Es para que nos vayamos acostumbrando —dijo Ángela, que se recostaba a uno de los muebles casi con pereza—. Pronto ésta será oficialmente la casa de Ana.

Ella sonrió negando. Por más que todo el mundo alrededor se lo dijera, no sentía como suya esta casa. Todavía no se hacía a la idea de que si se casaba, recibiría a sus amigas aquí siempre.

—Por una vez, que sean ustedes las que se muevan a través de la ciudad; siempre soy yo, y no tengo auto ni sé conducir.

—A propósito, cuándo piensas aprender?

—No lo digas muy alto —sonrió Ana—. Si Carlos te escucha, me comprará un auto e insistirá en enseñarme él mismo.

—Eres la única que se quejaría de algo así —dijo Eloísa blanqueando sus ojos—. Yo fingiría que no sé ni para qué sirve la caja de cambios con tal de tenerlo allí al lado mío—. Ángela se echó a reír, y Ana sonreía negando—. Dónde están Caro y Alex? —preguntó Eloísa.

—Con Judith. Me había dicho Juan José que estaba muy baja de ánimo y se los traje. Son su droga contra la depresión.

—Qué tiene? —preguntó de nuevo Eloísa, curiosa.

—Ni idea —contestó Ana—. Desde ayer está así.

—Será la menopausia? —Ángela no lo pudo evitar y se echó a reír—. Qué tiene? —protestó Eloísa—. Todas pasamos por allí. Mi madre se puso insoportable en esa época.

—Pues no lo sé, tal vez sí —contestó Ana. Luego de unos minutos charlando, les comentó que tenía planeado irse de la mansión a otra casa con sus hermanos. Eloísa y Ángela intercambiaron miradas y Ana frunció el ceño—. Qué —les preguntó—, no están de acuerdo?

—Sabíamos que no durarías mucho aquí —dijo Ángela agitando su cabeza—. Te preocupa demasiado el qué dirán, Ana. Tus hermanos no estarán más a salvo en otro lugar como aquí en esta casa.

—Sólo no quiero que me miren como la mantenida de Carlos.

—Lo harán, así vivas en otro país —sentenció Eloísa—. El sólo hecho que tú seas digamos...

—Pobre? —completó Ana. Eloísa aceptó la palabra con un encogimiento de hombros.

—Hará que todo el mundo hable, siempre será así.

—No estoy segura de querer entrar en esta sociedad en donde todo son las apariencias.

—Pero lamentablemente, el roce social es lo que hace a la élite. Los hombres de negocios buscan mujeres que les ayuden a alcanzar sus metas, no que se las trunquen, y Carlos es un hombre de negocios, al fin y al cabo. De un modo u otro, tú repercutirás en su trabajo—. Ana apoyó su cabeza en una mano negando.

—Es su culpa, él hizo que me enamorara de él.

—Sí, él se lo buscó —rió Ángela. Siguieron hablando, ésta vez de Sebastián. Ángela tenía muchas ganas de hablarle de sus sospechas, pero había acordado con Juan José que lo mejor era esperar a que todo el embrollo pasara. Cuando se descubriera quién era el culpable y estuviera encerrado, no dudaría en decirle que era altamente probable que Sebastián fuera su medio hermano.

Carlos y Ana asistieron al evento al que los habían invitado el senador y su esposa. Él había dicho que era una soíree, y seguido, empezó a explicarle qué se hacía en una, y cómo debía ir vestida. Ana lo miró ceñuda y le dijo:

—Carlos, sé qué es una soíree—. Él quedó en silencio, y luego le pidió disculpas. Para distender el ambiente, ella tuvo que reír y pedirle que no se preocupara, que al contrario, amaba que cuidara de esos detalles.

Como era algo más bien informal, Ana sólo usó un vestido un poco más arriba de la rodilla, una chaqueta jean y botas. Carlos también iba vestido muy casual con una chaqueta en pana, pantalón dril, y sus mocasines favoritos.

Llegaron y encontraron que las demás personas también estaban vestidos muy informales, algunos hombres incluso con gorros y sombreros, y ya varios sostenían en sus manos bebidas.

—Hola, Ana! —la saludó Rubiela, la esposa de Octavio Arbeláez. Las mujeres que la rodeaban giraron de inmediato sus cabezas para ver a quién saludaba ella con tanto entusiasmo. Al ver a Carlos, empezaron a cuchichear—. Mira, te presento unas amigas —dijo Rubiela, y Ana las miró de una en una. Eran de diversas edades, pero todas por el mismo corte. Había algo en las niñas de buena familia que las hacía parecidas, tal vez era su mirada displicente, o la lentitud de sus gestos, de quien no tiene que afanarse por nada, o su ropa cara...

Ana no le tendió la mano a ninguna, sólo inclinó un poco su cabeza y dijo:

—Mucho gusto, Ana—. Ellas dijeron su nombre, algunas en voz muy baja, pero Ana no se molestó en pedirles que se lo repitieran.

—Estamos esperando a la poetisa —Dijo Rubiela—. El recital empezará dentro de poco. Quieres vino?

—Yo se lo traeré —dijo Carlos, y luego las saludó. Algunas se acercaron para darle un beso en cada mejilla, y Ana sonrió viendo cómo le coqueteaban aun en frente suyo.

—No es una poetisa quien vendrá, realmente —dijo Manuela, una de las mujeres que le había presentado Rubiela, y que era de las más jóvenes del grupo—. En realidad, sólo declama. Estamos haciendo tributo a Meira Del Mar. Pero imagino que no sabes quién es.

—La amo —dijo Ana con ojos brillantes, pasando por alto su suposición de que era tan ignorante que no sabía quién era una poetisa en concreto—. Amo toda su poesía... lamentablemente, perdí el libro de la compilación de sus obras.

—Oh, entonces vas a disfrutar mucho la velada! —exclamó Rubiela, y parecía de verdad feliz.

—Puedes recitar alguno de sus versos? —volvió a preguntar Manuela.

—*Venía de tan lejos, como de un recuerdo* —empezó Ana, casi sin dar tregua. Rubiela la miró asombrada, pues el rostro de Ana se había transfigurado; ahora parecía incluso más joven—. *Nada dijiste. Nada. Me miraste a los ojos-*. Carlos llegó con el vino, y al ver a su novia recitar la poesía, se la quedó mirando con el orgullo y la admiración a flor de piel—. *Y algo en mí, sin olvido, te fue reconociendo-*. Siguió Ana. Tuvo que detenerse, pues no sería ella quien iniciara el recital, pero se había emocionado tanto que casi lo había olvidado.

—Ese es su poema más popular... —Sabiendo que la estaban retando, y en el fondo, menospreciando, Ana se giró a Carlos con una sonrisa, le recibió la copa, y sin dejar de mirarlo a los ojos empezó:

*-Éste es mi corazón. Mi enamorado
corazón, delirante todavía.*

*Un ángel, en azul de poesía
lo tiene para siempre traspasado.*

—Habla de sus ojos azules —dijo un hombre gordo y canoso, señalando a Carlos con su copa.

—Meira es tan romántica! —exclamó Rubiela—. Le insistí mucho a Octavio para que organizara esta velada.

—Debiste llamar a esta chica —dijo el mismo hombre gordo y canoso de antes—. Lo hace muy bien. Tiene fervor.

—Gracias, señor —dijo Ana, haciendo la misma inclinación de cabeza.

—Señor? Nada de eso. Llámame tío Armando...

—En realidad, es Armando Meneses —dijo Carlos sonriendo—. Es un industrial muy reconocido en el sector del cuero...

—Mucho gusto, Ana —se volvió a presentar ella.

—Ya quisiera yo que mis nietas tuvieran esa sensibilidad ante la poesía. A los hombres nos llaman maricones si nos emocionamos mucho, pero sin poesía, ningún hombre podría sobrevivir a esta vida tan burda...

—Algunos dicen amar la poesía por la misma supervivencia, tío Armando—. Insistió Manuela, y Ana se preguntó por qué el afán de la chica en hacerla quedar mal—. Meira es conocida porque es colombiana, pero si habláramos de...

—Conocido es Neruda, Shakespeare, o Benedetti —interrumpió Ana—. Meira, lamentablemente, no es tan internacional. No recuerdo que en la escuela me enseñaran su poesía.

—Entonces cómo la conoces?

—La descubrí por mí misma, una vez que husmeaba en la sección de poesía en una librería.

—Lamentablemente, es verdad —se quejó Rubiela—. Pero vamos, sentémonos; el recital ya va a empezar. Quiero sentarme cerca de ti, Ana —pidió ella, y miró a Carlos como disculpándose.

—No pasa nada —dijo él a ambas, y Ana fue a sentarse en medio de las mujeres que eran sus nuevas conocidas. Tal vez Octavio le había hablado de su conversación con él y estaba haciendo todo esto por eso. Respiró profundo y buscó otro asiento, deseando que todo saliera bien.

—Muchas gracias —le dijo Carlos a Octavio en voz baja, cuando vio a Ana hablar muy animada entre varias personas, entre ellos Rubiela y el viejo Armando.

—Por qué?

—Por ayudar a Ana, claro.

—Eso no es producto de mi ayuda, se lo ganó tu novia solita —él lo miró interrogante. Octavio respiró profundo—. La puse a prueba hoy, si te soy sincero. Si no le agradaba a Rubiela, no la ayudaría, por más que tú me insistieras.

—Entonces tu esposa no sabe que te pedí ayuda?

—Claro que no. Todo habría salido muy ficticio y habría sido peor. Esta noche, en cambio, podré hablar con ella y Rubiela aceptará encantada—. Carlos se echó a reír.

—Es decir, que Ana hizo todo sola.

—Por hoy. Hay gente mucho más difícil a la que habrá que convencer para que la acepten, y cuando sepan de dónde viene, y que actualmente vive contigo...

—No por mucho tiempo —se quejó él—. Se irá pronto a su casa. Estos días fueron... una necesidad.

—Y tú no pareces muy feliz.

—No, pero ella insistió.

—Eso quiere decir que te ama, y cuida de ti.

—Sí, lo sé.

—Bien. Te llegarán muchas más invitaciones a eventos como estos, y luego a otros de mayor envergadura.

—Los organizas todos tú?

—No, claro que no. Pero puedo pujar un poco para que se te invite a ti.

—Gracias...

—De allí en adelante, todo dependerá de ti y esa chica. Pero algo me dice que lo hará bien—. Carlos sonrió.

—Gracias por el voto de confianza.

-Te gustó? —le preguntó Carlos cuando ya iban de vuelta, en el auto. Ana sonrió perezosa. Sólo habían repartido aperitivos y vino, pero se sentía relajada.

—Mmm, sí... deberíamos asistir más seguido a reuniones como estas.

—Algunos opinarán que es aburrido.

—La poesía no es aburrida. Y quien diga lo contrario, nació sin sensibilidad.

—Amor, a muy poca gente le gusta en verdad la poesía. Habrá gente a la que le desespera.

—Pues lo siento por ellos—. Él sólo sonrió.

—Quieres que vayamos a cenar a algún sitio? —ella miró su reloj, era temprano.

—Está bien que deje a los chicos solos?

—No estarán solos, están madre y todo el personal de ayuda.

—Está bien...

—Y seguro que ya habrán cenado. Leti los está malcriando.

—Seguro —rió ella.

Entraron a un restaurante, y entonces ocurrió lo que Carlos menos planeó. Se encontraron casi de frente con Lucrecia Manjarrez, que cenaba con su nueva familia en una de las mesas.

Carlos sintió la fuerza de Ana al tomarle el brazo. Lucrecia la miraba fijamente, de pies a cabeza, como si no se pudiese creer lo que estaba viendo. Cuando Ana hizo ademán de girarse para huir, él la detuvo.

—Por favor! —rogó ella.

—Así es como vas a reaccionar cuando te la encuentres en una fiesta? —la retó él. Ana cerró sus ojos con angustia. Hacía más de diez años no veía a su progenitora, encontrársela así de sorpresa era demasiado.

—Repón fuerzas, debes enfrentarla.

—No estoy preparada...

—No estás sola. Sostente en mí... —Ana abrió sus ojos y se concentró en normalizar su respiración. Tenía que serenarse, ella estaba donde estaba porque la vida le había trazado un camino que ella no había tenido más remedio que andar. No había engañado a nadie, ni mentido, ni robado. El hombre que la sostenía era auténtico, sus amigos, ella misma era auténtica. La que debía avergonzarse era otra—. Mejor? —le preguntó Carlos. Ana asintió en silencio. Caminaron hacia la mesa donde se hallaban Antonio Manjarrez, su mujer y su hija, pero estaban de pie como si se fueran a ir ya.

—Señor Manjarrez, pláceme saludarle —dijo Carlos con voz sonriente.

—Lamentablemente —dijo Antonio, un hombre levemente parecido a Luis Manuel—, no puedo decir lo mismo de ti—. Carlos elevó sus cejas.

—Qué placer encontrarte aquí, Lucrecia —siguió él, como si nada—, reunida, con tu familia...

Lucrecia fue la primera en abandonar la estancia, ni siquiera miró una vez a Ana luego de la sorpresa inicial. Ana la siguió con la mirada, sintiendo agujijones despedazar su corazón.

—Mamá, espérame! —dijo Isabella, y Ana se giró a mirarla. “Mamá”, le decía, y ella, que era su hija legítima, no podía ni dirigirle la palabra.

Antonio quedó solo en la mesa, puso dinero en el sobre de la cuenta y cerrando los botones de su saco miró a Carlos y a Ana de arriba abajo.

—Has elegido a esta pueblerina en lugar de mi hija... Tus elecciones hablan por ti; has perdido todo mi respeto...

—Y usted sí que debe saber de lo que habla —dijo Carlos, ponzoñoso—. Perder el respeto es algo de lo que usted sabe mucho, no es así?

—No seas insolente, niño.

—Nunca me quedo quieto cuando alguien ataca lo que es mío. Si alguien le toca un solo cabello a la gente que amo, se lo haré pagar diez veces más caro—. Antonio lo miró un tanto confundido, preguntándose por qué le decía esas cosas, pero no se quedó para preguntar de qué hablaba, y se fue detrás de su mujer y su hija.

Cuando se quedaron solos, Ana parecía seguir en shock.

—Te sientes bien? —le preguntó él.

—Ella... ella simplemente no me dio la cara.

—Tuvo miedo de que soltaras la lengua aquí, entonces ya sabemos que su peor miedo es que abras la boca.

—Cómo pensó ella que cuatro hijos se iban a poder ocultar eternamente?

—Es tonta —dijo Carlos, guiándola hacia la salida.

—No vamos a cenar?

—Sí, pero no aquí.

—Por qué?

—No es seguro, amor. Si ella perpetró el daño a tu casa y luego intentó matar a Sebastián con cianuro, nada la detendrá de llamar un par de matones para que nos intercepten en el camino —se detuvo cuando vio los ojos de Ana humedecidos—. Cariño, no estás sola en esto.

—Lo sé... pero no deja de aterrarme el hecho de que mi propia madre podría querer matarme —. Respirando profundo, Carlos la guió a la salida. Cenaron en casa, junto con los chicos. Silvia le hizo muchas preguntas acerca de cómo había estado la soirée, pero era Carlos quien daba las respuestas. Al levantar la mesa, ella fue la primera en irse a la cama. Carlos no veía la hora de librarse de esta incertidumbre, el que Lucrecia huyera esta noche decía mucho, pero no la señalaba como la culpable.

...35...

-ES esta la mujer que vio en el hospital? —le preguntó un oficial de la policía a Fabián, en las oficinas de la constructora Soler & Magliani.

Fabián miró y volvió a mirar la fotografía donde se veía el rostro taciturno de Lucrecia Manjarrez. De la mujer que inyectara el cianuro en la bolsa sólo recordaba cosas vagas, como la estatura, pues era demasiado evidente que era mucho más baja que él, el color de su piel, porque se veía en sus brazos, y la edad, por su corpulencia, o el andar.

No le había visto la cara, pues ella se había guardado muy bien de no mostrarla abiertamente. Se sentía un inepto, y lo odiaba.

Agitó su cabeza negando.

—Coinciden en el color de piel y la edad, pero... no puedo asegurar a ciencia cierta si es ella o no.

—Es consciente de que con eso no podemos llamarla para interrogarla? —Fabián sonrió irónico.

—Que si soy consciente? Si pudiera, devolvería el tiempo y con mis propias manos estrangularía a esa mujer, pero no puedo señalarla, se cuidó muy bien de que nadie le viera la cara —. El oficial guardó la fotografía con gesto adusto, como regañando a Fabián por no servir de mucho.

—Seguiremos investigando. Hemos revisado los videos de seguridad del hospital, y es como si esa mujer saliera de la nada para luego volver a desaparecer.

—Se nota que tiene experiencia en hacer cosas de este tipo.

—Sí, pero no se nos escapará —en el momento, la puerta de la oficina de Fabián se abrió y apareció Juan José, que al ver al oficial de policía se disculpó por interrumpir—. No importa —dijo él—. De igual modo, ya me iba —se giró a mirar a Fabián y siguió—: Si recuerda algún detalle más, no dude en llamarnos.

—Claro—. El oficial se fue dejándolos solos, y Fabián se recostó a su sillón cerrando fuertemente los ojos.

—Qué no te interrogaron el mismo día que ocurrió el caso? —preguntó Juan José sentándose al frente de su escritorio.

—Sí, pero no me enseñaron fotografías de Lucrecia en ese entonces.

—Ah... y?

—No puedo asegurar que haya sido ella misma. Tendría que... no sé, tenerla al frente otra vez,

y con la misma peluca, ojalá...

—Eso no pasará.

—Claro que no, lo que me deja sobre nada. No serví para nada en esa ocasión y eso me está matando —Juan José apretó los labios negando.

—No seas tan duro contigo mismo. Mira que yo también me quedé como un idiota cuando vi a Ángela reaccionar como lo hizo, y vi lo mismo que ella.

—Ángela fue como un ángel salvador para Sebas en ese momento. No me quiero ni imaginar lo que hubiera pasado... —Juan José sacudió su cabeza.

—Carlos acaba de llamarme —dijo luego, como recordando para qué había venido, al momento, se abrió de nuevo la puerta y apareció Mateo. Ambos se pusieron en pie y caminaron a él para saludarlo, pues había estado fuera del país bastante tiempo.

—Cómo es eso de que la casa de Ana ya no existe y casi muere Sebas en el hospital? No se les puede dejar solos unos días que ya empiezan a ocurrir catástrofes? —Juan José rascó su cabeza.

—Ya la llamaste?

—Sí, he de ir en la noche a cenar con ellos. Para qué me llamaste aquí? Soy un hombre muy ocupado, sabes?

—Sí, sí. Se trata de Ana, precisamente. Carlos nos llamó pidiendo nuestra ayuda —Fabián y Mateo lo miraron con interés, Juan José siguió—: Necesitamos introducir a Ana en la sociedad, ya pidió la ayuda de otras personas, pero nosotros somos perfectos para eso. Los tres somos de muy buena familia, la mayoría sin escándalos demasiado graves en su historial—. Fabián se echó a reír.

—Esperemos que todos hayan olvidado que soy el fruto de un embarazo fuera del matrimonio...

—Eso fue hace mil años.

—Sólo tengo veintisiete...

—Introducirla —repitió Mateo, pensativo.

—Llevarla, presentarla y demostrar lo mucho que la estimamos delante de los demás... Mateo, tú especialmente, puedes ayudarnos.

—Siendo dueño de un canal de televisión...

—Mmmm... sí, podría ser. Pero imagino que ella no querrá nada escandaloso.

—Yo lo que no entiendo es para qué vamos a ensalzarla tanto si luego cuando se descubra que es la hija de esa mujer su nombre volverá a quedar manchado —rezongó Fabián—. Opino que reconsideremos la idea de descubrirlas como madre e hija. Lucrecia tiene demasiado lodo en su nombre...

—Pero es necesario, para ponerla en evidencia.

—Tal vez, cuando se sepa —opinó Mateo—, ya no importará. Es cierto que nuestra sociedad es esnob, excluyente y todo lo que quieras, pero no son tan malos. Ana tiene el suficiente carisma para ganárselos a todos.

—No es la opinión de la sociedad lo que nos importa ahora, lo que queremos es llevar a Lucrecia contra las cuerdas. El nombre de Ana podrá limpiarse con el tiempo.

—Pues sí.

—Me encargaré de invitarlos a cuanta reunión social se me ocurra —dijo Mateo.

—Y yo presumiré de ella como otro enamorado. Carlos me matará y luego me lo agradecerá.

—Y luego te volverá a matar —sonrió Juan José—. Ángela y yo haremos algo también, mal que bien, gozamos de buena reputación actualmente, y Ángela ha cosechado su propio grupo de amigas.

—Esto debimos hacerlo hace mucho —dijo Mateo—. Pero lamentablemente estas mujeres odian este tipo de cosas, y ahora tendremos que arrastrar a Ana de fiesta en fiesta para que su madrecita querida se revuelque de ira y de miedo.

—Es inevitable, Carlos también ha estado aislado mucho tiempo, por cosas del trabajo.

—Y también nosotros, si somos sinceros —dijo Fabián—. Volver a la vida social quizá nos haga bien.

—Y tal vez tú encuentres novia —bromeó Mateo.

—Sí, tal vez —Juan José sonrió mirando a sus amigos, y recostándose a su silla suspiró:

—Entonces así estamos.

—Chicos, qué lindos nos vemos así unidos por una causa —dijo Fabián fingiendo un sollozo, y todos rieron.

Tal como lo dijera Mateo, Ana casi fue arrastrada de fiesta en fiesta de ahí en adelante, y en unas cuantas, se encontraban con Lucrecia. Al principio, ella huía de su hija, pero luego, tal vez pensando que si ya no había dicho quién era ella a estas alturas ya no lo haría, se fue relajando. Pero luego se empezaron a escuchar ciertos rumores acerca de los orígenes de la novia de Carlos. Judith los escuchó en un baile que se celebraba con motivo de los cincuenta años de no recordaba ya qué empresa. Cuatro mujeres y dos hombres estaban reunidos con ella en el mismo círculo y cuchicheaban.

—Dicen que viene de un pueblo olvidado de la mano de Dios —dijo uno.

—Escuché que es la hija ilegítima de alguien, quién será?

—No me sorprendería, si tiene un hijo de diez años...

—De diez años? A qué edad se embarazan esas niñas?

—Y Carlitos eligió a alguien así? Pero con qué cabeza piensan los hombres? Judith, cómo permitiste algo así?

—Estupideces! —estalló Judith, y miró a todos con ojos amenazantes—. Si viene de un pueblito que queda en el culo del diablo, a quién le importa? —las personas alrededor la miraron asombrados, pues nunca, nunca, la habían escuchado expresarse así—. Y les puedo asegurar que no es madre de un niño, sino de tres! Una de dieciocho, otra de quince, y el último de once. Es su madre porque fue ella quien los crió. Y qué si es la hija ilegítima de alguien? Alguno acá está lo suficientemente limpio para hablar de los pecados de otro?

No lo estaban, y Judith lo sabía.

—De verdad te estás peleando con esta gente? —sonrió Rebeca, entrando en la conversación—. Todos aquí tienen rabo de paja —miró de uno en uno con ojos entrecerrados—. Tú —dijo, señalando a una mujer pelirroja—, no me hagas hablar acerca de hijos ilegítimos, tú —señaló a un hombre que inmediatamente se puso nervioso y encontró una excusa para irse.

—Son unos cobardes —masculló Judith cuando prácticamente quedaron solas.

—Escúchate. Hace unos meses, habrías desollado a la chica en cuestión con tu lengua. Y pensar que fingiste el robo de uno de tus collares favoritos sólo para deshacerte de ella—. Judith

alzó las cejas visiblemente incómoda.

—Ya me disculpé por eso.

—Me alegra mucho —sonrió Rebeca—. Yo sabía que en el fondo, tú eras una buena chica.

Judith miró a las personas que antes habían criticado a su nuera casi esconderse ahora. Todos ellos sabían que Rebeca Alvarado era muy capaz de empezar a ventilar sus pecadillos ocultos, pero les asombraba que Judith hubiese salido en su defensa; ella misma estaba asombrada, pero se sentía muy bien por una vez llamar las cosas por su nombre, no con los eufemismos a los que estaba acostumbrada. Le había sido imposible olvidar que estas mismas personas que ahora proclamaban ser sus amigos, le habían dado la espalda a ella y su hijo cuando se hallaron en apuros económicos. No entendía por qué Carlos buscaba ahora su aprobación, pero ella lo apoyaría.

Alrededor, se notó cierto cambio de ambiente; los que rodeaban a Judith y Rebeca y que no se dispersaron cuando la escucharon defenderla, rápidamente cambiaron de tema y se aseguraron de que este par de mujeres, que de repente se habían convertido en una amenaza, escucharan cómo alababan la ropa que Ana había elegido para esa ocasión, el color de su piel tan hermoso y exótico, su gracia al bailar y comer.

Pronto esos elogios dejaron de ser forzados y empezaron a ser reales.

Cuando le preguntaban a Ana por sus hermanos, ella admitía que sí, los había criado ella. Cuando le preguntaban cómo, contestaba que con mucho trabajo. Se enteraron de que trabajaba y estudiaba al tiempo, y que era de las mejores entre su grupo en la universidad. Y cuando la veían mirar a Carlos tan enamorada, algunos incluso se inspiraron para crear diferentes historias de amor donde Carlos quedaba siempre en muy buen lugar.

—Son muy fáciles de persuadir —dijo Mateo sonriendo, mirando a la gente alrededor. Tenía a su lado a Fabián y a Eloísa. Con Juan José y Ángela, se turnaban para acompañar a Ana en las diferentes reuniones sociales, y hoy era turno de ellos. Eran como una especie de retaguardia.

—Se les puede vender cualquier producto —señaló Eloísa—. Ponle muchos brillantes y lo querrán.

—Y hasta se lo subastarán —sonrió Fabián señalando a Ana, que estaba rodeada como de cinco hombres. A la distancia, Carlos los miró torciendo sus ojos y meneando la cabeza exasperado, y ellos sólo pudieron reír.

Ana, por otro lado, se sentía un poco extraña. Nunca había sido destinataria de tantas atenciones, y ahora se sentía casi como una mercancía de un alto precio que pasaba de mano en mano. Ahora tenía más vestidos y zapatos de lo que jamás soñó. La llamaban mujeres que en otro tiempo ella habría tenido que mirar con la cabeza gacha y la invitaban a ir de compras, o a cine, o simplemente al té. La trataban como a una igual.

Tenía, de vez en cuando, que repetirse que ella no era ya una sirvienta, que era Ana Velásquez, una mujer valiente que había conseguido sacar a sus hermanos adelante, que se había superado a sí misma, que entendía el inglés, que sabía de buenos modales, que diferenciaba las diferentes cucharillas de la mesa... Todo era como un sueño.

No dejaban de preguntarle cómo se había conocido con Carlos, y afortunadamente no había allí nada que esconder, al ser amiga de Ángela, y ésta esposa de Juan José, el hermano de Carlos, era fácil señalar que con el tiempo se habían ido enamorando.

Se dio cuenta también que esta gente tenía mucha curiosidad acerca de Ángela. Lo que la gente

sabía era que era hija de un millonario ganadero, y que al heredar, se había venido a la capital. Eloísa estaba totalmente integrada a este mundo, y cuando admitía que también era su amiga, se miraban con cierto asombro. Por qué no se había valido de esas amistades antes?

Algunas incluso le pidieron ayuda para tirarle el lazo a Mateo o a Fabián.

—Esto es una locura —se quejó una noche luego de llegar del lanzamiento de algún producto de alguna empresa. Se tiró en la cama tal como iba vestida y extendió sus brazos. Carlos se quitó el saco que llevaba puesto y lo metió en un gancho muy pulcramente. A veces pensaba que ni ella era tan ordenada como él.

—Ya pronto pasará —dijo él, dándole la espalda mientras se desabrochaba la camisa—. Estuve hablando con los muchachos, y ellos también piensan que ya es hora de dejar correr la noticia de quién es tu madre. Tendremos que dejarla como una infame, claro..., —se detuvo, pues su novia lo abrazaba por detrás y apoyaba su frente en su espalda.

—Dejemos eso por ahora —sugirió ella, acariciando su pecho con sus manos—. Siento que de lo único que hablamos últimamente es de mi madre. Carlos cerró sus ojos con una sonrisa dibujada en los labios.

—Y de qué quiere hablar mi dama? —ella sonrió, y acto seguido mordisqueó su espalda.

—Hablar? Quién dijo hablar? —él se giró y, sin preámbulos, se adueñó de su boca. Ana lo recibió como una flor recibe el rocío de la mañana, y se dejó desnudar y luego conducir a la enorme cama. Qué bueno era estar aquí. Una vez más, estaba feliz de ser ella.

-Qué significa eso de que Ana es tu hija, mamá? —reclamó Isabella entrando en la sala en la que se hallaba Lucrecia leyendo una revista. Al escuchar aquello palideció, y se puso lentamente en pie. Isabella tenía los ojos brillantes y enseñaba los dientes. Se acercaba una terrible rabieta, y esta vez, no tenía cómo apaciguarla.

—Qué dices?

—Fui al salón de belleza y a que no adivinas con qué me encontré! Las mujeres no hacían sino cuchichear que Ana era mi hermana! Que tú eres su madre!

—Eso es una vil mentira!

—Di la verdad! —los ojos de Isabella se humedecieron—. Hasta te pareces a ella!

—Claro que no! Es mentira! Me odia porque sabe que soy tu madre, y tú eres una amenaza para esa relación, por eso...

—Es lo que todo el mundo está diciendo! Si es mentira, que ahora lo dudo mucho, ve y solúcionalo! Porque si papá se entera...

—No se lo dirás, verdad? Son rumores, hija!

—Se enterará, no oyes que todo el mundo lo está diciendo? Dímelo, es tu hija o no, maldita sea!

—No! —gritó Lucrecia—. Por supuesto que no es mi hija. Lo recordaría, no crees?

—Y por qué te pareces tanto a ella? Es que como dicen, el que no sabe es como el que no ve. Yo hasta ahora empiezo a ver similitudes...

—Pura casualidad!

—Y ese pueblo de donde ella viene... acaso no es el mismo de donde vienes tú?

—Y acaso cuántos pueblos hay que se llamen Trinidad? —Isabella la miró en silencio, con el pecho agitado, y cerró sus ojos y dijo:

—Yo nunca dije el nombre del pueblo de donde ella venía, cómo lo supiste?

—Hija...

—Tienes cuatro hijos y yo no lo sabía? Nos mentiste todo este tiempo?

—Isabella...

—Eres lo peor!!! —gritó Isabella dejándola sola en la sala, y corriendo a su habitación como si de una niña de cinco años se tratara. Lucrecia se sentó lentamente en el sofá en el que había estado antes. Estaba cansada ya de esta estupidez. Era momento de ponerle punto final.

Ana recogió sus libros y apuntes luego de terminarse la clase. El profesor despidió a todos los estudiantes y ella se quedó rezagada, pues tenía mucho que repasar, y ahora debía diseñar un nuevo horario de estudios, pues su tiempo era aún más limitado que antes.

Sebastián ya estaba recuperado, incluso había vuelto al colegio. Las profesoras habían tenido que llamarla para pedirle que le dijera al niño que dejara de enseñar sus heridas, pues él lo había tomado como marcas de guerra y a quien quería verlas se las mostraba.

Ya no iban y venían en el transporte escolar, para eso, Carlos había comprado un campero blindado y Edwin personalmente los llevaba y los traía. Ella no había dicho nada, pero a veces quería que todo esto pasara rápido para poder volver a ser libres. Que sucediera lo que tenía que suceder.

—Ana —escuchó decir a sus espaldas, y un frío la fue recorriendo, como si algo le hubiese caído por la columna vertebral y se deslizara hacia abajo. Esa voz ella no la había olvidado a pesar del paso del tiempo, era la voz de su madre.

Se giró lentamente y la encontró cerca de la puerta del salón de clases en el que se había quedado sola luego de que todos sus compañeros salieran. Mala idea.

La miró fijamente. Su madre tenía muy pocas líneas de expresión rodeando sus ojos, no dudaba que había invertido mucho en cremas y tratamientos, tenía el cabello renegrido y muy brillante y abundante, sus ojos almendrados, tan parecidos a los suyos propios, la miraban fijamente, con mucha serenidad.

No supo qué decir, ni cómo llamarla. Ella ya no era su madre.

—Qué... Qué haces aquí? Cómo encontraste mi clase?

—Soy tu madre, claro que sé cuál es tu clase.

—No me vengas con esos cuentos ahora. Qué quieres de mí? —empezó a ponerse nerviosa. Estaba sola con una mujer que, si bien era su madre, sospechaba que había intentado matarla a ella y a sus hermanos antes. Por qué no se había ido de inmediato a casa?

—No te voy a quitar mucho tiempo, así que dedícame por favor unos minutos.

—No quiero hablar contigo —dijo Ana, recogiendo sus cosas con prisa. Pero Lucrecia se cruzó de brazos y se recostó a la puerta cerrada. Para poder salir necesitaría pasar por encima de ella. Miró en derredor buscando otras salidas. Las ventanas tenían rejas metálicas y además, estaba en un tercer piso. Estaba atrapada.

—No te pongas así, no te voy a hacer nada —ella la miró con los labios apretados. Buscó su

teléfono. Necesitaba llamar a Carlos, pedirle auxilio, pero entonces Lucrecia se acercó a ella y le arrebató el teléfono tirándolo lejos. Ana gritó, tomó sus libros de cualquier manera, pero no había contado con la fuerza de esta mujer, que la sujetó fuertemente, la apoyó contra el piso y le tapó la boca. Afuera había gente, y al escuchar el grito de Ana, llamaron a la puerta y preguntaron. Al no obtener respuesta, se fueron.

Lucrecia esperó varios segundos, segundos que se le hicieron eternos a Ana, que empezó a llorar. Tenía miedo, pero no podía hacer nada, estaba atrapada. Iba a morir aquí?

—No, no vas a morir aquí —dijo Lucrecia, como si ella hubiese hecho la pregunta en voz alta—. Sólo vine a pedirte una cosa. Prométeme que no gritarás, que te comportarás, y así todo esto será más rápido. Me lo prometes? —Ana la miró con odio, sin asentir ni negar. Lucrecia dejó salir el aire con desesperación—. Quisiera golpearte, sabes? Qué terca eres! Siempre lo has sido! Qué niña tan difícil! Pero si sales de aquí golpeada te harán preguntas incómodas y no me conviene que estés nerviosa. Te voy a pedir un favor; no te voy a matar. Si fuera a hacerlo, ya estarías muerta. Ahora, vas a prometer que te vas a comportar o no? —Ana cerró sus ojos. Si le iba a pedir un favor, no le convenía matarla, y ella tenía razón, había estado sola en ese salón dándole la espalda a la puerta mucho rato. De haber querido matarla, ya no estaría aquí en este mundo.

Asintió y Lucrecia aflojó la sujeción en la que la tenía. Ana se puso en pie y se alejó de ella inmediatamente.

—Qué quieres de mí?

—Me has arruinado —dijo Lucrecia, acomodándose de nuevo los cabellos. Ana recordó ese gesto, Lucrecia tenía por costumbre tocarse el cabello, como si olvidara que este estuviera allí.

—Yo te arruiné a ti? —Ana se echó a reír—. Tengo que recordarte que nos dejaste abandonados a mí y a mis hermanos? Que casi comimos mierda porque tú eres una descarada que se fue con quién sabe qué amante? —Lucrecia elevó ambas cejas.

—Estaban con tu padre...

—Ese pobre hombre no hizo sino beber y beber luego de que te fuiste! Murió tan sólo unos años después de que te largaste y mis hermanos y yo quedamos solos! Solos!

—No te fue tan mal. Mírate: universidades, casas grandes, colegios caros... y Carlos Soler...

—Das asco. Cómo se nota que para ti lo más importante es lo material...

—Al grano —interrumpió Lucrecia, sin muchos deseos de escuchar los reproches de su hija—. Como te dije, me has arruinado. Me quitaste la posibilidad de recuperar el negocio del que me había estado alimentando todos estos años; ahora Jakob pertenece a los Soler, y no puedo hacer nada para recuperarlo, ya que Isabella es una idiota que ni siquiera fue capaz de enamorarlo. Y por otro lado... tú, pequeña estúpida, has dejado caer en los oídos menos convenientes la relación que tenemos. Ahora todos saben que tengo cuatro hijos, y que no es cierta la historia que me inventé para que me aceptaran en la alta sociedad de Bogotá—. Ana frunció el ceño, pero más bien tenía ganas de reír. Todo le parecía demasiado mezquino, aun para los estándares de Lucrecia.

—Y no es la verdad? Nos pariste! Porque nos pariste, cierto? Por favor, dime que no eres nada nuestro, sólo una pariente, como una tía, o una prima lejana...

—No seas tonta, te parí, a ti y a tus hermanos; contra mi voluntad, pero lo hice. Con cada niño nuevo me enterraba más en ese pueblo. Le dije mil veces a Alberto que saliéramos de allí, pero nada, al contrario, empezó a construir una casa. Él de veras esperaba que yo me quedaré allí por

siempre? No soy tan conformista. Se comportaba como si me estuviera dando el cielo, pero no era más que una pocilga!

—Ahora vives en una mansión...

—Una mansión que se volvió el infierno desde que dejaste caer que soy tu madre, y como tú me metiste en esto, tú me sacarás—. Ana la miró fijamente y en silencio.

—Qué quieres de mí?

—Algo que ahora te sobra. Dinero—. Ana se echó a reír.

—Qué?

—Quiero salir del país. Para eso necesitaré dinero. Unos ciento cincuenta mil dólares estará bien.

—Qué? —volvió a preguntar Ana por la cifra.

—En diamantes, para poder transportarlo. Ponen mucho problema cuando sacas dinero del país.

—No tengo ciento cincuenta mil dólares!

—Tal vez tú no, pero tu novio sí.

—Cómo crees que le voy a pedir ciento cincuenta mil dólares a Carlos? —Lucrecia se cruzó de brazos dejando salir el aire, exasperada.

—No estoy jugando, hijita —a Ana le volvió a correr un escalofrío cuando la escuchó llamarla así—. Del mismo modo que no estaba jugando cuando hice incendiar tu casa—. Ahora le faltaba el aire. Siempre había mantenido la esperanza de que no fuera su madre la que le hiciera ese daño, pero ahora ella misma lo estaba admitiendo—. Del mismo modo —repitió Lucrecia—, que no estaba jugando cuando inyecté cianuro en la bolsa de suero de ese niño.

—Ese niño es tu hijo! —Lucrecia sonrió de medio lado.

—Han doblado las medidas de seguridad con ellos —siguió ella—. La mansión Soler no es tan fácil de penetrar. Están escoltados a cualquier hora del día... tuve que ingeniármelas para llegar a ti. Pero en algún momento aflojarán la vigilancia. Quieres arriesgarte a que algo les vuelva a suceder a tus queridos hermanitos?

—Por qué eres así?

—Ay, por favor! —exclamó Lucrecia—. Dime si vas a conseguirme el dinero sí o no! Me largaré del país, me iré a algún lugar del extranjero a disfrutar mi nueva vida y te dejaré en paz a ti y a esos culicagados! Acepta la oferta, no tienes otra mejor!

—No puedo pedirle a Carlos ciento cincuenta mil dólares! No me los dará, menos si sabe que son para ti! Y qué te hace pensar que yo haré el esfuerzo de dártelos? Acabas de admitir que intentaste matarme a mí y a mis hermanos, te denunciaré a la policía!

—No tienes pruebas de nada —dijo Lucrecia con una sonrisa—. No puedes ir y simplemente decir: ella me dijo que era culpable, yo negaré todo. Y por si no te habías dado cuenta, no soy cualquiera, a mí no me pueden arrastrar a una comisaría; tendrían serios problemas.

—Te odio.

—En cambio si me das el dinero, te librarás de mí para siempre. Qué son ciento cincuenta mil dólares para ti? Para Carlos Soler? Tienen muchísimo más dinero, será como quitarle un pelo a un gato.

Ana dejó caer sus hombros, sintiéndose desesperada. La miró nuevamente. No dudaba que intentaría de nuevo dañar a sus hermanos, pero cómo podría reunir tanto dinero?

Negó sacudiendo su cabeza. No iba a patrocinarle el descaro a esta mujer, si estaba huyendo de lo que ella y sus amigos habían iniciado con tanto esfuerzo, que se aguantara.

—No te daré nada —le dijo—. Si quieres, mátame aquí y ahora. No te daré ni un centavo—. Lucrecia la miró fijamente por varios segundos cuando la vio determinada, suspiró.

—Está bien, tú te lo buscaste.

—No permitiré que le hagas daño a mi familia.

—Sí, sí, sí. Eso lo veremos.

—Si les tocas un cabello, te denunciaré.

—Claro.

—Te lo aseguro, Lucrecia, te denunciaré, y te mataré con mis propias manos. No me dará asco mancharme las manos con tu sangre —Lucrecia se echó a reír.

—Increíble. Te pareces a mí.

—Jamás...

—Te acostarías con un hombre por sobrevivir también, verdad? —Ana palideció. Lucrecia no tenía modo de saber lo que había ocurrido con Orlando, pero esas palabras habían dolido—. Ah, lo has hecho? Así se hace, hija.

—Cállate!

—Tendrás noticias mías. Eso te lo aseguro.

Lucrecia cerró la puerta desapareciendo tras ella. Sintiendo floja, Ana se dejó caer en uno de los pupitres que tenía más cerca. Su corazón había iniciado una loca carrera y quería salir por su garganta. Tenía náuseas.

Luego de unos minutos, simplemente empezó a llorar.

...36...

ANA esperó a Carlos esa noche en la sala del invernadero. Cuando él llegó, las mujeres del servicio le dijeron que ella lo esperaba y hacia allí se encaminó.

La encontró inquieta, caminando de un lado a otro, y cuando lo vio, corrió a abrazarlo.

—Qué te pasa, amor? —preguntó él, preocupado. Ella le contó, con las palabras saliendo a borbotones y atropelladamente, todo lo que hablaron. Carlos hizo que se sentara en el sofá, y cuando llegaron a la parte del dinero, simplemente guardó silencio.

—Tal vez sea una buena idea —dijo él al cabo de un rato.

—Qué dices?

—No hemos podido inculparla de nada, y si la acusamos, será nuestra palabra contra la de ella. Eso no tiene peso ante una corte. Necesitaríamos pruebas, y no las tenemos.

—Entonces estás de acuerdo con ceder al soborno y darle el dinero?

—No tanto como ceder. Ella creerá que le daremos el dinero, pero no será así.

—No... no te entiendo —él se recostó al espaldar del sofá y la atrajo a su pecho respirando profundo.

—Tenemos que hacer que confiese. Qué mal que no hayas tenido oportunidad de grabar esa conversación.

—Hablas de tenderle una trampa?

—Claro. Ella insistirá, está desesperada. La tenemos donde queríamos, así que debemos ser inteligentes e ir un paso adelante —Ana quedó en silencio, pensativa. Tenía un mal presentimiento, pero no podía ponerlo en palabras. Carlos estaba seguro de haber acorralado a Lucrecia, pero ella no lo estaba tanto—. Por lo pronto —siguió él—, debes estar aún más alerta. No quiero que te pase nada —ella asintió en silencio, y cerró sus ojos cuando él besó su cabello.

-Y bien? —le preguntó Antonio Manjarrez a Lucrecia—. Lo hiciste? —Lucrecia miró a su marido con odio.

—Sí, lo hice.

—Le dijiste todo lo del dinero y los diamantes?

—Ya te dije que sí.

—Muy bien—. Se acercó a ella con una sonrisa, y Lucrecia rechazó la mano que él le tendió

—. Esa es mi mujer.

—No me toques.

—Ahora no quieres que te toque. Por qué? Porque vienes de estar con tu hijita? —Lucrecia dio unos pasos alejándose.

—Tendrás Jakob de vuelta, no te satisface? Además tienes que amargarme la vida? —Antonio suspiró.

—Y tú creíste que me engañarías y todo saldría bien? Cuando me casé contigo, creí que lo estaba haciendo con una buena mujer. Me dije: está bien, es la sirvienta, pero tiene buen corazón. Descubrir tus mentiras me ha dolido mucho, cariño...

—Dolerte, si tuvieras alma, te dolería, pero naciste sin ella...

—Ahora te arrepientes de todo lo que has hecho? —él volvió a acercarse con una sonrisa ominosa—. Tómalo como tu castigo divino—. Se echó a reír y luego exclamó a gran voz—: cuatro hijos! Cuatro! Nada menos!

—Te dije que no me importan, que no significan nada para mí!

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero nadie engaña a Antonio Manjarrez y se queda tan tranquilo. Toma — le dijo, extendiéndole unos papeles, pero antes de que ella los tomara, los dejó caer. Los papeles se deslizaron hasta el suelo—. Ya sabes lo que tienes que hacer ahora.

Lucrecia se agachó al suelo recogiendo los papeles con mano temblorosa. Antonio salió de la sala dejándola sola. Lucrecia se quedó allí, con los papeles en la mano, odiando terriblemente al hombre con el que se había casado hacía diez años. Ella también podía decir que había sido engañada. Casarse con un rico no había sido, ni por asomo, lo que había imaginado.

Ana estaba en algún lugar abierto, era un prado amplio, y se veía todo muy tranquilo. No conocía el sitio; sólo había árboles en la lejanía y mucho sol. Escuchó un sollozo y giró a mirar; sus hermanos estaban arrodillados en el suelo, abrazados unos contra otros, y con los ojos grandes de susto. Qué los amenazaba?

Giró la cabeza hacia donde ellos miraban y vio a Orlando Riveros apuntarles con un arma, y antes de que descargara contra ellos, Ana se lanzó para protegerlos.

Nunca supo si había sido suficiente con ponerse entre ellos y las balas, pues despertó.

Algo andaba mal, pues era como uno de esos sueños que ya casi se había acostumbrado a tener, excepto por un factor: Orlando Riveros estaba muerto, muerto y enterrado. Ella lo vio morir en el suelo de su despacho en la casa de Trinidad, y luego lo había visto en su cajón. También fue testigo de cómo ese mismo cajón, con él dentro, era enterrado tres metros bajo tierra. Orlando estaba bien muerto, jamás regresaría de la tumba para hacerle daño otra vez, ni a ella ni a sus hermanos.

Pero el resto del sueño era aún peor. Qué significaba? Acaso hiciera lo que hiciera con Carlos y la policía, ella terminaría allí, en ese escenario, muriendo al lado de sus hermanos?

Se limpió una lágrima que sintió en su mejilla, miró a Carlos a su lado dormido, y sin hacer ruido, salió de la cama, se puso una levantadora y salió de la habitación. Fue de una en una a la de sus hermanos, mirando que todos estuvieran en su lugar y dormidos. Cuando hubo comprobado que cada uno estaba en su cama, caminó hasta la cocina y buscó en los aparadores para prepararse

un té, algo que relajara sus nervios.

Tenía que hacer algo. Tal vez todo esto era producto de su nerviosismo, pero y si no? Y si tal como el accidente de Paula, o la quemadura de Sebastián, esto no era un simple sueño, sino una premonición?

Le dolió el corazón, terriblemente, y se fue escurriendo lentamente hasta llegar al suelo. Tenía que hacer algo, y tenía que hacerlo ya. No podía perder tiempo en consideraciones. Sus hermanos estaban primero, siempre.

-Me llamaste? —preguntó Ana entrando al despacho de Carlos, encontrándolo junto a Mateo, Fabián, Juan José y dos uniformados que se habían reunido a esa hora de la mañana para conferenciar acerca del paso a seguir. Carlos se puso en pie y le tendió la mano para que se ubicara a su lado, y ella así lo hizo.

—Hemos estado hablando acerca de qué hacer —dijo él, ofreciéndole el asiento a su lado—. Vamos a intervenir tu teléfono desde hoy, cariño.

—Ah...

—No tienes nada que esconder, verdad? —bromeó Fabián tratando de distender el ambiente, y ella lo miró con ojos entrecerrados.

—Desde ahora —siguió Carlos—, todas tus llamadas serán grabadas, con la esperanza de que Lucrecia vuelva a llamarte y concertar nuevamente una cita.

—A la que no asistirá sola —dijo uno de los oficiales—. Obviamente irá escoltada, y llevará consigo el equipo necesario para grabar también la entrevista.

—Fingirás que le pasas los diamantes, y esta vez tendrás que conseguir que vuelva a confesar sus crímenes —siguió Carlos—. Cariño, tendrás que estar muy tranquila, o todo lo tranquila que se espera que estés. Necesitamos que le saques esa confesión. Sólo así habrá acabado todo esto —Ana asintió mirando de uno en uno a los hombres que estaban aquí—. Nada te sucederá —la tranquilizó Carlos, y ella asintió nuevamente.

—Lo sé.

—Ahora lo que sigue es esperar a que se vuelvan a contactar contigo —siguió uno de los oficiales—. Lo hará, estamos seguros, y además, será dentro de poco.

—Yo me ocuparé de reunir los diamantes —dijo Mateo poniéndose en pie. Sabías de la tecnología Gps? Podemos luego rastrearlos, y saber dónde está cada pieza.

—No lo sospecharán?

—Esperemos que crean que los has conseguido tú sola.

—Tendrás que contarme cómo se consiguen ciento cincuenta mil dólares en diamantes, por si me preguntan —Mateo hizo una mueca.

—No hay problema.

—Bien, cada uno tiene mucho que hacer —dijo Juan José poniéndose en pie también. Miró a Ana un poco analítico y luego sonrió.

—No estés nerviosa. Todo saldrá bien—. Ella asintió, pero Juan José no dejó de mirarla. Luego, como espantando alguna idea de su mente, sacudió la cabeza y salió de la estancia. Poco a poco todos fueron saliendo, prometiendo ponerse en contacto en cuanto adelantaran cualquier cosa

de la operación. Carlos los acompañó hasta la salida y Ana se quedó sola en el despacho. Miró en derredor pensando a toda velocidad en lo que tenía que hacer. Si Carlos y los demás tenían un plan, ella tenía que diseñar otro.

Cuando Carlos regresó, la encontró en el mismo sitio.

—Estás bien, cariño? —le preguntó él acercándose, y a Ana le dolió un poquito el corazón. Él era un hombre tan bueno, y ella trayéndole cada vez más problemas, gastos y líos con la policía.

—Sí, pero tengo que irme ya. He descuidado mucho la universidad estos días.

—Claro. Si necesitas que te ayude en algo, sólo dime —Ana sonrió.

—No, amor. Ya haces todo lo que puedes.

—Exageras.

Ella le besó los labios.

—Nunca podré agradecerte como se debe todo lo que has hecho por mí y mis hermanos.

—Tu bienestar es mi bienestar, es mi deber procurar tu felicidad —ella sonrió un poco triste y volvió a besarlo, pero segundos después se alejó de él arguyendo tener una cita con un profesor.

—Es para hablar de cómo me pondré al día —dijo—. Con lo del accidente, han tenido demasiada paciencia, y no quiero seguir abusando.

—Ten cuidado. Recuerda que ya ni en la universidad estás del todo a salvo—. Ana asintió.

—También he pensado en hacer el curso de conducción. Sé lo básico porque Ángela me enseñó cuando vivíamos juntas, pero...

—Me parece muy bien.

—Entonces estás de acuerdo?

—Claro que sí —ella lo abrazó, pero con la misma celeridad se alejó de él caminando hacia la puerta.

—Nos vemos en la tarde —le dijo, y salió.

Pasaron unos días y nadie extraño llamó a Ana. Fue invitada de nuevo a una velada en el salón de un hotel y esta vez fue ella quien insistió en ir. Carlos la sentía un poco extraña, pero le atribuía este comportamiento a su estado de estrés, lo que había tenido que pasar no era agradable, y por eso se comportaba así.

Siempre estaba pendiente de ella; de si comía, o dormía. Lamentablemente, eran pocas las horas que Ana dormía apaciblemente, muchas veces despertó en la noche y encontró su lado en la cama vacío. Casi siempre la encontraba en la biblioteca, escribiendo o leyendo el libro de poesía que él le había vuelto a comprar, pues el primero lo había perdido en el incendio. Siempre tenía que insistirle para que regresara a la cama.

Se había vuelto más que insistente a la hora de saber dónde estaban sus hermanos a cada momento del día. Silvia estaba irritable porque sus salidas se habían restringido totalmente, a pesar de comprender que era por su propio bien. Afortunadamente, la mansión Soler era bastante grande y en ella podían encontrar bastante entretención. Y siempre que lo pedían, eran llevados al club, donde tampoco se les perdía de vista.

Ana había dejado de insistir con lo de irse a otra casa y no era para menos, pero con el paso de los días y el silencio de las personas que en un principio habían robado su paz estaba

destrozando sus nervios.

—Esto no te complace —dijo Eloísa mirando a Ana picotear su comida sin mucho ánimo.

—Mmm? —preguntó ella elevando su cabeza. Estaban en un restaurante dentro del centro comercial al que habían ido. Carlos le había dado una tarjeta y carta blanca para que gastara dinero, pero Ana sólo había comprado un par de cosas y ahora no quería comer.

—Tienes que levantar cabeza, Ana. Tienes a Carlos preocupado —Ana suspiró.

—Tengo demasiadas cosas en mi cabeza. La mayor parte del tiempo estoy... pensando en qué voy a hacer ahora.

—Por qué no permites que Carlos cuide de ti? Hasta ahora lo ha hecho muy bien.

—Hay cosas que ni Carlos puede hacer, Eloísa —ella la miró interrogante, y Ana sólo sacudió su cabeza—. Pienso en... Trato de encontrar el origen de todo esto, y todo vuelve a... a mamá. Ella es el origen de toda mi desgracia. Tal vez ni siquiera debimos nacer. Una mujer como ella jamás debió ser madre—. Eloísa hizo una mueca.

—Sabes que vi un curso de Literatura? —dijo de repente, y Ana se preguntó qué tenía que ver eso con lo que ella decía. Así era Eloísa, cambiaba de tema sin previo aviso cada vez que le placía—. Vimos teatro antiguo griego. Tragedias y comedias. En esa época no había término medio, como ahora; o la historia acababa bien, o acababa terriblemente mal. Las comedias te enseñan que la vida continúa; la tragedia, que la muerte es inevitable. Pero hay algo curioso... — Ana apoyó su barbilla en su mano, mirándola sin mucho interés—. Existe en esas historias un elemento llamado “Destino”. El destino todo lo tuerce, y hace de los caminos del protagonista un círculo—. Eloísa miró a Ana y se cruzó de brazos—. No hay un origen para tus... desgracias, como lo has llamado. Tal vez todo es un círculo. En esas historias por más que el protagonista se esforzara por cambiar el rumbo de su vida, terminaría en el mismo lugar que se había trazado desde el principio.

—Me estás diciendo que me resigne, que mi destino ya está trazado? —Eloísa se encogió de hombros.

—Si Layo, el padre de Edipo, hubiese dejado las cosas así cuando el oráculo le dijo que su hijo sería la causa de su muerte, eso mismo no habría ocurrido...

—La literatura griega antigua es muy bonita y todo lo que tú quieras, pero esta es la vida real. No puedo quedarme cruzada de brazos cuando amenazan la vida de mis hermanos.

—No te estoy diciendo que te relajés... no serás capaz, ni aunque el cielo mismo te lo pida. Sólo... ten un poco de confianza. Las cosas saldrán bien.

—Quisiera tener tu confianza, pero no puedo —dijo Ana poniéndose en pie y recogiendo su bolso con ademán de irse—. La vida y el bienestar de mis hermanos siempre ha sido mi responsabilidad. Esa responsabilidad cayó sobre mis hombros sin yo pedirlo, pero no se la puedo legar a nadie más. No puedes entender lo asustada que estoy; nunca nadie ha dependido de ti—. Eloísa miró su plato con ojos inexpresivos, y Ana se dio cuenta de cuán insensibles habían sido sus palabras—. Yo... lo siento, no quise decir...

—No, en el fondo tienes razón. Proyecto la imagen de chica frívola y despreocupada. Parece que sólo me interesaran las compras, los chicos guapos y las fiestas. No tienes la culpa.

—Yo más que nadie sé que eso es falso. Perdóname—. Eloísa sonrió.

—No hagas una locura por exceso de estrés.

—No haré locuras.

—Bien. Así está mejor. Vámonos. Tú no quieres hacer más compras, así que no tiene caso seguir aquí—. Eloísa se puso en pie y juntas salieron del centro comercial.

Otra vez estaba en una explanada. Mucho sol, árboles a la distancia. Sus hermanos sollozaban, gritaban asustados. La llamaban!

Se giró a mirarlos y allí estaban de nuevo, abrazados entre sí. Silvia protegía la cabeza de Sebastián y rodeaba con el otro brazo los hombros de Paula. Orlando Riveros les apuntaba con un arma, y al tiempo que disparaba, ella se tiraba sobre ellos para protegerlos de las balas con su propio cuerpo.

Volvió a despertar, sudorosa y agitada, y esta vez Carlos se despertó con ella.

—Fue una pesadilla, amor —dijo él con voz pesada—. Ya pasó —le dijo, atrayéndola a su cuerpo y arrullándola con su voz.

No, no era una pesadilla cualquiera. No sabía si Orlando Riveros estaba vivo o muerto ya, pero algo muy seguro era que sus pesadillas nunca se repetían, y esta vez sí. Tenía que darse prisa.

—Qué buena chica, cómo estudias —dijo la voz de su madre a su lado. Ella se puso tensa.

Estaba en la biblioteca de su universidad. Al parecer, esta se había convertido en el sitio preferido para encontrársela.

—Qué haces aquí? —preguntó con voz dura, aunque la verdad es que estaba asustada.

—Ya sabes. No te dije la otra vez que nos volveríamos a ver? Aquí estoy.

—No esperarás que tenga todo el dinero que me pediste aquí conmigo, no?

—Ah! Ya cambiaste de idea! Yo creí que sería más difícil. Mira esto —le pasó unos papeles. Ana los recibió y los miró por encima.

—Qué es?

—Un traspaso, es que no ves? —Ana volvió a mirar el papel, pero antes de que lograra comprender algo, Lucrecia volvió a hablar—: Carlos Soler puso Jakob S.A. a tu nombre. Lo descubrimos hace poco. Quiero que me lo traspases a mí, tu querida madre.

—Qué?

—No lo sabías? Oh, vaya. Arruiné la sorpresa. A lo mejor iba a ser un regalo de bodas, o algo —. Lo ojos de Ana se humedecieron. Carlos, por qué había hecho algo así? No le había dicho nada! Él, como siempre, tan generoso!

—Lo traspasarás a mi nombre aquí y ahora. Como soy tu madre, no se verá sospechoso que lo hagas.

—No lo puedes validar sin autenticar antes mi firma.

—Pues vamos y la autenticamos.

—Ahora?

—Ahora.

—Es que ya no te interesan los diamantes?

—También, pero primero lo primero.

—Lucrecia...

—Antes me llamabas mamá.

—No eres mi madre.

—Está bien, lo que quieras. Vamos y hacemos esta diligencia? Te prometo que no sabrás de mí en lo que te quede de vida—. Ana se la quedó mirando fijamente.

—No te creo. Si cedo en esto, seguirás chantajeándome por siempre—. Lucrecia se echó a reír, y Ana sintió escalofríos, como siempre que estaba cerca de ella.

—Sólo quiero que me devuelvas algo que desde el principio me pertenecía.

—El principio —susurró Ana—. En el principio tú no eras más que una pueblerina embarazada de otro pueblerino, construyendo una casa y un hogar que luego tú desbaratarías con tus ambiciones.

—Un mal inicio para mi vida, lo reconozco —dijo ella poniéndose en pie, y tomándola del brazo para que lo hiciera también. A regañadientes, Ana hizo caso—. Pero tenemos el poder de cambiar nuestro destino, labrarnos nuestra propia vida. Eso hiciste tú, no? En principio no eras más que otra pueblerina que debió quedarse allá donde naciste, pero mírate aquí, señora de una gran empresa.

—Yo no lo sabía.

—Da igual. Ahora será mía. Vamos.

Ana recogió los libros que tenía esparcidos sobre la mesa con mucho cuidado. Cuando tomó el teléfono, Lucrecia se lo quitó.

—Para evitar problemas —le dijo, y se lo metió en su propio bolso. Recogió parsimoniosamente bolígrafos, libretas, la pequeña memoria USB que había comprado ayer mismo...

Salieron de la universidad con paso tranquilo. Ana hubiese preferido tener todo el contingente de seguridad que habían planeado para que la acompañaran en este momento, pero no había sido así. Tenía que arreglárselas sola.

No podían dañarla, se repetía. La necesitaban viva, al menos por ahora. No podía llamar a sus hermanos, ni a Carlos, ni a nadie más. Edwin la iría a recoger en dos horas más, aún no la esperaban en casa. Si desaparecía todo este tiempo, nadie lo notaría.

Lucrecia la llevó en silencio a un auto bastante grande. Dentro, estaba Antonio Manjarrez.

—Vaya, eso fue rápido —dijo él.

—Usted está metido en esto? —preguntó ella, sintiéndose cada vez más nerviosa.

—No, no, no. No me metas en el mierdero que hizo esta estúpida. Lo del incendio no fue idea mía, ni estaba enterado—. Ana miró a Lucrecia, que ya no se la veía tan envalentonada como antes. Él era duro con ella, entonces.

—Entonces es verdad! Mandaste incendiar mi casa cuando todos estábamos dentro para matarnos! A tus propios hijos! —Lucrecia no dijo nada, sólo hizo una mueca pasando saliva—. Y lo del cianuro en el hospital? Vamos, niégalo, por favor! —gritó al fin.

—Yo sólo quería seguir viviendo de la misma manera que había hecho en estos últimos diez años; sin pobreza, sin tener que preocuparme por qué comer mañana. Pero la estúpida de tu hermana me encontró. Aún no entiendo cómo lo hizo.

—Sólo son unos niños... Cómo pudiste?

—Ni se hubiesen dado cuenta de lo que ocurría! No entiendo cómo los cuatro se salvaron.

—Tal vez porque no era nuestra hora de morir, y hagas lo que hagas, pagarás por todo lo que nos has hecho. Maldita seas, cómo pudiste ser tú y no cualquier otra nuestra madre? —Antonio puso una mano fuerte y dura sobre su boca.

—Ya cállate, me fastidias.

—No le puedes hacer nada, Antonio —dijo Lucrecia.

—Ya lo sé. No puede llevar moretones a la notaría o se verá muy sospechoso. Pero si sigue gritándome, no me podré contener.

—Ella callará. Tranquilo—. Lucrecia miró a su hija como rogándole que se calmara, y Ana sintió unas locas y absurdas ganas de reír. Cuando Antonio retiró la mano, dejó salir una sonrisa.

—Espero que haya valido la pena, haber intentado sacrificar a tus hijos por una buena vida... Pero me parece a mí que tu príncipe se convirtió en tu verdugo —Antonio la miró ceñudo.

—Calla, por favor —le rogó Lucrecia.

—Dime que te dio mala vida, por favor. Que te pegaba. Así moriré en paz.

—No! —gritó Lucrecia cuando Antonio levantó la mano. Evitó que le pegara, pero Ana lo tuvo claro entonces. No era Orlando Riveros el asesino de su sueño. Era este hombre de aquí. Era frío, pero a la vez, un cabeza caliente, fácil de exasperar, al que no le temblaba la mano para dañar a los más débiles. Ahora, más que nunca, sus hermanos estaban en peligro.

...37...

AUTENTICAR una firma era un proceso de lo más sencillo. Había mucha gente, además de ella, haciendo el mismo procedimiento en la oficina notarial.

Había entrado escoltada por Lucrecia y Antonio, que parecían simplemente unos padres que acompañaban a su hija a hacer una diligencia. Durante la espera, Antonio incluso le trajo café.

Hizo un par de filas, firmó otro par de veces, el mismo Antonio canceló el valor del trámite y ya estaba. Jakob ya no era suya, era de los Manjarrez otra vez.

Bueno, nunca lo había sido realmente, pero le dolía en cierta manera perder un regalo que ni siquiera había recibido.

Miró con el ceño fruncido a Antonio Manjarrez, que miraba sonriente el papel del contrato. Aquello era extraño. Cualquiera con dos dedos de frente sabría que un traspaso como este no sería suficiente para una empresa con la envergadura de Jakob, pues no era una empresa cualquiera. No era un negocio pequeño como una panadería o un taller de mecánica; era toda una empresa con cientos de empleados, sucursales, tiendas a lo largo y ancho del país. Hacían desfiles de moda, tenían comerciales de televisión, y como imagen tenían a una supermodelo... Dudaba que con un simple contrato de traspaso todo quedara limpio.

Pero ese ya no sería su problema, se dijo.

—Esto es todo? Me puedo ir?

—Déjanos acercarte a tu casa.

—No, gracias.

—Insisto —Oh, no; se dijo Ana. No podía permitir que la volvieran a meter a ese auto. Sin embargo, caminó lentamente hasta la salida de la oficina. Cerró sus ojos apretando en sus manos las correas de su bolso, que aún contenía sus libros. En un momento vio todo lo que había sido su vida. Había amado, había sido amada. Había viajado y había tenido excelentes amigos. Pero por encima de todo, había sabido lo que era despertar cada mañana al lado de Carlos. En su cuerpo aún estaba la sensación del su abrazo por la noche. Le hubiese gustado estar más tiempo con él.

Pero no había sido posible, aquí terminaba este sueño. Ya no se detuvo a pensar que el sueño aquél que tuviera con él por primera vez no se había realizado. Había despertado con él cada mañana por casi un mes, viendo la luz entrar por aquellas ventanas, mirando sus ojos tan cristalinos sonreírle al despertar. Cualquiera de esas mañanas podía haber sido aquella mañana.

—Ladrón, ladrón!!! —gritó antes de que Antonio lograra aproximarse para tomarle nuevamente el brazo con fuerza, y echó a correr. Antonio se quedó allí, como de piedra, y la gente

lo miró inquisitiva. Pero estaba demasiado bien vestido como para ser en verdad un ladrón. Sin embargo, aquellos segundos de confusión fueron preciosos, y Ana logró escapar.

Corrió hacia una esquina y abordó el primer taxi que encontró. Dio la dirección de la mansión Soler y el auto echó a andar.

—Estúpida! —gritó Antonio cuando iban de nuevo en el auto. Habían perdido de vista a Ana y ahora no había manera de localizarla—. Estúpida y mil veces estúpida!

—Qué vamos a hacer ahora?

—Que qué vamos a hacer? Qué vas a hacer tú, es tu hija!

—Ya hice todo lo que me pediste!

—No podíamos dejarla ir y lo sabes! Dónde queda la mansión Soler?

—No irás a ir por ella hasta allá, no?

—Que me digas dónde queda!

—Y yo qué sé, acaso he sido invitada allí alguna vez?

—Maldita sea! —volvió a gritar Antonio golpeando el volante.

Cuando llegó a la mansión, Ana le pidió al taxista que la esperara, y ni bien se hubo detenido, bajó.

—Está la señora Judith? —preguntó a una de las mujeres del servicio que se encontró en su carrera hacia el interior de la casa.

—Eh... no, señora. Salió con sus amigas...

—Bien. Por favor, si te preguntan por mí, di que tuve que salir y no me demoro—. Ana la dejó para hacer lo que necesitaba al interior de la mansión. Le tomó muy pocos minutos estar lista y cuando bajó de nuevo, traía una maleta grande y pesada—. Son cosas de la universidad —mintió cuando la muchacha la vio un poco sorprendida e intrigada. La verdad era que tenía esta maleta preparada desde que tuviera ese horrible sueño por primera vez.

Salió de la mansión y volvió a subir al taxi.

—Por qué no le llamo a Edwin? —dijo la chica, preocupada ya.

—El taxi está bien, no te preocupes. Además, Edwin está ocupado ahora con el señor.

—Pero él vendrá si lo llamo.

—Se tardaría, y mis compañeros me esperan. Tenemos una presentación y lo había olvidado—. Miró la fachada de la mansión mientras el taxista se ocupaba de meter la maleta en el baúl; tan grande, tan bonita, tan acogedora por dentro. Respiró profundo—. Nos vemos en un rato —dijo, y le indicó al taxista que saliera de la zona.

Eran las siete de la noche cuando Carlos entró a la mansión, y lo primero que hizo fue preguntar por Ana.

—Ella dijo que tardaría un poco. Tenía una actividad en la universidad.

—Ah... Y los chicos? —la muchacha no supo qué contestarle, y Carlos la miró fijamente.

—No están Paula, ni Silvia ni Sebastián?

—Señor, no han llegado.

—Qué? —alarmado, Carlos hizo llamar a Edwin. En pocos segundos, lo tuvo enfrente.

—Fui por ellos a la hora acostumbrada —contestó él—, pero me dijeron que ya la señorita Ana había ido por ellos...

—Espera, espera, espera! —interrumpió Carlos elevando una mano, mirando a la joven y a Edwin alternadamente—. No dices tú que Ana estaría hasta tarde en la universidad?

—Sí, señor; eso fue lo que ella me dijo.

—Qué horas eran?

—Las tres, más o menos.

—Y no dices tú, Edwin... que Ana misma fue por ellos al colegio?

—Sí, señor. Asumí que como la señorita había ido por ellos, estaría aquí, o en casa de alguno de sus amigos...

—Pues era mentira! Dios! —tomó el teléfono para llamar a Ana, pero su teléfono timbró varias veces hasta que saltó el buzón de mensajes. Cada vez más nervioso, llamó entonces al teléfono de Silvia, luego, al de Paula. Sebastián no tenía, pues Ana no se lo había permitido, y él se quedó sin a quién más llamar. Todos los teléfonos timbraban hasta que saltaba el buzón y nadie contestaba.

—No, no... esto no puede ser. Algo está pasando, ellos tienen orden de no ignorar sus teléfonos...

—Señor...

—Qué! —gritó Carlos a la muchacha, y luego se dio cuenta de su exabrupto—. Qué —volvió a preguntar más calmado.

—La señora salió con una maleta —Carlos la miró en silencio y casi palideciendo. Esperó que continuara, pero ella sólo se encogió de hombros—. Me dijo que eran cosas para una presentación en su universidad. Luego tomó ese taxi... —Carlos la dejó hablando sola, pues subió a toda velocidad los escalones hasta llegar a su habitación. Caminó raudo hasta el ropero donde Ana tenía su ropa y sus cosas, pero allí todo estaba en perfecto orden. No faltaba nada. Luego fue a la de Silvia, y la de los demás chicos, encontrando las habitaciones como si nada. Todo estaba allí, sus cosas, lociones, cremas, pantuflas... incluso sus libros.

—Juan José? —dijo, hablando por el teléfono—. Algo está pasando... Ana... Ana se fue.

—De qué estás hablando? —preguntó Juan José al otro lado de la línea.

—Dios querido, se fue. Tomó una maleta, fue por sus hermanos al colegio y se fue.

—Pero... a dónde? Por qué?

—Creo saber por qué... pero no tengo idea de a dónde.

—Qué pasa, querido? —preguntó Judith entrando a la habitación de Sebastián, donde estaba Carlos hablando por teléfono.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo Juan José por el teléfono. Carlos no dijo nada, y Juan José siguió—. Tenemos que movernos ya, Carlos, ella puede estar en grave peligro ahora mismo.

Él asintió en silencio, luego lo dijo en voz alta para que su hermano lo oyera.

—Sí. Tenemos que movernos.

Pronto la casa estuvo llena de gente. Judith empezó a dar órdenes para que se sirvieran bebidas y sólo podía mirar a su hijo caminar de un lado a otro angustiado. Había llegado un oficial de la policía, Juan José, su familia, y todos los demás.

—Ella tiene que saber que no está a salvo fuera de esta mansión —dijo Mateo—. No pueden salir, ni ella ni sus hermanos, sin la escolta adecuada. Lo sabe muy bien!

—Algo debió suceder para que huyera así —dijo Ángela—. Ella no pondría en riesgo a sus hermanos por nada.

—Pero lo hizo —dijo Carlos con voz dura—. Lo está haciendo.

—Ya pusimos la alerta en la red de la policía —dijo el oficial—. De no ser porque ya sufrieron un atentado, no se trabajaría con esta celeridad. Por lo general, deben pasar veinticuatro horas para denunciar la desaparición de una persona.

—Ella no está desaparecida, sólo huyó —susurró Carlos. El oficial siguió:

—También estamos buscando alguna actividad o señal de los diferentes teléfonos móviles. Nos tomará un poco de tiempo... Yo aconsejo que intenten descansar. Tal vez ella misma se comunique con ustedes y les diga de su paradero—. Carlos asintió, y recibió su apretón de manos. El oficial saludó a los demás con un asentimiento y salió de la sala acompañado de alguien del personal.

No creía que Ana llamase, si ella lo quisiera, ya se habría comunicado con alguno de ellos. Eran su familia, Ángela era como su hermana, y sus hijos como sus sobrinos, sabía que se preocuparían por ella!

Pero qué podía haber ocurrido? Qué la motivó para escapar lejos?

Tal como decía Ángela, algo muy grave debía haber sucedido para decidir que ya no estaba a salvo a su lado, ni ella ni sus hermanos. No encontraba otra explicación.

—Bueno, yo también me voy —dijo Fabián poniéndose en pie—. Cualquier cosa que se me ocurra, o que sepa, no dudaré en llamar.

—Gracias.

—También nosotros... —Juan José ayudó a Ángela a levantarse, pero ella lo miró con ojos tristes.

—No quiero irme. Podríamos pasar la noche acá?

—Pero amor...

—Estoy segura de que ella aparecerá en cualquier momento... Y quiero estar ahí para halarle las orejas—. Juan José miró a Judith, como pidiendo permiso para quedarse, y ésta agitó la cabeza asintiendo; enseguida dio la orden de que se les preparara una habitación.

Eran las dos de la mañana cuando Juan José se levantó para ir por un poco de agua para Ángela. De regreso, vio luz saliendo por debajo de la puerta del despacho y entró. Encontró a su hermano sentado en el sillón tapizado en cuero, con la misma ropa que había llevado ese día y los cabellos desordenados, como si no hubiese parado de mesárselos.

—Debes dormir... o intentarlo —le dijo. Carlos se giró hacia él mirándolo inexpresivo. Se enderezó masajeándose el cuello.

—Aunque fuera y me acostara, no podría dormir—. Juan José hizo una mueca.

—Pero mañana será un día muy largo, necesitas estar en tus cinco sentidos—. Carlos respiró profundo recostándose de nuevo en el sillón y girándolo a un lado y a otro, con la mirada inquieta, mirando aquí y allí, como si de alguno de sus muebles fuera a salir Ana.

—No paro de preguntarme... en qué fallé? Lo hice todo para mantenerla a ella y sus hermanos a salvo, para darles seguridad.

—No es tu responsabilidad...

—Todas las noches ella deambulaba por la casa, sin paz. No fui capaz de proporcionarle tranquilidad...

—Carlos, no te tortures de esa manera.

—Ella no está, Juan José. Se fue! Tomó a sus hermanos y se fue quién sabe a dónde, y no creo que esté más a salvo de lo que estaba aquí conmigo—. Juan José guardó silencio, mirándolo con los labios apretados—. Y no sé si sentir que la defraudé, o que el defraudado soy yo...

—Carlos —lo atajó Juan José, acercándose—. Ana es una mujer adulta. Además, no es tonta. Ten un poco de confianza en ella. Te quiere, además, así que en algún momento, tal vez mañana mismo, aparecerá con una muy buena razón para haber desaparecido así. Ten confianza.

Carlos cerró sus ojos, como si esa tarea ahora le fuera muy difícil. Se puso en pie y caminó hacia Juan José

—Confianza —dijo en voz muy baja—. Una cosa muy frágil. Yo creí que ella confiaba en mí —. Palmeó dos veces el hombro de su hermano menor y salió del despacho. Juan José se quedó solo y pensando en que Ana seguramente no se imaginaba el daño que le había hecho a su hermano. Al huir de esa manera había dejado claro que no confiaba en él para protegerla, y eso a cualquier hombre le dolía.

-El señor Antonio Manjarrez pide verlo, señor —dijo Mabel a través del intercomunicador.

—Quién? —preguntó Carlos, sumamente sorprendido.

—El señor Antonio Manjarrez —repitió Mabel—. Lo hago pasar? —Carlos sintió que la bilis le subía. Mil malos pensamientos y presentimientos llegaron a su mente. Qué podía querer ese hombre de él? Acaso le traía una muy mala noticia?

—Hazlo pasar —le dijo.

Esa mañana había madrugado para ir a sus oficinas; llamó a la policía para saber si tenían noticias de Ana. Volvió a llamar al teléfono de ella y sus hermanos; llamó también a Eloísa, Fabián y Mateo para saber si tenían alguna noticia. Nada, nadie sabía nada, y los teléfonos seguían muertos.

Había esperado llamarlos a una hora más decente, pero la verdad era que él no había dormido en toda la noche; a pesar de que se había puesto su pijama y metido a la cama, el sueño no había venido a él. Al alba, se resignó a que ya no dormiría, y se alistó para otro día de trabajo.

Tenía ojeras, los ojos y el cuerpo cansado, pero no quiso quedarse en la casa sin hacer nada, y ahora había descubierto que tampoco era capaz de concentrarse en el trabajo, no hacía sino pensar en Ana y el peligro que probablemente estaba corriendo; en Ana y en lo que estaría pensando en el momento en que tomó su maleta y a sus hermanos para marcharse.

Ella estaba poniendo a salvo a sus hermanos por su propia cuenta, y de paso, lo estaba destrozando a él.

Sin embargo, sabía que si ella se presentaba ahora mismo por aquella puerta, correría y la abrazaría, olvidando el sufrimiento que estaba pasando. La revisaría de pies a cabeza, y luego

haría lo que ella misma había dicho una vez: meterla en un bolsillo y tenerla allí todo el día, a salvo y cerquita de él.

Pero no era Ana la que entraba por esa puerta, era Antonio Manjarrez, y Carlos no podía imaginarse qué tenía para decirle ese hombre.

—Carlos! —lo saludó él entrando con su mano extendida hacia él. Carlos sólo lo miró entrecerrando sus ojos; se puso en pie, pero ni siquiera miró la mano extendida ante él. Antonio no perdió su sonrisa, y pareció no importarle la grosería—. Puedo sentarme, al menos?

—Tenemos algo de qué hablar?

—Claro que sí, hombre!

—Y de qué?

—Carlos, mi padre hizo negocios con tu abuelo, así que tú y yo venimos siendo socios y amigos por mucho tiempo. Tenemos mucho de lo que hablar!

—Mi abuelo hizo negocios con tu padre, y luego yo contigo, pero de eso no nació ni amistad ni confianza. Por qué, entonces, llegas a mi oficina sin anunciarte tan seguro de que te recibiré?

—Oh, vaya, parece que no sabes nada aún, qué curioso. Ana no te contó entonces? —al escuchar su nombre, Carlos endureció el rostro. Qué tenía que decirle él con respecto a Ana? Antonio seguía con su sonrisa, que parecía pintada sobre su rostro. Sin que se le hubiese ofrecido asiento, se sentó en una de las sillas frente a su escritorio y se apoltronó en ella. Carlos, que no era hombre de resentimientos, empezó a odiarlo.

—No —contestó con voz dura—. Ana no me ha contado—. No quiso decirle que en este momento Ana estaba desaparecida. También habría podido decirle que él y su esposa estaban entre los sospechosos de todo lo que a su novia había venido sucediéndole últimamente, pero quería saber hasta dónde llegaba el cinismo de este hombre.

—Pues qué te digo —siguió Antonio—. Tu novia, de alguna manera, descubrió que pusiste Jakob a su nombre, y ayer... me la vendió. A muy buen precio, por cierto—. Carlos palideció. Siguió de pie y lo miró fijo por unos momentos. Aquello no podía ser cierto. Nadie sabía que él había traspasado Jakob a nombre de Ana en el mismo momento en que la había comprado. Había hecho esto porque estaba seguro de que al casarse con ella, insistiría con lo de la separación de bienes. Quería asegurar algo para ella antes de que eso sucediera. Había pensado en su futuro si algo le llegaba a suceder a él y no podía heredarle ningún bien.

Sonrió y masajeó el puente de su nariz sintiendo el pecho oprimido.

—Qué? —preguntó simplemente.

—Lo que oyes, si quieres, pregúntale. No podrá negártelo. Vaya, creí que entre ella y tú no habían secretos... —Carlos tomó inmediatamente su teléfono e hizo varias llamadas. Antonio lo miraba con una pose relajada mientras Carlos, desesperado, confirmaba a través de sus contactos que efectivamente Ana había firmado unos papeles que hacían a Lucrecia y a Antonio dueños de Jakob S.A.

No quiso que se notaran las emociones que lo embargaban en ese momento, así que simplemente recuperó aquella máscara de tranquilidad que había perdido al entrar en una relación con Ana y fingió que nada sucedía a su alrededor, cuando la verdad era que todo su mundo estaba cayendo a pedazos.

—Ana me contactó —siguió diciendo Antonio, agitando su pie, que estaba apoyado sobre la rodilla—, me dijo que quería negociar. Le di ciento cincuenta mil dólares como avance.

Obviamente Jakob vale muchísimo más, pero como comprenderás, no tengo todo ese dinero conmigo.

Ciento cincuenta mil dólares? Se preguntó Carlos, mirándolo aún inexpresivo.

—Ella tenía prisa, así que logré sacarle un buen precio. Me pregunto por qué. Mira —le extendió unos papeles y Carlos pudo ver que, efectivamente, allí estaba la firma de Ana traspasando unos bienes—. En fin, que quería celebrarlo contigo, ya no te debemos nada, ni tú nos debes a nosotros, nuestras familias vuelven a estar en paz. No te parece algo bueno?

—No lo estamos —dijo Carlos con voz serena—, porque Ana no podía traspasarte nada.

—Pero por favor...

—No podía, y no puede. Sólo yo podría hacer algo así.

—Jakob estaba a su nombre.

—Sí, pero no creas ni por un momento que renunciaré a Jakob sin dar primero la pelea.

—Por favor, Carlitos...

—No me llames Carlitos, que tú a mí no me trajiste juguetes en navidad. Vete de mi oficina antes de que te saque a patadas de mi empresa y te lleve preso por fraude.

—Tú no puedes...

—Buscaré la manera y lo haré. Eres un muy mal negociante, se nota que fuiste a la universidad sólo a follarte a tus compañeras, así que desconoces bajo qué figura aparecía Ana en la oficina de instrumentos públicos.

—No me hables de esa manera! —interrumpió Antonio a viva voz—. Tú a mí me respetas, que no eres sino un...

—Odio contestarte como un adolescente, pero el respeto no se exige, sino que se gana, y tú a mí lo que me inspiras es tristeza. Volverás a perder Jakob, si es que la tienes; y te juro que esta vez te dejaré inhabilitado para poner tu firma sobre cualquier papel.

—Tomaré esto como una amenaza.

—Me parece muy bien, porque eso es.

—No sabía que fueras tan pendenciero —Carlos sonrió. En ese momento, hasta él mismo estaba descubriendo que lo era. Tenía el alma tan rota, que se desconocía.

—Sólo estás viendo la punta del iceberg. Así que ten cuidado. Ahora, vete de aquí. No me hagas rebajarme a tu nivel y sacarte a patadas—. Sin perder más tiempo, Antonio se puso en pie, se atusó su saco, lo miró duramente, y salió de su oficina.

Carlos, cuando se halló solo de nuevo, sintió que las manos le temblaban.

Qué había hecho Ana? Por qué? Cómo lo había descubierto? Miró en sus manos el papel que Antonio le había dejado, que no era más que una copia. Habría firmado esto de buena gana?

Entonces recordó a la Ana que él conocía y de la que se había enamorado, una Ana que no pedía nada para sus hermanos, ni para sí misma. Una Ana que prefería morir de hambre que perder la dignidad.

No, esa Ana no podía haberlo traicionado de esa manera.

Tomó de nuevo sus teléfonos a hacer mil llamadas, y mil averiguaciones más.

...38...

-**N**O, no! —exclamó Ángela con lágrimas en los ojos—. Me niego a creerlo, simplemente esto es falso! Ana no es así! —gritó.

Carlos estaba en silencio, con los antebrazos apoyados en sus rodillas y mirando el suelo. Estaban en la sala de la casa de su hermano, y le había contado a ella y a Juan José lo que había descubierto. Le había tomado más de tres días tenerlo todo en orden y estar seguro al cien por ciento de que lo que Antonio había ido a decirle a su oficina era verdad. Había movido mar y tierra para conseguir los videos de seguridad de la oficina notarial a la que había ido Ana a firmar esos papeles, y encontró que ella había ido con Lucrecia y Antonio. En ningún momento en la cinta se la veía nerviosa, o alterada. Antonio incluso le había pasado un vaso desechable con café que ella había bebido parsimoniosamente.

Pero, con Lucrecia? Se había preguntado. Ella odiaba a Lucrecia, por qué iba a hacer negocios con ella? Además, no podía olvidar que era la misma mujer, que a pesar de ser su madre, había intentado matarlos una vez y envenenar a su hermano con cianuro cuando se hallaba convaleciente en el hospital.

Algo andaba mal, algo andaba terriblemente mal. Y el dinero? Antonio había dicho que le había pasado cientos de miles de dólares, y en la cuenta de Ana no había tal movimiento, y tampoco en la de él, y mucho menos la de Lucrecia. Y Ana tampoco tenía otra que él desconociera; la había investigado a fondo. Lo único que había encontrado es que Ana había vaciado recientemente la cuenta que él le había abierto para sus gastos personales. La había dejado en ceros, y si bien no era demasiado dinero, hablaba de sus intenciones de mantenerse alejada por un largo tiempo.

—No he dicho eso —susurró él ante el grito de Ángela—. De hecho, esto es fácilmente reversible. Mis abogados ya iniciaron los trámites para invalidar este papel.

—No lo has dicho, pero lo crees. Tengo que contarte cómo Ana se quitó el pan de su boca para dármele a mí cuando más lo necesité? Tengo que explicarte que no hay nadie más entregado que Ana, nadie más...

—Ángela, tal vez conozco a Ana mejor que tú. Todo eso lo sé. Pero no puedes negarme que ella firmó un papel donde entregaba una empresa millonaria a los que considera sus enemigos.

—Bajo coacción!

—En el video ella no se ve coaccionada.

—Porque estaba bajo amenaza! O si no, por qué huiría inmediatamente con sus hermanos? Y

por qué no hay huellas del dinero?

Carlos masajó el puente de su nariz mirando de nuevo al suelo.

—Y cómo puedo saberlo? Acaso está aquí para que me lo aclare?

—Tienes que confiar en ella!

—Confiar en ella! De la misma manera en que ella confió en mí?!

—Carlos —dijo Juan José llamando su atención, pues había terminado gritando a su esposa.

Carlos se puso en pie y caminó varios pasos tratando de serenarse.

—Yo confío en ella —dijo Ángela, poniéndose también en pie y secándose sus lágrimas—. Creo que algo muy terrible debió pasar, o ella creyó que podía pasar, para que hiciera esto.

—Por favor, cuando lo descubras, dímelo.

—Tal vez no la amas tanto como yo pensé —eso le hizo girarse, sin poder creerse lo que estaba escuchando.

—Qué? —preguntó en un susurro.

—Amor, no es nuestro asunto —dijo Juan José, tomando su brazo.

—No, Carlos me tiene que escuchar! —insistió Ángela, zafándose de su agarre—. Él tiene que escucharme. No confías en ella —dijo, dirigiéndose de nuevo a su cuñado—, nunca lo has hecho; siempre tratando de encerrarla, de asegurarla de alguna manera. Es como si temieras que en algún momento ella se fuera a ir, porque ama más a otra cosa que a ti.

—Ángela —volvió a decir Juan José.

—Pero es obvio que ella ama a otra cosa más que a mí, no ves? —dijo Carlos con voz rota—. Nunca podré esperar que me ponga a mí por encima de sus hermanos, pero acaso fui alguien para ella cuando tuvo su más grande miedo, su más grande necesidad? Acaso acudió a mí? Y claro que quería cercarla! —exclamó—. Todo hombre enamorado quiere cercar y proteger a su mujer, que nada le falte, que nada malo le pase. Acaso no es lo que hacemos siempre?

—Entonces espera! Te dará una buena razón! —Carlos cerró sus ojos.

—No sé. Con cada hora que pasa, muere más la esperanza de que ella algún día volverá.

—No digas eso ni en broma!

—No bromeo, Ángela. No soy de presentimientos, pero en este momento presiento que ella por su propio pie no volverá a mí, así yo me convierta ahora mismo en una fortaleza de piedra con mil arqueros en las almenas—. Dichas estas palabras, Carlos tomó de nuevo los documentos que había traído para enseñarles y salió de la casa de su hermano.

Ángela quedó llorando, y Juan José se vio dividido entre la necesidad de consolar a su esposa o a su hermano. Prefirió quedarse allí y rodear a Ángela con su brazo; presentía que en este momento Carlos no quería consuelo de ningún tipo.

—Esto es una locura, debemos volver —dijo Silvia, cruzada de brazos y mirando a Ana enojada.

—Todavía no —contestó ella.

—Ana, estoy perdiendo clases! Sebas y Paula están perdiendo clases! La academia de fútbol, las clases de inglés de Paula, mi preicfes!

—Todavía no! No me escuchas?

—Dios, por qué eres tan mula! Estábamos bien en la casa de Carlos, él cuidaba bien de nosotros y de ti, es que se te zafó un tornillo? O es que no lo querías y todo era una mentira? —

Ana cerró sus ojos sintiendo dolor, pero sin decir nada. Al ver una brecha allí, Silvia siguió atacando—. No conoces a los hombres; por muy enamorados que ellos estén, no esperan eternamente, porque tienen su orgullo. Ellos sí, ruegan un poquito, pero si ella se pone muy interesante, enseguida se aburren. Estás buscando que Carlos se aburra de ti!

—Silvia, por favor, ya! —exclamó Ana—. No vamos a volver! Al menos, no todavía; cuándo vas a entenderlo? —Silvia sintió angustia. Miró en derredor la casa que habían dejado hacía unos cuatro años, tan vieja e incompleta, tan carente de tantas cosas básicas, como lo eran las puertas, y pintura. Ana había ido al colegio antes de que se acabara la jornada y había ido por ellos sin explicarle a dónde iban, y ahora estaban aquí, de nuevo en Trinidad, la tierra que ella pensó no volver a pisar en su vida.

Eso no era lo peor, lo peor de todo es que estaban encerrados, Ana no los dejaba salir ni a la esquina, todas las diligencias y compras las hacía ella misma. Habían encontrado la casa prácticamente abandonada, pues la familia que habían dejado habitando aquí se había ido hacía tiempo ya, y ellos habían llegado y habían tenido que romper un candado para entrar. Ana había salido y luego regresó con compras, comida y productos de aseo. Sólo Paula y Sebastián la ayudaron a limpiar la casa y ponerla en orden, ella se había negado para este absurdo y se mantenía en su palabra.

Habían sacado ratas y cucarachas, limpiaron y lavaron, y ahora era más o menos habitable; pero luego de haber vivido en una casa como la mansión Soler... esto definitivamente era un cuchitril. Se preguntaba cómo habían sobrevivido aquí tanto tiempo.

—No te dejaré en paz —sentenció Silvia—. Sé que has trabajado duro por mí, sé que nos quieres, que me has alimentado y dado todo lo que tengo, pero en este momento estás arruinando mi futuro y no te lo voy a permitir —dijo, y se encerró en la pequeña habitación dejándola de nuevo sola mirando por la ventana la vegetación del patio trasero.

Ana cerró de nuevo sus ojos y esta vez una lágrima rodó por sus mejillas.

—Todavía no —susurró, aunque nadie la escuchara—. Tenemos que esperar.

Carlos entró en la habitación que daba al invernadero. Un ventanal enorme hacía de división entre las dos estancias, y desde aquí se podían ver las rosas. La luz que entraba era tenue y el ambiente era más bien cálido. Esta era la habitación favorita de Ana.

Se sentó en uno de los muebles y respiró profundo mirando en derredor. Había pensado remodelarla, pero prefirió esperar a que estuvieran casados para que ella se sintiera con más autoridad y libertad para elegir colores y tapices. Ya no sabía si ese sueño se haría realidad.

Habían buscado a Ana por todos los sitios conocidos. La policía había dejado de buscarlos, pues no había sido una desaparición forzosa, y aunque él había contratado a sus propios investigadores no tenía noticias hasta ahora.

Tal vez ella no quería ser encontrada.

Tal vez no lo había amado tanto como él había pensado. Siempre había admitido que el más enamorado era él, pero pensó que su amor alcanzaba para ambos; ahora veía que no era así. Ella no había dudado en tirar su relación con él a la basura, y eso lo estaba matando. Ni una nota, ni una llamada. Nada.

Tampoco le importaba lo que él estuviera sufriendo, porque estaba sufriendo sin ella, mucho. La quería!

Volvió a respirar profundo tratando de desatar el nudo que se había formado en su garganta, pero no fue suficiente, así que trató de dejar de pensar en cosas tan tristes y desalentadoras. Sonrió cuando recordó a su propio hermano hecho una mierda porque Ángela lo había dejado, sólo que él no sabía el motivo. Ahora era él quien se sentía así y no sabía cómo diablos lo iba a superar.

Judith entró en ese momento a través del invernadero, y al verlo allí, detuvo sus pasos. Carlos esquivó su mirada.

—Qué —le preguntó—. Me vas a decir “Te lo dije”? No me interesa escucharlo.

Judith se mantuvo en silencio, y a paso lento, caminó hasta su hijo y se sentó a su lado en el sofá. Así estuvieron varios minutos, Carlos cruzado de brazos, y Judith con la espalda muy recta.

—Soy muy mala juez de caracteres —dijo—. Ya me he equivocado demasiado al intentar comprender las razones de los actos de los demás. Me pasó demasiadas veces con tu padre, y luego con Juan José. Si ahora lanzo una razón al aire, me estaré equivocando, así que prefiero quedarme en silencio y esperar.

Carlos la miró con el ceño fruncido por la sorpresa. Nunca esperó tanta sabiduría en su madre.

—Pues vaya, te cambiaron por otra —Judith hizo una mueca.

—Tal vez. La vida me hizo de una manera, y luego me volvió a cambiar.

—Por qué te equivocaste con papá? —Judith se acomodó mejor en el sofá, sintiéndose un tanto perturbada por la pregunta. Carlos nunca le había preguntado cosas tan personales. Tal vez era su humor de ahora que lo hacía ser tan confidente.

—Bueno, para ti no será sorpresa saber que él y yo no nos casamos enamorados.

—No, no es sorpresa.

—Yo... venía de una decepción amorosa.

—Estabas enamorada de otro hombre?

—Sí. Pero... él no luchó lo suficiente por mí, me dejó casarme con otro, y yo sentí ira, sentí mucha frustración. En mi cabeza se metió que los hombres realmente no se enamoran, especialmente los Soler. El comportamiento de tu padre ayudó a forjar ese pensamiento, sabes? — Carlos entrecerró los ojos, sintiéndose un poco confundido, pero no dijo nada—. Yo toda mi vida creí que Carlos no me quería, y luego tuve que descubrir que sí, que en el principio me quiso, y yo maté ese amor. Como era tan frívolo y despreocupado, pensé que Juan José era exacto a él. No le creía cuando me decía nada, siempre lo menosprecié. El valor que tenía para mí era el parecido físico que tenía conmigo misma. No sabes lo que eso me duele ahora.

—Pero yo también soy su hijo, no? Y me parezco a papá, eso habría sido una razón perfecta para odiarme a mí, pero elegiste odiar a Juan José, que se parece a ti. Su manera de ser es más descomplicada que la mía, pero eso nunca ha hecho de él una mala persona.

—Le era infiel a Valentina, tal como tu padre lo era conmigo.

—Pero de adolescente no estaba eso de por medio.

—Es... difícil. Visto en retrospectiva, he sido una madre terrible, la peor de todas! —Carlos soltó una risita irónica.

—No madre, no eres la peor mamá del mundo.

—Qué consuelo.

—Lucrecia es la peor mamá del mundo. Una madre que intenta matar a sus hijos no debió ni ser madre. Pero qué se le va a hacer—. Judith lo miró espantada.

—Lucrecia?

—Es la madre de Ana —contestó Carlos encogiéndose de hombros. Cuando vio que ella no salía de su asombro, siguió—: Los abandonó en Trinidad, y por eso Ana tuvo que dejar el colegio y trabajar, por eso eran tan pobres. Cuando vinieron aquí, Paula la reconoció en una nota social del periódico, y empezó a buscarla. Cuando la contactaron, y la llamaron, Lucrecia mandó incendiar la casa de Ana, para que todos murieran dentro, pero milagrosamente se salvaron.

—Dios querido! —exclamó Judith. Carlos continuó:

—No contenta con eso, luego intentó matar a Sebastián en el hospital con cianuro. Ángela logró evitarlo...

—Y sabiendo todo eso, por qué no la han metido a la cárcel?

—Porque no tenemos una maldita prueba —dijo Carlos con dientes apretados—. Nada concreto con que podamos llevarla a tribunales. Nada!

—Pobre Ana. Con razón huyó! —Carlos se echó a reír.

—No puedo creerlo. Te estás poniendo de su lado.

—Pero ver que tu propia madre intenta matarte a ti y a tus hermanos es para volverse loco, tomar decisiones precipitadas, y... yo sí que me habría vuelto loca!

—Tal vez sí enloqueció. En los últimos días ella ni siquiera dormía, se la pasaba... —su voz se fue apagando, recordando que siempre encontraba a Ana en la biblioteca leyendo o escribiendo. Se puso en pie y corrió hasta allí. Al verlo así, Judith fue detrás.

—Qué buscas? —preguntó, pues Carlos abría un libro tras otro y lo descartaba tirándolo al suelo.

—No sé. No sé qué busco —se dirigió al escritorio de madera donde usualmente ella o sus hermanos se sentaban a hacer sus tareas. Abrió los cajones y miraba entre los papeles allí. Judith empezó a mirar también entre los libros.

—Tú le compraste algunos... —dijo— Se los llevaría? —Carlos la miró fijamente, como si de repente una luz se hubiese encendido.

—Meira del Mar —dijo.

Encontró el libro de la poetisa fácilmente. Era pequeño, muy delgado. Cada poema ocupaba una hoja, y el respaldo siempre estaba en blanco. Encontró aquél que le había dedicado en la soirée; el del ángel azul en poesía.

“Lo siento, Carlos —tenía escrito en el respaldo con el puño y letra de Ana, y Carlos sintió que le faltaba el aire. Se sentó en la silla del escritorio y se comió las palabras con sus ojos—. Tengo que velar por mis hermanos, esta es mi responsabilidad, no la tuya. En este momento no lo vas a comprender, pero no quiero seguir haciendo de tu vida un caos. Estaré bien, o eso espero. Si encontraste esta nota aquí y yo no estoy, definitivamente es que mis pesadillas se están haciendo realidad”.

Pesadillas haciéndose realidad, parafraseó Carlos en su mente. Qué quería decir eso, además de lo obvio? Recordó que en dos ocasiones ella le contó sueños que luego se habían vuelto realidad; uno se lo contó allá en su fin de semana soñado en Tobago, y el otro, luego el accidente de la casa.

Habría ella soñado algo con sus hermanos?

Pero cómo estar seguro? Sólo tenía supuestos sobre supuestos.

Lamentablemente, no encontró en el libro, ni en esta nota, algo que calmara su más terrible miedo: que ella no lo amaba. Sólo pedía disculpas y se justificaba, además, por qué decía ella que no era responsabilidad suya cuidar de sus hermanos? Y si él quería echarse encima esa responsabilidad? Desde el día que se le había declarado en el cuarto de archivo, había decidido que de aceptarlo, cuidaría de ella y sus hermanos hasta que muriera. Por qué ni siquiera le había preguntado? Había él dado a entender con alguna actitud o palabra que no quería hacerse responsable? O era su elevado sentido del deber lo que los estaba separando?

No, ella no estaba ciega de amor por él. No lo amaba al extremo de compartir con él sus miedos y sus dudas del mañana. No le había preguntado qué sería de sus hermanos cuando se casaran, cuando él ya tenía las posibles respuestas desde mucho antes de decirle que la amaba.

Y eso le hizo pensar que tal vez Ángela tenía razón, él vivía con miedo constante, con miedo de que ella se fuera lejos y lo dejara. Por eso había presionado para contarle a todos, sobre todo a Judith, que ya eran una pareja. Por eso la mañana del accidente la había traído aquí, y luego no había movido un dedo para que ella se instalara en una casa aparte, no importándole si la gente hablaba a causa de eso. Por eso en muchas ocasiones sentía celos, y luego la llenaba de regalos, viajes y cosas caras, para que se sintiera como una reina a su lado y no lo dejara.

Pero con todo y eso, ella lo había dejado.

Esta carta no era más que un punto final a su relación. Ella ni siquiera hablaba de aclarárselo algún día. Tampoco tenía como despedida un “Te amo”.

Carlos tragó saliva y cerró el libro, no notó que Judith lo tomaba de su mano y también lo leía.

—Y yo que pensé que te buscaba sólo para poner mejor a sus hermanos en la vida —dijo, pero Carlos no la estaba escuchando. Había un ruido sordo, de palpitar, de dolor, que le impedía escuchar. Miró en derredor como preguntándose cómo había llegado aquí, y se puso en pie y salió de la biblioteca a paso lento—. Amor, estás bien? —preguntó Judith—. Querido, te llevo algo a tu habitación? —él sólo elevó una mano como respuesta, aunque eso no indicaba nada, y siguió su camino.

Preocupada, Judith tomó el teléfono.

—Juan José? —preguntó cuando su hijo contestó—. Tu hermano está muy mal. Ven a verlo, por favor.

...39...

-SEÑOR SOLER? —Preguntó Andrea Domínguez asomando su bonita cara a la oficina de Carlos, que tenía la vista perdida entre los papeles que tenía en las manos. Él alzó la cabeza y se enderezó quitándose los lentes que usaba para leer. Andrea era una de las candidatas a presidir Jakob.

—Ah, sigue —le dijo, y Andrea avanzó sonriendo. Se sentó y cruzó las piernas a la vez que le pasaba a Carlos unos documentos y hablaba con soltura acerca de presupuestos y proyectos. Carlos tomó el papel tratando de seguirle el hilo a todo lo que decía, pero era difícil concentrarse. Si Ana no se hubiese ido, ellos en muy pocos días estarían cumpliendo cuatro meses de novios. Él hubiese estado ahora planeado una cena, una salida, o cualquier otra cosa, y la habría mimado tal vez en exceso para luego terminar haciendo el amor en su cama...

—Me estás escuchando? —preguntó Andrea, y Carlos parpadeó.

—Ah, sí. Claro, claro...

—Si quieres —dijo ella descruzando la pierna— vengo en otro momento—. No había momento en el día que fuera menos malo para él, pensó Carlos haciendo una mueca.

—Te debo una disculpa. No te estaba prestando la debida atención —Andrea lo miró estrechando sus ojos.

—Me parece que lo que tú necesitas es distraerte un poco. Estos días te he visto trabajando en exceso. Mira, esta noche hay un concierto de Jazz, y sé de buena fuente que te gustan. Podrías ir conmigo y un grupo de amigos...

—Diga? —dijo Carlos a su teléfono celular, pues este había timbrado mientras Andrea hablaba. Ella lo miró mordiéndose el interior de la mejilla, molesta porque su invitación había quedado en el aire.

—Es usted el señor Soler? —escuchó Carlos a través de su teléfono.

—Yo mismo —contestó él pidiéndole disculpas silenciosamente a Andrea. No tenía modo de decirle que desde que Ana se fuera tomaba todas las llamadas, así fueran de números desconocidos—. Soy Carmenza Salinas —dijo la voz al otro lado—. Le hablo de Renta Car. Nos comunicamos con usted para pedirle que venga por los efectos personales que dejó en el auto que alquiló hace unos días en nuestra empresa.

—Qué? —contestó Carlos en voz baja, poniéndose en pie y dándole la espalda a Andrea—. No he rentado ningún auto.

—Señor, los papeles están a su nombre, y está su teléfono. No es usted Carlos Eduardo Soler?

—Carlos miró su teléfono aún con el ceño fruncido.

—Sí, soy yo... puedo enviar a mi chofer a buscarlo? —propuso, no queriendo alargar demasiado la conversación delante de uno de sus empleados.

—Lo sentimos, tiene que venir personalmente. Son políticas de nuestra empresa.

—Claro, claro —Carlos tomó los datos de la oficina, y cortó la llamada pensando en que el mundo se estaba volviendo loco. Él no había rentado ningún auto, y mucho menos había dejado en él objetos personales.

Luego un frío le recorrió la espalda. Y si había sido Ana quien lo rentara?

El investigador había determinado que Ana no había salido del país, ni ninguno de los chicos. Si habían viajado, lo habían hecho por tierra, pero entonces, tampoco su nombre aparecía en las empresas de transporte terrestre. Recordó también que Ana había tomado las clases para conducir y tenía su licencia desde hacía bastante poco. Por qué, si no quería que nadie la encontrara, había dejado objetos personales en el auto que había usado para huir?

Si es que era ese el auto.

Miró a Andrea con una sonrisa de disculpa.

—Podemos mirar esto después —dijo, señalando los papeles. La invitación, al traste, pensó Andrea poniéndose en pie y ajustándose su mini falda.

—Claro, no hay problema. Vengo más tarde? —y así tal vez lo pillaba a la hora de salida...

—No, tal vez mañana —contestó Carlos—. En última instancia, reúnete con Susana, ella está al tanto de todo.

—Ya...

—Surgió algo importante —dijo él mientras recogía sus cosas y tomaba de nuevo el teléfono. Viéndose despachada, Andrea no tuvo más remedio que salir de la oficina.

Carlos no perdió el tiempo y marcó el número de Juan José. Mientras éste timbraba, pensó en todas las cosas que podía descubrir o deducir yendo a esa oficina, y se dio prisa en salir. Olvidó su propósito de no investigar más, de dejar todo así. Olvidó que incluso se había peleado con Ángela porque ya no estaba haciendo nada por encontrarla. Ángela le juró que ella sí la encontraría. La veía bastante desmejorada desde la desaparición de Ana. Había bajado de peso y lloraba fácilmente. Juan José estaba preocupado, y de vez en cuando se enojaba con Ana por dejar a quien la consideraba su hermana en ese estado.

—Incluso ha dejado de bajarle leche —le dijo su hermano en confidencia—. Y eso la pone peor.

Ahora iba hacia una oficina donde tal vez encontrarán algo que les ayudara a saber dónde se encontraban.

Antonio estaba riendo a mandíbula batiente sentado en el mueble del despacho de su casa frente a una botella que contenía whiskey y que ya estaba por la mitad. Cuando sus abogados le dijeron que Jakob volvía a pertenecerle a Carlos Soler, había llegado a casa y hecho de todo un poco, como por ejemplo, embriagarse. Jakob ya no le pertenecía, ni siquiera a Ana, alguien tan vulnerable para presionar y hacer que se la devolviera otra vez. No, pertenecía a Carlos.

Había una figura financiera que por más que los abogados le habían explicado en qué consistía

él no había logrado comprender que indicaba que ella realmente no tenía, todavía, la potestad para traspasar la empresa, ni hacer con ella lo que le diera la gana, así que él, al redactar ese contrato e ir a la notaría, sólo había perdido el tiempo.

Lo peor es que la seguridad sobre ella y esos mocosos se había triplicado. Había mandado por ellos al colegio, y los chicos ya no estaban asistiendo, tal vez les tenían tutor en casa con tal de no exponerlos al mundo. Había mandado por ellos a la misma mansión Soler y no se les veía ni por los jardines, ni asomarse a una ventana, nada con qué poder asustarla para que colaborara, ni a ella ni a Carlos.

Él era intocable, no sólo estaba constantemente escoltado, sino que no servía de nada tocarlo, pues era quien tenía el poder y con quien, en últimas, podría negociar. Y ahora lo había vuelto a perder todo.

Necesitaba encontrarla, la causa de todos sus males.

O no, la causa de todos sus males era su mujercita, la que supuestamente no le había abierto las piernas a ningún hombre, y resultaba que sí lo había hecho, y nada menos que para parir a cuatro críos. En su círculo era el hazmerreír, siempre lo había sido por culpa de ella, pero ahora peor. Lamentablemente, Lucrecia estaba en cama por culpa de sus excesos y no podría seguir vengándose en su persona o la mataría, y luego se quedaría sin a quien mortificar.

Su risa se convirtió en llanto como una tarde pasa de ser soleada a lluviosa en pocos segundos. Estaba acabado. Estaba acabado y no sabía cómo recuperarse. Había ido a visitar a su padre en la clínica en la que estaba, luego de tanto tiempo, pero él ni siquiera lo reconoció cuando lo vio. Ni se moría ni se mejoraba, y él necesitaba de su consejo para recuperar la empresa.

Estaba endeudado, había vendido cosas valiosas que siempre habían pertenecido a su familia, y pronto perdería la casa. Isabella no encontraba un hombre rico al que echarle el lazo y todo estaba empeorando. Nunca un hombre había sido tan traicionado, tan defraudado, tan ridiculizado. Nunca un hombre había estado tan solo como él. Estaba al borde del abismo, al borde de la locura, y el viento no hacía sino empujarlo a ella.

—Señor, lo busca Diego Álvarez —dijo una muchacha del servicio, de las pocas que le quedaba, asomándose a su despacho.

—Quién? —preguntó Antonio con la lengua un poco pastosa y secando sus lágrimas.

—Diego Álvarez. Asegura que trabaja para usted.

—Ah, sí. Dieguito. Hazlo pasar—. La muchacha salió conteniendo la respiración. El señor llevaba tanto rato en esta habitación y con las ventanas cerradas que se había concentrado el olor de su humanidad y el alcohol. Tras ella apareció Diego. Un hombre de baja estatura y que iba quedando calvo, pero que en sus ojos se veía un brillo astuto.

—Si te has arriesgado a venir aquí, es que descubriste algo bueno —dijo Antonio por todo saludo, caminando a un aparador para servirle un trago a Diego.

—Sí, señor. Estuve en la casa una semana tal como me dijo.

—Una semana fue? Vaya, ya lo había olvidado.

—No fue fácil entrar —siguió Diego, recibiendo el vaso de buen whiskey de la mano de Antonio y bebiéndoselo de un trago—. Ponen muchos problemas para entrar a trabajar en esa mansión —dijo haciendo una mueca por lo fuerte de la bebida—, me tocó inventarme mil referencias. Pero entré.

—Y?

—La mujer y los niños que me mandó mirar, no viven en esa casa.

—Mierda!

—Pero pregunté al personal, y al parecer ella sí vivió antes allí, pero un día tomó la maleta y se fue con ellos—. Antonio miró a Diego con ojos entrecerrados.

—Entonces no están. Has averiguado dónde podrían estar?

—Al parecer, ni el mismo señor Soler sabe.

—Tú lo has visto? —Diego asintió—. Y qué tal lo ves? Se ve tranquilo, como si su mujercita estuviera en un sitio seguro? —Diego sonrió.

—No, por el contrario, parece bastante preocupado.

—Mmmm... —murmuró Antonio, rascándose su barba crecida—. Qué debemos hacer ahora?

—Yo seguiré sacando información, no se preocupe. Tal vez averigüe primero que ellos el paradero de la muchacha.

—Me gusta que seas eficiente. Ya sabes lo que tienes que hacer cuando la encuentres, verdad?

—Claro que sí, señor.

—Quiero un trabajo limpio. Ahora más que nunca. Que no te relacionen a ti, y luego que no me relacionen a mí contigo.

—No tiene que decírmelo, señor.

—Bien, vete, vete. Mira que te den buena comida en las cocinas, a ver si creces.

—Gracias, señor.

Diego salió del despacho y Antonio se sirvió otro trago más. Había tenido que buscar a alguien como él luego de la chapuza de su mujer. Había echado todo a perder fallando en el incendio. Si las cosas hubiesen salido bien, él le hubiese aplaudido, pero no. Las dos personas que había contratado para incendiar la casa ahora estaban muertas. Diego era un hombre eficiente, limpio y rápido.

Sonrió. Tal vez ya no recuperaría Jakob; no tenía el dinero para pagarle a los abogados y dar una buena pelea, pero le quitaría a él lo que más quería, que era esa mocosa.

Una india de veinticinco no le iba a quitar todo y quedarse como si nada.

Los objetos personales de los que hablaba Carmenza Salinas eran dos teléfonos móviles y una memoria USB. Carlos reconoció los teléfonos, pues eran los de Silvia y Paula, y la memoria no sabía de quién, bien podía ser de cualquiera de ellos.

Había ido con Juan José a reclamarlos, para que le ayudara a pensar en qué habría sucedido dentro de ese auto, a dónde podría haber ido. A hacerle a la secretaria que los había llamado las preguntas correctas.

Ella había dicho que no era política de la empresa preguntar a dónde se dirigían con el auto que rentaban, que las personas simplemente lo utilizaban y luego del tiempo pactado lo devolvían en las mismas oficinas. Había estado rentado por una semana, el tiempo que Ana llevaba fuera, y el pago lo habían hecho por adelantado en efectivo. Lo había venido a buscar un joven, que había firmado como Carlos, y luego lo había devuelto, como era normal. Como el pago había sido por adelantado, ellos no habían molestado mucho con el papeleo, y al parecer, ni se habían fijado en que el documento de identidad que habían usado era falso.

Lo que impresionó a Carlos fue toda esa red que Ana tejió para que nadie sospechara lo que estaba haciendo, tal vez los teléfonos se habían quedado por las prisas, o eran Silvia y Paula haciéndole llegar un mensaje de auxilio. Conociendo a Silvia como la conocía, estaba seguro de que sería la que menos de acuerdo estaría con esta locura, e intentaría por algún medio escapar.

—Silvia entraba a exámenes la otra semana, debe estar enloqueciendo —sonrió Carlos cuando ya regresaban en su auto—. Y Sebastián tenía la esperanza de jugar en el campeonato en que concursaba su equipo, se sentía bastante recuperado—. Frunció el ceño, tratando de evitar que la tristeza se notara en su rostro—. Paula se fue sin sus libros, debe estar bastante aburrida.

—Los extrañas, verdad? —preguntó Juan José, poniendo una mano en el hombro de su hermano.

—Fueron los hermanitos que no tuve.

—Ah, yo estuve pintado? —él se echó a reír, y Juan José miró a otro lado cuando vio que los ojos de su hermano estaban humedecidos.

—Llenaban la casa de ruido, y Ana siempre estaba peleando con ellos por algo; por dejarse el uniforme mucho tiempo, por pedirle demasiadas cosas al personal de servicio, por comer en los muebles... Pasabas por la habitación de Silvia y siempre había música, y si mirabas a Paula, siempre estaba leyendo. Sebastián, en cambio, siempre estaba en el jardín, con su pelota practicando sus pases. Y Ana peleándole porque no estaba del todo bien para practicar deporte. Ellos habitaban esta casa y eran la familia que nosotros nunca fuimos, te das cuenta? —Juan José sonrió.

—Sí, fuimos una familia muy rara. Mamá de compras, papá de viaje, tú estudiando y yo en cualquier parte menos en casa—. Luego de decirlo, Juan José comprendió algo que hasta entonces nunca quiso ver. Carlos siempre había estado solo en esa casa, sin escapatoria, sin opciones. Solo allí, en esa casa tan inmensa, de innumerables habitaciones y salas, leyendo, memorizando, mirando tal vez por el jardín y preguntándose cómo sería tener una familia normal.

Y ahora que la había encontrado, la había perdido. Deseó tener a Ana enfrente para sacudirla un poco.

—Vamos a investigar qué hay en los teléfonos —dijo, tratando de cambiar el tema y distender el ambiente—. Tal vez los chicos nos dejaron algo.

—Sí, vamos. Tu casa o la mía.

—La mía.

—Ah, mejor no; Ángela me odia ahora.

—No te odia, no seas tonto. Dile que encontraste algo de Ana y volverán a ser amigos—. Carlos sonrió.

—Esperemos que sí.

Ángela cambió su actitud frente a Carlos tal como había vaticinado Juan José, y con Alex en brazos se fue tras ellos a la oficina a ver qué encontraban en los aparatos.

—Los teléfonos están sin batería —dijo Carlos, mirando el de Silvia por un lado y por otro.

—Yo tengo cargadores que pueden servirles—. Juan José salió de la estancia, y Carlos se quedó a solas con Ángela y Alex, que se mordía su puñito y lo miraba con sus ojos grises.

—Siento haber sido tan grosera contigo el otro día —susurró Ángela—. Sólo estaba enojada porque creí que de verdad habías abandonado la búsqueda—. Carlos negó haciendo una mueca.

—Yo te entiendo. Y lo dije sólo para tratar de convencerme a mí mismo —se puso en pie y extendió sus brazos a Alex, que lo miraba como estudiando la posibilidad de dejar los cómodos y conocidos brazos de su madre para irse a los de su tío—. Ven aquí, bribón —lo obligó Carlos y lo tomó. Ángela dejó que lo cargara mirando la memoria USB que estaba sobre el escritorio.

—Eloísa tiene una igual —dijo—. Graba audio. Es tuya? —Carlos la miró fijamente.

—Graba audio?

—Sí, a Eloísa le viene perfecto cuando necesita estudiar, odia tomar apuntes... —sin soltar a Alex, Carlos encendió el Pc que estaba sobre el escritorio y en los cortos segundos que le tomó iniciar, no hizo sino rezar por la posibilidad de que fuera lo que él quería que fuera, o lo que necesitaba que fuera: una prueba contundente contra Lucrecia y Antonio Manjarrez.

Cuando Juan José volvió a la oficina con el cargador en la mano, los encontró al frente del Pc y en silencio. Carlos le explicó lo que estaba pasando, pero pasaron los minutos y en el dispositivo sólo se escuchaba ruido de ambiente.

-*Por aquí* —dijo de repente la voz de una mujer. Afortunadamente, se escuchaba fuerte y claro. Sospecharon entonces que el silencio de antes no era sino un lapso de tiempo en el que habían estado caminando en silencio—. *Sube* —dijo la misma voz. Se escuchó el sonido de una puerta cerrarse y el ruido de la calle cesó.

-*Vaya, eso fue rápido* —Carlos reconoció la voz como la de Antonio Manjarrez y a punto estuvo de hacer una exclamación.

-*Usted está metido en esto?* —preguntó la voz de Ana, y Ángela soltó un gemido. Juan José se puso en pie para tranquilizarla, como si en cualquier momento se fuera a desmayar, aunque su mujer no era de desmayos.

-*No, no, no* —contestó la voz de Antonio—. *No me metas en el mierdero que hizo esta estúpida. Lo del incendio no fue idea mía, ni estaba enterado.*

—Bien! —exclamó Ángela—. Ya con eso tenemos!

—No lo creo —susurró Carlos—, no es suficiente. Sigamos escuchando.

-*Entonces es verdad!* —escucharon decir a Ana— *Mandaste incendiar mi casa cuando todos estábamos dentro para matarnos! A tus propios hijos!* —Carlos cerró sus ojos reconociendo la intención de Ana de sacarle una confesión. Empezó a golpetear en el piso cuando Lucrecia no decía nada—. *Y lo del cianuro en el hospital?* —insistió Ana— *Vamos, niégalo, por favor!*

-*Yo sólo quería seguir viviendo de la misma manera como lo había hecho en estos últimos diez años* —contestó al fin la voz de Lucrecia.

—Maldita —susurró Ángela.

-*Sin pobreza* —siguió la voz de Lucrecia en la grabación—, *sin tener que preocuparme por qué comer mañana. Pero la estúpida de tu hermana me encontró. Aún no entiendo cómo lo hizo.*

—Creo que eso es suficiente —dijo Juan José. Carlos asintió, pero no detuvo el audio, quería escuchar hasta el final. Era increíble el cinismo de Lucrecia, su sangre fría.

Cuando llegaron al momento en que al parecer Antonio quiso golpear a Ana, Carlos se puso en pie como si no pudiera soportar seguir escuchando, pero como si a la vez, no pudiera parar.

-*No le puedes hacer nada, Antonio* —dijo la voz de Lucrecia. Carlos no se engañó, sabía que si la defendía no era por su preocupación de madre, sino por su mezquindad.

-Ya lo sé. No puede llevar moretones a la notaría o se verá muy sospechoso. Pero si sigue gritándome, no me podré contener.

-Ella callará. Tranquilo.

—Te lo dije! —exclamó Ángela—. Ella fue a esa notaría bajo amenaza. Lo sabía, lo sabía! — de fondo, se seguía escuchando la conversación que tenían en el auto.

—Ya sé que lo dijiste...

—Y tú no me querías creer.

—Cariño —la interrumpió Juan José—. Carlos ya sabe que se equivocó.

—Nunca dudé de Ana en ese aspecto —dijo él. La grabación ahora era silencio otra vez, sólo se escuchaba el ruido del motor del auto donde iban—. Alguien como ella, que prefiere morir de hambre que pedir, no haría algo así... —elevó su mirada a Ángela y Juan José. Alex seguía en sus brazos mordiéndose su puño y babeándole la camisa—. No es eso lo que me separa de ella. Fue su decisión de irse de mi lado.

Ángela quedó en silencio mordiéndose el interior del labio y mirándolo con el corazón un poco roto. Él se veía tan triste, y tan dolido que no tuvo manera de decirle algo que justificara a su amiga. Sabía que debía haber una razón, pero ahora mismo, no le venía a la mente ninguna.

—Debemos llevar esto a la policía —dijo Juan José interrumpiendo el silencio—. Con esto, podemos meter a Lucrecia y a Antonio a la cárcel.

—Sí.

—Los acompaño —dijo Ángela.

—No, amor. Tú quédate aquí.

—Pero...

Juan José la convenció, y Ángela recibió de vuelta a su hijo y los vio tomar de nuevo los aparatos electrónicos y salir directo a la oficina del oficial que había estado ayudándoles con este caso desde el principio.

Ya estaba próxima a finalizar esta pesadilla, se dijo, pero lamentablemente, aunque Ana volviera, las cosas con Carlos no serían las mismas. La ilusión de ver a su hermana unida a su cuñado podía no hacerse realidad, y sería duro. No quería ni pensar en cómo serían Ana y Carlos en medio de sus cenas y fiestas luego de haber vivido una historia como esta. Uno de los dos no lo aguantaría y se iría lejos, y ella sospechaba quién tomaría esa decisión.

No quería perder a ninguno, pero ya no dependía de ella que se unieran. Había sido así en el principio, pero esta vez sólo Ana podía ayudarse.

...40...

-**L**A gente está haciendo preguntas —dijo Silvia. Ana cocinaba, y con celeridad, picaba una cosa, hervía otra, y parecía ser tres personas a la vez—. Una vecina esta mañana me dijo que se alegraba de que estuviéramos nuevamente aquí. Nos recuerda de cuando éramos niños—. Ana siguió en silencio—. Tal vez a Ángela se le prenda el bombillo y se le venga a la mente que tal vez estamos aquí. Si descubriera que este pueblo es nuestro escondite, vendrá directo a esta casa. Tal vez no fue tan brillante elegir este sitio.

—No lo pensará —dijo Paula, que leía una revista de opinión que Ana, compadeciéndose de ella, le había traído—. Nadie en sus cinco sentidos vuelve al lugar de donde salió. Se supone que estábamos progresando, así que imaginarán cualquier cosa, menos que decidimos, por cuenta propia, retroceder —alzó la mirada de su revista y miró a Silvia—. Mi hermana fue inteligente, trazó muy bien el plan. Ni Carlos sospechará que estamos aquí. Tal vez piensen que estamos fuera del país.

—No es posible. Él debió mirar en migración.

—O tal vez entonces que estamos en la misma Bogotá, pero en otra casa.

—Tendríamos nosotros muchas opciones de comunicarnos, estando en la ciudad.

—Por eso ella eligió Trinidad —dijo Paula con mucha tranquilidad—. Es perfecto: queda en la porra, no hay muchas vías de acceso, no hay internet en cualquier sitio...

Sebastián miró a Silvia alzando sus cejas, y ésta le abrió los ojos para que se mantuviera en silencio.

Esa mañana, bajo la excusa de ir por algo que necesitaba con urgencia mientras su hermana estaba en el baño, habían salido por el pueblo y encontraron un sitio donde había wi-fi gratis. Sebastián tenía el iPad consigo; Carlos se lo había comprado de nuevo en el tiempo que estuvo en el hospital para que se distrajera en las largas horas que estuvo en cama luego de haber perdido el primero en el incendio, y él había restablecido sus cuentas. Ana había olvidado ese detalle, y cuando los metió en ese carro para huir, sólo les había quitado los teléfonos. Había sido bueno que Carlos no se lo entregara delante de Ana la vez que se lo dio, y ella nunca hizo preguntas cuando lo veía manipularlo. Tal vez imaginaba que Sebastián estaba usando el de su novio.

Le habían enviado un iMessage a Carlos. Dónde estaban, qué hacían, todo. Pero no estaban seguros de que él lo hubiera recibido, era la hora y no llegaba por ellos.

Y no tenían internet para verificar si había habido un problema en el envío, o si siquiera él lo había visto.

Tal vez él había respondido, haciendo mil preguntas, y ellos no tenían cómo contestar... o tal vez él estaba tan molesto que ya no le interesaba lo que era de ellos.

—En el caso que lo descubran, sea Carlos, o cualquiera que quiera encontrarnos, sólo es preguntar por nosotros, sabes? Es un pueblo. Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo. Y por muy encerrados que estemos, la gente del barrio sabe que volvimos.

—Ese es un detalle grave —comentó Paula, mirándola con más interés—. Aunque claro, primero tendrán que descubrir que estamos aquí.

Silvia sonrió. Lo descubrirían, estaba segura. Sebastián se le acercó y ella lo rodeó con delicadeza por la espalda, aunque lo que tenía ahora era una cicatriz y ya no le dolía, todavía sentían cierta aprehensión cuando lo tocaban.

Entendía en parte a su hermana por querer tenerlos a salvo aquí, y sabía que no había un momento del día en que no estuvieran en peligro, pero estaba segura de que ahora estaban más expuestos que nunca a ese peligro. Era muy fácil penetrar esta casa, la mansión Soler, en cambio, era inviolable.

Ella y Paula habían conversado mucho al respecto, y hablando y hablando, llegaron a una conclusión que era muy triste y muy certera: sería inevitable enfrentar de nuevo el peligro, pero entonces tal vez verían de nuevo a su madre.

Y Carlos... sólo Dios sabía lo que estaba pasando con él. Que tu novia tome una maleta y se vaya sin decir nada no es precisamente lo que un hombre quiere. Él lo había dado todo por ella, y por ellos. Era un padre al proveerlos y un hermano al consolarlos. Al estar al lado de Ana, ella era más estable, pues también tenía dónde apoyarse. Pero Ana lo había dejado y no querían ni ver las consecuencias de ese acto.

O tal vez ya las estaban viendo, pensó Silvia haciendo una mueca, Ana estaba bastante mal, tanto física como emocionalmente. Su hermana estaba al borde del colapso y sólo había una persona que podía obligarla a volver a su estado normal.

—Tal vez la perdone —le había dicho a su hermana en una de esas tantas conversaciones—. Él estaba muy enamorado. Tal vez ella le haga ojos bonitos y él la perdone.

—No lo creo —dijo Paula, como siempre, tan sensata—. Ángela dijo una vez que a él le había costado mucho declararse. Es de los orgullosos, ves?

Y eso zanjaba la cuestión.

Estaba preparada para afrontar de nuevo la pobreza, para renunciar a su sueño de estudiar y ser una profesional, pero no estaba segura de ver a su hermana destrozada, escuchándola llorar por las noches, tal como hacía ahora, y quedarse sola. Estaba segura de que por ellos ella renunciaría al amor de su vida, y no era justo.

Ana agradeció tener que picar cebolla para disimular sus lágrimas, aunque eso no era excusa para los mocos que le acompañaban.

Soñaba todos los días con Carlos. Por la noche, sentía que la abrazaba, que le decía cosas bonitas al oído. Diablos, cómo lo extrañaba!

A estas alturas, él ya debía haber hallado el audio que había dejado a propósito en el auto que había rentado. Los días antes de venirse con sus hermanos a Trinidad habían sido de jaleo, de recados, de mil cosas por hacer.

Lo primero había sido comprar esa memoria USB que le había visto a Eloísa. La cargaba

consigo todo el tiempo. Estaba segura de que Lucrecia no la llamaría para pedir el dinero tal como sospechaba la policía; ella se presentaría personalmente, tal como hizo la primera vez, tomándola desprevenida, y entonces todo el esfuerzo se perdería y se quedarían de nuevo sin pruebas. Cuando Lucrecia la abordó en la universidad, pudo, sin levantar sospechas, encender el dispositivo y grabar todo. Había quedado bien grabado, pudo comprobar, y además, a pesar de las prisas, había logrado hacer una copia de seguridad y la había enviado a su propio correo. Si fallaba un plan, tenía que tener otro bajo la manga.

Luego fue rentar ese auto. Lo había preparado todo desde días antes; un compañero de la universidad que estaba medio enamorado de ella se prestó para ese fraude. Ella tuvo que prometerle que no era para nada malo, y él, sabiendo cómo falsificar un documento, le ayudó. Estaba en deuda con él, pues había ido por el auto, y luego lo había devuelto.

En estos días, tal vez hoy, Carlos debió haber recibido la noticia de que ella había rentado un auto a su nombre. Había dejado los aparatos a propósito, obligando a la empresa a comunicarse con él, para que hallara la grabación. Había pagado todos esos días dejando pasar el tiempo para que todo estuviera más calmado, para que tal vez Lucrecia y Antonio relajaran la vigilancia que tenían sobre ella y sus hermanos, al creerse dueños de Jakob otra vez.

Sabía, lamentablemente, que en la casa de Carlos no estaban a salvo. Su sueño se había repetido, y al reconocerlo desde el principio, lo analizó como un forense estudia el cuerpo de una víctima. El sitio en el que estaba se parecía demasiado al jardín de la mansión Soler. Al lado de los rosales de Judith, había un prado como ese, bastante amplio, donde sólo se veían árboles en la lejanía.

No podía seguir en esa casa, y cuando Antonio la obligó a traspasarle la empresa, se hizo obvio que si no actuaba ya, algo terrible pasaría.

Tal vez eso había dañado para siempre su relación con Carlos, pero no había tenido otra opción. Si algo le pasaba a sus hermanos, ella habría enloquecido. En la mejor de las circunstancias, ella también habría muerto, y a Carlos no le servía ni una novia loca, ni muerta.

En cualquiera de las opciones que le ofrecía la vida, ella y él terminaban separados.

Oh, estaba enojada con la vida. Ella nunca había tenido algo tan cierto, ni tan hermoso, ni tan real. Había tocado el amor con sus manos, había tenido la felicidad al alcance de los dedos, casi la había rozado... y lo había tenido que dejar ir.

Ella nunca había tenido algo así, el cariño que había recibido alguna vez de su padre se había ido en una botella de alcohol. Antes del nacimiento de Sebastián, ya él no era el mismo, así que ella pasó la etapa de la adolescencia limpiando los desechos de un padre borracho, no escuchando de su boca lo bonita que era, o lo importante que era para él, como debía ser a esa edad para las niñas. De su madre, ni se diga. El abandono de ella casi había logrado hacerle olvidar que mientras estuvo en casa tampoco fue una madre amorosa. Lucrecia siempre estaba preocupada por sí misma, por su propio aspecto y las cosas que lamentablemente no tenía; odiaba los quehaceres de la casa, así que desde muy temprano le enseñó a desenvolverse con una escoba en la mano o a lavar trastos subida a una silla para alcanzar la encimera. Visto en retrospectiva, a esos efectos había sido casi lo mismo que ella estuviera o no.

Y ahora esa madre los cazaba para matarlos, se había aliado con su esposo para eso. Prefería una casa grande y mucha ropa en su armario que a ellos, la sangre de su sangre. Era para enloquecer.

Pero el amor de Carlos le había sido un polo a tierra en esos momentos, y ahora no lo tenía, y por eso sentía que no podía ya. Necesitaba que encerraran a Lucrecia, que hundieran en la cárcel y la pobreza a Antonio, para que se quedaran sin modo de volverles a hacer daño. Sólo entonces ella podría volver a salir de aquí, le pediría perdón a Ángela, le rogaría que no dejara de llamarla hermana. No recibiría de ella otra vez ayuda económica, pero no la perdería como amiga. Ella trabajaría duro nuevamente para mantener a sus hermanos, y los sacaría adelante tal como se lo propuso cuando quedó sola con ellos.

Y con respecto a Carlos, no sabía qué esperanzas tener. Tal vez nunca la perdonara, lo había herido profundamente y lo sabía. Cómo podía perdonarla si prácticamente le había demostrado lo poco que confiaba en él? Cómo iba siquiera a dirigirle la mirada si no había dejado ni una sola nota donde se explicara, y tampoco se había molestado en llamar? Y tal como decía Silvia, él era orgulloso. Si se veían de nuevo alguna vez, él la saludaría tal como hacía antes de declararle su amor. El tiempo pasaría y la olvidaría, y encontraría a una mujer que sí lo hiciera feliz, que no le diera tantos problemas como ella. Y ella moriría en vida si eso llegaba a pasar.

Pero, qué otra cosa habría podido hacer? Le daba vueltas y vueltas.

Antes de escribir esa nota en el libro de poesía, la había redactado unas cien veces. En las primeras ella sonaba desesperada, casi rogando que la comprendiera, y había tenido que desecharlas. Ella tenía que parecer alguien que sabía lo que hacía, alguien que tenía todo fríamente calculado. Si lo hubiese llamado antes de irse, él habría movido mar y tierra para impedirselo y encerrarla a ella y a sus hermanos en su casa, y eso sería exactamente lo que provocaría que los llevaran a ese prado a morir.

Tal vez sí debió firmar con un “Te amo”, y habría quedado entre los dos, pero en el momento en que escribía la nota, sabía que sería muy difícil volver con él. La situación actual le indicaba que o moría, o viviría huyendo de su propia madre y de ese sueño para toda la vida, no tenía muchas opciones al respecto, así que, para qué alimentar sus esperanzas? Y si en medio de todo aquél caos aún tenía la posibilidad de volver con él, si luego de haber tenido que dejarlo sin avisar, echando por tierra la protección que le había brindado hasta el momento, veía en él aunque fuera un poco de su antiguo amor, rogaría todo lo que tuviera que rogar. Lloraría, al fin que, no estaba llorando ahora?

Sólo le quedaba cruzar los dedos, para que la empresa donde rentó el auto fuera honesta y devolviera unos aparatos que eran caros y útiles. Si se pasaban los días y nada sucedía, es decir, si al investigar encontraba que Lucrecia y Antonio seguían libres y como si nada, tendría que enviar ella misma el audio desde su correo, aunque eso anunciara su paradero.

Ahora escuchaba a sus hermanas hablar y tenían razón, sería muy difícil que imaginaran que había vuelto aquí; no por nada había elegido Trinidad como escondite, tal como ellas decían. Tampoco quería estar aquí, le traía demasiados recuerdos. Las necesidades que había pasado en esta casa eran casi traumáticas, y aunque ya no tenía miedo de volver a enfrentarlas, pues se sentía mejor preparada contra el mundo, no era agradable ocupar de nuevo este espacio cuando creyó que había escapado de él para siempre.

Se secó la lágrima que había rodado por la mejilla y siguió picando las cosas del almuerzo. Silvia y Paula habían cambiado de tema, pero ella no dejaba de pensar. Si no la iba a volver loca el miedo de perder a sus hermanos o verlos morir, la enloquecería la incertidumbre en la que se hallaba.

Lucrecia se miraba en el espejo de su tocador el moretón que le había quedado alrededor del ojo. Habían pasado los días y no desaparecía del todo. Odiaba esa parte de Antonio... realmente, había muy pocas partes de él que le gustaran. Alberto nunca le había puesto la mano encima, sólo era terriblemente pobre. Suponía que había tenido que sacrificar una cosa por la otra y ahora tenía que pagar el precio.

Isabella casi siempre la apoyaba en estos casos. Nunca se había puesto de parte de su padre cuando la golpeaba, siempre venía a ella a escondidas y le ayudaba a sanar las heridas que le hubiesen quedado, pero ahora no había sido así. Últimamente ni se la pasaba en casa, no cenaba con ellos; si le dirigían la palabra, contestaba con monosílabos; los ignoraba olímpicamente y ya ni les pedía dinero. La odiaba por el asunto de sus hijos y esa era otra razón para mortificarse.

No habían sido nunca una familia feliz, pero con Isabella al menos había sentido que tenía una aliada, ahora ni eso.

—Señora! —exclamó una muchacha del servicio entrando sin anunciarse.

—Pero qué te pasa! —gritó Lucrecia—. Es que no sabes cómo tocar una maldita puerta? Estúpida gata! —la muchacha la miró aturdida por un momento, y luego, como recordando por qué había venido con tantas prisas, gritó.

—La policía está aquí!

—Qué?

—La policía, la policía! Preguntan por usted y el señor!

Mierda, pensó Lucrecia. Esto no indicaba nada bueno. Miró en derredor. Conocía bien esta casa, y debía hallar una manera de escapar. Caminó a su joyero y sacó las escasas prendas que le quedaban, luego caminó a su armario y eligiendo uno de sus bolsos las metió todas allí. Buscó el dinero en efectivo que tenía ahorrado y escondido y también lo metió en el bolso, que quedó bastante pesado.

—Mis relojes —sollozó, pero no tenía tiempo de sacarlos de sus estuches. Miró sus abrigos, sus zapatos y quiso llorar. Tendría que abandonarlo todo? —Baja y diles que no estoy —le indicó a la muchacha.

—Pero ya les dije que sí está! Están en la sala!

—Bruta! Es que no piensas? Es que no tienes cerebro? Lárgate de aquí que me sacas la paciencia! —la joven miró a Lucrecia tragando saliva—. Es que no me escuchaste? —ella agitó su cabeza.

—De todos modos, usted siempre fue una mala señora.

—Qué? Qué te pasa? Quieres que te eche?

—Desde dónde me va a echar, desde la cárcel? —Lucrecia le estampó la mano en la mejilla, la joven tuvo que girar la cara por el golpe.

—Estúpidas, todas son iguales, cómo las odio. Tan igualadas —Lucrecia murmuraba a la vez que abría la puerta y escapaba por el pasillo. Se fue por las escaleras de servicio, que daban a la cocina. Si salía por la puerta de los empleados, tal vez los policías no la veían.

Pero había un oficial justo en la puerta de salida, y se devolvió. Gladys, la cocinera, la vio. Lucrecia se puso el índice sobre los labios, pero la mujer más bien gritó:

—Allí está!

Traicionada por sus propios empleados, Lucrecia dio la vuelta echó a correr, pero no tenía veinte años ya, y no llegó lejos. El policía la apresó fácilmente, le puso ambas manos en sus espaldas mientras avisaba por un intercomunicador que la tenía bajo custodia.

—Soy inocente! —gritó—. De cualquier cosa que me acusen, soy inocente!

—Eso dígaselo a su abogado —dijo el oficial.

—No, mis cosas no! —gritó de nuevo, pues le acababan de quitar el bolso para atarle las manos con unas esposas metálicas. Sintió deseos de llorar. Allí estaban sus ahorros, sus joyas, todo!

Todo el personal de la casa se aglomeró en la salida, mientras miraban cómo la conducían hasta el coche patrulla. Traidores, ella les había dado empleo y la traicionaban de esta manera.

—Lárguense de mi casa! —les gritó mientras la llevaban casi a rastras—. Están despedidos! Todos están despedidos! —se detuvo cuando vio a Carlos Eduardo Soler—. Tú —escupió. Él se acercó a ella a paso lento. Cuando la tuvo enfrente, la miró de arriba abajo.

—Ya que Ana no pudo ver este momento —dijo él—, lo hago yo, para luego relatarle con señales cómo fue.

—Me las pagarás! —gritó ella, a la desesperada—. No tienes prueba de nada!

—Si vinieron hasta tu casa para encerrarte, es que las tengo, no crees?

—Sólo porque tienes dinero e influencias, pero saldré libre pronto! —el oficial que la conducía la obligó a meterse en el auto, y aun desde allí siguió gritando. Qué poca clase, habría dicho Judith, y eso hizo sonreír a Carlos. Lucrecia no tenía ni la mitad del estilo que Ana, una mujer que, si bien venía del mismo sitio que Lucrecia, había trabajado duro por pulirse a sí misma, exigiéndose y mejorando cada día.

Pensar en ella le hacía doler algo dentro, así que se detuvo. Se dirigió al teniente de la policía que había dirigido el operativo y le preguntó por qué no habían apresado también a Antonio.

—Parece que el señor no está —le contestó—. Enviamos a buscarlos a los sitios que frecuenta, por si no estaba aquí, pero no hay señales de él—. Al oírlo, Lucrecia frunció el ceño. Antonio había salido bien temprano esa mañana y no sabía a dónde, pues él nunca le contaba lo que hacía.

—Él no puede quedar libre —dijo Carlos—. Si se entera de que apresamos a su esposa, escapará.

—Lo sabemos, pero no se preocupe, lo vamos a atrapar.

—Tú, estúpido niño rico —gritó Lucrecia desde el coche patrulla—. No tienes ni idea de lo que has hecho. Estás destruyendo la reputación de una familia respe...

—Cállese! —gritó Carlos, sorprendiéndose a sí mismo. Se acercó al auto e inclinándose un poco, apoyó las manos en la ventanilla—. Usted pagará todo lo que le hizo a Ana, las lágrimas que le provocó, la incertidumbre, el desasosiego, el haber tenido que trabajar para Orlando Riveros, y dejar de estudiar; el haber pasado hambre, la muerte de su padre, la pérdida de su casa, el daño a su hermano menor, todo!

—Orlando Riveros? —susurró Lucrecia, como si de todo lo que había dicho Carlos, fuera lo único que hubiese escuchado—. Trabajó para él?

—Y usted qué cree? Sabe lo buen jefe que fue él con su hija? —Lucrecia tenía sus ojos bien abiertos y secos, y de repente, se echó a reír. Carlos la miró ceñudo, como si la mujer de repente se hubiese vuelto loca.

—Cómo es la vida! —dijo entre risas. No pudiendo soportar más la escena, Carlos se alejó de ella. Caminó hacia su auto, sacando el teléfono de su bolsillo, e ignorando que tenía varios mensajes nuevos.

—Juan José —dijo luego de que su hermano tomó la llamada—. Ya está hecho, al menos por parte de Lucrecia.

—Ya la apresaron? —preguntó Juan José, que estaba en su oficina.

—Sí, pero falta Antonio. No han dado con él.

—Eso es malo —Carlos suspiró.

—Al menos tenemos a una. Esa mujer está loca.

—Esperemos que no sea hereditario.

—Muy bromista —masculló Carlos y cortó la llamada. Luego sonrió. Juan José siempre era capaz de ver las cosas por el lado amable. Curioso, miró los mensajes que le habían llegado al teléfono mientras estuvo haciendo las mil diligencias que había tenido que hacer para que emitieran la orden de captura, y casi se le cae el teléfono de la mano cuando vio el de Sebastián.

“Estamos en Trinidad”, decía. “En nuestra casa vieja de antes. No creemos que estemos a salvo aquí tampoco. Por favor, por favor, por favor, ven por nosotros”.

En Trinidad! Ana se había llevado a sus hermanos a Trinidad! Es que estaba loca? Al lugar más inseguro sobre la tierra para ellos? Por qué?

Quiso llamar a Ángela para preguntarle inmediatamente cómo llegar hasta ese pueblo, pero pensó que luego tendría que volver a pedir indicaciones para llegar hasta la casa de la que le hablaba Sebastián en su mensaje. Prefirió hablar con ella directamente.

...41...

ANA caminaba de un lado a otro en medio de su pequeña y desnuda sala.

No podía dormir, como se le había vuelto costumbre desde que llegara aquí. Siempre soñaba lo mismo y despertaba aterrada, o llorando.

—Ya no quiero soñar más —dijo en un susurro—. Si es un don, me está volviendo loca, ya no quiero esto.

Sus hermanos habían estado muy silenciosos toda la tarde. Silvia miraba por la ventana que daba a la calle cada dos por tres, y cuando los envió a la cama, todos la habían mirado como odiándola. Los tenía encerrados, y era difícil contener la energía de tres adolescentes; ellos hacían lo que ella decía porque se fiaban de su buen juicio, pero estaba perdiendo eso ante ellos, y presentía que en cualquier momento harían una locura.

Mañana a primera hora llamaría para hacer averiguaciones. Eso tal vez delataría su paradero, pero no soportaba ya tanta incertidumbre.

Podía llamar a Sophie, su profesora de las clases particulares de inglés, y preguntarle como si tal cosa acerca de Lucrecia y Antonio Manjarrez... Pero eso sonaría muy raro, y como hacía tiempo no la llamaba, no sería una llamada corta.

A quién podía llamar que no diera inmediato aviso a Carlos, o a Ángela, o a cualquiera de ellos?

Estaba sola en esto, y estaba cansada.

Miró en dirección a la puerta, aun en medio de la oscuridad. Varias noches había soñado con que Carlos entraba por ella, la abrazaba y le pedía que lo dejara ayudarla. Era una fantasía, Carlos no vendría, y en el remoto caso de que viniera, no la abrazaría ni le ofrecería de nuevo su ayuda. Ella había clavado una estaca en su corazón, y también ella estaba muriendo a causa de eso.

Alguien llamó a la puerta.

Ana se quedó quieta en medio de la oscuridad. Quién sería a esa hora? Era media noche!

Volvieron a tocar, esta vez más fuerte. No podía asomarse y mirar, la ventana hacía ruido al abrirse y la puerta estaba asegurada.

Un ladrón?

No, los ladrones no llaman a la puerta de la casa que van a saquear.

Un vecino?

Sí, tenían la costumbre de llamar a la puerta de otros para pedir cosas, algo que faltara en su

alacena; era muy normal allí, pero a esa hora?

—Quién es? —preguntó, llena de nervios.

—Ana, soy yo. Abre esa puerta.

Era la voz de Carlos y Ana lloró y rió al tiempo. Estaba soñando, después de todo.

Si era un sueño, no pasaba nada si abría la puerta, verdad?

Por pura curiosidad, por saber qué sucedía luego, la abrió.

Allí estaba él, alto y erguido, con ropa ligera por la alta temperatura de Trinidad. Con los cabellos un poco más largos de lo que solía ser... Pero detrás de él aparecieron Ángela, Eloísa y Juan José.

—Mujer de Dios, te encontramos! —exclamó Eloísa elevando ambas manos al cielo, y Ángela se precipitó a ella para abrazarla, a la vez que reía y lloraba, tal como ella había hecho antes.

—Estás bien —le decía en su apretado abrazo—. Estás viva y bien..

—Cómo... Qué hacen aquí? —Ángela la apretaba fuerte, y ella sentía el dolor, así que aquello no era un sueño. Ya no sabía nada.

—Eso no importa —dijo Eloísa entrando a su casa y buscando dónde encender la luz. Tras ella entró Juan José. Carlos se quedó afuera, notó—. Ahora explícate, por qué huiste así? Por qué no dejaste que te protegiéramos a ti y a tus hermanos? Por qué diablos nos hiciste esto?

—Eli, no es el momento. Silvia? Paula? Sebastián! —Ángela entró a las habitaciones despertando a sus hermanos.

—Qué haces? —le reclamó Ana.

—Me los llevo.

—A dónde!

—A un sitio seguro.

—Aquí estamos a salvo!

—No lo están —contestó Juan José—. Atrapamos a Lucrecia, pero Antonio escapó, no hemos dado con él.

—Si de casualidad averigua que estás en el pueblo de tu madre, a dónde crees que va a ir?

—Vinieron! —exclamó Sebastián al salir de la habitación y verlos; buscó entre los recién llegados a Carlos. Lo encontró afuera, y Ana vio cómo se colgó de su cuello hasta que lo obligó a alzarlo.

—Tú le avisaste —lo acusó Ana.

—No —contestó Silvia saliendo de su habitación en pijama y cruzada de brazos—. Fui yo.

—Por qué?

—Porque tal como te lo advertí, no te iba a permitir que continuaras con esta locura.

—Pero no sabes lo que hiciste!

—Tal vez no, Ana, pero mira a tu alrededor —dijo Silvia con voz dura—. Estas personas de aquí están dispuestas a ayudarnos, por qué no los dejas? —Ana miró a Eloísa, que hacía una mueca con su boca. A Ángela, que se limpiaba una lágrima, y que ni siquiera le había reprochado el haberla tenido preocupada todos esos días. A Juan José, que textaba algo en su teléfono, tal vez avisándole a sus amigos que la habían encontrado. Y a Carlos, que si bien no la miraba, no quitaba la mano de los cabellos de su hermano. Todos ellos estaban aquí, tal como decía Silvia.

De repente, sintió que todo se oscurecía, y ella perdió la capacidad de mantenerse en pie. Todo se volvió negro y no supo más.

Carlos la atrapó antes de que llegara al suelo, había visto, segundos antes, que palidecía cada vez más, y en el silencio que había seguido a la observación de Silvia, se fue acercando, preocupado.

Había acertado, Ana ahora yacía en sus brazos y casi no respiraba. Miró en derredor, pero Ana ni siquiera tenía un sofá donde pudiera apoyarla.

—En la cama —dijo Paula, y Carlos entró a la habitación con ella en brazos.

Por favor, aquí era donde había estado su novia estos últimos días? En este sitio? Aquí había vivido su niñez y su adolescencia? Este sitio no era ni remotamente habitable! Era desnudo, húmedo y caliente, ningún ser humano debía vivir aquí, menos estarse encerrado. Los ladrillos de las paredes estaban desnudos, las camas se veían viejas, no había un solo sitio confortable hasta donde él había visto. Todo estaba limpio, pero eso no disimulaba su fealdad.

—Hay que darle aire —dijo Ángela, buscando algo con qué abanicarla.

Ana estaba demasiado delgada, como si no hubiese comido ni dormido en las últimas semanas. Demasiado liviana cuando la había alzado, demasiado débil.

Se alejó de ella cuando el corazón se le apretó como un puño. Hasta qué extremo pensaba llegar esta mujer por su afán de hacerlo todo sola? Pero no podía mantenerse ajeno a ella, le dolía verla así.

—Tienes alcohol? —preguntó Eloísa a Paula, y la niña asintió. Acercaron un algodón con alcohol a la nariz de Ana y esta empezó a parpadear. Carlos salió de la habitación antes de que ella abriera los ojos, no quería que lo viera allí preocupado por ella. Confiándole su recuperación a Eloísa y Ángela, volvió a la pequeña sala donde estaban Silvia y Juan José de pie y hablando.

—Ha estado comiendo bien? —le preguntó Carlos a Silvia.

—Comer? —preguntó Silvia con voz sarcástica—. Ana debió olvidar cómo se mastica. Ni come, ni duerme, ni se detiene un minuto en todo el día. Estaba demasiado preocupada por ella, por eso me arriesgué a enviarte ese mensaje.

—Por qué no lo enviaste antes?

—Porque Trinidad no es Bogotá, acá no hay cobertura en cada esquina. Tuvimos que ingeniárnoslas Sebastián y yo. Estoy muy agradecida de que hayas... olvidado todo y venido por nosotros.

Carlos hizo una mueca. Él no había olvidado nada, estaba profundamente decepcionado, y mirando alrededor, viendo que ella prefería esto a ser ayudada, más se decepcionaba. Pero también le dolía en el alma. Estos chicos habían tenido que pasar por mucho últimamente. Sin madre ni padre, amenazados, llevados de un sitio a otro... y ahora obligados a vivir aquí. Nuevamente. Sebastián lo miraba con sus ojos grandes y claros como transmitiéndole todo lo que habían tenido que soportar. Él apenas si se estaba recuperando, y aunque estaba bien de peso y su aspecto era bueno, había algo en común en la mirada de estos chicos: estaban cansados de toda esta situación, pedían a gritos un refugio.

Extendió el brazo al niño y él no lo despreció, se pegó a él y lo abrazó en silencio. Carlos miró a Juan José, que sonrió con tristeza. Era increíble la manera como estos chicos se habían apegado a Carlos.

Eloísa salió de la habitación y Carlos la miró significativamente. Había pactado con ella llevarse a Ana y sus hermanos a casa de su madre. Beatriz ya estaba avisada y los esperaba. A la

mañana siguiente, volverían a Bogotá.

Eloísa, entendiendo la pregunta velada de Carlos, tomó su teléfono y llamó a su madre para avisarle que ya iban para allá.

—Niños, tomen sus cosas. Nos vamos —dijo Carlos.

—Y Ana?

—En cuanto se mejore, nos seguirá—. Silvia tomó la maleta que Ana había sacado de la mansión Soler y metió en ella todo lo que pudo. Ella, Paula y Sebastián se introdujeron en el auto de Carlos, que había quedado aparcado varias casas más allá para no hacer ruido y alertar a Ana, y sólo fue entrar y sentirse mejor. De alguna manera, las cosas de Carlos les infundían seguridad, confianza.

—Mamá nos espera —dijo Eloísa mientras Carlos giraba la llave y ponía el auto en marcha—. Les tiene varias habitaciones preparadas.

Silvia miró a Paula, y ésta hizo una mueca como respuesta. A ninguno se le pasó por alto que, ni aun estando Ana mal, Carlos se había quedado al lado de ella, cuidándola y consolándola. La cosa estaba grave.

-No es un sueño —murmuró Ana abriendo sus ojos. Intentó sentarse, pero no pudo, y Ángela la obligó a acostarse de nuevo—. De verdad están aquí.

—Estamos aquí —dijo Ángela—. Nos tuviste muy preocupados, por eso estamos aquí.

—Silvia... Paula... Sebastián...

—Están con Carlos. Están a salvo.

—No, no lo están...

—Por qué insistes con eso? —le preguntó Juan José, exasperado—. De veras piensas que vamos a permitir que algo les pase? —pero Ana estaba fuera de toda razón, y empezó a llorar. Volvió a hacer esfuerzo para salir de la cama, pero no pudo, y eso la desesperó más.

—Ángela, mis hermanos!

—Por Dios, mujer! —exclamó Juan José—. Están a salvo!

—Juanjo, ella tiene que verlos para estar segura.

—Pero cree que le estamos mintiendo?

—Tiene miedo por ellos.

—Porque no nos cree! —Ana cerró sus ojos y se quedó en silencio, quieta, por largo rato. Se concentró en su respiración tal y como había aprendido hacer en las noches horribles y llenas de miedo que había tenido que pasar y poco a poco se fue calmando. Pasados unos minutos en que todo estuvo en silencio, al fin pudo sentarse, miró en derredor y se secó las lágrimas.

—Si Carolina estuviera en peligro de muerte, si alguien amenazara a Alex, qué harías? —miró a Juan José a los ojos—. No tendrías miedo? No querrías tenerlo bajo tu vista todo el día? —Juan José no dijo nada, y Ana sólo parpadeó—. Yo no tengo sino a mis hermanos, y ellos sólo me tienen a mí. Sólo nos tenemos nosotros. Nuestra propia madre intentó matarlos y no pude hacer nada para evitarlo, y aún estamos en peligro. Cómo quieres que esté? Quien va a cuidar de ellos sino yo?

—Eso es lo que no entiendes —dijo Juan José—. Si alguien amenazara a mis hijos,

obviamente estaría loco de preocupación, pero algo sé, y es que si yo faltara, tendré amigos que cuiden de mis hijos y de mi mujer.

—No estás sola, Ana —dijo Ángela suavemente—. Deja de pensar que no hay nadie en el mundo para cuidarlos. Tal vez tú lo hagas mejor, pero ellos no están desamparados.

—Confías en mí, Ángela? —preguntó Ana con los ojos llenos de lágrimas.

—Claro que sí, amiga.

—Mis hermanos están en peligro. Donde quiera que estén están en peligro. Van a morir!

—No van a morir. Por qué lo dices como si fuera una verdad santa?

—Porque lo vi en un sueño! No puedo volver a la casa de Carlos, no puedo!

—Tal vez fue...

—No fueron alucinaciones, ni producto de la paranoia; lo vi, lo vi!

Juan José tuvo que recordar que cosas extrañas le habían sucedido a él en sueños. Se sentó al lado de ella en la cama y le tomó una mano.

—Qué viste?

—A Orlando Riveros dispararles. A tu padre, Ángela.

—Pero él está muerto.

—Pero es un sueño que se repite, y se repite... y tengo miedo, todo el día tengo miedo, me consume, me impide comer o dormir. Me está volviendo loca!

—En qué lugar estabas?

—El sitio se parece mucho al jardín de la mansión Soler.

—Diablos...

—Por eso huiste?

—Sí.

—Pero por qué no se lo contaste a Carlos?

—Porque él habría encontrado el modo de convencerme de quedarme, y no podía! La vida de mis hermanos estaba en juego! —Ángela respiró profundo, comprendiendo un poco. Elevó una mano al rostro demacrado de Ana y limpió sus lágrimas.

—Atraparemos a Antonio, y mientras, buscaremos el modo de mantenerlos seguros a ti y a tus hermanos.

—Ángela...

—Ana —la interrumpió ella—. Si se va a cumplir ese sueño, que sea mientras peleamos. Si no hay nada en el universo que podamos hacer para evitarlo, que no nos tome desprevenidos. Si ya está escrito que sucederá, al menos habremos intentado cambiar el destino. No nos rendiremos, te doy mi palabra. Me crees? —Ana la miró a los ojos. Antes, en esta misma casa, se habían prometido cuidar la una de la otra en las buenas y en las malas. Ana había pasado por demasiados momentos malos en su vida, pero Ángela había cumplido su promesa de cuidar de ella al pie de la letra. Incluso el haberse enamorado de Carlos se lo debía a ella.

Respiró profundo y cerró sus ojos.

—Te creo.

—Bien. Ahora, arriba. Nos vamos a la casa de Beatriz.

—La mamá de Eloísa?

—Sí, te espera a ti y a tus hermanos.

—Ellos ya están allá?

—Tal vez, Carlos los llevó—. Al escuchar su nombre, Ana sintió un pinchazo en el pecho. Él ni le había dirigido la mirada. En otro tiempo, él habría estado aquí sosteniendo su mano y dándole palabras de fortaleza, pero él no estaba. Quiso seguir llorando, pero no podía, y no debía.

—Está bien. Vamos.

—Perfecto—. Ángela miró a Juan José, que se puso en pie y caminó a la salida.

—Me odia, verdad? —susurró Ana, refiriéndose a Carlos. Ángela hizo una mueca.

—También él ha pasado por mucho —fue lo que ella dijo, y caminó a su lado hasta llegar al auto.

Llegaron a una casa enorme y bonita. Ana la reconoció al instante, era la casa del antiguo alcalde de Trinidad. Ahora él tenía un puesto gubernamental mucho más alto e importante, y viajaba mucho a Bogotá, pero aún tenía su residencia aquí. Nadie se explicaba por qué, si la misma Beatriz era partidaria de dejar este pueblo, pero aquí seguían.

La casa era grande, de dos pisos y con un jardín que ahora mismo se hallaba en la oscuridad. Como la casa de los Riveros, en la que había trabajado durante mucho tiempo, estaba un poco separada del vecindario conservando su privacidad.

Juan José detuvo el auto, y Ana notó que Ángela no había tenido que darle indicaciones en el camino. Al parecer, él conocía ya esta casa.

Beatriz misma abrió la puerta cuando sintió el auto llegar y recibió a Ana. Le puso una mano en el rostro e incluso le bajó uno de los párpados para mirarle mejor los ojos.

—Tú no estás nada bien —le dijo. Ven a la cocina, tus hermanos están allí comiendo algo.

—Pero ellos ya comieron en la noche.

—Pues parece que no hubiesen comido en días, tal como tú—. Ana se sonrojó un poco. Pasaron por una sala y allí vio a Carlos sentado en uno de los sofás conversando por teléfono. Le escuchó mencionar a su madre y dedujo que hablaba con ella contándole los pormenores de su viaje.

—Les he dado muchos problemas —dijo Ana en un susurro y mientras pasaban de largo.

—Sí, unos cuantos —contestó Beatriz. Llegaron a la cocina y Ana se sentó en la mesa de desayuno en la que estaban sus hermanos. No los miró, y ellos apenas intercambiaron miradas. Una muchacha que no estaba uniformada, pero debía ser del personal de ayuda en la casa, puso delante de Ana un plato de sopa. Ana empezó a comer en silencio.

Cuando hubo terminado, volvió a la sala, y encontró a los demás conversando en voz baja acerca de ella y sus hermanos. Cuando la vieron, se quedaron en silencio, y Eloísa se puso en pie para darle su puesto al lado de Carlos, pero ella se quedó quieta donde estaba.

—Estábamos conversando —dijo Juan José— acerca de lo que debemos hacer ahora.

—Yo opino que te quedes aquí —dijo Eloísa, arrastrando una silla hacia el círculo en el que estaban y sentándose en ella—. Le harías compañía a mi madre y seguirías en Trinidad, tal como decidiste al principio, pero más cómoda y segura.

—Yo no estoy de acuerdo —dijo Ángela—. Hay que pensar en los niños, han perdido ya dos semanas de clases, pero aún están a tiempo de volver y salvar lo que les quede del bimestre y el año escolar...

—Pero para eso tendrías que volver a Bogotá —continuó Juan José—. Y tú no quieres—. Ana miró a Carlos, pero él tenía la mirada fija en sus manos. Él no iba a decir nada?

—No tengo a donde ir en Bogotá...

—También pensamos eso, en caso de que decidieras volver —siguió Juan José—. Tú dijiste que en ese sueño que tuviste, estaban tus hermanos en un prado. Algo que no dijiste y que sobreentendiendo es que estaban juntos. Si cada uno de nosotros se hiciera cargo de uno de tus hermanos...

—Separarlos? No... —la sonrisa de Carlos llamó su atención, pero no dijo nada.

—Es eso, Ana, o ponerlos en peligro de nuevo —insistió Juan José.

—No será por mucho tiempo —dijo Eloísa—. Cualquier decisión que tomes será temporal. Antonio está en la inmunda ahora mismo, anda sin un centavo en el bolsillo, huyendo. Incluso hace nada la policía llamó a Carlos para decirle que encontraron su auto abandonado en las afueras de Bogotá... Pronto lo atraparán y esta pesadilla habrá terminado.

Ana se cruzó de brazos considerándolo. Nunca sus hermanos habían estado separados, pero Juan José tenía razón; en su sueño ellos estaban juntos, y si eliminaban ese factor, tal vez no se cumpliera.

—Piénsalo —dijo Ángela. En el momento, Beatriz entró a la sala y ocupó el lugar que Eloísa había dejado para Ana. Ángela siguió—: Igual, pasaremos lo que queda de la noche aquí y mañana nos podrás contar qué decidiste.

—Y yo estoy bastante cansado, ha sido un día muy largo —bostezó Juan José y luego se puso en pie—. Vamos, amor? —Ángela tomó su mano, y al pasar por el lado de Ana se soltó de él para darle el beso de las buenas noches a su amiga. Ana le sonrió.

—Yo también tengo sueño —dijo Eloísa—. Ya van a ser las dos de la madrugada, y hoy me levanté demasiado temprano. Ana, tú ocuparás mi habitación.

—Y tú?

—Yo dormiré con mamá esta noche.

—Por los chicos no te preocupes —dijo Beatriz mientras Eloísa salía—. Ya los ubiqué en la habitación de huéspedes que me quedaba.

—Entonces yo me iré a un hotel —dijo Carlos poniéndose en pie. Era la primera palabra que le escuchaba desde que le había abierto la puerta allá en su vieja casa.

—No seas tonto. Tú vas a compartir la cama de... —Carlos no dejó que terminara y se inclinó a ella para darle un beso en la mejilla.

—Ya me habían dicho que eres una mujer especial. Me alegra mucho comprobarlo.

—No me sirve de nada, si no puedo convencerte de quedarte en mi casa —Carlos le sonrió meneando la cabeza—. Está bien, si prefieres un mugre hotel que mi casa, allá tú. Dudo que en Trinidad haya algo que cubra mínimamente tus expectativas.

Como él seguía ignorándola, Ana cada vez sentía más dolor en su alma. Quiso ir tras él, tomarle el brazo y pedirle que hablaran. Pero hablar qué? Tenía derecho ella a reclamarle algo? Tenía derecho a explicarse? Él estaba tan herido que ni le había hecho un reclamo. Ella había esperado una buena regañina, pero ni eso.

Pero por supuesto, esta era la manera de ser de Carlos. Era de los que acumulaba sus sentimientos hasta que estos explotaban. Así había sido siempre.

Cuándo explotaría él?

—Carlos —lo llamó ella por pura inercia cuando él iba saliendo de la casa. Él se giró y la miró. Y ahora, qué le iba a decir? Para qué lo había llamado?

Ah, es que decir su nombre era como tenerlo a él en su boca.

Tragó saliva y se mordió los labios.

—Gracias por todo —fue lo que dijo. No notó que Beatriz los miraba como si ellos estuvieran dentro de una pantalla en la escena final de su telenovela favorita. Vio a Carlos alzarse de hombros.

—Quiero a tus hermanos, ya lo sabes —y con eso se despidió. No dijo: buenas noches, ni: nos vemos mañana. Nada. Tal vez planeaba irse a primera hora a Bogotá. Él ahora no había ofrecido su casa, ni se había acercado a ella para preguntarle si estaba bien. Ay, Dios, y ella lo extrañaba tanto!

Pero esto era consecuencia de sus decisiones, las decisiones que tal vez habían mantenido a salvo a sus hermanos por estos días.

—Está furioso —dijo Beatriz, interrumpiendo sus pensamientos—. Y tiene todo el derecho de estarlo, si somos sinceras—. Ana parpadeó para ahuyentar las lágrimas.

—Me pregunto si tengo derecho a desear que se le pase.

—Se le pasará —siguió Beatriz, acercándose a ella—. Furioso y todo, está enamorado de ti. Si eres paciente, te perdonará. Por ahora, cierra esa boquita y no digas nada fuera de lugar. Cuando tengas que hacerlo, pídele perdón.

—Pero lo extraño tanto...

—Me lo imagino. Pero tú misma planeabas no verlo durante mucho más tiempo, así que resiste. Los hombres, a veces, necesitan su tiempo y su espacio para recordar que están enamorados. Déjalo que se le pase.

Ana cerró sus ojos respirando profundo, y Beatriz la condujo hasta la habitación de Eloísa. Cuando estuvo sola, alguien llamó a su puerta. Tras ella apareció Sebastián, que se mordía los labios.

—No te has acostado? —él sacudió su cabeza negando.

—Yo le mandé el mensaje a Carlos —dijo—. Silvia y yo estábamos preocupados por ti. No es que fuéramos egoístas y quisiéramos volver a la mansión. Es sólo que tú... —Ana caminó a él y lo abrazó. El niño intentó ocultar sus sollozos, pero no pudo—. No quiero que estés molesta conmigo —susurró.

—Molestarme contigo? —sonrió Ana acariciando sus cabellos, que habían vuelto a ser suaves—. Eres mi hermanito del alma, nada podría hacer que me moleste contigo... al menos no por mucho tiempo —él sonrió.

—Puedo quedarme aquí contigo?

—Mmmm, así como cuando eras bebé?

—No seas tonta, yo ya estoy grande. Lo digo porque...

—Sí, claro, claro, mi hombre grande. Está bien, quédate aquí—. Sebastián no lo dudó y se metió en la cama de Eloísa, que era amplia.

—Carlos me dijo que encerraron a uno de los que nos quieren hacer daño, pero otro sigue suelto —dijo Sebastián cuando estuvo acostado—, que tenemos que tener cuidado todavía.

—Es verdad.

—Mañana volveremos a Bogotá —dijo el niño ya con los ojos cerrados—. La profesora sí que se va a enojar conmigo por todo lo que he faltado este año —él ya tenía los ojos cerrados, pero seguía hablando—. Primero, lo de la quemadura, y ahora, esto. Se puede perder el año por

faltas...

—No, tú no vas a perder el año... y han sido faltas justificadas—. Sebastián la dejó hablando sola, pues se quedó dormido casi al instante que pronunció la última palabra. Enternecida, pues a pesar de sus once años aún tenía el aspecto de un niño, se sentó a su lado en la cama y acarició su rostro. Pronto cumpliría doce y se pegaría el estirón, convirtiéndose en toda regla en un adolescente. Iba a ser un chico guapo, más alto que sus hermanas y no tan delgado. Frunció el ceño. Su hermano era diferente a todas ellas, de piel más clara, de cabello más liso y suave, de ojos más claros.

Se recostó en su propia almohada pensando al respecto, uniendo las piezas y la información que ahora tenía de su madre. Y si Sebastián no era hijo de su padre? Ella habría sido muy capaz de serle infiel con otro que sí le diera lo que ella pedía. Y si esa había sido la razón de que su padre empezara a beber y luego ella dejara la casa? Había dejado al niño con poco más de un año de nacido. Sebastián aún usaba pañales y bebía del biberón, apenas si había empezado a caminar cuando Lucrecia se fue.

Analizó el comportamiento de su papá con respecto al niño y encontró que nunca le prestó siquiera atención. Pensó que había sido por sus constantes borracheras, pero cuando el bebé se arrimaba a él, o accidentalmente se lo encontraba en su camino, lo ignoraba, o le rehuía para que no lo tocara. Nunca lo golpeó, como tampoco nunca le puso la mano a ninguna de sus hijas, pero a ellas las trataba con cariño, mientras que a Sebastián ni lo alzaba.

Cerró sus ojos y respiró profundo. Venir a la casa donde se había criado le traía más nítidamente los recuerdos de su infancia, y no tuvo más que concluir que este niño de aquí había sido el desencadenante de todo lo que había sucedido en su familia, o más concretamente, lo que había hecho Lucrecia al embarazarse de él. Tenía que ser alguien de aquí de Trinidad, pero quién?

Tal vez podía preguntarle a las mujeres que eran amigas de su madre en aquella época, si es que las encontraba. Tal vez Beatriz podía ayudarla en eso. Ah, tenía demasiadas cosas que pensar esta noche, como por ejemplo, qué hacer mañana, a dónde ir.

Sin embargo, se fue quedando dormida, y su sueño la atrapó nuevamente en ese prado donde Orlando Riveros les apuntaba con un arma.

...42...

-**TÍA BEATRIZ** —dijo Sebastián con su iPad en las manos—. Cuál es la contraseña del wi-fi?
—Eloísa se echó a reír.

—Pides demasiado, cariño.

—Pero en el jardín hay señal —insistió el niño.

—Dásela, Eli —pidió Beatriz—. A ver si él tiene suerte y logra enchufarse a esa cosa — Sebastián se arrimó a Eloísa y ella digitó la clave que le pedían. Inmediatamente, Sebastián se fue hasta el jardín a cazar la señal de internet como si fuera una mariposa.

—Buenos días —dijo Ana entrando al comedor. En él estaban Ángela, Juan José, Eloísa y su madre tomando el desayuno.

—Buenos días—, contestaron ellos.

—No parece que hubieses dormido —dijo Beatriz señalándole un lugar en la mesa. Ana hizo una mueca, sin querer contarles que anoche fue otra noche de pesadillas. Miró en derredor, y al no hallar a sus hermanos, miró a Ángela.

—Están en el jardín, cazando la señal de internet.

—Ah —se sentó en silencio queriendo hacer más preguntas, como por ejemplo, dónde estaba Carlos, pero temiendo que la respuesta no le iba a gustar nada, se quedó callada—. Y Carolina y Alex? —preguntó en cambio—. Dónde los dejaste?

—Ah, se los dejé a la abuela. Espero que Alex la haya dejado dormir —pero en su rostro había una sonrisa más bien malévol. Juan José sonreía también.

—Madre se opuso rotundamente a que lo trajéramos aquí —dijo él—. Así que se lo dejamos.

—Pero todavía está muy pequeño.

—Claro —agregó Eloísa—. Mírale las tetas. Las tiene a reventar —Ángela hizo una mueca, pues era verdad.

—Deja de mirarle las tetas a mi mujer —rezongó Juan José, pero seguía sonriendo. Beatriz se echó a reír y Ana se sintió más relajada. Este ambiente era sano para ella. Hablar otra vez con adultos le iba devolviendo poco a poco la cordura.

En el momento Carlos entró a la sala del comedor, y Ana sintió que ésta se volvía más fresca y más acogedora. Luego parpadeó recordando que ya no estaban juntos porque ella lo había herido y toda la luminosidad se apagó.

—Buenos días —saludó él, y uno a uno respondió a su saludo. Ella permaneció en silencio y se concentró en comer.

—Dormiste bien? —preguntó Beatriz. Él sonrió y Ana frunció el ceño. Andaba muy coqueto con Beatriz o era cosa suya?

—Sí, gracias.

—Bueno, me alegra.

—Dónde están los chicos? —preguntó él y fue Beatriz quien contestó. Sonreían y charlaban como si nada. Beatriz dio la orden y alguien le trajo el desayuno a Carlos, que empezó a comer prestándole toda la atención a su anfitriona.

Apretó el tenedor en la mano, y Eloísa le puso la suya encima haciendo que aflojase.

Respirando agitada, Ana miró a Carlos sintiendo dolor, añoranza, amor, deseo, ira, impotencia... Ahora quería tenerlo de vuelta, sentir que otra vez era suyo, que todas sus miradas, sonrisas, atenciones y amabilidades iban destinadas sólo a ella, como antes.

Pero tú te fuiste sin decirle a dónde, ni despedirte, dijo su conciencia. Distes por terminada la relación sin consultarle a él. De paso, le diste a entender que no confiabas en la protección que te brindaba, y todos sus esfuerzos por cuidar de ti y tus hermanos fueron como si nada cuando tomaste la maleta.

No pudiendo soportar sus propias verdades, Ana se puso en pie y salió de la sala comedor. Caminó al jardín y entonces se quedó paralizada.

A la distancia, vio a sus hermanos sentados en el prado, abrazados unos a otros, y un hombre, a menos de tres metros de ellos, les apuntaba con un arma.

Gritó con todas sus fuerzas y echó a correr hacia ellos.

Escuchó los disparos, incluso sintió un dolor agudo en alguna parte de su cuerpo, pero en su cabeza sólo estaba el ruido del latir de su propio corazón y la desesperación por llegar hasta sus hermanos. Tal como había sucedido en su sueño, ella se tiró sobre los tres, cubriéndolos con su cuerpo. Hubo gritos, más disparos, rugidos de dolor y al final, por fin, silencio.

-Esto debe ser una pesadilla —sollozó Ángela caminando de un lado a otro.

Ahora estaban en el pequeño centro de salud de Trinidad. Todos reunidos en la sala de espera. Carlos había salido con Juan José a la comandancia de policía a declarar. La historia era bastante rara, y absurda.

Cuando Ana se levantó de la mesa, todos se la habían quedado mirando extrañados. Ella tenía una expresión como si quisiera echarse a llorar, y no era para menos. Carlos había entrado y ni siquiera la había mirado, cuando antes jamás sucedía que él entrara en una estancia donde ella se encontrara sin que le dedicara al menos una mirada. Ángela se había puesto en pie tras ella y la había seguido, para de inmediato escuchar su grito y verla correr.

Era una imagen que se repetía una y otra vez en su mente.

Un hombre, algo mayor y que ella no conocía, le apuntaba a Silvia, Paula y Sebastián, que se habían retirado un poco de la casa para poder turnarse el iPad y navegar, pues habían logrado captar la señal de internet. Los tres estaban sentados en el suelo, y Silvia los abrazaba y protegía, pero aquello no sería suficiente; tenían el miedo pintado en el rostro y el hombre estaba demasiado cerca de ellos, un disparo a esa distancia los destrozaría.

Pero lo terrible fue ver a Ana gritar y correr hacia ellos. Llamada su atención, el hombre había

movido el brazo, le apuntó a ella y disparó, pero erró el tiro; volvió a disparar, y ésta vez le dio. Ángela gritó, y sintió que Juan José tiraba de ella para ponerla a cubierto, pero Ana, a pesar de estar herida, no se detuvo en su carrera, y consiguió llegar a sus hermanos. Se volvió a escuchar un disparo, pero no salió de su arma. Un segundo después, el hombre yacía en el suelo.

Esta no era cualquier casa, era la casa del ex alcalde de Trinidad, ahora congresista. Violar la seguridad aquí no era fácil, había hombres las veinticuatro horas custodiando a sus habitantes.

El intruso fue abatido, y Ana no se dio cuenta de que estaba herida sino hasta que Silvia la lastimó sin querer. Le había dado en el brazo izquierdo, y estaba perdiendo sangre. Sin embargo, hasta que Ana no comprobó que sus hermanos estaban ilesos, y que la sangre que los cubría era la suya propia, no se dejó atender. Cuando la metieron en el auto para llevarla al centro de salud, se desmayó.

Carlos casi había enloquecido. Al escuchar el primer disparo salió al jardín, vio cómo la herían; cómo ella, sin importarle el impacto que la hizo retroceder, ni el dolor que debió sentir, siguió corriendo. Él trató de detenerla, a pesar de estar en medio del fuego cruzado. Cuando los disparos cesaron, logró al fin llegar hasta ella, la revisó y comprobó que la herida no era seria, aunque estaba perdiendo mucha sangre; y luego se acercó a Antonio Manjarrez, que yacía en el suelo con el arma aún en la mano y los ojos abiertos. La bala que el hombre de seguridad de la casa de los Vega le había metido en el cuerpo, le había causado una muerte instantánea al darle justo en la cabeza.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y le cubrió el rostro, no tanto por respeto a él, sino por los chicos. No quería que a todos los horrores que habían tenido que ver y vivir, se sumara la expresión de odio y miedo en la cara de este hombre, que aun después de la muerte, parecía desesperado por recuperar lo que había perdido.

Ahora la preocupación de todos era Ana, que no despertaba. Según el médico, la pérdida de sangre había sido poco importante. Ella estaba en shock, y tendría que tomarse todo el tiempo que necesitara para volver.

Ver a Silvia, a Paula y a Sebastián como tres polluelos desamparados, sentados uno cerca del otro y esperando que su hermana despertara, rompía el corazón.

No valían las palabras; decir “ella va a estar bien” sobraba. El peor miedo de Ana se había cumplido, la imagen de su sueño se había trasladado a la realidad. Afortunadamente, todos estaban bien. Al menos, físicamente.

—Ningún progreso? —preguntó Juan José entrando a la sala. Tras él, entró Carlos.

—Nada. Hicieron la declaración? —Juan José asintió, y caminó hasta ella para abrazarla y besar su frente—. Eh, Carlos —llamó él, pues su hermano había seguido derecho por los pasillos. Él se detuvo y se giró a mirarlo, en su rostro había una advertencia. Él iba a ver a Ana, no importaba si los médicos aún no lo permitían. Juan José respiró profundo y lo dejó en paz. Miró a su mujer y sonrió, aunque no había humor en sus ojos—. Antonio estaba aquí en Trinidad desde ayer —dijo—. Se hospedaba en el mismo hotel en que se hospedó Carlos anoche. Llevaba buscando a Ana y sus hermanos desde entonces, pero tal vez no le era fácil hallarlos porque ella no salía, ni los dejaba salir a ellos.

—Pero cómo los encontró? Ni nosotros pudimos imaginar que estaban aquí!

—Nos gustaría saberlo, lo cierto es que esta mañana vio a Carlos salir del hotel para venir aquí y lo siguió.

—Ay, Dios, no.

—Sí —confirmó Juan José—. Así que te imaginarás cómo se siente él ahora—. Ángela enterró su rostro en el pecho de su marido sin decir nada.

Ana flotaba en una nebulosa. Se estaba bien aquí; en este lugar no había miedos. Abrió los ojos y se vio a sí misma adolescente, era una niña otra vez; inocente, pura, con ilusiones un poco vagas, pero suyas.

—En serio quieres dejar de seguir soñando? —escuchó que le decían. A su lado estaba Alberto Velásquez, su papá. Ella se emocionó al verlo, tal como una niña, y lo abrazó, y lo besó, y lloró, pero no le reprochó nada. Él también había sufrido bastante, no? —Entonces dime — insistió él con una sonrisa. Quieres dejar de soñar? —Ana hizo una mueca.

—De qué me sirve soñar? Si son sueños malos, no podré cambiarlos; haga lo que haga, se harán realidad.

—No te gusta entonces la ventaja que tienes sobre los demás al saber lo que sucederá en el futuro?

—Eso no es una ventaja, es un castigo. Todas estas semanas no hice sino angustiarme porque sabía que le harían daño a mis hermanos.

—Pero ellos están bien —dijo Alberto—. Ellos están bien—. Ana guardó silencio y lo miró. Quería preguntarle acerca de Sebastián, pero al parecer, no fue necesario—. No, no es hijo mío — dijo—. Pero no lo quieras menos por eso.

—No lo hago. Sabes quién...

—No necesitas saberlo. Cuida de él como has hecho hasta ahora, su alma es un alma vieja. Me sorprende que nadie alrededor se haya dado cuenta, en especial, Juan José.

—De qué hablas? —El Alberto de su ensoñación sonrió —Los incendios persiguen a ese niño. Que no se le ocurra hacerse bombero.

—No... no te entiendo.

—No importa —él suspiró y puso una mano en el rostro de su hija—. No eres como yo, tú eres fuerte, tú saldrás adelante. A ti una decepción amorosa no te cortará la vida, así que regresa con tus hermanos.

—No estoy triste por Carlos.

—Eso dices. Sé valiente, hija —le dijo, poniendo ambas manos sobre sus hombros—. Y gracias por haber cuidado de los niños hasta hoy. Gracias por hacer el papel de madre y padre cuando tú misma necesitabas unos. La vida te compensará todo aquello que sacrificaste por el bien de ellos.

—Te volveré a ver?

—Pero dijiste que no quieres soñar.

—Te veré en mis sueños?

—No, pero cada vez que tengas uno, pensarás en mí.

—Eres tan ambiguo...

—Quieres dejar de soñar? —volvió a preguntar. Ana respiró profundo y meditó la respuesta. Miró a su padre, con sus arrugas y sus canas prematuras por la pobreza, el trabajo duro y el

sufrimiento. Quería una historia diferente para sí misma.

—Si es un don, no lo puedo despreciar. Pero si se convierte en mi maldición, lo rechazaré.

—Está bien.

—Te amo, papá.

—Vaya, nunca hubo palabras así entre nosotros.

—Aprendí a decir “te amo”.

—Pero no las dijiste cuando debiste —ella hizo una mueca, recordando la nota que le dejara a Carlos antes de huir.

—Tendré que decirlas más a menudo ahora—. Él sonrió.

—Ve, regresa. Olvida los horrores. No te ates a tus miedos. Recuerda que el miedo a sufrir es peor que el propio sufrimiento—. Tras decir esto, se acercó para besarle la frente, y ella lo vio desvanecerse.

La frase quedó flotando en su mente, y poco a poco, el sueño la fue invadiendo. Se sentía cansada, terriblemente cansada, como si no hubiera dormido bien durante meses, y tal vez así era. Se acomodó en alguna parte y se sumió en un sueño profundo y reparador. Ya Orlando Riveros no estaba allí apuntando con un arma, sus hermanos no tenían el terror dibujado en el rostro, ella ya no gritaba, ni corría.

Ya todo estaba bien.

O casi todo.

Carlos miró a Ana dormir. Se acercó a ella en su cama y tocó su mano, con cuidado de no moverla y lastimar su brazo herido.

Qué iba a hacer ahora? Qué le podía decir? Dios, estaba tan enojado con ella, y a la vez tan en deuda. Cómo podría justificarse a sí mismo por haber traído al asesino hasta sus hermanos? Pero, cómo iba a saberlo?

Por haber rechazado la cama en la que había dormido ella anoche, por estar enojado.

Y el maldito enojo no se le pasaba, sólo se mezclaba con culpa y frustración.

Ana parpadeó, y Carlos se enderezó, soltó su mano y se alejó de su cama. Ella movió los ojos hasta él y sonrió.

—Eres tú —fue lo que dijo, y a él le dolió el corazón. No pudo ser duro con ella, no cuando estaba tan débil y en una cama, no cuando había sido herida y había tenido que ver cómo intentaban matar a sus hermanos. Todavía tenía mucho que hablar con ella, pero no era el momento ni el lugar.

—Tus hermanos están bien —dijo, antes de que ella preguntara, pues estaba seguro de que lo haría. Ella sólo lo miró—. Antonio está muerto, Lucrecia en la cárcel. No podrán hacerte daño ya. Ninguno de los dos. Ya puedes estar en paz.

La voz de él era un tanto cortante, y Ana giró su cabeza para mirar a otro lado.

—Quiero ver a mis hermanos —dijo, y Carlos asintió, sintiendo otra vez dolor en su corazón. Ella no lo amaba, se dijo. Ella no lo anhelaba como él la anhelaba a ella. Salió de la habitación y llamó a Silvia y los demás para que entraran a ver a su hermana. Se hubiese ido a Bogotá de inmediato si no fuera porque eso era huir, y si bien quería estar todo lo lejos que pudiese de ella

para lamerse sus heridas, él era necesario aquí, y tenía que estar.

Sintió la mano de Juan José en su hombro y los dos se quedaron allí en la sala de espera un buen rato, hasta que un médico anunció que ya podían llevarse a la paciente a su casa.

Y he aquí otro asunto. La paciente no tenía casa.

-Yo no tengo ningún problema en que se queden aquí —dijo Beatriz, recostándose al espaldar de un sofá de su sala—. Al contrario, me haría muy feliz.

Estaban todos de vuelta en su casa, con Ana sentada muy cómodamente en uno de los sofás y el brazo en cabestrillo. Iba oscureciendo y entre todos, discutían acerca de qué hacer ahora.

—No mamá. Los chicos no pueden seguir perdiendo clases.

—Pero Ana no está bien!

—Se recuperará, eso no es problema. El médico dijo que puede viajar.

—Yo pagaré un hotel para que estén allí el tiempo que necesiten —dijo Carlos—. Mientras consiguen una casa en la que vivir.

—Cómo así, no nos llevarás a la tuya? —preguntó Sebastián con toda inocencia. Ana miró a Carlos esperando su respuesta, pero no fue él quien habló, sino Paula, que al igual que todos, estaba pendiente de lo que se decidiría allí.

—Pero Sebastián, no puedes abusar de la hospitalidad de Carlos —dijo la adolescente, con su usual sinceridad—. Nosotros estábamos allí de paso. La verdad es que nunca hemos tenido un lugar al que pudiéramos llamar “ésta es nuestra casa”, excepto la que dejamos anoche, y ya ves que no podemos volver.

Eso a Carlos le dolió, y a Ángela, y a Eloísa. Ana bajó la mirada reconociendo aquello como la pura verdad. Cuando estaban con Ángela, esa no era su casa, luego en la de Carlos fue lo mismo. Ahora se los estaban rifando para ver a dónde los enviaban y ella no podía decir nada, porque si decía que era su deber cuidar de sus hermanos, todos la atacarían por su autosuficiencia, y tal como estaba, no podía cuidar siquiera de sí misma, mucho menos de otros. Pero era esto lo que ella no quería, que sus hermanos se sintieran desarraigados, sin un lugar al que llamar hogar.

Vio a Carlos sonreír y sacudir su cabeza.

—Quién puede contra ese argumento? —respiró profundo, y sin mirarla, como había sido toda la noche, dijo—: Mi casa es su casa, chicos. Sus habitaciones los esperan, están intactas. Vuelvan allí, y quédense todo el tiempo que sea necesario.

—Yay!! —exclamó Sebastián, y Paula lo abrazó.

—No tienes que hacerlo, Carlos —susurró Ana, para recibir como respuesta una mirada dura que la hizo callar.

—Entonces, no se diga más. Mañana a primera hora viajaremos.

—Por mí, viajemos ya mismo —sugirió Ángela—. Alex debe estar desesperado, y si me tardo más de lo necesario, tendré que destetarlo.

—No queremos privar a Alex de su comida favorita —dijo Carlos sonriendo y poniéndose en pie—. Beatriz, fue un placer estar aquí en tu casa y conocerte —le tomó la mano y le besó el dorso de los dedos. Ana sólo los miraba. Beatriz sonrió halagada.

—Dios querido, qué tipo más buen mozo eres. Deberíamos tener una aventura.

—Llárame cuando quieras.

—Quieres que Ana te mate, verdad? —dijo Silvia en voz un poco alta, y sin esperar respuesta, subió a las habitaciones a recoger sus cosas.

—Creo que tenemos que ir a la casa vieja por algunas cosas —dijo Ana en voz baja y a nadie en particular.

—Te llevo —dijo Juan José, y juntos salieron y subieron a su auto. Todos en la casa se pusieron en movimiento para prepararse para el viaje. Llegarían a Bogotá en la noche, pero era lo mejor. Entre más pronto salieran de aquí, más lejos quedaría la pesadilla.

...43...

CARLOS, ANA, Silvia, Paula y Sebastián entraron a la mansión Soler y ya era casi media noche. Carlos había llamado a Judith para anunciarle que iban en camino, así que se la encontraron en el vestíbulo para recibirlos. Ana sonrió en su corazón cuando la vio abrazar a sus hermanos y consolarlos por todo lo que habían tenido que vivir; deduciendo lo cansados que estaban, Judith los llevó de inmediato a sus habitaciones.

Antes de irse, se giró a ella y le sonrió diciéndole:

—Bienvenida de nuevo a mi casa —Ana le correspondió asintiendo con su cabeza, y deseando abrazarla por primera vez. Todo el que amara a sus hermanos, se ganaba de inmediato su respeto.

Los niños y Judith se fueron y los dejaron a ella y a Carlos a solas. Pensando que entre más pronto hablara con él mejor, intentó iniciar una conversación, pero él apenas si le permitió pronunciar su nombre.

—Leti? —llamó, y el ama de llaves de la mansión se acercó presta a recibir sus órdenes—. Arregla una habitación para Ana, para que pase allí la noche.

—Señor? —preguntó la mujer, confundida, pues habían pensado que como antes, ella dormiría en la habitación de él. Ana se lo quedó mirando con el corazón roto. Pero claro, qué había esperado?

—Lo que oíste, Leti, lo que oíste —dijo él alejándose por las escaleras, dándole a ella la espalda. Leti miró a Ana con los ojos llenos de conmiseración, y Ana se odió a sí misma por el deseo de llorar que le entró. No debía mostrarse débil delante de nadie. Ella era fuerte, ella no necesitaba de nadie.

—Siento hacerte trabajar a estas horas —le dijo a Leti, y la mujer sólo se alzó de hombros. Le pidió que la siguiera y Ana así lo hizo.

Mínutos después de estar a solas en su habitación, Carlos sintió que alguien llamaba a la puerta.

Sería Ana? Se preguntó, lleno de expectativa. Abrió la puerta sin preguntar quién era y se encontró al ama de llaves.

—Las cosas de la señorita están aquí... —dijo ella un poco aturdida por la velocidad de él al abrir la puerta.

—Ah, claro—. Decepcionado, y burlándose de sí mismo por eso, Carlos la dejó pasar y la vio sacar del armario ropa para Ana. Dios, pero qué estaba haciendo? Si se moría por tenerla a su

lado de nuevo! Por abrazarla en medio de la noche, así los dos estuvieran vestidos con sus pijamas!

Pero no, se detuvo cuando casi se le sale la orden de dejar todo así y trasladar a Ana aquí. Antes, era él quien siempre daba el primer paso, siempre buscándola, siempre atrayéndola a él con todas sus fuerzas, utilizando cada recurso a mano para que ella lo amara. Estaba cansado de eso, y de sentirse tan poco correspondido. Necesitaba una prueba de que Ana de verdad lo amaba, y no sólo se había dejado arrastrar por él, que era como constantemente sentía.

Esta vez, tenía que ser ella quien diera el primer paso.

Ana recibió sus cosas y le sonrió a Leti tratando de disimular, pero siempre había sido una mala actriz y tuvo que sacarla pronto de su habitación. Había matado el amor de Carlos? Ni teniéndola cerca, él sentía algo ya? Tan malo había sido lo que le había hecho?

Se sentó en la cama lentamente. Qué hacía aquí? Si Carlos ya no la amaba, qué hacía en esta casa?

Iba a ser así? Se verían en el desayuno y serían como dos extraños, no podría ella dirigirle siquiera la palabra, le rehuiría él cuando se encontraran en la misma habitación?

En qué punto empezarían a discutir? A decirse cosas desagradables, a maldecirse, a odiarse?

Le impediría él siquiera contarle todo aquello por lo que estaba pasando cuando tomó esa maleta?

Sólo recordar el momento le hacía erizarse por el terror que había tenido que pasar. Ella había demostrado que tenía razón al tener miedo. Se había equivocado de jardín, de prado, de casa, pero había acertado en lo demás. No lo había visto él?

Lo había perdido?

Se llevó una mano a la mejilla cuando se dio cuenta de que una lágrima había rodado. Estaba cansada. Cansada de llorar, cansada de sus cargas. Con la muerte de Antonio y la captura de Lucrecia sus miedos habían disminuido en gran manera, pero ahora tenía delante una nueva prueba y no se sentía con la fuerza para luchar.

Había perdido a Carlos, lo había perdido. Había perdido a su mejor amigo, a su confidente, a su amante.

No quería esto.

Se recostó en la cama lentamente y cerró sus ojos secando sus lágrimas, deseando retroceder en el tiempo y escribir en ese papel “te amo”. Lo hubiese hecho, debió haberlo hecho. Había analizado mil veces sus acciones y encontró que volvería a irse llevándose lejos a sus hermanos; volvería a hacerlo, pero esta vez, habría escrito en las paredes si era necesario que lo amaba, que por favor la perdonara, que la comprendiera.

Se fue quedando dormida, y a pesar de su tristeza, ésta vez no tuvo pesadillas.

-Vaya, madrugaron —dijo Carlos saludando a Silvia y los demás, que bajaban uniformados y llevando sus mochilas llenas de libros—. No llamé al colegio avisando que irían.

—Pero vamos —dijo Paula sentándose con prisa en la mesa de desayuno—. Ya hemos perdido demasiadas clases.

—Mi año está en un tilín —dijo Sebastián bebiéndose casi de un trago la mitad del jugo de

naranja—. Si no empiezo ya mismo a ponerme al día, tendré que repetir curso.

—Y yo tengo que apurarme o me graduaré a los treinta. No puedo seguir retrasándome — Carlos sonrió orgulloso. Nunca había imaginado que los adolescentes fueran tan serios en esto de velar por su propio futuro. Pero bueno, esto se los había enseñado Ana.

—Entonces yo mismo los llevaré al colegio y hablaré con la rectora...

—Para qué?

—Para explicarle la situación; un adulto tiene que hacerlo.

—No tienes que ser tú. Ana puede hacerlo.

—Dejen descansar a su hermana.

—Cuidas de ella todavía —observó Silvia—. Por qué eres tan terco? Ve y perdónala — Carlos hizo una mueca. No iba a opinar al respecto.

—No digas nada, Silvia —la reprendió Paula—. Eso es cosa de ellos, tienen que resolverlo sin ayuda de nadie.

—No lo creo —insistió Silvia—. Ella es terca como una mula; él, orgulloso como un faraón. Si lo dejamos en sus manos, yo me casaré y tendré hijos y ellos seguirán disgustados.

—Te sirve saber que Ana lloró por ti todas las noches? —dijo Sebastián mirándolo con ojos grandes y casi suplicantes—. Yo la escuchaba, lloraba mucho.

—Sebastián, no se puede confiar en ti —rezongó Paula.

—Desayunen —ordenó Carlos imponiendo el silencio—. Se les hará tarde.

Tal como prometió, los llevó hasta el colegio, habló con la rectora y estuvo allí buena parte de la mañana recibiendo los reportes y la lista de temas en las que debían ponerse al día. Por lo larga y profunda en temas que era, sospechaba que necesitarían un tutor.

Luego se fue a la fábrica a cumplir con su horario de trabajo. A eso del medio día llamó a su casa para preguntar por la salud de Ana y lo que escuchó lo dejó un poco aterrado. Ella se había levantado casi al medio día y no había salido de la habitación sino para desayunar. Luego se había vuelto a encerrar y allí estaba.

Eso no era típico de ella, así que llamó a Landazábal para que le hiciera un chequeo en su casa.

No ignoraba que Ana había sufrido esos días que estuvo en Trinidad. El aspecto desmejorado con que la encontró así lo anunciaba, pero dudaba que si lloraba lo hacía por él. Debía ser otra razón, y tenía para escoger.

—Fabián! —exclamó Ana al verlo y casi corrió a él para abrazarlo. Él había venido a visitarla, al fin.

—Dios mío, mujer, mírate! —Ana lo hizo. Aunque ya no llevaba el brazo en cabestrillo, pues la bala apenas la había rozado, tenía una venda que lo rodeaba cerca del hombro. Llevaba su ropa de antes, y le quedaba holgada.

—Estoy horrible, ya lo sé.

—Pero estás viva, y estás bien... o lo estarás.

—Horriblemente sincero —él se echó a reír, y Ana sintió que su corazón tomaba un poco de su calidez, realmente se alegraba de verlo.

Esa mañana sus hermanos se habían ido a clases cuando ella pensó que se tomarían el día de descanso. Habían ido a su habitación a despedirse y ella había caído en la cama otra vez como si

no hubiese dormido en toda la noche. Sin embargo, cuando le anunciaron que Fabián estaba aquí, hizo lo posible por quitarse su cara de recién levantada y recibirlo. Si seguía durmiendo, pasaría de largo hasta el día siguiente.

Lo llevó hasta la sala del invernadero y se sentó a su lado en el sofá sonriéndole, y sentía que no sonreía desde hacía milenios.

—Qué feliz estoy de verte al fin.

—Mentirosa. Te fuiste sin avisar. Nos tuviste preocupados...

—Ya lo sé —contestó ella apretando sus labios—. Les hice daño, pero tenía que hacerlo...

—No discutamos por eso. Será difícil hacerte cambiar de opinión al respecto, y prefiero que sigamos siendo amigos —Ana sonrió mirándolo.

—Sí, sigamos siendo amigos.

—Está bien. Bríndame algo, quieres? Aunque sea agua —ella se echó a reír y miró en derredor, pero no había nadie del servicio que pudiera ayudarla. Eso era raro. Siempre había alguien cerca, sobre todo si llegaba visita.

Pero claro, ella ya no era la mujer del señor. Sabía cómo pensaba el personal porque ella había sido parte de uno antes. Si la estima de ella había bajado a los ojos de él, también bajaría ante los ojos de sus sirvientes por la lealtad que le debían. Miró a Fabián sonriendo un poco avergonzada.

—Espérame aquí, ya te traigo algo.

—Claro que no, no te vas a meter a la cocina por mí.

—Pero tienes sed.

—Sí, pero no moriré por eso —Ana se puso en pie, de todos modos.

—Déjame atenderte —caminó hasta la cocina y Fabián la siguió.

—No has cambiado. Sigues igual de terca.

—Por qué iba a cambiar? Acaso fui a un campamento de “cambia-conciencias”?

—Algo así. Tuviste que ver cómo casi matan a tus hermanos —ella hizo una mueca, y al estar en la cocina, se dirigió directamente a la nevera. Al verla a ella, las muchachas allí reunidas ni se inmutaron, pero al ver a Fabián, de inmediato empezaron a mover sus cabellos y a arreglarse el uniforme.

—Te conformas con un jugo de fruta? —preguntó Ana.

—Vale.

—Yo lo hago —dijo una de las muchachas—. Lo que sea por el joven.

—Gracias —dijo él sonriente. Al ver que no le importaba que le coquetearan tan abiertamente, Ana entrecerró sus ojos.

—Cuándo vas a encontrar una novia?

—Por qué quieres verme atado?

—Fabián...

—No la he conocido. Puede estar en cualquier lugar —y al decirlo, miró los rostros de cada una de las muchachas allí, que casi se desmayan por semejante esperanza. Ana sonrió mirando el techo.

Judith entró entonces a la cocina, y al ver a Ana y a Fabián frunció el ceño.

—Recibes tus visitas en la cocina?

—Ah, no —contestó ella—. Es que...

—Ustedes —interrumpió Judith con voz severa y mirando a las jóvenes—. Quién creen que es Ana? Una recogida, acaso? No saben que cuando se convierta en la señora Soler podrá echarlas a todas y cada una de ustedes? Y si no lo hace ella, seguramente lo haré yo.

—No, Judith...

—Me sacan de quicio! —volvió a exclamar Judith llevándose ambas manos a la cabeza—. Que estés peleada con mi hijo no significa que hayas bajado de categoría. Y tú —dijo mirando a Fabián, que enderezó su espalda al instante—. No pudiste hacer nada? Tan encandilado quedaste con las minifaldas?

—Eh... un poco.

—¡Los hombres, Dios mío, los hombres! Vamos a la sala!

—Sí señora —dijeron Ana y Fabián al tiempo, y la siguieron. Ana miró a Fabián asombrada, nunca se esperó que Judith la defendiera de tal forma, y Fabián estuvo a punto de soltar la risa.

—Por eso odio la terquedad de mi hijo —iba diciendo Judith—. Le dije que no hiciera tal cosa. La ropa sucia se lava en casa, le dije. Los criados se darán cuenta de que tienen problemas, y como no es tu esposa todavía, malinterpretarán las cosas. Pero no, tenía él que enviarte a otra habitación, y claro, todos se dieron cuenta. Ahora quién sabe qué cosas creen de ti...

La cantinela de Judith siguió hasta que entraron a su sala favorita y los tuvo sentados. Ana estaba sentada derecha, y Fabián apretaba los labios conteniendo la risa. Cuando vio que las muchachas del personal marchaban como un relojito alrededor y trajeron su bebida, y a Ana la volvieron a tratar como si fuera una princesa, no lo pudo resistir y soltó la carcajada. Judith lo miró ceñuda, pero al rato relajó la expresión y empezó a hacerle preguntas sobre su abuela, sus tíos y sus primos, a las que Fabián contestó con su usual buen humor.

Landazábal llegó cuando ya Fabián se había ido, y tuvo que sonreír cuando supo que había sido el mismo Carlos quien lo enviara. Estaba preocupado. Bueno, le venía bien.

El médico le había revisado la herida y le había hecho una curación, la había pesado y auscultado de arriba abajo.

—Has tenido tu periodo regularmente? —le preguntó, y Ana se sonrojó. Afortunadamente, estaba a solas con él.

—No.

—Tienes un retraso, eh?

—Pero es normal. Con todo lo que ha pasado...

—Si no te llega la próxima semana, llámame.

—Pero no creo que esté embarazada.

—Acaso no es probable? —Ana frunció el ceño. Ella embarazada? Hizo cuentas rápidamente, y calculó que tenía un retraso bastante largo. Se llevó las manos al vientre, como si así pudiera saber si allí había alguien.

Hacía una semana ella se había ido a trinidad, pero antes de eso, Carlos y ella habían estado bastante activos en la cama, a pesar de las preocupaciones.

—Sí, es probable —susurró. Landazábal la miró parpadeando un poco. Tal vez había esperado que ante la sola mención del embarazo, Ana saltara de felicidad. Ella tuvo que sonreír —. Pero no creo que lo esté. Lo sabría, lo sentiría. Y me lo habrían dicho en el hospital ahora que me hirieron en el brazo...

—Como sea. Te recetaré unas vitaminas, le dejaré una copia a Carlos para que te las compre de inmediato. Deberás comer sanamente y a horas. Estás muy baja de peso; eres delgada, pero ya no es normal. Te sugiero que te tomes las cosas con más calma. Toma una siesta en la tarde y si sigues todas mis recomendaciones, en un par de meses habrás conseguido reponerte.

—No me gusta dormir en el día, y no tengo tiempo para eso.

—Ana, mírame —dijo el doctor con voz seria—. Si estás embarazada, en tu estado actual sufrirás osteoporosis, o anemia, o tal vez las dos; y cuando el bebé nazca ni siquiera serás capaz de amamantarlo. Quieres eso?

—Ni siquiera estamos seguros de que...

—Entonces ve al laboratorio y hazte una prueba ya mismo, y si sale negativo déjate morir, ya que por ti misma no hallas una razón lo suficientemente fuerte como para cuidar tu cuerpo y tu salud—. Ana se quedó callada. Tragó saliva.

—Todos insisten en regañarme.

—Porque se preocupan por ti. Y como contigo no valen mimos, tocan regaños. Como dijo una vez alguien: déjate querer, que eso no duele—. Ana sonrió.

—Usted es bastante convincente.

—Soy tu doctor, tengo que serlo—. Landazábal empezó a recoger sus instrumentos—. Llévame a tus hermanos al consultorio, quiero examinarlos también —ella asintió.

Cuando ya se iba, él apretó fuerte su mano.

—Nos tuviste preocupados —dijo en voz baja—. Nunca vi a Carlos peor—. Ana hizo una mueca.

—He tenido que disculparme con medio mundo por eso.

—Pero te disculpaste con él? —Ana esquivó su mirada—. Si no te llevó personalmente a mi consultorio, es que sigue enojado.

—Usted es médico, no psicólogo de parejas.

—Ah, conozco a unos muy buenos —dijo él sonriendo, y al fin subió a su auto. Ana se quedó allí unos instantes. Todo el mundo alrededor no hacía sino reprocharle y decirle lo mucho que había sufrido Carlos en su ausencia. Bueno, ella también había sufrido mucho, sólo que nadie lo había visto.

Sin embargo, le dolía el corazón cada vez que alguien le pintaba la imagen de un Carlos deprimido. Esa misma imagen la había perseguido a ella cuando estuvo allá en Trinidad.

Carlos llegó en la noche con regalos para todos: nuevos teléfonos celulares. Silvia y Paula gritaron emocionadas, sobre todo porque tenían el mismo número que antes, y ambas lo abrazaron y besaron en la mejilla.

Luego, él se giró a ella y le extendió la bolsa que contenía el suyo. Ella lo recibió lentamente, apretando sus labios y deseando hacer lo mismo que sus hermanas; abrazarlo y besarlo. Como buenas celestinas, y viendo la rara oportunidad, las niñas se fueron de la sala dejándolos solos.

—Carlos, tenemos que hablar —le dijo. Él sonrió de medio lado.

—Sí, la típica frase.

—Pero sabes que tenemos que hablar. Vamos a seguir así?

—No lo sé —dijo, y dio la media vuelta dejándola sola de nuevo.

Ana se sentó lentamente en el sofá y destapó la caja con su nuevo teléfono conteniendo las

ganas de llorar. Se repitió su propia pregunta: iban a seguir así?

-Hi, Sophie —saludó Ana. Sophie soltó una perorata en inglés que ella a duras penas entendió. Su profesora había estado preocupada; la había llamado, pero su teléfono sonaba muerto desde hacía milenios... o eso fue lo que ella logró captar.

Había llamado a sus compañeros de la universidad, incluso al que la ayudó con lo de la renta del auto; a sus profesores, a Ángela y Eloísa, indicándoles que ya podían volver a llamarla. Afortunadamente, tenía un respaldo de su directorio en su cuenta y ahora había rescatado a todos sus contactos. Retomaría sus clases mañana mismo; tenía mucho que hacer.

En un par de días el ritmo de antes volvió a la mansión Soler, y excepto porque ahora Ana y Carlos apenas si se hablaban, todo había vuelto a la normalidad. Ella y sus hermanos habitaban la casa, se peleaban, se reían. Ahora, además, podían salir con tranquilidad. Algunas veces incluso traían a sus amigos y compañeros aquí para hacer tareas y algunas actividades.

Carlos había vuelto a depositar dinero en su cuenta, sin decirle nada, claro, para que ella tuviera cierta libertad financiera. La cifra no era tan alta como la de antes, pero qué podía reclamar? Él ni siquiera debía darle dinero.

También fue muy estricto con lo de los diferentes tutores, incluso diseñó un horario para que ellos lo siguieran al pie de la letra. Ana no podía ya decirle que eso era asunto de ella. Cada vez que intentaba pedirle que no se preocupara tanto, él simplemente la miraba cortante y hasta allí llegaba su conato de independencia.

Él se portaba como si esto fuera a durar toda la vida; ella y sus hermanos viviendo aquí, ellos dos y su relación rota.

No entendía por qué no había conseguido aún una casa que pudieran habitar. Se suponía que el trato era hasta que ellos se mudaran, pero él ni había mencionado el tema. Bueno, a duras penas le dirigía la palabra, qué iban a hablar?

Y qué iba a hacer ella?

Haciendo las cuentas, ni viviendo en el apartamento más pequeño y económico del mundo podría vivir sin deudas. El colegio de los chicos, el valor de su universidad, los transportes, la alimentación y el vestuario... todo eso sobrepasaba casi tres veces su salario. Había vuelto a trabajar en Texticol, y no tenía esperanzas de ser ascendida, ni encontrar otro empleo tan bien pagado donde además le permitieran seguir estudiando. Era lo mejor que podía encontrar.

Tendría que seguir viviendo de la caridad por tiempo indefinido, y eso la estaba matando. Sus deudas no hacían sino crecer y ahora ni siquiera podía justificarse tras su relación con Carlos para vivir aquí.

Su teléfono sonó, y ella miró la pantalla un poco espantada cuando vio que era Isabella Manjarrez. Salió de la biblioteca, donde había estado, y preguntó por Carlos, pero él no estaba. Tendría que recibir la llamada.

El teléfono dejó de sonar, y ella lo miró por largo rato como si de repente fuera a estallar. Qué quería ella? Acaso le iba a reclamar algo? Le iba a hacer reproches, quizá? O tal vez era una nueva amenaza que se cernía sobre ella? Lucrecia estaba en la cárcel, y Antonio muerto, tal vez pretendía cobrarle que su familia se hubiese destruido.

A los pocos segundos, el teléfono volvió a sonar.

Cerrando sus ojos con fuerza, contestó.

—Sí?

—Ana? Ana, por favor no me vayas a colgar. Soy yo, Isabella.

—Sí, ya sé que eres tú.

—Ana, Ana, te necesito. Necesito tu ayuda. Eres la única que me puede ayudar—. Ana quedó en silencio unos segundos, tremendamente sorprendida. De todo se había imaginado menos esto—. Sigues allí? —preguntó Isabella ante su silencio.

—No puedo creerlo. Me llamas para pedirme ayuda? No sabes lo que me hicieron tus padres?

—Lo sé, lo sé. Apenas me enteré, te juro que no sabía nada! Ayúdame, por favor, estoy en una terrible situación.

—No quiero trampas. No quiero saber nada de ti, nada de los Manjarrez.

—Mi abuelo murió —dijo Isabella con voz rota—. Murió hoy! Papá también está muerto, mamá en la cárcel. No tengo a nadie! —Ana la escuchó llorar. Poco a poco su corazón se fue ablandando. Ni siquiera se había preguntado qué era de ella, y al parecer, no estaba nada bien con todo lo que le estaba pasando.

—Siento lo que te está pasando, pero...

—Ya sé que es culpa nuestra que tú lo hayas pasado mal, pero te lo ruego por Dios, escúchame lo que tengo que decirte. Te prometo que jamás en la vida te volveré a molestar.

—No tienes amigos que te puedan ayudar?

—Ninguno! Todos me miran terrible luego de lo que pasó, incluso me han negado la entrada a los clubes, ya no sé qué hacer! No tengo a nadie a quien acudir!

—Vas a tener que sobrevivir por ti misma. Tal vez no vivas con los lujos de antes, pero podrás hacerlo.

—No se trata de eso, es peor! Hay un hombre que me acosa, quiere que le pague un dinero que papá le quedó debiendo y tengo miedo de que pueda hacerme algo!

—Qué?

—Es horrible, tiene una cara de asesino que me asusta, y tengo tanto miedo! Dice que él hizo el trabajo que papá le mandó, y dice que si no le pago se las cobrará conmigo!

—Dios! Dónde estás ahora?

—Estoy en un hotel de esos baratos, los bancos llegaron y me quitaron la casa, los autos, hasta las cosas de valor que encontraron dentro. Me congelaron las cuentas y las tarjetas, no tengo sino la ropa que llevo puesta. Ana, ten piedad de mí, estoy al borde de quedarme en la calle! Ya sé que me odias, pero por esa amistad que tuvimos antes, te ruego, te suplico que me ayudes! —Ana suspiró, pero Isabella no se detuvo—. Crees que si no fuera desesperada mi situación te pediría ayuda? Yo? Isabella Manjarrez pidiendo ayuda?

—No, seguro que no.

—Te juro por lo más sagrado que no exagero. Te necesito, Ana—. Ana cerró sus ojos.

—Está bien. Cuánto dinero necesitas?

—Necesito pagar un tiquete de avión. Tengo una tía en España que me va a dar techo allá, es la única familiar que me queda. Pero tampoco ella tiene dinero como para un tiquete...

—Yo te lo conseguiré.

—Te lo agradezco tanto, Ana...

—Dame tu dirección para hacerte llegar el dinero.

—Lo sabía, sabía que podía contar contigo. Eres la única persona honesta que quedaba en mi lista...

—No quiero tus halagos ni agradecimientos. Tendrás el dinero y te irás. Y yo podré olvidarme de ti y tu familia para siempre.

—No puedo evitar que me odies —dijo ella con voz nasal por las lágrimas—. Yo misma no hice nada para evitarlo, pero tendrás mi agradecimiento eterno. Aunque no te interese...

—Dame tu dirección —la cortó Ana, e Isabella se la dio.

Luego de cortar la llamada, Ana enseguida empezó a hacer las cuentas. Con lo que tenía ahora mismo en su cuenta bancaria le alcanzaba. Esperaba que fuera la última vez que tuviera contacto con ella.

CARLOS entró a su casa y la encontró bastante silenciosa. O tal vez era que iba tan furioso que no escuchaba nada alrededor. Entró a la biblioteca, donde usualmente encontraba a Ana, pero no estaba allí, en su lugar, estaban sus libros y apuntes. Eso indicaba que no tardaría, y necesitaba hablar con ella de una vez por todas.

Cuando se asomó al escritorio, encontró algo que lo puso de peor humor: las cuentas de Ana.

En un lado estaba la lista de sus ingresos, su nimio salario, y al otro, sus gastos, representados en los estudios de sus hermanos, el cálculo de los gastos mensuales de alimentación, transporte y vestuario, y se hacía obvio que la diferencia era descomunal.

Ana estaba pensando huir otra vez. De nuevo había vaciado sus cuentas, de nuevo estaba calculando cuánto valía vivir por su propia cuenta, pero ah, esta vez lo iba a escuchar.

Tenía su cuenta vigilada precisamente por esto. Nunca había hecho algo así, estaba rayando los límites de la demencia, y era por ella, ella lo estaba enloqueciendo.

Ana entró a la biblioteca y se detuvo en sus pasos cuando lo vio allí.

—Ah... Carlos... No te esperaba tan temprano.

—Quieres explicarme para qué quieres tú mil dólares? —Ana palideció. Cómo sabía él que ella había retirado esa cantidad exacta hoy?

—Qué? Cómo...

—Cómo? —rebatió él—. De dónde crees que sale el dinero de tu cuenta? Acaso crees que luego de lo que hiciste no tengo todo bajo control?

—Me tienes vigilada?

—Claro que te tengo vigilada, crees que confío en ti? Sacaste casi dos millones de pesos hoy, así que explícame, para qué!? —Ana parpadeó repetidas veces, sintiendo un enorme peso en su pecho. Carlos nunca le había hablado así.

—Yo...

—Tú qué, Ana!

—Yo... te los pagaré. Se los di a... —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sentía que estaba hablando con un extraño, no con el hombre que había hecho que se enamorara de él por su dulzura, por su bondad—. Se los di a Isabella.

—Qué? —La voz de él fue de completo asombro, pero Ana no se dio cuenta ya de eso.

—Pero te pagaré —dijo de inmediato—. Tendrás que esperar... Es que también le debo dinero a Fabián, y a Ángela —señaló hacia sus apuntes—. Con mi salario me tomará varios años, pero te

juro que soy buena pagando mis deudas—. Las lágrimas bañaban su rostro—. Es sólo que mis hermanos están tan contentos en ese colegio tan caro que Ángela eligió, y no puedo dejar la universidad, porque luego entonces ¿cómo hago para conseguir un buen empleo y pagar?

—Ana...

—Te pagaré, te juro que te pagaré, siento haberlo tomado prestado sin avisar, lo mismo que la cantidad que me llevé antes... No volverá a ocurrir, te juro que...

Carlos se acercó a ella, sintiéndose terriblemente mal al verla así. Había esperado una señora discusión, que ella intentara defenderse, justificarse, pero ahora estaba viendo la verdad de la mujer que amaba: siempre se había sentido sola en el mundo, y ahora que pensaba que él no estaba más a su lado, pues él mismo había llevado la situación a este límite, pensaba que tendría que enfrentarse otra vez al mundo con lo poco que tenía.

—Ana, no...

—Es que Isabella estaba tan mal —siguió Ana—, un hombre que su padre contrató quién sabe para qué ahora la amenaza a ella y yo la ayudé a huir del país. Ya debe estar lejos. No tenía a nadie más, y tú no me quieres hablar, no te podía pedir consejo, porque si me hubiese acercado a ti, me habrías despachado como lo has hecho siempre, y era tan urgente...

—No importa, Ana.

—No quería traicionar tu confianza —dijo entre sollozos—. No quería hacer parecer como que no confío en ti. No quería irme, pero tuve que hacerlo. Iban a matar a mis hermanos, y si eso sucedía, yo enloquecería. Loca o muerta te perdería, preferí dejarte y alejarte de todo eso. Pensé que hacía las cosas correctamente, pero me equivoqué. Me equivoqué! —Ana terminó gritando, y poco a poco se fue agachando hasta quedar sentada en el suelo—. Siempre he tenido que pensar por mí misma, siempre he sido yo sola. No estaba acostumbrada a contar con nadie, menos con alguien que todo lo quiere dominar como tú. Me prostituyo, no me prostituyo. Encierro a Silvia, no la encierro. Me acuesto con Orlando Riveros, no me acuesto con Orlando Riveros. Siempre he sido yo sola, siempre tomé las decisiones yo!

Abatido, Carlos se agachó también frente a ella, y viendo que no podía detenerla, hizo lo único que podía hacer: escucharla.

—Y luego te conocí a ti, y tú reclamabas que te pasara todas mis responsabilidades, pero quién soy yo sin ellas? Que me queda si me quitas mi independencia y mi fuerza? —lo miró directo a los ojos, con los suyos anegados en lágrimas—. Pero me enamoré —susurró.

—Oh, Dios...

—Me enamoré tan profundamente, que me dio miedo. Tú me anulabas!

—No, Ana...

—Y aun así dije: él también tiene miedo, podemos asumir esto juntos... Por eso te besé en la cocina de Ángela, porque te vi igual de asustado a mí.

—Mi amor...

—Es sólo que no soy como las demás, yo tengo tres hermanos que dependen de mí y mis decisiones. Cada nota de orgullo que encuentras en mí es por ellos. Yo no existo, yo no importo, importan ellos, porque no tienen madre, ni padre, sólo me tienen a mí.

—Y a mí, Ana. Déjame ser parte de sus vidas. Déjame ser tu apoyo, tu muro y tu fuerza.

—Pero estás tan enojado...

—Ya no, mi vida. Ya no lo estoy—. Al oír eso, Ana lo rodeó con sus brazos y siguió llorando;

de alivio, de miedos que al fin se iban.

—Quise decirte que te amaba —sollozó ella—. En esa nota. Juro que lo iba a decir.

—Y por qué no lo hiciste? Sufrí tanto pensando que no sentías lo mismo por mí!

—Perdóname —le pidió—. Perdóname por irme —se separó de él e intentó secarse las lágrimas, pero fue inútil, éstas volvían a fluir—. Perdóname por escapar sin decir nada. Perdóname, Carlos.

—Está bien. Ya pasó.

—No, no. Quiero oírte decir que me perdonas. Vuelve a confiar en mí —aquello parecía más una orden que una petición, y él sonrió.

—Sólo necesito de ti una promesa.

—La que quieras.

—Prométeme que no volverás a esconderme ningún secreto. Los quiero todos, Ana.

—Todos mis secretos?

—Todos tus secretos —él apoyó su mano en el rostro de ella y se acercó para besar su mejilla húmeda—. No quiero que nada nos vuelva a separar. No importa si en el futuro nos tenemos que volver a alejar, por la situación que sea; yo quiero saber por qué, y quiero tener la seguridad de que volverás.

—Mi amor...

—Y si te enojas conmigo y discutimos y me mandas a la mierda —sonrió él—, quiero saber que allá donde estás me extrañas y piensas en mí, así no me lo digas—. Ella se echó a reír.

—Estás loco.

—Demente, por ti. Caí en la bajeza de vigilar las cuentas de mi mujer.

—Sí, pero te perdono —se miraron a los ojos largamente. Ana anhelaba un beso suyo, pero conociéndolo, sabía que no lo haría hasta haberle arrancado la promesa. Asintió agitando su cabeza. Le urgía ese beso—. No habrá secretos. Te lo prometo —. Él cerró sus ojos y respiró hondo, como interiorizando esas palabras.

—Bien.

—Entonces... Me perdonas?

—Ya no hay nada que perdonar. Ana... te he extrañado tanto... —ella sonrió.

—Y yo a ti—. Él se acercó poco a poco, y al fin la besó. Ana recibió sus labios, y sintió sus manos rodearla. Ah, éste era su Carlos, el Carlos que había hecho desnudar su alma hasta dejarla en los huesos.

—Te amo —susurró él, y profundizó su beso. Ana sintió su lengua empujar suavemente y ella lo recibió feliz, pero llegados a un punto, él se detuvo y se alejó un poco de ella.

—No —protestó Ana—. Hazme el amor —Carlos sonrió.

—Ana...

—Ahora...

—Pero es media tarde.

—Y qué. Hazme el amor. Por favor—. Él elevó sus cejas, y sin hacerse de rogar, la alzó en sus brazos y salió con ella de la biblioteca. Cuando iba subiendo las escaleras, llegaron los chicos del colegio, que al ver la escena, celebraron.

—Qué ruidosos —dijo Carlos, sin inmutarse. Ana tenía la cara escondida en su pecho, y sonreía.

—Carlos! —gritó Silvia.

—Qué.

—Cómprame un auto.

—Los que quieras.

—Te lo dije —le dijo Silvia a sus hermanos—, ahora puedes pedirle lo que sea, que no le importa! Carlos, aumenta mi mesada!

—No abuses —contestó él, pero su voz se perdía ya entre los pasillos de la segunda planta. Paula y Sebastián se rieron de su hermana, que estiraba los labios ya no tan emocionada.

—Le comprarás un auto? —le preguntó Ana a Carlos cuando éste la depositaba suavemente sobre su cama.

—Ya tiene edad para tener uno. Te opones? —ella lo miró negando y sonriendo.

—Los vas a malcriar.

—Yo tuve mi primer auto a su edad. No está mal—. Él se acomodó poco a poco entre sus piernas, y Ana lo sintió aun a través de la ropa. Cerró sus ojos disfrutando el contacto.

—Hay algo...

—Algo?

—No quieres secretos.

—No.

—Puede que esté embarazada —él quedó prácticamente paralizado, y Ana tuvo que abrir los ojos—. Es sólo una sospecha —dijo—. Puede que Landazábal se equivoque.

—Dios!

—Si no me baja la regla esta semana...

—Dios, Dios... —y antes de que ella pudiera decir otra palabra, la besó, casi con rudeza, como si se fuera a comer su boca.

Ana sintió sus manos por debajo de su blusa y ella empezó a desabrochar los botones de su camisa. Por una vez no le importó que sus hermanos supieran lo que estaba haciendo justo ahora, o que se lo imaginaran. Estaba tan feliz nuevamente en los brazos de Carlos que olvidó el resto del mundo al instante, y sólo estaba él, con su boca y sus manos inquietas, con su cuerpo luchando por entrar al suyo.

Esta vez era diferente de las otras veces, él no había puesto la cantidad de verdades que desconocía de ella por delante, y estaba aquí, hambriento de ella, de su cuerpo y de sus palabras de amor. El rendir cuentas vendría después por esta vez, imaginaba.

—Pasé unos días horribles sin ti —le dijo él entre besos, desnudándola—. Cada noche imaginaba que estabas a mi lado, que podía abrazarte.

—Lo mismo me pasaba a mí —admitió ella, alzando la cadera para que él sacara su pantalón. Ella quedó sólo en pantis y él la miró largamente. Sus costillas se notaban por encima de su piel, y Carlos puso una mano en su vientre.

—Voy a tener que llenarte de comida, si quiero que mis hijos nazcan sanos —ella se echó a reír.

—No debí decírtelo, tal vez no lo esté.

—Pero tal vez sí. Mañana mismo iremos al laboratorio a hacerte una prueba.

—Sí, señor. Qué pasará si sale negativo? —Carlos la miró elevando sus cejas y ella se sentó

en la cama para desnudarlo poco a poco; le quitó el saco, la camisa, hasta que al fin tuvo su torso expuesto ante sus ojos y empezó a pasear la palma de su mano por todo él.

—Si sale negativo, podríamos empezar a embarazarnos de inmediato —rió él.

—Sí... No, no —se retractó ella, como saliendo de un trance—. Casémonos primero —él se había inclinado para besarla, pero al oírla, se detuvo y la miró fijamente.

—De verdad?

—Claro que sí... No quiero casarme con una panza, sabes? Si no estoy embarazada ya, esperaremos hasta después de la boda. Y si ya lo estoy... Dios! Dos semanas será muy poco tiempo para organizar una boda? —como él no decía nada, y sólo la miraba, Ana siguió—: No te gusta la idea?

—No, no... es sólo que... es la primera vez que eres tú quien sugiere que nos casemos—. Ella sonrió al verlo así sorprendido.

—Carlos, cariño, aún dudas de la fuerza de mi amor por ti? —él sólo la miraba— Te amo, y casarnos será genial. Podré estar así contigo todos los días de manera legal —él se echó a reír y Ana se acercó más a él para abrazarlo. Fue un abrazo sensual, donde sus pieles se tocaban, y él la rodeó con sus brazos, como si con eso pudiera meterla dentro de su ser y tenerla allí para siempre.

—Sí, casémonos.

—No quiero una boda grande, así que no exageres.

—Lo dejaré todo en tus manos, si no confías—. Ella miró el techo sonriente y pensativa.

—Mis amigas me ayudarán, estoy segura —Él empezó a besar la curva de su cuello— y estoy segura de que mi suegra no me dejará hacer nada extravagante, oh... —jadeó ella cuando él bajó su cabeza hasta su pecho. Olvidó de qué estaban hablando, o si estaban hablando, y perdió un poco la coherencia de las cosas; sólo fue capaz de sentir.

Carlos se deleitó besando de nuevo aquellos pechos que tanto extrañó, y al escuchar cada jadeo, cada gemido de ella, su deseo fue creciendo más y más, hasta llegar al punto en que no fue suficiente con tocarla, con besarla, y se introdujo suavemente en su cuerpo hasta ser parte de ella otra vez. La apoyó suavemente en la cama, le tomó ambas manos apresándolas por encima de su cabeza y la miró a los ojos, los de ella estaban nublados ya de deseo. Su cuerpo se arqueaba como si la energía quisiese salir de sus poros. Él sonrió, aunque el hacerla esperar lo estaba matando, y pensó que no había nada más hermoso que esto aquí, que ella contorsionándose de deseo por él, que ella anhelándolo aun cuando lo tenía dentro. Se movió suavemente y ella lanzó un gemido quedo.

—Carlos —le rogó—. Por favor.

—Por favor qué, amor? —Ponerlo en palabras era vergonzoso para ella. Se suponía que él debía saber qué quería ella, no? —Dilo —insistió él.

—Más...

—Más qué?

—Ahh! Me estás castigando? —él sonrió, y al instante hizo una mueca. Por la fuerza de su deseo, su cuerpo casi obra solo, pero logró contenerse.

—Te lo mereces.

—Carlos, por favor.

—Pero no sé lo que quieres —Oh, qué agonía!, gritó ella por dentro, intentó mover las caderas por su cuenta, pero él se lo impidió, y ella tuvo que soltar un quejido de dolor y pena. Lo tenía

dentro, pero no podía hacer nada. Esto era un suplicio.

Bien, se dijo ella, esto era un juego de dos.

Como no podía besarla, ni tampoco podía tocarlo con sus manos, se concentró en sí misma, en su cuerpo y sus músculos rodeándolo. Era una imagen enloquecedora y por pura inercia lo apretó tan fuerte que él tuvo que salir de su cuerpo y alejarse, liberándola.

—No! —gritó ella—. Carlos, mi amor, no! —En sus ojos había lágrimas, y gateó en la cama hasta él—. Por favor, mi amor. Está bien, será como quieras, te diré lo que quieras; suplicaré, sólo por hoy pero lo haré—. Eso lo hizo reír, y la tomó de la mano sacándola de la cama y se sentó en el diván al pie de ella.

—Mi Ana de espíritu indomable —susurró él sentándola sobre sus piernas, de espaldas a él —, al fin encontré algo que puede quebrar tu voluntad.

—Qué... —quiso preguntar ella. Esta posición ella no la conocía. Él separó sus rodillas usando las suyas, hasta que quedó abierta de piernas sobre él. Ella quiso girarse, para mirarle la cara, pero él la tomó fuerte por la cintura manteniéndola en su lugar.

—Así que vas a suplicar sólo por hoy? —dijo él, y se tomó a sí mismo con su mano para introducirse en ella. Ana lanzó un gemido todo lo que tardó él en estar completamente dentro de ella. Se sentía tan húmeda y tan invadida que no podía pensar en nada más. Casi ni lo escuchaba. Él tomó sus brazos con cuidado de no lastimarla, la dobló sobre él y empezó a moverse.

—Sí, sí! —celebró ella ante cada embestida, y ni siquiera se dio cuenta de que ya no estaban ni en la cama ni en el diván, sino en el suelo, y él estaba de rodillas tras ella, embistiéndola, haciéndola arquearse una y otra vez, con su cabello suelto y sus pequeños senos moviéndose al ritmo de sus embates. Él no soltaba sus brazos, evitando que ella se pudiera apoyar en el suelo, o que lo tocara, y aceleró el ritmo hasta que Ana empezó a llorar. Pero él se quedó quieto justo en el momento en que el orgasmo se formaba en su interior.

—Por amor de Dios, Carlos! —suplicó—. Por favor, mi amor. Termina... Jesucristo, termina! —ella escuchó su risa y el leve movimiento que eso produjo entre los dos casi la lleva al abismo.

—No, no te irás sin mí —sentenció él con voz seria.

—Carlos, te amo —soltó ella de pronto—. Te amo tanto que me duele, dentro y fuera me duele —. Él se quedó en silencio, reconociendo la táctica de ella para hacerle perder el control—. No es... no es muy romántico, pero tal vez sí pueda vivir sin ti, lo hice todos estos años pasados... pero no quiero vivir sin ti. No quiero. Siempre que pueda elegir, te elegiré a ti, porque eres mi vida, porque eres mi amor.

Ella había ganado. No tenía un punto, tenía mil. La enderezó suavemente, y soltó sus brazos. Moviéndola su cabeza de manera que pudo besarla, paseó sus manos por sus pechos, por su pubis, y tocó el lugar donde los dos se unían. Ella puso su mano sobre la de él y juntos empezaron a moverse, como las palmeras mecidas por el viento, como las algas sometidas a las corrientes del mar.

Se dijeron mil cosas más, entrecortadas, sin sentido, y pronto los dos llegaron a la cima de ese monte en donde antes sus almas desnudas se habían encontrado. Era hermoso, pero la estancia demasiado corta, así que en cuanto regresaron, Carlos la tomó en brazos, la acostó en su cama, y empezó una nueva ronda para volver a llegar allí, y esta vez no hubo castigos, ni súplicas, ni retos. Esta vez sólo fueron un hombre y una mujer que se recreaban en su amor.

—Silvia tiene dieciocho años —dijo Ana estirándose como una gata encima de él, y Carlos se preguntó por qué ella soltaba la edad de su hermana cuando ambos estaban desnudos y saciados después de haber hecho tantas veces el amor. La miró elevando una ceja, y ella habló como si la respuesta fuera muy obvia— Que se va a imaginar todo lo que está pasando aquí.

—Ni yo puedo imaginarme lo que va a suceder cada vez que tú te quitas la ropa, ella no podrá —Ana se echó a reír, y lo abrazó plenamente satisfecha.

—No podré verlos a la cara.

—Eso debiste pensarlo antes de suplicarme que te hiciera el amor.

—Yo no te supliqué.

—Ah, no?

—Bueno... tal vez lo pedí por favor, pero no creo que haya suplicado.

—En serio? —preguntó él moviéndose en la cama y apresándola bajo su cuerpo. Ana reía. Pero luego se quedaron mirándose, con el rostro sonriente, sus cuerpos relajados. Afuera había oscurecido, y tal vez el mundo seguía con sus afanes, sus locuras, gente trabajando y otra volviendo de sus trabajos, chicos de fiesta y chicos haciendo tareas.

Qué importaba el mundo?

Guardaron silencio por un largo rato, pero fue un silencio que decía muchas cosas, que hacía muchas preguntas. Ana respiró audiblemente y apoyó su cabeza en la almohada y miró el techo.

—Ese día estaba muy asustada, Carlos —empezó—. Yo había tenido ese sueño desde mucho antes... —Carlos se acodó en la cama y la miró atento.

—Cuéntame el sueño—. Ana agitó su cabeza negando, y a pesar de que sólo recordarlo hacía que se erizara, de alguna manera sabía que él debía saberlo, y que si él estaba a su lado, los horrores no volverían a invadirla.

—En el sueño yo siempre aparecía en un lugar que parece un jardín, un prado inmenso y bonito. Escucho a mis hermanos y giro a mirarlos, y encuentro que están sentados en el suelo, aterrados y llorando, y Orlando Riveros les apunta con un arma.

—Orlando Riveros? —Ana hizo una mueca con sus labios.

—He analizado y... Él representaba mi peor miedo, mi peor amenaza... mi peor vergüenza. Verlo amenazar a mis hermanos simplemente me... —Carlos la abrazó cuando a ella empezó a faltarle el aire.

—Ya está bien. Nadie amenaza a tus hermanos ahora.

—Sí... lo sé. Pero...

—Tranquila—. Estuvieron allí, abrazados y en silencio por espacio de un minuto—. Por qué no me lo contaste, Ana? —preguntó él al cabo—. Qué creíste que pensaría yo si me lo contabas? —ella esquivó su mirada.

—Sabía que me prometerías que estarían a salvo.

—Y entonces no me habrías creído —Ella siguió mirando a cualquier lado menos a él, y Carlos tuvo que tomarle la barbilla y obligarla a mirarlo—. Dime —ordenó.

—No se trataba de que te creyera o no te creyera. Se trataba de que yo estaba absolutamente segura de que ese sueño se cumpliría, por encima de ti y de cualquiera. Si por ti yo me quedaba y algo le pasaba a mis hermanos, nunca me lo habría perdonado, y estaba segura de que con el tiempo terminaría culpándote también a ti. No quería eso.

—Así que decidiste irte y alejarme de toda posible culpa.

—Creí que en cierta forma nos estaba protegiendo.

—Terminaste nuestra relación para protegerla. No tiene sentido.

—Lo sé, pero tenía tanto miedo por mis hermanos que... sólo pensé en ellos.

—Me pusiste a mí, y de paso a ti, en último lugar.

—Y lloré tanto por eso...

—Te creo que lloraste. Sebastián me lo dijo. Volverías a hacerlo, Ana? —ahí estaba, se dijo ella. La pregunta horrible. Él se echó a reír antes de que ella pudiese contestar—. Sabes, estoy aquí contigo, te tengo desnuda en mi cama, te he sacado la promesa de que no me volverás a esconder cosas tan graves... y aún siento que no te tengo del todo. Por qué, Ana?

—Me tienes.

—Pero me volverías a dejar.

—Es difícil. Es la vida de mis hermanos, se trata de vida o muerte, no de felicidad o infelicidad...

—Y te entiendo, Ana, completamente.

—Es sólo por ese sueño. Mira todo lo que hice, y aun así se cumplió al pie de la letra!

—Y por mi culpa. Ves que no valió de nada que intentaras protegerme de la culpa?

—Por tu culpa? Por qué? —Fue turno de Carlos apoyarse en la almohada.

—Porque prácticamente llevé a Antonio Manjarrez hasta ese jardín a que matara a tus hermanos —cuando ella lo miró con sus ojos muy abiertos, él procedió a contarle lo que la policía había descubierto: Antonio Manjarrez, de alguna manera, había descubierto que ella y sus hermanos se escondían en Trinidad, su pueblo natal y el de su esposa. Fue hasta allí, pero no pudiendo encontrarlos el mismo día que llegó, se hospedó en un hotel; hotel que usó Carlos para pasar la noche.

Ana se quedó en silencio largo rato. No le habían contado eso.

Los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez, y cuando Carlos la sintió llorar, se abrazó a ella.

—No sirvió de nada entonces?

—No. Alejarme de la posible culpa no sirvió de nada. De todos modos, tuve participación en el evento.

—Entonces pasé esa semana horrible porque sí?

—Por eso necesito tu promesa sincera de que no me dejarás por fuera. Nunca.

—Esa semana sin ti ha sido mi peor castigo. No quiero, en lo que me queda de vida, vivir algo igual—. Respiró profundo y sorbió sus lágrimas y sus mocos—. Lo que me asusta ahora es que de alguna manera sé que esos sueños los seguiré teniendo.

—Mi mujer vidente —ella se echó a reír.

—No es videncia, es...

—Lo que sea, ahora hace parte de ti.

—Se cumplirán, haga lo que haga.

—Entonces no luchemos contra el destino. Luchar contra él, sólo hará que se acelere su cumplimiento.

—Como Layo —Carlos frunció el ceño tratando de recordar quién era Layo—. El padre de Edipo —lo ayudó ella—. Eloísa tenía razón.

—Mmmm —murmuró él y la abrazó suavemente, envolviéndola en sus brazos con cuidado—. Apresúrate a soñar, y dime si cuando me haga viejo, tendré panza —ella se echó a reír.

—Lo intentaré. Pero si no haces ejercicios, te saldrá panza.

—Por eso tengo mi propio gimnasio.

—Entonces no tendrás panza—. Él sonrió.

—Te amo, Ana —ella lo miró fijamente, tan feliz de escuchar de nuevo esas palabras.

—Y yo te amo a ti, Carlos.

—Habla con tus amigas y determina pronto la fecha para nuestra boda. Cuando la tengas, me la dices para sacar los días necesarios para nuestra luna de miel. Quiero que sea pronto, Ana.

—Sí, señor.

—Me urge ponerte un anillo, atarte a la pata de mi cama. Un grillete; si es de oro, no se verá tan feo —ella se echó a reír.

—La cama, eh? Qué peligro —él respiró profundo, y eso se parecía mucho a un suspiro.

—Recuperé Jakob —dijo él, y ella esquivó su mirada—. Si quieres, volverá a ser tuya.

—Siento mucho eso. Ni siquiera sabía que estaba a mi nombre.

—Lo sé, y no te preocupes por eso; escuché de principio a fin la grabación; sé por qué lo hiciste. Mi error fue no habértelo dicho, pero quería que fuera mi regalo de bodas—. Ana sonrió de medio lado.

—Haga lo que haga, tú me cubrirás de regalos, verdad?

—Tuviste la mala suerte de enamorarte de un hombre con dinero, qué esperabas?

—Y además, un poco dominante.

—Al principio me acusaste de ser sumiso, y yo te dije que no lo era. No me creíste.

—Sí, ya veo que me equivoqué.

—Y ya sé que me acusas de dominante y más cosas, pero Jakob no es un objeto, es una empresa de la que dependen muchas familias, por eso me gustaría que cuando te gradúes, hagas también una especialización para poder dirigirla, si quieres dirigirla. Si no quieres, hay mucha gente calificada para que lo haga; o se la pasas a Silvia cuando esté lista, o a uno de nuestros hijos, o nietos. Hagas lo que hagas, recuerda que fue mi regalo de bodas para ti.

—Lo tendré en cuenta—. Él tomó su mano y se la besó, sintiendo que al fin podía estar tranquilo, que toda la bruma que los había envuelto, toda la turbulencia, toda la aflicción, poco a poco iba pasando. Y ahora era posible que ella estuviera embarazada.

No había nada en este mundo que le pudiera quitar esta felicidad.

...45...

ESTUVIERON hablando por largo rato hasta que ella sintió hambre. Y no fue un hambre normal; tuvo que salir corriendo de la cama y vestirse con celeridad, era como si tuviera un agujero negro en el estómago, como si llevara meses al borde de la inanición. Y tal vez era verdad. Él se reía, y salió también de la cama y empezó a vestirse. Le tomó menos tiempo que a ella, pues a Ana le preocupaba que se le notaran mucho las actividades que había estado realizando toda la tarde.

—Cuando te vean esos ojos brillantes y esa sonrisa boba, lo sabrán todo.

—Espero que no —sonrió ella.

Bajaron a la cocina y Ana abrió la nevera para preparar algo, y en seguida las chicas del servicio se opusieron a que ella se pusiera a cocinar. Ana sospechaba que lo hacían sólo porque Carlos estaba allí, así que decidió ignorarlas y cocinar.

—Señor! —se quejó una de ellas mirando a Carlos. Ana recordó que su nombre era Erika—. Ella no nos deja hacer las cosas! —Carlos sólo sonrió.

—Ella es feliz así, cree que si cocina ella misma, las cosas estarán más pronto —Ana lo miró con ojos entrecerrados, pero rápidamente lo olvidó y se ocupó de lo suyo. Carlos se sentó en la mesa que estaba dispuesta allí y la observó ir de un lado a otro mientras cortaba y preparaba. Ella había recuperado un poco su energía, y le enorgullecía ser parte de la razón de eso.

—Dónde están los chicos? —le preguntó Carlos a Érika, y Ana la miró esperando respuesta.

—La señora Judith salió con ellos. Dijo que cenarían fuera.

—Madre se los llevó? —preguntó Carlos extrañado.

—Dijo que llegarían tarde.

—Ana, deberíamos salir también los dos.

—Muero de hambre —fue lo que ella dijo—. Prefiero comer algo sencillo y ya, que esperar una hora por un plato fino.

—No tiene que ser para comer —siguió él—. Comemos y salimos? —Ana lo miró por un par de segundos. Calculó que mañana ambos tendrían que madrugar, a estudiar, trabajar, y mil cosas más...

—Vale —contestó, sin importarle si luego mañana llegaba a rastras a la universidad. Carlos sólo sonrió.

Comieron juntos en la mesa de la cocina, y mientras, siguieron hablando. Había sido un largo tiempo sin compartir, así, tranquilos. Aun antes de que Ana se fuera a Trinidad, estaba tan nerviosa luego del incendio que no habían podido relajarse y hablar como usualmente hacían,

disfrutando el hecho de vivir juntos; eran muchos temas los que tenían atrasados, así que ahora no paraban.

—El profesor me mostró mis notas. Tal vez sea mejor que repita semestre.

—De ningún modo —dijo él, muy serio—. Si necesitas mi ayuda, la tendrás, pero no repetirás semestre. Aún tienes tiempo.

—Pero será mucho trabajo.

—Tendré que mostrarte mis honores y menciones? Soy bueno en esto, Ana. Puedo ayudarte —ella sonrió y se inclinó a él para besar su mejilla.

—Quiero verte en modo profesor. Debes ser muy estricto.

—Te daré de reglazos —ella rió ante la insinuación y se levantó para recoger los platos. Carlos la detuvo y miró a Erika. Ella entendió el mensaje y se ocupó de lavarlos. Ana se rascó detrás de la oreja comprendiendo que él la había dejado cocinar porque sólo era para los dos, pero que aquello era todo lo que planeaba transigir con respecto a esto—. Entonces —preguntó él —, salimos?

Ella sonrió, y se alzó de hombros.

Esa noche salieron y pasearon en el auto. No pararon de hablar, y Carlos le pidió que le contara cómo había hecho para rentar el auto, y ella tuvo que admitir que había falsificado su documento.

—Eres peligrosa —había dicho él, y ella tuvo que jurarle que lo había destruido y sus datos volvían a estar a salvo.

Cuando se hizo tarde, en vez de volver a casa entraron a un restaurante y volvieron a comer. Ella estaba con un apetito voraz, y aunque descartaba el estar embarazada, él empezó a anhelar el verla en estado. Afortunadamente, le encantaba hacer lo que tenía que hacer para embarazarla.

-Estoy tan feliz de que volviera con ella —dijo Mabel a Susana—. Volvió a ser nuestro Carlitos de buen humor y sumiso. Estaba insoportable ya—. Susana no dignificó ese comentario haciendo otro, y sólo siguió revisando los papeles que tenía en la mano y pasándoselos a ella—. Espero que se casen y tengan muchos hijos —siguió Mabel con voz soñadora—. Se merece todo mi respeto porque eligió muy bien. Tenía mucho miedo de que se enamorara de alguna de esas arpías que usualmente vienen a coquetearle... Hablando de arpías...

Mabel bajó la voz cuando Andrea Domínguez, una de las ejecutivas de alto rango de Texticol, se acercó con paso elástico, y se detuvo frente a la puerta de la oficina de Carlos.

—Está dentro? —fue lo que preguntó.

—Sí, pero se molestará si no la... anuncio... —susurró cuando a mitad de frase Andrea entró—. Pero qué se cree? —Mabel la siguió, esperando tal vez explicarse con su jefe, y no supo qué cara hacer cuando Carlos la miró interrogante.

—Te traigo el bosquejo que me pediste —dijo Andrea ignorando a Mabel e impidiéndole que hablara, caminando directo al escritorio de Carlos, sentándose como si nada y cruzando la pierna. Mabel salió furiosa. Seguro se llevaría una regañina y sería culpa de ella.

Carlos miró a Andrea sin expresión alguna y recibió de sus manos el papel que le tendía. Ella siguió hablando, y él no se sintió con el ánimo de hacer la observación que cabía por haber

entrado sin anunciarse primero. Cuando ella terminó de hablar, él simplemente le puso una cita para discutir el tema más tarde y zanjó la cuestión. Andrea, viéndose despachada sin muchas ceremonias, se removió en su silla. Tenía bonitas piernas, así que se sentó en el ángulo que más la favoreciera.

—No fuiste al concierto de Jazz el otro día... —empezó con voz suave.

—No, no pude... —contestó él, sin mirarla— Tampoco recuerdo haberte dicho que iría.

—No, no lo dijiste... —Carlos no agregó nada, y Andrea empezó a sentirse inquieta—. El sábado en la noche estarán en el bar de un amigo.

—Éste sábado?

—Sí. Irías? —Carlos la miró al fin, prestándole atención. Pensó inmediatamente en Ana. No sabía si la música jazz le gustaba, pero intuyó que si le gustaba la poesía, de seguro le gustaría el jazz, y aquello sería una buena forma de averiguarlo. Hizo una mueca con los labios cuando a la mente se le vinieron varias alternativas para aprovechar la velada.

—Me interesa —dijo con una sonrisa que Andrea malinterpretó.

—Genial! —exclamó. Se puso en pie y dio la vuelta al escritorio, inclinándose cerca de él para tomar un papel y apuntar la dirección del bar. Carlos tuvo que alejarse un poco, pues la chica casi se le había echado encima.

—Mira, es aquí. Harán un show a eso de las ocho...

—Un show?

—Claro, tienen un buen repertorio.

—Parece entretenido.

—Lo es! —exclamó Andrea, feliz por el interés que él estaba mostrando—. Entonces, esta vez sí irás?

—Bueno...

—No te arrepentirás; además, la comida del lugar es muy buena, te lo garantizo. También sirven tragos de primera calidad.

—Das muy buenas referencias.

—Voy allí de vez en cuando —contestó ella enseñando su mejor sonrisa—, y el dueño es un amigo, así que nos reservará buenos lugares —Carlos sonrió.

—Vale, gracias.

—Entonces allá nos veremos. Asegúrate de llegar a buena hora —y sin agregar nada más, y casi sin dejar que él lo hiciera, salió de la oficina. Cuando estuvo fuera, le lanzó a Mabel una sonrisa de suficiencia que la hizo ponerse verde. Mabel entró a la oficina y ya iba a empezar una disculpa por la intromisión de Andrea cuando él la interrumpió pidiéndole que hiciera una reservación.

—Esa cara me dice que anoche hubo sexo y reconciliación... —dijo Eloísa al ver a Ana entrar en la sala de Ángela—. En qué orden fue? Primero el sexo? O la reconciliación?

—Por qué siempre estás haciendo preguntas tan íntimas?

—Para ponerle sabor a la vida —Ángela sonrió viendo a su amiga, que traía una cara de felicidad que le era imposible disimular.

—Volvieron? —Ana asintió moviendo afirmativamente la cabeza.

—Te tocó rogar mucho? —preguntó Eloísa elevando una ceja—. Espero hayas tenido que

arrastrarte —Ana le echó malos ojos y no contestó. Había llorado, y se había tenido que arrastrar un poquito... pero eso fue teniendo sexo...

—De igual manera, no lo sabrás.

—Uff, hubo sexo duro —Ana se sonrojó y Eloísa soltó la carcajada. Ángela le lanzó un manotazo que no llegó a hacer impacto.

—Déjala en paz!

—Espera a que tenga novio y esté enamorada —amenazó Ana—, seré yo la que disfrute con las preguntas escandalosas.

—A mí no me molestará contestar.

—Eso lo veremos.

—Pero no estamos hablando de mí, sino de ti. Qué pasó anoche?

—Quieren los pelos y las señales, no? —hasta Ángela la miraba con avidez, y Ana sonrió negando—. Nos vamos a casar —contestó. Eloísa y Ángela hicieron diferentes exclamaciones—. Me pidió que fijara la fecha, y a eso vengo.

—Cómo —preguntó Ángela—, sin anillo?

—Qué importa un anillo?

—Cómo que qué importa? Es importantísimo! Sin anillo, no hay fecha.

—No seas tan anticuada —la acusó Eloísa—. Fíjalo para un día después que se te haya ido la regla, porque mujer, es ideal para la luna de miel.

—Eloísa! —ella reía a carcajadas. Siguieron hablando, y Ángela enseguida empezó a pensar en vestidos, flores e iglesias. Ana empezó a rascarse tras la oreja sólo de imaginarse todo el trabajo que se le venía encima, sobre todo en cosas en las que no se sentía plenamente segura.

—En últimas —dijo—, contrataré alguna empresa de eventos y bodas—. Y a partir de allí, el tema de conversación entre las amigas entonces fue elegir una.

Ana llegó por la tarde a la mansión Soler... una casa que ya estaba sintiendo como suya. No pudo evitar sonreír al ver el jardín de rosas que rodeaba toda la estructura; se agrupaban en los diferentes parterres por colores, y no era raro ver mariposas o abejas por allí rondando. Había pensado que su enormidad llegaría a abrumarla, pero hasta ahora no había sido así. Quizá porque hasta ahora siempre había estado ocupada y no había podido estar ociosa en medio de todo ese espacio, y además estaban sus hermanos; ellos ocupaban las salas y habitaciones como ningún otro habitante de la casa.

Todavía tenía que acostumbrarse a tener personas pendientes de ella y sus necesidades o caprichos todo el día, sentía que nunca se habituaría a ese lado de su nueva vida, pero estaba ansiosa por empezar lo que ahora denominaría como el resto de su vida. Empezaba ahora, y empezaba al lado del hombre que amaba.

Se detuvo en la entrada cuando vio allí a Judith y sus amigas: Dora y Arelis. Al verla, las mujeres congelaron su sonrisa, y se miraron unas a otras como esperando que algo sucediera.

—Eh... Buenas tardes —saludó Ana, y tuvo que respirar profundo. Aquello que había pasado esa vez no se repetiría, se dijo a sí misma.

—Yo te veo más delgada! —dijo Dora—. Vas a tener que decirme qué bebedizo estás tomando. O es alguna rutina cardio de la que no he oído hablar? —Ana elevó ambas cejas.

—Es su genética. Es delgada de por sí —intervino Arelis. Miró a Judith y sonrió—. Tal vez en

cuanto tenga su primer hijo se rellene un poquito.

—Ya le dije a Carlos que espero que eso pase pronto —contestó Judith sacudiendo su cabeza—. Juan José y Ángela lo están haciendo muy bien, le dije, pero tú estás terriblemente atrasado.

—Es increíble ver cómo alientas a tus nueras a tener más hijos cuando tú misma casi te mueres cuando ibas a tener el segundo.

—Recuerden que acababa de hacerme unos implantes carísimos, además de la lipoescultura, y mil cosas más. Todo eso se echó a perder, pero ya esos tiempos pasaron. Si en ese entonces hubiese sabido tanto de la vida como sé ahora, más bien me habría esmerado en tener unos tres más.

—Mentirosa —sonrió Dora. Se acercó a Ana, que las miraba como si fuesen personajes que de repente se hubiesen escapado de algún circo—. No quiero hacer referencia a tus orígenes humildes, pero afortunadamente, no creo que tú tengas alguna pega a eso de tener más hijos.

—No, no la tengo; provengo de una familia grande.

—Lo ves? En Ana tendrás tu recua de nietos soñada.

—Dios te oiga —se fueron alejando hacia los diferentes autos aparcados en el lobby car y Judith se despidió de cada una dándole un beso en cada mejilla y ajustándose el chal que se había puesto para estar afuera. Ana se quedó allí, como clavada en la entrada. No se podía creer que estas mujeres no sólo le dirigieran la palabra luego de lo que había significado que todos se enteraran de que era hija de Lucrecia Manjarrez y que ahora estaba en la cárcel, sino que además la trataran con tanta familiaridad, como si fueran viejas amigas.

Judith la vio allí, quieta y en silencio, y se le acercó. Se ubicó a su lado, como si simplemente estuviese admirando el paisaje y suspiró.

—Nunca te pedí disculpas sinceras por lo de aquella vez —dijo, y Ana giró su cabeza para mirarla—. Pero esta vez lo hago. Como siempre, la vida me ha tenido que dar de patadas para que yo aprenda—. Ana no dijo nada, y Judith siguió—. Acepto y comprendo que eres la mujer adecuada para mi hijo... tal vez no la que yo soñé para él en cuanto a cuna y todas esas tonterías, pero sí por amarlo como siempre quise que lo amaran... —Ana sonrió, pero su suegra no se detuvo—. Él... es tan correcto, que seguro que nunca te será infiel. En algunos momentos se abrumará por exceso de trabajo, por querer llevar toda la responsabilidad él solo. Es allí cuando necesitará tu carácter para que recuerde que la vida hay que disfrutarla antes de que se nos vaya de las manos.

—Me aseguraré de eso.

—Y ten muchos hijos, por favor —Ana se echó a reír.

—Eso lo veremos.

—Ah, no me salgas con eso—. Ana siguió riendo, y juntas dieron la vuelta para internarse en la casa.

Carlos llegó por la noche a casa, como era costumbre, y lo primero que hizo fue preguntar por Ana. Como siempre. Le dijeron que estaba en la biblioteca, y hacia allí fue.

La encontró hablando con sus hermanos, al parecer, les estaba comunicando que pronto se casarían.

Había un poco de algarabía, Silvia tarareaba y bailaba el Danubio Azul con Sebastián, mientras Paula le hacía una pregunta tras otra y ella intentaba contestarlas todas.

Entró a la estancia y ella le hizo una cara de ¡*Auxilio!*, y él no pudo más que sonreír.

—Llegó el novio! —gritó Silvia, y corrió a él para abrazarlo. Como si fuera un niño de tres años, Sebastián la imitó.

Esa noche cenaron fuera. Carlos los llevó a un buen sitio, y Ana se enorgullecía de ver a sus hermanos manejarse muy bien en lugares como aquellos. Se habían acostumbrado muy rápido a este estilo de vida, y también se habían esforzado por estar a la altura, y ahora cosechaba los frutos de su propio esfuerzo al educarlos. Aún eran unos adolescentes; Silvia se debatía entre varias profesiones, y Paula y Sebastián eran unos niños a su modo de ver, pero ya no tenía miedo por el futuro de ellos. Algo que había aprendido en todo este tiempo y gracias a los momentos difíciles que había tenido que vivir, es que alrededor tenía personas que cuidarían de ella y de sus hermanos cuando y cuanto fuese necesario; que no era obligación pagar favores, que lo que se hacía con el corazón, se pagaba en el corazón.

Miró a Carlos feliz, feliz no porque él era pudiente, y con él nada le faltaría a su familia, sino porque en el corazón de él había bondad y luz, y alcanzaba a iluminar esos rincones oscuros que a veces encontraba en el suyo. Tal como él le había pedido, él se había vuelto un apoyo, una fuerza y un muro. Ella tenía la suya propia, pero qué bueno era, de vez en cuando, apoyarse en él. Ya vendrían los tiempos en que los papeles se invirtieran, y ella estaría feliz de ser la fuerza y el apoyo de él.

—Investigué lo que me dijiste de Isabella —le dijo él, cuando hubieron regresado. Ana había entrado al cuarto de baño mirando la bañera con la imaginación trabajando a tope.

—Ah, sí? —preguntó, pero realmente no le prestaba mucha atención.

—Parece que es verdad lo del hombre que la acosaba —siguió Carlos, entrando también al baño y quitándose la chaqueta que había usado para salir con ella y sus hermanos—. Ya pedí a la policía que investigaran al respecto.

Ana le prestó atención entonces, lo miró deteniéndose en sus movimientos de llenar la bañera de agua caliente.

—Pero si Isabella salió del país, ya no corre riesgos.

—No estoy preocupado por Isabella, sino por ti. Si a ese hombre lo contrataron para hacerte daño a ti, tal vez te busque en el futuro —Ana frunció el ceño.

—No me considero una experta en mente criminal, pero si era un matón a sueldo, no creo que me busque.

—Por qué no?

—Esa gente no trabaja gratis; si nadie le va a pagar, para qué completar el trabajo? Por eso acosaba a Isabella, porque se le debía un dinero. Le importaba más la plata que otra cosa, o si no, le habría hecho daño sin antes amenazarla —Carlos sonrió ante su razonamiento.

—Y eso que no eres experta en mente criminal —Ella sonrió y siguió abriendo la llave para llenar la tina de agua caliente—. De todos modos, estaré más tranquilo si lo encierran —suspiró Carlos—. No quiero ni un cabo suelto en todo este asunto.

—Como quieras —él la miró de arriba abajo, y al fin cayó en cuenta de que ella estaba preparando un baño de espuma.

—Qué vas a hacer?

—Desnudarte, y ver cómo te ves desnudo, excitado y lleno de espuma —Carlos se sonrojó.

Ana se sorprendía de ver lo fácil que era sacarle los colores, y eso que él tenía más experiencia en el sexo que ella. Pero bueno, tal vez no se acostumbraba a que le dijeran abiertamente lo que de él se esperaba.

—Bueno, yo...

—Tú qué, amor? —preguntó ella con una media sonrisa y sacándose la blusa por la cabeza. Carlos tragó saliva mirando su sostén de encaje que poco ocultaba sus atributos. Aunque ella insistía en que la genética le había negado su buen par de tetas, para él no había más bonitas que esas.

—No es nada del otro mundo —contestó él, viendo cómo ella ahora se desabrochaba el pantalón y se lo sacaba. Ahora ella estaba en ropa interior. Jesús!, dijo para sí. Esa piel canela era demasiado apetitosa, y a él ya le picaban las manos por tocarla.

Ella sonreía con descaro, y se acercó poco a poco a él para desnudarlo. Carlos se dejó, y sólo la observaba embelesado. Cuándo imaginó él algo como esto? Cuando la miraba de lejos y rogaba al cielo por olvidarla y por sacársela de su mente, había tenido tontas fantasías donde él le daba un beso y ella no se apartaba. En ese entonces, ni siquiera imaginó tener en su cama a una tigresa como esta.

Carlos apoyó su cabeza en la pared y gimió quedamente cuando ella empezó a masajear su erección a través de la tela de su ropa interior. A ella parecía encantarle, darle placer era un placer para ella también. Pero llegó un punto en que él no lo resistió más, y terminó de desnudarse a sí mismo y a ella y la alzó para entrar a la bañera. Cuando estuvieron dentro ella empezó a amontonar espuma encima de él y Carlos no pudo evitar sonreír.

—De verdad quieres ver cómo me veo?

—Crees que era una broma? —él se echó a reír, y empezó a trabajar por crear más espuma para ella.

Estuvieron en la bañera hasta que el agua se enfrió; se secaron el uno al otro y se metieron en la cama para seguir mimándose.

El tiempo pasaba de prisa. En la vida sucedían muchas cosas. Mientras pudiesen amarse el uno al otro como ahora, definitivamente lo harían.

...46...

-**QUÉ** lugar es este? —preguntó Ana, mirando en derredor. El bar tenía las luces tenues, la barra de licores formaba una isleta en medio del lugar, y entre las licoreras, hombres y mujeres uniformados con camisetas blancas y ajustadas servían tragos y margaritas a quienes lo pidieran.

En un rincón había una tarima, y en él, un piano de cola y varios instrumentos de viento.

—Es Jazz? —preguntó Ana.

—Sí. Un reconocido grupo va a hacer un show aquí hoy.

—Me encanta!

—De verdad?

—Sí! Ah, perdí un Cd de jazz en el incendio. Con tantas cosas... ni me acordaba.

—Me alegra mucho que te guste —Ana lo miró sonriendo y, sin querer restringirle sus besos, se acercó a él.

—Carlos? —escuchó que decía alguien, y Ana se quedó a mitad de camino de su beso. Ambos se giraron para encontrar a una mujer alta, de ojos bonitos y grandes, con cejas negras y arqueadas. Labios rojos y pestañas rizadas. Era bonita en verdad... y estaba mirando a Ana como se mira a una cucaracha.

Ana frunció el ceño mirándola también. Qué quería esta mujer, pelea? Luego sintió que la conocía de algún lugar...

—Andrea! —exclamó Carlos, y Ana lo miró entonces a él—. Amor, es Andrea, una de las ejecutivas de Jakob.

—Ah... —de allí la conocía, concluyó Ana. Seguro había ido a Texticol para algo.

—Sabía que vendrías —dijo Andrea mostrando una sonrisa de dientes blancos y parejos—. He reservado una mesa para los dos. Vamos?

—Reservaste una...? —Carlos no terminó la pregunta, pues sintió la mirada de Ana—. Debe haber un error. Yo reservé una mesa para mí y para mi... novia.

—Qué?

—Te la presento —tomó a Ana de la cintura y la hizo avanzar un paso. Ana lamentó el no haber ido a un salón de belleza para que la maquillaran y la peinaran. Estaba como siempre, poco maquillaje, su cabello suelto y ondulado, aunque esta vez se lo había peinado a medio lado y al salir de casa había considerado que se veía bonita. Pero ahora había perdido un poco de esa confianza. Además, no le gustó la mirada estudiosa de ella, ni la cara de decepción que mostró—. Andrea, esta es Ana, la mujer que amo y con la que pronto me casaré.

—De veras? —rió ella, como si lo pusiese en duda. Carlos mantuvo su sonrisa.

—Claro que sí. No juego con esas cosas. Lamento que hayas entendido que tenías que reservar una mesa para mí, pero cuando me hablaste del lugar, sólo pensé en traer a Ana... Ya tengo la reservación.

—Pero yo tengo un buen sitio.

—Supongo que VIP es un buen sitio también —sonrió él, y Andrea elevó sus pobladas y bien delineadas cejas. Era hermosa, la condenada.

—Es una lástima.

—Oh, de todos modos, espero que lo pases bien con tus amigos —sonrió Carlos. Inclinó su cabeza a modo de despedida y dio la vuelta con Ana aún de su brazo, que ahora estaba un poco rígida.

Cuando llegaron a la mesa, desde la cual se podía ver perfectamente la tarima de instrumentos, en seguida alguien se acercó para dejarles la carta de bebidas. Ana miraba la lista de diferentes tragos, mezclas, cocteles, margaritas, pero no veía nada, en realidad.

—Estás molesta?

—Claro que no.

—Ok —dijo él, y se concentró en su carta, pero estaba mordiendo una sonrisa—. Te gusta el sitio?

—Sí.

—Ya —elevó una mano, y enseguida un camarero vino a tomar su orden—. Estás celosa? —preguntó él cuando ambos hicieron su pedido.

—Celosa? Claro que no.

—Mmm... —Carlos extendió su mano para tomar la suya por encima de la mesa, pero ella lo esquivó.

—Por otro lado —comentó ella, mirando en derredor—, por qué esa zorra tenía una reservación para ti y para ella en este sitio? —Carlos casi se echa a reír.

—Zorra?

—Zorra.

—No es una zorra.

—Es una maldita zorra.

—Por qué las mujeres tienen que odiarse unas a otras en cuanto se ven?

—Eso es una estupidez; quiero a Ángela y a Eloísa.

—Porque no son una amenaza para ti.

—Disculpa, esa zorra es una amenaza?

—No quise decir eso.

—Me quiero ir —dijo ella poniéndose en pie, y Carlos se interpuso en su camino. Sonreía de ver sus reacciones, nunca la había visto así, e imaginó que tenía que ser muy cuidadoso con cada palabra que soltara ahora.

—Está bien, amor. Es una zorra. Y una quita-maridos también. Pero olvidémonos de ella, no arruinemos nuestra noche—. Ella lo miró justo a sus ojos aguamarina, que sonreían, aunque él estaba muy serio. Respiró profundo, él tenía razón.

—Ella no me gusta.

—Es que es mala, seguramente.

—No te burles de mí.

—Cariño, he aprendido a tomarme en serio tus corazonadas. Si no te gusta, por algo será. Lo de la reservación fue un malentendido. Ella me habló de este lugar, y por alguna razón creyó que vendría con ella...

—No, por alguna razón no. Es una oportunista, y si te descuidas, nos hará daño.

—No nos hará daño, no soy tan tonto—. Ana respiró profundo, y se volvió a sentar, y esta vez, no rechazó la mano de Carlos.

—Trabaja en Jakob, dijiste? —le preguntó. Él acercó sus dedos a sus labios para besarlos.

—Incluso la tenía como candidata para posible gerente.

—La “tenías”?

—Bueno, lo estoy reconsiderando—. Ana se echó a reír al fin, más relajada. Recordó que este hombre de aquí era capaz de revolucionar medio mundo con tal de hacerla a ella feliz.

—Está bien, olvidémonos de ella. Me gusta el sitio—. En el momento, los músicos se ubicaron en su lugar, uno de ellos saludó a la concurrencia y algunos vitorearon. Ana se puso en pie y caminó a una barandilla desde la cual se podía ver mejor. Carlos se ubicó a su lado, rodeándola con su brazo y Ana olvidó de inmediato a todas las zorras que pudieran estar codiciando a su novio. Sin embargo, a la distancia vio a Andrea, sentada sola en su mesa y cruzada de brazos. Miró a Carlos y se dio cuenta de que él también la había visto.

—Tal vez deba llamar a alguien para que le haga compañía.

—Busca a alguien que haya sido muy malo en la vida.

—Había pensado llamar a Fabián.

—De ningún modo! —casi gritó ella—. No relacionaré a uno de mis amigos con esa mujer.

—No son unos niños...

—Carlos, te lo suplico, no —Carlos la miró entonces atento. Ana nunca usaba ese tono.

—Está bien, cariño.

—No son celos, ni complejo de inferioridad... ella no me gusta. Y no se te ocurra traer a Fabián aquí.

—Está bien, está bien—. Pero cuando ella se giró, Carlos hizo una mueca.

Pasados unos minutos, se olvidaron de Andrea, y del resto del lugar. Aunque ninguno de los dos tenía idea de cómo bailar Jazz, se acercaron el uno al otro y se movieron al compás de la música, hablando, riendo.

—Bueno, tenemos una petición especial entre nuestro público —dijo el músico que sostenía el bajo—. Carlos —dijo, mirándolo significativamente—, adelante.

Ana miró a Carlos interrogante, y de inmediato un reflector los iluminó. Carlos, con una sonrisa de oreja a oreja, buscó algo en su bolsillo y sacó una caja de cristal. Ana abrió su boca queriendo exclamar algo, pero no salió sonido alguno.

—No quería que fuera algo sencillo —dijo él, y a pesar del reflector, Ana vio que estaba terriblemente sonrojado. Él odiaba destacar en público, y ahora eran el centro de atención de un bar a rebosar—, pero... —agregó él, a la vez que hincaba una rodilla en el suelo y elevaba un anillo con una enorme piedra engastada en oro— Te casas conmigo?

Ana se cubrió la boca, segura de que el alma se le iba a salir por allí. Sonaron unos redoblantes, la gente alrededor gritó, Andrea incluso se puso en pie para mirarlos mejor, con sus ojos abiertos como platos; y el sitio se volvió una locura total hasta que Ana movió su cabeza

afirmativamente, y él se puso en pie para recibir su abrazo y su beso.

Ana sentía estar flotando, o algo así. Carlos la alzó, y ella escuchó su risa de júbilo. Cuando la bajó, él le puso el anillo.

—Estás loco! —gritó ella, para hacerse oír en medio de la algarabía.

—De amor por ti.

—Pero a ti... a ti no te gusta este tipo de espectáculos.

—Tan aburrido me crees?

—No! Pero...

—A que te he sorprendido.

—Definitivamente, sí —rió ella, y le rodeó el cuello con sus brazos, lo besó en la boca y se pegó a su cuerpo tan feliz que todo su cuerpo vibraba. Luego sintió que alguien tocó su hombro, y ella se giró para encontrarse con Ángela, Eloísa, Fabián, Mateo, Juan José e incluso a Silvia y Judith.

Se ubicaron en una mesa más grande, y celebraron, hablaron chachara y ella se miraba el anillo en su mano sin poder creérselo. Era feliz, y no sabía cómo expresarlo, cómo demostrarlo.

—Ves? —dijo Ángela— el anillo es importante.

—Sí, ya veo. Parece más real...

—Felicitaciones! —escuchó decir, y Ana sintió un peso en el estómago al ver a Fabián ponerse en pie y hacerle un sitio a Andrea, que se había autoinvitado a la mesa. Eloísa la miró preguntando quién era esa, y Ángela, que por lo general esperaba siempre para hacerse una opinión de las personas, miró a Andrea haciendo una mueca.

Pero era una noche especial, así que olvidaron el asunto y se dedicaron a celebrar.

-Fue espectacular! —exclamó Ángela sonriendo. Tenía a Alex en sus brazos, un poco inquieto y queriendo saltar en su regazo, y Ana los observaba sonriente. Había traído a Paula y a Sebastián con ella, pues Ángela se quejaba de que cada vez la visitaban menos. Ahora ellos estaban con Juan José y Carolina en el jardín; él les mostraba un pequeño helicóptero que funcionaba a control remoto; un juguete de Alex, pero que quien lo disfrutaba era su padre—. Nunca me imaginé que Carlos hiciera una cosa de esas. Qué romántico!

—Sí —estuvo de acuerdo Ana, y era verdad. Ni ella misma se habría podido imaginar que Carlos fuera capaz de algo así. Todavía se llevaba sorpresas con su novio—. Espero que ese romanticismo no muera con los años—. Ángela sonrió negando.

—El matrimonio es diferente, no te lo voy a negar —dijo ella, sosteniendo a duras penas a Alex—. Es como por rachas... Con Juan José, hay veces que ni siquiera podemos tener las manos quietas, o vernos el uno al otro con la ropa puesta —Ana soltó una risita—, y en otras ocasiones —siguió Ángela—, estamos más tranquilos, y nos gusta más hablar, sólo dormir, y esas cosas cursis.

—No me lo hubiera imaginado.

—Claro, que no fue así al principio —siguió Ángela—, pero Juanjo y yo ya tenemos más de dos años casados, y dos bebés a bordo. Las cosas cambian mucho.

—Y quieres tener más? —Ángela mostró una sonrisa de picardía.

—Apenas Alex cumpla el año, trabajaremos en el otro.

—Tres? Ángela, estás segura?

—Hacemos hijos guapos. Le estamos haciendo un favor a la futura generación —Ana se echó a reír, y de repente, Alexander se tiró un pedo y Ángela hizo una mueca tan cómica que Ana no pudo evitar la carcajada. Estuvieron allí varios minutos, y Ángela desnudó a su hijo para cambiarle el pañal—. Tengo que ir por uno arriba, lo sostienes mientras, por favor? —Ana se puso en pie y ocupó el lugar de Ángela en el sofá. Alexander estaba de espaldas en el mueble sobre una pequeña frazada y la miraba sonriente, como si en vez de defecar, estuviera dándoles un regalo de altísimo valor.

—Tú y tus pedos en los momentos más oportunos —Alex se rió estruendosamente, y Ana recordó a Sebastián cuando tenía esa edad. Se acercó a él y le besó las plantas de sus piecitos desnudos. Alex volvió a reír; al igual que Sebastián, tenía cosquillas en los pies—. Ah, te gusta, te gusta? —Alex reía, y encogía sus piernas regordetas escondiéndose de ella. Y entonces Ana lo vio; la marca de nacimiento en la pierna de Alex, y que también Sebastián tenía. Palideció y sintió que la sala giraba en derredor. Miles de conclusiones llegaron a su mente, verdades que siempre estuvieron allí y que ella no pudo ver porque nunca tuvo tanta malicia.

No, no era difícil imaginárselos, a Lucrecia y a Orlando. No era difícil.

Cuando Ángela bajó de nuevo a la sala, Ana estaba pálida.

—Te sientes bien, nena? —le preguntó aprehensiva.

—Sebastián es hijo de Orlando Riveros —dijo ella de repente, y Ángela se detuvo en su camino al sofá. Ana la miró, y cuando la vio más preocupada que sorprendida, se echó a reír—. Tú ya lo sabías—. Ángela hizo una mueca.

—Lo descubrí en el hospital, luego del incendio.

—Y no me lo dijiste?

—Ana, tú estabas en medio de una pesadilla, viviendo un infierno con tu hermano herido y la amenaza sobre los demás. Cómo te iba a mortificar con algo así?

Ana miró a Alexander, que la buscaba para seguir jugando, con su hermosa sonrisa coqueta.

“No, no es mi hijo —recordó que dijo su padre en su ensoñación—, pero no lo quieras menos por eso”.

Orlando Riveros había sido su peor pesadilla. Recordarlo era recordar que había tenido que vender su virginidad a cambio de la seguridad de sus hermanas, era recordar la vergüenza y el dolor. Cuando tuvo esa terrible visión donde herían a sus hermanos, no fue a Antonio Manjarrez a quien vio, no, fue a Orlando Riveros, con su gordura y su cabeza brillante y su bigote. Su maldad pintada en los ojos grises, grises como los de Ángela, grises como los de Alex.

—Ana? —la llamó Ángela, y Ana la miró. Los ojos de Ángela eran bonitos, llenos de bondad, y ahora, de preocupación. Ser hijo de ese monstruo no indicaba llevar el gen de maldad. Su hermano era un buen chico, siempre preocupado más por sus hermanas que por sí mismo, intentando ser el hombrecito de la casa cuando no era más que un niño. Curioso por la electrónica, aficionado por el fútbol, inquieto, inteligente. Bueno.

Y era su hermano.

“Su alma es un alma vieja —había dicho también su padre—. Me sorprende que nadie alrededor se haya dado cuenta, en especial, Juan José. Los incendios persiguen a ese niño”.

—Ana—. Volvió a llamarla Ángela.

Ana no entendía por qué su padre había dicho que Sebastián era un alma vieja, o que los incendios lo perseguían. Qué vínculo había entre Juan José y su hermano?

—Es tu hermano —dijo de repente, y Ángela sonrió.

—Sí, lo es.

—Y es mi hermano también.

—Tú y yo también somos hermanas. Lo olvidas? Los lazos de amistad pueden llegar a ser más fuertes que los de sangre.

—Con razón... eso explica tantas cosas—. Ana se puso en pie y Ángela tomó su lugar de vuelta en el sofá, y se concentró en cambiarle el pañal sucio a su hijo mientras Ana caminaba por la sala atando cabos—. Lucrecia le fue infiel a mi padre con Orlando Riveros —dijo—. Papá lo descubrió, discutieron... pero como era tan engreída, ella no se mostró arrepentida. Quizá pensó que Orlando dejaría a tu madre para quedarse con ella.

—Eso nunca habría ocurrido —contestó Ángela—. De alguna manera, papá y mamá se llevaban bien, se complementaban. Es obvio que él tenía sus aventuras por fuera, pero respetaba la posición de mamá como su esposa y señora de la casa.

—Lo cual echó por tierra los planes de Lucrecia —siguió Ana—. Y al ver que no había hecho sino parir otro hijo más, huyó. No había progreso para ella en ese pueblo.

—Crees que se lo haya dicho? A papá.

—Que tenía un hijo suyo? Muy probablemente.

—Pero entonces por qué papá no le prestó atención? Quería desesperadamente un hijo varón.

—Tal vez no le creyó. Tal vez no fue la única que llegó a su puerta con esa historia.

—Sí... tal vez.

—Y por eso Sebastián es... en cierta forma, diferente a nosotras. Siempre lo notamos, pero la genética es una cosa loca.

—Juan José quiere mucho a tu hermano. Desde la primera vez que lo vio, me dijo que le causó una curiosa impresión —Ana la miró atenta.

—Por qué? —Ángela se encogió de hombros.

—Ni él mismo sabe explicarlo. Estaba muy angustiado cuando te fuiste con ellos y no sabíamos a dónde. Es... un afán protector—. Como Ana no dejaba de mirarla, Ángela continuó—. Tal vez sea porque... bueno, son huérfanos.

—No, no... hay algo más. Los incendios persiguen a ese niño —repitió Ana, y vio cómo Ángela se quedó quieta al escucharlo—. Qué relación hay para ti? —Ángela se echó a reír. Las lágrimas acudieron a sus ojos—. Angie?

—No, no... sólo... Qué importa? Es nuestro hermano, y de alguna manera, eso nos acerca más a nosotras, no te parece? —Ana asintió. Se arrodilló al pie de ella, y la miró atentamente.

—Es sólo que hay tantas cosas...

—El universo, cuando lo desconocemos, parece demasiado grande —dijo Ángela, tomando nuevamente a Alex y poniéndolo en su regazo—. Pero al final resulta que es tremendamente pequeño, y todo está entrelazado; para bien, o para mal, nuestros hilos están tejidos—. Ana sonrió.

—Eso es muy cierto. Cómo me iba a imaginar yo que estaba pidiendo empleo en la casa del padre de mi hermano?

—Cómo me iba a imaginar yo que aquella muchachita que me pasaba los libros a escondidas y

me ayudó en una ocasión para escapar y verme con aquél chico que me gustaba se convertiría en mi concuñada y mi hermana?

—Qué chico te gustaba? —preguntó Juan José entrando a la sala, con el cabello un poco alborotado por el viento y agitado por la actividad al aire libre.

—Nada, ninguno —le contestó ella—. Sólo tú me gustas.

—Ah...

—Mira, Ana! —exclamó Sebastián, mostrándole el helicóptero—. Vuela de verdad!

—No lo vayas a desarmar para ver cómo funciona.

—Claro que no, lo estropearía!

—Yo sí te imagino desarmándolo —dijo Paula sonriendo, y acercándose a Ángela para pedirle al niño. Ángela se lo dio, y recogió las cosas que había utilizado para cambiarle el pañal. Ana observó a Juan José y a Sebastián. De verdad. Qué vínculo había entre los dos?

Oscureció, y entonces llegaron Carlos y Silvia, que por haber estado haciendo tareas y trabajos, no habían podido estar con ellos desde antes. Cenaron juntos, y como siempre, la velada estuvo llena de risas y bromas. Ana miraba a su hermano y a Ángela, tratando de encontrar rasgos parecidos, y realmente no fueron muchos los que halló. Sin embargo, eran hermanos, o medio hermanos, al igual que ella y él.

Debía contárselo? Se preguntó. Tal vez Ángela quería tener el derecho de llamarlo hermano. Ella no tenía ninguno, y ahora lo había descubierto.

No sabía qué pensar ahora, pero estaba segura de que Carlos la ayudaría a tomar una decisión.

-Entonces es él —sonrió Juan José, acomodando la frazada para abrigar mejor a su hija y hablando con su esposa, que lo miraba desde el otro lado de la habitación. Le había contado el descubrimiento que acababa de hacer gracias a Ana; Sebastián era aquel niño que había muerto en un incendio de Trinidad, en el que murieron también cuatro hombres, dejando a la mujer del árbol caracolí sin su amante—. La primera vez que lo vi me impresionó; fue allá, en esa casa que se incendió. En el diario que vi en la biblioteca de Trinidad la foto del niño estaba censurada, tal vez para proteger su identidad, o yo que sé. Pero ahora podría ir de nuevo y comprobar si de verdad es él.

—No creo que haga falta —dijo Ángela—, lo que dijo Ana fue muy certero: a ese niño lo persiguen los incendios —Juan José frunció el ceño analítico.

—Ese hombre murió tratando de salvarlo, y dejó sola a la mujer que amaba... eso entrelazó sus destinos...

—Nuestros destinos —corrigió Ángela acercándose a él y rodeándolo desde atrás con sus brazos—. Él está aquí con un propósito. Es un niño aún, pero tal vez podamos averiguarlo más adelante.

—Crees que Ana se lo dirá? Que es tu hermano.

—Ojalá se lo diga. Te imaginas? Tengo un hermanito.

—Ya era tu hermanito desde antes.

—Sí... es verdad. Pero es bonito tener un hermano de sangre —Juan José sonrió y se dio la vuelta sin salir del círculo de sus brazos.

—Ves por qué es sensato tener varios hijos?

—Juan José, no tienes que tratar de convencerme al respecto; mi experiencia como hija única fue horrible.

—Bueno, nuestra familia será totalmente diferente.

—Sí —contestó ella sonriendo, y recibiendo su beso.

Carlos miró a Ana bastante asombrado.

Ella todavía estaba en shock, y caminaba de un lado a otro en la habitación, en silencio, mientras que él estaba recostado en el diván al pie de la cama.

—No sé si decírselo a Sebastián —dijo ella de pronto—. Qué voy a hacer? No quiero desestabilizarlo de ese modo!

—Sebastián es un niño bastante maduro a pesar de su edad.

—Pero saber que quien él creyó que era su padre no es su padre...

—Un padre que ni siquiera conoció... —él elevó una pierna sobre el diván, acomodándose mejor—. Y si somos sinceros —siguió él—, tú has sido su padre y su madre. Lo que en verdad lo desestabilizaría sería saber que tú no eres su hermana.

Ella se giró a mirarlo con sus brazos cruzados.

—Soy su medio hermana.

—Eso no te resta importancia en su vida. Piensa que por el contrario, él gana una hermana más —Ana sonrió sin poderlo evitar.

—Pobre Sebas... rodeado de más y más hermanas.

—Para eso estoy yo, Juanjo y los demás. Ahí hacemos contrapeso.

—Seguro.

—Ven aquí —dijo él extendiéndole una mano, y Ana no rechazó su invitación. Se acomodó muy bien en su regazo, recostando su cabeza en su pecho—. No te preocupes demasiado por eso —le dijo él—, si trataras de ocultarlo, de algún otro modo se sabrá. Si tienes dudas, ponte en su lugar. Qué crees que preferiría él? Siendo hermano de Ángela, tiene entonces dos sobrinos, no? Su familia se agrandó inesperadamente. Yo imagino que estará muy emocionado—. Ana sonrió admitiendo la verdad en aquello. Como siempre, el punto de vista de Carlos le ayudaba a ampliar sus propios conceptos. Se giró a él y lo miró, tan de cerca, que pudo observar su barba un poco crecida.

Suspiró feliz. Por muchas cosas, y por saber que en los momentos como este en el futuro, seguiría contando con él.

...47...

JUDITH miró a su hijo bailar con Ana.

En cierta forma, era bueno que ella no estuviese embarazada, pues el vestido no le habría quedado igual; pero ella quería ver al hijo de su hijo... Bueno, al hijo de su hijo mayor.

Miró al otro lado de la pista a Juan José y Ángela, también bailando y sonriendo, sintiéndose reconciliada consigo misma desde que habló con él en su casa aquella vez. Había llevado una pesada carga toda su vida por sentir que debía ser más distante con él, más severa. Había obrado mal, pero afortunadamente, Juan José tenía un buen corazón, era noble, y no se había cansado de esperar por ella.

Estaba segura de que si en su lugar hubiese estado Carlos, no habría sido tan fácil obtener su perdón, su hijo mayor era mucho más orgulloso.

Hacía cuatro meses que Ana y Carlos se habían comprometido en ese bar, y desde entonces, él era más feliz y más flexible en muchos aspectos de la vida.

Es que el amor verdadero trae la felicidad, pensó con cierta nostalgia.

—Se lo dirás algún día? —le dijo alguien a su lado, y Judith se giró para encontrarse con Rebeca Alvarado. Había sido invitada porque le gustaba a Ana, y por ende, a Carlos. La anciana, que era difícil de complacer, tenía en muy alta estima a su nueva nuera.

—Decirle qué?

—Tu pasado con Ricardo Soler, y que él es fruto de ese amor—. Judith se giró a mirar a su hijo sintiendo su corazón latir furiosamente.

—Cómo estás tan segura de que Carlos es hijo de Ricardo y no de mi esposo? —Rebeca sólo sonrió, y Judith dejó salir el aire—. Y para qué quieres que se lo diga? Qué ganaría él con eso?

—Mmmm, no lo sé, tú lo conoces mejor que yo.

—No ganará nada. Es mejor que siga pensando que Carlos fue su padre. Hay verdades innecesarias. Además... —miró a Juan José otra vez, que había lanzado una carcajada por algo que le había dicho su mujer— no quiero debilitar la relación con su hermano. Ellos hasta ahora se están portando como tal. Descubrir que en realidad son una especie de tío y sobrino... para qué?

—Te has vuelto sabia con los años —celebró Rebeca—. Ciertamente, hay verdades innecesarias.

—Y tampoco quiero que cambien la imagen que tienen de su madre —suspiró Judith—. Tal vez es una razón egoísta, y la más poderosa de todas, pero no quiero hacerles más daño del que ya les he hecho. Es mejor dejar las cosas así —Y con esas palabras, se alejó de Rebeca. Se dedicó a

buscar a su nieta, que igualmente estaba rodeada y cuidada por los hermanos de Ana.

—¿Por qué no te rindes? —le dijo Mateo a Eloísa, teniéndola entre sus brazos mientras bailaban, al igual que otras parejas—. Sabes que tarde o temprano cederás. ¿Por qué esperar un año?

Ella lo miró fijamente. Sus oscuros ojos sonreían, y Eloísa elevó una ceja.

—Así de seguro estás de que aceptaré acostarme contigo? —Él se encogió de hombros.

—Es más que eso.

—Ah, podrías explicarme, por favor?

—A dónde va el agua de todos los ríos del mundo? Al mar. Así, tú, tarde o temprano, terminarás en mi cama—. Eloísa arrugó su entrecejo tratando de comprender ese razonamiento con la mente lo más abierta posible.

—No sé si eres el hombre más engreído del mundo, o yo una tonta por permitirte creerlo—. Él se echó a reír.

—Engreído si lo creyera de todas las mujeres, pero yo sólo hablo de ti.

—Ah, sí? Tienes el don de ver el futuro en sueños así como Ana?

—No. Pero tú terminarás en mi cama —se inclinó un poco a ella y olisqueó su cuello. Eloísa se quedó tensa, sintiendo su respiración desacompañada y un hormigueo en la zona donde él había acercado el rostro—. No nos tortures más...

—En el primer cumpleaños de Alex lo decidiré —dijo ella, terca y conservando su calmado tono de voz—. No estoy diciendo que finalizada la fiesta me iré contigo, sino que en ese momento lo pensaré seriamente—. Mateo entonces la miró serio. Por qué? Se preguntó. Qué juego era este? Lo iba a torturar durante cuatro meses más?

Sonrió. Él era experto en juegos, y si bien este lo iba a dejar medio eunuco, esperaría. Ella iba a ser su mujer tarde o temprano. Tal vez este plazo no era sino una prueba a su resistencia.

—Pero podré besarte de vez en cuando aunque sea?

—No.

—Seducirte?

—No.

—Decirte cosas? —esto lo dijo con sus labios pegados a su oreja, y Eloísa tuvo que carraspear.

—Eso no lo puedo evitar.

—Y no sabes cómo me alegra. Haré que te arrepientas de haberme hecho esperar. Te torturaré—. Ella se echó a reír.

—Sí, claro.

—Te torturaré día y noche. Serás mía, Eloísa —él la miró a los ojos, y Eloísa se quedó un poco impactada al ver la seriedad en su expresión—. Puedes enterrarme el tacón de tu sandalia en el pie, pero tú estás hecha para mi placer.

Más que enojarse, Eloísa se echó a reír. Aquello era tan pretencioso como el hombre con el que estaba bailando. Él también sonrió, tal vez intuyendo que ella no le creía ni un ápice de lo que estaba diciendo, pero su mirada era casi una amenaza, y Eloísa tuvo que tomárselo en serio.

Cuatro meses, se dijo. Cuando se acabara el plazo, ella sabría si aquello era verdad, y él estaba hecho para el placer de ella. Se mordió el labio inferior. Si no era así, esperaba que por lo

menos valiera la pena toda la persecución que tendría que sufrir.

Sufrir? Sonrió mirándolo, mientras ambos se movían al compás de la música tan bien como si lo hubiesen ensayado semanas antes. Lo disfrutaría, pocas veces un hombre se esforzaba tanto en conseguir una mujer.

—Por qué nunca traes a tus amigas a las fiestas y reuniones? —le preguntó Paula a Fabián, sentados a una mesa. Mientras Paula bebía Coca-Cola, Fabián sostenía un vaso de vodka.

—Y por qué iba a traerlas?

—Hay algún código especial que impide traer a tus amigas y presentarlas ante tus amigos? —Fabián miró a Paula sonriendo. Siempre tan curiosa, y ansiosa por saber.

—Digamos que sí.

—Explícamelo.

—No necesitas saberlo.

—Yo creo que sí; así sabré a qué atenerme cuando un hombre no quiera llevarme ante sus amigos —Fabián se recostó en su silla sonriendo y dejando el vaso de vodka sobre la mesa. Miró a la distancia a sus amigos bailar con sus parejas, y algunos otros invitados. Prefirió no hacerse la pregunta que venía haciéndose desde hacía meses...

—Cuando un hombre no quiere llevarte ante sus amigos o su familia —respondió—, es por dos razones: No le importas lo suficiente como para tomarse la molestia, o se está tomando su tiempo para conocerte mejor y así dar el paso. Casi siempre es lo primero.

—Y una boda es terrible para causar la impresión equivocada —comentó Paula, interesada.

—Una boda manda el mensaje más certero de todos; si llevas a una amiga a una boda, ella creerá que le estás haciendo una propuesta velada.

—Pero eso no siempre es así —Fabián se encogió de hombros.

—Para evitar malentendidos, es mejor venir solos.

—Por eso Mateo y tú siempre van a las fiestas de navidad y cumpleaños solos. Aunque Carlos llevó unas cuantas a esas fiestas.

—Sí. Él hace las cosas de otra manera siempre —Paula sonrió.

—Escuché que estuviste bastante tiempo hablando con una mujer muy bonita en ese bar donde Ana y Carlos se comprometieron —Fabián elevó una ceja.

—Como vuelan los chismes. Fue Silvia?

—Realmente, fue Angie. Era bonita, no?

—Lo era... pero bonita y nada más.

—Ay. Eso es triste de escuchar.

—Y triste de ver —se acercó a Paula y le puso su dedo índice en sus sienes—. La verdadera belleza está aquí —y luego, sin tocarla, señaló su pecho—. Y allí—. Paula se echó a reír.

—Eso parece un comercial de Dove—. Fabián también sonrió.

—Pero es la verdad —se acercó a ella, y entrecerrando sus ojos dijo—: Los hombres tonteamos con las chicas malas, pero queremos casarnos con las chicas buenas.

—Pero las chicas malas son malas —sentenció Paula—, y de algún modo, terminan enredando al hombre, y así evitan que se case con la chica buena—. Fabián la miró sorprendido.

—En realidad tienes quince?

—Ya dieciséis. La vida me ha enseñado muchas cosas.

—Vaya! Abuela Paula —ella volvió a reír, y Fabián cambió de tema. En su mente quedó la frase, pero, dónde estaba su chica buena?

Carlos alzó a Ana desde antes de salir del ascensor para entrar a la habitación donde pasarían su noche de bodas. Ella le rodeó el cuello y lo besó. Había que colaborar para que los momentos fueran perfectos. Cuando entraron a la habitación, él, sin dilación, la puso sobre la cama.

Ana sonrió mirándolo mientras se quitaba con prisa el traje de bodas, y ah, cuando lo tuvo desnudo en sus brazos, olvidó cualquier comentario que pudiese hacer acerca de cualquier cosa.

—Señora Soler —dijo él—, está usted muy buena —ella sonrió.

—Bueno estás tú, condenado.

—Oh, en eso no me ganarás —la puso boca abajo en el colchón y empezó a desabrocharle el vestido. Ana cerró sus ojos, pues él iba dejando un beso tras cada centímetro de piel que iba desnudando.

Era sublime, y dulce, y especial. Su luna de miel había empezado justo el día que se reconciliaron en aquella biblioteca, y estaba segura de que se alargaría por unos años más. Ojalá para siempre, deseó.

Abrió los ojos cuando sintió la tela rasgarse.

—Ups —dijo él, pero no parecía nada arrepentido, y Ana soltó una risita.

—Sabes cuándo costó este vestido?

—Me imagino. Pero mejor perder un vestido y no una vena.

—Una qué...? Oh! —exclamó cuando él de repente entró en su cuerpo. Ana se retorció en la cama y enterró su frente en el colchón, ajustándose a él como un guante, sintiéndolo cuan largo era; y con cada movimiento, erizaba cada parte de su cuerpo, crispaba su piel, le robaba el aire...

Cada día de su vida hasta que llegara la hora de su muerte, se felicitaría a sí misma por haberlo besado en aquella cocina.

Entraron a la casa de Ángela, y Ana enseguida sintió algo extraño en el ambiente.

Había niños, muchos niños. Ruido, música, risas...

Miró a un lado a una niña de más o menos un año con el cabello negro y los ojos del mismo color que Carlos correr detrás de un perrito y su corazón latió con tanta fuerza que sintió que el pecho le iba a doler. Buscó a Carlos con la mirada y lo encontró con un pequeño bulto entre los brazos. Tenía un bebé cargado...

Se acercó a él, pero estaba distraído hablando con Eloísa... que tenía unos senos más grandes de lo que ella recordaba. Se había mandado a poner tetas tal como había amenazado más de una vez?

Se sintió mareada. Qué estaba pasando aquí?

Era una fiesta de cumpleaños, se contestó a sí misma. Estaba en medio de una fiesta y no sabía cómo había llegado aquí. Que ella recordara, no era el cumpleaños de Carolina aún. Había niños en el jardín, en la sala, en un inflable... Mateo vigilaba a un bebé de meses que gateaba sobre el piso de la sala y Ana notó que éste tenía su mismo color de piel y el mismo peinado que él.

Parecía una réplica suya. Un niño alto y extremadamente parecido a Sebastián ayudaba a otras niñas a subirse al inflable. Silvia no estaba por allí cerca...

—Tío, álzame —reclamó un niño extendiéndole a Mateo sus bracitos, y él no se hizo de rogar. Lo tomó en brazos y, arriba, lo atacó a cosquillas. El niño reía encantado.

—Alguien ha visto a Carolina? —preguntó Ángela, y la miró a ella como si pudiese saber la respuesta.

—La vi que iba hacia el jardín trasero —contestó Paula, tomando en sus brazos la bebé que Carlos tenía en los suyos. Claramente era una niña, pues sus frazadas y ropita eran rosadas.

Ángela hizo un gesto de extrañeza y caminó hacia el jardín que le indicaba Paula. Ana miró a su hermana. Estaba más alta, más... adulta...

Escuchó un grito, pero no era un grito de terror, ni de susto, sino de alegría; y vio a Fabián atrapar la mano de una mujer que entre risas intentaba huir de él, y cuando Ana vio su rostro, sintió que toda la sangre de su cuerpo huía a algún lugar remoto de su cuerpo. El dedo meñique del pie izquierdo, tal vez.

—Estás bien, Ana? —le preguntó Carlos, y Ana lo miró atentamente. Puso sus manos sobre su pecho y respiró profundo una y otra vez, una y otra vez. Él le tomó los brazos y los masajeó suavemente, y Ana vio con el rabillo del ojo que una niña de unos cinco años muy parecida a Carolina llegaba llamando a alguien llamado Lorena y se dirigió expresamente a la bebé que Paula tenía en brazos—. Tal vez fue demasiado pronto que vinieras —dijo Carlos—, sólo hace veinte días pariste una niña...

—Qué? —ante su reacción, él la miró extrañado.

La zozobra no se le iba, por el contrario, aumentaba; y entonces, de repente, recordó a su padre. Fue casi como si lo hubiera visto, y su miedo se fue.

Esto era un sueño.

Tal vez lamentablemente, pero era un sueño...

Despertó lentamente, y al instante, se le dibujó una sonrisa en el rostro, en el alma, así como todos los días. Ah, era una hermosa mañana, demasiado temprano y demasiado frío afuera tal vez, pero ella estaba aquí, abrigada y cálida en la cama de su marido.

Pero entonces algo se filtró en su mente, restos de imágenes de un sueño que acababa de tener, y ella intentó armarlo todo en su cabeza. Era un cumpleaños de alguno de los hijos de Ángela y Juan José; Mateo tenía un hijo, y no había alcanzado a enterarse de quién era su madre; Alex ya tenía unos tres años y Carolina unos cinco. Acababa de tener una visión de lo que sería su vida y la de sus amigos dentro de unos dos años.

Su sonrisa se borró cuando recordó a Fabián besando a una mujer. Ahhh... jamás se lo habría podido imaginar. Tenía que hacer algo ya!

Intentó moverse, pero le fue imposible; un brazo fuerte la rodeaba, y casi la enterraba en la cama. Era el brazo de Carlos, su esposo; estaba sobre su cintura, y la mano, cerrada y posesiva sobre uno de sus pechos.

Se giró a mirarlo, y entonces él abrió sus ojos, sus azules ojos, que en la mañana eran mucho más claros, y le sonrió.

—Buenos días —le susurró; en una inspiración, movió su brazo para acercarla más a él, y enterró su cara en el hueco de su cuello. Inhaló y exhaló con pereza, mientras el resto de su cuerpo

despertaba. Ella puso sus manos sobre la piel desnuda de sus hombros y lo sintió tan cálido, y su aroma era tan embriagador, la piel tan lisa y suave...

—Acabo de tener un sueño —susurró.

—Mmmm, Mejor que éste? —se elevó sobre ella para mirarla al rostro. Ana lo detalló, con la barba áspera, el cabello un poco crecido a petición suya, y una sonrisa que torcía su boca en un dejo de satisfacción.

Sí, esto era un sueño, aquel primer sueño que tuvo con él. Aún no se acostumbraba a vivir la realización de sus sueños, sobre todo, cuando acababa de tener uno. Empezó a preguntarse qué era real y qué no. Era extraño, aunque hermoso.

—Esto también es un sueño.

—Un sueño magnífico-dijo él—, un sueño que estoy feliz de vivir—. Y Ana sonrió al ver que se cumplía al pie de la letra. Él se acomodó sobre ella muy hábilmente y bajó su cabeza para besarla.

Madre de Dios, los besos de Carlos, tan exquisitos, tan deliciosos. Los tenía ilimitadamente, y aun así sentía que no eran suficientes; ella siempre quería más.

Este era su hombre, su amante. En él residían todos sus anhelos y sus sueños. Todos sus deseos, todos sus secretos, pertenecían a este hombre de ojos aguamarina que no sólo le hacía el amor tan bien que la llevaba al abismo cada vez que la tocaba, sino que también era su mejor amigo, el amigo de más incalculable valor que le había dado la vida.

...Fin...

Otras obras de Virginia Camacho

Ámame tú: Allegra Whitehurst debería ser una mujer feliz, pues lo tiene todo: belleza, dinero y poder. Pero su novio de toda la vida le ha sido infiel, y luego de humillarla, la reta: Nunca encontrará a un hombre como él; más guapo, más rico, y mejor en la cama. Allegra sólo quiere hacerle tragar cada una de sus palabras, pero para conseguirlo, tendrá que internarse en una arriesgada aventura: contratar un novio a sueldo.

Tu silencio (No. 1. Saga Tu Silencio): Juan José Soler nunca imaginó quedar atrapado en la trampa que él mismo diseñó: el amor. Desde siempre, y sabiendo que es atractivo a las mujeres, ha jugado con ellas a placer, pero el destino le enseñará que hay cosas que no se pueden evitar, que contra el amor no se puede luchar, pero sobre todo, no se debe callar.

Locura de Amor: Samantha Jones y Heather Calahan no podían ser las mujeres más opuestas entre sí: la una es una afable y pobre anciana que se lamenta por haber perdido su oportunidad de amar y ser amada, y que sin embargo, todos a su alrededor casi veneran por su alma generosa; mientras que Heather es una hermosa y millonaria joven de veintitrés años, adicta a las drogas y a las fiestas que lo tiene todo, y sin embargo odia su vida, a sus padres, pero por sobre todo, a Raphael Branagan, su prometido.

El destino ha decidido enredarlo todo para que así, al menos una de las dos encuentre al fin su camino y viva una segunda oportunidad.

Biografía de la autora:

VIRGINIA CAMACHO nació en Colombia, en el año 1982. Desde adolescente escribió historias de amor, leyéndoselas a sus familiares y amigas, hasta que alguien la convenció de que lo hiciera de manera más pública. Estudió Literatura en la Universidad del Valle, con una carrera docente de ocho años que abandonó para dedicarse por completo a sus libros. Actualmente, vive en Bucaramanga, Colombia, y además de leer, viaja por el país en busca de ideas e inspiración, escribiendo sin cansancio con la idea de sacar a la luz pública las más de cuarenta historias que tiene en su haber.